

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

MEMORIAS

TOMO XXXIII

{2006-2007}



2010

MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

TOMO XXXIII
[2006-2007]

ACADÉMICA

DISCURSOS DE INGRESO

HOMENAJES

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

MÉXICO, 2010

Academia Mexicana de la Lengua

Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua. —

México: Academia Mexicana de la Lengua, 2010

557, [3] pp. : 17 × 23 cm

Tomo XXXIII (2006-2007)—

1. Academia Mexicana de la Lengua— Publicaciones periódicas. 2. Español— México— Publicaciones periódicas. 3. Filología mexicana— Publicaciones periódicas. 4. Filología española— Publicaciones periódicas. 5. Literatura mexicana— Publicaciones periódicas. I. t.

Dewey 460.6

LC PC4831

La Academia Mexicana de la Lengua se reúne en sesión privada los segundos y cuartos jueves de cada mes, de 17:30 a 20:00 horas. Los mismos días sesionan su Mesa Directiva, de 9:00 a 11:30 horas, y su Comisión de Lexicografía, de 16:00 a 17:30 horas. La Comisión de Consultas se reúne con periodicidad semanal, cada jueves, de 12:30 a 14:00 horas. Todas estas reuniones tienen carácter privado.

Atención al público, de lunes a viernes, de 9:00 a 14:00 horas.

D. R. © 2010 Academia Mexicana de la Lengua, A. C.
Liverpool 76, C. P. 06600, México, D. F.

Conmutador: (+52 55) 5208 2526
Fax: (+52 55) 5208 2526, ext. 102
Correo electrónico: academia@academia.org.mx
Sitio electrónico: <http://www.academia.org.mx>

Esta publicación ha sido
posible gracias al apoyo del



Impreso y hecho en México/*Printed in Mexico*

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA
[2006]

MESA DIRECTIVA

Director: José G. Moreno de Alba
Director adjunto: Ruy Pérez Tamayo
Director honorario perpetuo: José Luis Martínez
Secretario: Gonzalo Celorio
Censor estatutario: Tarsicio Herrera Zapién
Bibliotecario-archivero: Vicente Quirarte
Tesorero: Jaime Labastida

Miguel León-Portilla
Andrés Henestrosa
Alí Chumacero
Ernesto de la Torre Villar
Silvio Zavala
Salvador Elizondo †
José Pascual Buxó
Clementina Díaz y de Ovando
Carlos Montemayor
Arturo Azuela

Leopoldo Solís
José Rogelio Álvarez
Guido Gómez de Silva
Eulalio Ferrer
Ernesto de la Peña
Margit Frenk
Ramón Xirau
Margo Glantz
Enrique Cárdenas de la Peña
Mauricio Beuchot
Gustavo Couttolenc
Elías Trabulse
Julieta Fierro
Felipe Garrido
Adolfo Castañón
Diego Valadés
Concepción Company
Fernando Serrano Migallón

Electo:

Eduardo Lizalde

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA
[2007]

MESA DIRECTIVA

- Director:* José G. Moreno de Alba
Director adjunto: Ruy Pérez Tamayo
Director honorario perpetuo: José Luis Martínez †
Secretario: Gonzalo Celorio
Censor estatutario: Tarsicio Herrera Zapién
Bibliotecario-archivero: Vicente Quirarte
Tesorero: Jaime Labastida

Miguel León-Portilla
Andrés Henestrosa
Alí Chumacero
Silvio Zavala
José Pascual Buxó
Clementina Díaz y de Ovando
Carlos Montemayor
Arturo Azuela
Leopoldo Solís
Guido Gómez de Silva
Eulalio Ferrer

Ernesto de la Peña
Margit Frenk
Ramón Xirau
Margo Glantz
Enrique Cárdenas de la Peña
Mauricio Beuchot
Gustavo Couttolenc
Elías Trabulse
Julieta Fierro
Felipe Garrido
Adolfo Castañón
Diego Valadés
Concepción Company
Fernando Serrano Migallón
Eduardo Lizalde

En retiro:

José Rogelio Álvarez
Ernesto de la Torre Villar

Electos:

Ascensión Hernández Triviño
Víctor Hugo Rascón Banda

ACADÉMICA

VIDA ACADÉMICA

AÑOS 2006 Y 2007

Durante los dos años que abarca este tomo XXXIII (2006-2007), la Academia Mexicana de la Lengua incorporó a dos académicos de número, realizó la elección de otros dos miembros, nombró a un correspondiente académico mexicano y a dos extranjeros, y designó a dos académicos honorarios.

La Academia sufrió durante 2006 Y 2007 la irreparable pérdida de dos académicos correspondientes y dos de número, incluido el deceso del director honorario perpetuo. En vista de que los Estatutos de la corporación permiten el retiro de los académicos de número, en 2007 dos de ellos lo solicitaron.

Estos dos años se celebraron 40 sesiones ordinarias privadas y 10 públicas solemnes: dos de ingreso y ocho conmemorativas. De estas últimas destacan las dedicadas a celebrar a 16 de sus miembros con 80 años o más y la que se dedicó a rendir homenaje a los académicos recientemente fallecidos.

Se incluyen aquí dos discursos de ingreso, con sus respuestas, 15 textos de homenaje y 21 trabajos leídos en sesiones ordinarias.

INGRESOS

Fernando Serrano Migallón pronunció su discurso de ingreso el 28 de septiembre de 2006. Lo tituló “Señas de identidad”. El director José G. Moreno de Alba le contestó en nombre de la corporación.

Eduardo Lizalde leyó su discurso de ingreso el 24 de mayo de 2007. Su título fue “La poesía mexicana, esplendor e infortunios”. Le dio la bienvenida Ernesto de la Peña.

ACADÉMICOS ELEGIDOS

Los dos ingresantes habían sido elegidos en 2006. Fernando Serrano Migallón fue elegido el 9 de febrero de 2006 como numerario de la silla IX, y su noveno ocupante. El 27 de abril del mismo año se eligió académico a Eduardo Lizalde para ocupar, como décimo ocupante, la silla XIV.

Ascensión Hernández Triviño fue elegida el 23 de agosto de 2007 para ser la tercera académica en ocupar la silla XXI.

Finalmente, el 11 de octubre de 2007 se eligió al dramaturgo Víctor Hugo Rascón Banda como académico. El sitio que le fue asignado es el XXVIII, y es su tercer ocupante.

NOMBRAMIENTOS DE ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

Roberto A. Galván fue nombrado correspondiente en San Marcos, Texas, el 25 de mayo de 2006.

Se designó a Fernando del Paso para ocupar la corresponsalía en la ciudad de Guadalajara, en el estado de Jalisco, el 12 de octubre de 2006.

A Nélida Piñon se le otorgó el nombramiento de correspondiente en Río de Janeiro, Brasil, el 28 de junio de 2007.

NOMBRAMIENTOS DE ACADÉMICOS HONORARIOS

Se otorgaron nombramientos de académicos honorarios a José Emilio Pacheco el 9 de febrero de 2006, y a Luis Villoro el 13 de septiembre de 2007.

RETIROS

De acuerdo con la reforma de los Estatutos, que permite el retiro de los académicos de número, se aceptaron el 23 de noviembre de 2006 dos

solicitudes de retiro, de Ernesto de la Torre Villar y de José Rogelio Álvarez. El académico Ernesto de la Torre Villar decidió retirarse del sitial XXIX, que como académico ocupó desde el 14 de marzo de 1969, en total 37 años. José Rogelio Álvarez fue durante 18 años el segundo ocupante de la silla XXVIII de la corporación.

FALLECIMIENTOS

El 14 de enero de 2006, la Academia hubo de lamentar la irreparable pérdida de quien entonces era, con casi 44 años desde su elección, el más antiguo académico correspondiente, Agustín Basave y Fernández del Valle, corresponsal en Monterrey, Nuevo León.

El 29 de marzo de 2006 falleció el académico numerario Salvador Elizondo, quien, elegido en 1975, tomó posesión como el segundo ocupante de la silla XXI en 1980.

El 20 de marzo de 2007, la Academia sufrió la irreparable pérdida de su director honorario perpetuo, José Luis Martínez, quien ocupó con asiduidad, por casi cinco décadas, la silla III, y fue su director por 22 años.

El 27 de mayo de 2007 murió John Stubbs Brushwood, correspondiente por 10 años en Kansas City, en los Estados Unidos.

SESIONES CONMEMORATIVAS

La Academia celebró entre 2006 y 2007 10 públicas solemnes. De estas, ocho fueron conmemorativas, tres para honrar la memoria de los miembros ya desaparecidos y cinco para celebrar a los 16 académicos numerarios vivos que habían cumplido 80 años o más a estas fechas. Las otras dos fueron sesiones de ingreso. La asistencia promedio a las sesiones fue de poco más de 20 académicos.

Según su orden cronológico, las ocho sesiones conmemorativas fueron las siguientes:

La primera, el 8 de junio de 2006, se efectuó con motivo del centenario del fallecimiento de Rafael Ángel de la Peña y de Alfredo Chavero y, por igual aniversario, pero de nacimiento, de Mauricio Magdaleno y de Edmundo O’Gorman, en la que hicieron uso de la palabra Vicente Quirarte, Arturo Azuela, Gonzalo Celorio y José G. Moreno de Alba.

La segunda, el 12 de octubre de 2006, en la que Adolfo Castañón, Eduardo Lizalde y el director José Moreno de Alba leyeron sendos estudios sobre los académicos recientemente fallecidos: Elsa Cecilia Frost, Salvador Elizondo y Salvador Díaz Cíntora. En estas dos primeras sesiones, además, se montaron exposiciones alusivas.

En la tercera sesión conmemorativa, el 26 de octubre de 2006, se celebraron los aniversarios de nacimiento 80, 90 y 100, respectivamente, de tres académicos: Miguel León-Portilla, Clementina Díaz y de Ovando y Andrés Henestrosa, con las intervenciones de Diego Valadés, Vicente Quirarte y Tarsicio Herrera Zapién.

La cuarta tuvo lugar el 25 de enero de 2007, en homenaje al director honorario perpetuo, José Luis Martínez, y en ella hablaron el secretario, Adolfo Castañón y José G. Moreno de Alba. En ese mismo acto, él develó el retrato que formará parte de la galería de directores.

En la quinta, el 22 de febrero de 2007, Alí Chumacero, Ernesto de la Torre Villar, Silvio Zavala y Eulalio Ferrer fueron reconocidos por sus más de 80 décadas, con las intervenciones de Jaime Labastida, Adolfo Castañón, Arturo Azuela y Ruy Pérez Tamayo.

La sexta tuvo lugar el 14 de junio, y en ella José Rogelio Álvarez, Ramón Xirau, Enrique Cárdenas de la Peña y Gustavo Couttolenc recibieron el elogio de la Academia en las voces de Vicente Quirarte, Mauricio Beuchot, Ruy Pérez Tamayo y Tarcisio Herrera.

En la séptima, el 13 de septiembre de 2007, se conmemoró el centenario del fallecimiento de José Peón Contreras y el del nacimiento de Andrés Bello y los 50 años del deceso de Alejandro Quijano y de Antonio Mediz Bolio; hicieron uso de la palabra Felipe Garrido, Adolfo Castañón, Arturo Azuela y José G. Moreno de Alba.

La octava tuvo lugar el 25 de octubre de 2007, fecha que fue dedicada a honrar al último grupo de numerarios con más de 80 años: Ruy Pérez Tamayo, Guido Gómez de Silva, Ernesto de la Peña y Margit Frenk, contó con sendas participaciones de Diego Valadés, Enrique Cárdenas de la Peña, Felipe Garrido y José G. Moreno de Alba.

En todas participó la Academia en pleno y se efectuaron en el Centro de Cultura Casa Lamm, excepto la cuarta, que se llevó a cabo en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes.

En este tomo se presentan en un bloque los homenajes a académicos numerarios de 80 años o más, pero se ha separado el de José Luis Martínez, para presentarlo junto con el homenaje luctuoso que se le rindió unos meses después.

OTROS HOMENAJES

La Academia participó además en los homenajes a ocho académicos que fueron organizados por otras instituciones, señaladamente la UNAM. En San Luis Potosí se conmemoró el centenario del fallecimiento de Manuel José Othón, y por la corporación intervinieron Adolfo Castañón y Eduardo Lizalde. El 23 de noviembre de 2006, el Instituto Nacional de Bellas Artes organizó un homenaje nacional a Andrés Henestrosa, en el que hicieron uso de la palabra Gonzalo Celorio y Vicente Quirarte. El 13 de junio de 2007 El Colegio Nacional organizó un homenaje a José Luis Martínez en el que la Academia estuvo también presente. El 21 de noviembre de 2007, Conaculta organizó un merecido homenaje nacional a Ernesto de la Peña en el que Vicente Quirarte leyó un texto alusivo. Don Francisco Cabrera, correspondiente en Cuernavaca, recibió un homenaje en la Biblioteca Palafoxiana en el que habló de sus méritos Tarsicio Herrera Zapién. José Emilio Pacheco recibió un homenaje de la UNAM, en el que se colocó una placa con su nombre en el Salón de los Candiles de la Casa del Lago, y doña Margo Glantz intervino con el texto “Anécdotas y recuento”. El 28 y 29 de agosto de 2007, la UNAM fue sede de varias mesas

redondas sobre la vida y obra de Elsa Cecilia Frost, en las que participaron Mauricio Beuchot, Vicente Quirarte y Adolfo Castañón. Finalmente, la misma UNAM publicó un libro de ensayos en homenaje a José G. Moreno de Alba, que estuvo a cargo de Concepción Company.

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

Se presentaron, de conformidad con los estatutos, 39 trabajos en sesiones plenarias ordinarias. Se presentan en este tomo los siguientes 21 trabajos:

El 12 de enero de 2006 Gustavo Couttolenc leyó su trabajo “Un gran poeta desconocido”.

Enrique Cárdenas de la Peña presentó su trabajo “Enfermedades de la gente de mar” en la sesión correspondiente al 26 de enero de 2006.

El 9 de febrero de 2006 Concepción Company expuso su estudio “Gramática y estilística en el *Cantar de mio Cid*. La doble determinación”.

Diego Valadés presentó su trabajo “El concepto de Estado de Derecho” el 23 de febrero de 2006,

Jaime Labastida leyó “La revolución cartesiana” el 23 de marzo de 2006.

En fecha 27 de abril de 2006 Vicente Quirarte dio a conocer su ensayo “Metáforas del juarismo”.

José Luis Martínez, en la sesión del 11 de mayo de 2006, hizo lectura ante el pleno de su texto “Mis libros”.

Ernesto de la Peña, con “Humanistas y utopistas en el Quijote”, ofreció a la Academia una muestra más de su fino trabajo.

Adolfo Castañón expuso un ensayo de su autoría: “Semejanzas de Gabriela en voces de Mistral” el 22 de junio de 2006.

El 10 de agosto de 2006 Mauricio Beuchot hizo lectura de “La filosofía y el arte: la estética”.

En la sesión ordinaria del 24 de agosto de 2006 Tarsicio Herrera Zapién narró en un texto sus experiencias de viaje en “Un humanista mexicano se asoma a media Europa”.

José Pascual Buxó ofreció su trabajo “Escila y Caribdis de la literatura novohispana” el 14 de septiembre de 2006.

Guido Gómez de Silva dio una charla sobre los etruscos el 28 de septiembre de 2006.

El 12 de octubre de 2006 Gonzalo Celorio expuso el ensayo titulado “Juan Ruiz de Alarcón. Una pequeña alegoría barroca”.

Julieta Fierro dio a conocer su visión de los compañeros académicos con el texto “Jueves de lluvia” en la sesión correspondiente al 23 de noviembre de 2006.

El 8 de marzo de 2007 Concepción Company expuso su concepción sobre “La obsesión negativa de la lengua española. Una pauta de lexicalización”.

Mauricio Beuchot dio lectura a su escrito “Poesía y ontología en Miguel de Unamuno” el 22 de marzo de 2007.

El 24 de mayo del año 2007 Fernando Serrano Migallón presentó al pleno académico su trabajo “La pluma y la balanza. Lo jurídico en la obra de Alfonso Reyes”.

Jaime Labastida compartió su trabajo “Poesía y filosofía: el verso y el juicio” en la sesión del 13 de septiembre de 2007.

Gonzalo Celorio leyó su ensayo “Alfonso Reyes. La Nueva España” el 27 de septiembre de 2007.

Finalmente, en la última sesión del año de 2007, el 13 de diciembre, la académica Julieta Fierro expuso su trabajo “Felicidad”.

OTRAS ACTIVIDADES ACADÉMICAS

Se ha establecido la costumbre en la Academia de que en las sesiones ordinarias se dedica un tiempo razonablemente amplio para discutir sobre palabras. Para ello, se ha asignado un punto permanente en el orden del día tanto a la Comisión de Lexicografía como a la de Consultas. Igualmente se destina un espacio en las sesiones para que los señores académicos entreguen ejemplares de sus libros a la biblioteca, por lo que entre

2006 y 2007 se recibieron 444 obras y 118 publicaciones periódicas que enriquecen ya la Biblioteca Alberto María Carreño y ayudan a la finalidad de convertirla en una colección especializada en las obras de los académicos o sobre ellos.

La Mesa Directiva sesionó en 36 ocasiones. Estuvo conformada por los mismos integrantes ambos años, y el único movimiento que se hizo fue reelegir a Vicente Quirarte, el 9 de agosto de 2007, para un segundo periodo como bibliotecario-archivero.

La Comisión de Lexicografía, presidida en 2006 por Guido Gómez de Silva, pasó a ser presidida por Concepción Company en 2007. Don Guido Gómez de Silva solicitó ser relevado del cargo y fue elegido, el 8 de febrero de 2007, su presidente honorario. La Comisión está integrada por Tarsicio Herrera Zapién, Ernesto de la Peña, y recibe el apoyo de un gabinete de la especialidad. En 2006 celebró 20 sesiones, en las que se aprobaron 150 palabras, con más de una acepción, para incluir en el *Diccionario breve de mexicanismos*, se aprobó una lista de gentilicios mexicanos que se incorporó al *Diccionario esencial de la lengua española*, y se revisó el documento “Enmiendas, adiciones y supresiones del DRAE”. En 2007 sus trabajos se dividieron en tres productos: 1.º Para el *Diccionario académico de americanismos* (DAA) se enviaron 500 mexicanismos, tanto voces nuevas como acepciones no registradas de voces ya documentadas, correspondientes a las letras C, D, E, F, G, H, I, J y K. 2.º Para la 23ª edición del *Diccionario de la lengua española* de la RAE se revisaron y aprobaron o desaprobaron enmiendas, supresiones o adiciones de nuevas voces o acepciones para el español general. 3.º Se inició la redacción de un nuevo *Diccionario de mexicanismos* de la corporación, que deberá contener unas 12 000 entradas o acepciones. Para ello, se adicionaron nuevos mexicanismos a los enviados para el DAA, siempre que estuvieran totalmente lexicalizados y fueran voces o acepciones de uso general en México, en un nivel urbano, entre hablantes cultos medios. A la fecha, se han analizado casi 1 000 voces o acepciones de las letras A a la K y se trabaja en la L. Junto con la adición de la voz van incorporadas su definición, su estatus

gramatical y su estatus sociolingüístico. Se trabaja en la elaboración de la planta para este nuevo diccionario, que deberá contener tanto mexicanismos generales, como supranacionales, cuanto regionalismos.

Don Gonzalo Celorio preside la Comisión de Consultas, que está integrada por Ruy Pérez Tamayo, Felipe Garrido y Adolfo Castañón. Apoya su trabajo un gabinete conformado por tres especialistas. Dada la carga de trabajo asignada, esta comisión se reúne semanalmente. En estos dos años recibió 2 650 consultas, de las cuales desahogó 2 557 (el 96.4 %). Elaboró también ocho dictámenes, hizo dos sugerencias para el DRAE y envió nueve propuestas de enmiendas al *Diccionario panhispánico de dudas*.

Para apoyar los trabajos de ambas comisiones, así como los de todas las otras áreas de la Academia, se establecieron en 2007 cinco programas de servicio social y prácticas profesionales para estudiantes y egresados de la UNAM que han resultado de gran provecho para la corporación. Al momento han participado siete estudiantes y dos jóvenes egresados.

Durante estos años se ha continuado con los trabajos de catalogación y clasificación de la Biblioteca Alberto María Carreño. Para ordenar el Archivo Histórico se han revisado las actas hasta el año 1994 y, con los datos recabados, se formó un cuadro de clasificación tentativo para los documentos de la Academia que debe servir, en sentido estricto, para archivar ordenadamente los documentos de la administración ahí concentrados y eventualmente para los que siga generando la Academia en sus actividades futuras. También, se dio inicio a la fase de identificación de las series documentales susceptibles de ser depurados una vez realizado el proceso de valoración documental pertinente.

En lo tocante a las publicaciones exclusivas de la Academia, esta publicó el *Anuario* 2007, el tomo XXVIII de las *Memorias* y el *Anuario* 2008, en el que se trató de actualizar la información que contiene y de enriquecer la relativa al periodo de formación de las academias que precedieron a la Mexicana Correspondiente de la Española.

Se establecieron dos convenios relativos al área de publicaciones: uno con la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM para la coedición

de los discursos de ingreso y sus correspondientes respuestas (hasta el momento han aparecido dos, el de Concepción Company y el de Fernando Serrano Migallón), y otro con la Fundación pro Academia Mexicana de la Lengua en que se le ceden todos los derechos que permitan la impresión y comercialización del *Diccionario escolar de la lengua española*.

Por otra parte, apareció coeditado entre la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española el *Diccionario esencial de la lengua española*. También, los mismos coeditores publicaron una edición académica de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez que contiene, entre otros, textos de Gonzalo Celorio y de Carlos Fuentes, de la Mexicana. Se celebraron así, los 80 años de vida del escritor colombiano y los 40 de aparición de su novela.

La Academia Mexicana de la Lengua mantiene una participación constante y muy activa en los trabajos colectivos enmarcados en la política panhispánica de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española: el *Diccionario académico de americanismos*, la *Nueva gramática de la lengua española*, la *Ortografía de la lengua española*, y todo el conjunto de los diccionarios académicos (el DRAE para la 23ª edición, el *Diccionario esencial de la lengua española* y el *Diccionario Histórico*). Para apoyar las ayudantías en estas labores, la dirección de la Academia ha gestionado y conseguido el otorgamiento de varias becas MAEC-AECI y de la Fundación Carolina.

En representación de las academias de México y Centroamérica el director acudió a las dos reuniones de la Comisión Interacadémica de la *Nueva Gramática de la lengua española*. La quinta se llevó a cabo en Zamora, España, del 17 al 23 de abril de 2006, y la sexta se efectuó en Medellín, Colombia, del 19 al 21 de marzo de 2007. Posteriormente, del 2 al 4 de mayo de 2007, en el Puerto de Santa María, el director José Moreno de Alba participó en la primera reunión de la Comisión Interacadémica del *Diccionario académico de americanismos*.

La Academia Mexicana de la Lengua estuvo presente en el XIII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, que tuvo

efecto en la ciudad de Medellín, Colombia, del 21 al 24 de marzo de 2007. Acudieron a la cita el director José G. Moreno de Alba, el secretario Gonzalo Celorio, así como los académicos numerarios Miguel León-Portilla, Vicente Quirarte, Diego Valadés, Fernando Serrano Migallón, el correspondiente en Jalapa, Sergio Pitol, y los académicos honorarios Carlos Fuentes y José Emilio Pacheco. José G. Moreno de Alba fue uno de los oradores en el acto solemne de aprobación de la *Nueva gramática* con que se clausuró el congreso.

Luego, del 26 al 29 de marzo de 2007, en Cartagena de Indias, Colombia, se celebró el Cuarto Congreso Internacional de la Lengua Española. A este último acudieron también los señores académicos mencionados en el párrafo anterior.

Ruy Pérez Tamayo, Elías Trabulse, Diego Valadés y especialmente Julieta Fierro se han turnado para acudir a las sesiones del Foro Consultivo Científico y Tecnológico, del que forma parte esta Academia por ministerio de ley. Felipe Garrido representó a la corporación en el séptimo Foro de Evaluación Educativa y en el Consejo Consultivo Interinstitucional para el Desarrollo Curricular de la Asignatura de Español en Secundaria. El director lo ha hecho en el seno del Consejo Asesor de la Comisión Organizadora de la Conmemoración del Bicentenario del Inicio del Movimiento de Independencia Nacional y del Centenario del Inicio de la Revolución Mexicana. Sobre estos festejos, la Academia recibió la visita de Rafael Tovar y de Teresa, coordinador general de la Comisión Organizadora de la Conmemoración, quien expuso los proyectos que tiene por realizar.

En 2007 la corporación fue convocada a participar en la organización en México del octavo Concurso Hispanoamericano de Ortografía: en su representación acudió el lexicógrafo Octavio Cano Silva, miembro del Gabinete de Consultas, quien asumió la presidencia del jurado tanto en la fase regional, en el Distrito Federal, como en la fase nacional; a la ceremonia de premiación, encabezada por la secretaria de Educación, asistió Adolfo Castañón en calidad de orador.

Atendiendo una invitación de la UNAM y de la Asociación de Historia de la Lengua Española, se apoyó la realización del VII Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española que tuvo lugar en Mérida, Yucatán, del 4 al 8 de septiembre de 2006.

OTROS FOROS

Con la representación de la Academia Mexicana de la Lengua, el director ofreció, el 24 de abril de 2006, una conferencia en la Universidad Complutense de Madrid sobre el perfil actual de las academias de la lengua. Lo que hizo en compañía y por invitación del señor director de la Real Academia Española, con quien también participó, el 30 de septiembre de 2006, en la 62ª Asamblea General de la Sociedad Interamericana de Prensa en la ciudad de México.

Concepción Company acudió el 13 de noviembre de 2006, a invitación de la Universidad Autónoma Metropolitana, a impartir, en su división de Ciencias Sociales y Humanidades, la conferencia “El papel que tiene en la actualidad la Academia Mexicana de la Lengua en la construcción de la norma lingüística: uso y consenso lingüístico”.

El 4 de noviembre de 2007 el director de la Academia Mexicana de la Lengua participó, junto con los 21 directores y presidentes de las academias de la lengua hermanas, en el acto alusivo a la incorporación de la ñe y otros signos ortográficos del español en el dominio **.es** y, del 5 al 9 del mismo mes y año, en varias sesiones de trabajo de la Asociación de Academias.

PREMIOS Y DISTINCIONES

Muchos de los académicos de la corporación obtuvieron, durante 2006 y 2007, importantes premios y distinciones:

José Luis Martínez recibió, además de los homenajes mencionados en las secciones anteriores, el Premio Pedro Sarquís Merrawe.

A Miguel León-Portilla se le concedió el Premio Chiapas 2005, el Kalman Silvert en Puerto Rico, el Ciudad de México, y dos doctorados *honoris causa*, uno por la Universidad de La Habana y otro por la Universidad de Caracas en Venezuela.

Andrés Henestrosa recibió el Premio Nacional de Periodismo por su trabajo difundido en 2006, el Premio Benito Juárez y la Medalla Amalia Solórzano de Cárdenas, que le otorgó el Instituto Politécnico Nacional, así como en 2007 un homenaje por su cumpleaños 101, y además fue investido con la Orden de la Solidaridad del gobierno cubano.

Alí Chumacero recibió el Premio Tampico, un doctorado *honoris causa* de la Universidad de Nayarit, y la Medalla de Oro del Instituto Nacional de Bellas Artes.

A Ernesto de la Torre Villar le fue conferida la Constancia de Mérito Nacional del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, fue nombrado decano y emérito del Seminario de Cultura Mexicana y le fue entregado el premio al bibliófilo en la FIL 2007 de Guadalajara.

José Pascual Buxó obtuvo la categoría de investigador emérito del SNI, lo mismo que Margo Glantz y José G. Moreno de Alba.

Tarsicio Herrera Zapién fue invitado de honor del decimotercer Congreso de Estudios Neolatinos en Budapest en 2006, y en 2007 recibió el Premio de Ensayo Literario por un trabajo sobre Manuel José Othón y su Obra.

En 2006, Arturo Azuela obtuvo el grado de doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Zaragoza y la Universidad de Tubinga, fue nombrado presidente emérito de la Asociación Iberoamericana y Filipina de Ateneos, en Santander, España, y obtuvo el Premio de la Asociación Colegial de Escritores de España por el mejor trabajo sobre el *Quijote* en su quinto centenario, y en 2007 ocupó la cátedra José Martí de la Universidad de Zaragoza y fue elegido, en forma unánime, presidente del Seminario de Cultura Mexicana.

En 2006, Ruy Pérez Tamayo recibió el Juchimán de Plata, Premio en Ciencia y Tecnología que otorga el estado de Tabasco, la Medalla al Mérito Luis García de Arellano que le otorgó la XLIX Legislatura del Congreso de Tamaulipas, un reconocimiento por ser la primera generación universitaria 1956-1961 de Ciudad Universitaria, y fue comisionado por la Facultad de Medicina para asistir a la inauguración de la cátedra Isaac Costero, en la Universidad Autónoma de Madrid, España; además, obtuvo el Premio Universidad Nacional en el área de investigación en ciencias naturales, así como la Medalla al mérito académico por la Universidad de México-Americana del Norte en ciudad Reynosa, Tamaulipas; el Premio Benito Juárez García al mérito ciudadano, en Tampico; y, en 2007, recibió el Premio Ciudad Capital Heberto Castillo Martínez, en la categoría Salud, Biotecnología y Medio Ambiente.

José Rogelio Álvarez recibió el homenaje al bibliófilo de la FIL 2006 en Guadalajara, y el Ayuntamiento de esa ciudad le otorgó un reconocimiento especial.

Eulalio Ferrer recibió la Medalla de Oro de la Universidad de Alcalá de Henares.

Margit Frenk recibió el Premio Alfonso Reyes y un doctorado *honoris causa* por la Universidad de Sevilla.

Ramón Xirau recibió la Gran Cruz al Mérito Civil que le otorgó el rey de España.

Gonzalo Celorio fue designado académico distinguido de la Universidad Iberoamericana, también fue invitado a la Universidad de Valladolid a formar parte del Comité Científico del diccionario español de términos literarios internacionales, y desempeñó la Cátedra Miguel Delibes.

Jaime Labastida obtuvo un doctorado en Filosofía por la UNAM, fue galardonado con el Premio de las Artes de Sinaloa y reconocido con un homenaje en Zacatecas, y se le confirió el Premio Ramón López Velarde 2006.

Mauricio Beuchot ingresó al Seminario de Cultura Mexicana.

La Secretaría de Educación Pública otorgó a Vicente Quirarte una distinción especial.

A una librería del Fondo de Cultura Económica se le puso, como homenaje, el nombre de Elsa Cecilia Frost.

Diego Valadés fue elegido para ingresar a El Colegio Nacional, se le designó profesor honorario por la Universidad de Rosario, la Universidad de Córdoba le confirió un doctorado *honoris causa*, fue designado asesor de la Comisión para la Reforma del Estado y elegido para ocupar una de las vicepresidencias de la Fundación Europea de Cultura.

Julietta Fierro recibió también un doctorado *honoris causa* del Centro de Investigación de Estudios en Economía de Michoacán y recibió la Medalla de Oro de la Universidad Latinoamericana.

Fernando Serrano Migallón obtuvo el reconocimiento que otorga la revista *Fuerza Jurídica* por su destacada labor en defensa del estado de derecho y recibió un doctorado *honoris causa* de la Universidad Paulo Freire de Managua.

Carlos Montemayor recibió el Premio Fundación México Unido a la Excelencia de lo Nuestro 2007.

Gustavo Couttolenc recibió el Premio José María Velasco.

Felipe Garrido obtuvo la Medalla al Mérito Universitario de la Universidad Veracruzana.

A don Fernando del Paso le fue otorgado el Premio Internacional de Literatura Iberoamericana y del Caribe de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2007, y en la ceremonia de entrega hicieron uso de la palabra, por parte de la Academia, Gonzalo Celorio y Vicente Quirarte.

Por su parte, la Academia Cubana de la Lengua hizo suyos en la calidad de correspondientes a Miguel León-Portilla, Gonzalo Celorio, Jaime Labastida y José Moreno de Alba.

DISCURSOS DE INGRESO

SEÑAS DE IDENTIDAD*

Fernando SERRANO MIGALLÓN

Don José G. Moreno de Alba,
director de la Academia Mexicana de la Lengua;
señoras y señores académicos;
señoras y señores:

Para acercarme e ingresar por primera vez a esta casa, ya no como un aspirante o como un invitado, sino como uno más de ustedes, no podría sino recurrir a la que María Zambrano llamó la palabra luminosa de la ofrenda,¹ una de las escasas que en lengua castellana no admite sinónimos sino apenas tímidas aproximaciones, una de las pocas, muy pocas, que tiene traducción a todas las lenguas: *Gracias*.

Gracias, porque de ustedes he recibido un honor largamente acariciado como una aspiración, y buscado, como diría Teresa de Ávila² en un

* Leído en sesión pública efectuada el 28 de septiembre de 2006, en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México.

¹ Con ocasión de la entrega del Premio Cervantes a María Zambrano, en sus palabras receptorales dijo: “Para salir del laberinto de la perplejidad y del asombro, para hacerme visible y hasta reconocible, una vez más, recurrir a la palabra luminosa de la ofrenda: Gracias” (sin autor, *Premios Cervantes, Discursos*, V Centenario, Universidad de Alcalá, Madrid, 1992).

² Para Teresa de Ávila, expresarse es siempre un combate en favor de la claridad, una duda continua entre el saber si se expresa lo correcto y se entiende lo que ha querido decirse. Así, dice la fundadora del Carmelo, “Páreceme que aún no os veo satisfechas, porque os parecerá que os podéis engañar, que esto interior es cosa recia de examinar; y aunque para quien ha pasado por ello basta lo dicho, porque es grande la diferencia, quiéroos decir una señal clara por donde no podréis engañar ni dudar si fue Dios, que Su Magestad me ha traído hoy a la memoria, y a mi parecer es la cierta. Siempre en cosas dificultosas, aunque me parece que lo entiendo y que digo verdad, voy con este lenguaje de que “me parece”; porque si me engañare, estoy muy aparejada a creer lo que dijeren los que tienen letras muchas; porque aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados, que como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es una verdad, dásela para que se admita; y si no son derramados sino ciervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, que tienen bien entendido que puede mucho más y más. Y, en fin, aunque algunas cosas no están declaradas, otras deben hallar escritas, por donde ven que pueden

prolongado deseo de conocer y convivir con la lengua que fue la de mis mayores y será la del mañana.

Gracias, porque al invitarme a esta asamblea han extendido para mí el reconocimiento íntimo de una actividad a la que he dedicado tiempo y esfuerzo desde que me fue dado el uso de la razón. Siempre he querido hablar nuestro idioma como un acto de conciencia y de identidad; para ello busco su conocimiento, aunque no haya logrado su dominio; practico su cultivo, sin haber logrado su conquista, y me preocupa permanentemente su uso correcto, en un ejercicio constante que se desenvuelve entre el reto y la pasión.

Gracias, en fin, porque si en legítima justicia no corresponde a nadie el juicio de sus propios méritos, y en materia de reconocimientos y de honores interviene con frialdad implacable el misterioso mecanismo de las circunstancias, estoy convencido de que son muchos quienes, con más méritos que yo, podrían ocupar mi lugar en este momento; sin embargo, y a pesar de ello, no me siento un usurpador.

Ejercer la conciencia de mi idioma, estudiarlo y apasionarme por él me viene de antiguo; siempre he querido lograr una correcta expresión y, aún sin saber si la alcanzo, me empeño en ello con gusto y con ilusión.

Mi presencia aquí también puede explicarse por una tradición de nuestra Academia, que entre sus miembros ha contado siempre con abogados, pero responde, sobre todo, a la generosidad de los señores académicos que han querido verme como a un trabajador más de la Academia y de nuestro idioma.

En particular quiero referirme a doña Clementina Díaz y de Ovando, a don José Pascual Buxó y a don Miguel León-Portilla, quienes, antes que nadie, quizá que yo mismo, pensaron que podría estar entre ustedes.

Gracias también al querido amigo, generoso académico, y docto maestro don José G. Moreno de Alba, por responder a estas palabras.

Gracias; muchas gracias.

pasar estas..." (*Castillo interior o De las moradas*, morada quinta, capítulo 1, parágrafo 7, en *Obras completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1986).

Agradecer es rendir homenaje. Ambas palabras van hermanadas de tal manera que no se comprende la una sin la otra. En este momento en que agradezco a la Academia y a los señores académicos estar aquí, quiero rendir homenaje a los abogados que me han precedido en las tareas como miembros de esta institución. Hombres, entre otros, como Salvador Azuela, Joaquín D. Casasús, Antonio Caso, Antonio Castro Leal, Alfredo Chavero, Ezequiel A. Chávez, José Ignacio Dávila Garibi, Isidro Fabela, Luis Garrido, Antonio Gómez Robledo, Martín Luis Guzmán, José López Portillo y Rojas, Edmundo O’Gorman, Manuel José Othón, Vicente Riva Palacio, Victoriano Salado Álvarez, Justo Sierra, Julio Torri, Artemio de Valle-Arizpe, José Vasconcelos, Agustín Yañez, Héctor Azar, Joaquín Baranda, Joaquín Cardoso, Alfonso Cravioto, Nemesio García Naranjo, Federico Gamboa, Genaro Fernández MacGregor, Alfonso Reyes y quien, poseedor de una simpatía solo superada por su generosidad e inteligencia, fue director de mi casa, la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México: don Alfonso Noriega Cantú; todos ellos, abogados cuyos méritos en los trabajos de la Academia, en el estudio y el cultivo de la lengua o de la historia y la cultura de nuestro país, me ponen en el predicamento de no poder precisar su presencia invaluable, sino desvanecer mi pensamiento para ver pasar sus sombras luminosas.

Con gran sabiduría, la tradición de la Academia ha querido que el ingreso de cada nuevo académico gire en torno al recuerdo de quien le ha precedido en el sitio que ocupará en adelante.

Llamo sabia esta tradición, porque solo quienes se han marchado pueden recibir un homenaje de esta naturaleza. Ellos, que se encuentran ya lejos del debate librado entre la crítica y el elogio, justos o injustos, pero cuya existencia perfila la vida misma, son quienes tienen derecho a las palabras del recuerdo emotivo y agradecido.

Sabia también porque disipa toda tentación de vanidad, pues constituye el prólogo del discurso de ingreso que un futuro académico pronunciará respecto del que ya no está.

Todo hombre está convocado a milenios de olvido después de su partida, pero algunos cuantos se hacen acreedores, después de ese momento, a un largo presente de memoria; entre ellos, me corresponde recordar a don Salvador Díaz Cíntora.

De él dirán los libros de historia de la literatura mexicana, los que se escribirán dentro de muchos decenios, que, a principios del siglo XXI, identificó y autenticó el más antiguo de los trabajos literarios de sor Juana Inés de la Cruz: la llamada “Loa de infancia”, descubierta por Augusto Vallejo Villa, aquella “Loa satírica en una comedia en la festividad de Corpus”³ de la que habían hablado Boturini y Chimalpahin y que había estado cerca de las manos de Francisco del Paso y Troncoso, pero que solo pudo ser incluida en el canon de sor Juana después del hallazgo de Vallejo Villa y del análisis y la certificación de Díaz Cíntora.

Esos libros tendrán razón, pero tal vez, con el paso del tiempo, con la ingente necesidad de informar, podrían perder el nexo sutil que unió a don Salvador con este estudio que fue su último trabajo de aliento mayor.

Díaz Cíntora dedicó su vida a la lengua española, aquella lengua castellana que nos presentía en su viaje de las llanuras de Castilla hasta el altiplano de Anáhuac con la ilusión de encontrar un mundo nuevo y mejor, y que al atravesar el Atlántico se convierte en española, y que, al arraigarse en esta costa del océano, se transformó hasta ser parte de nuestra identidad, y que hablada y escrita en México se convierte en nuestra y solamente nuestra.

Para ello, se dirigió a lo más profundo de nuestro idioma y de nuestra literatura, a sus raíces más antiguas, a las musas del idioma de allende el Mediterráneo: Grecia y Roma; a las que habitaban ya este territorio antes

³ La “Loa satírica en una comedia en la festividad de Corpus” fue presentada por primera vez al público por Díaz Cíntora y Vallejo Villa por vía radiofónica en Radio Educación el día 11 de agosto de 2001. Su primera aparición impresa fue hecha por Díaz Cíntora en *Letras Libres*, en el artículo “La Loa de Juana Inés”, en la edición correspondiente a octubre de 2001; en el mismo número, Augusto Vallejo Villa se refirió a los pormenores del descubrimiento en su contribución “Acerca de la Loa”. Por otra parte, Díaz Cíntora volvió a publicar la Loa con otras anotaciones en el volumen colectivo *Aproximaciones a sor Juana*, editado por Sandra Lorenzano y publicado por el Fondo de Cultura Económica en 2005.

de la llegada de la lengua a la que dedicó su vida. Por eso, si es que las casualidades existen, este raro trabajo, escrito a los ocho años de edad por Juana de Asbaje, es una mezcla de castellano y náhuatl, con algunas locuciones latinas, y despertó la pasión de Díaz Cíntora.

Al comenzar la segunda parte de la Loa, que consiste en 170 versos, dice Juana en su título: “Aplauda la fineza que el Señor hizo en quedarse sacramentado con los hombres...”⁴

Me resulta especialmente grata la memoria de don Salvador porque, al igual que muchos de los miembros de la Academia, fue parte del claustro de la Universidad Nacional Autónoma de México; en ella, durante decenios, enseñó literatura griega y latina a estudiantes de los primeros años de Letras.⁵

De nuevo, la palabra *fineza* parece adecuada. Hay una dualidad en el carácter de Díaz Cíntora que lo hace grato a la memoria; por un lado, su capacidad para descubrir los misterios de la lengua en sus raíces más hondas, para enfrentar complejos problemas filológicos, que lo llevan a editar la obra de Eguiara y Eguren,⁶ a descubrir en aquellos folios ignotos la voz de Juana de Asbaje y, al mismo tiempo, enamorar de su carrera a los estudiantes que blanden sus primeras armas en el trato con la lengua.

Sin duda, podría haber elegido Díaz Cíntora alguna materia de los últimos semestres, o algún curso de posgrado, y enseñar a alumnos casi formados; en cambio, y de manera insistente, recibía a jóvenes adolescentes para los que, más que un profesor, era la prueba misma de que el

⁴ Se utiliza la versión que el propio Díaz Cíntora dio como definitiva: la publicada por *Letras Libres*, en su número de octubre de 2001: *Loa satírica mixta de una comedia representada en el atrio de la iglesia del convento de Nuestra Señora de la Asunción de Amecameca en la festividad de Corpus Christi, atribuible a la niña Juana Inés Ramírez de Asuaje*. La segunda parte de la Loa (“Aplauda la fineza que el Señor hizo en quedarse sacramentado con los hombres”) comienza después del verso 60 y final de la primera parte.

⁵ Las materias que impartió Díaz Cíntora en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México fueron las siguientes: Literatura Griega I, II, III, IV y VII, y Literatura Latina I y II.

⁶ Juan José Eguiara y Eguren, *Historia de sabios novohispanos*, estudio introductorio de textos Ernesto de la Torre Villar, versión española Benjamín Fernández Valenzuela y Salvador Díaz Cíntora, México, UNAM, 1998 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 125).

idioma, sometido a la voluntad y a la disciplina, puede ser comprendido, moldeado y permanentemente vivificado.

Ese es el trabajo del investigador, que traía consigo la semilla de un debate que todavía habrá de prolongarse en el tiempo; era también el punto más visible del recuerdo que Díaz Cántora dejaría entre nosotros, pero no el único.

Su producción comienza como poeta con el libro *Hesterna*⁷ —poemas—; posteriormente aborda por primera vez un tema clásico editando las *Églogas* de Tito Calpurnio,⁸ dirige su atención a los primeros textos mexicanos con *Xochiquétzal: estudio de mitología náhuatl*⁹ y *Los once discursos sobre la realeza* del libro VI del *Códice florentino*;¹⁰ memorable también es su edición de las *Oraciones, adagios, adivinanzas y metáforas*¹¹ del mismo libro, y dejó por concluir sus ediciones de *Huehuetlatolli del Códice florentino*,¹² *Fábulas de Esopo en mexicano. Versión atribuible a fray Arnaldo Basacio*,¹³ y *Meses y cielos. Reflexiones sobre el origen del calendario de los nahuas*.¹⁴

En su análisis de la primera obra de sor Juana, no solo se aboca al estudio del texto en el que pretende identificar una época y una autora, sino deja huella también de sus preocupaciones como filólogo y como hombre de letras.

⁷ *Hesterna* (poemas), México, Polis, 1972.

⁸ Tito Julio Calpurnio, *Églogas*, intr. y notas Salvador Díaz Cántora, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos, 1989.

⁹ *Xochiquétzal: estudio de mitología náhuatl*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, Seminario de Estudios para la Descolonización de México, 1990.

¹⁰ *Los once discursos sobre la realeza* (del libro VI del *Códice florentino*), intr., trad. (del náhuatl) y notas Salvador Díaz Cántora, México, Pórtico de la Ciudad de México, 1992.

¹¹ *Oraciones, adagios, adivinanzas y metáforas* (del libro VI del *Códice florentino*), paleografía, versión (del náhuatl), notas e índices Salvador Díaz Cántora, México, Pórtico de la Ciudad de México, 1993.

¹² *Huehuetlatolli del Códice florentino*, intr., trad. (del náhuatl) e índices Salvador Díaz Cántora, a editarse también por el Pórtico de la Ciudad de México.

¹³ *Fábulas de Esopo en mexicano. Versión atribuible a fray Arnaldo Basacio*, trad. (del náhuatl), comparación con el original griego y vocabulario Salvador Díaz Cántora, México, UNAM, Biblioteca Nacional.

¹⁴ *Meses y cielos. Reflexiones sobre el origen del calendario de los nahuas*, a editarse en la UNAM por la Coordinación de Humanidades.

En el transcurso de su estudio, don Salvador se muestra preocupado por comprender la forma en que los distintos elementos de la lengua se unen para formar el habla propia de una nación. Al describir la morfología de las dos partes que comparten la obra, pone de manifiesto su propia manera de comprender este fenómeno:

La disposición en que se da la mezcla de lenguas se diferencia en ambas partes en cuanto que, en la primera vemos entrelazarse en un mismo renglón español y náhuatl sin ningún orden fijo, mientras que en la segunda, se produce el diálogo de un indio y un español sobre el misterio eucarístico, se dan bloques de versos en un mismo idioma, según el hablante en turno, con cierto elemento de ficción que supone el hecho de entenderse y responderse coherentemente, hablando lenguas distintas.¹⁵

Díaz Cántora sabía que todo en la lengua es acumulación, suma de tiempos, sedimento de épocas y de muchas otras lenguas; sabía que en el fondo de todo idioma —y particularmente del castellano enriquecido por raíces de cuatro continentes—, hay una voluntad de entender y de hacerse entender; eso que él llama ficción es en realidad la voluntad de todos de usar la lengua como mecanismo de identidad, de intercambio y de mutuo conocimiento.

Esta afirmación es constante en su obra, recurre al pasado para hacernos sentir mejor en el presente; desdibuja la idea de que somos provincias idiomáticas de una lejana metrópoli en la península más occidental de Europa y, si nos hace llegar a Lactancio y a Terencio, a Esquilo y a Sófocles, lo hace para entregarnos lo que es nuestro por derecho, nuestras raíces, nuestro pasado transmitido a lo largo de siglos por medio de mestizajes, de amores y de odios, de guerras e intercambios comerciales, en fin, de alternativos y permanentes encuentros y desencuentros.

Cuando Díaz Cántora vuelve a la vida los primeros textos de la mexicanidad, no lo hace con el ánimo del anticuario, ni del descubridor de

¹⁵ *Loa satírica mixta de una comedia representada en el atrio de la iglesia del convento de Nuestra Señora de la Ascensión de Amecameca en la festividad de Corpus Christi, atribuible a la niña Juana Inés Ramírez de Azuaje*, en *Letras Libres*, octubre de 2001, p. 67.

curiosidades del pasado, sino como un obrero de esta construcción permanente que es la lengua española. De ahí que le llame tan poderosamente la atención el verso 66 de la *Loa*, del que dice:

Hablándonos de una vieja presumida nos dice que viene:

yoqui in tlahuépoch Medea
[como la bruja Medea]...

Cultura, pues, literaria y mitológica, que no era extraña, desde luego, en mestizos, ni aun en indios; lo notable del caso es la gracia con que esta niña la expresa, a diferencia de la casada pedantería que hallamos con disgusto en otras tantas fuentes.¹⁶

Nuestro académico ve en el habla de la niña Juana la infancia de esa nueva variante del castellano donde la cultura literaria y la cultura mitológica se unen en la dulzura de la lengua indígena para no perderse y desaparecer, sino para integrarse en ese acto creativo que es la palabra.

Salvador Díaz Cántora fue el último en ocupar la silla IX, que ahora me es generosamente ofrecida. Habría mucho todavía que decir sobre él y sobre sus predecesores, mucho que reflexionar sobre todos ellos; sobre su gusto por la estética clásica tanto de América como de Europa, de su pasión por la enseñanza, de su constancia en nuestra Academia y de su vocación de servicio a un idioma en el que supieron ver, mejor que muchos, el alma de su nación.

Desde esta silla Francisco Pimentel, José Peón y Contreras, Juan de Dios Peza, Manuel G. Revilla, Alberto María Carreño, Eduardo Luquín Romo e Ignacio Bernal dedicaron su inteligencia al estudio de nuestro idioma y de sus valores en la palabra, en la voz y en el pensamiento.

Todavía debo, sin embargo, decir algo del análisis de Díaz Cántora sobre la *Loa de infancia*. La reflexión que subyace en su pensamiento y que constituye el espíritu de la lengua: la relación entre las palabras y los valores que encierran. Decía sobre los dos primeros versos de la *Loa*:

¹⁶ *Ibidem*.

Cenca huel nipinaubtíhuitz
[con sobrada desvergüenza]...

donde la primera línea podría traducirse:

apenadísima vengo...

y digo podría porque la noción de género no está obviamente en el náhuatl, y este del género es asunto en seguida. Obseervamos de inmediato la contradicción evidente entre el primer verso y el que le sigue; para mí es rasgo saludísimo de innata coquetería. No hay tal pena, desde luego, pero, por otra parte, ¿sabrá la futura poetisa que está empezando brillantemente su loa con un oxímoron? La palabrita sigue siendo rara, y tanto, que el DRAE, que ya recoge de todo, aún no le ha dado la entrada que merece —es de notar que en la última edición del Diccionario, la palabra ha sido ya incluida—. En todo caso, es el ingenio el que espontáneamente crea las figuras que luego los retóricos bautizan, y si algo tiene esta niña es precisamente ingenio.¹⁷

Las palabras nombran mucho más de lo que, en apariencia, dicen. Ellas hacen el mundo y permiten dominarlo, en la sutil contradicción de términos del que la niña Juana crea la figura retórica, donde se esconde la visión infantil de un mundo que comenzaba y que el lector puede todavía profundizar más; porque la lectura desvela mucho más de lo que el autor se atrevió a expresar, incluso más de lo que tuvo conciencia y Díaz Cíntora ve ingenio, ve promesa de la poetisa que será; a fin de cuentas ve valores que no pasan inadvertidos.

En esta capacidad de abrigar contenidos, de llenarse de sentido, la palabra es el refugio del espíritu, supera cualquier forma de comunicación y se convierte en la materia del pensamiento inmaterial. Donde el lugar común afirma: “una imagen dice más que mil palabras”, el ingenio de Tomás Segovia responde: “eso, no puede decirse con imágenes”.

Si la lengua puede encerrar estas sutilezas es porque en esencia es el resguardo de los valores, de los símbolos, de las aspiraciones de los pue-

¹⁷ Ibídem.

blos que, en un movimiento perpetuo, se nutren de ella y la alimentan constantemente. Por eso Yahvé hizo el universo con el Verbo;¹⁸ Juan el Evangelista sabía que en el principio estaba la palabra;¹⁹ Marai considera el lenguaje el alma de su pueblo²⁰ y Jorge Luis Borges se enorgullece más de lo que leyó que de lo que dejó escrito, y recuerda:

El nombre es arquetipo de la cosa,
en las letras de *rosa* está la rosa
y todo el Nilo en la palabra *Nilo*.²¹

¹⁸ Gén. 1.

¹⁹ Jn. 1.

²⁰ En la obra de Sándor Márai, la preocupación en torno a la verbalización de los sentimientos y de la realidad es constante. Como parte de un imperio derrumbado, se refugia en la lengua como el último reducto de su nacionalidad y, sobre todo, de su identidad. En *¡Tierra, tierra!*, afirma “¿De qué tenían miedo aquellos cien mil pobres peregrinos descalzos? ¿Y los demás, los millones de jornaleros que se habían quedado en casa, en sus casuchas? Los comunistas les habían hecho creer que les iban a dar tierras; les repetían con su astuta propaganda, que todo redundaría en el beneficio del pueblo trabajador y de los necesitados... Pero ellos tenían miedo. ¿Miedo a los esclavos? ¿A los comunistas? ¿Miedo a perder sus cerdos, el trigo que habían escondido? ¿Miedo al controlador de molinos, al comisario trillador, al policía democrático popular que había sustituido al guardia rural y que velaba con la misma intransigente severidad por las maneras y los comportamientos del pueblo de su predecesor? No se sabía con certeza de que tenían miedo. Lo único cierto era que lo tenían, que estaban arrodillados y que miraban al sacerdote como si en aquella persona —ataviada con su casulla de cardenal— se hubiese materializado una exigencia. Como si sintieran que el tiempo había elevado al cardenal sobre un pedestal peculiar: un hombre había decidido expresar en voz alta esa exigencia, la del derecho a la libertad de conciencia. Quizá era eso la que las temerosas masas sentían. Arrodilladas, agachadas, gimiendo, rezando. Cien mil personas sentían que había llegado el momento de pasar un importante examen donde confesar que ya no poseían mas que ese algo que la religión y la filosofía denominan con diversos nombres por ser un término difícilmente definible, pero que en el lenguaje popular se conoce simplemente como alma (entre esas cien mil personas, entre los otros millones había pocas que supieran definir el alma, un concepto que interpretaban de modo bien distinto los filósofos griegos de pneuma y Dewey, el filósofo pedagogo americano que afirmaba que el alma es el lenguaje). Es imposible imaginar lo que los peregrinos arrodillados en la fiesta mariana de Eger entendían por alma o por libertad de conciencia... Lo único seguro era que hipaban y gemían porque tenían miedo” (Sándor Márai, *¡Tierra, tierra!*, Barcelona, Salamandra, 2006).

²¹ El poema “El Gólem”; clasificado por Emir Rodríguez Monegal como una segunda aproximación al tema de la mística judía, dice en sus primeras cuartetas:

Si (como el griego afirma en el Cratilo)
el nombre es arquetipo de la cosa,

Las sociedades depositamos en nuestras palabras significados profundos; dejamos al abrigo de su pronunciación, de sus grafías y de su memoria lo mejor de cuanto quisiéramos ver vigente en las siguientes generaciones; las lenguas son portadoras de valores humanos, profundos y arraigados que exceden a las naciones y a los estados, cruzan fronteras y océanos porque llevan consigo el mensaje de la sobrevivencia de la cultura y de la promesa de un futuro siempre se desea mejor.

Sin embargo, del mismo modo que la lengua es conciencia colectiva, identidad de muchos y experiencia compartida, es también ejercicio íntimo y reflexión personalísima.

Desde este punto de vista, ser partícipe de una lengua es ser partícipe de una reflexión histórica. Vicente Aleixandre, al recibir el Premio Nobel de Literatura, afirmaba que:

Cada autor no representa otra cosa que la de ser, como máximo, un modesto eslabón de tránsito hacia una expresión estética diferente, alguien cuya fundamental misión es, usando otro símil, transmitir una antorcha viva a la generación más joven, que ha de continuar en la ardua tarea.²²

en las letras de *Rosa* está la rosa
y todo el Nilo en la palabra *Nilo*.

Y, hecho de consonantes y vocales,
habrá un terrible Nombre, que la esencia
cifre de Dios y que la Omnipotencia
guarde en letras y sílabas cabales.

Adán y las estrellas lo supieron
en el Jardín. La herrumbre del pecado
(dicen los cabalistas) lo ha borrado
y las generaciones lo perdieron.

Dicho poema, fechado en 1958, no fue publicado sino hasta 1960 en el volumen *El otro, el mismo*.

²² En 1977 le fue concedido a Vicente Aleixandre el Premio Nobel de Literatura. Véase *Les Prix Nobel. The Nobel Prizes 1977*, editor Wilhelm Odelberg [Nobel Foundation], Estocolmo, 1978.

Cada hablante de una lengua recibe un legado precioso que lo une a los demás y lo define. Me parece que la expresión *lengua materna* no puede ser más precisa; refleja la existencia de un nexo umbilical entre el sujeto y su idioma; una liga tan íntima como la que existe entre el hijo y la fuente nutricia que es la madre; en esa dación, en ese don que es la lengua, van insertos los valores que constituyen el alma de la sociedad, del pueblo y de la cultura.

Del mismo modo en que esa relación madre-hijo no se colma en sí misma, sino que es parte de una cadena de generaciones, de hechos y de circunstancias, en la que solo es el punto en que el pasado y el futuro se encuentran, cada hablante no es sino un pequeño depositario de una historia milenaria en la que la propia lengua tiene su devenir y toma formas y nombres distintos. Una historia tan larga y tan honda que desemboca —o comienza— con un pequeño clan en las cumbres del noroccidente de la India ensayando las palabras que luego engendrarían los idiomas. Lo que nos une con esos hombres, y con todos los hispanohablantes de Sudamérica, de Asia, de África y de Europa, no son solo palabras —que, de serlo, serían una liga formal y sin esencia—: lo que evidentemente nos une son los valores que contienen, principios con los que se puede estar o no de acuerdo, pero que son un punto de partida y un lugar de encuentro.

Este sedimento histórico y emotivo hace que la lengua, por otra parte, no sea solo la colección de vocablos contenidos en el diccionario, sino los giros que adquiere, los sentidos que encarna, es decir, el volumen total de cada una de sus palabras.

Si bien es cierto que los valores caben en el abrazo estrecho de las palabras, también lo es que esas mismas palabras nunca son suficientes para expresar todo lo que sus contenidos quisieran; este fenómeno paradójico y entrañable significa que quienes trabajamos con la palabra hacemos uso de un instrumento imperfecto, limitado y a veces insuficiente, pero son precisamente esa limitación y esa insuficiencia lo que permitió a los seres humanos crear la ilusión y la fantasía, y, con ellas, la literatura, la poesía y la canción.

Como experiencia recóndita en lo más profundo de cada quien, la posibilidad de apreciar el valor, el contenido y la importancia de las palabras depende más de las circunstancias vitales, como las entendía Unamuno o de aquellas del entorno, como las señaló Ortega, que de las características particulares, las cualidades o los esfuerzos personales.

La lengua de cada uno depende de ese universo próximo que le corresponde vivir, con sus peculiaridades, su significado y su historia. En mi caso, el único del que puedo hablar con cierto grado de certeza, pude intuir, que no comprender, que podían coexistir dos formas de expresarse en un mismo idioma y que podían convertir a quienes las empleaban, de manera inconsciente e imperceptible para ellas mismas, en una suerte de sujetos bilingües hablantes de un solo idioma. Entre ambos extremos se ha enriquecido mi vida y entre ambos nació en mí la necesidad de comprender y cultivar este mecanismo de identidad que es la lengua.

La lengua española ha sido siempre para mí un misterio, un enigma que surgió en el momento en que tuve conciencia de vivir dentro de un idioma múltiple, al grado de parecer muchos distintos. Sin saber por qué, intuía que en casa los chícharos eran *guisantes*, y el betabel, *remolacha*; mientras que fuera de ella, en mi círculo personal, en la calle, el bocadillo se convertía en *torta*; si en la familia alguien abordaba un autobús, entre los amigos fuera de este núcleo íntimo se tomaba el *camión*; que el plural de *tú*, en casa era *vosotros*, en tanto que en el otro espacio era *ustedes*; el *vosotros* modificaba la conjugación de los verbos dándoles una forma que fuera del hogar solo se concebía en los cuentos de hadas y para los documentos antiguos.

De manera automática, y por muchísimo tiempo inconsciente, yo usaba ambos modos de manera espontánea y según el lugar en que me encontrara.

Pero no había conflicto, había riqueza, y si alguna lección me quedó de aquel tiempo es que todo en la existencia son las palabras que lo nombran. Mi desconcierto creció cuando, ya adulto, en un primer viaje en el que tuve el encuentro con la lengua en su territorio de origen, el contras-

te fue mayor respecto a la idea que me había formado de ella. El idioma que allá oí era distinto a los otros dos; no solo en los temas que creía que serían los mismos que tocábamos en casa, lo que no sucedió, sino en las palabras mismas; al tocino lo llamaban *beicon*; al camarada y a la amiga *tío* o *tía*; al bocadillo, *bocata* y así, el verbo conjugado junto con el respetuoso *usted* había desaparecido para dejar su lugar a un generalizado *tú*.

Una nueva coraza envolvió a la lengua hablada en mi familia; un nuevo círculo que aislaba y afirmaba su intimidad y sus valores; se transformó en una lengua misteriosa y aislada, tan antigua y lejana como el ladino de los sefaradís; se convirtió en un conjunto de símbolos para el ejercicio de una alquimia sentimental.

El ser humano crece y madura en la justa medida en que toma conciencia de su idioma; el niño aprende a diferenciar la forma de utilizar las palabras y el idioma de manera inconsciente; las palabras encarnan en su mente como parte del ambiente y van dando sentido a su forma de apreciar el mundo; al crecer adquiere conciencia de los diferentes tonos, giros y formas del lenguaje, aprecia de manera clara la importancia de expresarse y en la medida en que esa conciencia se hace parte de su persona, comprende el contenido cultural, social y humano de las palabras, de las que pronuncia y de las que escucha.

Por eso dice Pablo de Tarso: “Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño, más como ya fui hombre dejé lo que era de niño”.²³

El ejercicio del idioma es evolución personal dentro de otra general, y ambas responden a la forma de conversar. Al corazón del idioma puede llegarse por dos rutas: en la primera, se diseca el lenguaje, se le aborda mediante estudio y un constante esfuerzo; en la segunda, todo acontece como en un golpe de suerte, cuando el sujeto se sabe en una circunstancia tal que en su entorno la lengua es un valor de particular importancia; así, todo sucede sin su colaboración, sin su mérito, como cosa dada.

²³ 1 Cor. 13. 11.

Con el paso del tiempo se pueden percibir dos gramáticas distintas: una objetiva y otra interna; una general, la aceptada por todos, en la que están escritos los libros, y la otra, oculta y personal, la de los valores íntimos, aquella en la que no se leen los libros, pero que, en cambio, expresa la conciencia, la memoria y los valores éticos.

Es en esa gramática íntima en la que los seres humanos vertimos nuestra representación del mundo, la forma en que lo asumimos y nos asumimos en él; es una gramática más caprichosa, sujeta a las reglas del recuerdo y a los usos valorativos de la familia y de la comunidad; se transmite no en textos sino en contextos y en espacios vitales plenos de significado.

Evidentemente no pretendo una nueva gramática —si es que ustedes, señores académicos, autorizaran el uso de otra más—, sino presentar frente a la aceptada, el espíritu de otra cuya impronta se manifiesta, ante mí y para mí.

Si la gramática formal, académica, se estructura mediante conceptos y usos reconocidos, la gramática íntima se crea a partir de valores asumidos de manera autónoma y de prácticas compartidas. Sus mayúsculas señalan apetencia, reconocimiento y validez más allá del tiempo y de la circunstancia; sus acentos son énfasis, así como sus diminutivos encarnan afectos y los superlativos admiraciones.

Es esa gramática la que le permite a Amado Nervo convertir a un ser que ya no es en una amada inmóvil;²⁴ a Juan Rulfo imaginar un páramo

²⁴ Es conocida la historia del amor de Amado Nervo por Ana Cecilia Luisa Dailliez, así como las circunstancias de su muerte en la calle de Bailén en Madrid. La forma en la que Nervo sublima la muerte de su amada es una forma de transfiguración y renacimiento constante por la palabra; así el poema sexto de la parte octava del libro *La amada inmóvil*, publicado póstumamente en 1922, dice:

VI. Resurrección

Yo soy tan poca cosa, que ni un dolor merezco...
Mas tú, Padre, me hiciste merced de un gran dolor.
Ha un año que sufro, y un año ya que crezco
por él en estatura espiritual, Señor.

desierto en un llano en llamas²⁵ o a Carlos Fuentes referirse a la hipocresía y a la falsedad como a las buenas conciencias.²⁶ Es en su espacio lingüístico donde Juan José Arreola impulsa el sueño del guardaguasas,²⁷

¡Oh Dios, no me lo quites! Él es la sola puerta
de luz que yo vislumbro para llegar a Ti.
Él es la sola vida que vive ya mi muerta:
mi llanto diariamente, la resucita en mí

²⁵ “El llano en llamas” fue publicado originalmente en la revista América, en su número 64, de diciembre de 1950; posteriormente Rulfo lo reúne con otras historias con el volumen del mismo nombre publicado en 1953. Su narración de los arduos días de la revolución armada se convirtió en un ícono del lenguaje mexicano como retrato de su propia identidad. De entre la muerte y la destrucción, Rulfo da cuenta del sentimiento de plenitud y angustia agazapada que permite el encuentro íntimo con la geografía mexicana: “daba gusto mirar aquella larga fila de hombres cruzando el Llano Grande otra vez, como en los tiempos buenos. Como al principio, cuando nos habíamos levantado de la tierra como huizapoles maduros aventados por el viento, para llenar de terror todos los alrededores del Llano. Hubo un tiempo que así fue y ahora parecía volver”.

²⁶ En 1959, Carlos Fuentes publica su segundo libro, *Las buenas conciencias*, como un alegato contra la hipocresía de la burguesía posrevolucionaria; el efecto del contraste entre sus personajes acentúa el hecho de la pluralidad mexicana que encuentra su lengua común en la falsedad del trato disimulado como buenos modales; así, explica las características de Juan Manuel Lorenzo, uno de sus protagonistas, joven indígena que trata de incorporarse a la sociedad emergente: “su manera de hablar y su personalidad física provocaban siempre una sensación de extrañeza. La tenacidad privada se convertía en cierta rudeza pública; rudeza esencial y vigorosa que los suaves modales del hombre de raza indígena trasplantados a la ciudad no alcanzaban a ocultar. Si el cuerpo era menudo, la cabeza era grande, y todos los tarros de goma mezclada por el joven estudiante no bastaban para domeñar su mata de pelo duro, semejante a un enorme nopal de cerdas violentas. Nadie podría afirmar, pese a lo dicho, que Juan Manuel Lorenzo fuese un hombre feo. Pues aquellos ojos asombrados, abiertos al mundo, iluminados por una secreta alegría, eran apenas el aviso de un rostro pleno de voluntad y energía moral. ¿Qué indefinible elegancia poseían los gestos primitivos de Juan Manuel Lorenzo? ¿Qué súbito respeto inspiraba su indefensa naturalidad? Fueron estos atributos, sin duda los que lo salvaron del trato que, a uno de su condición, reservaban los muchachos de la preparatoria”.

²⁷ En 1952 Juan José Arreola publica *Confabulario*, una colección de cuentos entre los que destaca uno que puede considerarse una de las piezas claves de la narrativa breve contemporánea en lengua española, *El guardaguasas*; en él se crea un mundo fantasmal en el que la voluntad del hombre se reduce a la articulación de palabras, y más que a ello a los silencios y a la represión de las voces. Al final de la historia el guardaguasas se identifica de la siguiente manera: “Yo, señor, solo soy guardaguasas. A decir verdad, soy un guardaguasas jubilado, y solo aparezco aquí de vez en cuando para recordar los buenos tiempos. No he viajado nunca ni tengo ganas de hacerlo. Pero los viajeros me cuentan historias. Sé que los trenes han creado muchas poblaciones además de la aldea de F, cuyo origen le he referido. Ocurre a veces que los tripulantes de un tren reciben órdenes misteriosas. Invitan a los pasajeros a que desciendan de los vagones, generalmente con el pretexto de que admiren las bellezas de un determinado lugar. Se les habla de grutas, de ca-

u Octavio Paz explica la existencia de la cultura mexicana como un laberinto individual que se manifiesta en la soledad.²⁸

Dentro del caos metódico de los sentimientos, las palabras de la gramática personalísima son, en realidad, más que eso: son conceptos integrales de los valores que han permitido a los seres humanos y a sus sociedades seguir vivos, estar en continuo crecimiento y llenar el orbe de obras y creaciones; palabras para las que no existen límites, ni siquiera los que las circunstancias les imponen por momentos; palabras que, a fin de cuentas, constituyen el núcleo más duradero del ser del hombre en la sociedad.

Así, desde ese punto de vista, el uso de las palabras corresponde a la idea de que, para persistir, los valores deben pronunciarse y que, de entre ellos, existen algunos, apenas unos cuantos, que siempre habrían de escribirse con mayúscula para hacer notar su peso, su influencia y su calidad.

Desde luego, no se trata de valores inmutables o universales, ya que hasta los términos que podrían pensarse absolutos, como *eternidad*, *libre albedrío*, *Dios*, *verdad* o *nada*, han sido motivo de discusiones, guerras, carne de patíbulo o pasto de llamas, y su defensa o crítica costado vidas humanas. Me refiero a esos valores en los que la mayúscula, personal y

tarátas o de ruinas célebres: ‘quince minutos para que admiren ustedes la gruta tal o cual’, dice amablemente el conductor. Una vez que los viajeros se hallan a cierta distancia, el tren escapa a todo vapor”.

²⁸ En 1950, *Cuadernos Americanos* publicó por primera vez un largo ensayo de Octavio Paz “El laberinto de la soledad”. Arraigado en el pensamiento sobre la mexicanidad que había iniciado en la generación del Ateneo, particularmente con Alfonso Reyes y José Vasconcelos, lleva sus reflexiones a horizontes más lejanos, particularmente en términos de lingüística y de análisis del discurso de la mexicanidad. De este que podemos considerar el texto clásico sobre el análisis de nuestra conciencia colectiva, vale la pena destacar las siguientes líneas: “El lenguaje popular refleja hasta qué punto nos defendemos del exterior: el ideal de la ‘hombría’ consiste en no ‘rajarse’ nunca. Los que se ‘abren’ son cobardes. Para nosotros, contrariamente a lo que ocurre con otros pueblos, abrirse es una debilidad o una traición. El mexicano puede doblarse, humillarse, ‘agacharse’, pero no ‘rajarse’, esto es, permitir que el mundo exterior penetre en su intimidad. El ‘rajado’ es de poco fiar, un traidor o un hombre de dudosa fidelidad, que cuenta los secretos y es incapaz de afrontar los peligros como se debe. Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su ‘rajada’, herida que jamás cicatriza.

no necesariamente gráfica, enmarca la dignidad del término y el peso del concepto.

No pretendo, tampoco, hacer un alegato a favor del uso de las añejas mayúsculas reverenciales, uso desaparecido en prácticamente todos los idiomas, aunque debo decir que en mi gremio, el de los abogados, seguimos utilizándolas, tal vez por tradición, tal vez por respeto, pero siempre constantes en las voces que nos parecen más significativas. Más bien, quiero llamar la atención sobre un hecho fundamental que consiste en que, para la supervivencia de los valores, es necesario seguirlos pronunciando, pero con reconocimiento. Lo que no se dice desaparece; lo que no se nombra no existe, y lo que no se vuelve a mencionar es como si acaso nunca hubiera tenido lugar.

La reverencia que se tiene de manera natural por las palabras que consideramos depositarias de valores trascendentes se complementa forzosamente con la que sentimos por ciertas personas, aquellas que por su esfuerzo y su forma de ser en el mundo se convierten en paradigmas para uno mismo y hacia uno mismo. Ellos son las palabras que los nombran; cada valor y cada objeto, yo mismo, soy las palabras que pronuncio y que me nombran.

Desde antes de nacer, cada hombre está destinado a incorporarse a una nación, a una familia y, desde luego, a un espacio lingüístico; pertenecerá siempre a esos núcleos personalísimos, y si bien podrá cambiar de país de residencia y convertirse en ciudadano de un Estado del que nunca imaginó llegar a formar parte, no podrá nunca reducir de su conciencia estos tres elementos de su identidad: Alfonso Reyes los llamó fatalidades, no en el sentido dramático del término, sino en el de lo ineludible.²⁹ En mi persona, la lengua es una de estas fatalidades.

²⁹ En 1939, en plena movilización de la cultura mexicana contra el fascismo, la bonaerense revista *Sur* publica “Notas sobre la inteligencia americana”, de Alfonso Reyes; en dicho texto, lo que parecían maldiciones para la generación anterior se convierten, en el pensamiento reyesiano, en señas de identidad y en elementos de crecimiento: “En el mundo de nuestras letras, un anacronismo sentimental dominaba a la gente media. Era el tercer círculo, encima de las desgracias de ser humano y de ser moderno, la muy específica de ser americano; es decir, nacido y arraigado en un suelo que no era que no era el foco actual de la civilización, sino una sucursal del mundo. Para

En el hogar en el que crecí, las palabras eran importantes; la corrección en el hablar y en el escribir era un valor por alcanzar y privilegiar; todo ello porque era el patrimonio de un grupo para el que Libertad, Justicia y República constituían un código de honor, de ética y de sobrevivencia, que justificaba su ser en el mundo.

No podría sentirme con la dignidad suficiente para ocupar el puesto que generosamente me han dado si no hiciera antes un recuerdo de ese pueblo que cruzó el océano inspirado por la necesidad de sobrevivir en la legalidad y en la libertad, amparado tan solo por la palabra y la voluntad del general Lázaro Cárdenas; de los hombres que colaboraban bajo su mando, pero, sobre todo, de las mujeres y de los hombres que forman su pueblo.

Esos términos, que me identifican conmigo mismo, y con los que aprendí a manifestar mi manera de ser, los veo en mí mismo siempre con mayúsculas. Tienen para mí —aunque creo que no solo para mí— un significado profundo; son mis señas de identidad.

Así, cuando digo Libertad, con mayúscula, no solo me refiero a la primera acepción del Diccionario: “Facultad natural que tiene el hombre

usar una palabra de nuestra Victoria Ocampo, los abuelos se sentían ‘propietarios de un alma sin pasaporte’. Y ya que se era americano, otro hándicap en la carrera era el ser latino o, en suma, de formación cultural latina. Era la época del *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?* Era la época de la sumisión del presente estado de las cosas, sin esperanzas de cambio definitivo ni fe en la redención. Solo se oían las arengas de Rodó, nobles y candorosas. Ya que se pertenecía al orbe latino, nueva fatalidad dentro de él pertenecer al orbe hispánico. El viejo león hacía tiempo que andaba decaído. España parecía estar de vuelta de sus anteriores grandezas, escéptica y desvalida. Se había puesto el sol en sus dominios. Y, para colmo, el hispanoamericano no se entendía con España, como sucedía hasta hace poco, hasta antes del presente dolor de España, que a todos nos hiere. Dentro del mundo hispánico, todavía veníamos a ser dialecto, derivación, cosa secundaria, sucursal otra vez: lo hispano-americano, nombre que se ata con guioncito como con cadena. Dentro de lo hispanoamericano, los que me quedan cerca todavía se lamentaban de haber nacido en la zona cargada de indio: el indio, entonces, era un fardo, y no todavía un altivo deber y una fuerte esperanza. Dentro de esta región, los que todavía más cerca me quedan tenían motivos para afligirse de haber nacido en la temerosa vecindad de una nación pujante y pletórica, sentimiento ahora transformado en el inapreciable honor de representar el frente de una raza. De todos estos fantasmas que el viento se ha ido llevando o la luz del día ha ido redibujando hasta convertirlos, cuando menos, en realidades aceptables, algo queda todavía por los rincones de América, y hay que perseguirlo abriendo las ventanas de par en par y llamando a la superstición por su nombre, que es la manera de ahuyentarla. Pero, en sustancia, todo ello está ya rectificado”.

de obrar de una manera o de otra, y de no obrar, por lo que es responsable de sus actos”, o a la quinta: “Facultad que se disfruta en las naciones bien gobernadas de hacer y decir cuanto no se oponga a las leyes ni a las buenas costumbres”.³⁰

Cuando pronuncio la palabra *Libertad*, permítanme insistir, con mayúscula, me refiero al movimiento de las naciones en la conquista del derecho a su identidad; me refiero al hombre que prefiere morir de pie, a un cuadro de Delacroix colgado en un museo de Francia,³¹ a una necesidad tan íntima que su satisfacción, como diría Manuel Azaña, no hace felices a los hombres, los hace simplemente hombres.

Hemos dicho Libertad acaso por ser el más fundamental de esos valores; el presupuesto sin el cual todos los demás carecerían de sentido.

Al mismo tiempo, al decir Justicia digo mucho más que la idea romana de dar a cada quien lo suyo, mucho más que las 12 acepciones y 17 usos que autoriza el diccionario.³² Al decir Justicia hablo del reclamo básico de la dignidad humana, el fundamento de toda relación entre personas y el atributo esencial de la bondad y de la magnificencia.

Digo Justicia, y con emoción recuerdo a Victor Hugo, quien pensaba que su época era grande por la ciencia, por la industria, por la elocuencia y por el arte, pero que esa grandeza era una justicia que, aunque tardía, liberaba a quienes por generaciones habían estado hasta ese momento

³⁰ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa, 1992, p. 1252.

³¹ En 1830, Eugène Delacroix terminó su obra *La libertad guiando al pueblo*, en él una alegoría de la Libertad, encarnada en una mujer que dirige el ataque desde una barricada, reúne elementos de la literatura de Victor Hugo y algunos más de la estética de Géricault. Delacroix afirmó haber realizado la obra como una compensación a su pueblo por no haber estado presente en las batallas reales de las barricadas parisinas.

³² Real Academia Española, *op. cit.*, p. 1215.

Rien donc, non, rien n'a dégénéré chez nous. La France tient toujours le flambeau des nations. Cette époque est grande, je le pense —moi qui ne suis rien, j'ai le droit de le dire—: elle est grande par la science, grande par l'industrie, grande par l'éloquence, grande par la poésie et par l'art. Les hommes des nouvelles générations, que cette justice tardive leur soit du moins rendue par le moindre et le dernier d'entre eux, les hommes des nouvelles générations ont pieusement et courageusement continué l'œuvre de leurs pères.

obligados a continuar la tarea de sus padres sin posibilidad de elección;³³ ahora, al decir Justicia en esta asamblea que conoce el peso y el valor de las palabras, digo en esa voz que esta época no es mejor que aquella en que vivió Hugo; que la justicia ha sido tardía para algunos, pero por desgracia y de manera absurda, continúa siendo injusticia presente y abominable para muchos, para los más.

Al revisar el mínimo repertorio de palabras que me represento siempre con mayúscula encuentro un binomio inseparable, el que se forma con las palabras *República* y *Democracia*.

Y digo República, pensándola como el sistema político que se basa en la Democracia que, para estos efectos, es un sistema de vida.

Al pronunciarlas me excedo de las seis acepciones y del uso adicional que concede nuestro Diccionario al vocablo *República*³⁴ y en las otras dos que autoriza para el de *Democracia*.³⁵

Pienso en la palabra *República*, y al pronunciarla digo también la saga de Juárez cruzando el territorio de la Nación para mantener intacta la legalidad de nuestro Estado, y digo también *Democracia*, como un anhelo latente de quienes arriesgaron vidas y haciendas para que su presidente no fuera depuesto por tropas extranjeras; no puedo sino pensar en el París enardecido de 1789, en la tarde solemne del Cerro de las Campanas y en un Madrid jubiloso en una mañana de abril.

Digo *República* y digo también el sistema político, que incluye necesariamente la Democracia, como potencia que promueve el progreso de los pueblos con dignidad y libertad; al decir este vocablo vuelvo al pen-

³³ Victor Hugo pronunció su discurso de ingreso a la Academia Francesa en la sesión pública del 5 de junio de 1841; en esa ocasión, refiriéndose al estado que guardaba la Francia de su tiempo, dijo: “Rien donc, non, rien n’a dégénéré chez nous. La France tient toujours le flambeau des nations. Cette époque est grande, je le pense —moi qui ne suis rien, j’ai le droit de le dire—: elle est grande par la science, grande par l’industrie, grande par l’éloquence, grande par la poésie et par l’art. Les hommes des nouvelles générations, que cette justice tardive leur soit du moins rendue par le moindre et le dernier d’entre eux, les hommes des nouvelles générations ont pieusement et courageusement continué l’œuvre de leurs pères”.

³⁴ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa, 1992, p. 1777.

³⁵ *Loc. cit.*

samiento de Juárez, tenaz en la reinstauración de la legalidad que el destino le deparó dirigir.

Digo *República* y *Democracia* y hablo de Juárez y de los liberales que, con él, en el siglo XIX, lograron que los valores de tolerancia, libre determinación y autonomía de la conciencia se afincaran en nuestra patria de manera permanente; conceptos que habíamos pensado ya indelebles, definitivos e inatacables y que, debiéndolo ser, las circunstancias presentes nos obligan a tomar conciencia de ellos y en cuya defensa es necesario permanecer en guardia.

Hoy, a 200 años del nacimiento del presidente Juárez, es una obligación, una grata obligación, manifestar mi admiración y mi respeto a su memoria y a su obra. Al liberar a México de sus ataduras ancestrales, Juárez contribuyó a fundar un Estado libre y generoso, donde los ciudadanos de otras naciones pudieran encontrar refugio y protección.

Desde entonces, y espero que para siempre, México ha sido y será un País de Asilo, obviamente con mayúscula. El asilo ha hecho que nuestro suelo se convierta en protección de perseguidos y parias.

Para ser entendidas y comprendidas, las historias de muchos países tendrán que buscarse en los archivos mexicanos; admirar el esplendor de sus culturas en nuestras universidades y venerar el reposo de sus compatriotas bajo la tierra de nuestro país.

Cada uno de estos asilos ha sido distinto por su origen, por su evolución y por su duración, pero nuestro rastro dejado en ellos y el suyo en nosotros nos ha hecho ser distintos y nos ha beneficiado a todos.

Son muchos los miembros de otras naciones que en parecidas circunstancias llegaron a esta tierra buscando la protección, la paz y la piedad que los suyos tantas veces les negaron. En la actualidad, hablar de “argemex”, “uruguamex” o “chilemex” nos pone de manifiesto el intercambio profundo y simbiótico de los asilos.

Si entre los asilos que han tenido a México como refugio, el español es por antonomasia el exilio de los exilios, el establecimiento de los llegados supo ser fuente de diálogo con la cultura que los recibió.

En su encuentro ambas culturas resultaron transformadas; cambiaron sus rostros y si para ellos, los que vinieron, significó a la larga una estancia que de provisional y temporal se convirtió en permanente y definitiva, representó también una moral colectiva que se transmitió a sus hijos, ya mexicanos, que la seguimos portando como una forma de añoranza y de visión del mundo.

El comienzo del siglo XXI nos obliga a hacer un balance del siglo pasado, quizá el más dinámico en la evolución de la sociedad, lo que ha hecho que muchas cosas se hayan transformado; muchos valores hayan cambiado, muchas conductas se hayan transfigurado y muchos puntos de vista hayan caído en el olvido. Sin embargo, no puede decirse, en tal sentido, que una sociedad pierda los valores; ninguna sociedad puede vivir sin esos alicientes para seguir avanzando, sin esos deseos colectivos.

Pero puede acontecer, como parece sucederle a nuestro tiempo, que la sociedad, al cambiar sus parámetros y paradigmas, se encuentre momentáneamente incapacitada para encontrar nuevos modelos que respondan a las necesidades del momento y conciliarlas con los reclamos que la naturaleza humana requiere en todo tiempo y todo lugar; puede ser, como nos pasa, que las nuevas palabras escritas todavía con minúscula no puedan ocupar el lugar de aquellas que debíamos escribir siempre con mayúscula.

Si bien esto es un fenómeno mundial, en los ámbitos locales sucede lo mismo, aunque sus efectos, por su cercanía, son siempre más dolorosos.

La ausencia de acuerdos colectivos, de modelos válidos y aun de palabras que con claridad puedan delimitar y nombrar nuevos valores, conducen al conflicto y a la violencia; se traducen en desencuentro y en actitudes que en nada ayudan a que la sociedad marche con la seguridad y la serenidad que se requiere para desarrollarse y mantenerse vigorosa.

Los vicios que antes eran privados y se disimulaban bajo el velo espeso de la vergüenza, de la privacidad y del ocultamiento, hoy son orgullo de avezados y aventureros; la sociedad confundida y temerosa no alcanza a formarse criterios éticos con la velocidad que fuera deseable y, con ello,

la política se devalúa, la legalidad es vejada y la presencia de quienes exhiben incuria y venalidad con descaro y como testimonio de éxito social, conducen a pensar que los valores se pierden y que el futuro es menos claro y promisorio de lo que esperábamos hace apenas unos años.

Ignacio Ramírez decía del siglo XIX: “Felicitémonos porque nos ha sido dado contemplar este espectáculo sublime, aunque seamos sus víctimas...”³⁶ Todavía no es posible saber si debemos felicitarnos por vivir este momento; el hecho es que palabras huecas y estériles ocupan el escenario de antiguas palabras del vocabulario valorativo de nuestra sociedad: corrupción, enfrentamiento, discordia, intolerancia o indiferencia no pueden ser valores ni para nuestra sociedad ni para ninguna otra; nombran conductas que no construyen, que no dan esperanza, que no son alentadoras.

La lengua se articula en el discurso para ser inteligible; sus unidades aisladas, las palabras, en soledad, son apenas señales en el camino, pero no son un sendero; nuestro país parece perdido, con una cultura pujante que no encuentra salida; con una sociedad civil, que antes llamábamos Pueblo —también con mayúscula— que no ve reflejados sus deseos en la voluntad colectiva ni en la toma de las decisiones fundamentales. Todo, porque al perder el respeto por los valores, hemos perdido también el respeto por las voces que los nombran.

Sin embargo, del mismo modo en que la jurisprudencia romana se resguardó durante la época más oscura de las invasiones bárbaras y reapareció vivificada y renovada en la de los glosadores renacentistas, nuestras palabras han encontrado refugio en algunas instituciones y entre algunas personas que las acogen y las cultivan con el celo, no de los conservadores y curadores de museos, sino con el de los artesanos que resguardan los materiales con los que, llegado el momento, pueden reabrir las rutas del arte y la cultura.

³⁶ Véase María Teresa Bermúdez de Brauns, *Bosquejos de educación para el pueblo: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano*, México, SEP/El Caballito, 1985.

De entre esas instituciones hay dos que destacan por su valor en la sociedad, por la esperanza que tienen la capacidad de infundir y por la trascendencia que puede tener su obra; ellas son: Universidad y Derecho.

A las palabras de mi vocabulario íntimo, en un momento crucial de mi vida llegó la primera, una palabra entrañable y gigantesca: *Universidad*.

La Universidad nace como un empeño de poner la inteligencia al servicio de la comprensión y de la conquista de la realidad. Si en Occidente, desde el siglo XII, surge dentro del ámbito clerical, al sacar el conocimiento de los monasterios y conventos, fue desde su inicio el camino para la secularización del saber y una fuente de esperanza y de luz.

En México —y en América, habida cuenta de que la Universidad en nuestro continente nació mexicana— surge también como un anhelo de justicia y como un factor de conciencia colectiva y elemento de justicia social.

Desde sus primeros días, la Universidad se basó en el uso de la razón como única forma para encontrar la verdad. En la irrenunciable convicción de que solo el conocimiento científico puede aspirar a explicar los problemas de la realidad y de que solo él puede ofrecer respuestas a las dificultades de la vida en común. Así pudo la Universidad, separada de los dogmas —vestigios de una forma opresiva y caduca de entendimiento—, mantener vivo el principio de que la luz de la razón, expresada en palabras responsables, es más que suficiente y basta para entender y mejorar la realidad que nos ha correspondido, pues, como dijo Alfonso Reyes, “para las cosas de la razón, la lengua es bastante”.³⁷

La Universidad mexicana es fuente de valores que luego se convierten en los de toda la sociedad, compendio de sus etapas históricas y fenómeno permanente de transformación.

Nuestra Universidad nutrió de ideas a la Revolución, y de ella comprendió que su función solo sería plena si se mantenía académicamente al margen del Estado; emprendió la lucha por la autonomía, que le dio

³⁷ En *Vocación de América. Antología*, México, FCE, 1989.

sentido a la vida universitaria, como resguardo de valores y constructora de nuevos anhelos y prácticas colectivas sin exclusivismos ni dogmatismos.

La Universidad responde al ideal revolucionario; logró que, a pesar de desviaciones y excesos, la voz del pueblo se manifestara de manera clara y que esa voz cristalizara la identidad nacional y con ella la de la palabra.

La ley, máximo acuerdo al que puede llegar una sociedad, ha encomendado tres misiones fundamentales a nuestra Universidad: educar, investigar y difundir la cultura,³⁸ pero estas solo adquieren sentido si se les pone al servicio de un fin último y mayor: fungir como conciencia crítica de la nación, identificar los riesgos y los espejismos en la ruta de la historia; ser faro que ilumina el sendero y que hace claro el objetivo de los afanes sociales y ser, ante todo y pese a todo, la Casa de la Libertad para todos los mexicanos.

La Universidad parte del principio que enunció Justo Sierra en el acto de su reapertura, la idea de que el hombre puede mejorar por la educación; este principio indica un dominio de la inteligencia sobre la naturaleza, entraña el hecho de que frente al mundo fatal, circular y estático de la naturaleza, puede prevalecer el mundo libre, lineal y cambiante de la cultura.³⁹ Dominar la parte de naturaleza que existe en el hombre para elevarlo sobre los hombros de sus antecesores es la tarea fundamental de la cultura y también de la Universidad.

³⁸ La Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma de México, publicada en el *Diario Oficial de la Federación* del 6 de enero de 1945, establece en su artículo primero: “La Universidad Nacional Autónoma de México es una corporación pública —organismo descentralizado del Estado— dotada de plena capacidad jurídica y que tiene por fines impartir educación superior para formar profesionistas, investigadores, profesores universitarios y técnicos útiles a la sociedad; organizar y realizar investigaciones, principalmente acerca de las condiciones y problemas nacionales, y extender con la mayor amplitud posible los beneficios de la cultura”.

³⁹ Don Justo Sierra, en su Discurso en el acto de la inauguración de la Universidad Nacional de México, el 22 de septiembre de 1910, dijo: “Los fundadores de la Universidad de antaño decían: ‘La verdad está definida, enseñadla’; nosotros decimos a los universitarios de hoy: ‘La verdad se va definiendo, buscadla’. Aquellos decían: ‘Sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político resumido en estas palabras: Dios y el Rey’. Nosotros decimos: ‘Sois un grupo de perpetua selección dentro de la substancia popular, y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad’”.

Debe decirse que en ninguna manifestación de la cultura puede verse mejor reflejada la tensión espiritual del hombre, como en el Derecho. Las leyes, entendidas como normas de conducta social, establecidas por la autoridad legítima, dotadas de imperio para hacerse cumplir aun contra la voluntad de quien debe obedecerlas, por ser consideradas en el entorno social como soluciones justas a los problemas derivados de la realidad histórica, constituyen el punto en que se encuentra la voluntad colectiva, con su carga de anhelos y herencias ancestrales, con la racionalidad que puede prevenir y resolver los conflictos.

Como en otras manifestaciones de la cultura, el lenguaje es el elemento fundamental sobre el que se construye el Derecho. Las palabras, en términos jurídicos, señalan supuestos que, una vez actualizados en la realidad, producen consecuencias —aun contra la voluntad de quienes las causan—; sin embargo, decir que esto es el Derecho es decir una verdad a medias.

Alrededor del año 200, el prefecto del Pretorio, Domiciano Ulpiano, enunció los *tria iuris praecepta*,⁴⁰ los tres mandatos del Derecho:

Honeste vivere,
Alterum non laedere,
Ius suum quique tribuere.

Vivir honestamente, no hacer daño a los demás, dar a cada uno lo suyo. De acuerdo con Ulpiano, estos requerimientos mínimos de la Justicia y también de la conducta de quien aspiraba a ser abogado constituyen el núcleo valorativo del Derecho. Cuando el Estado acepta la idea de que el Derecho es solo un juego de estructuras vacías de contenidos o de valores, suceden los más extraños casos de distorsión de la norma, y su producto final es horrendo: el nazismo, la segregación racial y las dictaduras; en fin, el terror.

⁴⁰ Corpus iuris civilis (Digesto I, 1, 10, 1, y en I, 1, 1, 3 —“*Turis praecepta sunt haec: honeste vivere, alterum non laedere, suum cuique tribuere*”—).

Las prácticas sociales, los valores y las conductas comienzan generalmente como cuadros de innovación o disidencia, y amplían su espectro de práctica social en la medida en que la comunidad se va convenciendo de su prudencia, racionalidad y utilidad, o bien se imponen por la fuerza cuando la sociedad en su conjunto duda de la justicia y de la generalidad de las normas vigentes; pero solo se convierte en verdadero cambio cuando se establece como ley del Estado, esto es, como legítimo Derecho.

Así, el Derecho es un cauce por el que puede transcurrir el cambio social en orden y con rumbo; es el margen en el que se refugian los valores que cada generación considera suficientemente importantes como para transmitirlos a las siguientes.

Visto desde ese aspecto, el abogado, el jurista, es un guardián de valores que persisten porque siguen siendo pronunciados, aunque en algún momento de la vida social pareciera que la ley es más un estorbo para las ambiciones de los menos, frente a las necesidades de los más.

Las sociedades han confiado a sus normas jurídicas su propia sobrevivencia; es decir, han dejado en sus manos la vigencia de los valores que las identifican. La desobediencia de la ley, su desprecio y su desconocimiento no invalidan la norma jurídica; es solo el procedimiento legislativo, por medio del marco constitucional, lo que puede dar lugar a una norma nueva.

Retar a la ley es más que cometer un delito o violar el orden establecido; es desafiar la vida en comunidad y atentar contra la sociedad misma.

Si la Universidad crea valores que luego, mediante la enseñanza, se convertirán en prácticas colectivas, y gracias al Derecho deposita dichos valores en instituciones formales y en presupuestos lógicos obligatorios y permanentes, hay todavía un refugio más en el que las palabras se convierten en el patrimonio de una sociedad plena de anhelos y esperanzas no siempre cumplidas.

La Academia Mexicana de la Lengua es, en ese sentido, un refugio de verdades y conceptos. Atesorar las voces, por medio de su estudio y

su conocimiento, significa resguardar los valores en ellas contenidas; su empeño en no olvidar, en mantener vivo el espíritu de cada vocablo, es parte de la persistencia del ser de la nación mediante su lengua.

Decir lo que la sociedad ya no nombra es reclamar el derecho a la existencia de las palabras. Es proteger las palabras que siempre han de escribirse con mayúscula. Hablar donde otros interponen el silencio, recordar cuando otros pretenden imponer el olvido como práctica y como argumento. Esa es tal vez la más alta de las misiones de esta institución; pero se trata de un magisterio que se ejerce con serenidad y aun con dulzura, que se impone en la práctica del devenir cotidiano: enseñar y corregir, decir y pensar. Al recibir el Premio Nobel de Literatura, Pablo Neruda dijo:

Yo no aprendí en los libros ninguna receta para la composición de un poema: y no dejaré impreso a mi vez ni siquiera un consejo, modo o estilo para que los nuevos poetas reciban de mí alguna gota de supuesta sabiduría. Si he narrado en este discurso ciertos sucesos del pasado, si he revisado un nunca olvidado relato en esta ocasión y en este sitio tan diferentes a lo acontecido, es porque en el curso de mi vida he encontrado siempre en alguna parte la aseveración necesaria, la fórmula que me aguardaba, no para endurecerse en mis palabras sino para explicarme a mí mismo.⁴¹

Así es el magisterio de la Academia de la Lengua, uno que se ejerce más allá de los formularios y los diccionarios; más allá de las recomendaciones filológicas y de los trabajos eruditos.

Ilustrar en la charla amable de los libros y de las lecturas, entablar el diálogo y el debate entre quienes escuchamos con nuestros ojos a los muertos es una labor humana, casi de enamoramiento, conscientes de que después de nuestro paso la lengua permanecerá como un monumento vivo y perenne a lo que fuimos y a lo que, gracias a la razón y a la sensibilidad, seguiremos siendo.

⁴¹ En 1971 le fue concedido a Pablo Neruda el Premio Nobel de Literatura. Véase *Les Prix Nobel en 1971*, ed. Wilhelm Odelberg, Estocolmo, [Nobel Foundation], 1972.

Vuelvo al comienzo de estas palabras, igual que hacían los antiguos antes de descubrir la línea del tiempo, cerrando un ciclo para iniciar otro.

Gracias a la Academia por el honor que me confiere, pero más todavía por hacerme partícipe de este resguardo de las palabras que son, como he querido expresar, no solo voces, sino depósitos de valores.

Viene a mi memoria una de las imágenes más bárbaras y al mismo tiempo más esperanzadoras que he visto: se trata de una fotografía tomada en Londres en la tarde del 1º de octubre de 1940; en ella se aprecian dos personas buscando serenamente en las estanterías de la Holland House Library de Londres;⁴² el edificio tiene el techo derruido, las vigas todavía humean en el suelo y las ruinas que el bombardeo nazi



Reproducida con permiso del English Heritage. NMR.

⁴² La fotografía es de autor anónimo y ha sido reproducida en diversas ocasiones con el título Holland House Library, Londres, septiembre de 1940.

ha dejado tras de sí se adivinan en los huecos de las paredes. No sé si consultan libros o tratan de rescatarlos, no sé si querían ponerlos a salvo en otro sitio o si buscaban algún título especial digno de ser restaurado; pero puedo afirmar, con toda certeza, que comparto el sentimiento que entonces podía embargarlos: que no hay más seguridad, más serenidad ni más esperanza que aquella que guardan en su seno las palabras que atesoramos como lo más caro de nuestro patrimonio; aquellas, las que siempre tendrían que escribirse con mayúscula.

RESPUESTA AL DISCURSO ANTERIOR

José G. MORENO DE ALBA

Señores académicos,
señoras y señores:

Antes de referirme a don Fernando Serrano Migallón y a su discurso de ingreso en esta Academia, permítanme hacer una breve alusión a la entrañable relación que hay o, al menos, debería haber, por una parte, entre el derecho y la lengua, en nuestro caso la española, y, por otro, entre el derecho y el humanismo. No falta quien se pregunta por qué a una corporación dedicada al estudio de la lengua y a la promoción de su unidad y fortaleza se invita a destacados jurisconsultos, a quienes alguno podría juzgar distantes de las disciplinas filológicas. Aclaro de inmediato que, además de eminentes juristas, nuestros académicos abogados han sido y son muy buenos escritores y conocedores de nuestra literatura. Es decir, son, además de abogados, personas de exquisita, de refinada cultura. Por otra parte, nuestra corporación no puede prescindir de sus luces como juristas porque muchas de las consultas que debemos atender tienen que ver con las leyes y el derecho. Piénsese simplemente, a manera de contundente argumento, que el Diccionario académico tiene un mayor número de artículos relacionados con el derecho que los vinculados a la gramática o a la filosofía. Desde su fundación, esta casa ha contado con el auxilio indispensable de académicos juristas. Para nuestros trabajos los necesitamos constantemente. Me pregunto si no convendría, en compensación, que los legisladores, los que tienen la grave responsabilidad de redactar leyes y reglamentos, se auxiliaran de filólogos y lingüistas para que esos fundamentales instrumentos de convivencia ciudadana contaran con la

obligatoria elegancia de la claridad y la precisión, tanto sintáctica cuanto morfológica, léxica y semántica. Por lo que voy a decir, pido que me corrijan, si fuera el caso, don Fernando Serrano o don Diego Valadés, excelentes académicos juristas: Creo que el noble y difícilísimo empeño de hacer justicia en muchas ocasiones se ve impedido y obstaculizado por las complicadas labores exegéticas, que bien podrían aligerarse si se contara con textos legales redactados con la debida precisión.

La relación entre las humanidades, en particular las letras y la historia, y las ciencias jurídicas, desde por lo menos el siglo XIX hasta nuestros días, es notable y fácil de comprobar. Una manera de hacer esto último es constatar, en los anuarios de esta corporación, el gran número de académicos que estudiaron derecho y terminaron siendo humanistas ilustres sin dejar de ser connotados conocedores de las leyes y de la jurisprudencia. No debe olvidarse que, en nuestro medio universitario, son relativamente recientes las escuelas y facultades que forman hoy expertos en letras e historia. Antes, esa nobilísima función la desempeñaban, al menos parcialmente, las escuelas de jurisprudencia. Entre los miembros ya fallecidos de esta Academia Mexicana de la Lengua que fueron humanistas abogados o abogados humanistas están: Salvador Azuela, Joaquín D. Casasús, Antonio Caso, Antonio Castro Leal, Alfredo Chavero, Ezequiel A. Chávez, José Ignacio Dávila Garibí, Isidro Fabela, Luis Garrido, Antonio Gómez Robledo, Martín Luis Guzmán, José López Portillo y Rojas, Alfonso Noriega, Edmundo O'Gorman, Manuel José Othón, Alfonso Reyes, Vicente Riva Palacio, Victoriano Salado Álvarez, Justo Sierra, Julio Torri, Artemio de Valle-Arizpe, José Vasconcelos, Agustín Yáñez...

La actual Academia Mexicana de la Lengua cuenta, entre sus individuos de número, con dos ilustres humanistas abogados: don Diego Valadés y, a partir de hoy, don Fernando Serrano Migallón, a quien agradezco profundamente que me haya escogido para darle, en nombre de todos mis compañeros, la bienvenida a la corporación. Quien revise el historial de don Fernando, ya muy extenso a pesar de hallarse apenas a

la mitad de la carrera de su vida —uso las conocidas palabras de Dante—, de inmediato comprobará que ha sabido combinar con sabiduría las ciencias sociales y el humanismo y, en este, especialmente la historia. Nuestra Universidad Nacional Autónoma de México le otorgó dos licenciaturas (en derecho y en economía) y un doctorado (en historia). Hizo asimismo estudios de posgrado en París y en La Haya. Es investigador nacional y, en la UNAM, profesor titular de Derecho Constitucional. Ha sido invitado a diversas universidades nacionales y extranjeras. Pertenece a múltiples asociaciones profesionales. Actualmente es director de la Facultad de Derecho (UNAM) y miembro de la Junta de Gobierno de El Colegio de México.

Una de las formas de mostrar el gran prestigio del doctor Serrano Migallón como juriconsulto es nombrar algunos de los muchos cargos importantes que ha desempeñado. De ellos destaco solo los tres siguientes: coordinador general jurídico del Departamento del Distrito Federal, director general del Instituto Nacional del Derecho de Autor (SEP) y abogado general de la Universidad Nacional Autónoma de México. Otra manera, también segura, de conocer su gran valía como estudioso de las leyes y el derecho es acercarnos a algunas de sus publicaciones, producto de profundas investigaciones. Van algunos títulos: *Aportación de Isidro Fabela a la doctrina internacional de México* (tesis de licenciatura), *El particular frente a la administración*; *Legislación electoral mexicana: génesis e integración*; *Nueva Ley Federal del Derecho de Autor*; *México en el orden internacional de la propiedad intelectual*; *El asilo político en México*, etcétera.

Dije antes que don Fernando Serrano, además de ser licenciado en derecho y en economía, es también doctor en historia. Son tres, en mi opinión, sus verdaderas pasiones intelectuales —la séptima acepción de *pasión* en el Diccionario es ‘apetito o afición vehemente’—: el derecho, la historia y la lengua. Aclaro de inmediato que, a pesar de su doctorado, no le gusta llamarse historiador. Es, empero, notable estudioso de la historia de México. Ha elegido, por una parte, un particular sujeto histórico de estudio y, por otra, un tipo peculiar de texto y de discurso,

cuando llega el momento de publicar el resultado de sus investigaciones. Es sin duda su amor a México lo que explica los asuntos que ha tratado con gran maestría, pues tiene particular inclinación hacia los símbolos patrios. Entre otros varios, hay dos títulos de su autoría que han tenido gran éxito: *El Grito de la Independencia* y *La bandera de México*. Su estilo de contar la historia está muy alejado del texto solemne. No vaya a entenderse con esto que a sus obras históricas les falte erudición. La tienen sobrada. A lo que me refiero es a que el autor prefiere una redacción sencilla y amena. Sus libros y artículos de contenido histórico son ciertamente resultado de sesudas y pacientes investigaciones; pero están redactados de manera tal que cualquier lector curioso y no solo el especialista los comprende y los disfruta. Evidentemente, esto resulta ser no un defecto sino una más de sus virtudes.

Me he referido ya, aunque con indeseada brevedad, al jurisconsulto y al historiador. Termino diciendo algo en relación con el amor de las palabras —el filólogo es, literalmente, el amigo, el amante de las palabras— y, para ello, nada mejor que comentar con brevedad algunos fragmentos del espléndido discurso que acabamos de escuchar —que no de oír, si hacemos caso al Diccionario, donde leemos que *escuchar* significa ‘prestar atención a lo que se oye’—. Si a don Fernando no le gusta llamarse historiador, menos le agradaría verse como filólogo. Y, sin embargo, en partes de su discurso se nos muestra como tal. No hace otra cosa sino dialectología cuando, sabrosamente, nos explica: “Sin saber por qué, intuía que en casa los chícharos eran *guisantes* y el betabel, *remolacha*”; pero, por otro lado, “en la calle, el bocadillo se convertía en *torta*”. A la lingüística compete el análisis del carácter creativo de la lengua, de la creatividad del lenguaje. Sin terminologías complicadas, en otro pasaje, a esa creatividad alude cuando nos explica que “es esa gramática la que permite a Amado Nervo convertir a un ser que ya no es en una amada inmóvil”.

Coincido, por otra parte, con don Fernando: Hay palabras que, aunque las escribimos con minúscula, las pensamos con mayúscula. Cada uno

de nosotros tiene cierta veneración por determinados vocablos. Nuestro académico se detuvo en explicarnos por qué tiene tan gran afecto por las siguientes palabras: *libertad, justicia, república, democracia, asilo...* Estoy seguro de que muchos de nosotros también imaginamos con mayúscula estos y otros venerables vocablos.

Hoy ingresa en esta más que centenaria corporación un prestigioso abogado, un respetado estudioso de la historia de nuestros símbolos patrios, un amante y conocedor de las palabras; en suma, un humanista cabal. En nombre de mis compañeros académicos, es para mí un placer privilegiado, don Fernando, dar a usted la más cordial bienvenida.

LA POESÍA MEXICANA, ESPLENDOR E INFORTUNIOS*

Eduardo LIZALDE

Una decena de distinguidas personalidades intelectuales han ocupado desde el final del siglo antepasado este sitio con que hoy me honra nuestra ilustre institución académica, y no puedo, por razones de espacio, referirme en este breve discurso a todas ellas, así se encuentre entre los últimos escritores el poeta Manuel Ponce, refinado, riguroso, sabio y conmovedor, a quien alcancé a tratar durante los años finales de su vida. Pero quiero, claro está, referirme a Elsa Cecilia Frost, a quien la Academia rindió hace unos meses un homenaje junto al de otros miembros de nuestra corporación recientemente desaparecidos.

Erudita y profunda estudiosa de las múltiples raíces de la cultura y la historia mexicana, Elsa Cecilia Frost continuaba en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua (agosto de 2004) el diálogo sobre ese complejo tema que sigue pareciendo inagotable: el de las características y singularidades de los escritores y pensadores del periodo virreinal y el posterior proceso de rompimiento mexicano y americano con el poderoso y en su momento abrumador imperio espiritual del mundo hispano.

Si bien cuando agoniza el siglo xv y dos años antes de la llegada de Colón a las costas americanas, ya Fernando de Rojas (que era tan precolumbino como el universo entero) produce ese monumento de asombrosa y enérgica factura que es su *Celestina*, a partir de ese momento, y durante el siglo xvi entero, se produce en España la exuberante explosión de escritores, originalísima en todos los campos, y el fenómeno ocurre

* Leído en la sesión pública solemne efectuada el 24 de mayo de 2007 en la Biblioteca de México.

desde los años iniciales de la centuria, cuando apenas los conquistadores sientan definitivamente sus reales en Tenochtitlan, y ya Garcilaso de la Vega (pleno postcolombino) cumple 20 años de edad.

¿Cómo habrían de hallar pronto nueva lira, o pulsar la ya experta en castellano los criollos que cumplieron los 20 años en el 1540? Ya es admirable que surjan plumas criollas como la de Terrazas —y otros de menos suerte— y que alcanzaran algunos digno temple de versificadores en la segunda mitad de ese brillante XVI:

Francisco el uno, de Terrazas tiene
el nombre acá y allá tan conocido

dice generosamente Cervantes, que tendía en su *Galatea* la gran primera mano a un real poeta criollo.

Así empezaba la historia de obligados y avanzados pupilos que, como dice Elsa Cecilia Frost en ese discurso con el que hoy proseguimos el diálogo, no lograban producir una “cultura mexicana”, sino una ofensivamente llamada “cultura de imitación”, pues nos hallábamos “nepantla” en la tierra de en medio, a medio camino, como aquel indio anónimo dijera al indignado fray Diego Durán (párrafo del texto de la maestra Frost que con gran agudeza comentó en su homenaje don Miguel León Portilla). Éramos *otros*, pero no éramos *ellos*, ni como ellos, y asimismo, aunque delatábamos marcas, registrábamos huellas distintivas de un mundo viejo y otro nuevo, nos convertíamos como los conquistadores y españoles mismos en sujetos con rasgos desconocidos, que como los dulces pimientos de la península se volvían picantes al sembrarse en tierras más pródigas en nitratos.

Y el proceso intrincado pero ingente y visible de una nueva personalidad cultural prosigue, sin entrar en inabarcables y conocidas circunstancias desde entonces hacia el declive de los siglos dorados al término del siglo XVII, que es el de sor Juana y otros grandes de la Colonia. “Nueva España es un interregno, una etapa de usurpación y opresión histórica” y, a la vez, “Nueva España es el origen del México Moderno, pero

entrambos hay una ruptura”. Frases de Octavio Paz, que recoge Elsa Cecilia —sin anotar la fuente— pero que pertenecen al texto “Orfandad y legitimidad”, prólogo de 1974 a *Quetzalcóatl y Guadalupe*, de Jacques Lafaye y después incluido en otros libros (*El ogro filantrópico*).

Pero ya ese tema obsesivo se encuentra un cuarto de siglo antes en el pasmoso y juvenil *Laberinto de la soledad* (1950): “Es cierto que Nueva España, al fin y al cabo sociedad satélite, no creó un arte, un pensamiento, un mito o formas de vida originales; las únicas creaciones realmente originales son las precolombinas...”

Páginas donde, también, advertía el poeta que la ruptura histórica no nos autorizaba a desconocer la grandeza de la herencia ibérica ni la de nuestras antiguas culturas: “No pretendo justificar a la sociedad colonial. En rigor, mientras subsista esta o aquella forma de opresión, ninguna sociedad se justifica”. De igual modo, la crueldad o injusticia social de esas comunidades no obligan sino a contemplarlas como vivas y también contradictorias. Negarlas por su imperfección (donde la haya), dice Paz, “sería como negar el arte gótico o la poesía provenzal en nombre de la situación de los siervos medievales (o) negar a Esquilo porque había esclavos en Atenas”.

Pero ingresemos al asunto central que aquí me ocupa, y que en forma somera debe abordarse, porque permea debates, controversias y estudios que se extienden durante más de tres siglos —en el mundo hispanoamericano y en el español—, al menos desde el último tercio del *xvii*, en que el primer auténtico esplendor, y también los primeros infortunios internacionales de nuestra literatura, entran en escena.

Llegaban los ejércitos áureos de creadores que habían incendiado los dos siglos precedentes, exhaustos en *los días que royendo están los años*, al final de sus faenas admirables. Habían desaparecido las mayores figuras de esa era irrepetible, y cuando se publican en Madrid (1689) los primeros libros de sor Juana, sus interlocutores y sus devotos prologuistas son respetables pero secundarias personalidades.

¿Qué hubieran dado la gran monja y sus admiradores novohispanos [que eran legión] por ver las ediciones de sus obras precedidas por un saludo en verso de Pedro Calderón de la Barca, en lugar del romance pergeñado por el poeta José Pérez de Montoro, que lo inscribe en las primeras páginas de la *Inundación castálida* y proclama a la autora “nuevo asombro de América”?

En ese notable libro titulado *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia*, compilado y magistralmente comentado por Francisco de la Maza [la primera edición es de 1980, revisada por don Elías Trabulse, e ignoro si la obra se ha vuelto a publicar, pero la conocen bien todos nuestros estudiosos de la literatura colonial], se hace una relación de las biografías antiguas de sor Juana y de todas las críticas acerbas que contra ella profirieron descontentadizos enemigos de todos los partidos en España, en México, y principalmente algunos de nuestros exaltados liberales y patricios del siglo XIX, como I. M. Altamirano que recomendaba dejar a sor Juana “quietecita en su sepulcro”, y lo mismo Ignacio Ramírez, que declara su poesía mediana, “francamente prosaica”, y afirma con dudoso ingenio que a igual altura se encontraban “Netzahualcóyotl y el Arca de Noé, nuestros (malos, supongo) casimires y sor Juana Inés...” Y así, bajo el fuego de nuestros heroicos liberales jacobinos y las desconfianzas e incomprensiones de ilustres ibéricos, se produjeron múltiples infortunios para sor Juana y los suyos, desde los primeros años del siglo XVIII al término del XIX, y entre ellos los de fray Benito Jerónimo Feijoo, que en texto de 1728 celebraba la eminencia y sabiduría de la monja sor Juana pero deploraba que fuera la poesía su último talento.

No quiero extenderme en estas anécdotas bien conocidas, ni embromar a nuestros académicos, todos ellos profundos conocedores y lectores tanto de la literatura española como de las letras de Nueva España, sino reflexionar sólo sobre el sentido, los efectos posteriores y la repercusión de todos estos controvertidos incidentes en el siglo XX y en el que se inicia, donde aún son visibles, por un lado las evidentes reconsideraciones y reconocimientos de las editoriales y escritores españoles para

ciertos autores de la literatura mexicana e hispanoamericana, y, por otro, las sobrevivientes reticencias, deslecturas y desinterés manifiesto por la obra de nuestros muy numerosos creadores que no han conseguido celebridad internacional [hay que echar una mirada a las librerías principales en Madrid, Sevilla, Córdoba o Barcelona, como a las de otros países europeos, para sorprenderse con la ausencia absoluta de nuestros escritores de todos los tiempos en los estantes; un desencuentro parcial de estos dos mundos culturales, que no llega a su término].

Como sabemos también, todos los ensayos y libros que se han ocupado de lo mucho que en elogio y en desdoro de sor Juana se ha escrito desembocan en las páginas, que a cuatro exactos siglos del descubrimiento de América (1892), escribió sobre el caso el eminente Menéndez y Pelayo.

Del erudito monstruo y grande polígrafo somos todos deudores [nada hubiéramos sabido ni entendido de literatura española y de otras los debutantes profesores de mi generación si no hubiéramos dispuesto de los monumentales libros de don Marcelino —*Orígenes de la novela, Historia de las ideas estéticas, Antología de poetas líricos españoles*, etc.—]. No podía el cerrado y sabio conservador, pese a su irreductible antigongorismo [“humo y bambolla”, solía decir, es todo aquello] pero de privilegiada y sensible inteligencia, desconocer la deslumbrante y singular obra de sor Juana, sin aprovechar, de paso, la oportunidad de afirmar la medianía de la literatura mexicana. Reproduzco solo para no perder el hilo de esta relación algunas líneas de esos mil veces leídos apotegmas (el texto es de 1892): “Trabajo cuesta descender de tales alturas [las españolas, se supone] para contemplar el estado nada lisonjero de la poesía mexicana durante la mayor parte del siglo XVII...”

Acto seguido, procedía el sabio don Marcelino a despotricar contra el “letal influjo” de las dos epidemias que habían asolado España (el culturanismo y el conceptismo), y también Nueva España, donde además no había sino “ingenios adocenados y de corto vuelo” con “una sola pero gloriosísima excepción” (sor Juana), “quien en ocasiones había demostra-

do tener alma de gran poeta, a despecho de las sombras y desigualdades de su gusto que era... el de su época”.

“Con Sor Juana termina, hasta cronológicamente, la poesía del siglo xvii”, admite don Marcelino, que la supone nacida como un cisne milagroso y huérfano, en medio de un ejército de plumíferos de estirpe gallinácea que no habían mostrado un ápice de talento a lo largo de dos siglos.

Se sabe hoy que esas apreciaciones del sabio son equivocadas pues ni todos los autores novohispanos eran mediocres, ni sor Juana era solo una “simpática patrona” de los escritores de su tiempo, una “imitadora dramática de Calderón” y una “secuaz de Góngora” en el trabajo poético (como decía, siguiendo a don Marcelino, Fitzmaurice Kelly en 1913, un año después de la muerte de Menéndez y Pelayo), sino el último astro de los siglos de oro, no simplemente una figura sorprendente nacida al término de una era luminosa y un estilo que repuntaba hacia su agotamiento. [Mueren las escuelas pero no las obras grandes que producen.]

Tampoco hubiera sido viable en México, ni para sor Juana o Sigüenza, como no lo era para los contemporáneos de su tiempo, “crear un nuevo lenguaje poético” y mucho menos, como dice Octavio Paz, “crear, con los elementos intelectuales que fundaban a España y sus posesiones, un nuevo pensamiento”.

Y debe subrayarse, de todas maneras —ya se ha dicho—, que tampoco era solo culterana la poesía de sor Juana [en cuya obra hay Lope, hay Garcilaso, hay san Juan de la Cruz], ni era su colosal *Primero sueño* [de muy personal acento y tinte metafísico] una copia servil de los supremos, insuperados e indestructibles edificios verbales del *Polifemo*, las *Soledades* o el *Panegírico al duque de Lerma*, que invadieron el oído y empaparon el cálamo aun de los mayores enemigos y detractores del gongorismo.

Sor Juana, por lo demás, era por completo consciente de que se hallaba inmersa, sitiada, por las excelencias y la tradición poética plantada por el bosque de sus múltiples predecesores, y a eso alude con ingenio y franqueza en textos suyos poco frecuentados [ya he escrito algo sobre

el punto]. En versos risueños como el que titula *Pinta una belleza, a la manera de Jacinto Polo* dice:

¡Oh siglo desdichado y desvalido
en que todo lo hallamos ya servido,
pues que no hay voz, equívoco ni frase
que por común no pase
y digan los censores:
Eso, ya lo pensaron los mayores.
Dichosos los antiguos que tuvieron
pañó de qué cortar y así vistieron
sus conceptos de albores,
de luces, de reflejos y de flores,
que entonces era el sol nuevo, flamante,
y andaba tan válido lo brillante,
que el decir que el cabello era un tesoro,
valía otro tanto oro,
pues las estrellas con sus rayos rojos
(que) aun no estaban cansadas de ser ojos
cuando eran celebradas... etcétera.

El poema es extenso, originalísimo y críticamente imprescindible. Solo un personaje con tal genio y tal conciencia lucidísima, situada en el tiempo y el mundo de sor Juana, pudo escribir un discurso como ese.

Cuando descubrí este retrato en verso, hace muchas décadas (1960 o 1961), y alentado por la curiosidad de conocer el trabajo de un poeta (famoso en su tiempo y de obra abundante), que apenas era mencionado en los manuales e historias de la literatura a mi alcance, traté de encontrar una amplia antología suya (existe en Rivadeneyra, y nunca logré consultarla); conseguí una edición del año 1931 en alguno de los providentes tiraderos de libros en el centro de la ciudad: un tomo de la serie madrileña Los Clásicos olvidados, edición y notas de José Ma. de Cosío, que ofrece (1913) vasta noticia sobre Salvador Jacinto Polo de Medina, poeta murciano (1603-1676), que muere en vida de sor Juana y recibió aplausos de Lope de Vega o Calderón (sus maestros), a cuyas tertulias acudía.

Por supuesto, Octavio Paz se refiere en su libro de 1982 a Polo y al poema que acabo de recordar, y 20 años más tarde leí naturalmente su libro monumental sobre sor Juana, donde el poeta, que todo lo leía y todo exploraba con su privilegiada intuición y lucidez de analista, cita esos versos de Jacinto Polo y señala la evidente referencia irónica del *retrato* de Lisarda al poema de Polo titulado *Retrata un galán a una mulata, su dama*.

Paz analiza el poema de sor Juana [excesivo, aunque gracioso en el tono de los juegos literarios de la época] y lo presenta, como los de Polo, como un ejercicio marginal, un divertimento habitual de los poetas serios de su generación. Pero en los textos de Polo no hay esa conciencia de que se escribe ya bajo el influjo de insuperables mayores, que tan claramente expresa sor Juana en su agudo retrato de Lisarda, pues el de Polo es el tiempo en que se hallaban en vida esos artífices insustituibles.

Don Francisco A. de Icaza, que vivió la mayor parte de su vida en España y en Alemania, fue gladiador activo en todas las arenas periodísticas de la península y defensor de las desconocidas glorias de nuestros poetas de todos los siglos —del *xvi* al *xx*—; cumplió esa labor desde 1886, en que fue nombrado segundo secretario de la representación diplomática de México en Madrid, al año de 1925, el de su muerte en esa ciudad.

Icaza arremetió, con respeto pero sin contemplaciones, contra los juicios de su admirado don Marcelino acerca de la literatura hispanoamericana, y censuró en su libro errores cronológicos de importancia, pero, sobre todo, las lapidarias e injustas condenas de un periodo que se extiende en México de la mitad del siglo *xvi* al término del siguiente, y sus descalificaciones de multitud de poetas y dramaturgos cuya obra no conoció nunca o revisó descuidadamente por las pastas, contra su costumbre de polígrafo riguroso y dinosaurio lector, que, tras su formidable *Heterodoxos españoles* (obra magnífica), acendró su enfermizo conservadurismo de tal fanática manera que al percibirlo nuevamente sus lectores de hoy sentimos encenderse nuestro ya atemperado jacobinismo de la juventud.

Icaza (1863-1925), que se enorgullecía de haber sido el primero que publicara en España poemas de Gutiérrez Nájera, de Othón, de Urbina, de Nervo, de González Martínez, y que también loaba y difundía a los poetas de la Península (o traducía a Liliencron y a Hebbel), no consiguió, de todos modos, que aun nuestros más destacados autores recibieran el beneplácito general y la lectura que sus obras merecían, a pesar de ser algunos de ellos celebrados amigos de Darío, como Amado Nervo y, además, diplomáticos, y un tiempo considerable residentes en la península.

Fue don Francisco valeroso y elegante pionero defensor de los esplendores de nuestra poesía; era respetado y querido por los españoles, que por esa razón, decidieron instalar a las puertas de la ciudad de Granada, como insignia en mosaico, un poemita suyo que todos conocemos.

Dale limosna, mujer,
que no hay en la vida nada
como la pena de ser
ciego en Granada.

Fue una brillante y pionera lucha la de Icaza, por el entendimiento de nuestros poetas, que pronto proseguirían otros activos viajeros y creadores, quienes en España y Europa cumplieron largas jornadas de trabajo y residencia; entre ellos, por supuesto, Alfonso Reyes, que, como recordaba Gabriel Zaid en 1994 (hemos escrito sobre el tema), diez años después de la muerte de Icaza, y durante un discurso en Buenos Aires (1936) para los asistentes a la reunión de intelectuales americanos y europeos, declaraba cortés pero seguro que los americanos acudían al encuentro convencidos de que habían arribado ya “a la ciudadanía universal”: “Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros”. No ocurrió tan pronto, comentaba Zaid al recordar que entre quienes acudían a la mesa bonaerense, cuyo tema era precisamente “Relaciones actuales entre las culturas de Europa y América Latina”, se hallaban Stefan Zweig, Jules Romains, Emil Ludwig, Georges Duhamel,

Fidelino de Figueredo, Giuseppe Ungaretti, aparte de Enrique Díez Canedo, Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero.

Y, por cierto, el joven Manuel Gutiérrez Nájera (siempre lo fue), que todo lo leía y que sobre todo escribía espléndidamente, no dejó en sus artículos de *El Universal* en 1891 de hacer muy acertadamente la crítica a los conservadores y sabios de la Península ni de expresar su opinión sobre el estado de su literatura.

“La crítica y la novela son las que en España salen mejor libradas; la crítica con Menéndez y Pelayo, cuando juzga sin prejuicios religiosos”, decía el poeta y continuaba, en el mismo año en que D. Marcelino exploraba “el estado nada lisonjero de la poesía mexicana”: “La poesía lírica tampoco medra hoy en España. Clarín tiene razón: solo cuentan dos poetas y medio: Campoamor, Núñez de Arce y Manuel del Palacio (este último es el quebrado —el medio poeta—)”.

“*Madrid Cómico* es el mejor periódico literario de la Península” [Darío afirmaba en 1906 que el género chico madrileño producía versos más modernos que los de los literatos serios].

Y terminaba Gutiérrez Nájera con lo siguiente: “Bien es verdad que lo mejor sería seguir atentamente el desarrollo de la literatura suramericana y hacer debida justicia a sus representantes más conspicuos”.

Las cosas, por supuesto, han cambiado considerablemente en materia de difusión europea de un gran conjunto de escritores hispanoamericanos y lusoamericanos (y a eso me referiré al término de este discurso); aunque naturalmente ninguna respuesta de lectores, críticos y editoriales (por más amplia que sea) puede resultar hoy satisfactoria a un contingente (y un continente) de poetas, novelistas y narradores tan nutrido como el que hoy se contempla en los países de la América de lengua española. Y, de paso, hay que decir en descargo de los críticos y los escritores de la España contemporánea (forman considerable legión) que tampoco nosotros leemos todo lo que copiosamente se edita en la Península ibérica (ni en otras regiones del mundo) ni tenemos la capacidad, seguramente, de hacer justicia a todo lo más granado y nuevo que inunda las librerías del planeta.

Hace casi exactamente 30 años (1976), tras la muerte de Franco, pisé por primera vez las tierras españolas, y en reuniones de entusiastas camaradas latinoamericanos, catalanes y madrileños, que proponían publicar una gran antología de “la joven poesía mexicana” [me guardo el nombre de la editorial], recuerdo que declaré con insistencia: “¡Muy bien! ¿Por qué no publicamos en primer lugar las obras desconocidas de ‘jóvenes’ poetas que nacieron hace casi un siglo, como Ramón López Velarde, u otros ‘jóvenes’ hoy octogenarios o fallecidos, como Villaurrutia, Gorostiza, Pellicer, etc., que fueron dignos y absolutos pares de la generación hispana del 27, y continúan siendo también absolutamente desconocidos?”

Se había publicado en esos años alguna pequeña y pobre antología de poetas mexicanos (la tengo por ahí en mis libreros), en que se presentaba a López Velarde como un ingenioso poeta de la provincia mexicana, a Gorostiza y a Pellicer como meritorios y distinguidos autores del grupo conocido como los Contemporáneos. Pero nadie recordaba que en las páginas de la revista (que hoy todos poseemos en las oportunas reediciones de nuestro recientemente desaparecido maestro José Luis Martínez) ya en el año 28, el poeta Enrique González Rojo (que era diplomático en esos años, como su progenitor, González Martínez) decía en su ensayo, irónicamente titulado *Épica y Economía*, “Desde España, un incomprendido —no tenemos razones para dudar de su buena fe— nos pide a los mexicanos que hagamos poesía épica... Y, en México, una escritora peruana [Magda Portal] nos aconseja que orientemos nuestra lírica hacia una estética económica”. Y más adelante:

Hay algo que nos parece fuera de duda: La actitud de los poetas mexicanos defrauda la esperanza de los extranjeros [...] que tiene como base una larga leyenda de perturbaciones políticas, de revoluciones y luchas de toda especie, [y que tiene] las sobadas características de *pays-chaud* [...]. Quisieran ver en nuestros versos la pistola [que empuñaba] Pancho Villa en las batallas y junto al rifle y la canana... toda la bella literatura de las proclamas laboristas y agraristas... etcétera.

Creo que todos conocemos el texto de González Rojo, que aludía también al reclamo del militante Arconada, quien preguntaba con desconsuelo “¿dónde se encuentra el Diego Rivera de la poesía mexicana?”, y se revolvía contra la sentencia de la señora Portal que rezaba: “el poeta será solo la representación de la emoción de la multitud”, sin reparar acaso en aquellas sabias advertencias de Juan de Mairena sobre la ficción de la existencia del “hombre masa”: “Las masas no existen, pero se puede disparar contra ellas”.

Curioso es anotar que entre los poemas de González Rojo publicados póstumamente está el *Romance de José Conde* (conservo la plaqueta original), editado por *Letras de México* el año de la muerte del poeta (1939), que es un texto de corte popular, y en elogio de un héroe plebeyo, escrito con la pureza y la perfección de los buenos romances clásicos castellanos y americanos.

Pero ¿por qué se me ocurre volver a esos textos de González Rojo en este momento? Porque descubro en la excelente *Revista de Libros* de la Fundación Caja Madrid, y en una reciente entrega [núms. 115-116, julio-agosto de 2006], un ensayo del crítico literario Ángel Rodríguez Abad, que cuenta entre los muy informados y nada complacientes cronistas bibliográficos y críticos de la revista, y que vuelve al redescubrimiento de otros artículos de González Rojo, escritos sobre el mismo asunto en 1930.

El artículo de Rodríguez Abad se titula curiosamente: “Extravagantes, excéntricos, extemporáneos”; lo ilustra una fotografía clásica de López Velarde, y es principalmente un comentario del libro *Contemporáneos. Prosa*, de Domingo Ródenas de Moya, que ha estudiado también con amplitud la prosa del 27 español. La edición madrileña (casi 600 páginas) es de la Fundación Santander Central Hispano. Transcribo, por su importancia, uno de los primeros párrafos del texto:

Lo que *Revista de Occidente* o *Litoral* supusieron en la Península... lo representaron [durante el periodo de entreguerras] asimismo *Sur* en Buenos Aires u *Orígenes* en La Habana. *Contemporáneos* en México, pese a existir como tal

solo entre junio de 1928 y diciembre de 1931, aglutinó la labor exigente y selectiva de un grupo de autores, apreciados a la postre como el vínculo que enlazaría la obra enciclopédica de un Alfonso Reyes con la *opera omnia* del Nobel Octavio Paz...

Líneas después, dice Rodríguez Abad que, “paradójicamente [las publicaciones de estos autores] han ido llegándonos a retazos y solo muy parcialmente hemos podido calibrar... la importancia de su actividad”. Enseguida anota el crítico que gracias a “francotiradores como José Olivio Jiménez” varios manuales y una reciente antología panhispánica, y alguna antología como *Las islas extrañas* (Círculo de Lectores de Barcelona, en 2002, compilada por José Ángel Valente, Blanca Varela, Andrés Sánchez Robayna y Eduardo Milán) “han insistido en la universalidad americana del idioma español”. Y después, por lo que toca al grupo de Contemporáneos, afirma que debe recordarse el tomo *Contemporáneos. Poesías*, editado por Anaya y el Ayuntamiento de Málaga (Málaga, 1992), que permitió a los lectores el acceso a la obra de cinco grandes poetas mexicanos (Gorostiza, Villaurrutia, Cuesta, Owen, Novo), “coetáneos de nuestro 27. Fue la primera vez que pudimos reparar en su amplitud y en su intensidad”.

Mejor tarde que nunca, decimos nosotros, que se reconozcan la “amplitud e intensidad” de todos estos poetas mexicanos, todos desaparecidos, y solo a cien años de sus nacimientos.

Además, Rodríguez Abad vuelve a señalar el estilo ajeno “validado como pertinente al escritor hispanoamericano” en estos poetas y vuelve a otros artículos de Enrique González Rojo en 1930: “El europeo no siente curiosidad por nuestras actividades intelectuales y artísticas... solo le llaman la atención nuestra arqueología y nuestras revoluciones”.

Al término de su largo artículo, el autor elogia la antología de pro-sistas de Contemporáneos (de Ródenas de Moya) que en su país y en su tiempo pudieron resultar “extemporáneos e inconvenientes a los ojos de la ramplonería con poder”, y señala la extraordinaria calidad poética, narrativa y analítica de escritores espléndidos, como el propio Novo, Torres

Bodet, Martínez Sotomayor, Owen, Cuesta, etc., que además se hallaban al día en el conocimiento de la más alta y moderna literatura de su época en otros idiomas y países.

No prosigamos con la historia de estos infortunios que comienzan evidentemente a repararse, y que no intentan hacer una relación quejumbrosa de los desencuentros con los lectores de la Península, sino apuntar una realidad que se explica por complejas circunstancias y coyunturas políticas, técnicas y sociales. Pero no debe tampoco dejar de apuntarse que no fueron siempre los grandes poetas de la generación de 98 y de la de 27, los que prestaron oídos sordos a los creadores de Hispanoamérica. Juan Ramón Jiménez celebró desde los años veinte a Carlos Pellicer como una de las grandes voces de la poesía de su tiempo, y García Lorca por su parte (líder visible de su generación y poseedor de un talento enorme, que a salvo lo tuvo siempre de toda clase de egoísmos) no vaciló desde el principio de los años treinta en declarar inédito e inimitable cantor americano de la lengua española a Pablo Neruda, a quien prácticamente llevó a la notoriedad internacional, y lo mismo haría Amado Alonso en su *Poesía y estilo de Pablo Neruda* cuando, nada menos, declaraba, palabras más palabras menos, que “la lengua española había sido una antes, y otra después de *Residencia en la tierra*”.

Creo, como afirmaba Alfonso Reyes desde 1936, que no solo habíamos llegado ya a la mayoría de edad desde esos años, sino que los escritores hispanoamericanos [y no solo exclusivamente nuestros mayores novelistas y narradores que más próspera presencia editorial y mediática han alcanzado, sino también nuestros ensayistas y poetas] forman uno de los brazos más potentes de la historia de la literatura en lengua española, que se editan muy numerosos libros de ellos y que se les otorgan merecidos premios internacionales.

A riesgo de resultar demasiado prolijo, pero para no exponerme al riesgo mayor de parecer injusto con muchos generosos colegas, poetas y editores de revistas de España, quiero consignar aquí el especial interés que por difundir a los poetas del México actual han consumado nobles

instituciones, como la centenaria Residencia de Estudiantes de Madrid, en donde acabo de ser hospedado por segunda vez; la nueva Casa de la Poesía de Sevilla, que en su revista *Palimpsesto* ha publicado varias antologías de poetas de mi generación y de otros más jóvenes. Entre estas publicaciones no puedo resistirme a transcribir las espléndidas páginas que, como prólogo de la antología titulada *La X en la frente. México en la poesía* (en homenaje a Alfonso Reyes), imprimieron nuestros atentos colegas de la revista catalana *Rosa Cúbica* (invierno de 2002-2003). Todos nosotros hemos abordado el tema en muchas ocasiones, pero es interesante leer lo que, con sus propias palabras, algunos españoles de hoy dicen al respecto:

En sus casi quince años de existencia, *Rosa Cúbica* ha tenido como uno de sus objetivos principales abrir sus páginas al diálogo con otras literaturas, especialmente aquellas con las que de forma natural la poesía española debería haber dialogado siempre, por compartir con ellas una misma lengua y, en muchos aspectos, una misma historia y cultura: la poesía de los países hispanoamericanos. Es lamentable que el conocimiento mutuo y el fecundo diálogo que en las primeras décadas del siglo xx se dio en ese ámbito tan cercano, el espacio compartido de una misma lengua, desaparecieron tras la guerra civil. El cosmopolitismo, el espíritu abierto y universal que caracterizaron en España al modernismo y más tarde al novocentismo y la llamada generación del 27, parecieron perderse en las primeras décadas de la posguerra, y bueno será reconocer que todavía hoy, en muchos aspectos, estamos muy lejos de recuperarlos. Sin embargo, la justa afirmación de Octavio Paz de que “la misión de Hispanoamérica ha consistido en recordarle a la literatura española su universalidad (Darío, Vallejo, Neruda, Borges)” debería ser, con mayor razón, aplicable a la poesía de la segunda mitad del siglo xx. Si los poetas hispanoamericanos que cita Paz tienen su paralelo generacional en España, en calidad y universalidad, en nombres como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez o Federico García Lorca, no ocurre así, en términos generales, en la poesía posterior. Poetas como José Lezama Lima, Nicanor Parra, Enrique Molina o el propio Paz, entre otros, en muy pocos casos encuentran paralelo, en calidad, en la poesía de nuestro país. No obstante, la presencia de estos y otros poetas fundamentales de la lengua española ha sido muy escasa en España, en algunos casos prácticamente nula.

Y si el desconocimiento de la poesía hispanoamericana en su conjunto es grave, mucho más lo es el que se refiere a cada país en concreto. La “unidad” con la que, desde España, se suele ver la literatura de Hispanoamérica esconde la mayoría de las veces una voluntad de simplificación y, en el peor de los casos, un claro desinterés por desentrañar la complejidad y la riqueza de la literatura de cada uno de los países que la componen. No deja de ser sintomático, en ese sentido, que el premio literario español que toma su nombre del más universal de nuestros escritores, se otorgue, con singular alternancia, y por sistema —un sistema con vestigios claramente “colonialistas”—, un año a un escritor español y otro a uno hispanoamericano, como si en el conjunto de países de lengua castellana España gozase de un estatus especial que le permitiese cada dos años “celebrar” entre nosotros al mejor escritor de la lengua que tantos países compartimos...

Sin embargo —y muy especialmente en lo que se refiere a los poetas de México—, la mayoría de esos autores son poco más que un nombre en nuestro país. Ni siquiera la obra poética de Reyes, autor tan vinculado a la historia de la literatura española en las primeras décadas del siglo, ha tenido mejor suerte. De los poetas mexicanos del siglo xx solo la obra de Octavio Paz ha alcanzado en España la difusión y el prestigio que merece. Así —y por citar dos ejemplos especialmente ilustrativos—, poetas de la generación anterior a Paz, de la categoría de Xavier Villaurrutia o Carlos Pellicer —sin duda clásicos de la poesía moderna en nuestra lengua— son casi unos desconocidos en nuestro país. Del primero, han tenido que pasar 60 años para que recientemente se haya editado un libro suyo en España, aunque algunos poemas de ese libro, *Nostalgia de la muerte*, se cuenten —en palabras de Octavio Paz, que hacemos nuestras— “entre los mejores de la poesía de nuestra lengua y de su tiempo”. El caso de Pellicer es aun más grave, ya que su obra permanece aún inédita en España...

Muy claro es hoy, para los más expertos estudiosos de la literatura, que el reconocimiento de los grandes poetas en todos los continentes, y su asimilación por las más amplias comunidades de lectores, ocurre a largo plazo, aunque sin duda la poesía más alta de todos los tiempos termina influyendo en la mentalidad, en la sensibilidad poética aun en la lengua y los hábitos cotidianos de las generaciones presentes y futuras, sin que sea posible establecer ni reglas históricas, ni menos leyes racionales para pronosticar esos fenómenos imprevisibles pero indudables.

Concluyo esta reflexión y este discurso, que ya comienzan, me parece, a no ser tan breves, transcribiendo las líneas de una respuesta que brindé hace unos meses al inteligente amigo y crítico peruano Julio Ortega [que prepara un libro titulado *El hacer poético*, basado en la encuesta que turnó a 40 poetas de América y de España].

La respuesta corresponde a la pregunta:

¿Cuánto de su condición local se ha liberado como abierta al mundo? Vivimos en el descreimiento mutuo, favorecido por la pobreza de las comunicaciones y la violencia diaria de las representaciones públicas. ¿Cuánta fe en el otro es posible todavía en la poesía? O ese dictamen modernista ha sido reemplazado por un sentido de la realidad de los mil demonios, esa furia civil del poeta del margen proclamada por Nicanor Parra.

Mi respuesta a todo ese críptico pero justo interrogatorio fue la siguiente: “Sobre nuestra apertura al mundo, creo que no hay nada localista, ni folclore alguno en los poetas de mi generación, y también, como decía Carlos Fuentes hace varios años, ya no existen centros literarios en el mundo; no hay más ‘ciudades luz’ y, por lo tanto, todos somos centrales”.

Y sobre el “descreimiento mutuo en que vivimos”, como sobre “la pobreza de las comunicaciones y la violencia diaria de las representaciones públicas” a las que se refiere Julio Ortega, pienso que, más bien, lo que sufrimos es una sobreabundancia ensordecedora, cegadora y desorientadora de información en los grandes medios electrónicos (la televisión, internet, las grabaciones digitales en audio y video). Es un océano insondable de información en que es más fácil ahogarse que navegar. Los escritores, pero más los poetas, escribimos para un limitado universo de lectores *serios* (presentes y futuros), y por mi parte soy cada vez más (lo lamento) un no creyente o descreído en cuanto se refiere al futuro de la humanidad. Creo que vive ella en el periodo más deprimente y oscuro de la historia. Nunca ha habido más millones de hombres hundidos en la hambruna y la miseria extrema, ni mayor fanatismo político y religioso,

ni más horrenda criminalidad en tantos países, en conflicto genocida sin solución a la vista.

Pero en tan oscuro mundo, en todos los países, los poetas (esta antigua raza mestiza que con frecuencia, se dice, pertenece tanto a una estirpe angélica como a una maligna), todos los poetas, continúan escribiendo, en general, sin demasiadas esperanzas de respuesta multitudinaria, porque saben que la digestión lírica lleva su tiempo a las grandes comunidades de lectores.

Y en nuestra lengua castellana, que es un planetario, sólido cuerpo de muchas voces, seguimos produciendo poemas en México, en Hispanoamérica y en España, durante un ciclo de renovación y asombro en el que, desde hace más de un siglo, han florecido varias generaciones y personalidades de notables y de grandes poetas con una histórica continuidad de calidad artística acaso mayor que la correspondiente a la narrativa, donde se han dado también por supuesto muchos grandes autores.

Ezra Pound decía en la primera mitad del siglo xx, y pensando en la obra de los escritores y poetas norteamericanos: “hablamos una lengua que era inglesa”, pero no dejaron ellos de pertenecer por eso a la literatura inglesa.

Lo mismo hubiéramos nosotros podido decir a la mitad del siglo xx, o antes: “hablamos una lengua que era hispana”, y eso no ha impedido que formemos parte de la literatura de lengua española, de cuyo cuerpo no solo procedemos sino en cuya estructura somos parte orgánica y vital como lo son tantos españoles y colegas de la última era, que han cambiado también el tono y el ritmo de su lengua literaria y poética.

RESPUESTA AL DISCURSO ANTERIOR

Ernesto DE LA PEÑA

Señores académicos,
señoras y señores:

La Academia Mexicana de la Lengua abre hoy sus puertas para recibir a don Eduardo Lizalde como su más reciente miembro de número. Nuestra corporación se ha caracterizado desde el momento de su fundación por ser una institución donde confluyen y son bien recibidos todos aquellos que, por profesión o aficiones, aman nuestra lengua y la cultivan.

Por esta razón, nada más pertinente que el ingreso de un hombre que se ha dedicado intensamente al cultivo de las letras. Escritor nato, Eduardo Lizalde ha publicado algunos textos en prosa (una novela, crónicas y comentarios, reseñas...), pero, antes que nada, Eduardo Lizalde es uno de los poetas importantes de la lengua española. Señalado al principio de su carrera como un *enfant terrible* de las letras, debido a su traslúcida vocación de poeta revolucionario y escritor maldito, ha sabido mitigar su postura inicial cuando ya no respondía a sus necesidades interiores y a los temas que quería expresar, y se ha encaminado a un lenguaje particularmente eficaz para decir el mundo, su mundo, de la manera más congruente con sus convicciones.

Marco Antonio Campos, que ha estudiado asiduamente su desarrollo y conoce todos y cada uno de los momentos del poeta, divide la carrera de Lizalde en tres momentos significativos. Tal división es, a mi juicio, pertinente y me permitirá dar congruencia a mis palabras.

La etapa del poeticismo, compartida con el gran Marco Antonio Montes de Oca, Enrique González Rojo junior y Arturo González Cosío, dejó en Lizalde un peculiar regusto de fracaso, sinceramente expresado en

varios memorables textos suyos. Ante tal severidad, confieso que Eduardo fue excesivamente autocrítico, pues hay muchos poemas rescatables.

Después viene la poesía social y de denuncia, guiada por su impulsiva orientación marxista-leninista, de la que supo desprenderse en un loable acto de análisis, decepción, sinceridad, contrición y reconocimiento.

Lizalde se halla en la actualidad en otra temperatura poética, que el propio Campos compara, por sus intenciones y su factura, con la que produjo algunos de los grandes poemas de la última centuria, desde *El cementerio marino* de Paul Valéry y *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot, hasta *Altazor* de Vicente Huidobro y *Muerte sin fin* de José Gorostiza. Por ende, a nadie puede escapársele que Lizalde ha entablado un diálogo con los poemas más significativos de Occidente. Huelga decir que su lenguaje (herramienta, objetivo y sentido de la poesía) es significativamente personal, aunque no deja de tener acercamientos con el habla coloquial tan cara a grandes poetas mexicanos contemporáneos, cuyo caso más ilustre y entrañable es el del gran Jaime Sabines. Pese a ello, sería muy aventurado, me temo que incluso falso, establecer un parentesco excesivamente cercano entre los dos escritores.

La producción poética de Lizalde, tal como quiere que perdure puesto que su recopilación *Nueva memoria del tigre* solo contiene estos poemarios, incluye *Cada cosa es Babel*, *El tigre en la casa*, *La zorra enferma*, *Caza mayor*, *Al margen de un tratado*, *Otros*, *Tercera Tenochtitlan*, *Tabernarios y eróticos*, *Bitácora del sedentario*, *Rosas* y *Otros tigres*. A esto hay que añadir sus versiones de Rilke (*Las Rosas*) y algunos textos no coleccionados. Se trata de la labor poética de medio siglo, gobernada por un gran rigor que en ningún caso está dispuesto a hacer concesiones, ni siquiera a sus propias facilidades. Mejor dicho, menos que nada a estas siempre peligrosas lenidades. A esta intransigencia, difícil y laudable, debemos algunos de los poemas de mayor importancia de la lírica mexicana contemporánea.

Podría pensarse, simplemente al enumerar los libros de poesía que se deben a la mano de Lizalde, que su universo poético es excesivamente

vasto desde el punto de vista cuantitativo: no es así; sus poemas, concentrados, intransigentes consigo mismos como he dicho, elípticos y sin concesiones, nos presentan a un creador que no se resigna en ningún momento con el semblante de las cosas, con esa atractiva y mendaz película que lo recubre todo impidiendo, excepto para el poeta verdadero, el descubrimiento de una realidad que, a falta de un término mejor, podría definirse como ese estrato subyacente, profundamente verdadero, que los más altos poetas del romanticismo alemán llamaron con acierto *Weltanschauung*, visión o intuición del mundo, pero con un nivel muy hondo de penetración, con una profundidad amorosa que linda algunas veces con el panteísmo.

Lizalde comprende su tarea poética como un medio para experimentar, cuando menos intentar experimentar lo que en la terminología romántica se llamaba “el dolor del mundo”, el *Weltschmerz*, resultado inevitable de esa descarnada contemplación de las esencias. Pero hay que decir que, pese a esta coincidencia, la postura poética de Lizalde se halla estilísticamente muy lejana del romanticismo y muy cercana a una postura que, so pena de incurrir en imprecisión, llamo objetivismo expresivo.

De manera deliberada, Eduardo Lizalde se empeña, pues, en una tarea agotadora. Al enfrentarse con la naturaleza y con la realidad objetiva, este poeta emprende una especie de cruzada: armado de todas armas, está resuelto a no transigir en ningún momento y a descubrir lo que el mundo circundante nos esconde. Bien sabemos, desde las inmortales observaciones de Kant, cuál es la exclusividad de lo real y cómo es fácil creer que se ha penetrado en las esencias. Lizalde no puede dejarse vencer por estos panoramas engañosos (Nietzsche decía que no creía en la *Illusion der Hinterwelten* [la ilusión de los trasmundos]), aunque sabe perfectamente bien que al intentar esta visión va a sufrir su cuota de castigo, va a encontrarse con su propia punición iniciática, que le hará patente la imposibilidad del conocimiento cabal. De allí derivan a fin de cuentas sus actitudes rebeldes e insurrectas; de allí se desprende su voluntad de conquistar esa realidad a puñetazos, empleando para hacerlo una des-

lumbrante mezcla de lenguaje popular, o semipopular, con anhelos que no vacilaría en calificar de metafísicos.

Lizalde, siempre astuto y constante en la averiguación poética de lo real, pronto se encuentra con la intensidad mayor que le ha sido concedida al hombre: el amor. Para el poeta la relación de hombre y mujer no se agota en la simple correspondencia emotiva y erótica: concibe el amor como una de las claves del mundo, pues la intimidad inherente no solo al acto amoroso, sino a la compenetración íntima, cabal, de un ser humano en otro permite atisbar aquella unidad perdida que hizo a Platón concebir algunas de sus páginas, de sus muchas páginas perdurables. En Lizalde encontramos poemas cercanos a la confesión romántica que, por un pudor literalmente válido, hablan con palabras irreprochables, es decir, palabras de perennidad poética:

Solo somos inmortales por irrepetibles.
Sólo se tiene miedo de morir
y sólo hay muerte,
cuando a un ángel amamos,
de fiera carne,
muslos consistentes
y ojos profundos
y boca prodigiosa.

Pero esto, si se quisiera hablar de sentimiento romántico, desbordaría aquellos postulados al aferrarse a la vivencia, la vivencia carnal, disfrutada y anhelada. La poesía de Eduardo Lizalde es de presencia, no de lamentos por la ausencia, por la nostalgia de lo perdido. La inmensidad de lo real desborda las medidas, y sus poemas cantan, elogian el mundo circundante, aunque él mismo perciba huecos cuya plenitud alguna vez nos fue concedida y dejó cierto saldo vacío, solo preterido por la opulencia del momento presente.

A Lizalde no se le oculta la vacuidad final, únicamente remediada, o quizás resuelta de modo definitivo por la presencia de la amada. Así, escribe:

Solo antes del amor, míseramente,
de la muerte sufrimos.
Nadie nos ha tocado para darnos el ser.
Dios no ha puesto la mano en nuestros cuerpos.

Dios, afirma el poeta, no nos ha tocado, pero no lo ha hecho por falta de voluntad de entrar en contacto con nosotros, sino por su propia vacuidad, por su radical inexistencia. Pero sería mutilar la poesía de Lizalde limitarse a este aspecto, magnífico por lo demás. A lo largo de su creación poética, Lizalde ha elegido un símbolo que lo identifica: el tigre. El tigre es para él simultáneamente algo equivalente a la función poética, es la palabra poética que conduce a la intuición de las esencias, a la posesión de la mujer; en una palabra, es una acabada manifestación del poder y el límite, y para Lizalde el poder es el medio que nos permite conquistar la realidad: el poder, el tigre, es un sucedáneo de Dios; el límite es la condición humana. Conquista esta, la de la realidad, de muy diversa textura a la que por regla general se atribuye al poder.

A pesar de sus antecedentes revolucionarios, Lizalde ha tenido la cordura, manifiesta públicamente desde hace mucho, de elegir la observación pasional de la realidad verdadera, no la realidad por decreto, y esta observación está encaminada sin zozobras a la posesión de esta. Y en este terreno, Eduardo encuentra precisamente delineada otra de las caras de su poesía: la que, so pretexto de hacer descripciones en que se mezclan lo histórico y lo objetivo, lo que está a la mano, incursiona sin cesar en ese intento de penetración, de fruición de lo real. En *Tercera Tenochtitlan*, poema que colinda con lo épico sin ceder a sus atractivos, podemos percibir no solo el intento de lo universal en el tiempo, sino la muy peculiar factura poética, la rebeldía de las palabras que se deja vencer solo para renacer con mayor brío:

Sobre el valle que aúlla
fauces de un dios alza el aire sus torres
de alturas pasajeras e invisibles

su contrafuerte frágil de briznas microscópicas
su nebulosa de insectos

Al centro la gran mancha de petróleo o tinta
un Rorschach la falena nictálope
de la ciudad velada por su niebla letal
un continente de aeronauta pelusa
un grajo inmenso que se petrifica a la mitad del vuelo

En la sección de alientos del paisaje
área coloratura de la orquesta
nostalgia de los puertos
estos pájaros rojos frenéticos
que graznan y flamean como un disparo
un estertor un canto que se inflama
un valle que se admira
terrestre paradoja
desde los ojos verdes de un reptante monstruo
que circunda el hundido territorio

No quiero dejar de mencionar, ya que se trata de una de las estructuras fundamentales de Lizalde, su enorme amor a la música, en su especial a la ópera, y debo dejar constancia de que nuestra espléndida amistad nació precisamente de esta afición compartida. En alguna ocasión, que ambos celebramos, Eduardo y yo, operópatas confesos, ante el heroico temple de mi esposa María Luisa, cantamos a voz en cuello (Eduardo es bien entonado y con buena voz; yo profesionalmente desafinado y lleno de peligroso entusiasmo) nada menos que todos los papeles de *La traviata*, sin que nos incomodara el hecho de estarla oyendo simultáneamente en una magnífica grabación. Lizalde se ha distinguido también como espléndido comentarista de ópera a través de la radio y la televisión. Sus comentarios nacen de lo biográfico, de las vivencias de alguien que sabe cantar pero abandonó doloridamente a la sirena de la escena operística, de tantos sinsabores y tan grandes victorias.

Pero una de mis convicciones más arraigadas es la brevedad. Por este motivo, solo añado a lo dicho ya mi fraterna bienvenida a un hombre íntegro que, sin duda alguna, contribuirá al esplendor de nuestra institución con sus observaciones profundas y de gran tino y con su revolucionaria experiencia en el empleo de nuestra lengua.

¡Bienvenido a tu casa, querido Eduardo!

HOMENAJES

HOMENAJES POR DIVERSOS CENTENARIOS:
FALLECIMIENTOS DE RAFAEL ÁNGEL
DE LA PEÑA Y ALFREDO CHAVERO,
Y NACIMIENTOS DE MAURICIO MAGDALENO
Y EDMUNDO O’GORMAN*

RAFAEL ÁNGEL DE LA PEÑA,
UN BUEN GRAMÁTICO MEXICANO CASI OLVIDADO

José G. MORENO DE ALBA

María Luisa Calero Vaquera, en su libro titulado *Historia de la gramática española (1847-1920)*, de A. Bello a R. Lenz (Madrid, Gredos, 1986), explica que

hemos dejado deliberadamente al margen aquellas gramáticas castellanas o españolas que, durante este periodo, fueron publicadas por vez primera en países extranjeros. Y hemos prescindido de ellas no porque las consideremos cualitativamente inferiores a las publicadas en suelo español, sino porque el simple hecho de procurarnos y consultar tales gramáticas habría alargado en exceso la extensión y duración razonables del trabajo (p. 10).

No deja de ser curioso que en el título mismo de la obra se señalen como hitos los nombres de dos gramáticos no españoles (Bello y Lenz) y que, sin embargo, solo españoles sean los gramáticos estudiados en el cuerpo de esta historia, que debió llamarse *de gramáticos españoles*, mejor que *de gramática española*. De cualquier forma, el criterio seguido por

* Estos homenajes se llevaron a cabo en la sesión pública solemne efectuada el 8 de junio de 2006 en el Centro de Cultura Casa Lamm.

la autora le impidió conocer y juzgar la obra de un excelente gramático mexicano, Rafael Ángel de la Peña (1837-1909), en particular su *Gramática teórica y práctica de la lengua castellana* (México, Herrero Hnos., 1898).¹ En las líneas que siguen pretendo demostrar que, en efecto, la *Gramática* de De la Peña merece aparecer en cualquier historia de la gramática española.

Durante casi todo el siglo XIX, en lo que concierne a la enseñanza de la gramática, en España y en América, aún persiste la concepción de la gramática española como vía para el conocimiento del latín, aunque en mucho menor grado que en el siglo XVIII, y la mayoría de los autores tienen ya como objeto y preocupación la enseñanza del castellano en sí mismo, atendiendo en forma predominante aspectos como el ortográfico o preocupándose por combatir el galicismo. Algunos nombres destacados en la corriente pedagógica, en España, son José Pablo Ballot y Torres,² el padre Agustín Díaz de San Julián,³ Lorenzo de Alemany, Juan Manuel Calleja, hasta culminar con la obra de los más importantes gramáticos peninsulares, José Gómez Hermosilla⁴ y, sobre todo, Vicente Salvá.⁵

La *Gramática* de Salvá fue publicada en París en 1830, aunque la había escrito durante su estancia en Londres, y hacia mediados de 1827 ya estaba concluida. La parte final del título —“según ahora se habla”— pone de manifiesto su intención de referirse al castellano actual, señalando como modelo “el uso que es general entre las personas que por su dignidad, luces o educación han debido esmerarse en cultivarlo, y no el de uno u otro escritor, por muy distinguido y recomendable que sea”.

Del enorme prestigio de que gozó la *Gramática* de Salvá habla no solo el gran número de ediciones —el autor conoció la octava— sino también

¹ Hay una edición relativamente reciente, en la Nueva Biblioteca Mexicana (núm. 89) de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1985 (introducción de José G. Moreno de Alba).

² Cuya *Gramática castellana dirigida a las escuelas*, de 1796, sigue en boga durante el siglo XIX.

³ *Elementos de gramática castellana dirigida a las escuelas*, corregida y aumentada por don Ramón Valle.

⁴ *Arte de hablar en prosa y verso*, 1826.

⁵ *Gramática de la lengua castellana según ahora se habla*, 1830.

el elogioso juicio que mereció de Bello: “he mirado esta última [la *Gramática* de Salvá] como el depósito más copioso de los modos de decir castellanos”. Y solo eso es, pues el autor no se detiene a deducir reglas o a reflexionar sobre el valor interno de las formas lingüísticas. Pretende ser su gramática una disciplina y una serie de normas. Se muestra acérrimo enemigo de las corrientes logicistas y racionalistas, tan en boga en su tiempo.⁶

Sin duda la influencia más importante de Salvá debe verse en la obra gramatical de Andrés Bello, a juicio de la casi totalidad de los historiadores de la lingüística española no solo el más importante gramático del siglo XIX, sino —como afirman Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña— “el más genial de los gramáticos de la lengua castellana y uno de los más perspicaces y certeros del mundo”. Ninguna obra gramatical anterior a la de Bello puede competir con ella en lo que se refiere a conjuntar equilibradamente un tan amplio repertorio de modos de hablar y un cuerpo de doctrina tan sólidamente fundamentado. Sería absurdo establecer cualquier comparación entre la obra gramatical de Bello y las actuales doctrinas lingüísticas. Sin embargo, la mayoría de sus concepciones es aún hoy plenamente válida, y no cabe duda de que resulta mucho más actual que gramáticos posteriores de renombre. En el campo de la lengua española puede afirmarse sin temor a exagerar que todo el movimiento gramatical posterior gira alrededor de su *Gramática*, en sus tres aspectos fundamentales: repertorio material, interpretación descriptiva y sostén teórico.⁷

Ahora bien, refiriéndome ya a la *Gramática* de De la Peña, su importancia queda patente desde el momento en que merece encomiásticos juicios por parte de autoridades tan reconocidas como Rufino José Cuer-

⁶ Sin embargo es evidente que, a partir de la segunda edición y muy probablemente por influencia de las observaciones que hizo a su *Gramática* Gómez Hermosilla, incorpora sustanciales aportaciones de la gramática filosófica, como puede advertirse particularmente en su explicación del verbo y de los tiempos.

⁷ Cf. Amado Alonso “Introducción a los estudios gramaticales de Andrés Bello”, prólogo a la edición del Ministerio de Educación de Venezuela, pp. IX-LXXXVI.

vo y Marcelino Menéndez y Pelayo.⁸ Es teórica en cuanto que persigue el “conocimiento de la lengua por la lengua misma” y “la pureza de la dicción y la elegancia en el decir” (*Prólogo*). Es práctica porque en las últimas páginas se ofrecen ejercicios de aprendizaje correspondientes a cada uno de los temas tratados. Toda la doctrina gramatical se demuestra por abundantísima ejemplificación de buenos autores: “He procurado estudiar nuestra lengua en las obras de los que mejor la han conocido” (p. xi). Desde el punto de vista teórico y conceptual, el autor reconoce la influencia que en él han ejercido gramáticos y filólogos como Cuervo, Bello, Caro, Suárez, Diez, Müller, Viñaza, Bopp, Passy, Guardia, Wierseiski y otros (*cf.* p. xi).

El libro puede consultarse para dos diferentes objetos. Por una parte, en él puede verse un magnífico ejemplo del típico manual de gramática española que se dio a fines del siglo XIX y principios del XX; por otra parte, conviene destacar que muchos aspectos lingüísticos, sobre todo de carácter descriptivo, que normalmente se omiten en los tratados contemporáneos de gramática y que no dejan de tener su importancia pueden estudiarse con provecho en esta obra. En este sentido, vale la pena preguntarse sobre la necesidad de gramáticas estrictamente normativas o, si se quiere, gramáticas donde la descripción tiene un sitio privilegiado, por encima incluso de la teoría. En otras palabras, hay dos clases de gramá-

⁸ “En carta del Sr. D. Rufino José Cuervo fechada en el mes de enero de 1898 se leen los siguientes conceptos relativos a esta Gramática: ‘es incalculable el número de observaciones y hechos nuevos que contiene la incomparable obra de usted y pasmosa la claridad y precisión que ostenta usted en el lenguaje didáctico.’ En otras cartas dice el Sr. Cuervo hablando de la misma Gramática: ‘... es edificio rico y grandioso, de plan completo y armónico en que se encierra toda la ciencia gramatical de nuestra lengua. [...] Vd. ha dado fin a su obra admirable, y merece las felicitaciones íntimas de todos los que bien le queremos, y más que todo el agradecimiento sincero por el cúmulo de doctrina clara y cierta que ha sabido encerrar en su libro. Desde el punto en que lo recibí continué su lectura sin descansar hasta la última línea, y aseguro a usted que estoy pasmado del número de hechos en que yo no había reparado y que usted registra y explica del modo más cumplido’ [...] El egregio crítico D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en carta dirigida al autor, ha hablado de esta obra en los siguientes términos: ‘Esta Gramática es, a mi juicio, una de las mejores que tenemos y quizá no se ha publicado otra igual después de la de Bello y de las adiciones que le hizo Cuervo’ ” (“Juicios acerca de esta obra”, pp. 37-38 de la edición de la *Gramática* de De la Peña hecha por la UNAM en 1985).

ticas, ambas útiles pero para diversos fines: las científicas y las pedagógicas. Las primeras suelen dirigirse al especialista, las otras al estudiante de cualquier edad. Es natural, por otra parte, que de las gramáticas científicas se alimenten las pedagógicas, asimilando en forma paulatina algunas de sus formalizaciones.⁹ La *Gramática* de De la Peña es, ante todo, un magnífico libro de texto, para todo tipo de lector, y no una obra de teoría lingüística para especialistas. En este aspecto, el libro tiene mucho que enseñar todavía y supera a otros más modernos. Contiene asimismo una amplísima documentación de construcciones literarias, que suponen una ingente labor de consulta por parte del autor. Las doctrinas gramaticales se ven así apoyadas en los escritores consagrados, garantizando de esta manera la coherencia de sus exposiciones.

Señalé antes que Bello, con toda justicia, debe verse como “el más genial” de los gramáticos de la lengua española, no solo del siglo XIX sino de cualquier época. Ello, sobre todo, por sus personalísimas aportaciones teóricas y particulares maneras de concebir el lenguaje en general y la lengua española en particular. Bello, además de gramático, es un filósofo del lenguaje, un verdadero preestructuralista. Su *Gramática* empero no es precisamente normativa ni casuística, ni pretende serlo. De las gramáticas de este tipo —esto es, normativas— escritas en el siglo XIX, suele considerarse la de Salvá como la más influyente. Soy sin embargo de la opinión de que la *Gramática* de De la Peña de ninguna manera le va a la zaga y, en muchos aspectos, la supera.¹⁰ Sin duda es mu-

⁹ Valga un simple ejemplo: la *Gramática estructural* de Emilio Alarcos, dirigida al especialista, es una gramática científica; la *Gramática castellana* de Alonso y Henríquez Ureña, excelente libro de texto, es una gramática pedagógica.

¹⁰ Debo aclarar que De la Peña, en no pocos pasajes de su *Gramática*, se nos muestra también como un excelente teórico de la lengua. Por ejemplo: sin restar mérito a la conocida nota 72 de Cuervo a la *Gramática* de Bello, en que expone su doctrina sobre el gerundio, me atrevo a opinar que los §§ 1349-1377 de De la Peña resultan más convincentes, tanto en la doctrina gramatical propiamente dicha cuanto en el orden de su exposición. Baste señalar que De la Peña no incurre en el error de exigir, como hace Cuervo, que en la construcción absoluta el sujeto del gerundio sea diferente del sujeto del verbo subordinante. Este error conduce a posteriores confusiones, pues sí, para Cuervo, por una parte, las construcciones absolutas, y solo ellas, pueden ser modales, temporales, locativas, y, por otra, deben tener sujeto diferente, se llegaría a la conclusión de que la proposición de gerundio *arando un labrador* en la oración “arando un labrador se encontró

cho mejor que cualquier otra —quitada tal vez la de Salvá— de las que analiza Calero Vaquera en el libro citado al principio de esta exposición, no solo por lo exhaustivo de sus explicaciones y ejemplos, sino incluso en lo que toca a algunos aspectos teóricos, a algunas definiciones esenciales, previas a la descripción de los casos particulares. Véanse algunos ejemplos.

El lenguaje, para Balmes, es simplemente “la expresión del pensamiento por medio de palabras” (citado por Calero, p. 25).¹¹ De la Peña, en la definición del lenguaje (o de la lengua) diferencia entre su valor como “organismo que crece”¹² del que posee como “medio de comunicación”.¹³ Todavía a fines del XIX se solía definir la gramática como el “arte de hablar y escribir bien un idioma”. En la *Gramática* de De la Peña se explica no como un arte sino como una ciencia que analiza los elementos, modificaciones, leyes de la lengua y estudia sus voces, sus construcciones, sus hablistas notables, que formula reglas del bien decir, que las codifica y las promulga. La clasificación de las palabras, en la casi totalidad de gramáticos decimonónicos, se basaba en criterios lógico-semánticos;¹⁴ en el gramático mexicano, hay un criterio funcional: “por razón de los oficios gramaticales que desempeñan las palabras, se distinguen 10 partes de la oración, a saber...” (§ 28). Mientras

todo lo más que llegan a decir nuestros gramáticos [los españoles estudiados por Calero] del pronombre, en lo que a rasgos formales se refiere, es que se trata de una palabra variable, y solo en dos ocasiones se afirma que es una

un tejuelo de oro” no sería modal (o temporal) porque, siendo el mismo sujeto (*labrador*) el de *arando* y el de *encontró*, no sería absoluto ni por ende modal. De la Peña dice al respecto: “pueden ser el mismo el sujeto del gerundio y el del verbo determinante” (§ 1374).

¹¹ Otras definiciones: “combinación de ciertos sonidos con una significación exacta” (Núñez de Arenas); “todo medio empleado para expresar nuestros pensamientos a los demás” (Herráinz, en Calero, *ibídem*).

¹² No resulta imposible ver en ese vocablo, *organismo*, cierta analogía con el moderno concepto de *estructura*. La lengua como *estructura* es un descubrimiento posterior al siglo XIX. De la Peña, tanto en este como en otros varios conceptos, se adelanta a su tiempo.

¹³ Concepto igualmente moderno.

¹⁴ El sustantivo designa personas, animales o cosas; el verbo significa acción, etcétera.

palabra declinable (pero no la única: también el sustantivo, el adjetivo...) (Calero, 93),

nuestro autor especifica claramente: “los pronombres *yo, tú, él* y *se* tienen flexiones casuales y se declinan de la forma siguiente...” (§ 358).

Ahora bien, son múltiples los pasajes de De la Peña en que se muestra mucho mejor conocedor de la lengua española que el mismo Salvá. Así, en los §§ 307 a 336 proporciona 15 útiles reglas sobre el uso del artículo definido, algunas de ellas con sus excepciones. Resulta exhaustiva y coherente la clasificación de verbos irregulares (§§ 588-648). Se da una amplia exposición sobre el significado limitativo de la preposición *hasta* (§§ 850-857), particularmente luminosa en el contexto del español mexicano, en el cual, como se sabe, existe la confusión consistente en usar indiscriminadamente dicha preposición con el sentido de límite y el de inicio.¹⁵ Se explican, con abundante ejemplificación, 25 reglas de concordancia de sujeto y verbo (§§ 1059-1099) y 31 normas que regulan el uso de adjetivos que rigen la preposición *de* (§ 1119). Se ofrece una prolija y utilísima enumeración de casos en que la preposición *a* debe anteceder al complemento directo (§§ 1135-1154). En los §§ 1394 y siguientes se explican minuciosamente las construcciones relativas a las que puede o no anteceder un artículo. Expone una interesante casuística sobre el uso de los nexos *que* y *de* en construcciones comparativas (§§ 1439 y ss.). Es original su clasificación de formas verbales según exijan, rehúsen o consientan el pronombre enclítico, con interesantes excepciones (§§ 1569 y ss.).

Aunque muchos de los galicismos señalados por el autor es muy probable que hoy se hayan incorporado ya al español,¹⁶ sigue conservando vigencia y resulta útil su clasificación de galicismos en 16 grupos (§§ 1645 y ss.). Son numerosos los apartados en las secciones de prosodia y ortografía, en los que el autor resuelve dudas que normalmente rehúyen

¹⁵ En el § 851 se aclara, por ejemplo, que hay necesidad de expresar el adverbio *no* cuando “el hecho sobre el cual recae alguna limitación” sea negativo: “hasta el quince de noviembre no habrá exámenes en esta escuela” (la fecha expresada *limita* el hecho negativo de *no haber exámenes*).

¹⁶ Como *acaparar, avalancha, banalidad, burocracia, financiero*, etcétera.

tratar los manuales modernos.¹⁷ Se proporciona una completa exposición razonada del problema referente a la *x* o *j* del topónimo *México*.¹⁸

Creo que también supera, muy ampliamente, De la Peña a Salvá en la calidad y variedad de los ejemplos, que en su *Gramática* van desde los clásicos hasta sus contemporáneos españoles y mexicanos (Joaquín García Icazbalceta, por ejemplo), sin olvidar otros hispanoamericanos, como Marcos Fidel Suárez. En resumen: puede en efecto estudiarse la obra de Rafael Ángel de la Peña como acabado ejemplo de la mejor gramática normativa y casuística de fines del siglo XIX, en España y en América; sin embargo, opino que merece verse no solo como curiosidad en cierta forma arqueológica en la historia del pensamiento gramatical, sino que tiene virtudes suficientes para que sigamos aprendiendo en ella mucho sobre la lengua española misma, siempre insondable.

ALFREDO CHAVERO

Vicente QUIRARTE

El *Diccionario Porrúa* define a nuestro académico Alfredo Chavero como historiador y dramaturgo. Enrique Krauze le añade como digno oficio el de melómano, en particular atención a que colaboró con Aniceto Ortega en la ópera *Guatimotzin* y a que adaptó otras obras con música de Richard Strauss. En su *Historia de la literatura mexicana*, un Carlos González Peña particularmente acerbo lo llama “abogado y político que gozó de prominentes puestos oficiales y que como escritor hubo de consagrar-

¹⁷ Como son: reglas de acentuación respecto a verbos terminados en *-iar*; reglas sobre el diptongo; reglas para construir periodos armoniosos; sobre uso de mayúsculas; sobre letras de fácil confusión, etcétera.

¹⁸ Lástima que para este asunto no contemos con una clara opinión del autor: “toca al lector resolver con criterio independiente la cuestión propuesta” (nota 1, § 1007).

se particularmente a la arqueología y a la historia, sintiéndose llevado por su dilatamiento literario a espigar en todos los géneros: poesía, novela, teatro”.

Su biografía no figura en *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*. Tampoco, en el siglo xx, es incluido en el *Diccionario de escritores mexicanos*, no obstante que en vida fue uno de los dramaturgos más fecundos y celebrados. Entre dramas históricos, comedias y zarzuelas, escribió y llevó a escena un total de 18 obras. No abundan datos biográficos sobre su persona; los más completos son los incluidos por Victoriano Agüeros en *Obras* de Alfredo Chavero, dentro de la Biblioteca de Autores Mexicanos. En tal volumen, aparecido en 1904, dos años antes de su muerte, es posible apreciar el amplio espectro de intereses del autor: el tratado arqueológico, la narración sentimental y el ensayo filológico. Sus investigaciones sobre el origen de las palabras *tocayo*, *huracán*, *petaca*, *petate* y *machincuepa* son frecuentemente citadas en sesiones de trabajo de nuestra Academia.

Acompañó al gobierno del presidente Benito Juárez desde su salida de la capital en mayo de 1863. Sin embargo, no aparece en los anales ni en el anecdotario de esa peregrinación con la picardía de Prieto, la energía de Lerdo de Tejada o la clarividencia de Iglesias. Fue uno de los inmaculados de Paso del Norte, pero su labor en esos años fue más discreta aunque no por ello menos valiosa y necesaria. El 24 de octubre de este año se cumplirán 100 de su muerte en esta Ciudad de México, donde nació el 1° de febrero de 1841.

Vivió los ritos de paso correspondientes a un liberal de su tiempo y volcó su energía en el servicio público, como gobernador del Distrito Federal y oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores; en la política, como diputado y como magistrado del Primer Tribunal del Distrito. Ingresó en la Academia Mexicana el 22 de enero de 1884, para ser el segundo ocupante de la silla número XIV. Además, perteneció a otras asociaciones culturales, tanto en nuestro país como en el extranjero y fue secretario perpetuo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Como hombre de palabra, tres fueron sus principales escenarios: el foro, el teatro y la Historia.

Escribió la mayor parte de su trabajo durante la República triunfante. Tras ser testigo y protagonista de la Historia de México, se consagró a ser dramaturgo e historiógrafo del acontecer pretérito. El gobierno de Porfirio Díaz había logrado “la incorporación ideológica del pasado indígena al Estado mexicano”. Fiel a semejante divisa, Chavero fue uno de los dramaturgos históricos más celebrados de su época, que no siempre es hermana del tiempo, mayor y exigente en todo. En la advertencia a *Quetzalcóatl, ensayo trágico en tres actos y en verso*, apunta que “nuestra antigua mitología está llamada a formar el verdadero teatro mexicano”. Igualmente lo intenta con la obra *Xóchitl*. Si bien las acotaciones de ambas obras denotan el cuidado que el autor tuvo para la reconstrucción de la época y la arquitectura donde sitúa su acción, y es loable su afán por introducir temas indígenas, el resultado, desde nuestra perspectiva, dista de ser afortunado. La versificación es débil, los personajes hablan como libro y hacen referencia a sucesos que para los contemporáneos de Chavero ya eran Historia pero que ellos, con sus acciones, estaban integrando. En otra vertiente de su producción dramática, nuestro autor tuvo el acierto de escribir obras en prosa. La mejor entre ellas es sin duda *Los amores de Alarcón*, deliciosa y, en más de un sentido, moderna. Su punto culminante es la representación de *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón en Madrid. Antes de llegar a ese momento, nuestro heroico indiano tiene que pasar por todas las pruebas, entre intrigas y befas de quienes lo envidian, y el amor incondicional de la comedianta Jerónima de Burgos. Además de los dichos, el reparto de la obra está integrado, nada más y nada menos, que por el conde de Villamediana, Francisco de Quevedo y Luis Vélez de Guevara.

Un hito cronológico en la obra de Chavero lo constituye su ingreso en esta Academia, como se dijo antes, en 1884. Tres años más tarde es orador oficial en la inauguración del monumento a Cuauhtémoc, que da comienzo a la ruta heroica y la lección histórica que mediante la escul-

tura el gobierno de Díaz diseminaría a lo largo del Paseo de la Reforma. A partir de entonces, Chavero se integra a la selecta legión de la nueva “fábrica de la Historia”, como la llama José Ortiz Monasterio en su libro, ya imprescindible, *México eternamente*. En el magno proyecto revisionista *México a través de los siglos*, encabezado por Vicente Riva Palacio, correspondió a Chavero la redacción del primer volumen, dedicado a la Historia antigua de México. Contaba con la nutrida y selecta biblioteca de José Fernando Ramírez, que en opinión de Chavero, junto con Manuel Orozco y Berra, había modificado la manera de interpretar la historia de los antiguos mexicanos. Igualmente, era poseedor de varios códices. El destino final de dicho acervo no fue afortunado para nuestro país, pues terminó con su venta en Londres.

La obra de Chavero fue recibida de manera entusiasta por los lectores de su tiempo. Entre los más conspicuos, hubo quien le censurara ser más literato que historiador. En tono jocoso, Riva Palacio había escrito en *Los cerros*: “cuentan por fin que [Chavero] es tan hábil para comprender los jeroglíficos, que ha descifrado toda la historia de Xochimilco en las huellas que dejaron las viruelas en el rostro de un hijo de esa población”. Justo Sierra, con su habitual equilibrio, escribió: “Taine afirma que un historiador completo debe, en cierto modo, ser un poeta: lo es el señor Chavero, sin duda alguna. La intuición, el don de adivinar lo pasado, la contagiosa convicción con que nos lo presenta redivivo fluyen en sus cualidades de poeta”.

Al leer las páginas de ese primer volumen de *México a través de los siglos* se nota que proviene de la pluma de un arqueólogo amateur, pero en el más puro y noble sentido que otorgó a tal término Pierre de Coubertin: entusiasmo y pasión, entrega y desinterés. Las 70 páginas de su introducción constituyen un repaso bibliográfico de las obras que lo antecedieron, y le sirvieron como fuentes para la escritura de su obra, y a las cuales reconoció en todo momento. Un sensible y heterodoxo lector de la simbología indígena en nuestro tiempo, Rubén Bonifaz Nuño, admira en él la humildad para corregirse, en la medida en que aumentaban sus

conocimientos y detectaba sus propias carencias. Uno de los últimos libros de Chavero lleva por título *Apuntes viejos de bibliografía mexicana*, y es un testimonio de admiración a la práctica del arte, a veces tan olvidado como imprescindible, de registrar, comentar y perpetuar las obras de los otros.

La Biblioteca Nacional de México conserva, por fortuna, la mayor parte de las ediciones príncipe de Alfredo Chavero. La correspondiente a un volumen de sus obras de teatro está dedicada, de mano del autor, a Guillermo Prieto. Otro libro digno de mención es el *Discurso pronunciado en los funerales del C. Benito Juárez*. Pulcramente editado por la Imprenta de Francisco Díaz de León y Santiago White, es ejemplar en múltiples sentidos. En un tiempo donde la oratoria había perdido el ímpetu jacobino que llevó a los admiradores de Altamirano a llamarlo “el Marat de los puros”, y por tanto se prestaba al adjetivo suntuoso y a la consagración del lugar común, Chavero logra una pieza que evade tales escollos. Si bien acompañó a Juárez en su peregrinación, no escribió textos alusivos ni se valió de su proximidad al presidente para ejercer el deporte llamado “Yo y Juárez”.

Chavero murió un mes antes de la llegada al mundo de otro futuro académico, Andrés Henestrosa, quien habría de relevarlo para trazar, con nueva pluma pero idéntica pasión, *Los caminos de Juárez*. Era el 23 de julio de 1872 cuando un Alfredo Chavero de 34 años, en plenitud de su entusiasmo creativo, y en su calidad de regidor del Ayuntamiento, logró uno de los escasos discursos contemporáneos de Juárez que aún no envejecen y que dice más que cuanto se ha expresado este bicentenario. Con sus palabras doy fin a las mías:

Gloria es de varones ilustres triunfar de la muerte... Su vida es la lucha; su muerte es la victoria. Al terminar el último día de su vida transitoria sobre la tierra, comienza el nuevo día de su vida en el amor de los pueblos... Juárez nació en la montaña. Siempre en la montaña nacen los ríos que bajan caudalosos a dar vida a las sementeras de los valles, cruzando majestuosos la llanura, hasta ir a perderse en esa inmensidad, que en la tierra se llama el mar,

y en la vida humana la muerte... La gloria de Juárez no necesita de grandes elogio ni de dilatados discursos...[su vida] fue la del magistrado que soñó Platón en su República: un hombre formado sobre el modelo de la virtud... Su vida fue la del viajero atrevido que escalara la cima del Popocatepetl. Subió desde su oscura base; con pie firme atravesó los senderos tortuosos, las pendientes peligrosas, los inestables arenales y los oscuros hielos; fue contemplado por el mundo en regiones de nívea blancura, más altas que las nubes; y cuando llegó a la cúspide, se hundió en ese cráter de la vida, que se llama la muerte... Duelo público y a la vez apoteosis, no hubiera podido la ciudad de México, representada por su Ayuntamiento, permanecer muda en esta triste y gloriosa solemnidad... Pequeña ofrenda de la ciudad; pero esta, como Atenas, “sabiendo que las grandes almas desprecian las riquezas y los goces de la vida, y no aspiran sino a la virtud y a las alabanzas”... Hoy, la gratitud de un pueblo viene a su sepulcro para hacer su apoteosis. Los griegos lo habrían elevado al cielo de sus dioses como a Teseo. Los toltecas lo habrían convertido en estrella como a Quetzalcóatl. Nosotros lo levantamos a ese otro firmamento de la inmortalidad, en que preside Hidalgo.

RESPLANDORES Y PALABRAS PERDIDAS, CENTENARIO DE MAURICIO MAGDALENO

Arturo AZUELA

Nacido en Villa del Refugio, Zacatecas, en mayo de 1906, el escritor Mauricio Magdaleno perteneció a una generación de narradores de grandes alcances y profundas renovaciones: Agustín Yáñez, José Revueltas, Juan de la Cabada, Francisco Rojas González, Andrés Henestrosa. Quizá sea el último gran narrador —como testigo— de la Revolución, el gran tema de la novela mexicana del siglo xx. Después de estudiar en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional, al cruzar los 21 años publica su primera no-

vela: *Mapimi* 37. El joven escritor, de vocación política, participa en la campaña de Vasconcelos; va de las barriadas populares de la capital a los pueblos del interior, de los recintos universitarios a las explanadas y alamedas de las capitales de algunos estados; “mítines y manifestaciones se sucedían a diario, con la particularidad de que no había necesidad de hacer gastos de ninguna naturaleza porque todos los participantes lo hacían por mera simpatía y creaban en aquellos actos una atmósfera de fiesta cívica”, escribe uno de sus contemporáneos, amigo suyo durante 60 años y líder de la autonomía universitaria del 29.

Para ese entonces Mauricio Magdaleno vive profunda, intensamente, los ambientes más diversos de la cultura mexicana. Relee a su paisano Ramón López Velarde y, “con una íntima tristeza reaccionaria”, aprecia las obras de Federico Gamboa y Artemio de Valle-Arizpe; admira a los ateneístas —a Martín Luis Guzmán, a Reyes, a Julio Torri— y, en salones de grandes residencias de abolengo de las colonias Juárez y Santa María la Ribera, discute con algunos miembros de los Contemporáneos; ahí estaban las miradas atentas de Antonieta Rivas Mercado y de Elena Vázquez Gómez en la plenitud de sus bellezas; ahí estaban los amigos Andrés Henestrosa y Manuel Moreno Sánchez. Son tiempos estelares para la cultura mexicana. La novela *Los de abajo* empieza a darle la vuelta al mundo y, en España, se publican *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo*.

El joven escritor de Zacatecas no solo recorre el barrio de San Ildefonso o la vieja calle de Plateros o las calzadas de la Alameda Central; en cada lugar habla con virulencia contra el régimen callista. En el Partido Nacional Renovador, milita con su hermano Vicente “el poeta cuya musicalidad es más interior que externa”, amigo entrañable, leal a las calles virreinales, al gran centro ceremonial de la ciudad de México.

El novelista que latía en Mauricio, sus dotes de narrador reclamaban unos cuantos años para dar frutos, que ganarían lugar señero en las letras de habla española. Los dos hermanos —Vicente y Mauricio— se habían formado en una familia que había sufrido los rigores de la Revolución. El padre, don

Vicente, se forjó en el molde de los lectores magonistas en nuestros pueblos y cuya militancia descubrió horizonte propio con el maderismo.

Después de la derrota vasconcelista, consumado el fraude electoral, ya sin los vientos de optimismo y buen humor, perdida la batalla de Quetzalcóatl, en 1930, Mauricio Magdaleno emprende el viaje a España. Allí vive las renovaciones literarias de la Generación del 27, los cafés y las tertulias de Madrid, las conversaciones de Valle Inclán y Gómez de la Serna. Estudia en la Universidad Central y se entusiasma con la instauración de la Segunda República. Con Andrés Bello y Martín Luis Guzmán recorre los rincones más atractivos de la capital española y se prepara para aventuras literarias de mayor envergadura. Allí publica sus dos cuentos sobre la Revolución: *El compadre Mendoza* y *El baile de los pintos*; en un solo volumen, aparecen también tres obras dramáticas: *Pánuco 137*, *Emiliano Zapata* y *Trópico*.

Ya el narrador se mueve entre sus vivencias revolucionarias de la adolescencia, sus influencias de grandes escritores mexicanos y sus nuevas lecturas en el fragor de la España nueva de la República; colabora en el periódico *El Sol* que editaba allí Martín Luis Guzmán y se prepara también en los campos de la historia y del ensayo literario. Son tiempos de asombros continuos donde el creador le va dando forma y contenido a varias figuras narrativas y va cimentando su ideología liberal, enemigo de los pretorianos y los retardatarios. Regresa a México en 1934 y trabaja como profesor de historia de México y literatura española, pero, sobre todo, trabaja en los primeros manuscritos de sus novelas más importantes; se entrega sin descanso, con entusiasmo y espíritu de renovación.

Publica en 1935 *Campo Celis* y en 1936 *Concha Bretón*; en esta última novela, quizá sin proponérselo, el autor camina por los laberintos de la liberación femenina: en un ambiente urbano, la protagonista va de las sombras a la luz para reafirmar su carácter en búsqueda de su salvación. En 1937, apareció *El resplandor*. Las dotes del gran narrador se dan a conocer a plenitud; es dueño de su palabra, del ritmo que es el ánimo del tiempo y de las perspectivas en torno de la creación de estructuras narra-

tivas. *El resplendor* no es solo la novela de un pueblo —su historia intrínseca, su historia más humana—, es una larga crónica de avasallamiento y despojos interminables. Con una prosa donde los elementos telúricos se combinan con las voces colectivas y los diálogos rurales grises y cobrizos de indios y mestizos, aparecen figuras sumisas de mujeres viejas o en la flor de la edad, niños deformados por la miseria y la biografía de un cacique frente a la rebelión de los otomíes; un soplo furioso sacude a San Andrés de la Cal, pero es solo eso, un “resplendor” que pronto se apaga y deja únicamente un montón de cenizas.

Años después, don Mauricio aprovechará su talento narrativo para entregarlo a la creación cinematográfica. El mundo de la imagen lo lleva ahora a los argumentos de muchas películas. *Flor Silvestre*, *María Candelaria*, *Bugambilia*, *Río Escondido*, *Maclovía*, *Pueblerina* representan una trayectoria sustancial de las mejores contribuciones del cine mexicano; y ahí estuvo la presencia creativa del escritor zacatecano, su visión, el profundo conocimiento de su propio pueblo; películas que le dieron la vuelta al mundo y fueron premiadas en los más importantes certámenes internacionales.

Al mismo tiempo, por esos años, escribió otra de sus más importantes novelas: *La tierra grande* (1948), alucinante friso donde se suceden las generaciones, proceso histórico, social y psicológico del México de la Revolución. “Tierra grande será grande de veras para caber yo en ella”, dice el mayorazgo implacable como un símbolo del poder feudal que se enfrenta a la voluntad de cambio, a la familia prócer, al aire de los nuevos tiempos. También de tema revolucionario serán los cuentos escritos entre 1941 y 1948, reunidos en un solo volumen: *El ardiente verano*.

En estos años, los mejores de su vida, don Mauricio convive con gente de teatro y cine. Además de la vieja guardia vasconcelista, entabla amistad con Renato Leduc, el Indio Fernández, Gabriel Figueroa, Juan Bustillo Oro y mucha gente del exilio español: Magda Donato, Max Aub, Luis Buñuel, Juan Rejano, Pedro Garfías, Luis Alcoriza. Son los últimos años de la vieja escuela de Mascarones, aquella academia de saberes filosóficos, ágora de historiadores y literatos.

Por cierto que también son los tiempos más productivos de don Edmundo O’Gorman, el historicista, el maestro de grandes historiadores, de espíritu luciferino, ángel azul y seductor de altísimos vuelos. Las publicaciones pasan de una mano a otra: el sifilítico de Leduc, el guadalupanismo de Francisco de la Maza, los murales de Orozco, los libros de Justino Fernández, y un texto asombroso de O’Gorman: *La invención de América*. El defensor implacable del sexo débil ni tan débil, el de las mujeres atractivas que siempre piensan en otra cosa, el gran visionario de la vida de Colón y sus desafortunadas predicciones, es también un gran conversador en las tertulias a las que asisten su gran amigo Leduc, Mauricio Magdaleno, Bustillo Oro, Alejandro Gómez Arias, Juan de la Cabada y José Revueltas. En ese ambiente, la vida de Mauricio Magdaleno va tomando otros cauces.

Traté a Mauricio Magdaleno por primera vez en 1957, en sus oficinas del Teatro del Pueblo del viejo barrio de San Ildefonso. Le pedí la Orquesta Típica para una celebración de mi generación universitaria a la que asistiría nuestro rector, Nabor Carrillo. Como director de Acción Social, nos apoyó en todas nuestras peticiones, y en aquella celebración de nuestro tercer año en las aulas de la Ciudad Universitaria, él nos acompañó, y la Orquesta Típica —la de Lerdo de Tejada, la de Gil Mondragón, la de Silvestre Revueltas— ofreció uno de sus mejores conciertos. Días después, el rector nos invitó, junto con don Mauricio, a su casa del Olivar de los Padres. Hijo de don Julián, el rector, con una espléndida voz de barítono, nos mostró su mejor repertorio de viejas canciones mexicanas, y don Mauricio habló de sus tiempos de oro del 29, del vasconcelismo, de Antonieta Rivas Mercado y de Frida Kahlo.

Entre un relato y otro, entre una nueva novela y los argumentos cinematográficos, Mauricio Magdaleno ocupó puestos importantes: director de Acción Social del Distrito Federal, senador por el estado de Zacatecas, director de Bibliotecas y subsecretario de Asuntos Culturales de la Secretaría de Educación Pública. En 1957 ingresó a la Academia Mexicana y posteriormente al Seminario de Cultura Mexicana.

El hombre de letras reconocido en México y el extranjero sigue escribiendo con audacia y, con una prosa vigorosa, nos entrega un libro espléndido dedicado a los días del vasconcelismo y de la autonomía: las *Palabras perdidas* se fijan para siempre en un texto emotivo, autobiográfico, con un afán de recreación histórica y de llevar el pasado a un presente vivo, lleno de anécdotas y confrontación de personajes. El mejor testimonio de una generación lo escribe don Mauricio Magdaleno; no hace concesiones ni se entrega a un elemental protagonismo. Tal como fue a lo largo de su vida —directo, generoso, dialéctico, conocedor y reconocedor de los valores ajenos—, sus *Palabras perdidas* rescatan una época fundamental de la cultura y de la historia política del México contemporáneo.

En sus últimos años, entre 1970 y 1986, don Mauricio integró una espléndida tertulia en el entonces Centro Italiano de la colonia del Valle: la Tertulia de los Venéreos, llamada así porque se celebraba los viernes, y para ser miembro el solo contagio era suficiente. A ella asistían, entre otros, Juan Bustillo Oro, Francisco Liguori, mi padre Salvador Azuela, Hugo Hiriart. Espléndidas horas de la mejor conversación, de gran libertad, de bebidas espirituosas y de una tolerancia envidiable. Creo que Hugo Hiriart está destinado a escribir la mejor crónica de aquellos Venéreos de antología.

Fui testigo de muchos de sus lugares de reunión; me invitó a su casa biblioteca de la avenida Cuauhtémoc, y a los viejos salones de la Subsecretaría de Cultura con los murales de Rivera. Su conversación iba de sus madrides de juventud a la Zacatecas de su infancia, de sus experiencias cinematográficas a las caídas y soledades de las frustraciones de un escritor siempre en busca de sus palabras perdidas. En una ocasión memorable, don José Luis Martínez lo llevó a nuestro viejo recinto de Donceles. Ya su cuerpo no le ayudaba, y en el amplio salón de abajo nos habló de ofrecimientos extraordinarios: una biblioteca, nuevas colecciones, el enriquecimiento del museo. Meras utopías. Era genio y figura, discutiendo, de espíritu jovial, nervioso y el más grande amigo de sus amigos.

Al rendir homenaje a don Mauricio Magdaleno, no solo admiramos al gran escritor, al hombre de acción, al polemista sin tregua, sino también a una generación que supo a tiempo encontrar los caminos de la transformación social y la audacia de la creatividad enraizada en tierra mexicana, en esa tierra —como él mismo lo dijo—, erosión de pedernales, tirón de cielos sin una mancha, confines sin calina, ámbito en que la luz se quiebra y finge fogatas en la linde enjuta de la distancia. A esa tierra se entregó, *La Tierra Grande*, la de *El resplandor* y *El ardiente verano*, la de *El compadre Mendoza* y *Las palabras perdidas*. Se entregó al infinito silencio el 30 de junio de 1986.

EDMUNDO O'GORMAN, HISTORIA Y LITERATURA

Gonzalo CELORIO

Yo no fui alumno de Edmundo O'Gorman. No cursé la carrera de historia, y cuando hice mis estudios de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, las disciplinas humanísticas se habían desmembrado de tal manera que la filosofía, la historia, la antropología, la literatura, la pedagogía constituían compartimentos estancos. O'Gorman cumplía sus tareas docentes en un seminario de posgrado al que yo entonces no tenía acceso ni por mi área de estudio ni por mi nivel académico. Sin embargo, fue mi maestro digamos que indirecto y extracurricular. Mis profesores de literatura habían seguido, años atrás, los cursos de historia de México que O'Gorman dictaba cuando la facultad respondía más a la vocación humanística general que a sus especialidades, y la vida interdisciplinaria brotaba de manera espontánea, a diferencia de ahora, que se busca deliberadamente, sin duda porque se ha perdido. Maestro de mis maestros, fue una especie

de abuelo académico. Y también un amigo pródigo en sus enseñanzas, porque, al margen de la universidad, tuve el privilegio de conversar con él semana a semana durante los últimos 14 años de su vida. Por la interpusita persona de Patricia Urías, la alumna más aventajada del seminario del amor al que el maestro dedicó sus últimas actividades académicas, al morir, don Edmundo me dejó de herencia una gorra del mismo *tweed* de sus sacos proverbiales, que por razones simbólicas me queda enorme y que guardo junto a un candelabro del siglo XVIII, no en vano el Siglo de las Luces, que una vez me regaló sin motivo aparente. En nuestras conversaciones hebdomadarias solíamos hablar de tres temas recurrentes: el amor, la literatura y las relaciones de la novela con la historia.

No es este el lugar para hablar del amor y particularmente de la devoción que O’Gorman tuvo por las mujeres, a quienes, como lector profundo de sor Juana, Virginia Woolf, Flaubert y sobre todo Leopoldo Alas *Clarín*, entendió, admiró y veneró como pocos, y cuya superioridad frente al género masculino exaltó en uno de sus más famosos aforismos: “El sexo débil, ni tan débil; el sexo fuerte, ni tan sexo”. Hablemos mejor de sus pasiones académicas, la literatura y la historia.

Desde su infancia, O’Gorman había sido un lector voraz de novelas. En la vieja casona de San Ángel Inn de la ciudad de México en la que su padre, el pintor Cecil O’Gorman, había izado la bandera inglesa para proteger a su familia de las tropas zapatistas que irrumpieron en la ciudad capital en el año de 1914, él y sus hermanos, bajo la tutela paterna, leyeron en voz alta buena parte de la literatura victoriana, sobre todo las novelas de Dickens. A partir de ahí, don Edmundo fue construyendo un exquisito gusto literario que, para honrar el origen de sus apellidos —O’Gorman y O’Gorman—, comenzó por la lectura de los grandes escritores irlandeses, Wilde, Shaw, Joyce, y que culminó en el conocimiento minucioso de la monumental novela de Proust y en la admiración arrobada por la obra de Quevedo.

Conviene decir también que, antes de ser historiador, O’Gorman fue abogado litigante y desde muy joven gozó de prestigio y reconocimiento

por el alto número de casos que defendió exitosamente. Cuando decidió dedicarse al estudio de la historia, contaba, pues, con dos experiencias opuestas, la pragmática de la jurisprudencia y la imaginativa de la lectura de novelas. Su obra historiográfica da cuenta clara de estos antecedentes: por un lado, somete a juicio riguroso a los personajes históricos que estudia —Colón, el padre Las Casas, fray Servando Teresa de Mier— y, por otra, con muy buena pluma por cierto, recurre a la imaginación, propia de la ficción novelística, para iluminar las regiones oscuras del pretérito. Tal es el reto del historiador, según decía en uno de sus aforismos alusivos al oficio: "... hacer inteligibles con la imaginación las zonas irracionales del pasado". Para O'Gorman, pues, la historia no puede escribirse sin el concurso de la imaginación, de manera que la historiografía y la novela, particularmente la de carácter histórico, están estrechamente vinculadas no solo por el conocimiento de los hechos históricos que ambas requieren, como podría suponerse, sino también, y esto es lo más importante, por el papel protagónico que la imaginación desempeña en uno y otro discursos, si es que se trata de dos discursos diferentes.

En tal punto quisiera centrar mi breve homenaje a don Edmundo.

Sin la imaginación, el historiador, aun cuando hubiera investigado exhaustivamente las fuentes históricas de su tema, no podría recrear los sucesos del pasado ni exponerlos discursivamente, pues los datos, por sí mismos, no constituyen un discurso historiográfico. Y, a su vez, el escritor de una novela histórica no puede limitarse a sus facultades imaginativas, como lo haría un poeta lírico, sino que requiere de los datos objetivos de la historia para construir su relato.

Habida cuenta de esta relación de identidad en lo que se refiere a sus fuentes y a sus recursos, lo importante sería determinar cuáles son los rasgos pertinentes que diferencian un discurso del otro. Qué hace que una novela como *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier, por ejemplo, difiera de cualquier historia de América que dé cuenta del fracaso del General Leclerc en Haití, al perder a sus 25 000 soldados, vencidos por la fiebre amarilla y por la decisión admirable de los negros de mantener

su autonomía. Qué distingue el relato “Las dos Numancias” de Carlos Fuentes de la historia de Polibio, cronista de Publio Cornelio Escipión el Africano y testigo ocular del cerco numantino. O las *Memorias de Pancho Villa*, escritas en primera persona por Martín Luis Guzmán, de la erudita obra de Frederick Katz sobre “El Centauro del Norte”. O la novela *El mundo alucinante*, de Reinaldo Arenas, que relata de manera por demás desbordada e hiperbólica las andanzas de fray Servando Teresa de Mier en su periplo por las cárceles europeas, de las que logra escapar ingeniosamente, de la obra historiográfica del propio don Edmundo dedicada al heterodoxo guadalupano.

Quizá podrían señalarse algunos elementos que intentarían diferenciar un discurso de otro: tales, la presunta objetividad, el distanciamiento, la imparcialidad, que suelen atribuírsele a la historiografía, frente a la subjetividad, la cercanía, la toma de posición, que pudieran determinar el quehacer novelístico, al que no se le exige veracidad ni asepsia sino, dado el caso, verosimilitud y entrega. Sin embargo, estos elementos no solo son insuficientes sino inaplicables en una gran cantidad de obras. Y es que, por un lado, desde los tiempos de la antigüedad clásica, la épica —antecedente primigenio de la novela moderna— estaba regida por la objetividad y el distanciamiento temporal y espacial del narrador con respecto a los episodios que narraba, condiciones que constituyen la esencia estructural de los poemas homéricos, por ejemplo; y, por otro, en el discurso historiográfico ni puede —ni debe, según O’Gorman— estar ausente la subjetividad del historiador, su punto de vista, sus ideas y sobre todo su imaginación.

Un planteamiento taxonómico que a O’Gorman no le parecía del todo descabellado tenía que ver con el desempeño de los protagonismos en uno y otro discursos. Mientras que en la historiografía los personajes que fueron protagonistas de la historia conservan su papel principal, en la novela histórica se vuelven secundarios y ceden su lugar a aquellos que en la historia no tuvieron ninguna relevancia. En *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier, para seguir con uno de los ejemplos de novela his-

tórica que mencionamos arriba, Ti Noel, un esclavo ajeno por completo a la toma de decisiones que habrían de darle a Haití su emancipación con respecto al imperialismo francés, es el personaje principal de la novela, mientras que el General Leclerc y Paulina Bonaparte, que cumplieron un papel protagónico en los acontecimientos históricos, aparecen como meros referentes circunstanciales. Lo mismo ocurre con las grandes novelas relativas a las guerras napoleónicas, de *Guerra y paz* de Tostoi a *La Cartuja de Parma* de Stendhal. Es decir que la novela histórica les da voz a quienes no la tuvieron en la historia.

Tal aseveración, sin duda conmovedora, puede aplicarse a un buen número de casos, sobre todo de la novela realista decimonónica en que tanto abrevó la curiosidad de Edmundo O'Gorman, quien decía, por ejemplo, que la España del siglo XIX no se podía conocer tanto por su historiografía como por su novela histórica y, dentro de ésta, más por *La Regenta* de Clarín que por los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós. Sin embargo, no parece tener validez general. Menos ahora, cuando los discursos se han vuelto más flexibles y aun esta diferenciación propende a diluirse. Por un lado, numerosos historiadores se ocupan, al menos en México, de casos cada vez más particulares, en concordancia con la propuesta de la *microhistoria* que hace años propuso Luis González y que aplicó a San José de Gracia, su lugar de origen. Por otro, los escritores de novela histórica parecen afanarse, sin menoscabo de la imaginación, en obtener datos seguros para crear sus obras, e incluso muchos de ellos hacen de su investigación la trama de sus novelas, por lo general narradas en primera persona, como el argentino Tomás Eloy Martínez en *Santa Evita*, el español Javier Cercas en *Soldados de Salamina*, el cubano Leonardo Padura en *La novela de mi vida* o el nicaragüense Sergio Ramírez en *Mil y una muertes*; novelas, algunas de ellas —quién lo diría—, que pueden incluir documentos probatorios o notas al pie de página, debidas no a la erudición de los filólogos o a la atingencia de los editores sino a la propia pluma de los novelistas. Y hay también novelas históricas en las que los personajes conservan en el texto literario la posición protagónica que tuvieron en

la historia, como *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa o *La novela de Perón* del propio Tomás Eloy o, en el caso de México, *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso. Parece que los discursos en principio diferentes se acercan cada vez más y que sus rasgos diferenciadores pierden pertinencia.

Aun así, sigo pensando que la novela es un espacio más libre que el de la historiografía, y si bien es cierto que por ello su discurso es menos objetivo, también lo es que llega a zonas adonde el historiador se ve precisado a guardar silencio. Las novelas de Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Agustín Yáñez, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Jorge Ibargüengoitia nos permiten conocer la historia de la Revolución Mexicana en una dimensión quizá más amplia y más profunda porque sus autores tienen la libertad creciente de incorporar a su discurso la fantasía, la ensoñación, los atavismos, los recuerdos, los mitos, que también forman parte de la realidad referencial, en el más lato sentido de la palabra, y que los historiadores se ven obligados a registrar, pero no necesariamente a suscribir.

Hasta aquí solo he señalado la imbricación de la historiografía y la novela histórica, pero no he logrado establecer un criterio pertinente para diferenciar, sin prejuicios, un discurso del otro; lo que sí he podido hacer, en cambio, es recordar en el centenario de su nacimiento a mi querido maestro y amigo don Edmundo O’Gorman, quien, además de su gorra de *tweed* y de una lámpara maltrecha del siglo XVIII, me obsequió, poco antes de morir, su voto favorable para que yo formara parte de esta ilustre Academia Mexicana de la Lengua.

HOMENAJE A TRES ACADÉMICOS
RECIENTEMENTE FALLECIDOS:
ELSA CECILIA FROST, SALVADOR ELIZONDO
Y SALVADOR DÍAZ CINTORA*

EN MEMORIA DE ELSA CECILIA FROST
(1928-2005)

Adolfo CASTAÑÓN

Hace 19 meses, el 1° de julio de 2005, falleció en la ciudad de México Elsa Cecilia Frost, profesora de Historia de la Filosofía, discípula de José Gaos y de Antonio Gómez Robledo, estudiosa de los primeros tiempos de la Colonia en México, en particular de la evangelización franciscana y de la influencia de Joaquín de Fiore en esa construcción utópica que fue la de los albores de Nueva España. Traductora cuidadosa y escrupulosa de numerosas obras para el Fondo de Cultura Económica como *El pensamiento de santo Tomás de Aquino* de F. Copleston, *Cristianismo primitivo y paideia griega* de W. W. Jaeger, *El pensamiento de los profetas* de I. Mattuk, la *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota* de K. Ratz, entre muchas otras como, por ejemplo, el *Diccionario de religiones* de E. R. Pike que ella ayudó no solo traducir sino a adaptar al español. Para la editorial Siglo XXI, Elsa Cecilia Frost colaboró en la traducción de diversas obras, como *Cambio y continuidad entre los mayas de México* de Henri Favre, *Observaciones* de L. Wittgenstein, *Los conquistadores* de J. Lafaye, *Los judíos en México y América Central. Fe, llamas, Inquisición* de

* Este homenaje se llevó a cabo en sesión pública celebrada el 12 de octubre de 2006 en el Centro de Cultura Casa Lamm.

S. B. Liebman. También supo traducir y anotar para el Banco de México los maravillosos *Viajes por México en los años 1845-1848* de K. B. Heller. Como editora supo presentar al público *Teatro profesional jesuita del siglo XVII* (1992) y *Testimonios del exilio* (2000), una antología con textos de Francisco Javier Alegre, Rafael de Zelis y Antonio López de Priego. Quizá el título más elocuente entre los que compiló, escribió o publicó sea *El arte de la traición o los problemas de la traducción* (1992). Era una presencia discreta y eficaz, atenta y vigilante junto con Martí Soler, su compañero y esposo de toda la vida.

Buena discípula de José Gaos y de Antonio Gómez Robledo, Elsa Cecilia —un nombre en el que se transparenta el aire de su linaje germánico— tuvo también muchos discípulos —solo menciono al historiador y escritor Antonio Rubial— cuyas tesis corregía y revisaba con minucia de traductora experimentada, con astucia eficaz y desde luego con visión editorial. Mujer de libros y de letras, señora de los diccionarios y de las enciclopedias, Elsa Cecilia Frost ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua el 11 de noviembre de 2004. Para muchos fue una sorpresa caer en la cuenta de que aún no estaba presente en esa corporación pues era como si hubiese estado ahí desde hacía mucho. Era una de esas presencias discretas y generosas que son capaces de seguir la secreta marcha de la ciudad literaria sin dejar de atender la evolución de su propia música, de su propia obra, que en parte estribaba en el alumbramiento de la obra de sus discípulos y autores traducidos, al punto que se podía adivinar en ella la discreta sonrisa satisfecha de la nodriza que mira el presente con desprendimiento porque ha sabido sacrificar algo del pasado para auspiciar —y apostar— por el advenimiento de lo que —luz que llegará— todavía no es. Es autora de una obra sólida de interpretación e investigación que consta de títulos como *Las categorías de la cultura mexicana* (1972), *El milenarismo franciscano en México y el profeta Daniel* (1976), *La educación y la ilustración en Europa* (1986), *Franciscanos y mundo religioso en México* (1993), *Este nuevo Orbe* (1996) y *La historia de Dios en las Indias: visión franciscana del nuevo mundo* (2002).

Su discurso de ingreso a la Academia tuvo por tema la *Rhetorica cristiana* de Diego Valadés y su traducción por el padre Esteban Palomera (cuya silla ella ocuparía), y por otros eminentes latinistas encabezados por Tarsicio Herrera Zapién. Ese libro y sus diversas circunstancias editoriales la llevaron a tocar una cuestión que no hubiese desafinado con la filosofía de la historia trabajada por su maestro José Gaos: la de las coordenadas intelectuales o conceptuales que podrían ayudar a deslindar las preguntas en torno a la situación de México. La respuesta solemne a dicho discurso la hizo el poeta Alí Chumacero.

México, ¿existe realmente?, es decir ¿existe en la realidad de las ideas? Y, si es así, ¿cómo deslindar y definir esa sustancia conceptual llamada México? Sin apartarse nunca de los textos claves para su exposición y resolviendo con elegancia deportiva los diversos encabalgamientos y cabos sueltos que suponía su argumentación, Elsa Cecilia Frost alcanzó a descubrir para nosotros y en nosotros una categoría verbal y conceptual y definitoria de la mexicana identidad: *Nepantla*, ni de aquí, ni de allá, pero de ambas orillas. Esa palabra indígena —*nepantla*— despierta en el oído mexicano una asociación inmediata: pues en los alrededores de un pueblo llamado así está situada la hacienda en que nació sor Juana Inés de la Cruz, sazonado fruto de las letras barrocas en el reino de Nueva España y figura axial en el proceso de consolidación de la conciencia que de sí misma tuvo la cultura criolla hispánica asentada en las Américas. La revelación de que *nepantla* era una posible categoría para dibujar la mirada entrañada en el seno de la incipiente cultura mexicana rima con la atmósfera global de esta época nuestra que en sus artes combinatorias se ve obligada a tomar en cuenta la cantidad mestiza, el sedimento magnético que, en el mortero de la identidad, ha ido acrisolando el caudal entremezclado de las culturas, las lenguas y las sangres. Dice Elsa Cecilia Frost:

En este momento, que fue quizá el que Samuel Ramos tenía en mente al escribir su famoso libro, se produjo lo que él llamó ‘imitación extralógica’. Se negó valor a todo lo construido, material e intelectualmente, durante tres

siglos en esa tierra ‘de en medio’. Se dio la espalda a lo español porque se vio como mero recubrimiento, una máscara de la que sería fácil desprenderse, pero también a lo indígena, pues, olvidado su significado, era imposible recuperarlo. Quedó reducido a un argumento para rechazar el pasado, sin que sirviera de base para el futuro.

En forma contundente, Antonio Caso (citado por Paz) caracterizó la imitación extralógica como innecesaria, superflua y contraria a la condición del imitador.

Sin embargo, fue esa ruptura lo que hizo posible que los fines políticos que se perseguían se cumplieran, cuando menos en parte, aunque para la cultura fuera un golpe tal que apenas si a más de un siglo de distancia se ve lo imposible del intento. El indio que decía estar nepantla sigue teniendo razón: la cultura se mueve en un terreno intermedio: ni español ni indígena, y fue la decisión de fincarla en tradiciones ajenas lo que la hizo caer en un vacío. Por ello, estas reflexiones en torno al fenómeno resultaron tan pesimistas que incluso se afirmó que México nunca pasaría de ser un reflejo de la cultura auténtica, la de los otros, cerrando así cualquier posibilidad de creación [...] El rostro auténtico de México quedó oculto bajo una máscara, y quienes dieron forma oral o escrita a esa idea afirmaron que aquí, a causa de la irrupción española y del aniquilamiento de todo lo indígena, ya solo se podría vivir una cultura inauténtica, sucursal, dependiente, heterónoma o colonial, según el gusto de cada autor. Fue tal la avalancha de valoraciones negativas que, como decía José Gaos, la única conclusión posible era que la originalidad de la cultura mexicana era precisamente el carecer de originalidad.¹

Según el doctor Hans-Albert Steger, decano de los iberoamericantistas europeos y amigo y maestro de Elsa Cecilia Frost, Octavio Paz habría tocado esta cuestión de *Nepantla* como categoría conceptual en alguno de sus escritos sobre la autora de *El divino Narciso*. Por Martí Soler, esposo de Elsa Cecilia, me enteré de esta curiosa noticia, pues cuando estaba ella preparando el mencionado discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua buscó inútilmente en las obras del autor de *Sor Juana o Las trampas de la fe* dicha referencia. Ella tenía la esperanza de que yo

¹ Elsa Cecilia Frost, *Acerca de Nepantla*, discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, México, UNAM, 2008, pp. 30-33.

la encontrara pero después de una intensa búsqueda me declaré derrotado y le comenté a Martí Soler los vanos resultados de mi investigación. Tal vez Octavio Paz en alguna entrevista no recogida en sus *Obras* o en alguna conversación había aludido a ese concepto —*Nepantla*— que tan bien podría definir las coordenadas espirituales de la nación mexicana. Y que la propia Elsa Cecilia Frost, mexicana de estirpe germánica, voluntaria de México y de su cultura, tanto y tan bien encarnaba.

Desde este horizonte se podrá palpar, como en el hallazgo de las piezas finales del rompecabezas, hasta qué punto incisivo lo que podría yo llamar el dominio del *garabato* —los numerosos estudios, libros y artículos escritos por Elsa Cecilia Frost— no le impedía controlar con el reojo de la buena traductora y correctora al *gato* esquivo de la historia. Gato y garabato que ella observaba y hacía observar pues esa es la vocación salutífera tanto del historiador —ese profeta que mira hacia atrás, como advierte Hegel, citado por ella— como del lector-maestro con su caritativa y risueña ironía.

SALUDO A ELSA CECILIA FROST

¡Qué poco nos duró el lujo de tener entre nosotros a Elsa Cecilia Frost de Soler como novena ocupante de la silla XIV de la Academia Mexicana de la Lengua! ¡Qué poco nos duró el placer, menos de dos años, de convivir con esta acuciosa y ejemplar pensadora, traductora y mujer de letras! En la historia de las ideas de obras esenciales Elsa Cecilia Frost sentó sus bases no solo como autora sino como traductora, pues su labor en esas dos áreas ayudó “a fijar el uso en castellano, dentro de un contexto filosófico, de ciertos términos”, según ella misma declaró en una entrevista.² Como traductora, es decir como eslabón vivo y alerta en la cadena de la transmisión de las ideas y del conocimiento, y en otras facetas, Elsa Cecilia Frost supo ser discípula digna de sus maestros, el filósofo español José Gaos, quien combinaba a cabalidad —como ella

² Elsa Cecilia Frost, *El Financiero*, 17 de enero de 2005.

misma— el arte de la traducción y la pasión por las ideas, y más precisamente por la filosofía de la historia y del historiador y escritor don Edmundo O’Gorman, igualmente dotado para la indagación histórica y filosófica. Fue además alumna atenta de don Antonio Gómez Robledo. Su labor caudalosa y certera como traductora la hizo trasladar algo más de 30 obras del alemán —su lengua paterna— y muchos otros del inglés y del francés, amén y a más de adaptar al castellano el *Diccionario de Religiones* de E. R. Pike, que habría que llamar más de Frost.

La traducción no era para ella tarea menor: “... la traducción —apunta en el ensayo “Las condiciones del traductor”—³ no puede ser la simple sustitución de una palabra por otra, sino que ha de convertirse en un género literario aparte, con reglas mucho más rígidas que la creación misma”, nos dice glosando el ensayo de José Ortega y Gasset, “Miseria y esplendor de la traducción”. Unas reglas mucho más rígidas ya que para traducir es fuerza desplazarse en el seno de “cuadros mentales diferentes, de sistemas intelectuales dispares —en última instancia— de filósofos diferentes”, para seguir citando a José Ortega y Gasset, el maestro de José Gaos y, por así decir, uno de los abuelos intelectuales de la tan eminente como modesta Elsa Cecilia Frost. La rígida disciplina de la traducción, el cinturón de castidad intelectual a que obliga el arte de la traducción, no le impedían a Elsa Cecilia Frost desplegar o intercalar en su lección un fino sentido del humor, una gracia aérea que le permitía burlarse discretamente de los errores de los demás. De la sonrisa felina de su tijera políglota no se escapaba ni siquiera el propio san Jerónimo, autor de la Vulgata y patrón de los traductores:

Porque los escollos de la traducción son tantos que el oficio se asemeja más que a ninguna otra cosa a un laberinto donde no se sabe qué puede salir al paso y nadie se salva de caer en las trampas. Tan es así que de ello no se han librado ni aun los traductores del texto sagrado. Con resultados sorprendentes, pues los cuernos que adornan la cabeza de las imágenes de Moisés no

³ En *El arte de la traición o los problemas de la traducción*, Elsa Cecilia Frost, comp., México, UNAM, Colección Biblioteca del Editor, 2000, pp. 15-28.

son —según los intérpretes modernos— más que un error de traducción. Fue ni más ni menos que san Jerónimo quien, al traducir el texto del Éxodo⁴ que describe el aspecto de Moisés al bajar del Sinaí, asentó: *et ignorabat quod corneta esset facies sua ex consortio sermones Domini*. Como esta traducción fue durante siglos el único texto autorizado y accesible, la imaginaria cristiana aceptó con naturalidad tales cuernos que, sin embargo, ya en el siglo XVI —justo cuando se hacían nuevos estudios de los textos bíblicos en sus lenguas originales— deben de haber causado cierta desazón, puesto que Miguel Ángel los redujo y trató en forma tal que pueden confundirse con los rizos de la cabellera. Caso extremo, sin duda, pero ejemplar de las dificultades de la traducción.

O bien, el traductor al castellano de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, donde se lee que

en lo alto de la bóveda de la iglesia de San Lorenzo de Nürnberg, se ve flotar el ‘saludo inglés’. Como es evidente para cualquier lector (pero no para un cansado traductor) que en las iglesias no flotan saludos, ni siquiera en forma metafórica, debe tratarse indudablemente de otra idea. La solución no es fácil, ya que para llegar a ella es necesario saber que durante la Edad Media el adjetivo *englisch* significaba en alemán tanto “inglés” como “angélico”. De modo que lo que efectivamente pende de la cúpula de San Lorenzo es la bellísima “Salutación angélica” o “Anunciación” del escultor Veit Stoss.⁵

Detrás de esa ironía y esa sonrisa había un hondo sentido humano (y aun humanitario), pues Elsa Cecilia Frost no perdió nunca de vista las facultades que deben asistir a un traductor: saber leer, buen oído,

⁴ Ex XXXIV.29. La Biblia de Jerusalén traduce: “no sabía [Moisés] que la piel de su rostro se había vuelto radiante, por haber hablado con Yahvéh”. Es posible que el error de san Jerónimo se deba a la forma de escribir el hebreo, que registraba solo los sonidos consonantes y semiconsonantes. De hecho, la fijación del sistema de vocales fue tardía. Los rabinos se vieron obligados a establecer el texto del Antiguo Testamento durante los primeros siglos de expansión de su rival, el cristianismo, y tal fijación trajo consigo la de los sonidos vocales. Con este fin se creó un sistema de puntos que pueden ponerse en la parte superior y al centro, si bien la *shin* puede llevarlo a la derecha o a la izquierda. Esta brevísima exposición deberá bastar para comprender las dificultades de lectura de los textos hebreos. [En *El arte de la traición o los problemas de la traducción*. Elsa Cecilia Frost, comp., México, UNAM, Colección Biblioteca del Editor, 2000, p. 16.]

⁵ *Ibidem*, pp. 16-17.

sensibilidad, humildad; Elsa Cecilia Frost añade, además, paciencia. La fidelidad a este marco ético y estético desde luego le dio un lugar privilegiado en esa escuela no tan invisible que es la que conforman los traductores mexicanos, los miembros de esa sociedad casi secreta que podemos llamar escuela mexicana de traducción, a la que pertenecen figuras tan eminentes y encontradas como pueden ser fray Bernardino de Sahagún y José María Luis Mora, Miguel León-Portilla y Antonio Alatorre, Alfonso Reyes y Margit Frenk, José María Vigil y Salvador Díaz Cintero, Rubén Bonifaz Nuño y Salvador Elizondo, Tomás Segovia y Margo Glantz, Salvador Novo y Sergio Pitol. ¿Y cómo no iba a darse en México una escuela mexicana de traducción si desde sus orígenes nuestra república mexicana —Humboldt pensaba que era un continente— ha sido un corredor y un espacio de cruce y convergencia de diversas culturas, ya en la edad prehispánica, ya en las edades ulteriores? País traducido, país de lenguas, país de traductores y de trujamanes, nación multilingüe y políglota donde el oficio de traducir y transvasar es cotidiano, México no podía dejar de ser un país de elección para el noble oficio de las letras traducidas y su historia, y la historia de las ideas no es ni puede ser ajena a la historia de la nación mexicana.

Esto lo intuyó desde sus primeras tareas hasta la última obra mayor Elsa Cecilia Frost. Y justamente en *La historia de Dios en las Indias. Visión franciscana del Nuevo Mundo*,⁶ nuestra autora eleva la cuestión de la traducción a una dimensión mayor, colindante con —llamada así desde Voltaire— la filosofía de la historia. Obra clave y axial en el debate historiográfico transatlántico, *La historia de Dios en las Indias* es una recapitulación apasionante de la historia y la evolución del pensamiento religioso, el Viejo y el Nuevo Mundo antes, durante y después del advenimiento de Jesús el Cristo que le sirve a la autora para llevarnos de la mano por la evolución del pensamiento profético y milenarista hasta llegar a las figuras de san Francisco de Asís y de Joaquín de Fiore, ambos precursores y maestros de los franciscanos que llegaron al Nuevo Mundo y, en

⁶ México, Tusquets Editores, Tiempo de Memoria, 2002, 291 pp.

particular, a México. La historia del surgimiento, apogeo, luchas y paulatino debilitamiento de los radicales *fratticelli* y *spiritualli* se presenta en el libro de Elsa Cecilia Frost con novelesca andadura, digna de la novela *El nombre de la rosa* de Umberto Eco. Pero esto solo será un prelude para atacar el plato de resistencia encerrado en la segunda parte de esta obra, donde los pliegues de la filología y de la traducción se doblan y desdoblan como una fauna de papel para dar cuenta de la empresa franciscana en el Nuevo Mundo. Discípula cercana de Edmundo O’Gorman y ganadora de la distinción que lleva el nombre de este ilustre y fecundo profesor emérito, Elsa Cecilia Frost se planta en medio de la selva de los cronistas y va desenredando hilo por hilo y cuenta por cuenta la trama no siempre fácil de gobernar y seguir de Motolinía y Zurita, de Alonso de la Veracruz y de Juan de Torquemada, de Bernardino de Sahagún y de Bartolomé de Las Casas, de Cervantes de Salazar y de Mendieta, de Fernández de Oviedo y de Acosta. Elsa Cecilia Frost no pierde nunca de vista en este libro mayor ni el horizonte universal de las ideas religiosas y filosóficas ni la presencia —la función se diría en términos matemáticos— de figuras tan relevantes para esta relación como Colón, Carlos V, Hernán Cortés. Los personajes centrales de este admirado y apasionante libro de Elsa Cecilia Frost son, por supuesto, las ideas y, entre ellas, dos en particular: la prometedora idea del reino prometido por la palabra de Jesucristo y su compañera indisociable: la idea de pobreza. Estas ideas de corte escatológico y profético serían como el combustible que mueve la maquinaria de la sutil pero muy real explicación de la historia de las ideas, de la filosofía de la historia labrada con elegancia musical y destreza argumentativa —una de las “especialidades” de la doctora Frost— y tono humano —casi tomista—, en fin, buen juicio moral. Ese buen juicio para el cual Elsa Cecilia Frost, para emplear sus propios términos, tenía tan buen oído.

En sus “Notas sobre la inteligencia americana”, Alfonso Reyes escribió en 1934: “Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apremiando el paso y caminando de una

forma u otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente”.⁷ Leyendo *La historia de Dios en las Indias. Visión franciscana del Nuevo Mundo* de nuestra llorada Elsa Cecilia Frost, recordaba yo estas palabras, pues tanto Motolinía como Mendieta emplean la parábola bíblica de los invitados al banquete del Señor para dar cuenta del lugar que vinieron a ocupar los “pobrecillos” aborígenes como convidados al banquete de la civilización europea. Pero también las recordaba por un motivo distinto, preguntándome ¿por qué a Elsa Cecilia Frost le tocó levantarse tan pronto del simposio académico? Si bien no hay duda de que ella ya se había dado tiempo de que madurara en sí la obra, sigue nuestra amistosa interrogante de por qué fue llamada temprano a dejar nuestro académico simposio.

SALVADOR ELIZONDO

Eduardo LIZALDE

Cuando me hallaba en el trance de redactar estas líneas para un homenaje a Salvador Elizondo llega a mis manos el primer ejemplar de *Farabeuf*, editado en este 2006 dentro de la Colección Conmemorativa del 70 aniversario del Fondo de Cultura Económica, concebida como una muestra de 70 libros ahora clásicos elegidos entre los muchos miles que conforman el catálogo de esta ilustre editorial.

En la cuarta de forros de la cubierta, descubro el texto escrito por mí para esa edición que salió de las prensas unos meses después de la muerte de Elizondo.

Leo con sorpresa esa media cuartilla (que no llegué a mostrarle a Salvador) y que se me había solicitado como un texto brevísimo que diera

⁷ *Obras completas* de Alfonso Reyes, tomo XI, pp. 82-83.

noticia de lo que ese hoy famoso libro representa e hiciera su natural elogio (tarea de difícil cumplimiento, dado el caso).

Leo para ustedes la nota, todavía prácticamente inédita.

Farabeuf de Salvador Elizondo, que se editó por primera vez hace cuatro décadas, es un hito de fuego en la literatura contemporánea, una antorcha hiriente que ilumina el aterrador instante [la agonía de un torturado y destazado moribundo oriental] captado supuestamente durante una revuelta del año 1901 en Pekín, por un fotógrafo que puso la plancha en las manos del doctor L. H. Farabeuf.

Esta primera obra maestra de Elizondo [no es la única], larga y justamente celebrada y traducida desde 1965, es, como todos sus textos, un producto de estilo y factura absolutamente atípicos y ajenos a los de toda la literatura contemporánea en lengua española, y a lo mejor en muchas otras.

No hay en este vasto aullido, de rara erudición estética y científica, de sostenido vigor verbal y aliento poético estremecedores, ningún intento de alocución edificante o condena moral del hecho atroz que se describe. *Farabeuf* es solo una desnuda, descarnada, fría y trágica mirada sobre ese páramo funesto que pareciera simplemente, sin más trámites, decirnos: “esto es el hombre”, esta es una tarea de un grupo de humanos.

Y al terminar la lectura, advierto que, si la hubiera leído Elizondo, me habría agradecido el escueto elogio, y con su certera franqueza crítica hubiera anotado: “Muy buena tu nota”, pero hubiera agregado:

“Yo no he intentado decir nunca qué es el hombre, ni cómo son las tareas de los humanos; y como lo dices antes, jamás he intentado ser ‘edificante’ con mi literatura, ni hacer juicios morales de ninguna especie cuando escribo, ni convertirme en patrono de doctrina humanista o humanitaria alguna. Yo, sencillamente, veo el mundo, trabajo con sus seres, como me veo a mí mismo, sin prejuicios, solo para hacer literatura, para alcanzar el arte grande, si lo consigo, sin escrúpulos, segundas intenciones técnicas ni aspiración a enseñanza alguna”.

Y creo que hubiera tenido razón, al decirme eso, con esas o con similares palabras. Salvador Elizondo, que en su familia alcanzó fama desde niño de auténtico *enfant terrible* y de turbulento iconoclasta, destructor

de toda clase de convenciones, no fue nunca un “poseur”, ni un escandalizador intencionado de sus parientes, de sus amigos o de la comunidad literaria en que brilló desde muy joven como imprevisible superdotado crítico de hiriente ingenio y capacidades intelectuales y artísticas extraordinarias.

Primus inter pares, ya lo hemos dicho en algún momento, pues militó durante varias décadas en las filas de una generación en que se distinguían por su notable talento otros escritores, poetas y artistas de primera fila en todas sus especialidades. Pero no intentaba nunca, como sí lo hicieron otros destacados colegas suyos, liderar a nadie, ni abanderar más empresa creativa que la suya. No era el aparente *enfant terrible*, que enviaba desde niño a Albert Einstein cartas en que hacía observaciones críticas al genio, o iniciaba en el jardín del hogar materno las labores encaminadas a la peligrosa fabricación de una casera bomba atómica, lo mismo que se lanzaba al coso del toreo con capote de espontáneo para arrebatar la faena a Carlos Arruza o Luis Procuna. Creo que Salvador Elizondo (nos conocimos hace más de medio siglo, en la temprana edad y en la casa de su tío abuelo Enrique González Martínez, figura poética tutelar en el México de aquellos años) era constitucionalmente una criatura conmovida física y mentalmente por un ánimo imaginativo y una capacidad de enfrentamiento a todo lo que lo rodeaba, y era al mismo tiempo un agnóstico nato, un ávido lector y admirador de las grandes obras pictóricas de la historia, y, aparte de persona de buen humor, generalmente un fustigador de las falsas glorias y eminencias artísticas, un bien dotado gozador de la vida, un dionisiaco sincero y fascinante.

Pero no abusó Elizondo de sus reconocidas capacidades de creador ni se precipitó demasiado para arrojar a las prensas ese libro impresionante [*Farabeuf*] que editó en 1965, en plena juventud pero también asentado ya en la plena madurez artística y la absoluta conciencia de lo que planeaba hacer con su literatura. Ya había yo dicho, en el homenaje que le rendimos hace tres años, que al aparecer ante los lectores ese incendiario y deslumbrante puñetazo impreso, la figura de Elizondo se anticipó en

la definitiva fama nacional e internacional a todos sus camaradas de generación y prosiguió ejerciendo con implacable rigor la misma supervigilancia continua sobre cada una de las líneas de sus siguientes producciones, para hacer del conjunto de su obra, lo he dicho ya también, la más original, polifacética, compleja y sorprendente del brillante panorama prosístico mexicano en que le tocó desenvolverse y florecer.

Hablando de su jubilosa condición de anticonformista y gozador del ejercicio escritural, no puede olvidarse que el propio exigente Octavio Paz fue fascinado desde el principio por la lectura de sus dos primeras heterodoxas novelas (*Farabeuf* y el *Hipogeo secreto*, 1968) y que redactó un intrincado, también extenso y complejísimo ensayo para la presentación del disco grabado por Elizondo para la serie *Voz Viva de México*, en 1968:

Dentro de la perspectiva... de la literatura contemporánea mundial, la tentativa de Salvador Elizondo se inscribe en una vía aún más arriesgada y solitaria (que otras): su crítica de la realidad y del lenguaje no parte de la razón o de la justicia sino de una evidencia inmediata, directa y agresiva: el placer. Zona secreta, apenas frecuentada por los escritores de nuestra lengua. Si esta osadía es excepcional, más lo son el rigor con que construye sus fabulaciones novelescas y la penetración de su mirada.

A todos nos estremeció de distintas maneras esa hermética obra del joven Elizondo, y es difícil agregar demasiado a todo lo que justiciera e inteligentemente se ha escrito sobre ella, y todo el mundo ha señalado las oscuras presencias paternas (él mismo las reconoció) que lo hubieran inspirado para trazar el cruento sendero de la mayor parte de sus libros, desde Sade y su exégeta, el centenario Maurice Blanchot, que leyó profundamente en francés, Bataille y otros tantos que asentaron su planta en las veredas de la literatura y el mal.

Pero en la auténtica operación quirúrgica minuciosa que se consuma durante la redacción de *Farabeuf* no hay solo esa helada, obsesiva descripción de un patólogo insensible que se empeña en la minuciosa exploración de un cuerpo mutilado y torturado, en espera de que ocurra ante sus ojos el preciso instante de la muerte.

Y digo que no hay solo eso en las sobrecargadas, sinuosas, laberínticas, misteriosas páginas del libro, contextualizadas por reflexiones científicas, alusiones simbólicas y referencias místicas de la pintura renacentista. (Paz, conocedor del asunto, por supuesto, subraya las referencias del ideograma *liu* [muerte] del *I. Ching* que alude al suplicio llamando *Leng T'che*, y corresponde supuestamente al que se ejerce sobre el cuerpo de la antigua fotografía pekinesa.)

Releí las páginas del libro en que el doctor Farabeuf hace memoria de la operación fotográfica por él mismo consumada en Pekín mediante la instalación de una cámara Pascal colocada frente al horroroso objetivo de la tortura exactamente el 29 de enero de 1901, como hace constar el *North China Daily News* que reproducía la foto, cuyo ejemplar había sido hallado en un desván de la vieja costa nororiental de China, arrojado ahí solo para proteger el parquet de la estancia; y al releer esas páginas, que sorprenden con la memoriosa reconstrucción del acontecimiento que el doctor Farabeuf, rodeado en su laboratorio por instrumentos como “el enorme forceps de Chassaignac, el speculum digital no. 12 de Collin y una infinita colección de cuchillas de Gigli”, me detuve de nuevo en la confrontación ritual que Elizondo hace en el texto entre la ceremonia de la tortura fotografiada (él supone que era el de una mujer) y la reproducción de un supuesto cuadro del Tiziano, colgado en el estudio de Farabeuf, que representaba el tema del amor profano y el amor cristiano. Y como a esa confrontación se suceden múltiples reflexiones sobre el distinto carácter místico de la crucifixión de Cristo y el del extraño, acaso matemático ritual terapéutico regido por los trigramas del *I. Ching*, recordé un extraordinario soneto de Théophile Gautier que describe el suplicio de santa Casilda y decidí traducirlo para dedicarlo a Elizondo, aunque tampoco llegué a mostrárselo en la celebración del 40 aniversario de su libro.

La imagen del poema, que describe el martirio de la santa (ignoro de qué pintor y qué iglesia de Burgos la descubrió Gautier), me pareció idéntica en situación a la producida por la antigua placa fotográfica de

Farabeuf, si bien tenía, como la crucifixión cristiana, otro sentido místico, o bien ninguno similar.

Leo como un homenaje a Salvador mi traducción sin rima del soneto.
Del ciclo *España*

SANTA CASILDA

Théophile Gautier

Burgos; en un rincón de la iglesia desnuda
hay un cuadro que asombra por su efecto potente:
un ángel fiero y pálido baja del hosco cielo
y a la santa Casilda la verde palma ofrenda.

Por obra del verdugo la virgen descubierta
muestra sobre su pecho, deslumbrante alabastro,
en lugar de los senos dos manchas color sangre,
un rubí destilando por cada vena abierta,

y los senos ya muertos, lirios en flor cortados,
blancos, como los restos de una venus de mármol
en un bacín de plata yacen al pie de un tronco.

Pero la santa en éxtasis del dolor olvidada,
tal de un amante en brazos voluptuosa se arroba
porque a labios de Cristo tiene el alma suspensa.

Me he detenido acaso demasiado solo en esta obra de Elizondo, y no habría tiempo, so pena de abusar en este acto del destinado a los varios homenajes que hoy se rinden a otros dos académicos desaparecidos.

Pero he dicho mucho, y lo seguiré haciendo sobre la no tan breve obra de creador de genio, del traductor y pensador extraordinario que es nuestro escritor. Era escéptico radical de los destinos posibles para la literatura propia y la de sus contemporáneos, tras la de sus insuperables modelos de grandeza y perfección, que iban para él de Quevedo

a Dostoievski, Flaubert, Thomas de Quincey, Manley Hopkins, James Joyce o Paul Valéry (a muchos de los extranjeros los tradujo con impresionante fibra en lengua española). Frecuentemente acostumbraba decir con deleitosa pero amarga sonrisa “dejémonos de ilusiones, el *Ulises* y *Finnegans Wake* son un ejercicio literario terminal absolutamente, son intraducibles y nada grande puede escribirse después de eso. Nosotros seguimos escribiendo porque lo hacemos en una lengua que no es la inglesa”.

Pese a todo eso, nos dejó un trabajo de proporciones y calidades sin paralelo en el género, diferente a todos los producidos en nuestra lengua durante el último siglo. Y a pesar también de la enorme admiración y el extendido reconocimiento nacional e internacional que su personalidad inédita y sus libros suscitaron, no fue objeto de los grandes premios que hubiera merecido y en visible deuda quedamos desde ahora con él, pues mucho habrá de escribirse sobre la herencia literaria que nos deja.

Muchas más que las solamente literarias eran sus capacidades intelectuales y sus aptitudes artísticas (“No quiso ser pintor, pero lo era; lo es”, me dijo un día su maestro Jesús Guerrero Galván).

Pleno de un inconmensurable potencial, ha muerto Elizondo, y detrás de él quedan inéditas, calcula su esposa Paulina Lavista, varios miles de páginas y espléndidos bocetos, aguadas y dibujos de los que dio breve testimonio alguna de sus últimas antologías, “Neocosmos”, bellamente impresa por sus amigos del áncora y el delfín, la editorial Aldus en 1999.

Muere Elizondo con la pluma ardiendo en la mano y, como lo he dicho en algún poema que según recuerdo le gustaba, queda frente al cosmos de toda la literatura posible como la boca de oro del niño frente al mar.

RECORDACIÓN DE DON SALVADOR DÍAZ CÍNTORA

José G. MORENO DE ALBA

Señores académicos,
señoras y señores:

Recuerdo que, hace ya muchos años, en alguno de mis periodos de consejero universitario en la Universidad Nacional Autónoma de México, me tocó por suerte presentar ante ese órgano la solicitud de dispensa de título a favor de don Salvador Díaz Cíntora, con el objeto de que pudiera enseñar e investigar en esa casa de estudios. Fue don Salvador, en las postrimerías del siglo xx, un raro caso de erudición y sapiencia de naturaleza casi totalmente autodidacta. Su paso por algún seminario salesiano despertó en él el interés por el estudio de las humanidades, que cultivó hasta su muerte, en alguna medida prematura.

Su biografía, como en pocos casos, es esencialmente intelectual. Cultivó con exquisito refinamiento recónditos saberes humanísticos. Me referiré, con indeseado esquematismo, a dos de ellos aunque, antes, me siento obligado a decir algo, en apariencia secundario y, en definitiva, decisivo: don Salvador escribía muy bien. Escribir bien no es algo que se exija, por ejemplo, de un filólogo. Sin embargo es algo que, a la larga, se agradece o, en su ausencia, se reprocha. Salvador Díaz Cíntora escribía bien y, por ello debemos entender tanto la elegancia de su sintaxis impecable cuanto la belleza de su letra. Para quien no lo sepa, aclaro que nuestro homenajeado escribía todo a mano, nunca fue amigo ya no digamos de la computadora pero ni siquiera de ese delicioso anacronismo que, en su tiempo, se llamó máquina de escribir.

Fue, ante todo, un filólogo. Quien lea su inédita novela sobre Pedro de Alvarado que, dicho sea entre paréntesis, urge publicar, de inmediato dirá, y con toda razón, que es una excelente novela. No me cabe duda

alguna. Pero tampoco podrá negarse que, en su redacción, además de los profundos conocimientos del autor sobre la historia de la conquista de México y sobre sus protagonistas, que bien pueden admirar los investigadores que a ello se dedican, brilla con admirable fulgor su maestría en el manejo de la gramática y el vocabulario de nuestra lengua en el siglo XVI y, además, en el incipiente español “mexicano” (con grandes comillas) de esa época. La sabrosura de ese texto, quiérase o no, se debe en muy buena proporción a los acendrados saberes filológicos de nuestro académico autor.

Son dos, dije antes, las disciplinas que —en mi opinión— cultivó don Salvador con excelencia. Las dos constituyen la base esencial de nuestra cultura mexicana y ambas están en los orígenes mismos de nuestra identidad cultural. Podrían mencionarse en cualquier orden. Comienzo empero con la que, en mayor medida y con evidente frecuencia, suele verse como ingrediente primordial de nuestros antecedentes culturales. Díaz Cíntora fue un dedicado e inteligente estudioso de la cultura prehispánica de México. Fue un serio investigador. Y, para serlo, decidió antes que nada familiarizarse con las lenguas indígenas de México, especialmente con el náhuatl.

Vuelvo a la filología. Decía Menéndez Pidal que eran tres los saberes que, obligadamente deberían poseer los que pretendieran considerarse filólogos: la literatura, la historia y, muy destacadamente, la lengua. Excelentes aplicaciones tuvo oportunidad don Salvador de poner en práctica estos conocimientos. Vayan dos simples ejemplos. Sea el primero sus atinadas observaciones a una buena cantidad de etimologías nahoas, incompletas o incorrectas, del Diccionario académico que fueron bien aprovechadas por los redactores de la 22ª edición y que, sin duda, seguirán siendo valiosas en posteriores entregas.

Sirvan como segundo ejemplo sus impecables traducciones al español de textos nahoas. Así, sea por caso, hace algunos años, en admirable impresión de Juan Pascoe, con grabados en linóleo de Artemio Rodríguez, la UNAM publicó su versión al español de las *Fábulas* de Esopo que, en

náhuatl están en el manuscrito conocido como los *Cantares Mexicanos*, uno de los más apreciados tesoros de nuestra Biblioteca Nacional. Vuelven a aparecer aquí, nítidamente, sus enormes habilidades filológicas, tanto en su cultura lingüística náhuatl, cuanto en su impecable y elegante redacción. Enteramente filológicos son sus argumentos para atribuir la versión náhuatl de estas fábulas al franciscano Arnaldo Basacio y de la misma naturaleza filológica son sus explicaciones textuales. Nos hace ver, por ejemplo, la pertinente modificación de algunos caracteres en el texto en náhuatl de las fábulas: la zorra (y no, como creía Garibay, el lobo) del original griego se permuta en nuestro igualmente astuto coyote. Fray Arnaldo, en ocasiones, tratándose, como dice Díaz Cíntora, de “piececitas populares”, no solo modifica personajes sino que adapta, enmienda a Esopo, con muy buenos resultados. Compárese la versión tradicional que se conoce con el título de “La zorra y la careta vacía” con la traducción de Díaz Cíntora al texto náhuatl que se llama “El coyote”. La primera dice así:

Entró un día una zorra en la casa de un actor, y después de revisar sus utensilios, encontró entre muchas otras cosas una máscara artísticamente trabajada.

La tomó entre sus patas, la observó y se dijo:

—¡Hermosa cabeza! Pero qué lástima que no tiene sesos.

La hermosa traducción de don Salvador de la versión náhuatl, muy diferente de la anterior, es la siguiente:

Un coyotito entró una vez a la casa de un imaginero, y cuando se maravillaba de todo sin ningún motivo, vio una imagen de mujer admirable, muy hermosa, y empezó de inmediato a llamarla y a acariciarla; pero cuando vio bien que ella no hablaba ni se movía, dijo: ¡Ah! ¡Qué hermosa mujer pero sin nada de corazón!

Esta fábula se refiere a aquellos que se sienten señores, que están en buenos puestos, pero no tienen ninguna inteligencia.

Alguien podría pensar que, en varios de los textos que sobre nuestros antepasados indígenas escribió nuestro académico, destaca esa especie de defensa a ultranza o combativa actitud de descolonización. Esa defensa y esa actitud están, sin duda, en sus estudios. Sobre ellas empero prevalece el objetivo conocimiento de los indiscutibles valores culturales prehispánicos. Hacerlos del conocimiento de todos, hacerlos resplandecer es la mejor manera de defender nuestra identidad. Eso hizo Díaz Cántora con excelencia.

El otro invaluable filón de nuestra base cultural está, todos lo sabemos, en Grecia, en Roma, en España, en lo que suele llamarse, quizá con impropiedad, “el Occidente”. De inmediato aclaro que no fue solo la cultura occidental la que con esmero cultivó, al lado de la prehispánica, don Salvador. Baste recordar que, en sus últimos años, fue el árabe y su relación con el español, general y mexicano, el que tuvo amorosamente ocupado a nuestro académico. De ello dan sobrada prueba sus últimas intervenciones ante el pleno de nuestra Academia, en las que, eruditamente, explicó las serias razones que le llevaban a ver origen árabe en varios vocablos y acepciones.

¿Era Díaz Cántora un arabista? No lo sé. No estoy en capacidad de decirlo. Sospecho sin embargo que, si no lo era, estaba en camino de serlo. De lo que ciertamente estoy seguro es de que fue un gran latinista. A este respecto permítaseme traer a cuento otra anécdota, perteneciente también al periodo en que me cupo en suerte dirigir la Biblioteca Nacional. Los que por entonces, fines del siglo anterior, trabajábamos ahí, tuvimos oportunidad de asistir a la lectura que don Salvador hizo de su traducción del elogio que en el siglo XVIII hizo de sor Juana Inés de la Cruz Eguíara y Eguren. Por diversas razones juzgo que ese texto es de primordial importancia para nuestras letras. Piénsese que, por esos años, no eran precisamente abundantes las alabanzas a sor Juana. Este panegírico, por tanto, es destacable por el momento en que se escribe y por la calidad de los juicios. Pues bien, en efecto, una de las tareas que, como respetado latinista, tuvo Salvador Díaz Cántora, asignada por la Universidad, fue

la de traducir el quinto volumen de la Biblioteca Mexicana de Eguiara y Eguren, lo que hizo casi cabalmente.

Don Salvador Díaz Cíntora, quien desde el año 2000 hasta su muerte fue laborioso secretario de nuestra Academia, deberá pasar a la historia de nuestras letras como uno de los humanistas que, en su tiempo, mejor investigaron los profundos vínculos que debemos reconocer entre la lengua española y otras, no menos importantes, como lo son el latín, el árabe y algunas de las mexicanas prehispánicas, en particular el náhuatl. La Academia Mexicana de la Lengua, que nunca olvida las aportaciones de sus miembros a la cultura nacional, se encargará sin duda de difundir la obra filológica, tan importante, de su secretario, don Salvador Díaz Cíntora, que en paz descanse.

HOMENAJES A ACADÉMICOS QUE CUMPLEN 80 AÑOS O MÁS*

ENCOMIO POR LAS OCHO DÉCADAS DE MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Diego VALADÉS

La Academia Mexicana de la Lengua me ha honrado al encomendarme estas palabras en homenaje a don Miguel León-Portilla, cuando conmemoramos sus cuatro frondosos *katunes*, conforme al sistema vigesimal maya. Su nacimiento, el 22 de febrero de 1926, corresponde al mes *agilchac*, destinado a rozar el monte, según el calendario tzeltal. Tengo como fuente el fascinante estudio dedicado por don Miguel al *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, subtítulo, con delicadeza, “Ensayo de acercamiento”.

En *Antigua y nueva palabra*,¹ don Miguel León-Portilla, acompañado por Earl Shorris, Sylvia Shorris y Ascensión Hernández de León-Portilla, recoge lo mejor de la prosa y de la poesía mesoamericanas; ahí se pregunta si existe un ser mesoamericano. La respuesta, positiva, está asociada a un trasfondo religioso y metafísico, al que tampoco son ajenas las inten-

* La Academia celebró durante 2006 y 2007 múltiples homenajes a aquellos académicos numerarios que cumplieron 80 años o más. Todos se llevaron a cabo en el Centro de Cultura Casa Lamm. En la sesión pública solemne del 26 de octubre de 2006 fueron homenajeados Miguel León-Portilla, Clementina Díaz y de Ovando y Andrés Henestrosa. En la del 22 de febrero de 2007, se rindió homenaje a Eulalio Ferrer, Silvio Zavala, Ernesto de la Torre Villar y Alí Chumacero. En la efectuada el 14 de junio de 2007 los homenajeados fueron Gustavo Couttolenc, Enrique Cárdenas de la Peña, Ramón Xirau y José Rogelio Álvarez. Por último, el jueves 25 de octubre de 2007 se celebró a Ruy Pérez Tamayo, Guido Gómez de Silva, Ernesto de la Peña y Margit Frenk. Se reproducen aquí 10 de esos 15 discursos. Los homenajes a José Luis Martínez se presentan en las páginas 209-246.

¹ México, Aguilar, 2004, pp. 21, 43.

sas relaciones entre los hombres. Así lo muestra lo que don Miguel llama “una de las piezas más extraordinarias, de las muchas de los nahuas”. Alude al diálogo sobre el significado de *in xóchitl, in cuícatl* (“flor y canto”), convocado por Tecayehuatzin, en Huexotzinco, donde se concluye que “flor y canto son lo que hace posible la amistad en la tierra”. Esa flor y ese canto que son también la amistad de Miguel León-Portilla, de Clementina Díaz y de Ovando y de Andrés Henestrosa, nos han convocado para decirles cuánto debemos a sus maravillosos ejemplos de vida.

Miguel León-Portilla es un hombre poliédrico. Quien busque al sabio, lo encontrará en él; como también hallará al esposo devoto, al padre amoroso, al abuelo orgulloso, al hermano, al amigo, al maestro, al contertulio, o, de manera más simple, al ciudadano de al lado que se agita ante lo injusto y que se conmueve por la pobreza.

La suya es una vida entregada al pensamiento y al saber, ajena a las tentaciones fáusticas del poder. Ni siquiera se dejó atrapar por la función vitalicia de Cronista de la Ciudad, y solo aceptó, por ser compatible con sus intereses culturales, representar a México ante la UNESCO.

¿Cuándo se consideraba, en la antigüedad mexicana, que una persona era anciana? Don Miguel nos lo dice: la *buehuehtiliztli* (cumplimiento de la vejez) correspondía a un periodo de 104 años. Dedicada a ella, hay en el *Códice Matritense del Palacio Real* un hermoso texto, cuya traducción por don Miguel dice:

El reverenciado anciano: hombre anciano,
de cabello blanco, cabeza blanca,
recio hombre de edad, de mucho tiempo,
experimentado, que se ha esforzado.
El buen anciano, afamado, honrado,
que aconseja a la gente,
dueño de la palabra, maestro,
refiere, manifiesta,
lo que aconteció en la antigüedad.²

² *Rostro y corazón de Anáhuac*, México, Asociación Nacional del Libro, 2001, p. 97.

Este es uno de los textos recogidos por Sahagún a través de sus informantes; da testimonio de la riqueza literaria de nuestros ancestros y de su respeto por la edad, por la experiencia y por la sapiencia. Hoy, sería aplicable a Miguel León Portilla, con una salvedad: solo alcanzará la *huehuetiliztli* al cabo de otro cuarto de siglo. Espero estar aquí, con él (y con ustedes), para releerle este hermoso poema.

Ahora es preferible recordar otro texto que le viene mejor a nuestro maestro. También está traducido por él, y en este caso corresponde a la descripción del sabio que aparece en el *Códice Matritense de la Real Academia*:³

El sabio: una luz, una tea,
Una gruesa tea que no ahuma.
...
Él mismo es escritura y sabiduría.
...
Es maestro de guías.
...
Aplica su luz sobre el mundo.

Es lo que podemos también decir de ti, noble y admirado *tlamatini*.

El homenaje es una expresión afectiva y admirativa mediante la que se ofrece un tributo, intelectual y moral, a una personalidad descollante; es el encuentro con un paradigma. A través del homenaje elegimos un ejemplo a seguir. Es el caso de quien pone a nuestro alcance los elementos que corroboran la grandeza cultural y humana de los antiguos mexicanos.

La duda, que en el individuo mueve a pensar, en la colectividad lleva a temer, porque la cohesión de los grupos reclama confianza y certidumbre. En el horizonte de nuestros problemas, alivia saber que un mexicano como don Miguel postula, con bases científicas, la existencia de una recia tradición cultural entre nosotros. No hay en sus investigaciones un designio nacionalista; hay tan solo el afán de encontrar la verdad.

³ En *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, Lecturas Mexicanas, 1983, p. 123.

A más de la función científica de sus indagaciones, la obra de don Miguel ha tenido múltiples resonancias: ha alimentado la curiosidad de otros investigadores, de suerte que el interés por nuestras lenguas vernáculas y por nuestra historia precortesiana se ha multiplicado; también ha aportado argumentos y partidarios para ensanchar los derechos de los indígenas.

Hoy conmemoramos su hazaña vital de cumplir 80 años en plena dedicación al trabajo. ¿Cómo se le puede celebrar?

Miguel León-Portilla es uno de esos personajes, asombrosos por luminosos, que nos ha ayudado a comprender nuestra propia esencia, cuya cuenta vital se mide por aniversarios y cuya presencia intelectual luego se marcará por centenarios. Al introducirnos a sus *Obras*, de las que han aparecido tres hermosos volúmenes editados por El Colegio Nacional y la Universidad Nacional Autónoma de México, y donde recoge los ensayos que llama “hijos menores del ingenio”, don Miguel advierte:

Tengo ya casi cincuenta años (escribe en 2002) de practicar el doble oficio de investigador y de escritor. Cuando era joven preguntaba a varios de mis maestros, entrados ya en edad, si es cierto que la vida se va volando. Todos, sin excepción, me respondieron afirmativamente. Ahora digo yo lo mismo a mis discípulos.⁴

En su caso se puede decir algo más: la vida individual tiene trozos perennes porque cuando se incorporan a la cultura de una nación forman parte de la vida colectiva, y esta no se extingue.

¿Cuántos elogios llevará recibidos don Miguel en estas ocho fructíferas décadas?

Calculemos, para hacernos una idea, el número de oraciones académicas de que ha sido objeto con motivo de la imposición de grados. Son 13 los doctorados honoris causa que le han discernido universidades de tres continentes. El primero en la Universidad Metodista de Dallas (1980); el más reciente en La Habana, le será entregado en cuestión de días.

⁴ *Obras de Miguel León-Portilla*, México, UNAM-El Colegio Nacional, 2003, tomo I, p. 7.

Agreguemos las condecoraciones con que se le ha honrado en España, Francia, Italia, y la cincuentena de premios nacionales y extranjeros, todos conferidos en ceremonias donde se han exaltado los méritos, inagotables, de don Miguel. Entre esos reconocimientos merecen mención especial la medalla Belisario Domínguez, que constituye la máxima presea que el Estado mexicano concede a sus propios ciudadanos, y el Premio Nacional de Ciencias y Artes.

Muchos han sido, también, los reconocimientos hechos por la Universidad Nacional Autónoma de México, donde el año próximo cumplirá medio siglo como profesor e investigador. Allí ha recibido el Premio Universidad, ha formado parte de su Junta de Gobierno y es investigador emérito. En torno a esas distinciones se produjeron, siempre, expresiones laudatorias que explicaban las decisiones.

Cuentan asimismo los procesos de admisión a instituciones de alta cultura, como la Academia Mexicana de la Lengua, la Academia Mexicana de Historia y el Colegio Nacional, en México, y numerosas academias de Argentina, España, Estados Unidos, Nicaragua, Paraguay, Perú, Portugal, Puerto Rico y Venezuela. Cada ocasión de su ingreso fue una oportunidad para honrarlo.

Y no son piezas menores las que se han pronunciado al presentar algunos de sus libros, que alcanzan la media centena, varios de ellos editados en alemán, catalán, checo, esperanto, inglés, italiano, francés, japonés, hebreo, húngaro, polaco, portugués, serbo-croata, sueco o ruso. Algunos, como *La visión de los vencidos*, con una tirada superior al millón de ejemplares en español y al medio millón en el conjunto de lenguas extranjeras. Agreguemos las centenas de notas sobre su bibliografía aparecidas en revistas académicas, en periódicos y en citas de autoridad.

He aludido a los testimonios admirativos que constan por escrito; prescindo de calcular las referencias encomiásticas que de continuo se desgranán sobre don Miguel. Proceden de los millares de alumnos que han asistido a sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras; a las decenas

de millares de personas que han concurrido a sus ya incontables conferencias o que han escuchado sus siempre aplaudidos discursos; a quienes saben de su obra a través de los programas radiofónicos y televisivos en que ha intervenido. Allí donde resuena el eco de su palabra, tiene la admiración por respuesta.

Esas expresiones constan en declaraciones razonadas, articuladas conforme a la ocasión en que se pronuncian o a la publicación en que se estampan; otras, resumiendo juicios rápidos, se sintetizan en exclamaciones como “maravilloso”, “fascinante”, “formidable”, y así, los epítetos se multiplican sin regateo para calificar la obra y la personalidad de un poderoso intelectual que se ha afanado por descifrar las claves de la identidad mexicana.

La suma de las siempre merecidas páginas laudatorias podría llenar varios volúmenes. En ellos aparecería la biografía de una de las más pulidas personalidades culturales de nuestro tiempo. El peso de todas esas palabras, empero, no ha alcanzado para mellar su sencillez, mermar su sensibilidad, alterar su generosidad ni agrietar su sonrisa.

Don Miguel León-Portilla no es el primer mexicano entregado la estudio de nuestras raíces mesoamericanas, pero sí es el estudioso nacional de esa etapa histórica que mayor repercusión ha tenido en el ancho mundo allende nuestras fronteras. El registro de autoridades incluye a numerosos ensayistas asiáticos, europeos y estadounidenses. Por largo tiempo fueron Eduard Seler, Walter Lehmann, Konrad Preuss, Herbert Beyer, Ernst Mengin, Jacques Soustelle, y otros reconocidos investigadores, quienes permitían que lectores en otras lenguas pudieran interiorizarse en los secretos del náhuatl. Don Miguel ensanchó el horizonte para nuestros propios autores, y hoy varios mexicanos, que analizan nuestra cultura, son leídos en lenguas extranjeras.

Aunque en 1954 apareció su *Índice analítico de materias y onomásticos de América Indígena y del Boletín Indigenista*, su primera obra de investigación es *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes*, publicada en 1956. Tesis doctoral en filosofía, supuso trasponer las puertas y ventanas para

entrar “a un universo henchido de luz”, según su propia expresión. Es esta su primera exploración sistemática del mundo náhuatl, guiado en este caso por don Ángel María Garibay. El ilustre polígrafo reconoció la sólida formación humanista y el valioso trabajo indagatorio realizado por su discípulo, cuyos méritos destacó: consulta de abundantes fuentes primarias, sistematización del pensamiento náhuatl y originalidad de la aportación.

Solo de manera parcial se habían asomado al tema Juan José de Eguía-
ra y Eguren, Lorenzo Boturini, Francisco Xavier Clavijero, Manuel
Orozco y Berra, Alfredo Chavero, Emeterio Valverde Téllez, Porfirio
Parra, Manuel Gamio y Alfonso Caso. Samuel Ramos apuntó la necesi-
dad de investigar sobre la materia, y Garibay, dice don Miguel, fue quien
por primera vez apuntó “la existencia de fuentes auténticas para el es-
tudio de la filosofía náhuatl”.⁵ El camino estaba anunciado, pero no re-
corrido. Fue don Miguel, con esta obra pionera, diez veces reeditada en
español y puesta ya en versiones alemana, checa, francesa, inglesa y rusa,
quien hurgó en los textos poéticos e históricos de los siglos *xv* y *xvi*,
hasta identificar las esencias de lo que llamó: “la obra maestra del genio
indígena: su cronología”.⁶

Escuchemos su palabra:

Cabe afirmar que en medio de la desgracia venida de afuera, la formación
humana de los nahuas, ‘rostros sabios y corazones firmes’, conservó su gran-
deza hasta lo último. En su postrera actuación ante Cortés y los doce pri-
meros frailes, después de expresar sus razones, no vacilaron en afirmar los
tlamatinime, frente a la imagen de su cultura destruida: “Si como sostenéis
nuestros dioses han muerto, dejadnos mejor ya morir...”⁷

Ese interés por la filosofía nacional condujo a don Miguel a la siguien-
te estación: en *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*⁸ estudió el pecu-

⁵ *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes*, México, UNAM, 2006, pp. 4 y 49.

⁶ *Ibidem*, p. 2.

⁷ *Ibidem*, p. 323.

⁸ *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, México, UNAM, 1968.

liar sentido del tiempo como “atributo de los dioses”,⁹ y exploró, desde una perspectiva distinta a la empleada con motivo de los nahuas, las relaciones entre la temporalidad humana y la divina en el universo cultural maya. A los sabios mayas incumbía “pensar las medidas del tiempo”,¹⁰ y eran sus deidades las que daban nombre a cada uno de los 20 días del calendario solar. Lo asombroso, empero, fue su capacidad para mensurar periodos largos, muy largos, hasta llegar al concepto mismo de *kinh*, abarcador de “todas las edades cósmicas”.¹¹ Surge ahí la pregunta que don Miguel responde a lo largo de su ensayo: ¿cuál fue la concepción maya “de lo que nosotros llamamos espacio y realidad”?¹²

Espigando en su anchurosa obra, sobresale otro texto también referido al pensamiento filosófico nahua, esta vez a propósito de *La religión de los nicaraos*,¹³ donde hace un “análisis y comparación de tradiciones culturales nahuas”, en particular de sus creencias religiosas,¹⁴ en la zona de los nicaraos, establecidos “como una isla cultural” entre la costa del Pacífico y el lago de Nicaragua.

Después de tratar los asuntos religiosos conforme a las tradiciones prehispánicas, don Miguel examina también las expresiones cristianas de los indígenas. En *Tonantizin Guadalupe* narra y analiza el encuentro del cristianismo con el universo náhuatl. En el Tepeyac, donde se veneraba a Tonantzin, deidad lunar, se entronizó a Guadalupe.¹⁵ El relato, *Nican mopohua* (“Aquí se refiere...”) es sometido a un examen acucioso por don Miguel, e identifica sus raíces en el lenguaje noble de los aztecas.¹⁶ La traducción que nos ofrece es una pequeña joya literaria.

⁹ Ibídem, pp. 46 y ss.

¹⁰ *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, p. 47.

¹¹ Ibídem, p. 63.

¹² Ibídem, p. 64.

¹³ *La religión de los nicaraos*, México, UNAM, 1972.

¹⁴ Ibídem, p. 10.

¹⁵ *Tonantizin Guadalupe*. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “*Nican mopohua*”, México, FCE, 2000, p. 14.

¹⁶ Ibídem, p. 51.

Al pasar una rápida vista a los numerosos trabajos sobre la filosofía antigua de México, quiero recordar a nuestro maestro un compromiso que dejó apuntado en *La filosofía*: “la esperanza de exponer alguna vez, con la amplitud que merece, la filosofía moral de los nahuas”.¹⁷ Es una esperanza renovada, ahora, también por quienes queremos darle qué hacer para los próximos 20 años. Este sería un trabajo medular para comprender aspectos que todavía no han sido expuestos con la suficiente claridad; sobre todo, los que guardan relación con la función de las normas entre los antiguos mexicanos.

Conocemos cómo se producen hoy muchas conductas asociadas con la observancia de la norma, pero ignoramos cuántas de ellas pueden corresponder a actitudes atávicas. Es posible, incluso, que el politeísmo practicado en el periodo prehispánico haya propiciado, como en otras culturas, espacios para la libertad y para las relaciones horizontales entre los miembros de cada comunidad. Debemos explorar qué tan proclives fueron nuestros ancestros a lo que hoy denominamos ‘autoritarismo’ o, a la inversa, qué tanto pudieron semejarse a otras formas de organización arcaica del Estado, donde los argumentos de dominación política no se basaban en la unción divina ni en el tributo a una deidad determinada.

Si bien *La filosofía náhuatl* fue su primera obra publicada, su primera obra escrita aguardó la stampa durante casi cinco décadas. *La huida de Quetzalcóatl* (2001) tiene el aspecto de una obra teatral, pero es en realidad una honda reflexión filosófica hecha poema. Espigando en sus elegantes parlamentos, puede entresacarse este florilegio:

El agua que cae
es como el torrente del tiempo.

Yo soy el ahora que corre
sin barreras posibles.
El ahora que habrá de venir
después del ocaso y después de la aurora.

¹⁷ *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes*, p. 242.

Quetzalcóatl es tan grande
que ni siquiera es posible adularlo
El impulso del tiempo me arrastra.
Esto es vivir y edificar en el tiempo,
en la fugacidad de lo que cambia.

Al morir nos volvemos una rasgadura
en el torrente del tiempo.
Un surco que vuelve a llenarse
con vidas nuevas, indiferentes, que nacen.

¡Pasado, presente y futuro!
Divisiones indivisibles
que dividen y unifican al hombre.
Siendo una sola forma cambiante
de materia viva,
alguien nos flechó al nacer
y nos partió el corazón en tres:
“fui, soy, seré...”

El tiempo nos rapta de nosotros mismos.

Cada quien busca a su manera
pero todos nacimos condenados a buscar.

Yo busco la juventud,
ir más allá del tiempo.

Me llama el Sol.
Tengo que descifrar un bosque de adivinanzas.

Robustos volúmenes han salido de la pluma de don Miguel para rescatar las piezas literarias de nuestro pasado. Los poetas del mundo azteca,¹⁸ la literatura mesoamericana¹⁹ y el examen de cada códice²⁰ muestran la flor y el canto de nuestros ascendientes.

¹⁸ *Trece poetas del mundo azteca*, México, UNAM, 1967.

¹⁹ *Literaturas mesoamericanas*, México, SEP, 1984.

²⁰ *Códices. Los antiguos libros del nuevo mundo*, México, Aguilar, 2003.

Todos sabemos que *La visión de los vencidos* es un clásico moderno; además, es un texto que se sigue enriqueciendo. A partir de su decimoquinta edición incluye otro capítulo: “Lo que siguió”, donde aparecen proclamas revolucionarias de Emiliano Zapata y hermosos poemas contemporáneos, porque los vencidos no han aceptado serlo para siempre. Así lo postula el autor de la obra cuando dice: “La palabra, con la dulzura del náhuatl y de otras muchas lenguas vernáculas de México, comienza a resonar con fuerza”.

Don Miguel calificó la obra como una “modesta antología”. Pero es bastante más que eso: representa el rescate de piezas literarias e históricas poco frecuentadas, precedidas en todos los casos por cuidadas explicaciones que inducen a la fascinación con nuestro mundo interior. Publicada por vez primera en 1959, nuestro autor subrayaba que así como él se había nutrido en las imágenes y en los textos nahuas para documentar las percepciones y las actitudes de nuestros ancestros *mexicas*, otro tanto cabría esperar que hicieran los mayistas. No hubo que aguardar siquiera un lustro para que él mismo identificara las fuentes, en este caso mayas y quechuas, y nos deleitara con *El reverso de la conquista* (1964), y años más tarde con *Literaturas de Anáhuac y del incario* (1982, 2006), como expresiones culturales y humanas de un continente. Estos ejemplos magníficos muestran las similitudes de nuestros predecesores mesoamericanos y sudamericanos. En el inacabado empeño por fraguar la anfictionía de nuestras naciones, estas obras de don Miguel podrían adoptarse para explicar añejos sentimientos que nos hacen afines.

Entre los objetivos de su obra está definir la identidad nacional mexicana. Es esta una cuestión compleja, pues lo que a todos incluye se resuelve en el ámbito de cada código individual. Pero veamos qué nos decía don Miguel cuando hace tres décadas publicó una de las obras de mayor calado en la antropología cultural de México. *Culturas en peligro*²¹ es un trabajo que merece ser más frecuentado. Allí se precisan muchos conceptos promisorios para otras áreas de las ciencias sociales.

²¹ México, Alianza Editorial Mexicana, 1976.

En cuanto a la idea de identidad, la concibe como la “conciencia compartida por los miembros de una sociedad que se consideran en posesión de características o elementos que les hacen percibirse como distintos de otros grupos, dueños a su vez de fisonomías propias”.²² Para precisar su contorno, apunta que esos elementos constitutivos son el idioma, el conjunto de tradiciones, creencias, valores, símbolos y significaciones, un territorio ancestral, una visión del mundo y un *ethos*, que explica la orientación moral de la cultura. A esto se suma la conciencia histórica compartida, que supone la recordación, sostenida a través de generaciones, del origen común y de las experiencias colectivas.

Esa identidad está sujeta a procesos de cambio, a la asimilación de influencias externas, a la adaptación a nuevas circunstancias; en su itinerario puede flaquear y desvanecerse, o puede afirmarse y perdurar. También existe el dilema social de ser o no ser. Aquí aparecen el estudio y la comprensión de la historia, para estar en aptitud de poseer ese sentido de identidad “necesario para que cualquier grupo pueda existir y actuar en provecho de sí mismo”.

La identidad es un tema sensible en todas las naciones, porque comporta numerosos elementos subjetivos. El llamado ser nacional ha contribuido a los propósitos de algunos países apoyados en la idea de su “destino manifiesto”, ha servido como plataforma para estructurar acciones políticas de expansión territorial o de exclusión étnica, igual que ha auspiciado interpretaciones denigratorias, propias o ajenas, que tienden a caricaturizar a sociedades enteras. Además, la inclusión de los valores como parte relevante de la identidad implica un elemento que fluye a través del tiempo.

Desde la perspectiva de los valores, el patrón que prevalece es el occidental moderno, que postula la libertad y la justicia como factores integradores. Por eso, el interés histórico por indagar los elementos que identifican a una nación responde a la curiosidad que cada comunidad

²² *Culturas en peligro*, p. 16.

alienta por saber cuál ha sido su andadura a través del tiempo y qué la sostiene y proyecta hacia el futuro.

Los mexicanos no siempre hemos salido bien librados de ese ejercicio, porque a veces nuestras conclusiones apuntan hacia el territorio de lo negativo. Pareciendo haber encontrado una especie de “genoma social”, en ocasiones nos sentimos predestinados al fracaso. El estereotipo de la holganza, de la mentira y de la pusilanimidad, como actitudes vitales, y la supuesta proclividad a la crueldad espasmódica, como eco de los ancestrales ritos de sangre, son presentados como una especie de condicionamientos culturales que nos inhiben ante la democracia y la equidad.

Pero la voz serena e informada de un pensador como Miguel León-Portilla nos abre un horizonte distinto. De su amplia obra podemos desprender una serie de conclusiones muy distintas de las que exhibían a nuestros ancestros con aspecto tribal y bárbaro. Incluso de acuerdo con los estándares clásicos, con los que por otra parte tampoco se identificaban las ordalías ni los autos de fe (el último de los cuales se llevó a cabo en Valencia en 1826) de los conquistadores, es posible interpretar que la población mesoamericana no se regía por las prácticas de barbarie ni de autoritarismo vertical con las que se pretenden explicar las conductas refractarias a la libertad en nuestra historia moderna y contemporánea.

No existe el determinismo genético individual ni social, ni procedemos de un mundo salvaje. La obra de don Miguel es lectura obligada para los profesionales de la historia, y lectura muy recomendable para cualquier persona que desee conocer la genealogía social de México. Él ha demostrado que la nuestra es una civilización originaria, de la misma estirpe, en este sentido, que las desarrolladas en los valles del Indo, del Nilo, del Río Amarillo, del Tigris y el Éufrates, o de la región andina, por ejemplo. La carencia de textos políticos y jurídicos explícitos se suple con otros indicadores solo posibles en una sociedad que practicaba la tolerancia y valoraba la libertad.

La convivencia de los hombres y de una pluralidad de dioses es típica de las sociedades donde prevalecen las relaciones horizontales; la medi-

ción del tiempo habla de la presencia de científicos, y la ciencia requiere espacios de libertad;²³ las colosales obras arquitectónicas y escultóricas (como las cabezas olmecas²⁴) denotan una capacidad organizativa avanzada; la utilización de instrumentos musicales no correspondía a funciones de representación escénica sino a expresiones gregarias características de cohesión y de igualdad; el mosaico de lenguas indica que no hubo acciones represivas para imponer alguna de ellas, y es síntoma de tolerancia; los intercambios comerciales suponen una convivencia basada en un mínimo de armonía, y el cobro regular de tributos exige el trabajo de letrados cuya presencia solo se registra en las sociedades políticas complejas.

La geografía nos había aislado, y no tuvimos por ende la posibilidad de competir para crecer; pero esto mismo nos eximió de ser una sociedad agonista. Guerras hubo, pero no militarismo. Por eso la vocación por la paz, que bien se expresa con la flor y el canto, forma parte de nuestros valores ancestrales.

Queda el tema de los sacrificios. Representan una cuestión que ha afectado la memoria de nuestras antiguas civilizaciones. Como nuestro autor señala, acerca de este asunto “no es fácil hacer una valoración objetiva”, porque incluso “es posible que algunos cronistas hayan exagerado el número de sacrificados”.²⁵ Comoquiera que sea, don Miguel advierte la paradoja de que los mesoamericanos hayan mantenido las prácticas sacrificiales al tiempo que alcanzaban expresiones superiores de inteligencia y de sensibilidad estética. Supone que se trata de un hábito antiguo que devino en una especie de ‘ritual fosilizado’. Por otra parte, ¿qué decir de la persecución y cremación pública de *brujas* y de *herejes*, que afectó a millares de personas en buena parte del continente europeo, incluso mucho después del encuentro de ambos mundos?

²³ No se olvide que había transcurrido un siglo de la colonización del Nuevo Mundo cuando Giordano Bruno fue quemado, en mayo de 1600, en la plaza pública de Roma.

²⁴ Se estima que el solo traslado de las grandes piezas de basalto en las que fueron labradas esas cabezas requirió de la participación simultánea de hasta mil hombres.

²⁵ *Aztecas-Mexicas*, Madrid, Algaba, 2005, p. 176.

Hay una enfermedad de la identidad que don Miguel cataloga como estar *nepantla*; algo así como quedar en medio del ser y del no ser. Recuerda un texto en el que Diego Durán registra la expresión de un viejo nativo cuando, para explicar el vaivén de sus costumbres, le dice: “padre, no te espantes pues todavía estamos *nepantla*”.²⁶ El *nepantlismo*, como equivalencia de indefinición, a su vez es indecisión e indefensión, es un trauma que tiende un velo sobre la identidad.

Viene, enseguida, un concepto propuesto por don Miguel en 1965 y que merece la mayor atención: *écosis*. Inspirado en Tucídides, elabora una propuesta novedosa y útil a los propósitos de la antropología, pero también de otras disciplinas sociales. En esencia la *écosis* es la capacidad que tienen los grupos humanos de transformar el medio en que se desarrollan.

En la realización dinámica de cualquier *écosis* juegan un papel clave la propia visión del mundo, los sistemas de valores, las instituciones de la comunidad. El dinamismo inherente a una auténtica *écosis* implica procesos de cambio no ya solo en la naturaleza circundante [...] sino también en las estructuras internas de la sociedad actuante.

Tenemos ahí una de las muchas tesis sobre la naturaleza dinámica de la sociedad que caracterizan el pensamiento de Miguel León-Portilla. Es más que posible que el Estado arcaico mexicano no haya correspondido a lo que hoy se entiende como una sociedad abierta, es decir, de libertades; pero es seguro que sí se identificó con una sociedad tolerante.

Por lo demás, cuando los mundos amerindio y europeo se encontraron, tampoco allende el Atlántico existían sociedades abiertas. El encuentro de ambos mundos se produjo en el momento histórico de la aparición del Estado moderno. La misma generación europea que dio forma al poder político secular estableció las bases del poder político ultramarino. Todavía está por determinar qué efectos tuvo la presencia amerindia en la organización política europea, porque la colonización

²⁶ *Ibíd.*, p. 19.

condujo a centralizar el poder imperial, y esto dio pie al inevitable surgimiento del absolutismo.

Al aproximarse el quinto centenario del viaje colombino, el propósito eurocentrista de celebrar el hallazgo geográfico recibió una respuesta inteligente y constructiva. La idea del descubrimiento era solo una perspectiva parcial, porque situaba a unos en la posición activa de descubridores y a otros en el papel pasivo de los descubiertos. El hecho histórico y cultural era otro: dos mundos se había encontrado. El concepto aportado por don Miguel León-Portilla²⁷ modificó la esencia de la conmemoración y generó un cambio en la percepción cultural de nuestro continente. A casi tres lustros de distancia, vale considerar un dato significativo: un solo localizador (Google) en la internet identifica bajo ese rubro 1 170 000 entradas, que incluyen publicaciones, cursos universitarios, congresos y hasta asociaciones académicas fundadas en varios países europeos y americanos, que adoptaron como nombre el concepto acuñado por don Miguel.

Su argumento fue contundente. Trazó este panorama:

Con estatuas a Cristóbal Colón y verbosos discursos que soslayaban problemas tan lacerantes como los que afligían a millones de amerindios o a mayor número aún de africanos y asiáticos en las antiguas y nuevas colonias, se celebró el IV Centenario del Descubrimiento de América. Ahora, si no todos, buen número de gente optamos por un enfoque muy distinto. No se pretende revivir odios y acusaciones del pasado. Interesa tomar nueva conciencia de situaciones presentes, precisamente de algunas que se muestran como anacrónicas perduraciones de dramas e injusticias que —a la par que logros como el de la globalización del mundo— tienen su punto de partida en el proceso que se inició en 1492.²⁸

Cinco razones principales había para adoptar el nuevo criterio que postulaba. Una, que a partir de 1492 se inició el contacto entre poblado-

²⁷ “Encuentro de Dos Mundos: una perspectiva no circunscrita al pasado”, en *En torno al 12 de octubre de 1942*, México, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, 1992, pp. 21 y ss.

²⁸ *Ibidem*, p. 25.

res de ambos hemisferios; la segunda, que ese contacto se extendió hasta abarcar la totalidad de los dos hemisferios; en seguida, que se trata de un fenómeno histórico, documentable; una más, consistía en el flujo de personas que se generó, “de los cuatro rumbos del mundo” hacia este hemisferio; y la última:

es elemento que se antoja inverosímil la persistencia de situaciones en extremo adversas para los millones de sus descendientes que viven actualmente en casi todos los países del hemisferio. Son más de 40 millones de personas que mantienen en su conciencia el recuerdo de su dramático pasado y, sobre todo, de la muchas veces terrible vivencia de su presente. En la mayoría de los casos sobreviven en condiciones deplorables de pueblos vencidos, marginados, cual si no fueran ellos sujetos de derechos humanos, en medio de injusticias, con sus lenguas y culturas en permanente peligro.

Podría agregarse que Europa solo fue consciente de su identidad continental a partir del cotejo con razas y culturas hasta entonces desconocidas. Es a partir del siglo XVI cuando cobra auge el concepto de Europa. Aparecen una nueva cartografía y numerosas obras referidas expresamente a temas “europeos”. Hubo incluso quien sugirió cambiar al nombre del continente, porque el de “Europa” implicaba una especie de tributo a las relaciones entre un animal y una mujer.

El gentilicio *europeo* es, comprensiblemente, posterior al constructo “Europa”. En inglés y en español los primeros registros de la utilización de ese gentilicio corresponden al siglo XVI, y solo se generalizaron al principiar el XVII.²⁹ Antes se hablaba de “cristiandad” y de “cristianos”, no de Europa, como conjunto de países, ni de “europeos”.

La historiografía propiamente referida a lo que ahora se llama “Europa” corresponde apenas al siglo XV. La historia general de Blondus (*Historiarum ab inclinatione romanorum imperii decades*), que comprende de 472 a 1440, publicada en Venecia en 1483, todavía no recoge el nombre

²⁹ Cf. Alfonso de Ovalle, *Histórica relación del reino de Chile*, Roma, F. Cavallo, 1646, y Richard Knolles, *The generall historie of the Turkes*, Londres, Adam Islip, 1621.

de Europa. La primera alusión a Europa aparece en la obra de Eneas Silvio Piccolomini, personaje de excepcional erudición y elocuencia, luego Pío II, publicada de manera póstuma en 1490. Las obras que de manera sistemática incluyen en su denominación y contenido el concepto europeo corresponden al siglo XVI.

Para confirmar lo acertado del concepto formulado por don Miguel, la presencia americana en Europa aceleró el proceso de ruptura con la Edad Media. Un nuevo grupo humano, una nueva fuerza cultural y una nueva geografía produjeron un importante impacto en el espacio europeo, en un momento en el que las artes y la ciencia ya habían comenzado a experimentar profundas transformaciones a partir del siglo XV. “Fue el Nuevo Mundo lo que repercutió primariamente sobre el mundo humano todo y la idea de él”, como ha demostrado Gaos.³⁰ Hale,³¹ por su parte, sustenta que merced al impulso recibido de América “los europeos hicieron un mayor esfuerzo por plantearse la cuestión de su identidad”. La fuerza del contraste y la conciencia de haberse encontrado con un mundo nuevo también ayudaron a poner fin a la fragmentación medieval.

En ese panorama llama la atención que las artes decorativas europeas hayan dejado sin registro la presencia amerindia; en contraste, la sensibilidad musical de Antonio Vivaldi y de Carl Heinrich Graun, por ejemplo, sí acogieron el drama del encuentro en sus obras operísticas (*Montezuma*, en ambos casos). El hecho es que, con excepción de los debates jurídicos y teológicos circunscritos a España, y de algunas referencias literarias aisladas, entre los europeos prevaleció el desinterés por la nueva cultura y hasta por la epopeya colonial que ellos mismos protagonizaron.

También la biografía ha interesado a don Miguel. Su trabajo sobre Bernardino de Sahagún,³² por ejemplo, es una contribución fundamental a la historia de nuestra cultura, porque allí se refiere la forma metódica como el ilustre franciscano investigó y colectó los textos y testimonios

³⁰ José Gaos, *Historia de nuestra idea del mundo*, México, FCE, 1973, p. 230.

³¹ John Hale, *La civilización del Renacimiento en Europa (1450-1620)*, Barcelona, Crítica, 1996, pp. 47 y ss.

³² *Bernardino de Sahagún. Pionero de la antropología*, México, UNAM/El Colegio Nacional, 1999.

que conforman su magna historia; en esa biografía nuestro homenajeado también explica la función que en su propio momento tuvo el trabajo de Sahagún, y la forma como se fueron acoplando los dos mundos recién encontrados.

No menor que el mérito de sus investigaciones y de sus juicios es la forma como los dice. Leerlo o escucharlo son experiencias tan instructivas como deleitosas. La palabra diáfana, precisa; la prosa tersa, elegante, son una invitación para conocer nuestro pretérito íntimo, guiados por la mano maestra de don Miguel.

Me atrevo a presentar aquí una iniciativa. No acostumbramos convertir a nuestros estudiosos en objeto de estudio, y omitimos así que la prosperidad cultural de una sociedad también se apoya en la emulación. Nuestras universidades podrían instaurar cátedras monográficas para analizar a fondo a los grandes maestros. Examinar una obra tan rica como la que debemos a don Miguel requiere de un curso académico completo. El tributo más elevado que podemos ofrecer a quienes han realizado tan arduos empeños en pro de nuestros valores culturales es convertirlos en tema de reflexión y de inspiración.

La formidable obra histórica, filosófica y literaria de don Miguel tiene por clave recuperar la cultura de nuestros ancestros, para hacerla parte de nuestra cultura contemporánea. No identifica el pasado con lo que ya no es, sino con lo que sigue siendo.

Se pregona que somos una nación mestiza, que no es igual a ser una nación de mestizos. Una parte, parte grande, de la población, está mestizada, pero otra, también numerosa, conserva su pureza india. Para los indios la vida no ha sido ni es fácil; con seguridad no lo fue antes de ser colonizados, como no lo es a casi dos centurias de la independencia. Sigue latente la lucha por sus derechos, en esta tierra de la que fueron dueños. Sus lenguas no son protegidas, sus derechos se les dan como “oportunidades”, y en más de un concepto se los discrimina.

La discriminación es un fenómeno con sordina. A manera de ejemplo se puede decir que en otros países es obligado incluir a la población mi-

noritaria en la publicidad de alcance masivo. Es posible ver turcos en las pantallas alemanas de televisión, paquistanos en las británicas y negros y mexicanos en las americanas; pero no vemos indios mexicanos en las pantallas mexicanas.

Subsiste un cierto menosprecio por nuestra cultura; hay una especie de colonización interior. México es de los pocos estados con tan alta densidad indígena donde las lenguas vernáculas no forman parte de los programas culturales nacionales. La preservación de nuestras lenguas es una responsabilidad que pende sobre la población menos favorecida, a la que tampoco se le brindan los apoyos requeridos para su desarrollo. El Estado mexicano no ha cumplido con sus deberes; han sido hombres como Miguel León-Portilla quienes han tomado en sus manos la ciclópica tarea de rescatar y preservar la cultura de una civilización originaria.

Hemos tenido más *tlatoanis* de los que hubiéramos querido, y menos *ah miatzes* (sabios) de los que habríamos requerido; pero hoy festejamos a uno de ellos; uno que, por cierto, nos ha acercado a los sabios de su estirpe intelectual y humana, que fueron una luz en nuestro pasado, como don Miguel lo es en nuestro presente.

ELOGIO DE DON EULALIO FERRER RODRÍGUEZ

Ruy PÉREZ TAMAYO

Don Eulalio Ferrer Rodríguez fue electo miembro de la Academia Mexicana de la Lengua en abril de 1991 e ingresó como miembro de número en febrero de 1993, ocupando la silla número XXII, que antes solo había pertenecido a Francisco Castillo Nájera, Luis Garrido y Alfonso Noriega. Es curioso que a partir del año 2000, y hasta el 2003, don Eulalio contribuyó para a la Academia como su 10° tesorero, cargo que también desempeñaron en la corporación dos de sus predecesores en la misma silla, Garrido (6°) y Noriega (8°). Como es de conocimiento general, don

Eulalio nació en Santander, España, en 1921, de modo que el estallido de la Guerra Civil en su país en 1936 lo sorprendió a los tiernos 15 años de edad, y la derrota final de la República, con el derrumbe de Cataluña en 1939, lo obligó a refugiarse en varios campos de concentración franceses, antes de emigrar a México en compañía de sus padres, en 1941.

Las experiencias vividas por ese adolescente entre abril y diciembre de 1939 (“...me entero que mido 1.67 metros, que peso 59 kilos...”) fueron escritas en esos tiempos atormentados, con el candor y la rabia que generaron la desesperanza y la frustración cotidiana de todos los sueños de la juventud, y solo se publicaron 48 años después, en un libro memorable titulado *Entre Alambradas*.¹ En sus páginas hay relatos legendarios, como el encuentro de don Eulalio con Antonio Machado y su madre (les obsequió su capa militar), o el intercambio de una cajetilla de cigarros por un vapuleado libro del *Quijote* (que lo acompañó toda su vida), o sus primeros vislumbres de lo que sería una nueva vida en México. Don Eulalio llegó finalmente en 1941 a nuestro país, y después de ejercer el periodismo durante varios años decidió dedicarse a la publicidad, en la que tuvo un éxito fenomenal, gracias a su gran capacidad de trabajo, a su imaginación creativa y a su legendaria facilidad para hacer amigos.

Don Eulalio tomó la iniciativa de obtener recursos para la Academia Mexicana de la Lengua, y sus esfuerzos de cerca de 15 años culminaron con la Fundación de Amigos de la Academia, presidida por don Alejandro Burillo Azcárraga, cuya generosidad con la institución solo es comparable con la persistencia de don Eulalio: a la Fundación mencionada se debe que la Academia tenga una nueva y bella sede, que mucha falta le hacía, y el alivio en buena parte sus antiguas carencias presupuestales. Además, la antigua afición de don Eulalio por el *Quijote* lo llevó a reunir una enorme y original colección de ediciones de este clásico y de obras de arte relevantes al personaje, con lo que creó el Museo Iconográfico del Quijote, joya única que donó a la ciudad de Guanajuato. Don Eulalio también ha sido un prolífico escritor, ameno e instructivo, que ha incurrido en varios campos de la cultura: una de sus obras más recien-

¹ Grijalbo, México, 1988.

tes, que mucho he disfrutado, es *El lenguaje de la inmortalidad. Pompas fúnebres*,² colección casi infinita de casi todo lo relacionado con la muerte y sus diversas expresiones. Pero lo mejor de don Eulalio ha sido siempre (y sigue siendo) su maravillosa capacidad para hacer amigos, para establecer relaciones cordiales con todo el mundo, desde el más encumbrado hasta el más humilde, gracias a su caballerosidad, a su trato fino y respetuoso, a su gentileza de espíritu, a su atención y deferencia por el otro, y a su esencial dignidad. Entre las muchas satisfacciones personales derivadas de mi ingreso y presencia en la Academia Mexicana de la Lengua, el contacto con don Eulalio ha sido una de las más preciadas. Me complace reconocerlo y reiterarle mi admiración y devota amistad.

HOMENAJE A SILVIO ZAVALA

Arturo AZUELA

Me voy a dirigir a un ilustre historiador mexicano que ha sido profundamente respetuoso con los muertos: no les ha exigido cuentas, ni los ha regañado, ni mucho menos los ha puesto en el banquillo de los acusados. Es un historiador incisivo, de temas macrohistóricos y biografías heroicas, pero que jamás ha puesto sus “semejanzas y diferencias” al servicio de los amanuenses oficiales.

Lo recuerdo en el París del 61, una Ville Lumiere todavía en blanco y negro, de mucha pátina en recintos históricos, de los levantamientos en Argelia y un De Gaulle como dueño y señor de la República de Francia. Don Silvio era nuestro representante en la UNESCO, nuestro delegado permanente, exigente consigo mismo y con los demás, trabajador incansable y estudioso de los testimonios de nuestras primeras grandes figuras de la Nueva España: iba de los hechos de la Conquista a la utopía de To-

² México, FCE, 2003.

más Moro, de la defensa de los derechos del hombre a las egregias figuras de fray Bartolomé y fray Alonso de la Veracruz. De palabra medida, acento yucateco, no solo era un diplomático en el más estricto sentido, sino un humanista de sabiduría enciclopédica.

Había recibido el doctorado en derecho de la Universidad Central de Madrid en el nacimiento de la Segunda República; por casi 10 años había sido miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM y había fundado el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Nacido en Mérida el 7 de febrero de 1907, y como un historiador precoz, a menos de los 40 años ya había ingresado al Colegio Nacional.

Precisamente, al fin de sus trabajos en la UNESCO, regresó a presidir, como su tercer presidente, El Colegio de México, todavía en el recinto de las calles de Guanajuato. Ahí lo volví a ver en un par de ocasiones, acompañado por el maestro Arturo Arnáiz y Freg y el escritor y periodista José Alvarado. Hablaban de la Nueva España y del espíritu francés del XVIII, y de la filosofía política en la conquista de América. Recuerdo muy bien su ciclo de conferencias, en el Colegio Nacional, sobre las utopías de Vasco de Quiroga.

Al paso de los años, entre encuentros académicos y alguna reunión amistosa con don Agustín Yáñez, he admirado a un Silvio Zavala que siempre distingue la palabra justa y el juicio severo, la actitud comedida y el estímulo y admiración a la obra del amigo, y sobre todo en el difícil y proceloso camino de los avatares académicos. Jamás olvidaré su felicitación, de puño y letra, en 1985, cuando ingresé a esta nuestra Academia de la Lengua. Para redondear una gran satisfacción, me hablaba no solo de algún texto narrativo sino de mis puntos de vista sobre el Primitivo Colegio de San Nicolás y su fundador, amante de las artesanías, sobre todo de los instrumentos musicales contruidos en Paracho, uno de esos violines con los que infructuosamente me inicié en las virtudes diabólicas del gran Paganini. A cuestras con mis fracasos como atrilista de segunda, alguna vez hablamos de la ópera *Tata Vasco* de Manuel Bernal Jiménez y del Conservatorio de las Rosas de la antigua Valladolid.

Hablamos también de Ponciano Arriaga. En el estado de Michoacán tenía amistad con algunos de los Arriaga —mi segundo apellido—, muy especialmente con aquel Antonio que dirigió museos y editoriales. Alguna vez hablamos del organista jalisciense don Jesús Estrada, también amigo del autor de *Al filo del Agua*.

En El Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, al explicar sus contribuciones a la historia mexicana, ante testigos severos —Edmundo O Gorman, Juan Ortega y Medina, Carlos Bosch García, Ernesto de la Torre—, me detuve largo y tendido en su fray Alonso de la Veracruz, el primer humanista de la recién fundada Nueva España. Hice hincapié en que en esa historia —la que viene de aquellos sabios evangelizadores, los criollos humanistas del XVI y XVIII, nuestra Décima Musa, nuestro Sigüenza y Góngora, los sabios españoles del Real Colegio de Minas, los que estuvieron al lado de los héroes de la Independencia y la Reforma, hasta llegar a los exiliados republicanos, estos nuestros transterrados históricos del siglo XX— los historiadores del presente tienen una tarea larga y difícil, una lucha radicalmente en contra de los nostálgicos de imperios perdidos y defensores de leyendas oscuras sin un profundo andamiaje histórico. Y, precisamente, don Silvio Zavala representaba a uno de los historiadores que habían puesto ya los cimientos no solo en relación con hechos heroicos o traumas seculares, sino con sus raíces políticas, jurídicas y filosóficas.

Años después, en marzo de 1993, tuve la oportunidad en España de pertenecer a una de esas comisiones para seleccionar candidatos —en el renglón de las Ciencias Sociales— para el Premio Príncipe de Asturias. Un par de años antes, el Fondo de Cultura Económica lo había recibido en el área de la Comunicación. Al llegar la candidatura de don Silvio Zavala, expuse con mucho cuidado todos y cada uno de los puntos de mi defensa en torno a un candidato con todos los méritos y que no solo se distinguía a sí mismo, sino también distinguiría a la misma institución que otorga tan extraordinarios reconocimientos.

En cosa de un mes, al darse a conocer que don Silvio Zavala había obtenido el Premio, una vez más recibí su palabra escrita y, posteriormente, también su voz con la más fina cortesía de uno de los yucatecos más distinguidos del siglo xx.

Poco tiempo después, con motivo del medio siglo de *Al filo del agua* de Agustín Yáñez, precisamente Angeles Yáñez, hija de don Agustín, reunió a un grupo de amigos en casa de don Silvio Zavala para integrar el comité de tan importante celebración. Al final, después de hacer una lista de mesas redondas, cátedras y presentaciones de libros y conciertos, tuve oportunidad de hablar con don Silvio y, desde luego, lo felicité porque, en un par de años, cumpliría ni más ni menos que 90 años. Unos meses después, en agosto de ese 97, le dediqué un artículo a su medio siglo en El Colegio Nacional. Quedamos de reunirnos, de hablar de su España del 31 —el mismo de la República— y de su París del 68 y de sus últimas experiencias como embajador en el 75. Todavía hace una década, antes de verse imposibilitado de moverse, recluido en su casa de Montes Alpes, caminamos por las oficinas de Relaciones Exteriores, aunque ya ese mundo se le iba yendo, pues ya poco tenía que ver con la doctrina de don Genaro Estrada. También se perdía la legión y la gran clase de diplomáticos que él mismo, en muchísimos aspectos, había formado no solo en las aulas sino con su ejemplo y su palabra proverbial en el ancho campo de la historia de nuestra diplomacia.

Imagínense ustedes: ya estamos a un paso del 7 de febrero de 1909. Hace un par de meses ya festejamos a un ilustre oaxaqueño, y sin lugar a dudas, yo creo que ahora, ya le toca a Yucatán. Ejemplo de culturas antiguas, universales, lectores de la nada y del infinito, sabios con la mujer y dueños de la palabra más fina, la de múltiples sentidos, la que viene de otras palabras precolombinas y hace del idioma antiguo una orfebrería, una pieza de lujo en el presente. Si a esto le agregamos, tal es el caso de don Silvio, que también son especialistas en el espíritu francés del xviii, estudiosos y admiradores de José María Luis Mora, de los liberales de la Reforma, la plena universalidad ya es continente y contenido. Así pues,

nos apuntamos desde ahora para su centenario, ahora que cumple 30 años en la Academia Mexicana de la Lengua. Nos embarcaremos, una vez más, en sus insólitas aventuras por el campo inagotable de la historia.

LA HUELLA PERDURABLE DE ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

Adolfo CASTAÑÓN

I

Ernesto de la Torre Villar —una de las memorias vivas y activas del México contemporáneo— es historiador, bibliotecario, bibliófilo, editor, escritor, maestro, lector infatigable y amigo de los libros, de los que hacen o hicieron libros. Ha sido discípulo y seguidor de eminentes maestros, tanto en el campo de la historia como en los de la bibliografía, la historiografía, la bibliofilia y las artes asociadas al libro.

Si es cierto que para perdurar y renovarse el mito del libro y el del lector necesitan echar raíces en un suelo concreto y en un solar encuadrado en la historia, don Ernesto de la Torre Villar ha sabido hundir las raíces vigorosas de su inteligencia y de su sensibilidad en los mantos que, desde lo más profundo de su subsuelo, alimentan la cultura mexicana colonial y republicana. De un lado, ha sabido abordar esa historia accidentada pero no exenta de continuidad con una perspectiva ancha y generosa, crítica y reflexiva organizando, papel por papel, y documento por documento, la memoria múltiple de México, como si, al consagrarse al estudio de la historia social, política y cultural de las edades virreinal, independiente y republicana, estuviese animando la construcción y reconstrucción de ese conjunto de ciudades e instituciones jurídicas, políticas e imaginarias donde se cifran las vetas y las letras de la identidad nacional.

De las legendarias *Lecturas mexicanas* (1965, 1971) publicadas en cinco volúmenes a los imprescindibles y monumentales *Testimonios guadalupanos* (1982), pasando por obras como *La Constitución de Apatzingan y los creadores del Estado mexicano* (1965), la obra de don Ernesto de la Torre Villar ha ido configurando un verdadero y amplio “espejo de la conciencia nacional”, para frasear la feliz expresión con que Francisco de la Maza buscó definir el fenómeno del guadalupanismo mexicano en la historia. Por si todo eso fuera poco, don Ernesto de la Torre Villar ha sabido añadir al brazo fuerte de la historia y la historiografía otro miembro no menos robusto y desde luego complementario, el de la bibliografía y la bibliofilia que, como recuerdo, conciencia y esperanza, lo han acompañado hasta llevarlo a ser director de la Biblioteca Nacional durante más de 13 años, y a publicar obras relacionadas con la cultura del libro como pueden ser *Breve historia del libro en México* (1990) y *Elogio y defensa del libro* (1990).

Estas dos vocaciones, la de la historia y la de la bibliografía, como si fuesen dos aurículas de un mismo corazón, componen en el caso magistral de Ernesto de la Torre Villar una figura intelectual singularmente completa y cabal, no exenta nunca de elegancia, de precisa exactitud e incluso de cortesía vertebrada por una no tan oculta voluntad de caridad y solidaridad. Esta doble vocación se ha resuelto en un sistema de vasos comunicantes donde la savia de la historia y la historiografía impregna de sentido los documentos en que se relata y desgrana el humano —a veces demasiado humano— suceder. Así, en su obra la técnica y el arte de la bibliografía contribuyen a instaurar una arquitectura de los lugares y de los tiempos de la memoria. Por eso don Ernesto de la Torre Villar ha sido uno de esos constructores del sentido, uno de esos arqueólogos de la letra, que le ha sembrado a la memoria nacional naves y palacios donde antes solo había documentos dispersos, rocas a medio labrar, ruinas.

II

Don Ernesto de la Torre Villar nació en Tlatlauqui, Puebla, el 24 de abril de 1917 hace casi 90 años. Le tocó hacer sus primeros estudios en los años agitados de la guerra cristera. Antes de consagrarse a la historia y a las disciplinas de la bibliografía, el joven Ernesto de la Torre Villar estudió piano durante seis años, luego se interesó profundamente en la literatura y en la geología, ciencia de cuyo estudio desistió pero que la asocia a un alto poeta, el romántico alemán Novalis. Hizo estudios de letras españolas en la Facultad de Filosofía y Letras, donde tuvo como maestros a José Gorostiza, Julio Torri, Manuel Toussaint, que daba clases de historia del arte y era capaz de entusiasmar a sus alumnos con su voluntad de revivir el espíritu que había hecho posible el arte colonial. También ahí aprovechó las enseñanzas del poeta, erudito e historiador Rafael Heliodoro Valle, con quien tomó clases (sin desperdiciar una palabra) de Historia de América. Don Ernesto de la Torre Villar terminaría haciendo sus estudios formales en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde aprovecharía las enseñanzas de Gabriel García Rojas, Eduardo García Máynez, Vito Alessio Robles, Antonio Soto y Gama, Luis Recaséns Siches y Carlos Franco Sodi. Su tesis de licenciatura en derecho versó sobre las instituciones jurídicas de la Nueva España. Aunque trabajó litigando con Carlos Franco Sodi, entonces director de la Penitenciaría y luego procurador general de la República, la realidad cruda de la justicia en los tribunales de México no era completamente de su agrado y, en cuanto pudo, buscó alguna oportunidad que le permitiera llevar una existencia más afín con la vida de los claustros académicos. El Colegio de México, entonces recién fundado, estaba abriendo una carrera de historia y, de inmediato, el joven de la Torre se dio de alta como estudiante de la maestría de aquella primera brillante generación. Sus condiscípulos serían Luis González y González, Moisés González Navarro, Pablo y Henríque González Casanova y sus maestros Agustín Millares Carlo, Silvio Zavala, fundador del Centro de Estudios Históricos, Ramón Igle-

sia y doña Isabel Concepción Muedra, quien había sido discípula de los eminentes Claudio Sánchez Albornoz y Rafael Altamira. A la distancia fue también, por supuesto, discípulo de Alfonso Reyes, quien a la sazón encabezaba El Colegio de México. En esa insigne institución don Ernesto de la Torre pasó años formativos participando en diversos proyectos, como el volumen colectivo *Estudios de historiografía de la Nueva España* (1945), y el libro de *Homenaje a Silvio Zavala* (1955). Al concluir su maestría fue enviado con una beca a Francia a la renombrada Ecole de Hautes Etudes, la Escuela de Altos Estudios. De esa estancia para estudios resultarían dos libros de primera y fundamental importancia: *Las fuentes europeas para la historia de México*, obra publicada en 1952, y la *Correspondencia diplomática franco-mexicana*, publicada en 1957.

Siguiendo las huellas de don Francisco del Paso y Troncoso, como señaló don Miguel León-Portilla, al darle la bienvenida a esta Academia el 13 de marzo de 1970, donde sucedería a don Ángel María Garibay en la silla XXIX, don Ernesto emprende una tarea impecable y acuciosa de catalogación y anotación de documentos mexicanos alojados en Europa. En Francia, De la Torre Villar toma clases con Lucien Febvre, Marcel Bataillon, Robert Ricard, Ernest Labrousse —el historiador de la economía— y Pierre Renoir —el experto en historia internacional—. Además participa en la tertulia semanal del eminente Paul Rivet, a donde llegaban estudiosos de toda América hispana. Entre todos estos maestros de primera magnitud sobresale uno. El historiador Fernand Braudel. Junto con Pablo González Casanova, participa activamente en el seminario donde Braudel estaba cocinando su obra magna: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, publicado en francés en 1949 y traducido al español en 1953 por Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Roces y Vicente Simon. Tanto se involucran los dos jóvenes mexicanos en los trabajos del seminario —que repasaban la historia de la tecnología y se hacían preguntas sistemáticas sobre los costos de una expedición o sobre la historia familiar de los empresarios— que el historiador francés les agradece en el “Prefacio a la edición española” a sus dos seguidores mexicanos de

esa titánica obra —que sigue siendo un modelo de investigación multidisciplinaria e integral— que se hayan trasladado especialmente a París para escucharlo. A su regreso a México, don Ernesto de la Torre Villar se pone a transmitir a sus alumnos las herramientas del historiador que había adquirido en el ambiente riguroso de El Colegio de México y de la Escuela de Altos Estudios en París, Francia. El modesto pero esencial oficio de hacer fichas, tarjetas, de registrar libros y revistas, hacer cédulas, conformar y comentar bibliografías, listas y catálogos se transforma en sus manos hábiles en un arte mayor. Ernesto de la Torre Villar fue el primero en dar esa clase que él impartirá durante muchos años y que otros también darían. Esa preparación le permitió ser subdirector del Archivo General de la Nación (1945-1948), director del Archivo Histórico de la Secretaría de Hacienda (1951-1954) —donde seguramente coincidió con Jesús Castañón Rodríguez, mi padre, que nació el mismo año que él—, director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM (1965-1978). El conocimiento y la experiencia acumulados en ese curso los supo volcar en un libro de austero título que ha resultado clave en la historia de la enseñanza universitaria en México e Hispanoamérica: *Metodología de la investigación bibliográfica, archivística y documental*. Esta obra es indicativa de la generosidad y probidad intelectual de un maestro que está detrás de las ideas de sus discípulos, vive preocupado por acercar a los estudiantes e investigadores a los documentos mismos y, en fin, anda desvelado por despertar en el estudiante no solo el amor por la materia de su estudio, sino por poner entre sus manos las herramientas y la técnica para que él mismo se pueda responsabilizar de su vocación y eventualmente de las de sus discípulos. De la Torre Villar sabe que la hemenéutica debe estar respaldada por la heurística. En ese sentido, hay que subrayar que Ernesto de la Torre Villar es uno de los maestros y humanistas mexicanos del siglo xx —como Ángel María Garibay, Alfonso Reyes o Miguel León-Portilla— que literalmente han hecho escuela. Paralelo y complementario a este libro es la ya mencionada magna antología publicada en cinco volúmenes por Empresas Editoriales, el sello benemérito

fundado por don Rafael Giménez Siles, titulada *Lecturas históricas mexicanas* (1965 y 1971). La riqueza de esta colección estriba en la escrupulosa selección de los documentos provenientes de diversos libros y acervos, el fino y bien armado aparato de notas e introducciones que van situando cada documento en su hora y lugar. Estas dos obras, la *Metodología de la investigación* y las *Lecturas históricas mexicanas* son en sí mismas libros-escuela, obras que albergan una suerte de universidad portátil y transparente hasta qué punto don Ernesto de la Torre Villar es, por así decirlo, universitario hasta el más recóndito hueso. Don Ernesto es además autor de numerosas y ricas obras como son *El nacimiento entre los pueblos prehispánicos* (1944), *El triunfo de la república liberal* (1960), *La Constitución de Apatzingan y los creadores del Estado mexicano* (1965), *El triunfo de la República y el fin del Imperio* (2 tomos, 1967-1979), *Fray Pedro de Gante, maestro y civilizador de América* (1973), *Códice Mendocino* (1978), *La biografía en las letras históricas mexicanas* (1980), *Mexicanos ilustres* (1980), *La expansión hispanoamericana en Asia. Siglos XVI y XVII* (1980), *Los grabados de la "Historia antigua de México" de Francisco Javier Clavijero* (1980), *La doctrina cristiana en lengua castellana de fray Pedro de Gante* (1981), *Testimonios guadalupanos* (1982), *La Independencia mexicana* (1982), entre muchos otros opúsculos, ensayos y artículos, y de títulos paralelos de bibliografía como, los ya mencionados: *Breve historia del libro en México* (1987) e *Historia y defensa del Libro*. Hay que decir al curioso que en la obra histórica de Ernesto de la Torre hay un ir y venir entre la cuenta larga y entre la cuenta corta y la cuenta larga, entre la biografía —tomada de su discurso de ingreso— y la historia como proceso complejo y multidimensional.

Don Ernesto de la Torre Villar es uno de los contados estudiosos mexicanos capaces de dominar el conjunto de la historia de México en orden diacrónico y sincrónico. Ese dominio está sólidamente anclado en una conciencia de que la historia es, ante todo, historia de los papeles, de los logros y de los documentos y, antes, historia de los hombres y de sus pasiones. Por eso no es extraño que haya sido nombrado director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas y durante más de 10 años

director de la Biblioteca Nacional de la UNAM. Su contacto y familiaridad con las bibliotecas europeas lo llevó a valorar la riqueza de las colecciones mexicanas y, más allá, a tomar conciencia de la asombrosa riqueza intelectual de esa Nueva España, que era una nación de eruditos que leían, escribían y se expresaban en griego, latín, español, italiano, portugués y, por supuesto, en lenguas indígenas.

III

Recuerdo a don Ernesto de la Torre Villar demorándose en el fondo reservado de la Biblioteca Nacional o bien sentado en una mesa del depósito de su querido Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. También lo recuerdo llegando a las oficinas de la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica con pasos leves que se iban haciendo contundentes en la memoria profunda, a medida que comprendíamos que en esa silueta casi inglesa, invariablemente vestida de traje de *tweed*, en esa mirada alerta y bondadosa —como si siempre estuviese atenta a salvar del peligro al otro— estaba alojada y viva una de las mentes más limpias y penetrantes de México e Hispanomamérica, uno de los agentes transmisores más poderosos, incisivos y articulados entre los que sostienen el edificio de la cultura escrita en México. Como si hubiese sabido de memoria y practicado en el curso de su nonagenaria longevidad aquella idea renacentista de que un buen narrador es aquel que sabe crear un laberinto —un jardín— y un hilo eficaz para salir de él, Ernesto de la Torre Villar se ha dado a lo largo de los años a la tarea titánica pero cabalmente realizada de armar, tramo a tramo, y pared por pared, el muro de la memoria mexicana, el muro de la torre haciéndolo paralelamente habitable, cuando no memorable. Salta a la vista que una personalidad semejante tenía y tiene que ser reconocida como un agente didáctico agudo, un maestro de maestros, un abanderado o adelantado eficaz en el bosque de la memoria y entre las selvas de los archivos y de la profusa documentación —que él tanto y tan bien gobierna— y todo eso gracias no solo al

caudal de su erudición sino también a un profundo sentido humano, a una curiosidad infatigable y a una espontánea solidaridad. Se dice que un hombre es bueno como el pan. La figura singular de don Ernesto de la Torre Villar podría ser comparada con uno de esos panes excelsos que, en la Grecia arcaica de Píndaro y Homero, se ofrecían en las fiestas a Deméter, pan hecho de variados cereales nutrientes, *panspermia* con que los antiguos griegos acostumbraban elaborar muñecos o ídolos de harina recubierto de semilla, ofrenda solo reservada para los iniciados a las más altas festividades panegíricas.

Quienes hemos vivido la segunda mitad del siglo XX mexicano y los albores tibios pero turbulentos del siglo XXI, hemos disfrutado el lujo de convivir con un maestro excepcional y con una obra escrita rica e ingente, hecha de lecturas, relecturas, escrituras y transcripciones, como la que sin prisa pero sin pausa, sin precipitación y con tenacidad continua viene realizando este lúcido estudioso de la documentación mexicana, baluarte del humanismo, la crítica y la reforma del entendimiento nacional. Con sus dos apellidos que forman uno solo, Ernesto de la Torre Villar ha sabido restituir al aire de la conversación, dentro y fuera de la Universidad Nacional Autónoma de México, la idea de México y de sus letras, junto con su espejo: la idea y la memoria del libro. No es poca la herencia que nos toca cuidar y cultivar. Larga vida en la tierra y en la biblioteca deseamos a nuestro amigo y maestro, el escritor y lector Ernesto de la Torre Villar, todo él “buena cosecha”.

LA RAÍZ AMOROSA DE LA POESÍA DE ALÍ CHUMACERO

Jaime LABASTIDA

La amistad que me vincula al poeta Alí Chumacero tiene más de 45 años, aun cuando mi lectura de su poesía se remonte a fechas anteriores. Ini-

cio mi intervención con estas palabras, inútiles sin duda, porque aquí y ahora deseo hacer caso omiso de esos vínculos estrechos para centrarme solo en el examen de su poesía. Quiero que no me ciegue el cariño; que me sea posible hablar tan solo de su poesía; que pueda hacer abstracción de su persona; con otras palabras, quiero fingir que no sé nada de él; hacer como si no lo conociera y elevar algunas tesis sobre su poesía como si le perteneciera a un hombre por completo ajeno a mí y no al hombre entrañable que es para muchos de nosotros.

Tres breves libros forman la totalidad del espacio poético de Alí Chumacero. Pero esos tres libros, a pesar de su brevedad, son intensos como pocos en la poesía de lengua española. Si nos detenemos en los títulos de estos libros, surge una primera imagen, dura: *Páramo de sueños*, *Imágenes desterradas* y *Palabras en reposo* nos aproximan, todos ellos, a la desolación. *Páramo* es terreno yermo, raso, desabrigado, dice el DRAE. Por lo tanto, los sueños de Chumacero ocurren en terreno donde nada crece porque está desolado: esto corresponde al primer libro. Luego, las imágenes (suponemos que todas las imágenes, tanto plásticas como auditivas) han sido desterradas, es decir, carecen de tierra y su raíz está seca (hablo del título del segundo libro). Por último, las palabras del poeta habrán de quedar, y para siempre, en reposo, como indica el tercero de los títulos. Así pues, entre 1944, fecha en que se publica el primer libro, y 1956, en que aparece el último, corren 12 años: son los años fértiles de la creación, tras de los cuales sobreviene el silencio.

Un poema, denso sin duda alguna, acaso nos indique la clave para captar el sentido de la poesía de Alí Chumacero: “Poema de amorosa raíz” (pertenece a la segunda sección de *Páramo de sueños*, que recibe el nombre de “Amor entre ruinas”). El título y el sentido entero de ese poema nos dan la clave para interpretar la poesía de Chumacero porque, a mi juicio, la totalidad de su poesía posee una raíz amorosa. Añado que esa raíz amorosa, como sus sueños, no puede sin embargo crecer. El amor y los sueños fueron sembrados en páramo, en campo yermo, ya lo dije. Acudo a unos pocos versos de “A una flor inmersa”. Dicen: la flor

cae “sobre la losa del sepulcro”, cae sobre la mano y “cede a su suavidad de sábana mortuoria”; “deja una huella: pie que no se posa / y yeso que se apaga en el silencio”.

Por su parte, “Ola”, que junto con el poema anterior precede a la sección inicial del libro, “Páramo de sueños”, dice: “Hacia la arena tibia se desliza / la flor de las espumas fugitivas”. ¿Qué le sucede a esta ola? “Quiebra su forma, pierde su albedrío / y en un instante de candor o ala /... como ciega tormenta despeñada” se abandona “al cuerpo que la acosa... / y sabe cómo al fin la arena es tumba”. El mar empuja la ola hacia la arena, su propia tumba, “frontera temblorosa donde se abren / las flores fugitivas de la espuma / resueltas ya en silencio y lentitud”. Los dos poemas iniciales de *Páramo de sueños* parecen ser descriptivos en tanto que aluden a objetos externos; el referente del primero es una flor inmersa en el agua; el del segundo, una ola. Empero, en los dos está presente una subjetividad, una emotividad muy densa: son solo pretexto para que el poeta exprese su desolación. ¿Qué palabras son las más frecuentes en estos poemas? *Sombra, oscuridad, muerte, silencio, tumba*. Tras de esos dos poemas iniciales, se abre, en verdad, el páramo de los sueños. Todos los poemas de esta sección tienen una clara raíz amorosa.

El primero es “Vencidos”. Los amantes del poema son “mudos cadáveres precipitados”, que dicen: “morimos en nuestras propias manos” y “al mirar un espejo / hallamos dentro sombras silenciosas / o una paloma destrozada”. Estos amantes se hallan enamorados “del dolor de la carne” y son, “Igual que rosa o roca: / crueles cadáveres sin agonía”. El segundo poema se llama “Espejo de zozobra”. El poeta se mira “en un espejo / o en el fondo del agua”. Este Narciso ve cómo se acerca “su sombra, lenta e inclinada”. El poeta y su sombra: un doble sueño, una “palabra/ inserta en eco hasta llegar / a la primera orilla del silencio”; es decir: una palabra muda o inaudible, cuya “imagen se asoma alargando los brazos,/ buscando asir lo inasidero, / lo que dentro de mí resuena / como sombra apresada en las tinieblas / que quisiera hallar una luz / para poder nacer”. Por esto, se añade: “Estoy junto a la sombra que proyecta

mi sombra”: el poeta, este Narciso que se mira en el espejo, solo ve su sombra (ni siquiera alcanza a oír su voz). El sueño, entonces, “destroza el espejo” y, finalmente, “reclina su voz sobre la mía”. En este acto, el postrero, el poeta dice: “ya estoy frente a la muerte”. ¿De qué espejo se trata? Podría ser, desde luego, el espejo de azogue donde el poeta se mira. Pero el poeta va más allá: el espejo es un espejo de palabras donde halla su sombra y lo que ve Narciso de su rostro, en ese espejo de palabras, en el poema mismo, es el rostro de la muerte (de su muerte).

En otros poemas de esta sección, leemos versos como este: “navego en aguas de la muerte”. En otros, el poeta siente que su sangre está “en el hielo, / más fría que la estatua bajo el agua”. Las imágenes que se reiteran aluden a silencio, estatua, muerte, sombra, zozobra, angustia. En la piel, “un solo y único sollozo / germina lentamente... / con un silencio de cadáver insepulto / rodeado de lágrimas caídas”. Todos somos, entonces, “desolación o cruel recuerdo, / vacío que no encuentra... ni forma, / rumor desvanecido en un duro lamento de ataúdes”. Abandonemos el examen de la primera parte del libro, el páramo de los sueños. La segunda parte corresponde al “Amor entre ruinas”. Un preámbulo, pues; luego, sueños que se desarrollan en campo yermo; ahora, el amor.

¿Dónde crece el amor? Parece que naciera finalmente un rayo de luz, porque se dice: antes de que el mundo existiera, “ya éramos tú y yo”. El ritmo de los versos del “Poema de amorosa raíz” es de arte mayor; el poema tiene la estructura sáfico adónica: cuatro estrofas sujetas por los endecasílabos y los alejandrinos que terminan, siempre, en un heptasílabo. Pero no intento hacer el estudio técnico del poema, sino desentrañar su sentido. Advuértase: el amor crece, vive o muere entre las ruinas. ¿Acaso el amor mismo es una ruina más entre las ruinas? El tema del amor entre las ruinas reaparece bajo la forma de poema en el segundo libro de Chumacero. ¿Qué indica esto? Tal vez, ¿por qué no?, que el amor es, para el poeta, algo cercano a la desolación; algo que no puede ser totalmente realizado. Los poemas de Chumacero poseen una raíz amorosa; al propio tiempo, muestran la dolorosa realidad ante la que sucumbe

el poeta, digo, que el amor pleno es imposible. Anhela amar y ser amado y solo encuentra el páramo de los sueños o el amor entre las ruinas.

Lo diré con otras palabras: el poeta está transido por el deseo. Su deseo tiene dimensiones absolutas. Quiere un amor completo, busca en la mujer la realidad total pero halla solo desolación y ruinas, los sueños frustrados. Por eso, igual “Como el fúnebre aire desciende por las noches / sobre los árboles, irrumpes fiel, / devastadora y ciega”. Así, la mujer que llega fiel, todas las noches, a la soledad del hombre, semeja el aire fúnebre que desciende sobre los árboles. El aire fúnebre es, como la mujer, devastador y ciego: el aire fúnebre es, por lo tanto, a los árboles sobre los que desciende, lo mismo que la mujer al hombre ante el que irrumpe, “devastadora y ciega”. Finalmente, pues, la mujer estará “siempre rodeada de lágrimas y sombra”.

Vayamos, por último, a *Palabras en reposo*. El libro tiene dos secciones, que indican cuanto ya he dicho: soledad, angustia, frustración: la amorosa raíz está seca, en un páramo de sueños. La primera es “Búsqueda precaria” y en él se incluye uno de los poemas decisivos de la lírica mexicana de todos los tiempos, “Responso del peregrino”. Responso es, en la liturgia católica, la oración que acompaña al rezo por los difuntos. Peregrino es, por su parte, el extranjero, el que ha sido expulsado de su tierra natal y habita en tierra ajena: el peregrino es, en Roma, lo mismo que el *meteco* en Atenas. Un extranjero ha sido expulsado y eleva un responso por él mismo. El hombre está ya muerto: el difunto peregrina. ¿De qué tierra ha sido expulsado este peregrino? Del amor, de la mujer que ama. ¿Por qué está muerto? Porque ha cometido una falta, de tal manera grave, que es un difunto que eleva, para sí mismo, un responso. El peregrino pide piedad; desea ser perdonado y se confiesa, como en el ritual católico: “Yo, pecador, a orillas de tus ojos / miro nacer la tempestad”. Su confesión no va dirigida a ningún sacerdote. Confiesa su falta ante la mujer que ama. De ella espera el perdón, pero lo que mira en sus ojos es lo contrario: el nacimiento de la tempestad.

Esa mujer ha sido “elegida entre todas las mujeres”. Quiere decir que el peregrino es un peregrino de la carne: ha ido de una mujer a otra hasta elegir a una entre todas. Pero esta mujer, única y en verdad amada, ha sido traicionada por él. Su falta lo obliga a verse como un muerto: “sobre el aire dejas —le dice— la orla del perdón”. La llama, como a la virgen, María (y no importa si este sea su nombre verdadero). Lo que importa es que esta mujer, la mujer poética, la mujer literaria, se conduce en el poema como una mujer terrible que no otorga su perdón. Está en silencio: “Hablo y en la palabra permaneces. No turbo, si te invoco, / el tranquilo fluir de tu mirada”. Por esto, la mujer iracunda es la “Petrificada estrella, temerosa frente a la virgen tempestad”. Una estrella, pues, lejana, acaso, ¿por qué no?, ya inalcanzable: está hecha una piedra y de ella, de sus ojos, nace la tempestad. El último verso se hermana con el primero. El perdón no acude: nace la tempestad.

De tal manera es ominosa la falta que el poeta siente una amenaza terrible, que pende no solo sobre él sino también sobre sus hijos. Esta mujer iracunda pudiera transformarse, cegada por los celos, en Medea: “Aunque a cuchillo caigan nuestros hijos / e impávida del rostro baje a ellos / la furia del escarnio”, en su barro (el barro de la mujer) se ha prolongado su linaje. Por esto, una vez más, el poeta implora la piedad: “mientras mi lengua en su aflicción te nombra / la primogénita del alma”. A pesar de todo; pese a la ira incontrolable, el hombre ama a esa mujer, a la que llama “primogénita del alma”. Él está muerto, sin embargo: “con tu mano arrojarás la tierra, / *polvo eres* triunfal sobre el despojo ciego, / júbilo ni penumbra, mudo frente al amor”. Ya no podrá invocarla: “no podré / ni contemplar el duelo de tu rostro, / purísima y transida, arca, paloma, lápida y laurel”. ¿Ha pasado el diluvio? ¿Se anuncia un rayo de sol sobre las aguas? Aparecen el arca, la paloma, el laurel, ¿por qué la lápida? No se anuncia el perdón; la mujer está encerrada, dura, en el silencio: “nada responderás: solo tus ojos / reflejarán la tempestad”. La mujer, sin embargo, al no perdonar, quedará sola, gemirá de amargura cuando sienta que es la “cristiana sepultura de mi desolación”. Por último, el poeta reitera la

palabra sobre la que se desarrolla el poema: “en el desierto inmenso añorarás la tempestad”: la tempestad del alma, la ira, la ausencia de perdón.

En otro poema, se dice, finalmente, que la noche alza “el salmo del olvido” y “levanta la tempestad soberbia de la muerte”. No habrá jamás perdón, tan solo olvido: “Todo en silencio a la quietud navega” y el último verso del libro dice todo lo que el poeta quería, al fin, decir, antes de que sus palabras lleguen al reposo: “El huracán cesó y en torno de la estrella / recuerda en mí la soledad su nombre”. Gracias, Alí, por esta poesía, perfecta y densa.

DON GUSTAVO COUTTOLENC CORTÉS Y LA SONRISA DE UN SABIO

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Si el nombre lleva encerrado
al sujeto alguna vez,
es en el padre Gustavo,
que es doblemente “cortés”.

Así escribía el suscrito al elogiar, entre sus colegas levitas, a don Gustavo Couttolenc Cortés con ocasión de sus bodas de oro sacerdotales, hace 10 años, en 1997.

De ahí resulta que este mismo año de 2007, sus amigos celebraremos lo que el DRAE denomina sus bodas de diamante sacerdotales, sus 60 años levíticos.

Y bien. Resulta que, al lado del padre Gustavo, el Seminario Conciliar de México ha contado, durante más de medio siglo, con otro sacerdote que también descansa de sus horas de ministerio cultivando la poesía dentro del mismo aliento lírico. En fin de cuentas, la labor lírica es cosa

sacerdotal, como escribió el poeta sacro Jesús Guízar Villanueva. Se trata del padre Alfonso Castro Pallares, fallecido por cierto hace menos de un año, en agosto de 2006, cuando cumplía sus 85.

Don Alfonso, una de las glorias líricas de Morelia, nacido en 1921, creó unos 20 álbumes de poesía, en algunos de los cuales leemos versos de elevada fe y nitidez marmórea, como estos:

Este barro glorioso en que me muero
en horno de palomas fue formado;
limpio es canto de fuego atormentado,
es buena alfarería del alfarero.
(“Este barro glorioso”).

Empero, estaba escrito que entrara a la Academia de la Lengua su paisano michoacano y colega de toda la vida, don Gustavo Couttolenc, nacido en Uruapan el mismo año de 1921, y ungido sacerdote un año y medio después que él, el 20 de septiembre de 1947. Es un poeta de igual enjundia, y un hombre de fe aún más resplandeciente.

En su propia versión del mismo tópico del hombre frágil pero inmortal que entona don Alfonso, canta don Gustavo:

Hecho el cuerpo de arcilla deleznable,
a pesar de la nada de su nada,
seguirá para entonces envidiable
(“Aleluya”).

Los álbumes líricos de don Gustavo Couttolenc se titulan, entre otros, *26 Sonetos* (1982), *Acuario y acuarelas* (1986), *Trébol de angustias* (1987), *Viñedo sangriento* (1987), *Viento de la aurora* (1997) y *La fuerza de un paisaje* (1986).

Ha elaborado, además de tales álbumes líricos y de su amplio ensayo *Altos personajes de mi Alma Mater* (1995), los volúmenes que han sido en la UNAM sus tesis como licenciado en Letras Hispánicas, *Salmos y epigramas de Ernesto Cardenal* (1961), la de maestro en la misma área li-

teraria, *Federico Escobedo, traductor de Landívar* (1972), y como doctor en Letras Hispánicas, *La poesía existencial de Miguel Hernández* (1977).

Por cierto que este último libro ha sido la obra del doctor Couttolenc más admirada en nuestra Academia. Don Gustavo ha sido presentado aquí sobre todo como “el autor de un libro excepcional en torno a Miguel Hernández”.

Por todos sus laureles académicos, don Gustavo Couttolenc tuvo el cargo de director del Colegio de Bachilleres de Xochimilco durante cinco años, de 1967 a 1972. Además, es canónigo de la Catedral metropolitana de México desde 1986, y prelado honorario de su santidad.

Y podemos seguir comparando los alientos líricos de don Alfonso y de don Gustavo. Así leeremos que don Alfonso Castro cantó a la Doncella Nazarena:

Para decirte hermosa, digo Estrella,
para mirarte rubia digo Aurora.
Eres Ternura, si la luna llora.
Te digo Nube, porque blanca y bella
("Para decirte").

Y a su vez, don Gustavo cantó:

El Padre congregó todos los mares
en tres hermosas sílabas: MARÍA
("Confiada travesía").

Y es que don Gustavo sabe inspeccionar a su placer los cofres de los poetas que se han enriquecido al cantar a la naturaleza sin cendales. Así, Alfonso Castro cantaba en sus *Haikús de Nochebuena*:

Apacentaban
sus rebaños de nubes
en la montaña.

Y eran las risas
de los pastores, puños
de margaritas.

Por ello, Couttolenc canta a su vez sus propios haikús:

Ballena

¡Qué maravilla!
¡Palmeras y palmeras
de agua marina!

Pez sierra

A flor de labio
sus fieros dientes dictan
los epitafios.

Y hubo varios otros vates sacros que se unieron al coro de los poeta del perenne tópico de las rosas. Como un ejemplo, don Jerónimo Verduzco canta así:

¿Rosas tu tilma, rosas de otra rosa?
¿Para qué tantas rosas, si contigo
sobran, Madre, las rosas?
(“Rosa del Paraíso”).

Pues, a su vez, dichas rosas florecen así en don Gustavo:

A casa del obispo casi vuela
llevándole en la tilma los vergeles
y tu imagen morena se desvela.

Sucedieron entonces grandes cosas
y fueron de tu efigie los pinceles
las rosas y las rosas y las rosas
(“Tepeyac”).

Así que don Gustavo Couttolenc, que había dedicado su tesis doctoral a Miguel Hernández, recuerda versos tan polirrítmicos del vate de Orihuela como:

Lluviosos ojos que *lluviosamente*
 (“El silbo vulnerado”).

Y entonces don Gustavo, a su vez, dice.

Arcoíricamente luminosas
 blandiendo espinas para obviar querellas,
 feliz aliento nos darán las rosas
 (“Aniversario”).

Y así se sigue prodigando Couttolenc en poesías como “Una chispa”:

Más breve que en la playa las espumas
 perdura levemente y se consuma,
 más experta en las restas que en las sumas.

Así es como se desarrollaba un chispeante diálogo entre los dos poetas levíticos, Alfonso Castro y Gustavo Couttolenc. Don Gustavo se acuerda de la fiesta en que incitaba a don Alfonso a crear ese soneto inmortal que sea como el puente bajo el cual pase el río del tiempo. Y don Alfonso lo recordó varias veces y por varios decenios.

Acaso ese soneto imperecedero de don Alfonso sea aquel cuyo inicio ya citábamos arriba: “Este barro glorioso en que me muero / en horno de palomas fue formado”.

O acaso sea su soneto titulado *Liturgia* el que encierra el terceto que nos evoca a Heidegger:

Tengo, Señor, derecho a mi tristeza,
 tengo derecho a mi melancolía,
 mas no a andar desahuciado de belleza.

EL INGRESO DE DON GUSTAVO A LA ACADEMIA

Pues bien. Sucedió que al fallecer en 1997 Luis Astey, sucesor de don Octaviano Valdés en la silla XXXVI, el entonces director de la Academia, José Luis Martínez, me solicitó indicarle el nombre de un sacerdote poeta, “pero culto y pacifista”.

Porque don Alfonso merecía ser nombrado académico tanto como don Gustavo. Pero Alfonso Castro, tras leer el tomo *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* (1982), decidió defender vigorosamente a nuestra Décima Musa en su ensayo titulado *Los empeños de una casta* (1997).

Y resultó que, por ello, esos dos epítetos, “culto y pacifista”, le quedaban más a la medida al padre Gustavo que al padre Alfonso Castro.

Por esa actitud peculiarmente neutral de don José Luis, nuestra Academia se perdió la posibilidad de contar con la péñola genial de Alfonso Castro, cuya magna visión cósmica titulada *El inasible poema roto* (Tlalpan, Semaro, 2001), ya habíamos exaltado aquí mismo hace tres años en una conferencia que sumábamos a los respectivos ensayos del doctor Couttolenc sobre el tema.

Porque, cuando los admiradores del poeta Alfonso Castro, luego de tres intentos infructuosos en años anteriores para que se le eligiera académico de número, decidimos proponerlo al menos como miembro honorario, al igual que lo había sido Octavio Paz, ya era demasiado tarde. Don Alfonso, a sus 85 años, estaba agonizando.

Que viva en paz en el Paraíso de Dante, surcando el *Dolce color d'oriental zaffiro*, cantando aleluyas al lado de sor Juana, el mayor defensor de nuestra Décima Musa después de su tocayo Alfonso Méndez Plancarte, y el mejor amigo y colega de don Gustavo.

Pues bien. El sucesor de don Octaviano Valdés y de Luis Astey iba a ser el padre Couttolenc. ¿Y qué tal acabó encontrándose entre los académicos don Gustavo, porque, si bien es alado poeta, es aún más sabio teólogo?

Pues don Gustavo llegó a la Academia para sentirse muy pronto como pez en el agua. Su sonrisa apacible trasluce la bondad de su espíritu. Y pronto fue recibido solemnemente como académico de número, y fue agasajado con una cena en un salón anexo a la Catedral metropolitana.

Y allí un caballero académico describió así al nuevo colega: “¿Que quién es don Gustavo Couttolenc? Está claro. Es el más galán de los académicos”.

Se refería a las rubicundas mejillas y a la gallarda presencia del doctor Couttolenc. Estos dones destacaron aquel día en que él leía una de sus habituales conferencias anuales en nuestra sede, y dos elegantes damas académicas quedaron sentadas a uno y otro de sus lados durante toda su lectura, y ambas se afanaban para darle vuelta a sus páginas a todo su sabor.

Así entendió mejor don Gustavo la copla favorita de Cervantes:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera Don Quijote
cuando de su aldea vino.
Doncellas curaban de él;
princesas, del su rocino.

Podemos parodiar la estrofa de Cervantes, como él solía hacerlo:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera don Gustavo
cuando a la Academia vino.
Doncellas curaban de él;
princesas, de sus escritos.

Pero si don Gustavo fue calurosamente acogido entre los académicos, era también por su buen humor para contar anécdotas como las de don Luis María Martínez, el arzobispo de México que también fue miembro

de número, y que lo ungió sacerdote —según decíamos— hace 60 años, en 1947. Por cierto que también han sido obispos académicos nuestros los monseñores Pagaza, Montes de Oca, Ormaechea y Clemente de Jesús Murguía.

Recordemos una de esas anécdotas, que don Gustavo leyó en una sesión solemne de nuestra corporación. Habían invitado a monseñor Luis María Martínez para bendecir una gran planta automovilística. Llegó el arzobispo con un pequeño frasco de agua bendita. Quien lo había invitado se muestra extrañado:

—Son muchos automóviles por bendecir, y usted trae un frasco muy chiquito.

Y el arzobispo contesta travieso:

—No se preocupe. Me invitaron a bendecirlos, no a lavarlos.

Era proverbial el buen humor del arzobispo. Y también lo es el del padre Gustavo.

Recuerdo la vez en que este era presentador de una biografía del humanista Federico Escobedo, escrita por nuestro académico correspondiente en Puebla, don Sergio Fuentes. Don Gustavo fue leyendo su síntesis biográfica de Escobedo, traductor rítmico del magno poema neolatino *Rusticatio Mexicana*, creado por Rafael Landívar. Y, ya para terminar su alocución, refirió don Gustavo que Escobedo había compuesto 30 clásicos hexámetros neolatinos de su propia inspiración, que añadió como epílogo al poema de Landívar. Así se inician: *Inter aves pictas alia est quae obnubilat omnes*. Así vierte Couttolenc: “Entre las aves de color hay una que a todas anubla”. Quien aquí habla ya conocía ese célebre epílogo de Escobedo acerca del quetzal que parecía faltar al poema de Landívar referente a México y a su entonces provincia de Guatemala.

La explicación radica en que ya el vate Landívar había dejado escrito que solo incluía en su poema bucólico los paisajes y animales que había logrado ver personalmente, pero que él nunca había visto un quetzal. Por eso no lo describía.

El doctor Couttolenc había referido todo esto en su tesis de maestría en Letras Hispánicas referente a ese poema de Landívar y a esa versión de Escobedo. Y ya nos había obsequiado un ejemplar de esa tesis.

Nos imaginábamos que, en la presentación de la flamante biografía de Escobedo que don Gustavo realizaba, él nos leería su propia versión en hexámetros castellanos, donde muestra sus rasgos de originalidad, como traducir el pasaje *Sceptra tenens pulchri*, con la frase “teniendo señorío de belleza”.

Luego nos leería que otra frase latina, donde se lee: *Quo non praestantior alter*. Él la había vertido como “pájaro sin rival de hermosura”.

Y, sobre todo, donde Escobedo cantó en latín: *Caelumque simul viridi distinguit et auro*, Couttolenc no había dado una versión literal, que sería algo como: “Toca el cielo azul con verde y con oro”. En cambio, el doctor Couttolenc había vertido libremente: “Y su seno azul alcanza con flecha auriverde”.

¿Y qué es lo que sucede realmente en dicha sesión con el tan reiterado himno? Que don Gustavo busca entre sus papeles el himno al quetzal de Federico Escobedo vertido por Couttolenc mismo. Hojea. No lo encuentra. Sigue hojeando:

—Si yo traía aquí el fajo de hojas del quetzal.

Entonces su amigo don Sergio Fuentes, autor de la biografía allí presentada, le sonríe complaciente a don Gustavo, y le dice en voz baja:

—¿Se te escondió el quetzal?

Entonces don Gustavo se yergue, y acaba por comentar:

—¿Qué remedio? ¡Se me voló el quetzal!

En vez de preocuparse, don Gustavo había hecho que cundiera la hilaridad. El acontecimiento de esa noche no fue la esperada lectura del epílogo de Federico Escobedo a Rafael Landívar sobre el quetzal, sino la desaparición del quetzal mismo. Y su buen humor salvó la situación.

Pero el doctor Couttolenc posee sobre todo una alta categoría intelectual. Y su antorcha oratoria se remonta hasta la genialidad de José Vasconcelos.

Recuerdo la noche en que varios académicos velábamos, en 1992, al fallecido colega don Porfirio Martínez Peñaloza. El padre Gustavo acudió a officiar una liturgia en la capilla mortuoria de su paisano michoacano. En medio de la callada tristeza de familiares y amigos del fallecido, don Gustavo pronunció una oración fúnebre breve pero conmovedora. Yo lo he referido en un ciclo de coplas que dediqué al doctor Couttolenc en sus bodas de oro, hace 10 años:

La Academia a don Gustavo
aún no da un sitio de honor,
mas el día que Porfirio
Peñaloza el vuelo alzó,
el pleno de la Academia
en la capilla mortuoria
callado, a Couttolenc premia
por su llameante oratoria.
Mientras conmovida gente
solo musitar lograba,
don Gustavo, egregiamente,
la eternidad predicaba.

Cinco años después, esta Academia Mexicana de la Lengua le hacía plena justicia: tomaba posesión de la silla XXXVI don Gustavo Couttolenc Cortés, un sabio teólogo, un inspirado poeta y un gallardo caballero pero, más que nada, un apóstol pacifista.

Está en su sitio merecido en la Academia Mexicana de la Lengua.

COLOFÓN

Damos aquí otras estrofas de nuestras coplas tituladas

EL PADRE GUSTAVO, DOS VECES CORTÉS

La humanidad proverbial
con que a todo hermano trata,

su elevada caridad
con gentileza retrata.
Si el nombre lleva encerrado
al sujeto alguna vez,
es en el padre Gustavo,
que es doblemente “cortés”.
Y aun se corre noticia
de que más de un suspicaz
gracias al padre Gustavo
comienza a encontrar la paz.
Este levita lo sabe.
Gente hay a él indiferente,
pero que en la hora grave
lo busca afanosamente.

Algunos lo buscan como el apóstol que sabe consolar, y otros lo reconocemos además como el vate que ha escrito estrofas trascendentes.

Gustavo su fe eterniza
y yuxtaponiendo van,
Muerte sin fin, Gorostiza;
Vida sin fin, Couttolenc.

ELOGIO DE ENRIQUE CÁRDENAS DE LA PEÑA*

Ruy PÉREZ TAMAYO

El doctor Enrique Cárdenas de la Peña nació el 28 de febrero de 1920. Ha cumplido, pues, sus primeros 87 años de vida. Por solicitud mía, esta Academia Mexicana de la Lengua me ha concedido el honor de hacer su elogio en esta ceremonia en la que homenajeamos a nuestros colegas que ya han cumplido o rebasado los ocho decenios de existencia. La tradición sugiere que en ocasiones de este tipo, el orador mencione los

méritos sobresalientes, incluyendo desde luego la obra escrita, del homenajeado. Pero junto con esta grata tarea, recibí la atenta súplica de los organizadores que fuera breve, “no más de dos o tres cuartillas”, con objeto de no alargar demasiado la duración de la sesión. Esta es, desde luego, una Misión Imposible. Nada más la lista de las publicaciones de Enrique Cárdenas de la Peña ocupa más de dos o tres cuartillas (en su resumen curricular nos dice, misteriosamente, que ha publicado “más de 50 libros”), y la mera enumeración de los temas que ha tratado agrega una cuartilla más. Dice el refrán que de “médico, poeta y loco, todos tenemos un poco”, pero para el caso de Enrique el refrán se quedó corto, porque además ha sido y es prolijo historiador, viajero incansable, miembro de numerosas sociedades de historia, de ciencias y de humanidades (fundador de varias de ellas), experto en seguridad social, en marina, en institutos de salud, amante y conocedor de las bellas artes, del arte religioso, de España y de muchas otras cosas más. En vista de lo anterior, he decidido limitar mis comentarios a un solo aspecto de las actividades humanas, literarias y académicas de Enrique, que además es el que nos toca más de cerca en esta Academia Mexicana de la Lengua que hoy lo festeja. Me refiero a su ingreso como Miembro de Número hace justamente 10 años, su discurso de ingreso y sus trabajos como académico en ese lapso. Dejo para la celebración de sus segundos 80 años, en los que espero volver a tener el privilegio de elogiarlo, la enumeración y descripción de sus muchos otros méritos.

Enrique Cárdenas de la Peña fue elegido miembro de esta Academia el 9 de enero de 1997, para ocupar la silla número VI, y pronunció su discurso de ingreso el 15 de julio del mismo año, con el título: *Tríptico de Entrada*. Imposible mejorar la breve descripción de su propio texto que hace Enrique en su último libro, publicado en 2006, *Historia de la Academia Mexicana de la Lengua*”, en donde nos dice que en ese discurso:

el recipiendario entrega —de allí el título del escrito— su pensamiento, la imaginación y el sueño. Pensamiento ligado a la historia y a la medicina, imaginación porque en recreación mental vuelve a la infancia, y sueño en el

que se funden leyendas y sucedidos, aconteceres reales o fingidos. Ráfaga de sombras la del pensamiento al recorrido de seres queridos, familiares o maestros, amigos situados en el callejón del cariño, académicos de trato frecuente. El sillón vacante para recordar en trazo por demás breve y vacilante, la figura del antecesor en la silla VI concedida: el conspicuo Edmundo O’Gorman con sus andanzas historiadas que no pocas veces suscitan polémicas y controversias. Y el meollo del tema en la revisión de la poesía, con aciertos y desaciertos, reflexiones y crítica, juicios y advertencias, de Elías Nandino, el poeta médico coculense en su cuidadoso empeño de la revista *Estaciones*, etcétera.

Menuda tarea. Pero no distinta a las otras muchas que Enrique se ha echado auestas en su vida literaria y llevado a buen fin. El *Tríptico de Entrada* está dedicado “A mi padre, a mi hijo, a mi nieto: tres Enriques”, lo que junto con nuestro homenajeado establece una dinastía homónima de otra histórica europea, por cierto con menos méritos literarios que la nuestra de hoy. El *Tríptico* está escrito en la prosa más poética imaginable. Los recuerdos de sus maestros y amigos, esas “ráfagas de sombras”, como las llama, van precedidos por el siguiente párrafo:

Las sombras, aceptémoslo, danzan en derredor de cualesquiera de nosotros, devanándonos con intrepidez o mansedumbre. Desfiguradas por los años de abandono, delgadas o largas, chatas o encogidas, disueltas o esfuminadas, de cualquier manera circulan en nuestro espacio como demostración de un registro existencial. Hay sombras filtradas en el corredor del espíritu al filo del pardear de la tarde, otras esquineras —al voltear esquina— semiescondidas con tristeza o vergüenza como incógnita imprevista, las más despararradas por el piso sin límite preciso. Valederas, las sombras que traigo a colación resultan familiares, de maestros venerados, de amigos entrañables, de poetas a quienes tuve la fortuna de conocer, de historiadores que suscitan un común denominador, el de su liga con la Academia Mexicana de la Lengua. Sombras cambiantes, tímidas o presuntuosas, recortadas en el esbozo de la penumbra o realzadas al choque de la fuente lumínica contra el cuerpo que proyecta su contorno. A veces, espectros furtivos. Vagas estas sombras queridas y requeridas, reflejadas al margen de un cosquilleo instantáneo.

En la segunda parte de su *Tríptico*, Enrique se refiere a Edmundo O’Gorman, académico que ocupó la silla VI de nuestra corporación antes que él. Su elogio es, como corresponde, histórico, crítico, documentado y también, como era de esperarse, admirativo y generoso. Termina con el siguiente breve párrafo:

La vida y la obra de Edmundo O’Gorman, el historiador del sitio vacío que hoy magnánimamente me cede y concede la Academia Mexicana, con todos los defectos que tuvieren por humanas, sobre su rebeldía y su sentir polemista revelan un respeto íntimo, una honestidad sincera. Jorge Alberto Manrique nos revela que, para él, “la historia es vía por la cual un hombre de su tiempo, con toda la responsabilidad que el saberse hombre y el saberse circunstancial le da, propone su verdad”.

Pero es en la tercera parte de su tríptico que Enrique nos revela que, en realidad, él es mucho más poeta que médico o loco. Con el señuelo de pasearnos por la poesía de Elías Nandino, Enrique se transforma en nuestro Virgilio en un maravilloso repaso de su propio mundo poético. En los primeros párrafos de esta última parte de su discurso Enrique convoca a Calderón de la Barca, a Ezra Pound, a Octavio Paz, a José Gorostiza, a Miguel de Unamuno, a Ramón Xirau, a Salvador de la Cruz García y a Rainer María Rilke en su búsqueda de una definición de la poesía y el poeta, para terminar diciéndonos, con toda sencillez: “Elías Nandino es poeta, ni duda cabe. Porque, como él mismo lo dice, ‘inventa sueños para vivir’”. Sigue un extenso y cuidadoso análisis de la poesía de Nandino y de varios de sus amigos y contemporáneos, como Pellicer, Torres Bodet, Chumacero, Villaurrutia, Castro Leal y otros más. Pero a través de todo este rico estudio de la poesía mexicana de su tiempo y de nuestro tiempo, siempre entre líneas y sin pretensión alguna de compartir sus grandezas (a pesar de bien merecerlo), la rica prosa-poesía de Enrique brilla junto con lo atinado de sus juicios y de su admiración.

No puedo concluir sin mencionar la espléndida contribución, tanto literaria como histórica, que Enrique ha hecho a nuestra Academia y a

la cultura nacional, con su recién publicado libro *Historia de la Academia Mexicana de la Lengua II*. Con paciencia y dedicación realmente admirables, durante muchos meses Enrique examinó todos los documentos pertinentes en nuestros archivos y elaboró un texto de enorme valor académico e histórico, que servirá como el registro oficial de nuestra Academia en el lapso que cubre, de 1942 a 2000.

Querido Enrique: en nombre de todos y cada uno de los miembros de nuestra Academia Mexicana de la Lengua, y en especial del mío, propio y personal, me complace rendirte este sincero y afectuoso homenaje. Felicidades.

POESÍA Y ONTOLOGÍA EN RAMÓN XIRAU

Mauricio BEUCHOT

INTRODUCCIÓN

Uno de los motivos por los que más me interesó y me atrajo la filosofía de Ramón Xirau fue porque explícitamente vinculaba poesía y ontología. Es cierto que ha habido, a lo largo de la historia, muchos intentos de ello, a veces no tan conscientes. El de Xirau fue uno de los más conscientes y deliberados de realizar esa empresa. No fue únicamente su prosa tan legible y gustable lo que me fascinó, sino que, además, al saber que era él mismo un consumado poeta en lengua catalana, mi interés creció. Veía que practicaba lo que decía.

Curiosa pero significativamente, en nuestro ámbito mexicano, Xirau estuvo acompañado por otros dos filósofos españoles del destierro, es decir, de los llamados “transterrados” en este intento de conjuntar ontología y poesía. Y, así, son tres “transterrados” españoles del tiempo de la guerra civil española quienes han tratado de hacer esto, a saber, María

Zambrano, Juan David García Bacca y el propio Ramón Xirau. Ellos realizaron aquí, en nuestras tierras, intentos muy interesantes de llevar a cabo esta conexión tan vital y necesaria entre filosofía y poesía. Me concentraré en la de Xirau.

LA FILOSOFÍA POÉTICA DE RAMÓN XIRAU

Filósofo y poeta, Xirau ha dedicado muchos trabajos a la conjunción entre filosofía y poesía. También ha analizado poetas que tienen un alto contenido filosófico, metafísico y religioso. Esto se ve en su libro *Octavio Paz: el sentido de la palabra*,¹ *Mito y poesía*² y *Dos poetas y lo sagrado*.³ Pero sobre todo lo ha hecho en un libro pensado para ese propósito, cuyo nombre es *Poesía y conocimiento*.⁴

Conservo un ejemplar de *Poesía y conocimiento*, autografiado por Ramón, que guardo con mucho afecto, por dos cosas. No solamente es el libro en el que más expresamente Xirau defiende su tesis de que de la poesía podemos extraer un conocimiento que nos ayude para hacer filosofía, sino que fue el libro que más críticas le atrajo; no tanto en el mundo literario, como es de suponer, sino en el mundo filosófico. Parte del contenido de su libro lo presentó nuestro filósofo en un congreso de semiótica, a saber, el Coloquio internacional sobre poética, semiología y teoría de la significación, organizado por José Pascual Buxó y llevado a cabo en agosto de 1978 en la UNAM, en el cual yo participé. Hubo semióticos y lingüistas connotados, como Philippe Minguet, del célebre Grupo Mu de retórica, de la Universidad de Lieja; Teun A. Van Dijk, uno de los principales propulsores del análisis del discurso, y otros nacionales; pero los que recibieron con más críticas estas ideas de Ramón fueron los colocados más bien del lado de la filosofía, esto es, de la filosofía lingüís-

¹ México, Joaquín Mortiz, 1970.

² México, UNAM, 1964.

³ México, Joaquín Mortiz, 1980.

⁴ México, Joaquín Mortiz, 1978.

tica. Recuerdo que, para decir que la poesía daba conocimiento, se citó el famoso poema autobiográfico de Machado, que comienza: “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto claro donde madura el limonero”.⁵ Se expresó que el único conocimiento que podía darnos ese poema es del de que donde nació Machado había limones; pero no se entendió lo que Xirau quería sostener, esto es, que el conocimiento que da la poesía es profundo. Que lo dan incluso los poemas líricos, los cuales emergen desde la subjetividad, pero que, como ha insistido Gadamer, nos hablan a todos, nos encontramos reflejados en ellos como en un espejo, y con ello adquieren universalidad y objetividad.⁶ Claro que de una manera muy *sui generis*, pues no tienen la universalidad ni la objetividad de la ciencia. Poco logró Xirau que se le aceptara en esos debates, pero me parece que la historia le ha dado a él la razón. Todo parece indicar que ahora una de las ramas más nuevas y que están cobrando firmeza en la filosofía es precisamente la que se ha llamado filosofía de la literatura, y tiene muchos ámbitos, en uno de los cuales podría caber perfectamente lo propuesto por Xirau.

En la mencionada obra, *Poesía y conocimiento*, Xirau tiene un capítulo con ese título, un capítulo sobre Borges, otro sobre Lezama Lima y otro sobre Paz. Y termina con una Nota final que es interesantísima, porque recoge, como en conclusión y síntesis, lo que ha estudiado a lo largo de todo el libro. Me centraré, pues, en esa Nota final, que además lleva el sugerente título de “Concepto e imagen en y más allá del lenguaje”. En dicha nota hace todo un manifiesto que, sin embargo, pide que “no se vea... como una teoría”. Allí dice, en primer lugar, que la poesía es una función cognoscitiva. Es decir, si se entiende el conocer como intuir, eso se cumple en ella. Además, el conocer “significa también dirigirse a obtener una imagen del mundo, un cierto sentido de la vida, un conocer que, fundado en la emoción, es también una visión del universo y acaso una metafísica. El conocimiento poético, rítmico, amoroso, emotivo,

⁵ A. Machado, “Retrato”.

⁶ Cf. H. G. Gadamer, *Poema y diálogo*, Barcelona, Gedisa, 1993, pp. 51 ss.

conceptual está en las palabras; va también más allá de ellas”.⁷ Nótese que Xirau dice, dubitativamente, que la poesía es “*acaso* una metafísica”. Hace bien en dudar, porque no es una metafísica explícita; pero lo es de manera implícita, atemática, como eso que García Bacca llama “metafísica en flor”, todavía no elaborada en fruto, que es precisamente lo que hace la metafísica científica, ya no poética. Pero contiene metafísica en germen, no solo en semilla sino ya en flor, a partir de la cual puede elaborarse, abstraerse, destilarse.

En segundo lugar relativiza y minimiza la idea de que “el decir poético se distingue del decir filosófico en cuanto el primero es fundamentalmente imagen y el segundo es principalmente concepto”.⁸ Ha habido filósofos que usan imágenes y poetas sumamente conceptuales. No radica allí la distinción entre filosofía y poesía, sino en el porcentaje o grado de utilización de ambas cosas.

En tercer lugar, da un paso más, y dice: “la metáfora y la imagen dicen y a la vez sugieren algo indecible que sin embargo también, en parte, dicen”.⁹ Entiende la metáfora, en el sentido aristotélico de translación, como aquello que intenta decir lo indecible, dice aquello que el lenguaje común y el lenguaje lógico no alcanzan a decir. La poesía “es un lenguaje ante todo connotativo y no tanto denotativo aun cuando a veces —como en el caso de las descripciones imaginativas— parezca denotar”.¹⁰ Esto es capital. La poesía es preponderantemente connotativa y la filosofía es preponderantemente denotativa. Pero en su connotar, la poesía sugiere alguna denotación, y de manera semejante la filosofía, la ontología, en su mismo denotar tiene que alcanzar y dar alguna connotación. Da otro paso: “Los conceptos están hechos para definir. Posiblemente. Pero es muy frecuente que los filósofos, cuando tocan aquellas realidades últimas que no admiten palabras, empleen el concepto para ir más allá del concepto mismo”.¹¹

⁷ *Poesía y conocimiento*, p. 137.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ibidem*, pp. 137-138.

¹⁰ *Ibidem*, p. 139.

¹¹ *Ibidem*.

Tal hicieron Platón y Hegel, entre muchos otros. Es decir, también hay un aspecto de los conceptos que es connotativo, sugerente.

Y, en último lugar, cierra con una prudente cautela:

Sería torpe e inútil afirmar que filosofía y poesía sean una sola y misma cosa. La filosofía, sin duda, pretende probar; la poesía pretende mostrar. Mi tesis —la que espero se haya percibido a lo largo de este libro— es mucho más sencilla: la poesía y la filosofía pueden coincidir cuando remiten a aquellos problemas vitales que todo gran poeta y todo gran filósofo intentan descifrar. La filosofía es, también, creación poética; la poesía, cuando lo es de veras, no puede dejar de ser visión del mundo. En la filosofía como en la poesía está el hombre presente: del nacimiento a la muerte. En una y otra se conjugan los lenguajes: el de los conceptos, el del amor, el de la emoción —que no hay que pensar irracional—, el de la imagen. ¿Por qué? Acaso porque la filosofía —quiero decir, la metafísica— y la poesía son dos formas de una expresión más alta: la expresión religiosa.¹²

Hay en estas palabras de Xirau algo que yo he visto como una cifra suya que se repite incansablemente: el situarnos en el presente, el degustar —modestamente, con desapego— la presencia. Ante el rechazo actual de la metafísica de la presencia —rechazo gratuito, basado en alegorías y malas utilizaciones del concepto mismo—, se levanta esa recuperación de la metafísica de la presencia de un presente que desbastamos con pasado y con futuro, al que alude Paz, y al que el propio Xirau da un bello nombre: “sentido de la presencia”. Una presencia modesta, disminuida. Solo teniendo ese sentido de la presencia podremos tener una metafísica de la presencia, del presente, que no sea engañosa, a la que hubiera que agrandar, como hace Heidegger, hacia el futuro, con la metafísica del proyecto, o que habría que restringir, empobrecer, debilitar, como hace Vattimo, hacia el pasado, con una metafísica del monumento, de la conmemoración que se apaga. Nos da una metafísica de la presencia débil, exigua, pero suficiente.

¹² *Ibidem*, pp. 140-141.

Como vemos, no hay ninguna herejía filosófica en lo que propone Xirau, acerca de que la atención a la poesía ayuda al filósofo en su reflexión, incluso ontológica o metafísica. Esto viene desde la antigüedad, pues Aristóteles decía en su *Poética*, que la poesía era más filosófica que la historia, alegando que la historia versa sobre lo particular y la poesía sobre lo universal. Supo captar el estagirita, con su genialidad, que la poesía, aunque expresa cosas de la subjetividad y particularidad o individualidad del poeta, adquiere la capacidad de expresar lo que todo hombre siente. Es verdad que el poeta habla de su alegría o su tristeza individuales, pero nosotros encontramos reflejadas allí nuestras alegrías y nuestras tristezas; es como un fragmento en el que resplandece el todo. Es un universal atípico, diferente, pero universal, al fin y al cabo, sobre todo el buen poema, en el cual se produce un estremecimiento, como chispa que contactamos, que nos habla a todos, que nos significa. Que tiene, en fin, la capacidad o la habilidad tal vez de manifestar el fondo ontológico en el que todos participamos.

CONCLUSIÓN

Sin embargo, hemos visto que Xirau nos previene de que no se debe confundir la metafísica u ontología con la poesía. Debe enseñárseles a tocarse, pero sin fusionarse. De esta manera cada una conservará su especificidad y su autonomía. También nos enseña que la poesía surge de las capas existenciales más hondas, de la propia angustia existencial, y que si se desea una metafísica viva, esta tiene que atender a esa riqueza de la poesía. Además, Xirau señala que tanto la poesía como la metafísica nos hablan del origen, del fondo misterioso de las cosas; y añade la razón de ello, a saber, porque son expresión de algo todavía más alto, que es la mística.

Así, Xirau nos enseña a buscar lo esencial del hombre en medio de las tribulaciones de la época; la imagen del hombre, ya que lo que importa es una ontología conectada con el ser humano, una especie de ontología

de la persona, parecida a la ontología fundamental del ser-ahí que buscó Heidegger. Nos deja una lección de filosofía, ya que hemos solido hacer una filosofía, sobre todo metafísica u ontología, poco significativa para el hombre, que no le dice nada, y tenemos que empezar a construir una que le diga algo, que le resulte significativa, que le hable del sentido del existir. Solo así brindaremos al ser humano, sobre todo al hombre de nuestro tiempo, algo lo suficientemente clarividente como para que encuentre lo esencial en medio de los cambios y aun de los azares accidentales de la existencia. Esa es una forma práctica y viva de hacer metafísica u ontología, desde la poesía, como lo enseñó Antonio Machado, poeta al que Ramón Xirau se sintió tan cercano y tuvo tan presente.

ERNESTO DE LA PEÑA

Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA

Fue un muchacho inquieto, travieso, saltarín diría yo. Siempre atrevido, yendo del árabe al chino, al sánscrito, a cualquiera de los idiomas raros, en busca del más allá. Inquieto entre las lenguas, como si lo logrado tuviese un nunca más.

Vivió frente al jardín de Tacubaya, con sus padres Juan de la Peña y Rogelia Muñoz; también su hermana Lourdes; ahí habitaban además las parientas de José Vasconcelos, hasta que obtuvo el tutelaje del doctor Francisco C. Canale, prestigiado médico de aquel entonces —debemos tomar en consideración que nace el 21 de noviembre de 1922 en el Distrito Federal— y que se dedica especialmente al estudio de la Biblia y a la carrera de la lingüística y la literatura; Letras Clásicas, pudiéramos decir. Hay quien dice que conoce cerca de 30 idiomas. Y entre ellos desde luego conoce el griego y el latín hasta formar parte del cuerpo de traducto-

res de lenguas clásicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, aprobando sus cursos con calificaciones de excelencia.

En el Monte Sinaí tomó cursos de lengua hebrea. Ha sido traductor oficial en la Secretaría de Relaciones Exteriores y en la de Hacienda y Crédito Público; también en el Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal y en el Tribunal Fiscal de la Federación. Actúa en el noticiero del Canal 2 y es director del Centro de Humanidades y Ciencias de la Fundación Telmex. Y así sucesivamente. Es colaborador de la Enciclopedia Dantesca, único mexicano que ha recibido tal honor.

En 1988, entre otras cosas, escribe *Las estratagemas de Dios*, recibe el premio Xavier Villaurrutia, y en la actualidad es miembro del Consejo Consultivo del Archivo General de la Nación y de la Fundación Televisa. Obtuvo el Premio Nacional de Ciencias y Artes 2003 en el campo de la Lingüística y la Literatura.

En la Academia Mexicana de la Lengua fue propuesto por don Manuel Alcalá, don Tarsicio Herrera Zapién y don Guido Gómez de Silva. Electo el 14 de enero de 1993, ocupa desde entonces la silla XI (6), antes de don Salvador Azuela; Ernesto lee su discurso de ingreso el 18 de junio de 1993 y le responde don Manuel Alcalá.

No terminaríamos de repasar todos cuantos méritos ocupa Ernesto. Bienvenido sea.

RUY PÉREZ TAMAYO, UN RENACENTISTA DE NUEVO CUÑO

Diego VALADÉS

La oriundez académica de Ruy Pérez Tamayo corresponde a la Universidad Nacional Autónoma de México; completó su formación en otras

también prestigiosas instituciones mexicanas y extranjeras. Su trabajo académico tiene dos grandes vertientes: como investigador y como formador de otros científicos. Hasta ahora, la profundidad de su huella consta en una producción abrumadora: 17 libros científicos y dos más en prensa, 44 volúmenes de carácter general (historia, crítica, educación, bioética, literatura), 64 capítulos en obras especializadas y 136 artículos arbitrados. Ese conjunto abarca publicaciones nacionales e internacionales.

A manera de reconocimiento por esa prolífica y admirable labor ha merecido, entre muchos más, el Premio Nacional de Ciencias (1974), el Premio “Elías Sourasky”, (2005), el Premio Universidad Nacional (2006), y numerosos doctorados *honoris causa*, como los conferidos por las universidades de Colima, Puebla y Yucatán. Es Investigador Nacional Emérito del Sistema Nacional de Investigadores; Investigador Nacional de Excelencia; maestro Emérito de la UNAM; también es miembro de número de 43 sociedades científicas en México y en el extranjero, y miembro honorario de otras 12.

Entre el más de un millar de artículos de divulgación, al lado de los temas científicos, figuran los alusivos a las instituciones de educación superior y de investigación, y los de crítica musical y literaria, que corroboran su infatigable vocación creativa y pesquisidora.

Su laureada monografía *Principios de patología*, que el próximo año cumplirá medio siglo de haber aparecido, fue trasladada al inglés en 1961. De inmediato se convirtió en la llave que le abrió las puertas de la docencia en Harvard.

Don Ruy es el privilegio del que todos nos beneficiamos. Solo tenemos que escucharlo, o leerlo, o, como hoy, verlo aquí, enhiesto, digno, elegante, cálido, haciendo de su grandeza un alarde de sencillez. Desde 2001 es director adjunto de esta Academia Mexicana de la Lengua, que hoy le ofrece un homenaje de admiración, respeto y amistad.

Hace 20 años la Academia recibió jubilosa a un científico de excepcionales dotes literarias. Los asistentes presenciaron uno de los más elocuentes diálogos entre las dos culturas: el humanista poeta recibió al

humanista científico. Carlos Montemayor dio la bienvenida, en palabras tuyas que hago mías, a “uno de los grandes maestros con que México ha logrado avanzar en su cultura”. Antes, el nuevo académico había sustentado, con sobradas referencias bibliográficas, que en México la ciencia no recibía aún el aprecio merecido por su dimensión. Tenía razón, y temo que no haya dejado de tenerla por completo, aún hoy.

Si la respuesta a su discurso de ingreso estuvo a cargo de un poeta, y este homenaje de la Academia ha sido encomendado a un abogado, hay una razón: Ruy Pérez Tamayo es un ejemplo de versatilidad, y sus ideas podrían ser examinadas también por un pedagogo, por un artista, por un historiador o por un filólogo. En el mundo clásico, nos dice Mauricio Beuchot, Pitágoras optó por decirse filósofo para no llamarse sabio; hoy, para no ofender la modestia de don Ruy, digámosle lo mismo: filósofo. Lo es, en el más puro sentido clásico, porque además de sus estudios sobre la ciencia, su obra abarca un extenso panorama del conocimiento.

Las páginas históricas del doctor Pérez Tamayo son imprescindibles si se quiere tener una perspectiva completa de la cultura mexicana. Él nos muestra, por ejemplo, que la historia de la medicina no es una crónica de las terapias, ni un relato triunfal de la vida, ni una suma de hallazgos científicos, deliberados o fortuitos. La historia de la medicina, en la pluma diestra de Ruy Pérez Tamayo, es la domesticación de la naturaleza humana; es, con la venia de Croce, una hazaña de la inteligencia, de la constancia y de la imaginación, realizada a expensas del esfuerzo de mujeres y de hombres entregados al generoso afán de curar el dolor ajeno. Esta es la lección de las páginas que nos llevan *De la magia primitiva a la medicina moderna*, páginas redactadas en una prosa tersa y precisa que nos permite una doble lectura: la historia íntima de los sistemas curativos, los fecundos resultados de la curiosidad científica y el entorno donde son perceptibles los efectos de la superstición y de la intolerancia. La tensión entre el saber y el poder fue, y es todavía, una de las constantes de la ciencia y de la política.

El autor subraya también los puntos de contacto entre la medicina y el arte, como ocurrió con el progreso de la anatomía. Al trabajo de los científicos medievales, en este caso con el consentimiento papal, siguió el de los artistas: Durero, Mantegna, Miguel Ángel, Rafael, Verrochio y, sobre todos, Leonardo (*De la magia primitiva a la medicina moderna*, p. 82).

Pero, como Jano, la medicina tiene dos rostros, y Ruy Pérez Tamayo los pone ante nosotros con igual maestría: en *Iatrogenia* reunió a un grupo excepcional de científicos mexicanos que nos dejan ver los efectos del error o de la ignorancia en perjuicio del enfermo. En el ensayo introductorio, nuestro autor traza un panorama magistral, certero y duro, aplicable a buena parte de las decisiones concernidas con el acontecer humano:

Muchas veces, para alcanzar las metas terapéuticas, el médico tiene que hacer daño, y lo hace a conciencia, esperando que, en última instancia, el resultado de la suma algebraica de iatrogenia negativa más iatrogenia positiva sea benéfico para su paciente (*Iatrogenia*, p. 7).

Esa, más que una fórmula clínica, es un axioma de la teoría de las decisiones que podría enunciarse así: toda solución tiene un costo; la sabiduría consiste en elegir un remedio menos oneroso que el bien procurado.

Otros trabajos de Ruy Pérez Tamayo tocan las fibras íntimas de la cultura contemporánea nacional. En su *Historia general de la ciencia en México en el siglo XX* desfilan los nombres que han prestigiado el quehacer científico, y ahonda en las circunstancias adversas que debieron vencer. En el tiempo que media entre el primer congreso científico mexicano, celebrado en 1912, y la actualidad, bien podría hablarse de “la cruzada científica mexicana”: muchos de nuestros científicos son figuras internacionales; muchas de nuestras instituciones tienen calidad también internacional, pero el apoyo oficial, el privado y aun el social, siguen siendo insuficientes. Ruy Pérez Tamayo muestra que la ciencia mexicana solo ha recibido impulsos significativos de manera ocasional, casi circunstan-

cial, y que carecemos de un proyecto ascendente, sostenido y firme. Él, y otros eminentes protagonistas de la ciencia, conocen y proponen los remedios, pero no ha estado en sus manos superar los fenómenos de la iatrogenia política.

El país cuenta con un elenco muy apreciable de científicos de alto nivel, forjados en el ejemplo de hombres como nuestro homenajeado; pero la nación todavía no convierte a la ciencia en una pieza central de su bagaje cultural. Aunque soy abogado, no buscaré culpables para esta omisión; a veces los mexicanos somos más proclives a buscar responsables que a procurar soluciones. Pero como no está en nuestras manos remediar el pasado, tanto da si la falla procede del Estado o de las inercias colectivas. Si acaso, el diagnóstico debe servir solo para cambiar el pronóstico.

El caudal analítico del doctor Pérez Tamayo se extiende a otras áreas. Una, medular, es la ética, aplicada en especial al ámbito de la biología. En 1991 dictó una serie de conferencias sobre *Ciencia, ética y sociedad*, que contienen una rica veta para quienes trabajan filosofía de la ciencia. Sus numerosas lecciones son aprovechables también en lo que llamamos ciencias sociales. La sociedad tiene una estructura tan proteica como la naturaleza. Por eso habría que ver si es posible la traslación de algunos de sus conceptos a un dominio del conocimiento diferente al que nuestro autor aborda. Las reglas del trabajo científico que enuncia son seis: no decir mentiras, no ocultar verdades, no apartarse de la realidad, cultivar la consistencia interna (no incurrir en contradicciones), no rebasar el conocimiento (no extrapolar la información a lo desconocido), y “los hechos también se equivocan” (verificar, una y otra vez, la certidumbre de lo observado) (*Ciencia, ética y sociedad*, pp. 49-51). A partir de esas reglas, su concepto de ciencia dice así:

La ciencia es una actividad humana creativa cuyo objetivo es la comprensión de la naturaleza y cuyo producto es el conocimiento obtenido por medio de un método científico organizado en forma deductiva y que aspira a alcanzar el mayor consenso (p. 29).

Repárese en esa alusión al consenso, que en otra de sus obras (*¿Existe el método científico?*, p. 271) reitera al decir: “No cabe duda de que lo que cuenta como conocimiento científico es lo que ha alcanzado consenso en la comunidad de la ciencia”.

Pero vayamos al concepto general. Si sustituyéramos la voz *naturaleza* por *sociedad*, o más aún, si adicionáramos una y otra, y si aplicáramos las seis reglas del trabajo científico enunciadas por don Ruy a la investigación sobre temas sociales, ¿estaríamos adoptado un concepto aceptable para la gama de disciplinas que agrupamos en el rubro de ciencias sociales? Sería cómodo expresar una opinión afirmativa, pero la simplicidad aparente de remplazar o adicionar un vocablo entraña mover factores mucho más complejos.

En otro de sus ensayos (*Acerca de Minerva*, p. 138), bajo el sugerente epígrafe de “Aladino y Frankenstein”, Ruy Pérez Tamayo precisa que las tres propiedades del conocimiento científico son estas: no es absoluto, sino tentativo y perfectible; está basado en la observación, más que en procesos de raciocinio o de aplicación de reglas generales dictadas por el arbitrio de las personas, y permite hacer predicciones. Aquí encontramos que, en el ámbito social, la identificación de ciertas regularidades económicas, políticas o jurídicas, por ejemplo, no permite formular predicciones que tengan un valor superior al señalamiento de tendencias verosímiles, sujetas a ser declaradas verdaderas solo cuando ya forman parte de un registro histórico. Aun así, hay generación sistemática de conocimiento, por lo que un día tendremos que retomar este tema para auspiciar un nuevo capítulo del diálogo de las ciencias. Quizá, en paráfrasis de otro de nuestros académicos, Miguel León-Portilla, convendría promover un “Encuentro de las dos culturas”.

En esta órbita de estudios que podríamos llamar biculturales hay una joya imprescindible para el experto y para el lego. En *¿Existe el método científico?* Ruy Pérez Tamayo ofrece una exposición suprema de su erudición histórica, filosófica y científica. No es un trabajo enciclopédico en el sentido de recoger y ordenar, de la antigüedad acá, las ideas sobre

el método científico; es un formidable acopio de información, sí, pero también de ideas propias; sobre todo de esto último. A riesgo de distorsionarlo por la brevedad (una excusa muy personal) podría decirse que uno de sus postulados medulares consiste en asociar el conocimiento con el entorno en el que se produce: “porque desde tiempo inmemorial la ciencia también ha dependido, para definir sus áreas de trabajo y para enjuiciar sus resultados, de su contacto con la realidad” (*¿Existe el método científico*, pp. 274-275).

También deseo subrayar que cuando Ruy Pérez Tamayo, con Rubén Lisker y Ricardo Tapia, nos ofrecen *La construcción de la bioética*, donde son abordados asuntos como el aborto, la clonación, el asesoramiento genético, el trasplante de órganos y la eutanasia; o cuando, al lado de Arnoldo Kraus, nos regala un muy completo *Diccionario incompleto de bioética*, el sabio mexicano nos permite inferir una profunda lección ética. Leyéndolo se fortalece la convicción de salir del claroscuro que escinde la realidad entre luces y sombras, para permitir que coexistan, sin calificativos ni exclusiones, formas de libertad que no prescriben ni proscriben decisiones concernidas con el fuero íntimo de las personas. Por eso la bioética, en su pluma, es solo un asunto humano, porque, como sintetiza en unas líneas, “los mandatos sobrenaturales no son asunto de discusión. Si uno cree en ellos, los obedece sin discutir; si uno no cree en ellos, nada hay que discutir” (*Ciencia, ética y sociedad*, p. 124).

La prosa de Ruy Pérez Tamayo tiene un aspecto inconfundible: elegante, amena, y con el toque intimista que le imprime el uso de la primera persona. Cuando nos habla, lo hace de tal manera que parece ir construyendo sus ideas justo frente a nosotros. La combinación de profesor, científico y escritor se asocia con otro elenco de virtudes: cultura, sencillez, humor. Al escucharlo sabemos que estamos ante un erudito, pero no utiliza sus conocimientos para apabullarnos sino para ilustrarnos y hacernos reflexionar; nunca la arrogancia, siempre el tono amable, es lo característico de su palabra dicha o escrita.

Sería muy pretencioso intentar un esbozo completo de la obra de Ruy Pérez Tamayo. Queda para otra ocasión hablar de *Serendipia*, *Tríptico* y *Sísifo y Penélope*, tres cumbres ensayísticas que reclamarían un simposio. La suya es una obra frondosa en extensión y en ideas que merece un cuidadoso análisis. Traza el panorama general de su pensamiento es un trabajo por hacer, a reserva de que en los años por venir lo siga enriqueciendo con los frutos siempre renovados de su inteligencia.

Hay una vertiente de los escritos de Ruy Pérez Tamayo que llama en especial la atención: además de sus trabajos científicos, existen numerosas páginas autobiográficas y testimoniales que fascinan por su encanto narrativo. Puede decirse que esta faceta de su creación combina la crónica, colorida; el análisis, con expresiones enfáticas de compromiso social; la visión introspectiva y la percepción psicológica. Igual cuando se refiere a Esperancita y a la señora Chuy o a Wences, que cuando relata su encuentro con sus alumnos más aventajados, como Carlos Larralde y Roberto Kretschmer, o al aludir a sus maestros mexicanos, como Castellanos Quinto y su violinista (en un episodio memorable), o a su encuentro con Paul Klemperer, y cuando describe a sus colegas de la Junta de Gobierno de la UNAM, de El Colegio Nacional, de esta Academia, o del Club de Berlín, de la pluma de Ruy Pérez Tamayo surge el retrato íntimo de los personajes. El patólogo también usa el bisturí de la mirada con los vivos (y con los no tan vivos), y los disecciona.

Entre sus páginas más emotivas está el recuerdo de una figura llamativa: Benjamín Horning, científico, buscador de jóvenes científicos merecedores de la beca Kellog. Si don Ruy lo tiene como un ejemplo, es porque ha seguido su escuela de magnanimidad sin ostentación (*La Segunda Vuelta*, p. 66).

En nuestra cultura doméstica no hemos alentado el estudio de nuestras figuras más allá de algunos iconos del arte y de la literatura; pero incluso en estos ámbitos todavía son notables las omisiones. Los sociólogos de la cultura no me han explicado de manera satisfactoria el por qué de la indiferencia ambiental ante las poderosas aportaciones de nuestros

compatriotas. En otras latitudes, a un pensador del calibre de Pérez Tamayo ya le habrían dedicado varias monografías. Esta Academia, como El Colegio Nacional, al que también pertenece, tienen programas editoriales para sus miembros; quizá podría sugerirse que otras instituciones académicas conviertan en objeto de estudio a los estudiosos mexicanos. Son muchas las tesis rutinarias que hacemos en nuestros centros de enseñanza superior, y muchas más en las que solo funcionamos como cultura de espejo. La xenofobia es una patología, pero la autofobia no es una virtud.

En Ruy Pérez Tamayo encontramos al científico, al humanista y al esteta, que muestra la estructura trinitaria del hombre clásico. Tal vez esa sea la constante de todos los grandes intelectos en cualquier etapa de la historia, pero el caso es que hoy no tenemos que hurgar en el pasado para ver que entre nosotros está una de esas personalidades que solemos identificar como símbolo de una época.

A veces se hace el ejercicio, entre lúdico y nostálgico, de preguntar a qué figura le habría gustado a uno haber tratado, y en esa fantasía evocatoria las personas se trasladan en el tiempo para encontrarse con sus paradigmas. En lo que a nosotros toca, nos podemos considerar afortunados porque no tenemos que forzar la imaginación ni remontarnos al pretérito; nos basta con la realidad: el paradigma está aquí, lo compartimos todos.

HOMENAJE A JOSÉ LUIS MARTÍNEZ, DIRECTOR HONORARIO PERPETUO*

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ,
CURADOR DE LA LITERATURA MEXICANA

Gonzalo CELORIO

Adolfo Castañón ha dicho que José Luis Martínez es el *curador* de las letras mexicanas. Tal palabra, que se aplica a quien tiene bajo su cuidado ciertos bienes y es utilizada frecuentemente en la jerga museográfica para designar a la persona que selecciona, clasifica y ordena las obras que habrán de exponerse al público, no podía ser más acertada si de definir a tan ilustre filólogo se trata. Nuestro director honorario perpetuo ha dedicado su larga y fecunda vida a estudiar con disciplina, con rigor y sin tregua la literatura nacional y nos la ha venido presentando en el transcurso de los años esclarecida y debidamente organizada. En su incesante labor filológica, ha descubierto valiosos documentos históricos y literarios y rescatado textos olvidados o proscritos; ha hecho la edición, el prólogo y las notas de infinidad de obras y publicado ediciones facsimilares de las más importantes revistas literarias mexicanas; ha reunido en utilísimas antologías ensayos, crónicas y poemas de nuestros escritores más relevantes y ordenado la correspondencia epistolar de varios de ellos; ha estudiado con impecable objetividad a los personajes más controvertidos de la historia patria e iluminado etapas asaz complejas y polémicas de nuestra identidad nacional; ha ubicado las letras mexicanas en el

* Homenaje celebrado en la sesión pública solemne del 25 de enero de 2007 en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes.

contexto de la literatura hispanoamericana y descrito el arduo proceso de su emancipación con respecto a España después de su independencia política... A través de sus estudios monográficos, de sus ediciones críticas, de sus compilaciones, José Luis Martínez ha venido configurando, en suma, una historia de la literatura mexicana, que va, como su imponente biblioteca particular, de los tiempos prehispánicos a nuestros días, pasando por la época virreinal y por los siglos XIX y XX de su vida republicana.

Ciertamente, la mirada de José Luis Martínez ha abracado todas las etapas de nuestra historia literaria. Ha escrito con rigor la biografía de Nezahualcōyotl, desnudándola del ropaje legendario que la cubría, y ha reunido y estudiado la obra poética del príncipe texcocano. Ha ponderado las figuras de Motecuhzoma y Cuauhtémoc, últimos emperadores aztecas. Ha rescatado numerosos documentos cortesianos, y con base en ellos ha elaborado la biografía más equilibrada del conquistador, sin incurrir en los extremos de la apología acrítica o la detracción lapidaria que movieron las plumas, en sus tiempos, de López de Gómara y Bartolomé de Las Casas, respectivamente, y, en los nuestros, de Salvador de Madariaga y Eulalia Guzmán. Ha estudiado la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, el *Códice florentino* y la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de Bernardino de Sahagún. Ha dado cuenta de los viajes trasatlánticos que se realizaron en el siglo XVI. Ha reflexionado sobre nuestros escritores barrocos del siglo XVII y sobre nuestros pensadores ilustrados del XVIII. Ha reseñado pormenorizadamente las polémicas literarias y lingüísticas en que se debatieron, en México, Francisco Pimentel e Ignacio Manuel Altamirano a propósito del problema de la emancipación cultural de los flamantes países hispanoamericanos y las ha vinculado con las que protagonizaron, en Santiago de Chile, el venezolano Andrés Bello y el argentino Domingo Faustino Sarmiento. Ha hecho la edición, amorosa y crítica a un tiempo, de las obras de Ramón López Velarde, el más provinciano y el más cosmopolita de nuestros poetas, el más arraigado y el más volátil, el más atávico y el más moderno. Ha iluminado zonas oscuras de la literatura mexicana del

siglo XIX. Ha hecho, con la colaboración de Emmanuel Carballo y en consonancia con su condición de cronista de la ciudad de México —que no ha prescrito aunque tal función se haya vuelto colegiada de un tiempo a esta parte—, una antología de textos dedicados a la ciudad de México, que comprende desde las descripciones líricas del paisaje lacustre de los aztecas hasta la *Tercera Tenochtitlan* de Eduardo Lizalde. Ha editado, para proseguir la labor iniciada por el propio don Alfonso y continuada por Ernesto Mejía Sánchez, los últimos cinco volúmenes de las *Obras completas* de Reyes, ha elaborado una guía para navegar por su vastísima obra y se ha empeñado en publicar, con el concurso de otros notables investigadores, el diario personal del ilustre polígrafo regiomontano, como sacó a la luz, en 1986, la nutrida correspondencia de este con su maestro Pedro Henríquez Ureña. Como resultado de estas y de otras tantas obras suyas que sería prolijo enumerar, podemos saber con mayor certidumbre de la esencia, la singularidad, las constantes y la evolución de nuestra literatura.

No se crea que la pasión crítica —como denominó Octavio Paz el estudio fervoroso y estricto de la literatura— que ha ejercido José Luis Martínez a lo largo de su vida se circunscribe a la historia de las letras nacionales. Don José Luis también ha sido y sigue siendo un lector atento de la producción literaria del momento y con frecuencia nos sorprende con su comentario justo sobre el artículo, el poema o la novela que se acaba de publicar. Como Jano, mira al pasado más remoto pero también al porvenir, y de la misma manera que estudia las etapas pretéritas de nuestra literatura, lee con interés los textos de los escritores noveles publicados en las revistas literarias de hoy, que colecciona con la misma acuciosidad hemerográfica con la que se hizo de todos los números de *México Moderno*, *El Maestro* o *Contemporáneos*. Si bien es cierto que su campo de estudio es la literatura mexicana, también lo es que su curiosidad no conoce fronteras: ha incursionado en la literatura hispanoamericana y señalado sus rasgos de unidad y de diversidad; ha estudiado la tradición literaria española peninsular y las literaturas europeas y posee un vasto conocimiento de la cultura universal. Movido por su deseo de elevar el

nivel educativo de nuestro país y para dar continuidad a la célebre serie *Lecturas Clásicas para Niños* que editó José Vasconcelos en 1924, acometió, en los años setentas, la gran empresa de recopilar en seis volúmenes los textos más ilustrativos y accesibles del mundo antiguo: Mesopotamia, Egipto, India, los hebreos, China, Grecia, Irán-Persia, Roma, los árabes, Japón y la América prehispánica. Sus intereses académicos se posan también en otras disciplinas además de la historia y la literatura. Basta, como ejemplo, ver el lugar privilegiado que en su enorme biblioteca ocupan la cartografía o los libros de botánica, a los que es tan aficionado.

En el prólogo a la *Correspondencia (1907-1914)* entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, José Luis Martínez destaca el papel magisterial que el ilustre dominicano desempeñó en la formación literaria del joven regiomontano entre sus 16 y sus 23 años de edad. Gracias al rigor implacable del maestro, solo contrarrestado por su estimulante generosidad, el discípulo fue adquiriendo paulatinamente las cualidades de la exactitud expresiva y de la contención emocional que habrán de caracterizar su obra. “El vagabundeo mental y los desahogos sentimentales de las primeras cartas de Reyes —dice Martínez— se van disciplinando, a fuerza de precisión y objetividad el primero, y de pudor varonil los últimos”. Pues bien, estas cualidades que Alfonso Reyes alcanzó bajo la estricta tutela intelectual de Pedro Henríquez Ureña son las mismas que José Luis Martínez ha obtenido al contacto permanente con la obra de Alfonso Reyes, que no solo ha estudiado amplia y profundamente, sino también ha editado y difundido. En efecto, los estudios de José Luis Martínez, cualesquiera que sean su índole y su propósito, se caracterizan por su precisión discursiva, por su objetividad, por su rigor y, sobre todo, por su meridiana claridad. Paso a paso, parágrafo a parágrafo, capítulo a capítulo (a los que, por breves que sean, siempre bautiza) José Luis Martínez nos va guiando, con limpidez didáctica, por los sinuosos caminos de nuestra historia literaria. Es un maestro.

Pedro Henríquez Ureña incita a Alfonso Reyes a estudiar con disciplina para llegar a saberlo todo, como después Reyes incitará a sus discí-

pulos. En el prólogo a *El deslinde* dice que a los jóvenes “no queda otro remedio que confesarles: lo primero es conocerlo todo y por ahí se comienza”. Pero también lo impulsa a vivir la vida. Dice José Luis Martínez: “su amigo y preceptor imperioso, Henríquez Ureña, lo empujaba sin reposo ni piedad para sus propensiones sentimentales y sus ocasionales disipaciones, a estudiar más, a saber más, a corregir y pulir cuanto escribía, a desconfiar de su facilidad, a endurecerse, a encontrar tiempo para estar en la calle y en la vida y saberlo todo al mismo tiempo”. José Luis Martínez ha heredado también este precepto. A sus tareas de investigación, realizadas de manera absolutamente autónoma, sin el amparo de instituciones académicas, y debidas solo a su tesón personal, a su firme voluntad y a su insobornable disciplina, hay que sumar muchas otras que lo han vinculado a la vida cultural de México de la misma manera que a Reyes, allende las paredes de su capilla alfonsina, lo alimentaron sus responsabilidades institucionales en la Casa de España en México, el Fondo de Cultura Económica, la Academia Mexicana de la Lengua y las misiones diplomáticas en España, Argentina y Brasil. José Luis Martínez ha sido funcionario o consejero de diversas instituciones mexicanas de alta importancia para el desarrollo cultural de nuestro país: el Centro Mexicano de Escritores, El Colegio Nacional, El Colegio de México, la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, los Talleres Gráficos de la Nación, el Consejo de la Crónica de la Ciudad de México. Fue director general del Instituto Nacional de Bellas Artes de 1965 a 1970, cronista de la ciudad de México de 1975 a 1986, director general del Fondo de Cultura Económica de 1976 a 1982 y director de la Academia Mexicana de la Lengua de 1980 a 2002. Fue embajador de México en Perú, en Grecia y ante la UNESCO. Pero lo más importante es que ha vivido la vida, como Alfonso Reyes, con curiosidad, con entrega y con delectación. José Luis Martínez ha sido un caminante incansable y un gran conversador peripatético. Un bibliófilo perseverante que no cesa en su empeño de tener las mejores ediciones de la literatura mexicana y que ama y disfruta, además del contenido de los libros, la elegancia de la tipografía, la textura del

papel, la calidad de la encuadernación, la belleza de las guardas, la pulcritud de los colofones y la amplitud de las cajas y los medianiles. Un editor que no se ha limitado a seleccionar con buen juicio, entre los cientos de manuscritos que han llegado a sus manos, aquellos que merecen la gracia de la publicación, sino que ha detectado las oquedades bibliográficas que padece nuestra historia literaria y ha procedido a subsanarlas con ediciones pertinentes. Un escritor nocturno, que trabaja en el sosiego imperturbable de la noche, duerme de mañana y descabeza una siesta por la tarde, siempre acompañado de una revista, que bien puede ser frívola porque su pasión hemerográfica es ecuménica. Un comensal gozoso, como el Alfonso Reyes de *Memorias de cocina y bodega*, capaz de recorrer cuadras y cuadras de la ciudad de Guadalajara para comer la mejor birria de Jalisco y de despacharse en el restaurante El Mirador de Monterrey, de cena, un atropellado (carne seca guisada), un cabrito en salsa y un generoso plato de frijoles charros. Me consta.

La presencia de José Luis Martínez en la vida cultural del país ha sido constante y es absolutamente necesaria. Su opinión siempre atinada y cuidada en los múltiples comités editoriales de los que ha formado parte, sus aportaciones a los órganos colegiados de los que ha sido miembro, su gestión en las instituciones que ha encabezado han contribuido enormemente a preservar y enriquecer la cultura nacional. José Luis Martínez ha sido una presencia viva que nos respalda y nos da seguridad y confianza. Es nuestro aval, nuestra garantía y nuestra referencia. En noviembre pasado, asistió, en silla de ruedas, al homenaje nacional que en este mismo Palacio de Bellas Artes se le rindió a Andrés Henestrosa para celebrar su cumpleaños número cien. No hace dos semanas lo vi en la presentación de un libro de Eduardo Matos en el auditorio del Museo del Templo Mayor, deseoso de conocer los nuevos hallazgos arqueológicos de la Casa de las Ajaracas. Hoy está aquí, con nosotros, recibiendo el reconocimiento y la gratitud de la Academia. Cada una de estas apariciones recientes, que han burlado el quebrantamiento de su salud, es una muestra clara de otras tantas cualidades de José Luis Martínez, cultivadas a lo largo de los

años: su solidaridad con el amigo y compañero, su inmarcesible curiosidad por la historia de México y su amor por la Academia Mexicana de la Lengua, que dirigió durante 22 años con probidad y entrega y a la que le ha dedicado sus mejores afanes para beneficio de todos nosotros que, sabiéndonos impares, nos enorgullecemos de pasar como sus pares.

IMPERIO Y PERSONA DE JOSÉ LUIS MARTÍNEZ (RECUERDOS DE UN APRENDIZAJE)

Adolfo CASTAÑÓN

I

Las seis sílabas del nombre de José Luis Martínez (nacido en Atoyac, Jalisco, en 1918) nos son tan familiares como el nombre de un lugar. Cuando me empecé a enfilar hacia el bosque de las letras, llegó a mis manos el libro de color verde que en 1955 Octavio Paz y Carlos Fuentes le publicaron a José Luis Martínez, en aquella malograda Colección Obregón que editaba la Antigua Librería Robredo, dirigida por José y Rafael Porrúa Turanzas. El libro resultó ser un breviario ejemplar de crítica y de criterios, de tareas, cuestiones y problemas literarios, y estaba escrito con sencillez y limpieza expositiva. Es el manual de un arquitecto o de un urbanista que ve la ciudad literaria desde arriba y le va tomando fotografías aéreas a sus barrios para, desde ahí, reconstruir mejor su traza y trazo originales. La obra curiosamente fue castigada por el propio José Luis Martínez, quien no la considera en la bibliografía que de sí mismo incluyó en *La literatura mexicana del siglo xx* (1995),¹ publicada en coautoría con Christopher Domínguez.

¹ José Luis Martínez y Christopher Domínguez, *La literatura mexicana del siglo xx*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, 283 pp.

*Problemas literarios*² puede ser leído también como una agenda o un manual de crítica literaria y de filología, y hasta tiene una parte final que recoge los ecos de una polémica producida por un artículo suyo sobre la “situación de la literatura mexicana contemporánea”.

El libro cayó en las manos del adolescente que fui en buena hora. Y lo leí y releí prácticamente como si fuese un manual de autoayuda para el joven aspirante a crítico literario. Años más tarde, cuando entré a la Facultad de Filosofía y Letras, en el curso de Teoría Literaria de Huberto Batis, este nos dio a leer *La teoría literaria* de René Wellek y Robert Warren, y comprobé que los criterios y cautelas enunciados por José Luis Martínez que aquí produjeron escándalo eran compartidos “universalmente”, o sea por estos profesores norteamericanos. Así pues, para calcar una expresión francesa, ya traía yo desde joven “la pulga en la oreja” a propósito de don José Luis Martínez, y cada que me encontraba un libro suyo o donde él hubiese colaborado, me detenía a leerlo y examinarlo. Mis pasos me llevaron pronto a volver a tropezar con su nombre.

Tenía que desarrollar un proyecto, una *Historia de la crítica literaria en México* para el Seminario de Cultura Nacional del INAH, situado en un edificio anexo al Castillo de Chapultepec. La dirección del Centro de Estudios Históricos la llevaba Enrique Florescano, y el seminario estaba dirigido por Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco. José Luis Martínez, como se sabe, trabajó mucho durante los años cincuenta y sesenta en la historia y la literatura mexicana del siglo XIX: Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez, Manuel Payno, Orozco y Berra, Zarco, Luis de la Rosa, los caracteres y parámetros de una literatura nacional fueron objeto de sus estudios y lecturas y, de hecho, el título de su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, dictado en 1960, versa sobre “La naturaleza y carácter de la literatura mexicana” —un tema que hoy puede parecerles poco atractivo a los lectores desinteresados o más bien despistados— del proceso de formación regional de las literaturas

² José Luis Martínez, *Problemas literarios*, México, Gráfica Panamericana, Colección Literaria Obregón, dirigida por Octavio Paz y Carlos Fuentes, 3, 1955, 228 pp.

continentales. José Luis Martínez acababa de publicar en 1976, en la *Historia general* de El Colegio de México, el extenso y compendioso ensayo “México en busca de su expresión (1810-1910)” que yo titulo para mis adentros *La literatura mexicana en una nuez*.

En ese interés por el pensamiento de los escritores mexicanos del siglo XIX, José Luis Martínez no estaba solo. Daniel Cosío Villegas, Luis González y González, Clementina Díaz y de Ovando, Moisés González Navarro, Josefina Vázquez, Andrés Henestrosa, José Fuentes Mares, para dar santo y seña de otros escritores contemporáneos, han compartido este interés apasionado por las letras mexicanas de ese periodo.

En 1979, regresé como hijo pródigo al Fondo de Cultura Económica, después de aquella breve aventura como aprendiz de investigador y como uno de los redactores fundadores de la revista *Nexos*. Don Jaime García Terrés —querido subdirector y luego director— me abrió las puertas de la editorial donde trabajaría más de 20 años.

El director era el “imprescindible” —la expresión es de Octavio Paz— José Luis Martínez, a quien yo no conocía personalmente pero que, como ya dije, no me era, por su obra, para nada desconocido. Tenía presente su *Netzahualcóyotl* (1972), su edición de las *Obras* de Ramón López Velarde de 1971, y revisada y mejorada en 1979, y en 1991, y sus libros sobre literatura mexicana de los siglos XIX y XX. Don José Luis me mandó llamar para conocerme y para encargarme una tarea que era como una prueba iniciática: preparar una introducción didáctica al Códice Borgia, del cual la editorial tenía planeado hacer una edición popular. Cuando me mandó llamar, ya sabía por Felipe Garrido —ya entonces mi amigo y gerente de producción— qué me iba a encargar, de modo que me apuré a preparar algunas notas para guiar la conversación. Iba a encontrarme con el legendario discípulo y colaborador de Alfonso Reyes (con quien había participado en la redacción del panorama literario para *México y su Cultura* con la parte dedicada al siglo XIX), con el amigo y entrevistador de Xavier Villaurrutia, el fundador de *Tierra Nueva*, junto con Alí Chumacero, Jorge González Durán y Leopoldo Zea; con el contertulio

“divino” de los amigos mencionados y de Joaquín Díez-Canedo y Jaime García Terrés; con el amigo de Octavio G. Barrera y Octavio Paz, Juan Rulfo y Juan José Arreola; me iba a encontrar con el señor que le abría su casa los domingos al dios de la conversión, y donde se podían saludar José Alvarado y Max Aub, José Gorostiza y Jaime Torres Bodet, con el juez de jueces librescos, el bibliófilo, bibliómano y bibliotecario dueño de un famoso e imponente acervo que ahora debe rondar los 80 000 ejemplares y cuyo precio puede valuarse ahora en varios millones de dólares. Hacía unos meses me había permitido escribir en un panorama sobre la crítica literaria en México unas páginas sobre don José Luis Martínez y sobre su obra antológica en seis volúmenes, *El mundo antiguo*. No sabía yo qué podía pensar él de mis páginas obviamente admirativas. Para mi sorpresa, aquel hombre reservado y de grandes ojos abiertos —como los de Acteón, al que la diosa Diana transformó en venado cuando él la sorprendió bañándose— me recibió amablemente, “con esa cortesía suya que es tan grande como su saber”, como dice Octavio Paz, más de condiscípulo y amigo que de jefe. Pero se dice que José Luis Martínez es uno de los últimos caciques de la literatura mexicana, es decir uno de los pocos hombres capaces de reunir autoridad literaria y política. No lo movía la pasión política sino un cierto estoicismo o, como dice Max Aub en sus *Nuevos diarios inéditos (1939-1970)*, en un aporte de abril de 1969, a propósito de su amigo José Luis Martínez, él actuaba o dejaba de actuar: “Por mexicanismo, sí: las cosas son así, aceptémoslas. Intentemos hacerlo mejor”.³

En esa mañana de 1979 él iba vestido de traje gris oxford, impecable camisa y corbata oscura. Tenía cara de hombre bueno, de niño bueno. Tuvo a bien agradecerme las páginas que había escrito sobre esa verdadera biblioteca de Alejandría que es la antología *El mundo antiguo*, donde la poesía, la leyenda, la historia, la arqueología y la antropología ensamblan, como en un museo de la memoria, la Antigüedad clásica, las antigüeda-

³ Max Aub, *Nuevos diarios inéditos (1939-1972)*, Madrid, Renacimiento, 2003. La fecha de la cita es 22 de abril de 1969, p. 436.

des de medio y extremo Oriente, así como las Antigüedades y mundos primitivos americanos *at large*. Esta obra, *El mundo antiguo*, nació como una prolongación de las Lecturas Clásicas para Niños que José Vasconcelos publicó en 1925. Pero José Luis Martínez supo imprimirle al encargo una variedad de registros, acentos, resúmenes, notas y accesorios editoriales que hacen de ella una digna réplica de la Encyclopédie de la Pleiade, dirigida por Raymond Queneau y que, por supuesto, tiene don José Luis en su casa-biblioteca. El recuerdo de *El mundo antiguo* impone de paso el registro de la actividad diplomática de Martínez en Perú (1961-1972) y en Grecia (1971-1974). Y aquí otra anécdota personal: durante los años de 1973 y 1974, el joven Castañón hizo un viaje de un año por Europa y Medio Oriente, viajando de aventón y durmiendo donde podía. En cada país visitado iba a la embajada de México a leer la prensa y sobre todo la prensa cultural: el suplemento de *Siempre!*, la *Revista de la Universidad*. En Grecia, siendo embajador don José Luis, me llevé un chasco cuando una secretaria me informó que el embajador Martínez se llevaba todos los periódicos y revistas culturales a la residencia para revisarlos personalmente.

Pero, vuelvo a aquella mañana memorable de 1979. Don José Luis me interrogó sobre mi formación. Al despedirme, dijo: “Enséñame tus manos”. Con sorpresa yo le extendí mis palmas, dedos y metacarpios. Desde niño, yo me había dado al ansioso deporte caníbal de comerme las uñas y de arrancarme eufóricamente los padrastrós circundantes. Don José Luis me dijo que si yo quería ser escritor y tener que ver con los libros, me tenía que cuidar más y sentarme a la mesa de trabajo con las manos limpias, “como quien va a a comer”. Estos consejos no dejaron de impresionar al joven *hippie* insolente y profético. No olvidé el buen sentido de don José Luis cuyos labios se hacían eco del “alfabeto, pan y jabón” de Unamuno y Alfonso Reyes. Y, cuando cada semana o cada 15 días me mandaba llamar para ver cómo iba el trabajo sobre el “libro pintado”, conocido como *Códice Borgia*, yo ya sabía que tenía que cuidar dos frentes: el de la limpia exposición sobre el calendario augural y la astrología judiciaria prehispánica y el otro...

En el amplio despacho de madera de la dirección del Fondo de Cultura, reinaba en la época de don José Luis una disciplinada geometría de libros y revistas dispuestos en las mesas. Por aquella época, don José Luis Martínez acababa de concluir la edición del volumen I de la correspondencia sostenida entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, que va de 1907-1914. Dicho “epistolario íntimo” había sido publicado en la República Dominicana por Juan Jacobo de Lara en una edición descuidada y plagada —esa es la palabra— de errores y descuidos de transcripción, además de carecer completamente de notas e información complementaria. Don José Luis Martínez salvó de la muerte editorial y del olvido aquellas cartas. Como si estuviese obedeciendo un juramento hipocrático —recuérdese que sus primeros estudios lo llevaron a la medicina—, don José Luis limpió y depuró el texto, y le devolvió la vida con su rico y comprehensivo prólogo, su cronología y sus notas. Este oficio del editor-filólogo como *resucitador* de textos, ha hecho de don José Luis Martínez una suerte de nigromante en el panteón de la literatura mexicana. El tema general de ese epistolario —cuya segunda parte queda pendiente de editar— viene muy a cuento en esta ocasión: es el de la amistad y el de la educación estética —para recordar a Schiller, el amigo de Goethe— que en forma recíproca y activa intercambiaron y se impartieron esos jóvenes, que tan en serio se tomaron a sí mismos, llamados Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. El epistolario de estos dos autores es admirable pero la posibilidad de esa admiración se la debemos a este discreto y laborioso trabajador y artesano de las letras, que va escribiendo a lápiz, con letra menuda y regular sus resúmenes y reflexiones sobre las hojas desprendibles de un bloc, en su escritorio de la casa-biblioteca de la calle de Rousseau número 53, en la colonia Nueva Anzures, mientras lo vigila una curiosa pequeña salamandra de bronce, que nos recuerda a Botticelli.

Filólogo, bibliófilo, crítico e historiador, cronista, amigo de los libros y creador de una red de inteligencias, José Luis Martínez es uno de esos escritores ineludibles, imprescindibles por su desinterés y probidad como

lector y pensador de la literatura, la poesía y la historia. Decía que el tema de ese epistolario es la amistad. Esta facultad cordial y mental es el elemento que acrisola y fragua la alianza de virtudes —es decir, de fortalezas— de nuestro amigo y maestro. Ahí también se asoma otra de las facetas de la fisonomía intelectual —la de historiador— de este lector de tiempo completo que es uno de esos raros personajes cuya vida toda ha desembocado no en libro sino en una biblioteca o en varias, uno de esos personajes en quienes la literatura, en este caso la mexicana, se hace cuerpo. Su biblioteca se prolonga también en otro plano: don José Luis —recordémoslo— estuvo casado durante largo tiempo con Lydia Baracs —húngara francófona, a quien le impuso el nombre de “Lupita”—, quien le dio dos hijos, Rodrigo y Andrea Guadalupe Martínez Baracs quienes son también por derecho propio investigadores, historiadores reconocidos, gente de libros, capaces de ayudar a su padre con búsquedas y paleografías. Y no podía ser de otro modo: el historiador de la literatura tiene que ser un historiador sin más, pues, como sabían Rubén Darío, Paul Claudel y el propio Martínez, quien corteja a una musa seduce a varias. Y aquí solo haré un guiño amistoso al hombre mundano, al hombre al que le gusta vestir bien y que no ha ignorado el arte de amar.

El historiador José Luis Martínez venía preparando sus armas, coleccionando códices y libros mexicanos de los siglos XVI y XVII. Hizo estudios sobre el *Códice florentino* y sobre Bernardino de Sahagún, e incluso se atrevió a organizar la obra del poeta de Texcoco, Netzahualcóyotl, y a intentar reconstruir su vida en un libro todavía no superado. También, gracias a su paciencia industriosa, a su idea fija de coleccionista de papeles y documentos, pudo armar la edición de las *Obras* (1971, 1979, 1991) de Ramón López Velarde, que llevó a Octavio Paz a hablar desde entonces del “imprescindible José Luis Martínez”.

En aquella época de fines de los años setenta, don José Luis Martínez había empezado a reunir y estudiar los materiales que darían como resultado la obra que quizá sea la más ambiciosa, notable, bien armada y bien escrita entre las muy numerosas que ha realizado. Me refiero a su bio-

grafía de Hernán Cortés, admirable trabajo de síntesis, erudición, ponderación y buen juicio pero, sobre todo, obra limpia e impecablemente pensada y escrita. Y escrita —como me lo hace ver el escritor José de la Colina— con esa nitidez y cortesía cartesiana de los escritores clásicos franceses. La biografía de Hernán Cortés por don José Luis Martínez es una obra insustituible porque está escrita teniendo a la vista todas las versiones y testimonios de primera mano disponibles sobre el legendario conquistador, súbdito de Carlos V, y un cúmulo de libros especializados sobre las historias de Europa y América. Es una obra transatlántica que sabe engarzar la historia de España y de Europa con la historia y geografía de México, Mesoamérica y del Nuevo Mundo. Es también una de las pocas obras que toma en cuenta a Hernán Cortés ya no solo como soldado y estratega sino como escritor de temple que era capaz de escribir de “manera solazada y lenta en medio de las alarmas militares”, para citar lo que dice Alfonso Reyes sobre el estilo de Cortés, siempre según don José Luis Martínez. La obra estaba acompañada de cuatro tomos de documentos cortesianos (que incluían más de 200 documentos comentados), lo cual es también índice de la probidad intelectual: de este hemeneuta y artista de la heurística —es decir, del arte de saber cómo saber—.

Podemos imaginar que en algún momento don José Luis tuvo la tentación de escribir algo más amplio sobre la biografía de Bernal Díaz del Castillo pero se conformó con dar a la estampa “Una muestra de la elaboración de la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo” (1981), ensayo que es una lección de filología aplicada, conocimiento histórico y perspicacia crítica. Las puertas abiertas por la figura de Hernán Cortés llevaron al minucioso Martínez a escribir dos libros articulados entre sí y con el gran tema de los traslados transatlánticos y la vida cotidiana de los emigrantes españoles en los primeros tiempos de la Conquista: *Pasajeros de indias. Viajes transatlánticos en el siglo XVI* (1983) y *El mundo privado de los emigrantes en Indias* (1992). Con todos estos trabajos de investigación y de organización y creación crítica, no será extraño que la Universidad Marcelino Menéndez y Pelayo de Santander le concediera el prestigioso

premio que lleva el nombre del gran polígrafo del cual es émulo, discípulo y lector nuestro maestro y amigo.

Me ha tocado seguir indirectamente el trabajo de don José Luis Martínez como escritor, historiador, crítico literario, filólogo, editor y director de una editorial. Me ha tocado asomarme como amigo a su mundo de lector hecho de libros, revistas y periódicos desde hace no pocos años. Me ha tocado ver cómo fueron saliendo las revistas literarias mexicanas modernas (que reeditó el Fondo de Cultura Económica siendo él su director), del antiguo cuarto de juego de los niños de su casa-biblioteca en la calle de Rousseau. Me ha tocado ver su parsimonia financiera como funcionario (ha sido el único director de la editorial al que le vimos devolver parte del presupuesto asignado). Me tocó ver cómo, entre otras, las colecciones de *Contemporáneos*, *El Hijo Pródigo*, *Letras de México*, *Taller y Tierra Nueva* —la revista que hizo (no me canso de recordarlo) junto con Leopoldo Zea, Alí Chumacero y Jorge González Durán— iban saliendo de su casa hacia la editorial para iniciar el largo camino de su reedición. También me ha tocado seguir su tarea como editor de los últimos cinco tomos de las *Obras completas* de Alfonso Reyes, que luego de la muerte de este —que dejó solo preparados hasta el tomo XII—, siguió Ernesto Mejía Sánchez del tomo XIII hasta el XXI, y que culminó Martínez con la edición de los tomos que van del XXII al XXVI. La última tarea en la que me ha tocado seguirlo es el proyecto de edición del monumental *Diario* inédito de Alfonso Reyes, que él coordina con la colaboración de Alicia Reyes, Alfonso Rangel Guerra, Alberto Enríquez Perea, Víctor Díaz Arciniega, Javier Garcíadiego, Fernando Curiel, Belem Clark y el de la voz. Llevamos varios años trabajando en este proyecto ambicioso, y puedo dar fe de la constancia apasionada de nuestro admirado maestro y amigo. No se ha contentado con leer cabalmente y por lo menos cinco veces las más de 2000 páginas del *Diario* de Reyes. Ha sabido identificar algunos tramos ilegibles y muchos personajes secundarios, denunciar algunas imprudencias y despejar alguno que otro error. También lleva muy adelantada la “Introducción general”, y nos está esperando a la vuelta del

camino a los demás investigadores para concluir ese proyecto que lleva en el corazón como una deuda de amistad y de alianza filial y discipular con Alfonso Reyes, su maestro y amigo, en las dos orillas.

Empecé estas páginas evocando el libro *Problemas literarios*, publicado en 1955. Se me había pasado decir que esa obra se inscribe en el horizonte crítico abierto por Alfonso Reyes con sus libros de teoría literaria como *La experiencia literaria*, *El deslinde*, *La antigua retórica*, *Al yunque*, entre otras muchas. De hecho, se incluye ahí una carta de Reyes a Martínez sobre el ensayo “Algunos problemas de la historia literaria”. Como podrá comprobar el día de mañana cualquiera que se asome al *Diario* de Alfonso Reyes, el joven José Luis Martínez se iba imponiendo poco a poco como un colaborador puntual y responsable del maestro regio, quien llegó a encargarle la redacción del tramo correspondiente al siglo XIX, “Las letras patrias”, en la obra *México y la cultura*, organizada por Jaime Torres Bodet en 1946 desde la Secretaría de Educación Pública. La fidelidad humana y literaria de José Luis Martínez hacia Alfonso Reyes ha sido paralela a su fidelidad servicial a la literatura mexicana y a la literatura en general.

Como académico de número desde 1958, y después como director de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1980 hasta 2000, José Luis Martínez ha sabido cumplir un papel más que decoroso como administrador parsimonioso, como gestor de recursos, como lector y elector y, por supuesto, como editor e historiador de la Academia Mexicana de la Lengua, según puede dejar constancia el libro *Semblanzas académicas* editado, organizado, actualizado e impulsado por el propio don José Luis.

Hay finalmente un José Luis Martínez que es como un agente secreto de la curiosidad intelectual, y el creador o descubridor de una serie de redes humanas y librescas. Ese es el autor del precioso breve libro *Bibliofilia*,⁴ que escribió como discurso al recibir el Homenaje al Bibliófilo, instituido por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en

⁴ José Luis Martínez, *Bibliofilia*, México, FCE, 2004, 64 pp.

diciembre de 2002. En ese libro, que no tiene desperdicio, dice José Luis Martínez: “Como en lugar de cuentos suelo contar a mis hijos historias de mis libros, debí relatarles lo que antes escribí [sobre sus aventuras de lector con el *Diccionario universal de Historia y Geografía*]”.

Estas historias de libros son los hilos con que está tejida la suntuosa tapicería de una vida dedicada desde sus mocedades a la lectura y la escritura. Al tratar de imaginar un emblema para estas páginas, vino a mi mente la serie de tapices conocida como “La Dama y el Unicornio”, expuestos en el Museo Medieval de Cluny, en París. Vemos en ellos el sucesivo y progresivo desprendimiento de la dama para ser digna del unicornio. Ella va renunciando a todos los placeres y sentidos hasta que culmina brindando su vida: “A mon seul desir”.

Se ha discutido mucho sobre si el sentido de esta expresión alude al deseo, al albedrío o a ambos. Volviendo a José Luis Martínez, en él no hay diferencia entre pasión intelectual, placer por la lectura, deseo de saber y voluntad de conocer —vocación asumida desde el libre albedrío— para participar en esa titánica tarea colectiva que es la de la construcción interior de la torre de Babel. José Luis Martínez ha sido digno de ese sueño, con sus grandes ojos abiertos ha sido digno de sorprender en el bosque de las letras la presencia sutil del unicornio.

HOMENAJE A JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

José G. MORENO DE ALBA

Señores académicos, señoras y señores:

Hace 18 años tuve el privilegio, compartido con varios colegas, de festejar y rendir homenaje a don José Luis Martínez en sus 70 años. Fue aquella una gran celebración, de varios días y en diversas ciudades: en

esta capital, en Atoyac, donde nació el festejado, y en Guadalajara, donde pasó su juventud y estudió la secundaria y la preparatoria. Me correspondió intervenir el 12 de marzo de 1988, en una mesa redonda que tuvo lugar en el Museo Regional de Guadalajara. En enero de ese año había habido otros importantes actos en el Museo Nacional de Arte y en el Palacio de Minería. Había yo ingresado en la Academia 10 años antes, siendo director don Agustín Yáñez. En las celebraciones de sus 70 años, don José Luis era ya director de la Academia, cargo que había asumido ocho años antes, en 1980, a la muerte de don Agustín. En aquella ocasión, 12 de marzo de 1988, quise referirme, en un texto que titulé “Un maestro en el fondo y en la forma”, sobre todo a la elegancia de su prosa y a la perfección de su sintaxis.

La Editorial de la Universidad de Guadalajara publicó todas las intervenciones de aquel sonado homenaje. Antes de escribir estas notas volví a leer completo ese sabroso volumen titulado *Celebración de José Luis Martínez en sus setenta años*. Subrayé unos pocos fragmentos, entre los muchos que me gustaron. Alí Chumacero, uno de los grandes amigos de nuestro festejado, que por cierto también cumplía aquel año sus primeros 70, después de explicar sus personales ideas en relación con las tres etapas de nuestra vida, la juventud, la madurez y el “qué bien te ves”, precisaba:

Todo esto dicho muy a propósito del mejor escritor de mi grupo, del hombre que sumó siempre, con auténtica emoción, el conocimiento y la destreza expresiva, la continencia en el juicio y el disfrute de la frase hermosa, la pasión por el arte y el dispendio de la amistad. Desde un principio, José Luis Martínez supo soslayar sus defectos con esas intensas virtudes, y muy pronto llegó a ser lo que llamamos un hombre de letras.

El académico Salvador Elizondo, recientemente fallecido, en una brevísima pero muy sentida nota (“En este jubileo heptadecamerónico”), decía:

Le envidio su biblioteca y su serenidad, su manera de estar en la vida y, sobre todas sus otras virtudes, su caballerosidad y su discreción. ¡Salud!, querido amigo José Luis Martínez —seguía diciendo— hago votos porque los meteoritos nos reciban otra vez y que la Virgen mexicana nos cubra con su manto de estrellas, como en esta noche, para celebrar el octodecámeron.

Se nos pasó la fecha de esa fiesta, que debería haber sido en 1998, pero ahora estamos aquí reunidos, en la víspera del nonodecámeron. Acabamos de oír el delicioso elogio de nuestro compañero don Adolfo Castañón. Hace 18 años él mismo había participado con otro hermoso texto (“Un arqueólogo amoroso”), del que extraigo estas líneas:

Gracias a su amor por las fuentes —heredado de Alfonso Reyes—, sabe qué recordar, y qué olvidar; ello contribuye a darle un halo de desprendimiento aristocrático, de elegancia indiferente a las solicitudes y caprichos de la hora.

Ya no está con nosotros Fernando Benítez. Él también admiraba a nuestro director honorario perpetuo. En aquel homenaje que estoy trayendo a la memoria, escribió un bello texto que tituló “José Luis, el sabio piloto”. Permítaseme transcribir un fragmento, que viene como anillo al dedo el día de hoy:

No es —José Luis Martínez— hombre de rencores, de voces destempladas ni de orgullos. Trabaja con humildad y la certeza de que a diario añade algo a su vasta obra, de que todos los días aconseja y guía a los nuevos escritores. Sentirse viejo a los 70 años es la locura. A esa edad vino para mí no la serenidad ni la experiencia, que son las virtudes de la vejez, sino una vuelta a los 30 años [...] Yo le auguro a José Luis Martínez 20 años de trabajo creador más importante que el de los 50 pasados.

Así ha venido siendo. Su monumental obra *Hernán Cortés*, por ejemplo, apareció dos años después de aquel homenaje, en 1990, y, en 1992, el cuarto volumen de sus *Documentos cortesianos*. En 2003 editó don José Luis unas muy interesantes *Semblanzas de académicos, antiguas, recientes*

y *nuevas*, obra a la que me referiré más adelante. Hace escasos dos años, en 2005, vio la luz su bellissimo libro *Bibliofilia...* Muchas citas más podría extraer de aquel volumen de homenaje. Vaya una última. Leeré unas líneas autobiográficas, contenidas en una nota que don José Luis, como agradecimiento por los festejos de Atoyac, envió al periódico *El Caudillo*:

En todos estos actos hay un breve puñado de hechos y muchos aspectos subjetivos. Los hechos son que me llamo José Luis Martínez Rodríguez, que nací en Atoyac, el 19 de enero de 1918, hacia las siete de la tarde; que mis padres fueron el doctor Juan Martínez Reynaga y Julia Rodríguez, ambos del pueblo; que he cumplido 70 años, he hecho algunas cosas, he recorrido algo de mundo, y soy escritor de profesión. Cumplir tantos años es más bien triste, porque la máquina humana va deteriorándose y se van acumulando tristezas por las personas queridas que perdimos. Sin embargo, con las fuerzas que me quedan, trato de continuar la tarea. Conozco bien los límites de mis escritos. Como no soy un genio ni un verdadero artista, y como al mismo tiempo el mundo del pensamiento y del arte es casi mi único mundo, he procurado saber algo para ignorar menos. No rehúyo rigores ni obstáculos para substituir con la precisión y la claridad la ausencia de iluminaciones. Y me he empeñado en que mis escritos sean de alguna manera, si no deslumbradores, sí útiles para aclarar y ordenar nociones, para rescatar nuestro bagaje cultural y para entender mejor personalidades y épocas de nuestra historia. Valorar estos empeños como de algún mérito es lo subjetivo, y quienes así los han visto tienen mi reconocimiento.

Alguien podría pensar que ya se ha dicho todo de don José Luis Martínez. No, de ninguna manera. Ahora, que estamos festejando sus 89 años, podría yo decir muchas cosas más, a pesar de no ser, ni remotamente, uno de los especialistas, de los verdaderos conocedores de su vida y de su obra. Hoy solo deseo referirme, con necesaria brevedad, a la relación de don José Luis con la Academia Mexicana de la Lengua. Nuestro director honorario perpetuo es el decano de la corporación. Fue elegido el 11 de abril de 1958 y tomó posesión de su silla, la número III, el 22 de abril del año siguiente. Era director don Alfonso Reyes. El año próximo cumplirá 50 años como académico. Su discurso de ingreso trató “De

la naturaleza y carácter de la literatura mexicana”. Le contestó y le dio la bienvenida el académico don Agustín Yáñez. Fue director de la Casa durante 22 años: de 1980 a 2002. Cuando, en ese año, renuncia al cargo, la Academia lo designa director honorario perpetuo.

Pocos académicos hemos tenido el privilegio de vivir en esta casa durante todo el tiempo que don José Luis fue director. Si no me equivoco, solo formamos este curioso grupo don Miguel León-Portilla, don Alí Chumacero, don Ernesto de la Torre Villar, don Andrés Henestrosa, don Silvio Zavala y yo. ¡Cuántas cosas importantes para nuestra casa pasaron durante esos 22 años! En ese periodo, sea por caso, ingresaron nada menos que 29 académicos: En 1980, don Salvador Elizondo, que falleció el año pasado; en 1981, don Gonzalo Báez-Camargo, fallecido en 1983; en 1984, don Tarsicio Herrera, don José Pascual Buxó y don Roberto Moreno, fallecido en 1996; en 1985, doña Clementina Díaz y de Ovando y don Carlos Montemayor; en 1986, don Arturo Azuela; en 1987, don Ruy Pérez Tamayo, don Leopoldo Solís y don Héctor Azar, fallecido en 2000; en 1989, don Gabriel Zaid, quien renunció en 2002; en 1992, don Guido Gómez de Silva y don José Rogelio Álvarez; en 1993, don Ernesto de la Peña, don Eulalio Ferrer y doña Margit Frenk; en 1994, don Ramón Xirau y don Fernando Salmerón, fallecido en 1997; en 1995, don Luis Astey y don Salvador Díaz Cántora, fallecido el primero en 1997 y el segundo, en 2004; en 1996, don Gonzalo Celorio, doña Margo Glantz y don Esteban Palomera, fallecido en 1997; en 1997, don Ernesto de la Peña; en 1998, don Jaime Labastida, don Mauricio Beuchot y don Gustavo Coutolenc; finalmente, en 2001, don Elías Trabulse.

Antes de su designación como director, don José Luis Martínez hizo muy destacables contribuciones al trabajo de la Academia. Bastaría señalar su participación en la edición de varias obras publicadas con motivo del centenario de la Academia Mexicana, en 1975, en particular el volumen de semblanzas de académicos y los índices de las Memorias. Ahora bien, el largo periodo de la dirección de don José Luis puede caracterizarse por su sostenido esfuerzo por conservar una Academia activa,

a pesar de las limitaciones económicas. Desde que asumió el cargo, se comprometió a cuidar celosamente el pequeño patrimonio de la Academia, patrimonio que procedía de tiempos del gobierno de don Miguel Alemán, que había dotado a la casa de algunos recursos, con la mitad de los cuales le había sido posible adquirir la hermosa casa de Donceles 66 y, con la otra mitad, establecer un capital con cuyos módicos réditos podían atenderse los pequeños gastos indispensables. Ello no impedía que la Academia emprendiera exitosos proyectos. Daré solo dos ejemplos. Durante los dos años en que fue secretaria doña María del Carmen Millán, se llevó a cabo una revisión completa de los mexicanismos contenidos en la decimonovena edición (1970) del Diccionario académico. Téngase en cuenta que, por esos años (1980-1982), no se disponía todavía de los sofisticados instrumentos computacionales de nuestros días. Recuerdo bien que don José Luis y doña María del Carmen me pidieron que me hiciera cargo tanto de preparar, con un grupo de estudiantes universitarios, las papeletas, cuanto de presentar cada una de ellas para su discusión durante las sesiones plenarias. Terminamos la tarea, que quedó reflejada en útiles correcciones observables en los numerosos artículos de mexicanismos de la vigésima edición (1984) y, sobre todo, de la vigésima primera (1992) del Diccionario de la Real Academia.

El otro proyecto con el que quiero ejemplificar la sabia dirección de don José Luis Martínez es de mucho mayor envergadura. En la década de 1990, la Academia consiguió ayuda económica del Conacyt, lo que, por una parte, le permitió la contratación de algunos lexicógrafos y diccionaristas para que la auxiliaran —recuerdo, sobre todo, a don Juan Palomar— y, por otra, adquirió el necesario equipo de cómputo, ya indispensable por esos años. El director pidió al académico don Gabriel Zaid que encabezara una investigación sobre registros de mexicanismos. No puedo aquí resumir siquiera tan importante trabajo. Baste decir que uno de los principales resultados fue la aparición del ahora ya famoso *Índice de mexicanismos registrados en 138 listas publicadas desde 1761*, publicado, en primera edición, por la Academia en 1997; al año siguiente (1998), en

segunda edición, también por la Academia Mexicana; y, en 2000, tercera edición, por la Academia, el Conaculta y el Fondo de Cultura Económica. Ejemplar trabajo, donde no solo se da cuenta de más de 70 000 vocablos y frases sino también de la fuente bibliográfica de la que cada uno se obtuvo, así como de su frecuencia relativa en el español mexicano actual. De este enorme *Índice* han salido y seguirán saliendo otras muchas obras, como el *Breve diccionario de mexicanismos* del académico don Guido Gómez de Silva.

Estamos esta noche reunidos para agradecer a don José Luis, director honorario perpetuo, todo lo que ha hecho y sigue haciendo por la Academia Mexicana. Vamos a develar su retrato, obra de don Juan Manuel Salazar, para colocarlo en la galería de los directores de nuestra casa. Estamos reunidos, don José Luis, sobre todo, para manifestarle nuestro afecto, nuestro respeto y nuestro sincero deseo de que mejore su salud y siga con nosotros muchos años más.

PARA AGRADECER EL HOMENAJE

José Luis MARTÍNEZ

REPASO DE MIS LIBROS

Cuando andaba por mis treintas les organizamos homenajes a nuestros mayores: Alfonso Reyes, Enrique Díez-Canedo y Enrique González Martínez. Dije entonces que prefería este papel de reconocimiento, a los homenajes que también se organizaban a los jóvenes. Ahora siendo ya un mayor, con 89 años de vida y alguna obra, me siento abrumado por el honor recibido.

Si vuelvo la vista a mi propio pasado a partir de aquellos remotos años a finales de mis treintas y a lo largo de 1940 en que me inauguraba,

encuentro que objetivamente algo he hecho en el campo de los estudios literarios, aunque mucho menos de lo que cada vez hubiera querido hacer. De mis 89 años de vida más de la mitad están dedicados a los estudios mexicanos. Algunos de mis primeros estudios aparecieron en la revista *Tierra Nueva*, que entonces iniciamos, al lado de estudios sobre literatura inglesa que me fascinaban. Pero desde entonces descubrí la espléndida literatura indígena, así como el resto de nuestra literatura. Al gobernante indígena y noble poeta Nezahualcóyotl dediqué un extenso estudio. Escribí varios artículos sobre personajes del siglo XIX, especialmente sobre Altamirano, Justo Sierra, Manuel Acuña. Salté al modernismo con los cuatro tomos que preparé de las obras de Justo Sierra y me anclé durante años en la personalidad fascinante de Ramón López Velarde, del que hice una edición crítica de la poesía y de la recopilación de su prosa.

Ya en nuestros tiempos, el mayor volumen de mis estudios está dedicado a Alfonso Reyes, y reuní los publicados hasta entonces en una *Guía para la navegación de Alfonso Reyes*. Ahora estoy dedicado a conducir un equipo de seis especialistas en Alfonso Reyes que trabajamos en la edición de su *Diario*, cuyas 1 600 páginas permanecían inéditas. Espero que el trabajo de este equipo pueda concluir en este año con la edición de los seis tomos de su *Diario*. Cuando esto ocurra, podremos decir que conocemos toda la obra que escribió nuestro mayor escritor de su tiempo.

Y en nuestro propio siglo XX he escrito en el terreno de la historia literaria sobre la mayoría de nuestros escritores —que son cientos—. En especial mis temas preferidos han sido la novela de la Revolución y la poesía de los Contemporáneos. De estos, mis favoritos han sido Xavier Villaurrutia, José Gorostiza y Salvador Novo. Y más recientemente he dedicado estudios y una especie de guía para el conjunto de la vasta obra de Octavio Paz.

Así como considero a Xavier Villaurrutia el principal escritor de su tiempo, Alfonso Reyes cubre la literatura hasta los años cincuentas y de

1950 a los primeros de este siglo el cacique es Octavio Paz. Ahora creo que no tenemos cacique en vigor.

Con pena tengo que decir que si es considerable el número de mis estudios mexicanos, es mayor el de los que podremos llamar pendientes: libros no concluidos, esbozos iniciales, incluidos los estudios acerca de escritores extranjeros:

Antología de la poesía mexicana.

Historiografía mexicana del siglo XIX.

Selección del Dr. Johnson

Vida y obra de Herman Melville

Ideas y costumbres del siglo XIX en México

Teoría de la novela

Guías de mexicanistas

Correspondencia Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña, solo publicado el tomo I, hasta 1914.

Amado Nervo

Adiciones al Hernán Cortés (carpeta con recortes de estudios y notas importantes)

Guías de ediciones importantes mexicanas

La obra de García Icazbalceta

Vida y obra de Andrés Quintana Roo.

De la *Historiografía mexicana del siglo XIX* tengo redactadas alrededor de 1 000 páginas. De hecho, el libro está listo y he aprovechado algunas monografías. Sin embargo, no me he decidido por el enfoque conveniente; el de Bernal Díaz del Castillo es uno de mis preferidos.

De todos estos proyectos de libros mi preferido es el de García Icazbalceta. Además de sus libros principales tengo algunos de sus periódicos infantiles y recientemente adquirí *El alma en el templo*, libro de devociones de don Joaquín, que además de sus propios escritos recogió algunos de sus contemporáneos.

I. PRIMEROS ESTUDIOS

Paso ahora a enumerar el curso que han tenido mis estudios, con especial atención a los que considero de algún interés.

Mi primer estudio publicado fue un esbozo de teoría literaria: *La técnica en literatura. Introducción a las letras de México*, 1943.

A esta le siguieron estudios de carácter histórico. El inicial fue *Las letras patrias, de la época de Independencia a nuestros días*, SEP, 1946.

Viene luego una colección de estudios, *Literatura mexicana. Siglo XX*. La publicó Robredo en 1949-1950, en dos volúmenes. El segundo es exclusivamente de bibliografías. Se han hecho dos reediciones.

Mis estudios sobre el siglo XIX se reunieron por primera vez en *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*, 1955. Existen tres reimpresiones.

De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana es mi discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Lengua el 22 de abril de 1960. La contestación es de Agustín Yáñez (Academia Mexicana, 1960).

La literatura moderna de México, sobretiro de *México, 50 años de revolución*, tomo IV.

La obra de Agustín Yáñez. Hay una reimpresión revisada de ese estudio en 2004.

De los estudios anteriores los que tienen mayor interés son mi discurso académico y la primera recopilación de estudios del siglo XIX.

II. MONOGRAFÍAS

La emancipación literaria de México (Robredo, 1955).

Problemas literarios de México (1955 y 1997).

La literatura moderna de México.

Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana junto con *La emancipación literaria de México* (1972). Única incursión en la literatura hispanoamericana.

Nezahualcōyotl. Vida y obra, 1972, en el aniversario de la muerte del poeta. Numerosas reimpresiones.

México en busca de su expresión literaria, 1810-1910.

Fray Gerónimo de Mendieta y su obra (1980).

Una muestra de la elaboración de la Historia verdadera de Bernal Díaz del Castillo.

El Códice Florentino y la Historia general de Sahagún, (1982, 1989 y 1995).

Pasajeros de Indias. Viajes trasatlánticos en el siglo XVI (Madrid, 1983 y 1984). Traducción al italiano por Ernesto Franco, Génova, 1988. La segunda edición se hizo en México, por el FCE, en 1998.

Origen y desarrollo del libro en Hispanoamérica (Madrid, 1983, 1994).

Introducción a Grecia, 1988.

III. CICLO CORTESIANO

Hernán Cortés, México, FCE-UNAM, 1990. Numerosas reimpresiones.

Hernán Cortés (versión abreviada), México, Breviarios 519.

Documentos cortesianos, edición y notas JLM, 4 vols., México, FCE, 1990, 1992.

El mundo privado de los emigrantes de Indias, 1992.

La obra más notable de este grupo es el gran estudio sobre Hernán Cortés, acompañado por cuatro tomos de documentos, anotados.

IV. ESTUDIOS SOBRE ALFONSO REYES Y OTROS TEMAS

Guía para la navegación de Alfonso Reyes, 1992.

El trato con escritores y otros estudios, 1998.

La literatura mexicana del siglo XX, Cultura Contemporánea de México, 1995.

Recuerdo de Lupita, edición privada, 1996.

José Rubén Romero. Vida y obra, 2001.

Asimismo debe atenderse la *Guía para la navegación de Alfonso Reyes*, en que reuní los estudios más importantes que he hecho, con una bibliografía de las obras de don Alfonso.

V. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, JUSTO SIERRA

Además de los libros anteriores, he sido el editor de los siguientes trabajos:

Pedro Henríquez Ureña, *Páginas escogidas*, prólogo de AR, 1946.

Bibliofilia, edición privada de 250 ejemplares, Taller Martín Pescador de Juan Pascoe.

Justo Sierra, *Obras completas*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1948. Volumen 1: *Poesía*. Volumen 3: *Crítica y artículos literarios*, 1949. Volumen 6: *En tierra yankee. En la Europa latina. Viajes*. Volumen 7: *El exterior: Revistas políticas y literarias*, 1948.

Ignacio Manuel Altamirano, *La literatura nacional*, edición JLM, Colección de Escritores Mexicanos, 3 vols., Porrúa, México, 1942.

Manuel Acuña, *Obras*, México, CEM, Porrúa, 1949.

De poeta y loco, Los Presentes, 1942.

La obra de Enrique González Martínez, recopilación, biografía y bibliografía JLM, 1951.

El ensayo mexicano moderno, Letras Mexicanas 39 y 40, México, FCE, 1958. Tres ediciones y numerosas reimpresiones.

Antología de Alfonso Reyes, El Pensamiento Mexicano, México, SEP, 1965.

Destaco de este grupo los cuatro estudios introductorios de Justo Sierra, que no se han publicado por separado.

VI. ANTOLOGÍA DE LA LUNA, RAMÓN LÓPEZ VELARDE Y *EL MUNDO ANTIGUO*

Con motivo del primer viaje a la Luna en 1969, preparé una antología de textos de países del mundo, así como ilustraciones. Se hicieron dos ediciones. La primera la de la *Revista de Bellas Artes*, de la que llenaron

tres números. Además, la Editorial Era hizo una edición por separado del total de la obra.

De Ramón López Velarde hice una primera edición de sus *Obras*: edición, introducción, cronología y notas, Biblioteca Americana, FCE, 1975; 2ª. ed., 1991.

Una de mis grandes empresas es la edición de *El mundo antiguo* en la que quise ofrecer lo esencial del pensamiento universal antiguo, en seis tomos: I. *Mesopotamia*. II. *Grecia*. III. *Hebreos y cristianos. Roma*. IV. *China. Japón*. V. *Persia. Islam*. VI. *América antigua*. Los seis tomos aparecieron en 1976. Se ha reimpresso dos veces más.

Joaquín García Icazbalceta, *Escritos infantiles*, 1978.

Alfonso Reyes, *Antología general*, México, 1981, y Madrid, 1986.

Bernardino de Sahagún, *El México antiguo*, ed., pról., notas y cronología JLM, Biblioteca Ayacucho, 80, Caracas, 1981.

José Rojas Garcidueñas, *El erudito y el jardín. Cuentos y relatos*, introd. y sel. JLM, 1983.

Simón Bolívar, ciudadano de la República Mexicana, Cámara de Diputados, LII Legislatura, México, 1983.

Pedro Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, 1984.

Ignacio Manuel Altamirano, *Novelas y cuentos. Obras completas de I.M.A.*, tomos II y III, 1986.

Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia*, I: 1907-1914 (el resto, pendiente).

Guillermo Prieto, *Repertorio*, recopilación de estudios presentada por el centenario de su nacimiento, 2007.

Edición e introducción de los tomos XXII a XXVI de las *Obras completas de Alfonso Reyes*.

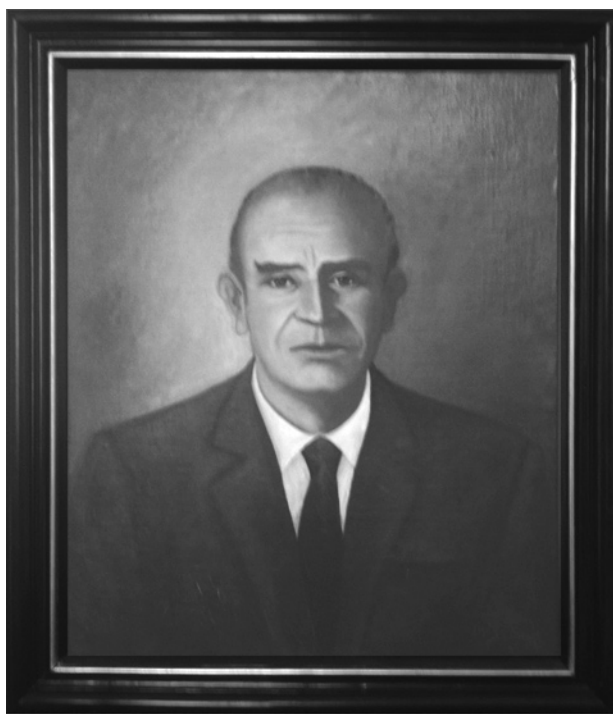
Ramón López Velarde, *Poetas completas*, edición crítica, Colección Archivos, UNESCO, París, 1998.

De este último grupo de libros, puedo destacar a casi todos y me eximo de repetir.

Este laberinto de ediciones y reimpresiones ha sido hasta ahora mi obra. Espero que en los pocos años que me queden de vida pueda cerrar ciclos y escribir obras útiles para el conocimiento de nuestras letras.

La generosidad y el conocimiento de mis escritos iluminan los discursos que iniciaron este acto: los de José G. Moreno de Alba, Adolfo Castañón y Gonzalo Celorio. Agradezco especialmente las palabras de mi querido amigo, el actual director de esta casa.

Prosiguiendo una buena costumbre, la Academia mantiene una colección de retratos de quienes han sido sus directores. En este caso se entregó la comisión al pintor Juan Manuel Salazar. Yo encuentro su pintura muy expresiva con un dejo melancólico y una media sonrisa. Gracias a esta obra seguiré acompañando a mis colegas.



Retrato de José Luis Martínez, director honorario perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua.

HOMENAJE DE CUERPO PRESENTE A JOSÉ LUIS MARTÍNEZ (1918-2007)

PALABRAS DE SERGIO VELA,
PRESIDENTE DE CONACULTA

Señora secretaria de Educación Pública,
queridos hijos de don José Luis Martínez,
señoras y señores:

Por última vez, recibe hoy a nuestro querido maestro y amigo José Luis Martínez esta casa, su casa: el Palacio de Bellas Artes, emblema de la institución que alguna vez encabezó con tanto brillo, con tanta generosidad.

Sus amigos, sus lectores, todos aquellos que recibimos algo de él, los mexicanos, nos congregamos, en espíritu y en persona, para agradecerle su existencia entregada a las letras, al estudio incansable y amoroso de México a lo largo de siete décadas de trabajo, desde los días más tempranos de su juventud hasta el último de su vida.

Para agradecerle, también, su elevado ejemplo humano: el de un hombre sencillo, discreto, modesto, caballeroso y afectuoso, que se sentía tan solo uno más, sin importar la enormidad de sus ambiciones y sus esfuerzos intelectuales, casi siempre coronados con la obra; que se sabía parte de una familia, de una comunidad —la literatura mexicana—, en cuya unión y vinculación llegó a ver la misión de su vida.

Como ensayista, como historiador de la literatura, como crítico y como editor, José Luis Martínez deja una obra inmensa y de un valor inmarcesible, que explora y descubre los más profundos vasos comunican-

* Este homenaje nacional se efectuó en el Palacio de Bellas Artes, el 22 de marzo de 2007.

tes de nuestra literatura, desde los orígenes hasta el siglo xx. Obra que no descuida los puentes hacia la literatura universal, que este gran viajero de países y literaturas no dejó de construir.

Lleno de ímpetu y deseo de trabajo, este *homme-à-lettres* habló en sus últimas semanas de esa otra vasta obra que también deja, la obra en proceso, inconclusa, ejemplo de su creatividad y vitalidad, que nos tocará conservar, valorar y recuperar.

Prosista impecable, personificación de la sencillez y la claridad, supo elevar el conjunto de esa vastísima obra, casi toda de ideas y erudición, a alturas literarias que solemos reservar a la literatura de creación.

Formador, con su obra y con su magisterio directo, de varias generaciones, sembró en los estudios literarios un rigor y una ética intelectual que ha dado a nuestra literatura crítica gran parte de la dignidad y la dimensión que hoy tiene.

Amante de los libros, y no solo de las palabras que portan, dedicó enormes esfuerzos a reunir el patrimonio impreso de México, formando la prodigiosa biblioteca del lector prodigioso que él fue. Era un genuino hombre-libro que portaba, como el profesor Edmund Kien de Canetti, su biblioteca en la cabeza.

El final del largo camino de la vida del escritor es esta gran obra. Permítanme despedirlo y agradecerle con sus propias palabras, con los versos de aquel muchacho de 20 años, llamado José Luis Martínez, llegado de Guadalajara a la ciudad de México con el sueño de esa obra, y que hacia 1940 escribía:

Soledad que me libra en páramo de sueños
sin más tacto seguro que el hervor de mi sangre
y el ruido de los pasos que solo en mí resuenan,
sin ya nunca alcanzar la tibieza de un puerto,
que vienen de una ausencia y morirán en otra.

Elegía por Melibea y otros poemas

Descanse en paz el querido maestro José Luis Martínez, que tenga buen viaje.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

ALÍ CHUMACERO

Recordemos siempre a José Luis Martínez como la imagen del hombre de letras, al sapiente estudioso que solía discurrir más allá de lo establecido en el examen de los valores literarios. Sus juicios, expuestos en admirables libros, serán reconocidos como el acierto de quien abordaba los temas sin improvisaciones ni prejuicios, sino con la sabiduría que da la paciencia de la lectura y el placer que otorga el aprendizaje. Sabio y honesto, aprendió muy pronto a hacer que su pluma determinara, en la apreciación de nuestra literatura, el justo esclarecimiento de que hoy disfrutan algunas cuestiones de esa actividad artística. Dicho con otras palabras: José Luis Martínez, el apreciadísimo amigo, el generoso compañero de oficio, era renovador de la opinión acerca de los acontecimientos literarios que nos han precedido.

Con esto quiero señalar que su desaparición física —que tanto daña a nuestra sensibilidad— es custodiada por el panorama general del arte, y permanecerá como el ejemplo mayor de lo que ha de hacerse en la apreciación de la continuidad literaria de nuestro país.

Sitio singular merece su noble consideración de Hernán Cortés, estudiado desde aspectos amplios, nunca manchados por la pasión del ditirambo ni la diatriba. La figura del Conquistador hispano adquiere la estatura que ha de conservar después de las apreciaciones de su relator. Por vez primera, tenemos a la vista la stampa de un hombre que, sin ser deturpado ni alabado, aparece como lo que era: un ser humano que compartía cualidades y defectos con singular eficacia.

Señoras y señores: José Luis Martínez y yo somos ejemplo de una amistad duradera. Casi tres cuartos de siglo compartimos algunos hechos de la vida y abundantes lecturas que reforzaban esa cercanía. Hoy, su sepa-

ración de este mundo es sensible en los campos de la cultura, en el espacio de la amistad y, en mi caso, en el sórdido evocador de la vejez.

Pero ya que el huracán cesó, que mi amigo no se halla presente, consolémonos pensando que todo en silencio a la quietud navega, y “lloremos —si hay que llorar— como la fuente escondida”.

ORACIÓN FÚNEBRE A DON JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Adolfo CASTAÑÓN

El último día de invierno del año 2007, el 20 de marzo, nos dejó don José Luis Martínez, a los 89 años de edad. Don José Luis Martínez recibió aquí mismo, hace unas semanas, en la sala Manuel M. Ponce de este Palacio de las Bellas Artes, un homenaje con motivo de su aniversario y del retrato que se le hizo como director de la Academia Mexicana de la Lengua entre 1980 y 2002, corporación para la que fue elegido desde 1958, cuando apenas cumplía 40 años de edad. Más de la mitad de su vida transcurrió en la Academia.

José Luis Martínez fue toda su vida un hombre de libros, un goloso y curioso bibliófilo que siempre andaba en busca de novedades sin perder de vista sus intereses centrales. Nacido en 1918, en Atoyac, Jalisco, llegó a la ciudad de México a mediados de los años treinta.

La muerte de don José Luis Martínez es una pérdida mayor para las letras y la cultura mexicana e iberoamericana. Por más que su generosidad y condescendencia lo llevaran a decirse nuestro amigo, sabíamos que un hombre de su talla intelectual y literaria es algo raro y más bien excepcional, milagroso. Él se va luego de una trayectoria cabal y de una prolífica e inmejorable cosecha en diversos géneros literarios que traducen otras tantas actitudes intelectuales; se va dejando tres hijos, algunos

nietos, una biblioteca oceánica y varias estanterías, pobladas por libros que él escribió, editó, seleccionó o compiló, para no hablar de ese otro acervo que nos legó a través de su quehacer como editor y director del Fondo de Cultura Económica.

Se va don José Luis Martínez, y quedamos desamparados de su presencia exigente pero risueña, rigurosa y nunca exenta de gracia y simpatía humanísima. Se va el “imprescindible” José Luis Martínez, como lo llamó otro ser imprescindible, su amigo, el poeta y ensayista Octavio Paz. Se va el animador de revistas como *Tierra Nueva* —fundada por él con el concurso de sus amigos del alma Jorge González Durán, Alí Chumacero y Leopoldo Zea— y *Letras de México* fundada por el otro Octavio, Barreda, y el reanimador y agente resucitante de las revistas literarias mexicanas modernas que salvó gracias a sus sabias reediciones facsimilares. Con la partida de don José Luis Martínez se va un historiador y un escritor, un crítico y el autor de una fina escritura expresiva, atenta a los matices. Pero sobre todo se va de algún modo el centro —uno de los escasos centros supervivientes— de la república literaria y cultural de México.

“Curador de las letras mexicanas”, lo ha llamado Gabriel Zaid. No es una hipérbole, pues es curador, según el diccionario, el que tiene cuidado de alguna cosa, el que ha sido elegido para cuidar de los bienes de un menor de edad, el que ha sido nombrado como árbitro o juez en alguna causa, y don José Luis Martínez supo asumir con sigilosa eficacia este papel de responsabilidad literaria e histórica, de conciliación, respaldo y cuidado escrupuloso. En alguna página José Ortega y Gasset remite el origen de la voz *religión* no al consabido *re-ligare* sino a la voz opuesta a *negligencia*: el hombre piadoso y religioso sería lo contrario del negligente, lo contrario del que mira las cosas con indiferencia. Don José Luis Martínez leyó como sus amigos y maestros Xavier Villaurrutia y Alfonso Reyes a André Gide y a Jean Giraudoux pero nunca hizo de la indiferencia una actitud: siempre atento, siempre diligente, siempre disponible a

compartir con nosotros la animación del viaje entre los libros y las letras, siempre dispuesto a fraccionar el pan en la mesa y a repartir la tarea.

Empezó a estudiar medicina pero pronto dejó la penumbra de los anfiteatros para buscar otros escenarios más amenos. Sin embargo guardó de aquella temporada de estudios clínicos el amor por la precisión y la higiene. Una primera parte de su biografía intelectual trascurrió en el asedio a la hirsuta problemática de la teoría literaria y de sus procedimientos, protocolos y problemas. Una segunda estación de su longevidad la concentró en el conocimiento de las letras patrias y de sus problemas, campo que llegó a dominar con exactitud y maestría constituyéndose en el mayor historiador y editor de la literatura mexicana de nuestros días y acaso de todos los tiempos.

Pero la literatura está en la historia, y don José Luis Martínez culminará su ascensión intelectual con una obra mayor y de gran aliento: me refiero a su libro sobre Hernán Cortés, una ambiciosa y audaz construcción que compendia sus destrezas literarias y su certero juicio humano, histórico y moral. El libro sobre Hernán Cortés, huelga decirlo, es muchos libros; es la biografía en sus dos presentaciones, la extensa y la sinóptica, y los documentos que lo acompañan pero es también el libro *Pasajeros de Indias* y *La vida privada de los emigrantes*.

Si hubiera que espigar dos libros de entre el caudaloso legado que dejó este crítico y albacea de las letras mexicanas, la biografía de *Hernán Cortés* (acompañada de sus cuatro buenos tomos de documentos comentados y resumidos donde está en juego la historia de México) sería uno de ellos, por su calidad intelectual, por su información y por su indiscutible altura y elevación moral, por su pulcritud y sentido dramático del *suspense* y de la progresión teatral desplegada en la historia. El otro libro que yo elegiría sería no la edición de las *Obras* de Ramón López Velarde —poeta que cultivó Martínez como un jardín propio— ni la zumbante y aleccionadora correspondencia sostenida entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, sino ese mapa en miniatura de su biblioteca que es el libro *Bibliofilia*, una joya de sensibilidad y conocimiento donde vemos

aparecer de cuerpo entero al imprescindible cronista de nuestras letras, en el texto que escribió al recibir el Premio al Bibliófilo que le concedió la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en 2002.

Hace unas semanas apenas, don José Luis Martínez durante el homenaje que se le rindió leyó una asombrosa lista de trabajos pendientes, que exhibió en público en parte para dar noticia pero en parte también —conociéndolo— para incitarnos a sus amigos y seguidores a darnos cuenta y a hacernos cargo, como quien le reparte maíz quebrado a los polluelos. Habló de la edición por parte de un equipo del *Diario inédito de Alfonso Reyes* que irá acompañada de una introducción general suscrita por él. Menciono esta tarea en particular pues fue ella la que lo acompañó en los últimos años y particularmente en los últimos meses, desde el jueves 8 de junio de 2006, día en que fue internado en el Hospital Español por una infección pulmonar. Se obligó a sí mismo a darse de alta o de baja, para salir de ahí y arreglar sus asuntos y adelantar lo más posible esa asignatura pendiente de la introducción general. Como se ve, tenía hacia su maestro, Alfonso Reyes, una devoción filial que lo acompañó desde sus primeros tiempos hasta sus últimos años, ocupados en la lectura y relectura de ese *Diario* monumental. Consta además —hombre invariablemente al día— que empezó a leer el inclasificable libro de Adolfo Bioy Casares sobre *Borges*.

Como Alfonso Reyes, Octavio Paz, Juan José Arreola, el humanista José Luis Martínez —como lo ha llamado Enrique Krauze— nos deja al desaparecer con la sensación y el vértigo de una pérdida mayor. A él la tierra y la ceniza le serán blandas; a nosotros nos deja solos en esta orilla inestable, interrogando con dolida perplejidad las edades de la luz que, con él, en parte, desaparece.

A manera de incienso auspicioso y de viático para la otra orilla, leo un poema de Nezahualcóyotl, figura estudiada por don José Luis Martínez en la versión directa realizada por su amigo Miguel León-Portilla:

¿Eres tú verdadero?¹

¿Eres tú verdadero (tienes raíz)?
Solo quien todas las cosas domina,
el Dador de la vida.

¿Es esto verdad?
¿Acaso no lo es, como dicen?
¡Que nuestros corazones
no tengan tormento!

Todo lo que es verdadero
(lo que tiene raíz),
dicen que nos es verdadero
(que no tiene raíz).
El Dador de la vida
solo se muestra arbitrario.

¡Que nuestros corazones
no tengan tomento!

¹ Miguel León Portilla, *Poesía náhuatl. La de ellos y la mía*, México, Diana, 2006.

HOMENAJE POR LOS CINCUENTENARIOS DE LOS FALLECIMIENTOS DE ANTONIO MEDIZ BOLIO Y ALEJANDRO QUIJANO*

PLUMA DE FAISÁN, SOMBRA DE VENADO
ANTONIO MEDIZ BOLIO (1884-1957)

Adolfo CASTAÑÓN

El nombre de Antonio Mediz Bolio está asociado para algunos lectores al de Alfonso Reyes. Una carta-prólogo de este, fechada en Deva el 5 de agosto de 1922 acompañó la primera edición del libro con el que el yucateco hizo su entrada definitiva a la literatura mexicana. El volumen, publicado en Buenos Aires por Contreras y Sanz Editores ese mismo año, lleva una suntuosa ornamentación inspirada en los frisos mayas debida a Cesáreo D. Díaz (a Mediz Bolio le gustaban los libros con carácter y ornamentación. La edición de 1940 de Editorial México lleva ilustraciones, estampas y ornamentación del pintor maya Miguel Tzab). Reyes recuerda a Mediz Bolio los días en Madrid en que “Salíamos de la cancillería por aquella empinada calle del Marqués de Villamagua y, ya al llegar a la Castellana, el aire y el sol, los árboles rojos de otoño habían limpiado nuestro ánimo de toda preocupación oficinesca...” A Reyes le simpatizaba Mediz Bolio por diversas razones: en primer lugar porque, al igual que él, en *Visión de Anáhuac* (1915), el autor de *La tierra del faisán y el venado* también buscaba ir con este libro “en busca del alma nacional” (por cierto *La tierra del faisán y el venado* lleva en su título una de las

* Homenaje en la sesión pública solemne efectuada el 13 de septiembre de 2007 en el Centro de Cultura Casa Lamm. En esa ocasión se celebraron además dos centenarios: el del nacimiento de Andrés Bello y el del fallecimiento de José Peón Contreras.

etimologías probables del término de Yucatán). Reyes evoca a Mediz Bolio, quien le llevaba cinco años de edad y había sido miembro del partido “reyista” y luego partidario de Francisco I. Madero y José María Pino-Suárez, narrándole cosas de México con “ese don único para improvisar un cuento, reduciéndolo a sus elementos esenciales, de suerte que, siendo ya literatura, consume todavía la ligereza y vitalidad de la charla —sus viejas historias de Yucatán, donde tal vez se han mezclado los estudios teosóficos—”.

La segunda razón que explica la buena química entre Alfonso Reyes y Antonio Mediz Bolio ya se ha dicho: Mediz Bolio traía la patria y la querencia en la sangre. Una vez concluida su carrera de abogado en la Facultad de Jurisprudencia, donde se atrevió a presentar una tesis sobre el derecho de huelga en pleno porfirismo, se trasladó a la ciudad de México en los primeros años del siglo XX, y aquí simpatizó, primero con los reyistas y luego con el maderismo, aunque antes ya había congeniado con Salvador Alvarado y su ideario socialista.

Otro motivo de gracia hacia Mediz Bolio por parte de Reyes estriba en sus éxitos como autor dramático. Ya desde los tiempos de Yucatán había dado a conocer varias obras como *Alma bohemia* en 1905, *Vientos de montaña* (1908) y en México estrena *Mirza* (1906). *El marquesito enamorado* en 1916 y *La ola* en 1918. Muchos años después, poco antes de morir se reincorporaría al teatro en 1950 con la obra *Cenizas que arden*. Dice Enrique de Olavarría y Ferrari en su *Reseña histórica del teatro en México* que en el fin de año, 1909-1910, “fue muy aplaudida y numerosas veces llamada a las tablas la actriz principal de *Viento de montaña*, producción mexicana de Antonio Mediz Bolio, en las últimas semanas de la arrastrada vida que llevó el teatro Virginia Fábregas”.¹ También refiere que Mediz Bolio estrenó, más tarde, en junio de ese año, con éxito otras dos obras: *El verdugo* y *El sueño de Iturbide*, “comedias del aplaudido au-

¹ Enrique Olavarría y Ferrari, libro decimonoveno, cap. VII, México, t. V, p. 3221. Porrúa, México, 1981, pról. Salvador Novo.

tor Mediz Bolio”. Era la época en que en el Teatro Colón trabajaba la “compañía dirigida por la excelente actriz española Prudencia Griffel”.

Había además otros motivos para que don Antonio le cayera bien a Alfonso Reyes: ambos compartían la religión de la literatura y de la patria lírica: la idea de la conversación literaria como un fundamento de la ciudad. Mediz Bolio había publicado en 1903, a los 19 años, un libro de poemas en prosa: *Evocaciones*, que fue saludado con entusiasmo como la obra de un “artista estudioso” que ha penetrado en “la mansión de aquellas edades muertas”, que es como el autor de ese prólogo se refiere a la desaparecida civilización maya. En *Evocaciones* se da un acendrado y ambicioso consorcio de verso y prosa, de leyendas extraídas del caudal maya, homenajes castizos a la ciudad de Mérida, estampas y retablos en verso que revelan la familiaridad del joven poeta, dramaturgo y jurisconsulto con la honda España épica y caballeresca del sudor y del hierro. Me quisiera imaginar a Mediz Bolio recitando a Alfonso Reyes en voz alta algunos versos de su “Dulcinea”:

Por los caminos de la Mancha,
blancos al sol que los castiga,
en la llanura seca y ancha
llena de polvo y de fatiga...

Envuelta en rico y noble manto,
sobre una fúlgida hacanea,
desencantada de su encanto
va la señora Dulcinea.
Por las escuálidas llanuras,
ya sin andantes caballeros,
sale a buscar las aventuras
y a enderezar los desafueros.

Dura collera y firme peto
cubren su fino y blanco escote,
y al puño nítido sujeto

¡Ay de ladrones Ginesillos!
¡Ay de yangüeses y cabreros!
¡No serán ventas los castillos,
ni los fantasmas cuadrilleros!

¡Ya no maléficos engaños
han de cambiar por los cambios
en escuadrones los rebaños
y los gigantes en molinos!

¡ya no el cautivo caballero
ha de encontrar, a la mañana,
trocada en la hija del ventero
a la amorosa castellana!

Libre de azotes y pendencies,
vive entre gloria y alabanza,
dictando lúcidas sentencias,
en su gobierno, Sancho Panza.

Y es que en el alto pensamiento
del pobre hidalgo caviloso
rompió el osado encantamiento
la Soberana del Toboso...

Y hoy, con adarga, lanza y monte,
se va camino de la aldea,
donde ya es cuerdo el que fue zote,
a ver si logra Dulcinea
desencantar a don Quijote.²

Acaso no sea casual la huella que esos poemas de hispánica raigambre han dejado en la memoria regional de Yucatán. Tampoco quizá son fortuitas las numerosas referencias a su obra lírica que afloran en labios de diversos protagonistas de los actos realizados en Mérida, Yucatán

² Antonio Mediz Bolio, *Evocaciones*, Mérida, Yucatán, Imprenta "Gamboa Guzmán", 1903, 182 pp.

en 1957, con motivo del cincuentenario del estreno de su primera obra teatral.

Otro motivo más profundo de simpatía de Alfonso Reyes hacia Mediz Bolio se puede descubrir en ese hermoso y olvidado libro que el escritor yucateco escribió al final de su vida, en la hacienda de Ochil, en el paraje del Zorro, Yucatán, entre 1948 y 1953, luego del periplo diplomático que lo llevaría a España (1919-1921, donde por cierto recibió la Gran Orden de Isabel la Católica), Colombia (1921), Argentina (1921-1922), Suecia (1923-1924), Costa Rica y Nicaragua (1925-1932).

A la sombra de mi Ceiba se publicó en 1956 en México por la Editorial Botas con un subtítulo que no hubiera disgustado a Kipling: *Relatos fáciles*.

El autor era ya un patriarca; así lo describe Andrés Henestrosa:

Vive en Yucatán, en su finca de Ochil, cercana a la ciudad de Mérida, Antonio Mediz Bolio, patriarca de las letras yucatecas contemporáneas. Como una Ceiba, el viejo escritor se encuentra sembrando en su tierra, con las ramas y las hojas, las flores y los frutos al viento de su pueblo y al amparo de un cielo y un sol familiares.

El volumen recoge artículos previamente publicados en la prensa, principalmente en *El Nacional de México* y se divide en tres cuerpos que, de algún modo, reflejan la propia vida de don Antonio y su interés por documentar la insurgencia, la subversión y la revolución en Yucatán a lo largo de los siglos, además de recapitular sus recuerdos personales dentro y fuera de México: “I. De la tierra nativa; II. Caminos del mundo; III. Testimonios y comentarios políticos”. En este último tramo figuran unas páginas que seguramente alimentaron las conversaciones madrileñas de aquellos admirados escritores: “Premonición de la decena trágica” refiere cómo, en el invierno de 1912, cuando estaba a punto de dar inicio el incendio revolucionario en la ciudad de México, al poeta peruano José Santos Chocano se le ocurrió visitar México, movido por la curiosidad de ver cómo nacía la democracia.

Por aquella época, entre algunos círculos políticos e intelectuales —empezando por el propio Francisco I. Madero: “No te han engañado al decirte que soy espiritista, porque efectivamente lo soy, y muy entusiasta”, le escribía Madero a Eduardo Durán el 17 de febrero de 1905—,³ estaba de moda el espiritismo, y Mediz Bolio, que provenía de un colegio de sacerdotes, como Benito Juárez y Melchor Ocampo, y pensaba —como luego diría en un debate parlamentario— “que era mejor ser liberal en Cristo que católico en Voltaire”, tenía, como advirtió Alfonso Reyes, ciertas inclinaciones teosóficas, cosa que en aquella época era hasta cierto punto usual.

Antonio Mediz Bolio refiere así las circunstancias en que se le dio a conocer la premonición de la señorita Julia Z., mujer respetuosa y afectuosa que abrió su casa a un reducido círculo de amigos y que estaba ungida, por así decir, con el singular don de la disponibilidad espiritista:

El caso fue que ‘Quico’ me llevó una noche a la casa de Julita Z. Me había hablado con fervor de sus asombrosas facultades de clarividente, don natural que ella, por cierto, no cultivaba ni ejercía profesionalmente, ni menos con objeto proselitista ni interesado en modo alguno. Cuando alguna cosa *oía*, veía, o sentía, la contaba llanamente, sin ‘trance’ ni ‘sesión’, ni nada parecido. Generalmente, su agradable tertulia —a la que el coronel contribuía muchas veces con pintorescos relatos de sus campañas— transcurría sin ninguna manifestación de los poderes suprafísicos de Julita. En contadas ocasiones ella *oía* o *veía*, y decía entre el humo de su cigarro de hoja y en tono afable y tranquilo, sin solemnidad ni afectación, cosas muchas veces en conexión con alguno de los presentes. Lo mismo hablaba de sucesos pasados que describía frases que solo ella escuchaba, o que —esto pocas veces— explicaba sus visiones reales o simbólicas de lo que sentía que estaba por suceder en un futuro más o menos próximo. Pero todo esto era como un relato natural dentro de la conversación, que se interrumpía para escucharla, y luego de alguna sobresaltada pregunta y algún admirado comentario, continuaba tranquilamente. Ni se apagaba la luz ni se invocaba espíritus, ni se rezaban oraciones, ni había nada de rito ni parafernalia.

³ Yolia Tortolero Cervantes, *El espiritismo seduce a Madero*, México, Conaculta/Fonca, 2003.

Así Julita inspiraba respeto, afecto y un confiado interés en quienes lealmente se acercaban a ella. Por otra parte, el círculo de Julita era muy limitado y muy escogido entre gentes de buena voluntad. Y, además, nadie podía engañarla. Le veía a uno el corazón.

Introducido yo en este apacible ambiente, lo frecuenté con gusto y con atención. Debo confesar que no una, sino varias veces, Julita me dijo cosas relacionadas íntimamente con mi vida, que me conmovieron y me llenaron de asombro. No es el caso de referirlas ahora, pero ello es que hicieron flaquear vivamente mi resistencia natural a admitir sin plena comprobación lo que estaba fuera del alcance de mis sentidos o de mi entendimiento.

Por esta misma época llegó a México José Santos Chocano, con quien tuve una fraternal y estrecha amistad. Alguna vez hablaré extensamente de este hombre admirable. Sucedió que un día y otro conversamos y discutimos de los misterios del más allá. Chocano tenía una encendida y agitada inquietud por lo sobrenatural. Lo llevé a casa de Julita Z., quien manifestó gran complacencia en conocerlo. Chocano quedó fascinado. Desde su primera visita Julita acertó a decirle algo que a un tiempo lo sobresaltó y lo encantó. Muchas veces fuimos juntos a ver a nuestra maravillosa amiga. Chocano hizo unos bellísimos versos que son feliz retrato de ella, en el marco de su silenciosa salita antigua, fragante a copal, entre sus muebles venerables, sus pálidas cortinas y alumbrada por la suerte de sus viejas lámparas.

Y así fue que empezaba el invierno de 1912. La República estaba aparentemente en completa paz. Vencida la rebelión orozquista y aplastado en su nido el cuartelazo felicista de Veracruz, Zapata en las montañas de Morelos, apenas daba muestras de actividad. El general Bernardo Reyes estaba preso en Santiago y Félix Díaz encerrado en la Penitenciaría. Todo indicaba que el gobierno del señor Madero entraba en una era de consolidación.

En casa de Julita Z. se hablaba apenas de política, por más que ella era fiel entusiasta de Madero y de la Revolución. Sus amigos de confianza eran maderistas. Pero jamás —que yo hubiere sabido— ella aplicó sus facultades psíquicas a temas políticos. Hasta que sucedió la cosa extraordinaria que voy a contar.

Una tarde —sería como a mediados de noviembre— estábamos en la tertulia de Julita, Chocano y yo. Había dos o tres personas más. Se hablaba de asuntos corrientes. De pronto Julita se abstraigo, se puso visiblemente nerviosa: su mirada iba de un punto a otro, como si persiguiera en el espacio algo que nosotros no podíamos ver. Se levantó rápidamente, tomó de una mano a Chocano y de otra a mí. Nos dijo:

—Vengan conmigo un momento, con permiso de los señores.

Y nos condujo a su recámara, cuya puerta cerró. Se sentó en ella al borde de la cama y nos señaló dos sillas. Dijo:

—Siento necesidad de decirles a ustedes lo que estoy viendo. Veo cosas muy extrañas. Sentados frente a ella la oíamos, atónitos.

Y como si hubiera tenido delante una pantalla en que corrieran escenas de cine, comenzó a describir, en frases cortadas, enronqueciendo a veces de emoción, lo que parecía que estaba viendo. Fuera de detalles, muchos sin importancia, lo que nos iba diciendo que veía, fue, en breve resumen, lo siguiente:

En un edificio de despachos de la calle de Tacuba, veía entrar de noche diversas personas que se reunían en uno de los departamentos. Reconoció a alguna de ellas y dijo sus nombres. Recuerdo el de Rodolfo Reyes.

—Son reystas y *oigo* que están poniéndose de acuerdo en algo muy reservado —dijo.

Esto parecía ser una cosa actual que estaba sucediendo. Dijo que veía después una calle de México, en una madrugada. Por ella iban tropas que, sin hacer ruido, se encaminaban hacia el centro. Frente a la prisión de Santiago veía soldados y civiles agrupados. Había un caballo ensillado. Dijo que veía salir al general Bernardo Reyes (le describió minuciosamente), que se ponía una banda al cinto, subía al caballo, rodeado de los demás, y todos echaban a andar. Luego, la Penitenciaría. Ametralladoras, soldador. Se abría la puerta. Salía Félix Díaz (lo identificó claramente). Llevaba un ramito de flores en la solapa. Luego oía tiros, muchos tiros; veía gente correr por las calles. Y veía la puerta central del Palacio Nacional, y frente a ella, en el suelo, el cadáver del general Reyes, con un triángulo rojo en la frente.

Luego oía estruendos de cañones: Julita se tapaba los oídos y nos decía:

—¿Pero no oyen ustedes los cañonazos?

Seguía describiendo escenas por las calles de la ciudad. Caballos que corrían desbocados, sin jinetes. Horrorizada, describía montones de cadáveres que se quemaban. Veía cruzar por uno y otro lado a un hombre recio, cargado de hombros, en gorra y abrigo militar, que ocultaba su cara con algo que no la dejaba ver. Oía después que cesaba el cañoneo.

—Siento miedo —nos decía—. Parece que hay muchos que tienen miedo en la ciudad.

Después de frotarse los ojos, Julita volvió a fijar la mirada hacia arriba, y nos dijo que veía al señor Madero y al licenciado Pino Suárez, envueltos “en una bolsa de fuego, que iba rodando, rodando...”

Después, apretada su voz por la angustia, dijo que los veía muertos, ensangrentados sobre la hierba...

Como final de su visión, Julita habló de una “resbaladilla” de cuero, por la cual se precipitaba hacia abajo el hombre de la cara velada y el abrigo militar. Y después dijo que veía a un hombre de grandes barbas blancas, montado en un caballo blanco, que venía del norte con “una bola de gente tras él...”

Dicho todo esto, Julita, fatigada, se reclinó en su cama y nos dijo, ya con su sonrisa normal y su voz apacible:

—Yo les he dicho lo que vi y lo que oí. No les digo que lo crean. Nunca había yo visto cosas de esta clase. Puede ser todo una alucinación...

Chocano y yo salimos de la casa desconcertados, en silencio, y así caminamos sin saber qué decir hasta el hotel Sanz, en donde él se alojaba. Nos despedimos. Al día siguiente, en frío, discutimos el caso. Nos pareció tan inverosímil, que casi perdimos la fe en la serenidad de Julita, y por no perderla, y analizando bien las cosas, quedamos en que, como ella misma nos dijo, todo podría haber sido una extraña alucinación mental. Dejamos así el asunto queriendo tranquilizarnos a nosotros mismos. Pero, sin embargo...

Las premoniciones de la señorita Julia, la casta y fina espiritista, deben haber impresionado vivamente a Alfonso Reyes que, aunque no había estado físicamente presente en los hechos trágicos verificados la fría mañana del domingo 9 de febrero de 1913, había sabido reconstruir los pormenores y las circunstancias por oídos de testigos presenciales que habían visto todas las escenas de aquel domingo de metralla y habían, por decirlo así, tocado aquella “bola de fuego con sus propias manos”. De hecho, Reyes, años después, en Buenos Aires, acudiría al gabinete de otra especialista, Irma Maggi, para pedirle que le dijera qué veía tocando el sombrero de cacería que el general Reyes traía puesto aquel día fúnebre y que Alfonso supo cargar con sus prendas más personales a lo largo de más de los 25 años de errancia que duró su odisea personal y diplomática.

Había, pues, numerosos puntos de contacto sobreentendidos y simpatías entre el yucateco yucatólogo Antonio Mediz Bolio y el joven maestro del verso y de la prosa Alfonso Reyes. Así que cuando este recibe de

aquel una misiva presentándole los trazos generales de su libro recién escrito y pidiéndole que lo prologue, Reyes no dudará en hacerlo.

La carta de Mediz Bolio a Reyes, quien no ignoraba su inclinación hacia los mencionados estudios teosóficos, decía:

He pretendido hacer una ‘estilización’ del espíritu maya, del concepto que tienen todavía los indios —filtrando desde millones de años— de sus orígenes, de su grandeza pasada, de la vid, de la divinidad, de la naturaleza, de la guerra, del amor, todo dicho con la mayor aproximación posible al genio de su idioma, y al estado de su ánimo en el presente. Le repito, para explicarme, que he pensado el libro en maya y lo he escrito en castellano. He hecho como un poeta indio, que viviera en la actualidad y sintiera, a su manera peculiar, todas esas cosas suyas. Los temas están sacados de la tradición de huellas de los antiguos libros, del alma misma de los indios, de sus danzas, de sus actuales supersticiones (restos vagos de las grandes religiones caídas) y, más que nada, de lo que yo mismo he visto, oído, sentido y podido penetrar en mi primera juventud, pasada en medio de esas cosas y de esos hombres. Todo ello me rodeó al nacer, y fui impresionado, antes que por nada, por ese color, por esa melancolía del pasado muerto que se hace sentir, sin sentir, en las ruinas de las ciudades y en la tristeza del hijo de las grandes razas desaparecidas, que tiene una continua evocación de lo que fue delante de los ojos. Una poesía especialísima, autóctona, misteriosa y de fuentes remotísimas hay en todo eso. Yo he querido aprovecharla y he hecho este primer ensayo.

[...] De vez en cuando, en la expresión, en las imágenes, es posible que se encuentre cierta semejanza con lo oriental. Eso es precisamente porque todo lo prehistórico de América tiene este sentido estético y religioso inseparable del Oriente asiático, y quién sabe sino es el oriente el que se parece a América, porque ella fue su raíz. De todos modos, el carácter es así, y así lo he dejado.⁴

En esta carta no solo está entero y cabal todo Mediz Bolio sino, como reconoció el propio Alfonso Reyes en su carta-prólogo al libro legendario, en ella parece cifrarse todo un programa, no solo un *sylabbus* poético y literario, sino un trazo de tareas, acciones y políticas que integrarían en

⁴ Carta de Antonio Mediz Bolio a Alfonso Reyes citada en “Carta prólogo de Alfonso Reyes al libro de Antonio Mediz Bolio, *La tierra del faisán y del venado*”, primera edición, Buenos Aires, 1922, p. IV.

el orden ético, el diálogo equitativo e incesante, cordial, entre las naciones que integran el gran cuerpo nacional llamado República Mexicana.

Ocho años después de publicado el libro *La tierra del faisán y del venado*,⁵ Mediz Bolio lanza su traducción de *El libro de Chilam Balam de Chumayel*, desde Costa Rica, en 1930, en las Ediciones del Repertorio Americano, animadas por el erudito Joaquín García Monge, quien lo presenta como “natural y vecino de México”, y que había publicado 15 años antes, en 1915, la primera edición de *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes. La traducción de *El libro de Chilam Balam de Chumayel* le llevó a Mediz Bolio, como él mismo dice, muchos años, y es muy probable que la haya empezado en fecha más o menos paralela a la escritura de *La tierra del faisán y del venado*. Un detalle significativo: en el expediente personal de Antonio Mediz Bolio que se encuentra en la Secretaría de Relaciones Exteriores (y que he podido consultar gracias a los buenos oficios de la doctora Mercedes de la Vega) se consigna que Mediz Bolio domina el español, el francés y el inglés, pero el dominio de la lengua maya se pasa en silencio.

En su noticiosa y sólida “introducción”, Antonio Mediz Bolio da cuenta de los antecedentes y paraderos del manuscrito que fue entregado en el pueblo de Chumayel al obispo don Crescencio Carrillo y Ancona —quien fue uno de los maestros de Mediz Bolio, al que conocía desde niño—, y que gracias a su albacea, don José Dolores Rivero Figueroa, fue fotografiado, página por página, por dos distintos investigadores, y copiado por Berendt desde 1868. De esta copia, Brinton publicaría varios tramos en sus *Maya Chronicles*, mientras que la reproducción fotográfica de G. B. Gordon serviría para hacer la edición que el Museo de la Universidad de Filadelfia haría en 1913, y es la que le serviría a Mediz Bolio para realizar su traducción. Don Antonio estaba muy consciente de las dificultades que presentaba la paleografía del texto, pero no las soslayó ni eludió como indican las casi 300 notas y los diversos apéndices y aco-

⁵ El libro fue producido en la “Imprenta y Librería Lehmann” que, por cierto, todavía existe en San José, Costa Rica.

taciones finales con que hizo acompañar su trabajo tan admirable como arduo de traducción. El hecho de que tres distintos investigadores extranjeros se hayan interesado en copiar o fotografiar el texto sugiere hasta qué punto el interés por la cultura maya prehispánica movilizó a muchos investigadores europeos y usamericanos del siglo XIX y principios del XX. Mediz Bolio no estaba solo: una legión de mayistas y yucatólogos —para emplear una voz de la época— rondaban la península dorada y, desde los primeros años de la Revolución, primero con Salvador Alvarado y sus ideas sociales y socialistas, Yucatán y los mayas atraieron a curiosos y periodistas del exterior, como Kenneth Turner, o la peregrina Alma M. Reed, quien enlazó su vida sentimental con la del gobernador Felipe Carrillo Puerto —el Abraham Lincoln mexicano—, quien, por cierto, moriría fusilado en 1922, pocos meses antes de la publicación de *La tierra del faisán y del venado*.

La traducción de *El libro de Chilam Balam de Chumayel* no pasó desapercibida: José Juan Tablada la reseñó de inmediato con entusiasmo reconociendo las dificultades de ese traslado: “Mediz Bolio no hubo de encontrarse con una sola esfinge, como Edipo, sino con todo un propileo [vestíbulo] de esfinges y crio-esfinges”.⁶

Y sobre el texto mismo abunda Tablada:

De su hipogeo paleográfico, este Chilam Balam, airado y lamentable, un Isaías a veces, en otras un Job, no ha salido muerto, como una momia en brazos de la arqueología, sino por taumaturgia del poeta surge vivo, patético, conmovedor...

Surge de su vida críptica aún embalsamado por esas especiosas fragancias de la cultura maya, de la portentosa civilización de los Itzáes, y al erguirse parece gotear todavía cual turquesas el agua sagrada de los cenotes y dejar caer en oro finísimo el polen de las florestas [...]

⁶ José Juan Tablada, “*El Chilam Balam*”, *El Universal*, 29 de agosto de 1930, recopilado en *Obras completas*, t. V, *Crítica literaria*, ed., sel. y pról. Adriana Sandoval, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1994, pp. 427-430.

Tiene razón el poeta que tan devota y bellamente nos ha dado esta obra. Este libro es un fragmento de la antigua sabiduría. Entre su ramazón védica, brilla la clara estrella de la Upanishad.

Un rayo de luz que viene de muy alto, de muy lejos, quizá de ese luminar de la Atlántida, uno de cuyos destellos quedó fundido en el prodigioso Mayab.

José Juan Tablada no le tenía miedo a las grandes ideas; de hecho, a su crítica literaria la recorren las ideas de la teosofía, cosa corriente en la época, como muestran los desarrollos de José Vasconcelos y otros. Lo que me interesa resaltar aquí es que la traducción de *El libro de Chilam Balam* no pasó inadvertida, y fue considerada desde un inicio como un verdadero acontecimiento. Mediz Bolio fue nombrado enviado, extraordinario y ministro plenipotenciario en Costa Rica y Nicaragua desde enero de 1925 hasta abril de 1933, cuando el presidente Abelardo L. Rodríguez da por terminada su misión. No hizo tan mal papel cuando el presidente de Costa Rica lo hizo objeto —en mayo de 1917— de innumerables cortesías, como la de poner a su disposición el automóvil y el vagón de tren reservados a la Presidencia para ir de Panamá a Colombia. Una voz sarcástica diría: “los ticos lo supieron reconocer como un príncipe maya”. Don Antonio pudo velar personalmente el proceso de publicación de este importante y complejo libro de libros.

Aunque los estudios sobre la cultura y la lengua maya han observado desarrollos notables en los últimos años, la traducción de Mediz Bolio no ha dejado de tener vigencia por su acuciosa y rigurosa atención al texto, como se desprende de este comentario del historiador y antropólogo Gordon Brotherson:

Un capítulo del *Chilam Balam* que adquiere especial significación al ser puesto en esta perspectiva es el que abre el libro de Chumayel, el único libro del corpus que marca las fechas de la ERA, para reflexionar ampliamente sobre la historia maya y para elaborar una filosofía maya del tiempo. Los primeros traductores, Antonio Mediz Bolio (1930) y Ralph Roys (1933), reconocieron sus cualidades especiales. No obstante haber trabajado en una

época en la que se ignoraban aun más que en la actualidad muchos aspectos de la cultura maya.⁷

Prueba de su vigencia, también, es el hecho de que la eminente antropóloga mexicana Mercedes de la Garza la haya tomado como base para su edición de dicho libro añadiendo notas y comentarios inspirados en las lecturas de las otras dos traducciones disponibles, la de Ralph L. Roys (1933) y la de Alfredo Barrera Vásquez y Silvia Rendón (1948). O que la versión de Mediz Bolio le haya servido a Jean-Marie Gustave Le Clézio, para hacer la traducción al francés en Gallimard (1976).

Casi al mismo tiempo que fue publicada esa traducción, Mediz Bolio es designado socio correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, y en 1946 es elegido socio de número en sustitución de Antonio Caso. Por razones de enfermedad leerá su discurso de ingreso sobre la “Interinfluencia del maya con el español de Yucatán” cinco años después, en mayo de 1951, en el Teatro de Bellas Artes, donde lo recibe Genaro Fernández MacGregor, quien sabe subrayar la triple vertiente de Antonio Mediz Bolio: el artista, estudioso y traductor de *La tierra del faisán y del venado*, el dramaturgo y el poeta, el diplomático y el ciudadano. Ese discurso es una prueba ostensible del dominio que tenía de la historia de ambas culturas —la maya y la española— y de ambos idiomas. También hay una simetría curiosa entre este discurso y el que Andrés Henestrosa dedicó a la influencia del español en el zapoteco.

En noviembre de 1956 se le rinde un gran homenaje en su natal Yucatán con motivo de los 50 años del estreno de su obra *Alma Bohemia*. El homenaje se da en grande y corre por siete ciudades de la península; participan alrededor de 20 escritores e investigadores —entre los que sobresalen Andrés Henestrosa, Juan Rejano y Pedro Garfías—. Se le otorgan numerosos diplomas y se le nombra doctor *honoris causa* por el Instituto Campechano de Cultura. El poeta Pedro Garfías le dedica el siguiente poema:

⁷ Gordon Brotherson, *La América indígena en su literatura. Los libros del cuarto mundo*, México, FCE, 1997.

AL MAESTRO ANTONIO MEDIZ BOLIO

El hombre tiende, como el elefante,
al filo de la muerte,
a buscar el panteón de sus mayores.
Bendito sea el pueblo, maestro Antonio,
que a la hora en que le llega
su hijo predilecto,
fatigado de andar y moribundo,
en vez de ornar su muerte
con crespón y laureles,
lo resucita y lo devuelve al pueblo universal.⁸

A don Antonio Mediz Bolio se deben tres letras de canciones populares: “Caminante del Mayab”, “Yukalpetén” y “Campanita de cristal” (además, parte del texto que sirve para armar el espectáculo de “luz y sonido” en las ruinas de Uxmal se deriva de algunos de sus escritos).

ALEJANDRO QUIJANO

José G. MORENO DE ALBA

Señores académicos,
señoras y señores:

Nos cuenta la historia de nuestra Academia que a mediados del año 1939 enfermó con cierta gravedad su entonces director don Federico Gamboa. Ello lo obligó a residir por una temporada en Cuernavaca. Decidieron los académicos visitarlo y se trasladaron a esa ciudad el 15 de julio de

⁸ *Homenaje al Maestro Antonio Mediz Bolio. Memoria de los actos realizados con motivo del cincuentenario del estreno de su primera obra teatral*, Mérida, Yucatán, México.

ese año. Después de comer con él, llevaron sus colegas a don Federico a Tepoztlán, donde se le tomó la última fotografía que de él existe. El señor Gamboa moriría un mes después, el 15 de agosto. Se reunieron los académicos el 20 de septiembre, bajo la presidencia del decano, don Salvador Cordero, quien hizo la declaración oficial del fallecimiento del director y la crónica de su entierro, en el que había hecho su elogio el académico don Alejandro Quijano, precisamente quien, por unanimidad, resultaría electo nuevo director de la corporación en esa misma sesión y quien lo sería por los siguientes 18 años.

Nació don Alejandro en Mazatlán el 5 de enero de 1883, y fue nombrado académico de número el 9 de octubre de 1918, para ocupar la silla XVI, que había dejado vacante al morir el poeta Enrique Fernández Granados. Su discurso de ingreso se tituló “La poesía castellana en sus cuatro primeros siglos”. Le dio la bienvenida don José López Portillo y Rojas. Bien merece ser recordado por su brillante carrera profesional de abogado y de profesor de materias jurídicas y literarias, así como por sus dotes de orador y escritor. Fue asimismo un atento estudioso de las palabras y de sus definiciones, de lo que da prueba suficiente su meticuloso estudio sobre los diccionarios académicos. De sus inquietudes sociales es muestra su excelente desempeño como presidente de la Cruz Roja Mexicana, durante los duros años de la Segunda Guerra Mundial, cuando prestó invaluable servicios no solo a sus compatriotas sino también a numerosas personas con familiares en los países donde con mayor fuerza se sentía el azote de la guerra. De todo ello podría yo hablar en esta ocasión en que se cumplen 50 años de su fallecimiento, acaecido el 17 de febrero de 1957. Prefiero sin embargo dedicar unos minutos a recordar a ustedes algunos aspectos de su magnífica gestión como director de esta Academia.

Tuvo esa responsabilidad por muchos años. Prevalecían, para la Academia, las difíciles condiciones de épocas anteriores. Seguía la corporación sin contar con casa propia y carecía de los recursos económicos necesarios para sus pequeñas necesidades. Creo sin embargo que fue

precisamente durante la dirección de don Alejandro cuando la Academia adquirió el perfil institucional que hoy la caracteriza. Una de las preocupaciones del señor Quijano era el relacionar de mejor modo a la Academia con la sociedad. Entre las medidas que para ello tomó destaca la de hacer públicas las sesiones en las que un nuevo académico pronunciaba su discurso de ingreso. El acuerdo se tomó en la sesión celebrada el 3 de enero de 1940: en lo futuro, la presentación de los académicos numerarios se haría en sesiones públicas, toda vez que de esta manera la corporación podría mostrar de modo práctico la importancia de las labores que venía realizando. Antes de su administración solo unas pocas sesiones solemnes eran públicas. Hoy vemos no solo con naturalidad sino como necesarias las frecuentes sesiones públicas de la Academia, como esta que hoy estamos celebrando. Esta saludable costumbre procede de los tiempos en que era director don Alejandro Quijano.

Las reuniones privadas solían tener lugar ya sea en la casa, ya sea en el bufete del director; las públicas, casi siempre se organizaban en la sala Ponce del Palacio de Bellas Artes. En el periodo de la dirección de don Alejandro (1949-1957) ingresaron en la Academia los más destacados hombres de letras de la época. Puedo mencionar, entre ellos, a don Francisco Monterde, don Antonio Mediz Bolio, don José Vasconcelos, don Julio Jiménez Rueda, don Julio Torri, don Martín Luis Guzmán, don Alfonso Junco, don Alfonso Reyes, don Alfonso Cravioto, don Jesús Silva Herzog, don Luis Garrido, don Francisco Javier Santamaría, don Luis María Martínez, don Isidro Fabela, don Alfonso Méndez Plancarte, don Antonio Gómez Robledo, don Ángel María Garibay, don Agustín Yáñez, don Carlos Pellicer, don Salvador Novo, don José Gorostiza, don Octaviano Valdés, don Manuel Toussaint...

El espíritu de don Alejandro Quijano está también, de alguna forma, en nuestra pequeña biblioteca. Sabemos que durante los primeros 50 años de vida de la Academia no tuvo esta una biblioteca propiamente dicha. En una sesión de mayo de 1943, el director don Alejandro Quijano informa:

como es sabido por todos los señores académicos, nunca ha habido una verdadera biblioteca académica; esto debido, principalmente, sin duda, al hecho de que no teniendo la Academia domicilio fijo, no ha sido fácil organizarla; siendo el único libro valioso que ha venido guardando nuestro distinguido bibliotecario don Alberto María Carreño un magnífico ejemplar de la *Biblioteca* de Beristáin, en su primera edición. Otros libros, de menor valía, se han perdido, desgraciadamente.

Cuando concluía el periodo presidencial de don Miguel Alemán, este ordena la adquisición para la Academia de las bibliotecas que pertenecieron a don Darío Rubio y a don José Rubén Romero. Por diversas razones las negociaciones fracasan. Sin embargo, en 1959, dos años después de la muerte de don Alejandro Quijano, la Academia convenció al entonces secretario de Educación, don Jaime Torres Bodet para que se adquiriera la biblioteca del finado director. Se logra el acuerdo presidencial y la Academia entrega a la viuda de don Alejandro la cantidad de 150 000 pesos a cambio de una excelente colección de 5 640 volúmenes. Esta es la base de nuestra actual biblioteca. A ella se añadió, en el año 1976, la donación que don Alberto Vázquez del Mercado hizo de 1 500 volúmenes. Dos años después el mismo don Alberto regalará otro importante lote de libros. Como se ve, si se puede hablar de un fondo de origen de la biblioteca de nuestra Academia, este consiste en los libros de quien fue su director, don Alejandro Quijano.

Dije antes que cuando llega a la dirección de la Academia el señor Quijano esta no tenía casa y seguía como peregrina. Si antes sesionaba en el domicilio de don Federico Gamboa, ahora lo hacía en el de don Alejandro. Nos recuerda don Alberto María Carreño que hubo una circunstancia que permitió a la corporación disponer de un sitio para trabajar. Siendo presidente de la República don Miguel Alemán, lanzó la iniciativa para celebrar el primer congreso de academias de la lengua española. Lo hizo saber a la Mexicana a través del académico don José Rubén Romero. Acogida la idea con entusiasmo, la Academia formó una comisión para preparar tan importante encuentro y, de acuerdo con su

director, el señor Quijano, alquiló un despacho en la casa número 35 de la avenida Madero. Allí se refugió la Academia para celebrar sus sesiones privadas, mientras el académico Romero seguía sus gestiones para conseguir un local propio. Cuando concluyó el congreso, la comisión siguió trabajando en la preparación del segundo encuentro y, para ello, siguió ocupando el despacho de la calle de Madero. Se invitó a la Academia a que continuara teniendo sus sesiones en ese domicilio.

Muere don José Rubén Romero en 1952, y los académicos Quijano, Carreño y Fernández MacGregor siguen buscando una sede definitiva para la Academia. Tuvieron suerte. El presidente Alemán expidió un decreto cediendo a la Academia un edificio que formó parte del antiguo convento de San José de Gracia. No pudo este utilizarse por el estado ruinoso en que se encontraba. Decidió entonces el presidente Alemán otorgar a la Academia un patrimonio, que esta utilizó en parte para adquirir la hermosa casa de Donceles 66, donde trabajó desde entonces hasta el año 2000, cuando se mudó a la actual sede de Liverpool 76, donada por don Alejandro Burillo.

Adaptada la casa de Donceles 66 para las necesidades de la Academia, fue solemnemente inaugurada el 15 de febrero de 1957. Presidía el acto, en representación del presidente Ruiz Cortines, el secretario de Educación, don José Ángel Ceniceros y, por parte de la Academia, el decano, don Manuel Romero de Terreros. No pudo estar presente su director, don Alejandro Quijano, porque se hallaba gravemente enfermo. No quiso sin embargo estar del todo ausente, y en su lecho de enfermo dictó un breve y hermoso discurso que, durante el acto, fue leído por don Julio Jiménez Rueda y que está publicado en el tomo XVI de nuestras *Memorias*. Dos días después de la inauguración de la nueva sede, el 17 de febrero de 1957, hace de ello poco más de 50 años, muere don Alejandro Quijano.

Como se ve, mucho debe la Academia Mexicana de la Lengua a quien fue su director por 18 años. Ahora, cuando se cumplen 50 de su fallecimiento, en los albores de este nuevo milenio, lo recordamos con afecto y con agradecimiento.

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS
EN SESIONES ORDINARIAS

UN GRAN POETA DESCONOCIDO*

Gustavo COUTTOLENC

Dice Gabriel Méndez Plancarte:

Don Luis González Obregón en su obra sobre el genial aventurero irlandés *Don Guillén de Lampart, la Inquisición y la Independencia en el siglo XVII* (Vda. de Charles Bouret, París-México, 1908), da noticia de un libro escrito en latín por don Guillén durante su segunda prisión, en estos términos: “Careciendo de papel, hacia 1654, se le ocurrió escribir en los lienzos de sus sábanas, y así compuso un libro en verso y en latín, que consta de 918 salmos y el cual... forma un volumen de 117 fojas, o sean 234 páginas en folio, que corre agregado al tomo segundo de la Causa. Traducido el título al castellano dice así: ‘Libro primero del Regio salterio de Guillermo Lombardo o Lamport[...], Rey de la América Citerior y Emperador de los Mexicanos...’ Bien merecía esta obra, escrita en los calabozos de la Inquisición de México por un hombre tan instruido como extravagante, y tan inteligente como desgraciado, que fuese traducida y publicada a fin de estudiar mejor su carácter y lo que pensaba y creía en los últimos años de su prolongada prisión”.¹

Con gran empeño Méndez Plancarte se dirigió al Archivo General de la Nación, y localizó fácilmente los tomos 21 y 22 de la Colección Riva Palacio (1496-1497) del ramo de Inquisición, que son los que contienen la causa de don Guillén. Allí, en el segundo tomo, como lo anotaba González Obregón, es donde se encuentra la riquísima mina poética que nadie ha explorado hasta ahora y que bien merece ser conocida y estudiada.

De esa obra, de su contenido y forma nos habla el insigne exhumador de textos, Gabriel Méndez Plancarte. “En la mayor parte de sus salmos

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 12 de enero de 2006.

¹ En *Don Guillén de Lampart y su “Regio salterio”, ms. latino inedito de 1655*, estudio, sel., versión castellana y notas Gabriel Méndez Plancarte, México, Bajo el Signo de Ábside, 1948.

imita la forma paralelística de los salmos hebreos, sin número fijo de sílabas y sin rima, pero en sus 17 Himnos se encuentran diversos metros que prueban ampliamente el conocimiento de la versificación clásica con una impecable prosodia”.

Gabriel Méndez Plancarte, espigando aquí y allá, nos ofrece algunas muestras de esa vastísima obra inédita despertándola de un sueño de tres siglos en el archivo de la Inquisición.

“Da principio con los salmos penitenciales al ‘modo davídico’ de sus desvíos, se anticipa a Paul Claudel en el hallazgo intuitivo del valor poético y religioso de los salmos hebreos y en molde sálmico se da a conocer la fuente de su inspiración”. He aquí un ejemplo: “La magnificencia de Tus manos y la riqueza de Tu casa se extiende aun a los perros: que la abundancia de tu generosidad no se aparte, pues, del hijo necesitado”.

En buena parte la poesía de don Guillén es religiosa y, a veces, muy cerca de la poesía mística, aunque en sentido amplio, tipo san Juan de la Cruz y santa Teresa de Ávila. Vayan algunos títulos:

a) Al nacimiento de Jesús

Salve, oh Dios niño, que hoy te alegras de tu
nueva vestidura: juegas en el seno virginal y reposas
en sus brazos sagrados.

En el pesebre balas como cordero destinado al sacrificio:
he aquí que ya se afila el cuchillo y tu níveo
vellón teñirase de rojo esplendor.

Ante tus rayos se rejuvenece la misma senectud:
Simeón, lleno del Paráclito, te abraza como al Cristo del
Señor, y como el cisne, exhala cantando su vida fatigada.

A Ti, verdadera Luz, búscante con tu luz los reyes
y como a Rey te adoran con tus dones:
y no temen al cruel tirano que contra Ti se estremece de rabia.

b) En la fiesta de los inocentes

El inocente congrega la tierna grey de inocentes,
y anuncia que va a inmolarse por su grey, Pastor clemente,
flores en la aurora, a Cristo,
confiesan ya con su muerte;
siguen al Cordero hablando
no con sonoras palabras sino con sangre elocuente.

Rosas que en su propia sangre
bañaron turbiones crueles;
viviréis siempre fragantes
en los jardines celestes.

c) Al santísimo nombre de Jesús

Hoy de Jesús el sacrosanto Nombre
con suave canto celebrar pretendo,
y sus torrentes de dulzor divino
canta mi musa.

Ángeles todos, Serafines puros
y Potestades del radiante Olimpo,
digan, doblando la rodilla sacra
este su nombre

La diadema de soberbios Reyes
su majestad ante este Nombre humille;
y ante este nombre de Jesús, el mundo
postre sus dones.

d) Los trofeos de Cristo

Tiembla el Cordero, el cielo se abaja
hasta el suelo, y su Rostro se ciñe de purpúreo sudor;
y sus brazos penetrantes pide,
y alcanzan el consuelo celeste.

El que guía a las cohortes es el Traidor,
 en la tiniebla de la noche ruge el león;
 y el cándido Cordero,
 valando, es escogido por el beso del lobo
 y por el zarpazo del dragón.

e) En la fiesta de la santa Cruz

Salve, Cruz fúlgida de ínclitos méritos,
 árbol que el dulce peso llevaste
 de Jesús; tálamo del Rey amable
 dulce sello de Cristo.

Hoy enriquéctete la noble púrpura
 y el fruto muestras —rasadas gotas—
 que del Santísimo Pecho derramas,
 y de laurel coronante.

¡Demos alabanzas honor y gloria
 al Hijo excelso que en ti pendiera;
 al Padre gloria y al Santo Espíritu,
 oh, luz y paz sin límites. Amén!

f) Salmos a Cristo Rey, en que con sentido profético se adelanta a la institución de la fiesta de ese nombre: “salmos 389, 401 y 671”.

Cantaré audazmente, confiando a mi Dios
 omnipotente; y predicaré la gloria de su potencia
 aun entre las miserias del mundo.

Usaré el nombre de Rey; escuchad, oh pueblos,
 las misericordias del Altísimo:
 el Señor creó un Rey de un miserable
 y de un extranjero hizo un príncipe.

El rey, primero de los mexicanos, hecho por Él,
 eterno excelso, agradecido canta sus alabanzas
 a su Rey y Dios Jesucristo.

Te sigo en tu Reino, juzgando vanas las cosas mortales:
a Ti solo quiero eterno tesoro de vida, en el reino de tu gloria.

Mexicanos, hijos de Cristo Rey,
sellados con su sangre y en su fe:
no queráis amar ya la vanidad
ni los engaños del mundo.

g) Salmos a María, en que también se anticipa al título de la Concepción
Inmaculada antes de ser definido el Dogma. He aquí el salmo 367:

Cantaré al Rey mi Señor nuestros cánticos en mi corazón:
exultante cantaré en mi cítara tus eternos pregones.

He aquí Tu primer favor; que no permanezca oculto
el don que me concediste a mí, indigno:
la visión de la Madre del Verbo Divino.

La Madre Virginal, serena e intacta majestad
ceñida de cándida veste,
manifiéstate purísima ante mis ojos.

Pero, más que en Virgilio, don Guillén se inspira para cantar a María en los enamorados himnos medievales de san Bernardo “El Doctor Meliflúo” y en los tercetos ignicentes de Dante Alighieri de los que nos parece percibir un eco en este salmo 368:

Benedicid al Señor en su omnipotencia incomprensible:
alabad a Aquel que creó para sí a la Virgen María Inmaculada.

h) En la fiesta de la circuncisión

Ya se adelanta la Aurora
venciendo a la misma flora
rutilante;
y el Sol —lámpara febea—

en su regazo flamea, palpitante,
 como diosa bendecida
 del fulgor del Sol vestida,
 va llevando al que limpia los delitos
 y sus dones infinitos va regando.

- i) Salmos a la Trinidad, y siempre con la más limpia ortodoxia en el dogma trinitario en el que es más fácil caer en expresiones teológicamente inexactas. Por ejemplo, en el salmo 634 en la quinta estrofa usa don Guillén la palabra *produce* refiriéndose al Hijo, pero ese *lapsus verbi*, y digo *lapsus* porque en el Himno a la Trinidad se elimina esa palabra y se dice:

A ti, Padre Engendrador,
 a ti, el Engendrado único
 y al procedente Paráclito,
 a ti Dios Trino y Uno.

POESÍA MÁS QUE RELIGIOSA, CERCANA A LA MÍSTICA

Con un cabello, oh Dios, nuestras mentes cautivas;
 en áureas hondas juegan tus guedejas,
 y con su viva hermosura se apoderan de los corazones
 de quienes los miran.

Tu cuello níveo es acariciado por tu rubia melena
 y el vello juvenil sombrea hermosamente tu rostro radiante
 ciñes una diadema de gloria, una corona más luciente
 que el sol; y tus lumbres resplandecen en el cielo
 esmaltadas con las más ricas gemas.

Imprimes en los corazones: fuerza, luz, fuego, amor:
 y en un amoroso desmayo, son arrebatados hacia Ti
 cantando en un estupor eterno.

En el salmo 136 don Guillén nos hace recordar los sobrehumanos versos de san Juan de la Cruz:

¡Oh llama cruelmente piadosa,
acerbamente suave,
graciosamente ardiente!
Aquello que tú abrazas
solo contigo misma se cura.

Compárense con los de san Juan de la Cruz, que dicen:

¡Oh llama de amor viva
que tiernamente hieres
¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda!
¡Oh toque delicado
que a vida eterna sabe y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

Incomparablemente son mejores por su frescura y su saber popular otros tres poemitas que se conservan entre los papeles de don Guillén: dos breves romances octosílabos y un romancillo en que se mezclan graciosamente hexasílabos y pentasílabos; he aquí el primero de dichos romances:

Al son de una clara fuente
a cuya murmuración,
por ser sabrosa de oír,
el Eco estaba sin voz.

De Belisarda se queja
Tirsi, de nada pastor,
que mal guardara ganado
quien a sí no se guardó.

Muerto le tienen sus ojos
y ellos lo confiesan hoy
pues les abre un negro luto
cuando los llama su sol.

No dice que les desecha,
pero que cobardes son:
que quien no se determina
no diga que tiene amor.

No menos bello en su amoroso discreteo es el otro romance octosílabo:

Qué linda cara que tienes,
válgate Dios por muchacha:
cuando te miro me rindes,
y si me miras me matas.

Aquesos ojos traviosos
brillan entre nieve y nácar:
un veneno que da vida
una víctima que mata.

Y el romancillo final, delicioso en su ingenua fragancia popular:

Hechicera, Madre,
es mi morena:
con sus ojos me hechiza
que no con yerbas.

DON GUILLÉN DE LAMPORT

Los datos de su vida los conocemos por los procesos que al ser enjuiciado le hicieron los inquisidores de la Nueva España. Así conocemos a don Guillén y sus implicaciones, dice así:

Nací en Guesfardia, Irlanda, donde fui educado por mi padre, porque mi madre murió muy joven, se llamó Aldonza Sutton, mi padre se llama Ricardo Lombardo, barón de Guesfardia y señor de Balerit. Mis abuelos paternos fueron don Patricio Lombardo el Grande que defendió la provincia de Genia, de la que fue capitán general, contra los herejes ingleses. Mi abuelo materno respondía al nombre de Eduardo Sutton y mi abuela materna, Catalina Lombardo.

Esa fue la carta de presentación ante los inquisidores.

¿Cómo llegó a cultivarse tan asombrosamente?

Amén de la educación recibida de su padre, estudió en Inglaterra donde aprendió la lengua inglesa. Después en España. Fue un respetable políglota conocedor de las lenguas sabias, del griego y del latín y de algunas lenguas romances como español, francés, italiano, portugués.

En el campo científico dominó la teología y en buena parte un singular conocimiento de la Biblia; asimismo, de la astrología y de las matemáticas y de cuantas disciplinas se enseñaban en su tiempo.

¿Cómo llegó a México?

El 6 de abril de 1640 se embarcó para venir a esta tierra. En la misma embarcación venían don Diego López Cabrera, duque de Escalona, marqués de Villena, grande de España y virrey nombrado sustituto del marqués de Cadereyta; Juan de Palafox y Mendoza, obispo de la Angelópolis y después arzobispo e inquisidor. Don Guillén venía como parte de la servidumbre del marqués arriba mencionado. ¿A qué venía? Venía para independizar a México de España y ser nombrado emperador de los mexicanos. Ambas cosas lo llevaron a la cárcel de la Inquisición por el grave atentado contra la Corona española. Pasó recluso 17 años hasta su muerte en la hoguera.

Al no tener razón alguna para recluirlo, acudían a levantar cargos falsos como pretexto para mantenerlo encerrado. De todos esos cargos: luteranismo y calvinismo, astrólogo judicario, y no faltó acusación de heterodoxia en algunos puntos de doctrina católica. Él hace su defensa en su “Regio salterio” que consta de 918 salmos y 17 himnos, escrito en

lienzo de sus sábanas a falta de papel. Aduciré brevemente los lugares pertinentes de los salmos demostrando a los inquisidores como sus falsos acusadores. Ofreciendo como probanza de no idolatría lugares muy bellos y muy pertinentes para esclarecer la verdad. El “Regio salterio” disipa todas las falsedades que le imputaron pues su pensamiento es diametralmente opuesto a aquello de lo que se le acusa.

Don Guillén con su preclara inteligencia descifró a qué letra del alfabeto correspondía cada golpe dado en la pared de las cárceles de los judaizantes. Fue tal ese descubrimiento que los inquisidores lo nombraron espía de aquellos, sin caer en la cuenta de que los conocería mejor a ellos que a los reclusos. Don Guillén se comunicaba con los principales judaizantes y conocía todas las maldades que los inquisidores les hacían. Don Guillén y los judaizantes principales para no ser reconocidos por los inquisidores se pusieron apodos muy floridos algunos, otros no tanto, por ejemplo: don Guillén se hizo llamar “Azucena” y a los otros presos les dio otros sobrenombres, “Bergamota”, “Peña”, “Pescador”, “Lirio”, “Jazmín”, “Violeta”, “Cigarro”, “Burro”, “Cabra”, “Sombrero”, “Garbanzo”, “Petaca” y algunos más. Delatando sus desmanes siempre en contra de aquellos. De ahí brotó la terrible “querella” contra los inquisidores que, llenos de ira, jamás le perdonarían, más aun lo llevarían a la hoguera.

En su proclama de independencia habla de abolir la esclavitud de los negros y pide la inmediata liberación de todos los esclavos de estos reinos. ¿No será otro recurso de los inquisidores para mantener la esclavitud y obtener de los esclavos una mano de obra barata o regalada de ellos? Con respecto a este tema se expresa en los salmos 632 y 633 de la siguiente manera. En el primero dice:

Decidme, mis americanos fieles, que decís ser del Señor: ¿Por qué compráis y vendéis a los hombres como bestias.

¿Por qué matáis en la esclavitud aquellos que confiesan el nombre de Cristo? ¿Por qué ante la ley de Dios compráis etíopes y no queréis ser comprados por ellos?.

¿Qué potestad tenéis sobre la libertad del prójimo que no se vende por oro alguno? No os es lícito retener los bienes mal comprados y adquiridos.

Ellos nacieron libres como vosotros; Y así como a ellos no os es lícito haceros cautivos, así tampoco a nosotros nos es lícito reducirlos a cruel servidumbre.

Del segundo salmo:

Cantad, oh esclavos, al Señor, tras la conversión de vuestra esclavitud; vosotros y vuestros hijos servid al Señor Dios nuestro y gloriaos en él.

En este salmo 633, don Guillén se expresa como si hubiera alcanzado un hipotético triunfo para su real y soberana fantasía.

ACUSACIÓN DE LUTERANISMO Y CALVINISMO

Lo acusaron de luterano y calvinista sin tener prueba alguna. Pero ¿cómo puede ser acusado de luteranismo quien como don Guillén se opone diametralmente a Lutero y su herejía. En el salmo 272 versículos 2-3, dice:

Creed, benditos adoradores del bien y amantes de la justicia puesto que la fe es viva solo por las obras.

Salmo 753 versículos 4-5:

Estirpe de los confines del mundo el monstruo deforme de las herejías.

Oh Dios, mira a la miserable Inglaterra, a Escocia, a Dinamarca, a Holanda y congrega para tu santa Iglesia a todos los infectados por la peste luterana.

Lutero, Sergio, Villalpando, infectaron al mundo, oh nobles ingleses en el mundo a quienes expreso mi íntimo afecto, permaneced como antaño, nobles en la fe, porque no existe otra nobleza, arrojad ya finalmente la malicia de la serpiente de Lutero.

Demostrada la falsedad de la acusación anterior, los inquisidores inventan otra. Esta vez lo acusan de astrólogo judiciario.

Entre los muchos conocimientos de don Guillén estaba la astrología sin admitir ni afirmar que los astros quitan al hombre su libre albedrío (que era lo perseguido por la Inquisición); él nunca lo afirmó, al contrario. Sí admitía que los astros alteran lo humores humanos, no más.

El salmo 91 desbarata la acusación:

Los astros mueven a los hombres, moviendo los humores mixtos de los elementos; con lo que las fuerzas superiores empapan a la naturaleza.

El Altísimo que hizo los astros a los astros mueve dulcísimamente, y quien nos hizo libres, dejonos dueños de los astros.

Probables, no infalibles, juzguen los astrólogos los sucesos; porque de los futuros contingentes nada puede por nosotros ser asegurado con certeza

De nueva cuenta don Guillén pone en claro el mal proceder de los inquisidores al hacerlo decir lo que no ha dicho, y refuta el dicho del señor fiscal por insostenible. No había, pues, en cuanto a la doctrina, error ni herejía de don Guillén de Lamport, que en este momento podía servirse en su defensa nada menos que de santo Tomás de Aquino.

LA QUERELLA

La verdadera causa de la muerte de don Guillén en la hoguera fue muy distinta de cuantas conducían inquisitorialmente a ella. Tan es así que, si las hubiera habido lo habrían quemado mucho antes sin tenerlo en reclusión durante 17 largos años.

Fue la “querella” que hizo a los inquisidores y en verdad extremadamente provocadora de la ira y del odio de los enjuiciados.

Dando nombres y apellidos de cada uno de ellos, como son los licenciados Domingo Vélez de Assas y Argos, don Juan Sáenz de Mañozca, Francisco de Estrada, Bernabé de Higuera y Amarilla, Thomás López de Arenchún (el secretario). Los acusa de cosechar lo que no han sembrado y de la manera más fácil: “acusar de herejía a los comerciantes de

mayores recursos, muchos de ellos dedicados al comercio, y los inquisidores hubieran deseado que fueran más numerosos para acusarlos y despojarlos de sus bienes”. Lo confiscado no iba a la Corona española, se dividía entre los inquisidores con las consecuencias siguientes: los comerciantes pudientes recluidos no podían atender sus negocios, bajaron mucho las ganancias y el desempleo no se hizo esperar. Todo era en perjuicio de España. Don Guillén con envidiable acierto los llama “gavilanes y aves de rapiña”. Todo hubiera quedado en un relativo secuestro. Don Guillén no lo pensaba así. Quería que el pueblo entero lo supiera; para lograrlo, se fugó por segunda vez de la prisión y logró, en esa breve libertad, pegar carteles en lugares públicos como las puertas de la Catedral de México, las calles de Donceles y Santo Domingo, dando noticia de las injusticias y los robos de quienes debieron ser ejemplares de oficio por un buen comportamiento. Además, había acusaciones más particulares e individuales para algunos de la Inquisición al grado de que estos se acusaran entre sí.

Otro gran punto se anotó don Guillén poniendo el texto de la querrela en manos del virrey.

El tribunal consideró que don Guillén había injuriado tan gravemente al Santo Oficio con calumnias que habían ofendido a toda la Iglesia Católica, enojo que les duró a los inquisidores el resto de la vida de don Guillén, es decir, hasta que lo vieron salir en el Auto de Fe para ser quemado vivo.²

Más todavía: Lampart le suplicaba al virrey “que tomaran presos a los inquisidores de noche antes de que estos nieguen todo lo que digo. Porque han robado mucho y se los han repartido”.

Decía que a él personalmente le habían quitado \$114000 pesos y un crucifijo de marfil y piedras que le habían dicho que en la cárcel no iba a necesitar.³

² Alicia Gojman de Backal, “La inquisición en Nueva España vista a través de los ojos de un procesado, Guillén de Lampart. Siglo XVII”, en Noemí Quezada (ed.), *Inquisición española*, vol. I, México, UNAM, 2000, p. 121.

³ *Ibíd.*, p. 122.

Medio siglo más tarde, el famoso caso de Guillén de Lampart vino nuevamente a plantear la cuestión de las relaciones de la Inquisición con las esferas del poder. Este insigne aventurero, que cautivó los espíritus y las imaginaciones al punto de parecer a unos como precursor de la Independencia mexicana y de inspirar una literatura novelesca pudo, efectivamente, representar un peligro potencial por sus proyectos de rebelión eficazmente secundados por una gran inteligencia, una cultura asombrosa y un conocimiento del mundo colonial y de sus debilidades. De ninguna manera era un hereje, sino a lo más un modesto trasgresor en el momento en que fue arrestado. Ahora bien, la Inquisición intervino porque recibió una denuncia en contra de Lampart que descubría sus planes de Independencia y lo recibía como sospechoso de herejía.⁴

En realidad murió en la hoguera pero no por luterano y calvinista sino por la acusación de astrólogo judicial.

No puedo dejar de citar al doctor en Teología Gabriel Méndez Plancarte sobre la limpieza y ortodoxia de don Guillén:

Nada hay de protestante desde luego en los numerosos salmos e himnos de don Guillén que hemos visto hasta ahora.

Y puedo asegurar —después de leer atentamente los más de 900 salmos que forman su “Regio salterio” y sus himnos métricos intercalados en él— que en toda su caudalosa producción poética no hay ni sombra de las doctrinas características del luteranismo y calvinismo de aquellos tiempos.⁵

⁴ Solange Alberro, *Inquisición y sociedad en México 1571-1700*, México, FCE, 2004, p. 155.

⁵ Guillén de Lampart, “Regio salterio” (latino inédito de 1655) en *Ábside*, estudio, selección, versión castellana y notas Gabriel Méndez Plancarte, México, abril-junio de 1948.

ENFERMEDADES DE LA GENTE DE MAR*

Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA

Las condiciones privativas de los barcos favorecen la aparición de numerosas enfermedades en la gente de mar. Una alimentación inadecuada, la falta de higiene, el hacinamiento y la promiscuidad concomitante, la fatiga y las plagas: he ahí los fenómenos primordiales que, conjuntos, diezman las tripulaciones de los barcos, sobre todo durante las travesías prolongadas y las visitas a temperamentos inhóspitos. Pretendo plantear la problemática habida hacia el siglo XVIII en que me sitúo, abocetando en panorámica muy somera —ráfaga de posturas— el contorno de la patología más frecuente entre los marinos de la época. Nos sirve de guía el *Tratado de las enfermedades de la gente de mar, en que se exponen sus causas, y los medios de precaverlas*, escrito por el doctor Pedro María González, catedrático del Real Colegio de Cirugía Médica de Cádiz, y editado el año de 1805 en la Imprenta Real de Madrid. El ambiente desigual, con exceso de trabajo o falta de ocupación; el desorden al cual se someten los marineros en los puertos; las guardias obligadas donde se ven expuestos al sol, viento o frío extremos; la cortedad del espacio donde viven, con fenomenal amontonamiento en los entrepuentes; pero más que otro factor la suciedad, la hediondez, los piojos derivados de estos registros, resultan los principales motivos desencadenantes de las enfermedades en los bajeles, según este buen expositor. La alimentación, deficiente, constituida por raciones sin variantes, y la frecuente putrefacción o ranciedad de sus componentes, más la toma no muy rara de agua turbia o apestosa, contribuyen a la aparición de una patología fácil de identificar. El aire, viciado por la combustión y la propia respiración, exterioriza su condi-

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 26 de enero de 2006.

ción de alterabilidad, y el *flogisto* “lo ataca, lo altera, lo deprava”: quizá no otro fenómeno que el enrarecimiento producto de los *gases mefíticos* que posee. El calor pervierte la atmósfera; los lugares interiores del buque, prisiones o subterráneos estrechos, sin ventilación conveniente, ahogan; en la bodega la temperatura es tan alta que los hombres tienen que desnudarse y, muy al contrario, el frío y la lluvia los empapan en la cubierta, sin que puedan despojarse de su ropa húmeda. Los miasmas, elevados desde la sentina o la cala de los navíos, con frecuencia se acumulan porque en multitud de ocasiones la portería no se puede abrir por el mal tiempo que priva. A todo ello se añade el ánimo desajustado por las largas travesías: ausencia de distracciones con vida similar, uniforme; pensamiento constante de avistar tierra; espanto y terror ante las tempestades, todo ello con propiciación y dominio del malhumor, conducente a la aspereza, la cólera, la nostalgia y las rencillas desencadenadas ante cualquier simpleza. Cuando el alcohol representa un agregado más, porque el navegante “no observa regla en el uso de los licores fuertes, ni en la cantidad o calidad de ellos”, el escenario se complica y los pleitos, amenazas y tropelías se multiplican.¹ “Atravesar el golfo grande que llaman mar océano”,² es sinónimo de sometimiento a una serie interminable de sufrimientos. Ya de mucho antes Bartolomé de Las Casas interpreta el “hábitat” marineró en forma por demás exacta:

La gente de los navíos estaba tan molida, tan turbada, enferma y de tantas amarguras llena, que, como desesperada, deseaba más la muerte que la vida, viendo que todos cuatro elementos contra ellos tan cruelmente peleaban. Temían el fuego por los rayos y relámpagos; los vientos, unos contrarios de otros, tan furiosos y bravos y desmesurados; el agua de la mar que los comía y la de los de las costas no sabidas, que hallándose cabe el puerto, donde consiste el refugio de los mareantes.³

¹ Pedro María Conzález, *Tratado de las enfermedades de la gente de mar, en que se exponen sus causas y los medios para precaverlas*, pp. 4-104.

² Fernando López-Ríos Fernández, *Historia médica de las navegaciones colombinas, 1492-1504*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1993, p. 86.

³ Bartolomé de Las Casas. *Historia de las Indias*, libro II, capítulo XXIV, p. 286.

De los malestares más frecuentes de los hombres de mar se menciona, durante la travesía, la sed exagerada provocada por una dieta de carnes saladas, galletas secas, el racionamiento de agua y la insolación a la que va expuesta la tripulación.⁴ Pedro María González hace mención de las “calenturas de navío”, igualándolas a las padecidas en cárceles y hospitales.⁵ Debido a la desnutrición y la deshidratación provocada por la restricción de la ingesta de agua, en términos actuales Fernando López-Ríos cataloga o asemeja estas calenturas a lo que alguna vez nosotros llamamos síndromes por calor y que él nomina “depleción combinada de sodio y agua”, en resumen síndrome clínico de depleción de volumen extracelular,⁶ con insolación como mínimo cuadro y sin alivio por la toma de agua de mar. El abastecimiento de agua en los navíos, de volverse crítico, redundaría en graves perjuicios, narrados con frecuencia en los viajes oceánicos.⁷ El problema es tan severo, que Antonio de Guevara narra:

nadie al tiempo de comer pida agua clara, delgada, fría, sana y sabrosa, sino que se contente, y aunque no quiera, con beberla turbia, gruesa, cenagosa, caliente y desabrida; verdad es que a los muy regalados les da licencia el capitán, para que al tiempo de beberla con una mano, atapen las narices, y con la otra lleven el vaso a la boca.⁸

El mareo es padecimiento usual en los grandes viajes, con o sin vómito añadido. Considerado a veces como novatada de mar —“el mareado se recoge a su coi o espacio mínimo preseñalado, se le llama maula, se carga de dicterios—”,⁹ llega a ser violento y ni siquiera cede con los amuletos recomendados para amainarlo: saquitos rellenos de canela, azafrán,

⁴ Juan Somolinos Palencia, “Salud y navegación en Nueva España”, *Gaceta Médica de México*, vol. 128, núm. 3, mayo-junio de 1992, p. 353.

⁵ Pedro María González, *Tratado*, p. 97.

⁶ Fernando López-Ríos Fernández, *Historia médica*, p. 92.

⁷ Véase este libro de Fernando López-Ríos Fernández, *Historia médica*, pp. 92-96, con numerosas citas al respecto.

⁸ *Ibidem*, p. 96, de Cesáreo Fernández Duro, *Disquisiciones náuticas*, p. 39.

⁹ Pedro María González, *Tratado*, p. 109.

clavo y nuez moscada, que se colocan sobre el epigastrio; recúrrese entonces a la repetición de caldos, a veces con medio grano de polvos de azafrán en cada taza; dice González:

y que cada dos horas se le añada una o dos gotas del éter vitriólico, o de la tintura anodina de Sydenham; se dispondrá que el enfermo huela de cuando en cuando alguna cosa espirituosa, como la esencia de lavándula, o el agua de la reina de Hungría, y en su defecto podrá usarse del vinagre común o de su espíritu...¹⁰

Entre los navegantes es muy frecuente el estreñimiento, “constipación de vientre” de estos tiempos provocada por las dietas defectuosas, la falta de ejercicio y quizá, más que nada, por la retención exagerada y prolongada de los excrementos en individuos pusilánimes que se abstienen de defecar públicamente en unas tablas agujereadas en la proa y a veces, “como relata un pasajero, colgándose de las cuerdas del castillo de grumete para exonerar al aire”.¹¹ González habla de que tal constipación

es natural en los sujetos débiles de temperamento bilioso, y en los consumidos por los excesos del cuerpo o del espíritu en algunas ocasiones es efecto de la atonía de los intestinos; otras de la constricción espasmódica del esfínter del ano; pero más generalmente depende del endurecimiento de las materias fecales...¹²

Más allá de estos problemas relativamente benignos, las “infecciones intestinales” se transforman con facilidad en disenterías, caracterizadas por el cuadro complejo de dolor de vientre, náusea, vómito, “constante inclinación a hacer del cuerpo”,¹³ deposiciones con sangre y materia mucosa, pérdida de apetito, sed y tenesmo, fiebre que debe diferenciarse de la pútrida, quizá salmonelósica o emparentada con la tifoidea que, ade-

¹⁰ *Ibíd.*, p. 110.

¹¹ Juan Somolinos Palencia, “Salud”, p. 353.

¹² Pedro María González, *Tratado*, p. 115.

¹³ *Ibíd.*, p. 116.

más, a estas alturas puede confundirse con el tifo casi permanente si se toma en consideración la presencia constante de los piojos en gente sucia, sin acceso al baño y a la ropa limpia. La disentería es tratada con ipecacuana o bejuquillo, a veces mediante sangrías, pero sobre todo con una dieta donde predomina la sémola, la crema de arroz y la cebada mezclada con lavativas de cocimiento de manzanilla, opio no muy recomendable en los casos extremos.¹⁴ Usuales, en estos casos, los tratamientos con febrífugos, vejigatorios y sobre todo la quina y el láudano, combinados a veces con antimoniales o con alcanfor.

Temible entre todos los males que aquejan a los marinos durante el acoso preferido de los puertos, la nominada enfermedad de Siam por los franceses, vómito prieto por los españoles o calentura pútrida más usualmente, a la fecha fiebre amarilla por el color que toman los tegumentos en los pacientes que la adquieren. Endémica, contagiosa, caracterizada por debilidad profunda, laxitud, astenia, mareo y cefalea como síntomas genéricos, más naturalmente fiebre repentina acompañada de vómito y “la conjuntiva tinturada de amarillo como al de canario”, causa estragos en los hombres de mar que, postrados, se cubren de tal color y, aparte de lo encendido de la orina y la flatulencia con evacuaciones biliosas, reaccionan con síntomas nerviosos, sordera a veces, convulsiones o delirio que rematan en coma. La muerte, dice González, pone término a sus horribles angustias:

los cadáveres se ponen negros y amoratados; en el momento de expirar arrojan sangre por la boca, como también materiales negros y porráceos, que los desfiguran y ponen horribles, corrompiéndose aceleradamente, por lo que es menester enterrarlos con prontitud... los enfermos fallecen entre ansias y sopor: la congoja y la opresión de las entrañas, el ardor interno devorante, el hipo continuo, el delirio, el pervigilio tenaz, el letargo, el íctero obscuro o azafranado, el vómito constante de material blanco o negro, las deyecciones de la misma clase fetidísimas, las hemorragias, el coma, las aftas gangrenosas, la orina negra, la dificultad de tragar sin causa aparente, la

¹⁴ Ibídem, pp. 118-140. Fernando López-Ríos Fernández, *Historia médica*, capítulo “Enfermedades infecciosas”, pp. 125-134.

retención de orina, son todos los síntomas más comunes de esta agigantada enfermedad...¹⁵

Empero, el más temido y el más cruel, también el más frecuente de los males surgidos entre los marinos, porque no tiene cura —no se conoce el remedio sencillo que luego lo hará desaparecer—, no es otro sino el escorbuto, mal de Loanda además, vocablo derivado de la palabra escandinava *skyrbjugr*, estado edematoso ocasionado por una dieta a base de leche cuajada, comparado a las voces germánicas *shorbuk* y *schcarbock*, al dialecto holandés *sheurbut*, o al más cercano a nosotros por ser latino *escobutus*.¹⁶ El daño sin remedio hasta que se intuye que en las verduras frescas y los cítricos se encuentra el ácido ascórbico o vitamina C, es atribuido en los tiempos remotos al aire reconcentrado en los bajeles, descompuesto y viciado. Las escuadras sufren graves pérdidas de hombres: el almirante Anson, pongamos por caso, en 1740 sufre durante su travesía la pérdida de ocho a 10 hombres diariamente, hasta llegar a un total de 260 muertos, equivalente a las $\frac{4}{5}$ partes de su tripulación.¹⁷ James Cook, en cambio, en su segundo recorrido de tres años y 18 días por todos los climas, de sus 118 hombres solo pierde uno, y este, de tisis. James Lind es quien, íntimamente ligado al escorbuto, da el valor debido al zumo de limón como protección para la marinería: cuando publica en 1753 su libro *A Treatise of the Scurvy*, con anticipación ha experimentado los resultados del tratamiento a bordo del navío *Salisbury*.¹⁸

No es necesario describir con exactitud el escorbuto, solo decir que, incipiente, aparece con pródromos de malestar general, un principio lento e insidioso caracterizado por palidez, cansancio, repugnancia al movimiento porque el ejercicio fatiga, cuadro que se define cuando surge una especie de picazón dolorosa en las encías, que puede terminar en

¹⁵ *Ibidem*, p. 317.

¹⁶ Fernando López-Ríos Fernández, *Historia médica*, p. 97.

¹⁷ Pedro María González, *Tratado*, p. 261. López-Ríos anota un dato mucho más catastrófico: de 1955 embarcados con Anson, mueren 1051. Fernando López-Ríos Fernández, *Historia médica*, p. 106.

¹⁸ *Ibidem*.

sangrado; para entonces, las propias encías presentan una consistencia blanda y esponjosa, acompañada por la fetidez del aliento. En el cuerpo aparecen manchas no muy significativas del tamaño de una lenteja; el edema de los tobillos se une a los dolores generalizados o de articulaciones. Cuando el mal acrece, las encías, muy doloridas, son fungosas, pútridas, ulceradas; los dientes se aflojan; la hinchazón de las coyunturas, más las rodillas, provoca un dolor intolerable; el enfermo, asténico, abatido, puede mostrar salivación abundante, diarrea, edema mayor de piernas, cubiertas estas por manchas lívidas; el inicio de desmayos, hemorragias por narices y encías, agrava el cuadro.¹⁹ En una etapa final los síntomas, intensificados, desencadenan una mayor hediondez, la hidropesía o ictericia, la disnea. La muerte generalmente es producida por hemorragias internas dispersas. El pronóstico del daño, desde luego, es severo, falaz hasta el momento en que la dieta prescrita con alimentos frescos —frutas, sobre todo cítricos, legumbres, pitahayas en el ejemplo del viaje de Sebastián Vizcaíno— es utilizada como regla imprescindible. Para las ulceraciones de las encías, el método curativo de la época se reduce a proporcionar buches de cebada con miel rosada. Un pasaje de fray Juan de Torquemada nos hace estremecer:

y no era solo esto, lo que en estos cuerpos humanos causaba esta enfermedad, y pestífero humor, sino que causaba otros accidentes más insufribles que los pasados; y era, que las encías de la boca, altas y bajas, y las de dentro y fuera de los dientes, se hinchaban y crecían tanto, que los dientes y muelas no se podían juntar unos con otros, y quedaban los dientes tan descarnados y sin arrimo, que en meneando la cabeza se meneaban ellos, y hubo personas que por escupir saliva que se le venía a la boca, escupían algunos dientes, de dos en dos. Con esto no podían comer, si no eran cosas líquidas bebidas, como eran poleadas, hormiguillas, almendradas y otras cosillas que si no era bebiéndolas de ninguna otra manera podrían entrarlas en sus cuerpos;

¹⁹ Hemos sintetizado la descripción exhaustiva de la época, desglosada por Pedro María González, *Tratado*, pp. 213-298. No está de más decir que en el recorrido de la Nueva España y sus siglos de dominio, aparece al menos la descripción sucinta del escorbuto en el viaje del patache *San Lucas*, las travesías de Sebastián Vizcaíno, y la muy estricta de fray Juan de Torquemada en su *Monarquía indiana*, en el libro quinto de su volumen primero.

con esto se enflaquecían de tal suerte los enfermos, que faltándoles la virtud natural, se quedaban muertos hablando, y conversando con otros...²⁰

Los textos, y sobre todo el de Pedro María González, apenas si mencionan los accidentes en los barcos. No han debido faltar heridas, hasta por riña o meramente fortuitas, luxaciones, fracturas, traumatismos de diversa importancia —desde la más leve caída hasta el venirse abajo de las vergas de los diferentes palos—, también quemaduras por descuidos o incendios accidentales, heladuras por enfriamiento severo en los climas de latitudes altas. Si el barco cuenta con cirujano, este debe encargarse, por supuesto, de remediar los incidentes; de ahí que esté entrenado en entablillados, soportes, vendajes, reducción de luxaciones o aplicación de férulas, todo aquello que está íntimamente ligado a cuanto podría considerarse una traumatología quizá empírica o práctica.

Otro aspecto casi ignorado, el último por tratar aquí a la ligera, es el concerniente a la esfera mental del marino, proyectada por “una vida repleta de paradojas y contradicciones” que, en resumen, se reducen a tener que vivir sometidos a un aislamiento colectivo, y a recorrer todos los rincones del planeta encerrados en cárceles de madera. Separados del mundo y a la vez aplastados físicamente por la presencia de unos cuantos compañeros a los que se les cataloga como camaradas, es decir, “participes de una cárnara”, según dice Pablo Emilio Pérez-Mallaína en su capítulo “Los horizontes mentales de la gente de mar” de su muy recomendable obra *Los hombres del océano*.²¹ Desterrado, el hombre de mar “vive a caballo entre la tierra y el océano”, agrupándose en forma solidaria porque su existencia depende tanto de su trabajo y empeño como de los de los demás. La dureza del medio en un “desierto de agua salada” provoca un comportamiento sui géneris, acoplado a la fenomenología na-

²⁰ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, libro quinto, volumen primero, p. 617. Acerca del escorbuto, es recomendable la lectura del apartado respectivo en la *Enciclopedia general del mar* de José María Martínez-Hidalgo y Terán, vol. III, pp. 1353-1373.

²¹ Pablo Emilio Pérez-Mallaína Bueno, *Los hombres del océano*, Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Sevilla, 1992, pp. 235-238.

tural y a la caracterología del resto de la tripulación. El marino adquiere una visión cosmopolita del mundo, imprimiendo a su vida el arrobo ante los fenómenos naturales que no puede domeñar, la superstición valedera para tratar de vencerlos, el apego a creencias religiosas que van más allá de la fe —convirtiéndolas en fanatismo—, el entrecruzamiento de blasfemias con oraciones y hasta invocaciones, y el desliz de visiones en un mundo de espíritus maléficos o benefactores. En este contexto, no es difícil entrever las desviaciones psicológicas que en multitud de ocasiones deben haber aflorado en la marinería de cualquier nave. Podríamos pensar en fobias, manías, depresiones, angustia, delirio por alcoholismo. Y, en alguna oportunidad, desquiciamientos tales como la locura —fingida o no— ante la incógnita del mar más allá de los límites geográficos conocidos, frente al abismo espumante del oleaje que se tiene que vencer. Ejemplo de ello, el desasosiego sufrido por el piloto Miguel Manrique cuando principia la segunda expedición de altura rumbo al noroeste desde el puerto de San Blas, causa de su destitución en el mando. Psicosis que en otros marinos debe haber existido con diferentes variantes:

a las 3 de la tarde —19 de marzo de 1775— hizo el paquebote *San Carlos* señal de socorro, y el comandante le envió la lancha por saber qué se le ofrecía, y como a las 9 de la noche llegó a esta goleta su capitán, que en las acciones demostraba no estar en su entero juicio, y después de haberle sosegado en parte en sus cavilaciones, lo condujimos a la fragata, en donde ni por sangrías ni otras medicinas que se le aplicaron encontró alivio, antes más se enfurecía y empeoraba, no habiendo podido lograrse por más que se procuró reducirlo, a que descansase; se llevó el resto de la noche hecho un mar de lágrimas poseído de fuertes manías y aprensiones; amaneció el día 20 de la misma suerte y viéndonos sin arbitrio para poder reducirlo a su acostumbrado juicio, considerándolo inepto para el mando, dispuso el comandante se formase una junta para determinar lo que se debía resolver, y se dispuso, aunque con mucho dolor nuestro, enviarle a tierra por no haber otro recurso...²²

²² *Diario de navegación de Juan Francisco de la Bodega y Quadra*. MNM, manuscrito 662, documento 1, en Enrique Cárdenas de la Peña, *San Blas de Nayarit*, vol. 1, pp. 83-84.

GRAMÁTICA Y ESTILÍSTICA EN EL *CANTAR DE MIO CID*. LA DOBLE DETERMINACIÓN*

Concepción COMPANYY

1. PLANTEAMIENTO GENERAL

La bibliografía especializada en cambio lingüístico ha hecho hincapié en dos hechos hasta ahora poco estudiados: *a)* que existe una relación inversamente proporcional entre frecuencia o repetición y peso del contexto y del significado pragmático o estilístico, ya que a mayor frecuencia, menor peso pragmático y menor capacidad de explotación estilística. En efecto, la mucha frecuencia o repetición lleva a habituación, y esta, a su vez, lleva a la emancipación del contexto y a la consecuente generalización de la construcción o forma en cuestión, de manera que las estructuras muy frecuentes no se prestan con facilidad a explotación pragmática, o estilística, que es siempre altamente dependiente de contextos discursivos específicos, y *b)* que existe una relación icónica entre la cara formal de los signos, su valor pragmático-estilístico, y el empleo sintáctico del signo, de tal manera que construcciones formalmente marcadas serán también semánticamente y pragmáticamente marcadas y aparecerán solo en determinadas zonas textuales.

En este trabajo intentaré mostrar la estrecha correlación existente entre baja frecuencia o débil habituación de un lado, y la alta dependencia de contexto y explotación pragmática y estilística de otro. El análisis está basado en una estructura que se puede considerar un caracterizador de la sintaxis nominal medieval, a saber, las frases nominales introducidas por artículo + posesivo, del tipo *la su barba, el mi consejo, la vuestra merced*.

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 9 de febrero de 2006.

Se trata de una construcción hipermarcada, puesto que lleva dos determinantes a la cabeza de la frase, y de escasísima frecuencia en el español medieval, que tiene, a manera de contrapeso, como intentaré mostrar, una alta dependencia de contexto y una particular relevancia pragmático-discursiva, o estilística, cuando se emplea en los textos medievales.

El objetivo específico es examinar la correlación entre la forma, el significado y los contextos de aparición de estos sintagmas nominales en el *Cantar de mio Cid*, a partir de una lectura de la edición paleográfica de Menéndez Pidal (1944-1945, volumen III), cotejada con la edición facsímil (Burgos, 1988). Intentaré probar que la sobreespecificación de estos sintagmas, dado que llevan dos clíticos determinantes introductorios, provoca fuertes restricciones formales y semánticas en la estructura de la frase, las cuales van de la mano de una muy baja frecuencia y, como consecuencia, la estructura es idónea para aparecer en lugares textuales que se pueden calificar de alta relevancia narrativa. Es decir, hay afinidad o iconicidad entre el valor de la construcción y los fragmentos discursivos donde aparece.

2. LOS SINTAGMAS NOMINALES CON ARTÍCULO + POSESIVO

Se documentan 58 frases nominales (FN a partir de aquí) introducidas con artículo + posesivo en el *Cantar de mio Cid*. Es, por tanto, una estructura escasísima, si se la compara con las más de 1 000 ocurrencias de artículo simple y las casi 450 documentaciones de posesivo simple en este texto.

La pregunta que cabe hacerse entonces es por qué mantener una estructura posesiva tan escasa en la gramática de una lengua, si otras construcciones posesivas pueden codificar una relación posesiva referencialmente similar, como, por ejemplo, entre otras estrategias, mediante posesivo simple, *su carta*, mediante posesivo duplicado, *su carta del rey*, o mediante un artículo y una frase prepositiva adnominal, *la carta del rey*. En otras palabras, si *su carta*, *su carta del rey* y *la carta del rey* tienen

el mismo referente poseedor que *la su carta* y las cuatro construcciones posesivas parecen, al menos a primera vista, informativamente equivalentes, ¿qué ventajas comunicativas tenía mantener con tan baja frecuencia en el español medieval un sintagma posesivo introducido de manera simultánea por artículo + posesivo? Para apreciar el valor de artículo + posesivo en concurrencia, se hace necesario caracterizar brevemente cada una de las dos formas introductorias de estos sintagmas.

En los sintagmas introducidos por artículo + posesivo, los dos determinantes construyen sintagmas nominales caracterizados por lo que creo se puede llamar *accesibilidad total*, en el sentido de que el oyente sabe perfectamente de qué se trata y a qué refiere el nominal poseído en cuestión; el referente sustantivo es conocido de sobra; no existe ninguna información nueva, el vínculo poseedor-poseído es conocido o previsible; solo el lugar textual donde aparecen estas FN sobreespecificadas es, como intentaré mostrar, informativamente novedoso. Dada la importancia del fragmento discursivo, estos sintagmas sobreespecificados son altamente dependientes del contexto pragmático discursivo en que aparecen.

Se trata de expresiones posesivas que predicen una propiedad definitoria o rasgo característico y esencial para un poseedor, el cual, a su vez, es altamente topical y el protagonista de lo que se está narrando. La razón de ser de los dos clíticos en concurrencia es introducir, a través de una sobreespecificación, nominales que constituyen propiedades o vínculos esenciales de un poseedor topical, cuya esencialidad viene dada por el decurso de la narración. El artículo nos informa que el nominal que sigue es un referente conocido e importante en esa zona textual; el posesivo, por su parte, nos dice que ese referente pertenece a un poseedor que es topical y protagonístico y que ambos, poseedor y poseído, establecen un vínculo esencial y clave en la narración.

En el caso del *Cantar*, estos con doble marca de determinación tienen como poseedor fundamentalmente al Cid y están en el *Poema* para predicar cualidades y propiedades del héroe o para resaltar ciertas actividades del Cid que son claves en los acontecimientos del texto épico.

Aparecen siempre estos sintagmas empleados en lugares textuales que pueden caracterizarse como *dramáticos* y se emplean para vincular poseedores y poseídos que son fundamentales en el entramado narrativo de esa zona textual del *Cantar*. Se puede resumir la información pragmática que aportan artículo + posesivo de la siguiente manera: la FN misma y el vínculo poseído-poseedor que se establece a través de ella es clave para caracterizar ese fragmento discursivo. Con esta información gramatical en mente, pasemos al análisis de estas frases en el *Cantar de mio Cid*.

3. LA FORMA DE LA CONSTRUCCIÓN

Formalmente, las FN introducidas por artículo + posesivo son, en su gran mayoría, 84% (49/58), sintagmas cuasi escuetos, esto es, llevan el puro sustantivo poseído núcleo introducido por los dos determinantes y ningún otro modificador que adjetive, especifique o aporte información sobre el sustantivo, como se muestra en (3a). Ello sin duda quiere decir que el sustantivo poseído es un referente autocontenido, bien conocido en la narración, que no requiere otra modificación ni descripción. Un 16% (9/58) de estos sintagmas sobreespecificados lleva una expansión —ya sea frase adjetiva, ya frase prepositiva adnominal, ya FN en aposición— y nunca más de una, como se ejemplifica en (3b). Obsérvese que aunque las expansiones de (3b) son formalmente una adjetivación, desde el punto de vista semántico son adjetivos un tanto superfluos o redundantes en cuanto que no especifican ni añaden información sobre el referente sustantivo, puesto que son epítetos obvios que confirman las cualidades ya sabidas del referente. En efecto, lo que se espera de una esposa es que sea *conplida* y *de pro*; de las virtudes de Dios lo lógico es que sean *santas*; de los amigos que sean *caros*; del vasallo que sea *fiel*; de la barba que sea *velida*, etc. Es decir, son expansiones para lograr un efecto semántico connotativo y no denotativo, como lo sería una adjetivación descriptiva. Si atendemos a la división tradicional de la semántica en semántica denotativa o extensiva y semántica intensiva o connotativa, está

claro que estas frases nominales con doble determinación se sitúan en un plano de *semántica intensiva* y no extensiva en cuanto a su expansión.

- (3) a. **En la su quinta** al Çid caen .C. cauallos (805)
Las tus mañas yo te las sabre contar (3315)
 Echastes le de tierra, non ha **la vuestra amor** (1325)
 E vos, Pero Vermuez, **la mi seña** tomad (689)
- b. Ya doña Ximena, **la mi mugier tan complida**, / Commo a la
 mi alma yo tanto uos queria (279)
 El Campeador fermoso sonrrisaua: / “Grado a Dios et **alas sus uer-**
tudes santas” (924)
 O sodes, Rachel et vidas, **los myos amigos caros** (104)
 ¿Venides, Martin Antolinez, **el mio fiel vassalo!** (204)
 En clino las manos **en la su barba uelida** (274)
 Sobrel **so cauallo Bauieca** myo Çid salto daua (2127).

Las FN introducidas por artículo simple o por posesivo simple pueden también aparecer de forma escueta, como se muestra en (4a), pero, a diferencia de las de doble clítico, son también flexibles para admitir expansiones adjetivas que describen y añaden información que permite identificar al sustantivo poseído núcleo, como se ejemplifica en (4b): *gentes cristianas* vs. *gentes extrañas*. Pueden, al igual que las de doble clítico, recibir adjetivaciones superfluas con epítetos, como se observa en (4c): el alba siempre es en la mañana, los enemigos siempre son malos. Por lo tanto, los sintagmas posesivos con clítico simple, artículo o posesivo, son formalmente no marcados o indiferentes en cuanto a su capacidad de expansión y en cuanto a la calidad de ella, ya que pueden expandirse o no, y pueden tomar tanto una expansión denotativa descriptiva como una intensiva connotativa, mientras que los sintagmas posesivos sobreespecificados son formalmente marcados para aparecer como FN escuetas. Los primeros operan, por lo tanto, en los dos planos semánticos, connotativo y denotativo; estos últimos, en cambio, solo en el plano connotativo.

- (4) a. **El escudo** trae **al cuello** et todo espado (2450)
Pedir uos a poco por dejar **so auer** en saluo (133)
- b. Grande duelo auien **las yentes christianas** (29)
De Castiella uos ydes para **las yentes estranas** (176)
- c. Tras nocharon de noch, **al alua de la man** (1100)
Esto me an buelto **myos enemigos malos** (9).

4. LA SEMÁNTICA DE LA CONSTRUCCIÓN Y LA RELACIÓN POSEEDOR-POSEÍDO

En cuanto al poseedor de los sintagmas posesivos con doble determinación, se trata en su mayor parte de un poseedor que es tanto el tópico como el agente actor principal del *Cantar*, es decir el *Cid*: 67% (39/58), ejemplos bajo (5a) (se marca en cursivas el poseedor). Le sigue en frecuencia el poseedor *Dios* o *Criador*: 12% (7/58) en (5b). Los 12 sintagmas posesivos sobreespecificados restantes, ejemplificados algunos de ellos bajo (5c), se dividen en cuanto a sus poseedores entre el *rey* (2 casos), los *iffantes de Carrión* (2 casos), el *obispo don Jheronimo* (2 casos), el pueblo, *burgeses e burgesas* (2 casos), las hijas del *Cid* (1 caso) y algunos de los vasallos cercanos al *Cid* (3 casos).

Si agrupamos el tópico principal, *Cid*, y la autoridad espiritual suprema, *Dios*, podemos percatarnos de que casi el 80% (67% + 12% = 79%; 46/58) de estas FN sobreespecificadas están en el *Cantar* dirigidas a predicar propiedades del héroe y de *Dios*. Cabe señalar que las frases dirigidas a *Dios*, como se aprecia en (5b), son casi siempre dichas por el *Cid*, lo cual nos informa de que no solo es héroe, sino que es también hombre piadoso. Es interesante también el hecho de que el *rey*, el obispo y los burgueses, es decir, el pueblo, se erijan con igual frecuencia como poseedores de estos sintagmas tan marcados; dos sobreespecificaciones para cada uno de ellos; los tres poseedores son representantes simbólicos de los tres estamentos sociales: el Poder real, la Iglesia y el Pueblo.

- (5) a. Delo que ouieren huebos siruan las aso sabor, / Desi escurra las fasta Medina **por la mi amor** “habla el Cid” (2640)
Myo Çid Ruy Diaz, que en buen ora cinxo espada, / Uençio dos reyes de moros en aquesta batalla; / Sobeiana es, señor, **la su ganancia** (877)
 Mando *myo Çid* ... / Que todos priessiessen so derecho contado, / **Ela su quinta** non fuesse olvidado (2487)
- b. Commo yo fio por *Dios* et **en todos los sos santos**, / Desta arranca-da nos yremos pagados (2447)
 Vos teniendo Valençia, et yo vençi el campo; / Esto *Dios* se lo quiso **con todos los sos santos** (1750)
- c. *Una niña de nuef años* a oio se paraua: /... / “Si non, perderiemos los aueres et las casas, / E demas los oios de las caras. / Çid, **en el nuestro mal** uos non ganades nada” (47)
El obispo don Iheronimo priso a espolonada / Eyua los ferir a cabo del albergada. / **Por la su uentura** et Dios quel amaua (2385)

Más iluminador que el poseedor mismo para mostrar al héroe y las diversas facetas de este como el eje temático central que motiva la doble especificación en el *Cantar de mio Cid* es el vínculo poseedor-poseído, y aun más significativos, como veremos, son los fragmentos narrativos donde aparecen estos sintagmas posesivos doblemente determinados. Por lo que respecta a los sustantivos poseídos, tanto sustantivos concretos, *barba, seña, fijas*, como abstractos, *virtudes, amor, part, alma* (véanse los ejemplos anteriores de 3 a 5), pueden constituirse en núcleo de una relación posesiva sobreespecificada. Sin embargo, lo relevante para entender el significado de la doble determinación no es tanto el carácter léxico del poseído cuanto las recurrencias de ciertos poseídos y los lugares textuales donde surge la sobreespecificación. Veamos.

Los sustantivos poseídos sobreespecificados con mayor frecuencia (entre cinco y seis ocurrencias) en el *Cantar* son de tres tipos: a) *mesnadas-vassallos-compañas*; b) *quinta-ganancia* y c) *santos-vertudes*. También *seña* y

cavallo (siempre Bavioca), ciertas partes del cuerpo, *barba*, *oios*, *boca*, *braço*, *mano*, y ciertos términos de parentesco, siempre próximo, *amigo*, *sobrino*, *fijas*, *mugier*, aparecen sobreespecificados en más de una ocasión.

¿Qué nos dice el hecho de que solo estos sustantivos aparezcan como núcleos poseídos de la doble determinación en el *Cantar*? Si la frecuencia de uso es sintomática del diseño de la gramática y de los valores semánticos que subyacen a la codificación formal; es decir, si, como planteábamos al inicio de este trabajo, existe un uso motivado o icónico de los signos lingüísticos, podemos inferir que esos poseídos recurrentes definen y caracterizan al héroe desde tres ángulos: en primer lugar como *caballero* —el caballero Cid es tal en función de tener *mesnadas*, *vasallos*, *compañas*, y rendírsele vasallaje, tener un estandarte identificador, *seña*, poseer caballo y arrancar *ganancias* al enemigo—, ejemplos bajo (6a). En segundo lugar lo caracterizan como *hombre piadoso*; de ahí la fórmula repetida a lo largo del *Poema*, puesta en boca del Cid: “grado a Dios con todos los sus santos” o “grado a Dios e a todas las sus virtudes santas” (6b). En tercer lugar, como *padre-esposo-hombre de familia*; de ahí la elevada frecuencia de los términos de parentesco próximo sobreespecificados (6c). Son sintagmas muy marcados por tanto que ponen de relieve los rasgos básicos identificadores del Cid: caballero, hombre piadoso, hombre de familia.

- (6) a. Myo Çid **con los sos vassallos** pensso de caualgar (376)
Dio a partir estos dineros et estos aueres largos; / **En la su quinta** al Çid caen .C. caualllos (805)
- b. Vealo el Criador **con todos los sos santos**, / Yo mas non puedo et amidos lo fago (94)
Fablo myo Çid Ruy Diaz, el que en buen ora fue nado: / “Grado a Dios del çielo et **atodos los sos santos**” (614)
- c. **Alas sus fijas** enbraço las prendia, / Legolas al coraçon, ca mucho las queria. /... / “Ya doña Ximena **la mi mugier** tan complida, / Commo **a la mi alma** yo tanto uos queria (275, 278, 279).

Hemos dicho que suele hacerse un uso icónico de los signos lingüísticos; pues bien, tal iconicidad se muestra en el *Cantar* no solo en los vínculos poseedor-poseído codificados con sobreespecificación, sino también en las ausencias de sobreespecificación. En efecto, no hay en todo el poema épico una sola FN sobreespecificada que vincule al Cid con el rey, y es lógico puesto que los lazos están rotos a causa del destierro; icónicamente, por tanto, no se puede emplear la doble especificación —cuya razón de ser es codificar propiedades esenciales o definitorias de un poseedor topical— porque el vínculo político rey-Cid es inexistente. Existen desde luego pasajes narrativos explícitos para el momento del perdón del destierro, y el Cid y el rey entran en relación en diversas partes del texto épico —casi siempre a través de terceras personas, los amigos vasallos del Cid—, especialmente en el segundo y el tercer cantar, y el vínculo vasallático del Cid al rey se hace explícito en varias ocasiones cuando en boca del propio Cid se emplean las fórmulas *Alfonso mio señor*, *Alfonso mio señor natural* o *mio señor el rey Alfonso*, recurrentes a lo largo del poema (por ejemplo, en el verso 2128: *aquí lo digo ante myo señor el rey Alfonsso*; también en los versos 538, 1272, 1921, 2031, 2036, 2044). Sin embargo, el concentrado léxico de la doble especificación en las tres facetas del héroe arriba analizadas nos dice que lo idiosincrásico y definitorio del Cid no es precisamente su vasallaje y obediencia al rey; de ahí que no exista ninguna frase posesiva sobreespecificada para relacionar al héroe con el rey.

En apoyo de este análisis merece la pena comentar que el poseído *cort* aparece solo dos veces sobreespecificado, una en boca del rey (7a), una en boca del Cid (7b), y en las dos con posesivo de primera persona: *la mi cort*. Ambos personajes, por tanto, poseen *cort*, la equivalencia de poderes es explícita; el hecho de tener *cort* es en principio definitorio de un rey, pero también en el caso del *Cantar* es definitorio del Cid.

- (7) a. Essora dixo el rey: “plaz me de coraçon; /... / Oydme, escuellas, et **toda la mi cort!** Non quiero que nada pierda el Campeador (1360)

- b. El que en buen ora nasco non quiso tardar, / Fablos con los sos en su poridad, /...: / “¿Oeres, Muño Gustioz, myo vassallo de pro, / En buenora te crie ati **en la mi cort!** (2902).

La sintaxis, entendida como simbolización de contenidos y como una herramienta sutil a través de la cual se expresa la visión de mundo, nos dice que el poeta o juglar, o también, incluso, alguno de los copistas —no entraré en esta conocida polémica de autoría y de transmisión del *Poema*—¹ a través del empleo de estas expresiones posesivas sobreespecificadas pone metafóricamente al Cid en un lugar jerárquico equiparable o superior incluso al rey, ya que, de manera literaria o simbólica, tiene corte y se le rinde vasallaje a un caballero que ha salido de los límites políticos y sociales establecidos. Históricamente, desde luego, no sería pensable tal situación. Es decir, el texto épico vincula narrativamente de manera explícita al rey con el Cid, el primero se erige como señor y el segundo obedece —acata, por ejemplo, aunque de mala gana, la orden del rey de casar a las hijas con los infantes (vv. 1892, 1939, 2134)—, pero el diseño gramatical de esta zona de la sintaxis nos informa de algo ligeramente distinto: quien ocupa un estatus social y político superior al rey, o al menos equiparable, es el caballero héroe.

¹ El hecho de que el *Cantar de mio Cid* sea un texto poético y de que la estructura objeto de estudio esté encabezada por dos determinantes ambos monosílabos plantea varios problemas que deben añadirse a los problemas ya existentes, bien conocidos, derivados de la conflictiva autoría y de la conflictiva datación y transmisión del *Cantar*. Es muy probable que por necesidades métricas se quitara o se insertara un monosílabo, ya artículo ya posesivo, con lo cual quedaba modificada totalmente la construcción desde el punto de vista gramatical y semántico. De cierto, no podemos saber cuántas FN doblemente especificadas tenía originalmente el poema y no podemos saber tampoco si las que nos han llegado son autoría del poeta o juglar originarios, o bien son autoría del copista de 1207, Per Abad, o bien incluso de un copista del taller alfonsí; de ahí, posiblemente, la fluctuación numérica de la construcción en las ediciones críticas. Es decir, no podemos saber si se acortó el texto originario o se amplió en esta zona de la gramática. No obstante esta gran incertidumbre, es interesante señalar que las prosificaciones del *Poema* contenidas en la *Primera crónica general* y en la *Crónica de veinte reyes* tienen un número menor de FN con doble determinación que el facsímil del *Cantar*. Lo anterior podría interpretarse o bien como que los textos en prosa no ponen énfasis de la misma manera que los poéticos en los lugares dramáticos reflejados en la sobreespecificación, o bien que se trataba de una estructura arcaizante ya para la época del primer copiado del poema.

5. LOS LUGARES TEXTUALES DE LA DOBLE ESPECIFICACIÓN

Pasemos a analizar algunos pasajes discursivos donde se emplean los sintagmas con artículo + posesivo para apreciar la relevancia pragmática de los lugares textuales donde aparecen estas estructuras. Examinaremos algunos de los sustantivos poseídos sobreespecificados de mayor frecuencia que nos muestran dos facetas ya comentadas del Cid: caballero y padre de familia.

a) *Vasallos, mesnadas, compañías*. Estos sustantivos son relativamente frecuentes en el *Cantar* (72 ocurrencias, cf. el CORDE), pero en solo seis ocasiones, ejemplificadas en (8), aparecen con doble determinación, y todas ellas referidas al Cid como poseedor, para mostrar su estatus de señor y el poder del caballero en momentos claves de la narración.

- (8)
- a. ¿Venides, Martin Antolinez, **el mio fiel vassalo!** / Aun vea el dia que demi ayades algo! (204)
 - b. Agora nos partimos, Dios sabe el aiuntar. / Lorando de los oios, que non uiestes atal, / Asis parten vnos dotros commo la vña dela carne. / Myo Çid **con los sos vassallos** pensso de caualgar (376)
 - c. **Todas las sus mesnadas** en grant delent estauan, / Armas teniendo et tablados quebrantando (1601)
 - d. Salidos son todos armados por las torres de Vançia, / Mio Çid **alos sos vassalos** tan bien los acordando (1712)
 - e. Con çinquenta mill arrancolos del campo; / Las gananças que fizo mucho son sobeianas, / Ricos son venidos **todos los sos vassallos** (1853)
 - f. Pora Tolledo el rey tornada da, / Essa noch myo Çid Taio non quiso passar; / “Merçed, ya rey, si el Criador uos salue! / Penssad, señor, de entrar ala çibdad, / E *yo con los myos* posare a San Seruan: / **Las mis compañías** esta noche legaran (3048).

La primera sobreespecificación, (8a), es cuando Martín Antolínez regresa exitoso del episodio de las arcas con Rachel y Vidas, y es un reco-

nocimiento explícito de los lazos de solidaridad implicados en el vasallaje; de ahí el adjetivo *fiel* y de ahí también el siguiente verso en el que el Cid promete redituár al vasallo. La segunda sobre-especificación, en (8b), es cuando el Cid inicia el destierro acompañado de los vasallos que voluntariamente se exilian con él; obsérvese que la concordancia verbal es en singular, *pensó de caualgar*, y que por lo tanto, la FP *con los sos vassallos* forma una unidad gramatical, y semántica, con el sujeto *myo Çid*.² En (8c) el Cid recibe a su esposa e hijas en Valencia, las mesnadas se alegran por ello y es la primera muestra de su nuevo poder ante ellas. El pasaje de (8d) ejemplifica el inicio de la batalla una vez asentado el Cid en Valencia, y es el enfrentamiento con los moros que se narra con mayor detalle en el texto épico —en otros pasajes donde aparecen *mesnadas* o *vassallos* en batalla son más bien descripciones breves o pasajes tratados como escaramuzas más que como batallas—. En (8e) el juglar o poeta emplea la doble determinación para mostrar al rey, a través de las palabras de Minaya, que el Cid, no obstante el destierro, es señor soberano de miles y le sonríe la fortuna; es importante recordar que este pasaje constituye el primer intento del Cid por restablecer los vínculos rotos con el rey. Finalmente, en (8f) el Cid no quiere entrar a Toledo con los suyos, y ese *locus* es, a mi modo de ver, un alarde de que el caballero tiene poder y constituye otro bando, no obstante el perdón y la invitación del rey a entrar en la ciudad; obsérvese de nuevo la estructura sintáctica con sujeto más FP, *yo con los míos*, en el verso 3047, con concordancia verbal en singular, *posaré*, poniendo de relieve una vez más que el Cid y sus mesnadas constituyen una sola unidad, y que es distinta del grupo humano del rey.

Es importante señalar dos hechos: a) que los sustantivos *mesnadas*, *vassallos* y *compañas* están también referidos mayoritariamente al Cid

² Esta FP admite dos lecturas estructurales: como adnominal de *myo Cid*, que es la lectura que estoy proponiendo en el texto, y como un complemento circunstancial comitativo dependiente del verbo *cavalgar*. Parto para la primera interpretación del orden adyacente de los dos sintagmas, del hecho de que es una perífrasis con un verbo de entendimiento como rector, *pensó*, y el verbo de acción, *cavalgar*, está subordinado a aquel, y, desde luego, de que la interpretación como unidad se aviene bien con el fragmento narrativo en que se emplea el sintagma.

incluso cuando aparecen con un solo determinante (por ejemplo, entre otros, los versos 249, 430, 568, 604, 803, 847, 2265, 2273, 2278), y *b*) que las mesnadas y vasallos del rey Alfonso nunca aparecen referidos con doble determinación (aunque sí con posesivo simple o con artículo simple, por ejemplo, entre otros, en el verso 508: *al rey Alfonsso que legarien sus compañías*, o en 2982, cuando Alfonso convoca cortes: *qui non viniesse ala cort non se touiesse por su vassallo*), lo cual, en mi opinión, es muestra de que solo las mesnadas y vasallos del Cid son esenciales e intrínsecos a la caracterización del caballero héroe; de ahí la doble determinación cuando el poseedor es el caballero pero no cuando es el rey. Históricamente, lo esperado es que los vasallos sean intrínsecos al rey; sin embargo, la explotación pragmática y estilística de la lenga no tiene por qué ir de la mano de los hechos históricos.

La relativa elevada frecuencia de los sustantivos *seña*, *quinta* y *ganancia* con sobreespecificación caben dentro de este mismo campo semántico del vasallaje y confirman la imagen del Cid caballero sostenida a lo largo del texto épico.

b) Fijas. Las hijas del Cid aparecen referidas solo en tres ocasiones con doble determinación, ejemplos bajo (9); en otras varias ocasiones aparecen sin sobreespecificación. Muy baja frecuencia, por tanto, pero alta explotación discursivo-pragmática, como enseguida veremos. La primera ocurrencia (9a) es cuando el Cid se despide de su familia para iniciar el destierro; la segunda (9b) es cuando el Cid las ofrece en matrimonio a los infantes por mandato del rey, y la tercera (9c) tiene lugar cuando Félez Muñoz las encuentra tras el ultraje de sus esposos, ultraje que disparará la tercera parte del poema épico. Es decir, son tres zonas discursivas que constituyen momentos climáticos en la estructuración del *Cantar*: destierro, bodas y afrenta.

- (9) a. **Alas sus fijas** enbraço las prendia, / Legolas al coraçon, ca mucho las queria (275)
- b. Euades aqui, yernos, la mi mugier de pro, Eamas **las mys fijas, don Eluira e doña Sol** (2520)

- c. Ya primas, **las mis primas, don Eluira e doña Sol**, / Mal se ensayaron los yfantes de Carrion! (2780).

6. LA EVIDENCIA DE LOS PARES MÍNIMOS

Cuando se contrastan pares mínimos estrictos, esto es, FN con los mismos núcleos sustantivos, en un caso con doble determinación y en otro con un determinante simple, con frecuencia en la misma construcción sintáctica y con el mismo verbo regente, se puede constatar que las FN doblemente especificadas se emplean en lugares textuales de especial relevancia pragmática, ya que son pasajes claves para la acción narrativa del *Poema*. El uso de artículo + posesivo tiene, a nuestro modo de ver, la finalidad de mantener la atención del oyente o lector sobre un pasaje narrativo importante en la caracterización del héroe y hacer evidentes las características idiosincrásicas de este. Me centraré en este apartado en nominales poseídos que refieren a partes del cuerpo por ser bastante frecuentes en el texto, y se pueden documentar pares mínimos con cierta facilidad.

a) *Ojos*. Inicio con este sustantivo ya que ellos dan comienzo al *Cantar*. En (11) y (12) se contrastan las dos apariciones del sustantivo *oios* sobreespecificado con algunos otros empleos de determinación simple. En (11a) el poseedor es el Cid mismo y es el momento en que el héroe, y el hombre, abandona el burgo, su hogar, para iniciar el destierro; la importancia de la mirada en este verso está respaldada por tres verbos (resaltados en cursivas en los ejemplos) que corroboran la acción propia del órgano visual, *lorando* en su propia oración, *catando* y *vio* en los dos versos siguientes. En (11b), en cambio, el poseedor es la gente del pueblo, *burgeses et burgesas*, que despide al Cid; este verso es confirmación o cierre del verso inicial —el Cid se despide y llora, las gentes del pueblo lo despiden y lloran—, pero el lugar textual ya no es climático en el mismo grado puesto que el destierro ya ha sido planteado. La segunda y última ocurrencia del sustantivo *oios* con doble determinante aparece ejemplificada en (12a): es el momento del reencuentro del Cid con su mujer e

hijas, tras la larga separación por el destierro, y es el momento en que comienza la buena fortuna del Cid, su familia y vasallos en Valencia; es un pasaje de máxima alegría, como (11a) lo es de máxima tristeza. En (12b), en cambio, aparece *oios* con poseedores varios, las dueñas, las hijas, doña Ximena, son lugares textuales sin duda menos culminantes para el *Poema* que los de (11a) y (12a).

- (11) a. **Delos sos oios** tan fuerte mientre *lorando*, / Tornaua la cabeça et estaualos *catando*. / *Vio* puertas abiertas et vços sin cañados (1)
- b. Burgeses et burgesas por las finiestras son, / Plorando **de los oios** tanto auyen el dolor (18)
- (12) a. “Afe me aquí, señor, yo uuestras fijas et amas, / Con Dios et con uusco buenas son et criadas.” / Ala madre et alas fijas bien las abraçaua, / Del gozo que auien **de los sos oios** lorauan (1600)
- b. Si non, perderemos los aueres et las casas, / E demas **los oios de las caras** (46)
- Minaya va ver sus primas do son, / En él fincan **los oios** don Eluira et doña Sol: “Atanto uos lo gradimos...” (2859)
- Lorauan **de los oios** las dueñas et Albarfanez (2863)
- Antel Campeador doña Ximena finco los ynoios amos, / Loraua **de los oios**, quisol besar las manos (265).

b) *Boca*. El empleo de este sustantivo es muy similar al de *oios*: con doble determinante en zonas textuales importantes, con determinante simple en otras ocurrencias. En (13a) puede verse que es el Cid el que habla, es decir, *boca* representa metonímicamente la palabra del caballero, y el sustantivo aparece, en consecuencia, asociado a verbos de lengua y en estilo directo; es el caballero en persona quien habla. El ejemplo de (13b) constituye la única ocurrencia de *boca* sobreespecificada que no está referida al Cid, pero obsérvese que es el pueblo el que habla, *todos* hablan, para emitir la sentencia clave, y famosa, del *Cantar*: *qué buen vassalo, si ouiesse buen señor*. En (13c), en cambio, los dos empleos del sustantivo

boca no representan metonímicamente el poder de la palabra sino que refieren literalmente a la parte del cuerpo; son empleos referenciales, por tanto, apoyados en los verbos *besar* y *sonreír* que remiten a actos físicos que se realizan con la *boca*.

- (13) a. Yal creçe la barba et vale allongando; / Dixo myo Çid **de la su boca** atanto: / “Por amor de rey Alffonso, que de tierra me a echado” (1239)
 Al ora que lo sopo myo Çid el de Biuar, / Plogol de coraçon et tornos a alegrar, / **De la su boca** conpeçó de fablar: / “Qui buen mandadero en bia, tal deue sperar” (1456)
- b. **Delas sus bocas** todos dizian una razon: / “Dios, qué buen vassalo, si ouiesse buen señor” (19)
- c. Quando uio myo Çid asomar a Minaya, / El caualllo corriendo, ualo abraçar sin falla, / Beso le **la boca** et los oios de la cara (921)
 Quando lego Auegaluon donta oio ha, / Sonrrisando se **dela boca**, hyualo abraçar (1518).

c) *Mano*. El contraste semántico-pragmático entre doble determinación y determinante simple con *mano* es semejante al que acabamos de ver con *boca*. Cuando el sustantivo está empleado para mostrar el poder del caballero y en un fragmento poético climático aparece la doble especificación, la mano levantada es metáfora del poder del Cid, y en efecto (14a) es el momento narrativo en que el Cid hace el juramento de vengar a sus hijas. Cuando el sustantivo está empleado literalmente para referir a la parte del cuerpo (14b), solo lleva un determinante.

- (14) a. Una grand ora pensso et comidio; / Alço **la su mano**, ala barba se tomo; / “Grado a Christus, que del mundo es señor, / Quando tal ondra me an dada los yfantes de Carrion [...]” (2829)
- b. Beso le **la mano**, el espada tomo et reçibio, / Luego se leuanto myo Çid el Campeador (3198).

7. CONCLUSIONES

Hemos visto que la doble determinación del sustantivo tiene una razón de ser semántico-pragmática que es idónea para explotación estilística: el artículo presenta y actualiza a un sustantivo relevante, el posesivo lo vincula y ancla referencialmente a un poseedor, y ambos informan de que el nominal que sigue a los dos clíticos es una propiedad, característica o atributo esencial de un poseedor —de ahí que sean FN escuetas, puesto que no son necesarios otros modificadores—. El poseedor, a su vez, es una entidad topical y protagonista en el fragmento discursivo donde aparece la FN poseída sobreespecificada. Los lugares textuales donde aparece la sobreespecificación son muy pocos, pero a cambio son fragmentos discursivos claves en la estructuración del texto épico. Las FN con determinante simple son, en cambio, no marcadas o indiferentes para mostrar las características definitorias del poseedor; por ello son mucho menos dependientes del contexto, es decir, están emancipadas de un contexto discursivo específico, y son, en consecuencia, de empleo mucho más frecuente.

Los datos y análisis anteriores vienen a sumarse a los pocos estudios existentes sobre la doble determinación en el español medieval y a la caracterización semántico-pragmática que los trabajos tradicionales —recordemos el artículo clásico de Rafael Lapesa— han hecho de la estructura, a saber, que se trata de una expresión muy marcada, que aporta valor afectivo, énfasis y realce expresivo o retórico, o como expresiones enmarcadoras o realzadoras, elementos de focalización que centran la atención del lector u oyente sobre un personaje o una idea. Nuestra aportación fue mostrar los contextos específicos y los vínculos poseedor-poseído con los que se logra este efecto de realce en el *Cantar de mio Cid*.

En este trabajo hemos vinculado gramática y estilística, con el supuesto de fondo de que el estilo es simplemente una explotación de los recursos gramaticales disponibles en una lengua. La doble especificación en el *Cantar de mio Cid* está al servicio del héroe, para resaltar, en lugares textuales específicos, las características y los atributos idiosincrásicos del caballero.

EL CONCEPTO DE ESTADO DE DERECHO*

Diego VALADÉS

El “Estado de derecho” suele ser entendido de diversas maneras:

- Como la estricta sujeción de los órganos del poder a la ley;
- Como una forma de sometimiento incondicional de los gobernados a las prescripciones legales;
- Como la observancia universal del ordenamiento jurídico, sin hacer excepción de gobernados ni de gobernantes, o
- Como la aplicación puntual de los términos de la norma, sin importar sus consecuencias.

Las múltiples perspectivas hacen preciso revisar, sucintamente, su evolución.

La expresión fue acuñada en Alemania, durante el primer cuarto del siglo XIX. Tradicionalmente se ha atribuido la paternidad de la locución al jurista Robert von Mohl (*Das Staatsrecht des Königreiches Württemberg*, 1829). Empero, los trabajos de otros autores, también prusianos (Carl Thomas Welter, en 1813, y Johann Christoph Freiherr von Aretin, en 1823), indican que la voz *Staatsrecht* había sido empleada años antes. La localización de estos precedentes solo es relevante porque contribuye a explicar el alcance original del concepto.

Al iniciarse el siglo XIX se vivían en Europa los efectos de la Revolución francesa, de la expansión napoleónica y de los primeros procesos integradores europeos: la Unión Aduanera de los Estados Germanos y, sobre todo, el Congreso de Viena. Los autores que comenzaron a utilizar la expresión “Estado de derecho” formaban parte de la naciente

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 23 de febrero de 2006.

burocracia prusiana, cuya contribución a la posterior unificación alemana fue crucial. Esos autores entendieron el Estado de derecho como un instrumento para defender al Estado de la sociedad, no a la sociedad ante el Estado. Se trataba de resguardar a los titulares del poder político, ofreciéndoles un escudo ante los posibles o los reales embates de una sociedad exigente de libertades y de nuevos derechos.

Las tesis del Estado de derecho subrayaban que nadie podía sustraerse del cumplimiento de la ley. En tanto que el sistema representativo no había sido adoptado en Prusia, esa ley era la dictada y aplicada por la autoridad imperial. Por eso, andando el tiempo, el principio expresado como Estado de derecho adquirió un carácter anfibológico: para los gobernantes simbolizaba la afirmación de su incontestable potestad, mientras que los gobernados se fueron acogiendo a ese mismo principio para guarecerse del poder arbitrario.

Los ricos matices del Estado de derecho se ponen de manifiesto a través de su evolución doctrinaria, de su expresión constitucional y de su tratamiento en los lexicones académicos.

A. EVOLUCIÓN DOCTRINARIA

Debido a su origen, durante décadas se identificó al Estado de derecho con el discurso político de “ley y orden”. Además, los principios del liberalismo tradicional condujeron a identificar a los órganos del poder como los únicos que podían afectar la esfera de libertades y derechos de los individuos. Esta perspectiva ha sido paulatinamente superada por la realidad. La compresión de las facultades y de las actividades del Estado y la progresiva transferencia de funciones y servicios al llamado sector privado, han dado lugar a una clara asimetría en las relaciones jurídicas entre los particulares.

Por esa razón se fueron incorporando correctivos a la idea original del Estado de derecho. En la actualidad ese principio no se puede dissociar de la necesidad de proteger las libertades individuales y públicas, de pro-

piciar relaciones sociales basadas en la equidad, de la naturaleza democrática que está en el origen de la legitimidad del poder, de las funciones sociales que le incumben al Estado, y de la relación entre el derecho y la cultura, que determina los contenidos y la aplicación del derecho en una comunidad determinada.

Además, también los particulares pueden afectar derechos fundamentales, por lo que diversos ordenamientos han ido incorporando el derecho de acción ante los tribunales para remediar esas violaciones. Actualmente procede el amparo contra particulares en Argentina y Colombia, y los tribunales están admitiendo demandas en contra de particulares por violación de derechos fundamentales en Alemania y en España.

El concepto de Estado de derecho está cercanamente relacionado con el de *rule of law*. Esta expresión se comenzó a utilizar en el derecho anglosajón desde el siglo XVII, para denotar que el poder no puede ser ejercido de manera arbitraria y que incumbe a los tribunales dar esa certidumbre a los gobernados.

En grandes pinceladas, el concepto ha experimentado variaciones significativas a lo largo de casi dos siglos. En su versión original se procuraba salvaguardar los intereses del poder político; muy pronto, empero, adquirió un matiz complementario, y la sujeción del poder a la ley, ya claramente planteada por Aristóteles, hizo que el concepto también resultara funcional para la defensa de las libertades. Así fue entendido por más de una centuria, hasta que se advirtió que el criterio de estricta legalidad ofrecía cobertura formal incluso a los sistemas totalitarios.

Adolfo Hitler, por ejemplo, gobernó esencialmente apoyado por la Ley de Autorización de 1933, que lo facultaba para legislar a su arbitrio. Con fundamento en esa delegación parlamentaria expidió, entre otras, las leyes racistas de Nuremberg de 1935 y la Ordenanza sobre la Ley de Ciudadanía del Reich, del 25 de noviembre de 1941, que privaba de la ciudadanía alemana a los judíos. En Italia, por su parte, subsistió la vigencia formal de Estatuto Albertino de 1848, pero diversas leyes consolidaron el poder de Benito Mussolini. Además de la integración del Gran

Consejo del Fascismo, su más importante disposición fue la Ley Acerbo, de 1923, donde se incluyó la “cláusula de gobernabilidad”, conforme a la cual al partido que obtuviera la mayoría simple en las elecciones se le atribuía automáticamente la mayoría absoluta en el parlamento. En 1925 Mussolini fue investido de facultades delegadas para legislar, y su principal decisión fue integrar, un año más tarde, el Tribunal Especial para la Defensa del Estado, que le permitió imponer un dominio férreo sobre la población con el argumento de la legalidad.

El trauma del totalitarismo obligó a procurar un correctivo para las desviaciones formalistas. A partir de la segunda posguerra y de los procesos de descolonización, la doctrina renovó el concepto original: surgió la tesis del *Estado social de derecho*. Progresivamente, los sistemas constitucionales fueron incorporando sus planteamientos. Los más directos antecedentes estuvieron en las constituciones de Querétaro, de 1917, y de Weimar, de 1919. Esta nueva vertiente subrayó que la forma era tan importante como el contenido de las disposiciones normativas. Se introdujeron así los postulados aplicables a obreros y campesinos, y una amplia gama de derechos como el de la educación, el trabajo y la seguridad social, por ejemplo.

La solución operó como un bálsamo, y facilitó los programas de recuperación adoptados después de la conflagración mundial. Empero, también generó nuevos problemas. Las obligaciones de prestación a cargo del Estado propiciaron que los aparatos burocráticos crecieran con desmesura y convirtieran a una parte de la sociedad en una especie de clientela. Este fenómeno afectó las libertades individuales y propició la corrupción.

Fue preciso un nuevo esquema. La renovación constitucional de Francia (1958), Portugal (1976) y España (1978) abrió un nuevo espacio para las instituciones democráticas. En especial fue ejemplar el proceso de transición sin violencia operado en la Península Ibérica. Años después se produjo la caída del Muro de Berlín (1989). En torno a estos episodios de cambio institucional, cobró auge el concepto de *Estado social y demo-*

crático de derecho. Se advirtió que los derechos humanos, los sistemas representativos, los partidos políticos, los procesos electorales y el control jurisdiccional de la Constitución, entre otras instituciones, reforzaban las libertades individuales y los derechos colectivos, y aliviaban la esclerosis burocrática.

Los tiempos se han acortado, y en los años que corren ha aparecido una nueva demanda, esta vez de contenido cultural. Los derechos de las minorías lingüísticas, étnicas y religiosas; los derivados de las prácticas sexuales, y los relacionados con las limitaciones físicas, con la objeción de conciencia y con la defensa del ambiente, entre otros, están generando un concepto más amplio y complejo: el *Estado social, democrático y cultural de derecho*.

Los nuevos sistemas constitucionales ya muestran esa tendencia, y se apunta con claridad su proceso expansivo. Este es el estado del arte en lo tocante al Estado de derecho.

B. REGISTRO CONSTITUCIONAL

En el orden declarativo son pocas las constituciones que adoptan expresamente el principio de Estado de derecho. Ocurre así en los casos de la Federación Rusa (art. 1º), Honduras (art. 1º), la República de Sudáfrica (art. 1º c), Rumania (tít. 1º, art. 4º) y Suiza (art. 5º), por ejemplo. En la Constitución de Chile (art. 6º) se establece que “los órganos del Estado deben someter su acción a la Constitución y a las normas dictadas conforme a ella”, con lo cual, sin hacerse referencia directa al Estado de derecho, se enuncia parcialmente su significado.

La Constitución que mejor expresa el contenido del Estado de derecho es la suiza, de 1999 (art. 5º), que le atribuye cuatro elementos: las actividades del Estado están basadas y limitadas por el derecho; la actividad del Estado debe realizarse conforme al interés público y debe ser proporcional a los objetivos procurados; los órganos del Estado y los

particulares deben actuar de buena fe, y la Confederación y los cantones deben respetar el derecho internacional.

C. DEFINICIONES ACADÉMICAS

Aunque el concepto de Estado no es al que directamente se alude en este estudio, resulta orientador pasar revista a la forma como ha sido definido por los sucesivos diccionarios de la lengua española.

La voz *Estado* fue utilizada por primera vez, en su sentido contemporáneo, por Nicolás Maquiavelo, en *El príncipe* (1513). Dos siglos más tarde el *Diccionario de autoridades* (1732) incluía el lema en estos términos: “Estado. Se toma también por el país y dominio de un rey, república o señor de vasallos”. La segunda edición del *Diccionario de la lengua* (1783) incluyó un concepto adicional: “Materia de Estado. Todo lo que pertenece al gobierno, conservación, aumento y reputación del estado del reyno y príncipe”. Esta referencia a la “materia de Estado” fue suprimida en la siguiente edición (1791), y desde entonces fueron adoptadas dos acepciones de Estado que perduraron hasta la vigésima edición (1984): “El cuerpo político de una nación”, y “El país o dominio de algún príncipe o señor de vasallos”. Esta edición explicitó, entre paréntesis, que cuando “el cuerpo político de una nación” se refiere al organismo político superior, se escribe con mayúscula.

Trascurridos 200 años desde la primera definición de Estado, la Academia decidió cambiarla, en la vigésima primera edición (1992) por: “Conjunto de los órganos de gobierno de un país soberano”, “Territorio de cada país independiente” y, desprendiéndose al fin de la tesis del vasallaje, modificó el criterio sustentado desde 1732 para señalar como Estado al “País o dominio de un príncipe o señor feudal”. En la edición siguiente (2001) superó el grave error de haber identificado la dominación feudal con el Estado (realidad política reconocida como propia de la Edad Moderna), y solo acogió una acepción vigente hasta ahora: “Conjunto de los órganos de gobierno de un país soberano”.

En cuanto a locuciones de relevancia jurídica relacionadas con el Estado, la edición actual incluye: *Ministerio de Estado, estado de excepción, estado de prevención, estado de sitio, causar estado, abogado de Estado, golpe de Estado, inquisidor de Estado, jefe de Estado, materia de Estado, secretario de Estado, prisión de Estado, razón de Estado, reo de Estado, secreto de Estado*. Omite *Estado de derecho*, que tampoco aparece relacionada en la voz *derecho*.

En cuanto a la locución *Estado de derecho*, el registro más antiguo que aparece en el CORDE corresponde a Marcelino Menéndez Pelayo cuando, en la nota explicativa de la segunda edición de la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880), dice: “Esta segunda edición termina donde terminaba la antigua, es decir, en 1876, fecha de la Constitución que ha creado el actual estado de derecho en cuanto a la tolerancia religiosa”.

Otros dos lexicones, de frecuente consulta, son el *Diccionario de uso del español*, de María Moliner, que no incluye la locución, y el *Diccionario del español actual*, del académico Manuel Seco, que define *Estado de derecho* como “forma política en que los poderes del Estado están sometidos al derecho”. Esta definición confunde la forma política, que corresponde a la organización del poder, con su funcionamiento. Toda forma política del poder (republicana, monárquica, federal, unitaria, presidencial, parlamentaria) puede funcionar conforme a los principios del Estado de derecho, pero no hay ninguna forma de organización del poder que se denomine “Estado de derecho”. Por otra parte, esta definición incurre en un problema de autorreferencia, que es de los más complejos en derecho. Es derecho positivo el susceptible de aplicación coactiva, y el monopolio de la coacción corresponde al Estado. Por ende, si los poderes (u órganos, para ser más precisos) del Estado se someten al derecho que ellos mismos elaboran y aplican, significa que su poder, en realidad, es ilimitado.

Existen dos diccionarios académicos que sí incorporan la locución referida. El Diccionario de la Academia Francesa (9ª edición, 1994) la define así: “Estado de derecho: aquel dentro del cual los principios y las reglas del derecho son respetados por los poderes públicos” (*État de*

droit, État dans lequel les principes et les règles du droit sont respectés par les pouvoirs publics). Esta definición tiene la ventaja de ser aplicable a todas las formas de organización del Estado, y de incluir la noción de *principios* de derecho, noción polémica pero de mayor extensión que la de norma.

Finalmente, el *Dicionário da Língua Portuguesa Contemporânea*, de la Academia das Ciencias de Lisboa (1ª edición, 2001) incluye dos locuciones afines: *Estado de derecho*, entendido como “Nación cuyo poder político fue democráticamente electo”, y *Estado de derecho democrático*, “Nación que vive bajo una democracia en que está asegurada la igualdad de derechos y deberes de los ciudadanos”. El esfuerzo conceptual de la academia portuguesa no ofrece un resultado satisfactorio, porque identifica el Estado de derecho con el principio de legitimidad de origen, y el Estado de derecho democrático con el de legitimidad de ejercicio. Los problemas relacionados con la legitimidad del poder político presentan una gran complejidad y tienen puntos de contacto con el Estado de derecho, pero en el caso planteado se reitera una posición formalista superada desde largo tiempo atrás. La igualdad es un principio relevante, pero no suficiente; la equidad es el otro gran factor que viene siendo considerado como parte del Estado social y democrático de derecho, como se vio un poco antes.

Por lo expuesto, puede apreciarse que los diccionarios académicos, especialmente en el caso de la lengua española, no han recogido las preocupaciones dominantes en cuanto al Estado de derecho. Es evidente que se trata de una cuestión debatible, pero en algún momento será necesario adoptar un criterio básico que facilite una elaboración conceptual sobre el Estado de derecho.

En términos generales podría establecerse que *el Estado de Derecho consiste en la sujeción de las actividades públicas y privadas a la Constitución y a las normas aprobadas conforme a los procedimientos que ella establezca, para garantizar el funcionamiento responsable, razonable y controlado de los órganos del poder, la observancia de los derechos, el acceso a la justicia y la equidad en las relaciones sociales.*

D. COMENTARIO FINAL

Las cuestiones relacionadas con el Estado de derecho no corresponden al dominio exclusivo de la norma. Aquellos abogados prusianos que al despuntar el siglo XIX acuñaron la ahora frecuentada expresión, tal vez se vieron influenciados por la sugerente aunque polémica idea hegeliana del Estado, y por la fecunda idea kantiana del derecho.

Hay que revisar esas fuentes, porque si las relaciones entre el derecho y la moral han preocupado a los filósofos a lo largo de siglos, tal vez nunca tuvieron las implicaciones que hoy presentan. La complejidad de la vida social, los avances del conocimiento científico y las exigencias ciudadanas de mejor calidad de vida y mayor control sobre el poder confieren una especial magnitud a los problemas éticos y jurídicos de nuestro tiempo.

Se sabe que hay una clara distinción entre normas morales y jurídicas. Conforme a los principios kantianos, la norma jurídica resulta del que reza: “obra conforme a la máxima de que tu acción pueda convertirse en ley universal”, y la norma moral obedece al de: “obra conforme al deber por el deber”. La virtud, sentenciaba el filósofo, tiene como objetivo la perfección propia y la felicidad ajena.

El Estado de derecho se ha vuelto un concepto polivalente que hace recomendable remirar su esencia primigenia. Hay que volver a lo básico y tener presente que sin ética pública, el derecho es solo un enunciado formal, necesario pero insuficiente para inspirar conductas sociales cooperativas, para fundar la confianza en las instituciones y para estatuir el primado de la dignidad.

Hoy, en México, las instituciones están siendo cuestionadas. Se trata de un hecho social que hace del país un extenso laboratorio de observación etológica. A lo largo de los tiempos el Estado de derecho no ha sido, por decirlo coloquialmente, nuestro “lado fuerte”, y la construcción de un Estado constitucional está expuesta a una sucesión de fenómenos que combinan alternativamente los deseados con los imprevistos.

El constitucionalismo ha resuelto muchos de los problemas tradicionales propios del ejercicio del poder, y ha establecido instrumentos para proteger las libertades, para impartir justicia y para ofrecer seguridad jurídica. Ahora bien, si el concepto de Estado moderno surgió en el siglo XVI, el constitucionalismo solo apareció dos siglos más tarde. Transformar el Estado absolutista en un Estado de derecho llevó siglos; como los ha llevado para incorporarle los elementos social y democrático que, de manera explícita o implícita, caracterizan al Estado evolucionado de nuestros días, y el factor cultural, que ya se perfila hacia el futuro cercano.

Asoma, sin embargo, una nueva vertiente de Leviatán que también obligará a generalizar, espero que esta vez con mayor prontitud, los remedios institucionales. Me explicaré: Max Weber señaló que quienes ejercen el poder lo hacen en función de un pacto fáustico y apuntó el dilema entre la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. El ejercicio ético del poder es un problema todavía no resuelto por el Estado contemporáneo; el constitucionalismo ofrece varias claves para inhibir las deformaciones a que el poder es proclive, pero no es una panacea. Por eso las constituciones han adoptado algunas precauciones éticas. El derecho a la verdad, que es un deber moral; la tutela jurídica de la dignidad, que es un valor moral, y la proscripción de la arbitrariedad, que es una infracción moral, van tomando un perfil constitucional propio.

El derecho a la verdad, cuyo objeto es reducir las ocultaciones del poder, implica neutralidad política de la administración, acceso a la información, controles políticos eficientes y autonomía plena de todos los órganos concernidos con la justicia. Por su parte, la tutela de la dignidad protege a los particulares frente a los nuevos riesgos que amenazan aspectos como su intimidad, su identidad o su patrimonio genético. Finalmente, la proscripción de la arbitrariedad obliga a la autoridad a aplicar la ley de manera razonable.

Decía Goya que el sueño de la razón produce monstruos; a ese aturdimiento corresponde el ejercicio no controlado del poder. Hay dos formas de extraviar el control sobre el poder: porque se sale de cauce, y

atropella, o porque se vuelve críptico, y se pervierte. Son fenómenos de ocurrencia diacrónica o sincrónica. El poder arrogante es tan pernicioso como el poder encubierto; uno amenaza en descampado, el otro lo hace en secreto.

El concepto de Estado de derecho tiene ribetes teóricos y expresiones académicas; pero tiene, sobre todo, consecuencias prácticas cuando se trata de pulir las aristas del poder político desenfrenado, o de organizar al poder político desestructurado. El poder omnipotente, corruptor según el axioma actoniano, y el poder impotente, corruptible según todas las evidencias, son las formas extremas de negar el poder racional que procuran hacer posible el derecho y la ética pública.

LA REVOLUCIÓN CARTESIANA*

Jaime LABASTIDA

Para captar en toda su dimensión el cambio profundo que se da en la filosofía a partir de René Descartes, es necesario examinar sus tesis sobre la *res cogitans* y la *res extensa* (en latín) y la *chose qui pense* y la *chose étendue* (en francés antiguo). Lo decisivo es que, desde el momento en que escribe Descartes, la filosofía preguntará por el carácter del sujeto que enuncia el juicio: ¿quién habla? ¿Por qué causa la sentencia del sujeto que habla tiene rango universal?

La filosofía cartesiana ha sido tradicionalmente vista como el fruto de un grave compromiso. Por una parte, se dice que sus tesis son revolucionarias y que transforman la filosofía de modo radical, en particular por lo que corresponde a la teoría del sujeto. Pero, por otra parte, se afirma que Descartes *cosifica* el principio y hace de la *res cogitans* (su postulado revolucionario) un *objeto*, una cosa, en suma, una substancia.¹ Es cierto que, en particular en *Principes de la philosophie*, el libro que redactó para la princesa Elisabeth, igual que en los textos polémicos de las *Réponses*, Descartes se vale del antiguo significante *substance* para referirse por

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 23 de marzo de 2006.

¹ Como un claro ejemplo, entre otros, de este compromiso, citemos lo que afirma Risieri Frondizi en un libro, por lo demás importante, *Substancia y función en el problema del yo* (Buenos Aires, Losada, 1952). Allí, Frondizi le reprocha a Descartes el hecho de que “su descubrimiento del *Cogito* se vio limitado por una serie de prejuicios que debía a su formación escolástica y que no había podido desterrar de su espíritu. Tales prejuicios actuaron en forma de supuestos y limitaron desde un principio no solo el descubrimiento inicial sino todo el desarrollo de la doctrina cartesiana. Y en particular su concepción del yo” (p. 16). Y poco más adelante: Descartes “lanza al substancialismo por la nueva y fructífera ruta de la conciencia”, aun cuando tenga “una seria limitación: el descubrimiento del *Cogito* tendrá que arrastrar la pesada carga de la categoría de substancia con todos sus derivados y consecuencias” (p. 17).

igual a la *res cogitans* y a la *res extensa*.² Pero en sus obras sistemáticas (aquellas que van del *Discours de la méthode* a las *Meditationes de Prima Philosophia*), Descartes usa nuevos y radicales *significantes* de modo sistemático (*res*, en latín; *chose*, en francés), cuando habla de la *res cogitans* y la *res extensa*, pese a que, en algunos pasajes, utilice aún el añejo *significante* de *substantia*.³ ¿Por qué, pregunto, Descartes prefiere utilizar estos conceptos o *significantes* nuevos (*res* y *chose*) si tenía a la mano, igual en latín que en francés, los *significantes* *substantia* y *substance*? Utilizar de manera sistemática los *significantes* *res* y *chose*, junto al uso ocasional del *significante* latino *substantia* y del francés *substance*, responde en Descartes a un objetivo claro: el de lograr una revolución profunda en los significados, lo que implica, de modo necesario, un cambio radical en los *significantes*. El signo es, desde luego, arbitrario; ¿quién lo duda ya? Por esto, al usar esos *significantes* nuevos, Descartes sabe que su significado adquiere connotaciones revolucionarias. Es de suyo obvio que ningún *significante* es del todo inocente (menos en este caso); Descartes es consciente de que ha hecho una verdadera revolución filosófica (y que esa revolución incluye el aspecto terminológico).

Debo advertir que el término latino *substantia* no es en modo alguno el equivalente del término latino *res*; ni del término francés *chose*. Diré más: ni desde un punto de vista lingüístico ni desde el ángulo filosófico pueden ser equivalentes *substantia* y *res* (por lo que toca al latín) ni *chose* y *substance* (por lo que toca al francés). No solo: tampoco son conmutables entre sí *res* y *chose*. Desde la elección de los dos *significantes*, que no son equivalentes en las dos lenguas, surgen dificultades. En tanto que Des-

² René Descartes, *Les Principes de la philosophie*, § 11 (la primera edición se hizo en latín, en Ámsterdam, por Elsevier, en 1644; la traducción francesa fue publicada en París, por Henri Le Gras, en 1647; edición de Ferdinand Alquié, René Descartes, *Ceuvres philosophiques*, tomo III, Garnier, París, 1972). Pero aun allí, advierto que Descartes dice, al mismo tiempo: “*chose ou substance*” en no pocas ocasiones. Esto quiere decir que, para hacerse entender, usa los dos términos y no sustituye *chose* por *substance* ni *res* por *substantia*.

³ *Substancia* tradujo el concepto heleno de *ὑπόστασις* y se formó de acuerdo con esos mismos principios: el prefijo *sub*, que denota lo que está debajo y el participio de los verbos *sto* y *stano*: véase A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, París, 1967, bajo esas entradas).

cartes es el traductor de sus propias obras (del latín al francés y del francés al latín), es también el responsable de estos deslices semánticos. Igual desde el ángulo diacrónico que del sincrónico, puede advertirse que el término *res* no guarda relación con la voz *chose* (que viene del latín *causa*⁴ y tradujo el concepto griego αἰτία).⁵ Al inicio, *causa* tuvo significado jurídico: la *causa* de un proceso, por ejemplo, aun cuando, poco a poco, llegó a adquirir el sentido genérico con el que se conoce (como lo tuvieron también los términos *negotio* y *res*). *Causa* se volvió el equivalente de *res*, al parecer. El significante dio significados opuestos: así, bajo la forma del acusativo *rem*, produjo en francés *rien* (*nada*), mientras que en español (y en francés) dio su opuesto: *realidad* y *real*.⁶ *Res*, asociada a *familiaris* y *publicae*, produjo voces como *res publicae* (asuntos del Estado) y también su opuesto: *priuatae res*. Lo único que me interesa es mostrar que la voz latina *res* no tuvo, en sus inicios, el actual significado de *cosa*, de algo inerte (*materia*, *piedra*, *madera*, la *cosa*), como ya lo tiene; y lo propio se podría decir del significante *chose*. Descartes desea mostrar, pues, que los significantes *res* y *chose* tienen que ver con un nuevo sentido de *causa* (pero nunca con el de *substantia*).

⁴ Ernout y Meillet, bajo la entrada *causa*.

⁵ Bajo la entrada αἰτία, P. Chantraine (*Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, París, Éditions Klincksieck, 1990) establece que el término significa “responsable” o “causante de”, con frecuencia tomado en un sentido jurídico. Al sustantivo masculino αἰτίος responde el femenino αἰτία, “responsabilidad” que, en el vocabulario jurídico adquiere el sentido de “acusación”, en el filosófico el de “causa” y en el vocabulario médico el de “enfermedad”.

⁶ Ernout y Meillet, bajo la entrada *res*. En español, además, la voz latina *res* produjo la palabra *res* (plural: *reses*), que designa al ganado, especialmente al vacuno y doméstico. Añado que todavía la XXI edición del DRAE (1992) hacía derivar, incorrectamente, del árabe *raʿs*, “cabeza” y “cabeza de ganado” nuestra palabra *res*, pese a las severas y fundadas objeciones de Corominas. Este, bajo la entrada *res*, establece con claridad la procedencia de la voz, en forma directa, del latín, y rechaza, por sólidas razones de carácter fónico —diacronía de la lengua— la procedencia árabe. Solo en la XXII edición del DRAE (2001), la Real Academia atiende las objeciones de Corominas y corrige su error. En esta edición, *res* está vinculada, sin ninguna duda, a su origen latino. Dice el DRAE (XXII ed., 2001): (Del latín *res*, cosa, propiedad). f. Animal cuadrúpedo de ciertas especies domésticas, como del ganado vacuno, lanar, etc.” Precisamente por esta razón Corominas señala que “para el pastor, no había otra ‘cosa’ importante como las reses, y ellos determinaron el cambio” semántico.

Sin embargo, sucede que el propio Descartes traduce su obra de una lengua a la otra y considera que sí son conmutables los dos conceptos (*res* y *chose*). Insisto: es obvio que esos dos significantes tienen origen distinto y que no son del todo equivalentes. *Res* dio lo mismo *real* que *nada* (*rien*); *causa* produjo *chose* y *cosa*. ¿Son la traducción directa del concepto que en latín designa *substantia* o el término aristotélico οὐσία? No, por supuesto que no: véase lo que Aristóteles dice en las *Categorías*, para tratar de hacer explícito mi planteamiento. Son nueve los predicables que pueden predicarse de οὐσία (palabra que en verdad debería ser *essentia*, pero que fue traducida por *substantia*). Vuelvo a la pregunta ¿qué es οὐσία en Aristóteles? ¿Qué, la *substantia* en la filosofía escolástica? Según el Estagirita, las nueve categorías se predicán de οὐσία, la *esencia* (la *substancia*), que posee estatuto general en sentido ontológico: *cera*, *perro*, *hombre*, *caballo*, *mesa*, *árbol*, ¿a qué seguir?). Hay miles de *esencias* (o de *substancias*), tantas cuantos conceptos generales: el predicado *inhiera* en la *substancia* como el *adjetivo*, en la relación sintagmática, califica al *sustantivo*. Empero, *adjetivo*, *predicado* y *categoría* no alteran el carácter del *sustantivo* (la *substancia*). Son *modos* de la *substancia*, la *modifican*, pero pueden separarse de ella (en tanto que son *accidentes*): el perro, como *substancia*, es grande o chico; alto o bajo; negro o café; sin embargo, la *substancia perro* (la οὐσία *perro*) subyace inalterada bajo todos los cambios.

Desde un punto de vista gramatical, *res cogitans* y *chose qui pense*, igual que *res extensa* y *chose étendue*, son sintagmas que se pueden descomponer en un nombre, un sustantivo o un sintagma nominal (*res*, *chose*) y sus adjetivos (*cogitans* y *extensa*; *qui pense* y *étendue*). Pero sucede que Descartes le da una torsión de sentido a la relación gramatical entre el sustantivo y los adjetivos. Descartes establece una relación determinante, necesaria, no accidental, entre los términos *res* y *chose* y estos falsos adjetivos (que dejan de tener el carácter de la mera inherencia). Se puede decir que Descartes sostiene un nuevo tipo de relación gramatical entre el sustantivo *res* y sus atributos; que ya no es la relación sintagmática tradicional. La nueva relación entre *res* y *cogitans*, entre *res* y *extensa* (lo mismo que entre *chose* y *qui*

pense y *chose* y *étendue*), no se debe examinar solo desde un ángulo gramatical: en esa relación Descartes propone una torsión del sentido habitual que existe entre la substancia y los accidentes, el sustantivo y el adjetivo, el sujeto y el predicado. Si la relación entre *res* y *cogitans* (entre *res* y *extensa*; entre *chose* y *qui pense*; entre *chose* y *étendue*) fuera la tradicional, el adjetivo ha de calificar al sustantivo como los accidentes inhieren en la substancia.

Pero no es así. En esta nueva relación hay un cambio radical: la relación se produce bajo la forma de solidaridad total. El sintagma *res cogitans*, con todas sus funciones, no puede separarse de sus atributos. Esto sucede con el sintagma *res extensa*: sus tres atributos no pueden separarse de la *extensión*. Puedo ver, imaginar y pensar la *cera* como algo duro (o blando), con (o sin) olor, sólido (o fluido); pero no podré hacer lo mismo con el concepto de *res extensa*. Si escribo *res extensa*, la relación remite de inmediato al conjunto de los atributos que le son inseparables a la extensión: altura, anchura y profundidad. Por eso, los sintagmas *res extensa* y *res cogitans* son, en sí mismos y en tanto que unidad del *nombre* y el *adjetivo*, desde un ángulo gramatical, *sustantivos*: la *extensión* y el *pensamiento*.⁷

Sin embargo, en el momento de examinar el famoso caso de la *cera*, en la II Meditación, Descartes parece usar la añeja fórmula escolástica (y no esta otra, que califico de novedosa); así lo estima Luis Villoro.⁸ Pero antes de pasar al examen del proceso que lleva a Descartes al término

⁷ Véase Ignacio Bosque, “El nombre común”, en *Gramática descriptiva de la lengua española*, dirigida por Ignacio Bosque y Violeta Demonte, *Sintaxis básica de las clases de palabras*, Madrid, Real Academia Española/Espasa Calpe, vol. I, 1999, pp. 3-76. Allí, Bosque muestra cómo algunos adjetivos pueden adquirir el carácter de sustantivos, pero lo cierto es que, aun cuando “los sustantivos y los adjetivos coinciden en sus rasgos morfológicos, los del adjetivo nunca se interpretan semánticamente” (p. 60). Y un poco antes: pese a que las gramáticas tradicionales establecen que la diferencia entre el sustantivo y el adjetivo consiste en que este se distingue del sustantivo en que no puede “subsistir por sí solo” y necesita “estar adherido a un sustantivo”, y esta concepción tradicional es la misma que existe lógicamente entre “substancia” y “accidentes”, la lingüística actual sustituye esa añeja oposición diciendo, en vez de “substancia” (o de “sustantivo”) *clase* y, en lugar de “accidente” (o de “adjetivo”) *propiedad* (ibídem, p. 59). Lo que intento mostrar es que Descartes ha construido un sintagma nominal en donde el sustantivo y los adjetivos son inseparables y en el que, por consecuencia, el vínculo se vuelve indestructible; es decir, una sola categoría.

⁸ Luis Villoro, *La idea y el ente en la filosofía de Descartes*, México, FCE, 1965, pp. 108 y ss.

de la II Meditación, he de recordar que en *Le monde ou Traité de la lumière* Descartes no utiliza todavía estos significantes (*res extensa* y *chose étendue*). Allí Descartes escribe: habremos de suponer que Dios “crea de nuevo a nuestro alrededor tanta materia cuanta para que, desde todos los lados que nuestra imaginación pueda extenderse, no perciba ningún lugar que esté vacío”; continúa: “la materia que Dios ha creado se extiende lejos, y por todos lados, a una distancia indefinida”. Luego añade que se ha de concebir esta materia recién creada como “un verdadero cuerpo perfectamente sólido que llena por igual toda la anchura, la altura y la profundidad del gran espacio en medio del cual hemos detenido nuestro pensamiento”.⁹ El espacio, desde ese texto temprano, será visto por Descartes como el cuerpo indefinidamente extendido (que llena las tres dimensiones geométricas del espacio euclidiano, ya que, desde cualquier punto del espacio, pueden trazarse tres líneas perpendiculares entre sí: altura, anchura y profundidad). Descartes añade que se trata de “un verdadero cuerpo, perfectamente sólido”. Adviértase: Descartes no usa ninguno de los significantes que luego serán los aspectos clave de su pensamiento: ni *res* ni *chose* (ni *res extensa* ni *chose étendue*). Tampoco describe ese espacio como lo hará después, como el espacio puro de la geometría, trazado solo a base de líneas puras y fuerzas mecánicas. En el texto subyace esta grave contradicción: si el espacio es “un verdadero cuerpo” y por lo tanto, *perfectamente sólido*, no cabe ninguna posibilidad de vacío: ¿cómo se mueven, pues, los cuerpos? Descartes resuelve la contradicción más tarde, al afirmar que el espacio es geometría pura, *res extensa*, *chose étendue*, y no un “verdadero cuerpo, perfectamente sólido”. Corre el año de 1633; por 1637 aparecerá *Discours de la méthode* y ocho años después,

⁹ *Le monde...* (en la edición de F. Alquié, pp. 344-345; en Adam-Tannery, XI, pp. 32-33). El texto dice: “supposons que Dieu crée de nouveau tout autour de nous tant de matière que, de quelque côté que notre imagination se puisse étendre, elle n’y aperçoive plus aucune lieu que soit vide [...] supposons que la matière que Dieu aura crée s’étend bien loin au delà de tous côtés, jusques à une distance indéfinie [...] concevons-la comme un vrai corps parfaitement solide qui rempli [...] toutes les longueurs, largeurs et profondeurs de ce grand espace au milieu duquel nous avons arrêté notre pensée”.

Meditationes de Prima Philosophia.¹⁰ Esta precisión semeja carecer de importancia; pero no es así: solo deseo subrayar que Descartes afina poco a poco su instrumental teórico. Recordaré que “el primer principio de la filosofía que buscaba” lo encuentra, en su encierro de Ulm, por el lejano año de 1619 (el 10 de noviembre da cuenta de un sueño, y dice: “lleno de entusiasmo, descubrí los fundamentos de una ciencia admirable”).¹¹ El *cogito* es, desde esa fecha temprana, la base del conocimiento cierto: surge en el contexto de un sueño, para nuestro asombro.¹²

Descartes habla de la *res cogitans*, en la II Meditación, antes que de la *res extensa*. Empero, aquí invertiremos ese orden y, antes que de la *res cogitans*, hemos de examinar el proceso por el que se establece la *res extensa*: dará luz para entender la *res cogitans*. He aquí la exposición del Cartesio:

Tomemos por ejemplo este trozo de cera que acaba de ser extraído de la colmena: no ha perdido aún la dulzura de la miel que contenía, todavía retiene algo del olor de las flores de las que fue tomada, su color, su figura, su tamaño son aparentes; es dura, fría, se la puede tocar y si se la golpea, produce algún sonido [...] he aquí que mientras hablo la acerco al fuego: lo que resta del sabor se exhala, el olor se desvanece, el color cambia, la figura se pierde, su tamaño aumenta, se hace líquida, se calienta, apenas si se la puede tocar y, si se la golpea, no producirá ningún sonido.¹³

¹⁰ Al menos, es lo que puede ser datado de acuerdo con la correspondencia del propio Descartes, pues recuérdese que estos dos textos, *Le Monde ou Traité de la lumière* y *Traité de l'homme*, fueron publicados por Clerselier, en París, en 1664, ya muerto Descartes.

¹¹ El texto latino de *Olympiques* se publica en AT, X, pp. 217-219; Alquié ofrece un resumen (tomo I, pp. 52-63).

¹² De este sueño se ha ocupado, con agudeza extrema, Jean-Luc Marion en su ensayo “La pensée, rêve-t-elle? Les trois songes ou l'éveil du philosophe” (*Questions cartésiennes. Méthode et métaphysique*, vol. I, París, PUF, 1961, pp. 7 ss.). No omito señalar el carácter verdaderamente novedoso de los ensayos de Jean-Luc Marion, tanto los que contiene este primer volumen cuanto los que contiene el segundo: *Questions cartésiennes, II, Sur l'ego y sur Dieu*, París, PUF, 1996.

¹³ El texto latino de la *Meditatio secunda* dice: “Sumamus, exempli causâ, hanc ceram: nuperri-me ex favis fuit educta; nondum amisit omnem saporem sui mellis; nonnihil retinet odoris florum ex quibus collecta est; ejus color, figura, magnitudo, manifesta sunt; dura est, frigida est, facile tangitur, ac, si articulo ferias, emittet sonum; omnia denique illi adsunt quae requiri videntur, ut corpus aliquod possit quàm distinctissime cognosci. Sed ecce, dum loquor, igni admovetur; saporis reliquiae purgantur, odor expirat, color mutatur, figura tollitur, crescit magnitudo, fit

Luego inquiriere si la cera, tras esos cambios, permanece y dice: “Es necesario confesar que permanece; nadie puede negarlo”. Sigamos con cuidado el proceso de la argumentación cartesiana.

Descartes se pregunta qué es “lo que con tanta distinción” se conocía en aquel trozo de cera y dice: “no puede ser nada de lo que he indicado por medio de los sentidos, puesto que todas las cosas que caían bajo el gusto, el olfato, la vista, el tacto o el oído se han alterado” y pese a todo “la misma cera permanece”. ¿Cómo avanza Descartes en sus argumentos? Puede ser, agrega, que piense ahora que la cera no es ni la dulzura de la miel ni el agradable olor de las flores ni la blancura ni la figura ni el sonido, “sino tan solo un cuerpo”, que poco antes “se me aparecía bajo estas formas y ahora lo hace bajo otras”. No se detiene aquí la argumentación. Descartes pregunta qué es lo que *imagina* de la cera y, al apartar todo lo que no le pertenece, dice: “veamos qué resta”. La respuesta: “nada sino una cosa extensa, flexible y mudable”. Pero “¿qué es eso de flexible y de mudable?”, pregunta. Son solo aspectos que la “imaginación” concibe: cuanto concebimos de la cera, no se cumple solo “por la facultad de imaginar”. Primero la cera se presentó bajo una serie de rasgos sensoriales; segundo, se ofreció bajo otras tres categorías de la imaginación: la cera parecía ser *flexible*, *mudable* y *extensa*. Por último, tercero, se desechan dos de estas categorías (lo flexible y lo mudable) y, a pesar de todo, “la misma cera permanece”. ¿De qué manera? “¿Qué es entonces esta extensión?” Desechados lo flexible y lo mudable, solo

liquida, fit calida, vix tangit potest, nec jam, si pulses, emittet sonum. Remanetne adhuc eadem cera? Remanere fatendum est; nemo negat, nemo aliter putat” (AT, VII, p. 30; en la edición de Alquié, tomo II, París, 1967, p. 187). A su vez, el texto francés de la *Méditation seconde*, traducido por el Duque de Luynes y revisada por el mismo Descartes, establece: “Prenons pour exemple ce morceau de cire qui vient d’être tiré de la ruche: il n’a pas encore perdu la douceur du miel qu’il contenait, il retient encore quelque chose de l’odeur des fleurs dont il a été recueilli, sa couleur, sa figure, sa grandeur, son apparence; il est dur, il est froid, on le touche, et si vous le frappez, il rendra quelque son [...] Mais voici que, cependant que je parle, on l’approche du feu: ce qui y restait de saveur s’exhale, l’odeur s’évanouit, sa couleur se change, sa grandeur augmente, il devient liquide, il s’échauffe, à peine le peut-on toucher, et quoiqu’on le frappe, il ne rendra plus aucun son. La même cire demeure-t-elle après ce changement? Il faut avouer qu’elle demeure; et personne ne le peut nier” (AT, IX, pp. 23-24; en la edición de Alquié, tomo II, p. 423).

queda lo *extenso*. “Es necesario que acepte que no sabría concebir por medio de la imaginación lo que la cera es y que solo mi entendimiento lo concibe”. La respuesta cartesiana es, pues, la siguiente: “¿Qué es por lo tanto esta cera que no se puede concebir sino por el entendimiento o por el espíritu?” La cera es *res extensa*, *chose étendue*, *extensión*: por una indagación del espíritu, y solo por ella, la *mentis inspectio*, se logra el *conocimiento claro y distinto* de aquello que la cera es.

Recapitulemos. Descartes examina la cera por medio de los sentidos y desecha el conjunto de los datos sensoriales que la cera ofrece. Los datos sensoriales se alteran tan pronto como la cera es derretida por el fuego. ¿Qué permanece de la cera en este nivel, el sensorial? Poco, en realidad. Descartes pasa así al segundo nivel de análisis: el nivel de la imaginación. De nuevo, dirá que la cera se ha alterado; que, pese a todo, algo de ella *permanece*. Para determinar qué es lo que, por último, resta de la cera, es preciso elevarse a un nivel superior (el de la *mentis inspectio*). Solo por el espíritu nos resulta posible saber aquello que de la cera, como de todo cuerpo, *permanece*: su *extensión*. ¿Qué queda, en esta larga argumentación cartesiana, de la vieja *substantia* escolástica? ¿Qué, de la οὐσία aristotélica? Nada, muy poco. La *substantia* *ceras* ¿permanece? ¿Es la cera, para Descartes, *substantia*, en el sentido de la escolástica? Ni por asomo. Lo que la cera posee de *substantia*, de acuerdo con Descartes, es lo mismo que posee *todo cuerpo*: ser algo, una *cosa indefinidamente extendida en altura, anchura y profundidad*; la cera, como el perro y en último término, como todo el espacio, solo es algo *extenso*, *extensión*, *res extensa*, *chose étendue*. La esencia de la extensión se capta solo por una *mentis inspectio*.

Veamos qué es la *mentis inspectio*, un rasgo característico de la teoría de Descartes, el proceso por el que determina qué son la *res cogitans* y la *res extensa*. En varios pasajes Descartes dice con claridad en qué consiste su método y no hay duda a ese respecto. El método se llama analítico-sintético: se divide el todo complejo para hallar sus partes componentes

simples. ¿Qué es lo *simple*, esto que forma un todo complejo? En el caso de la *res extensa*, lo *simple*, lo que compone la *res extensa*, ¿es un *individuo*? Las partes simples de la *res extensa* ¿son *elementos*, como aquellos que los filósofos helenos postulaban, el agua, la tierra, el aire y el fuego? Descartes ¿habla de átomos, por acaso? ¿Qué entiende por *cosa simple*? Por supuesto, nunca el átomo, ya que dice que, por la imaginación, se puede dividir cualquier parte de materia en algo más pequeño aun. Lo simple es, para Descartes, el *concepto simple*. Así, la *extensión*, la *res extensa*, posee tres atributos y solo tres: la altura, la anchura y la profundidad. Los tres atributos los posee en grado superlativo, le son inseparables y *coinciden* de manera inmediata, según *la mentis inspectio*, con la *extensión*. Significa que, en Descartes, esta *mentis inspectio* es un acto *simple*: la *intuición*. ¿Tiene esto alguna posible relación con la teoría aristotélica de la οὐσία o de la *substantia* de la escolástica? Nada. Es claro que Descartes desecha la vieja teoría de la *substantia* escolástica (o la οὐσία aristotélica). No hay para él la infinita cantidad de *substantias* (perro, hombre, caballo, mesa, árbol, cera) que Aristóteles y la escolástica concebían y de las que podían predicarse las otras nueve categorías: solo hay *extensión* (o *substantia material*, si se quiere llamarla así: espacio geométrico: *algo*, una *cosa* que se extiende indefinidamente en altura, anchura y profundidad: *res extensa*, *cosa extensa*, *chose étendue*, *extensión*: la extensión es idéntica al conjunto de sus atributos y no se puede concebir sin ellos ni puede separarse de ellos, como en cambio sí se pueden apartar las categorías aristotélicas de la οὐσία (digo, de la *esencia* o de la *substantia*). Tiene Villoro toda la razón: Descartes establece un “nuevo concepto de sustancia”, que concibe como “la existencia efectiva del atributo”: la “sustancia” es, pues, *idéntica a sus atributos*: la *res extensa* es idéntica a sus tres atributos: altura, anchura y profundidad. No se puede concebir sin ellos.¹⁴

Añado que para Aristóteles los sentidos son, si puedo decirlo así, directamente conceptuales o cumplen una función conceptual: a través de la sensación, el alma capta la *forma* de los objetos, no la *materia* de que

¹⁴ Villoro, *La idea y el ente*, pp. 104 ss.

están hechos. De las cuatro causas aristotélicas, la que pasa por los sentidos y se imprime, como lo hace el γράφο en la tablilla de cera, es la *forma*, el *aspecto* (el εἶδος). ¿Es eso lo que Descartes dice en la II Meditación? Los sentidos ¿nos proporcionan conocimiento cierto, *conceptual*? ¿Ofrecen el concepto, la *forma*, el εἶδος, la idea o el aspecto de la *cosa*? No, de ninguna manera. Por el contrario, Descartes afirma que los sentidos engañan; que la imaginación no puede concebir lo que la cera es; que solo la *mentis inspectio* proporciona el conocimiento cierto de la cosa, de la *res extensa*, de la *extensión*. Por lo tanto, en lugar de una multiplicidad infinita de *substancias*, dice Descartes que solo hay *una cosa* (o si se desea usar aún el concepto tradicional: solo hay una *substancia*).

No se detiene aquí la diferencia profunda: en Descartes, los atributos de esta pretendida substancia son tres y se obtienen por la *mentis inspectio*; no se pueden separar de la *extensión*, de tal modo que la extensión es *idéntica a sus tres atributos*: altura, anchura y profundidad. Lo que establece Descartes ¿guarda relación con las categorías aristotélicas? El ὑποκειμενον, la οὐσία aristotélicas; la *substantia* o la *essentia* escolásticas ¿se parecen, siquiera en algo, a los conceptos de *res extensa* o *chose étendue*? No, pese a lo cual Villoro afirma que Descartes queda preso “del significado heredado de las palabras” y que, según él, “la sustancia únicamente puede ser conocida por sus accidentes”.¹⁵ Para demostrar su tesis, Villoro va a examinar el ejemplo de la cera, que ya vimos. Sin embargo, detiene el análisis donde Descartes dice: “la misma cera permanece; nadie puede negarlo”. De allí, Villoro concluye que Descartes no es capaz de superar la determinación escolástica de la *substancia* y que su concepto es el tradicional. No es así, ya lo he dicho. Pienso que, tal vez, Villoro no avanzó en la argumentación de Descartes, o acaso no captó que, para él, no existe ninguna *substancia cera*. Lo que sí existe es la *res extensa* (con sus atributos de altura, anchura y profundidad, que le son inseparables y con los que se identifica). De cualquier modo, el peor de los casos podría admitir que Descartes atribuye a la *materia* (a la *extensión*) una sola

¹⁵ Ibidem, p. 106.

de las varias características de la *substancia aristotélico-escolástica*: eso que permanece por debajo del cambio: lo que no necesita del concepto de ninguna otra cosa para subsistir.

Veamos ahora lo que Descartes postula a propósito de la *res cogitans*, su concepto revolucionario. Por lo pronto, aceptemos que la *res cogitans* (ese *asunto*, este *algo* del que Descartes habla, igual que la *res extensa*) es idéntica a sus atributos. Lo hacemos así, en la medida en que el método cartesiano se aplica por igual a la *extensión* que al *pensamiento*, tanto a la *res extensa* cuanto a la *res cogitans*. ¿Cuáles son los *atributos* de esa *res cogitans*? Advierto, de entrada, que no son los *objetos* en los que piensa la mente. Los atributos de la *res cogitans*, de la *chose qui pense*, son *verbos* y no sustantivos.

Se pregunta Descartes: “¿Qué era esto que yo creía ser antes? Sin ninguna dificultad, pensaba que era un hombre. Pero ¿qué es un hombre? ¿Diría que es un animal racional? No, por cierto, ya que sería necesario investigar qué es animal y qué racional”. Luego, se pregunta si tiene cuerpo o no; si posee o no sentidos; y dice que “pasa y repasa todas esas cosas en su espíritu”; que ninguna se halla “realmente en él”. Por último, dice que en él encuentra, sí, la acción de pensar: “el pensamiento es un atributo que me pertenece y solo él no puede apartarse de mí. *Yo soy, yo existo*, esto es cierto; pero ¿por cuánto tiempo? A saber, por todo el tiempo que pienso”. Aquí está ya la conclusión: “no soy, pues, hablando con precisión, sino una cosa que piensa, es decir, un espíritu, un entendimiento o una razón”. ¿Qué soy?, inquiere Descartes, y responde: “Soy una cosa verdadera y verdaderamente existente. Pero ¿qué cosa? Ya lo dije: una cosa que piensa”. Descartes se interroga otra vez: “¿Qué es eso que soy, entonces? Una cosa que piensa. ¿Qué es una cosa que piensa? Una cosa que duda, concibe, afirma, niega, desea, no desea y que también imagina y siente”;¹⁶ así, los atributos de esa *cosa que piensa* son los *actos* de la men-

¹⁶ El texto latino de las *Meditationes* dice: “Quidnam igitur antehac me esse putavi? Hominem scilicet. Sed quid est homo? Dicamne animal rationale? Non, quia postea quaerendum foret quidnam animal sit, & quid rationale, atque ita ex unâ quaestione in plures difficilioresque delaberer; nec jam mihi tantum otii est, ut illo velim inter istiusmodi subtilitates abuti [...] Quid verò

te, no los *objetos en* que piensa; no los *cogitativos* sino las acciones; siempre *verbos*, nunca *sustantivos*. Entre los actos de la *res cogitans* se hallan el deseo, la voluntad, la imaginación, el sentimiento. ¿Por qué se ha *reducido* el concepto cartesiano de *res cogitans* al solo acto de pensar, peor, al acto de pensar de manera racional? Descartes agrega: “es cierto que parece que veo, oigo y hasta que recibo calor; y eso es propiamente lo que en mí se llama sentir y eso, tomado así, de modo preciso, no es otra cosa sino pensar”.¹⁷ Descartes concibe al sujeto, pues, como sujeto del Deseo y no solo como una entidad racional. El hombre (la *res cogitans*, la *chose qui*

ex iis quae animae tribuebam? [...] Cogitare? Hic invenio: cogitatio est; haec sola a me divelli nequit. Ego sum, ego existo; certum est. Quandiu autem? Nempe quandiu cogito; nam forte etiam fieri posset, si cessarem ab omni cogitatione, ut illico totus esse desinerem. Nihil nunc admitto nisi quod necessario sit verum; sum igitur praecise tantum res cogitans, id est, mens, sive animus, sive intellectus, sive ratio, voces mihi prius significationes ignotae. Sum autem res vera, & vere existens; sed qualis res? Dixi, cogitans [...] Sed quid igitur sum? Res cogitans. Quid est hoc? Nempe dubitans, intelligens, affirmans, negans, volens, nolens, imaginans quoque, & sentiens” (AT, VII, pp. 25-28; en la edición de Alquié, pp. 183-186). A su vez, el texto francés dice: “Qu’est-ce donc que j’ai cru être ci-devant? Sans difficulté, j’ai pensé que j’étais un homme. Mais qu’est-ce qu’un homme? Dirai-je que c’est un animal raisonnable? No certes: car il faudrait par après rechercher ce que c’est qu’un animal, et ce que c’est raisonnable [...] je passe et repasse toutes ces choses en mon esprit, et je n’en rencontre aucune que je puisse dire être en moi [...] Passons donc aux attributs de l’âme, et voyons s’il y en a quelques-uns qui soient en moi [...] Un autre est de penser; et je trouve ici que la pensée est un attribut qui m’appartient: elle seule ne peut être détachée de moi. *Je suis, j’existe*: cela est certain; mais combien de temps? À savoir, autant de temps que je pense [...] je ne suis donc, précisément parlant, qu’une chose qui pense, c’est-à-dire un esprit, un entendement ou une raison... Or je suis une chose vraie, et vraiment existante; mais quelle chose? Je l’ai dit: une chose qui pense [...] Mais qu’est-ce donc que je suis? Une chose qui pense. Qu’est-ce qu’une chose qui pense? C’est-à-dire une chose qui doute, qui conçoit, qui affirme, qui nie, qui veut, qui ne veut pas, qui imagine aussi, et qui sent” (AT, IX, pp. 20-22; en la edición de Alquié, pp. 416-421). Además, en *Les principes de la philosophie*, Descartes precisa que “le mot de penser” significa “non seulement entendre, vouloir, imaginer, mais aussi sentir”: *sentir* “est la même chose ici que penser” (§ 9): “la palabra *penser*” significa para Descartes, pues, “no solo comprender, desear, imaginar, sino también sentir”; *sentir* “es aquí la misma cosa que pensar”.

¹⁷ En el texto latino se establece: “...videlicet jam lucem video, strepitum audio, calorem sentio [...] hoc est proprie quod in me sentire appellatur; atque hoc praecise sic sumptum nihil aliud est quam cogitare” (*Meditaciones de Prima Philosophia*, “Meditatio secunda”, AT, VII, p. 29; en la edición de Alquié, tomo II, p. 186). Por su parte, en el texto francés se dice: “il me semble que je vois, que j’ouïs, et que je m’échauffe; et c’est proprement ce qui en moi s’appelle sentir, et cela, pris ainsi précisément, n’est rien autre chose que penser” (*Méditations touchant la première philosophie*, “Méditation seconde”, AT, IX, p. 23; en edición de Alquié, p. 422).

pense) puede sentir solo porque es la unidad de *extensión* y *pensamiento*. Los animales no son capaces de sentir porque no son *res cogitans*: son *cosa extensa* y hasta el hombre, en su aspecto corporal, es solo *extensión: siente* porque en el concepto de *cogito* se halla la sensibilidad.

Señalaré, por último, algo que estimo importante: a lo largo de los dos textos de *Meditaciones*, el latino y el francés, Descartes jamás utiliza el concepto escolástico de *substancia*. Siempre dijo *res cogitans* (*chose qui pense*) o *res extensa* (*chose étendue*). Solo en *Réponses aux objections* y en *Principes de la philosophie* usó, por razones de claridad o polémicas, el concepto de *substancia*: *el significante es significativo*; Descartes evita utilizar el significante *substancia* y lo sustituye, en todos los casos, por los significantes *res* y *chose*. ¿Qué podemos concluir de la argumentación anterior? A estas alturas, es obvio que la teoría cartesiana de la *res* (*cogitans* y *extensa*) nada tiene que ver con la antigua teoría aristotélica de la οὐσία o con la añeja teoría escolástica de la *substancia*. Además, el rasgo revolucionario de la teoría cartesiana estriba en el hecho de que, en relación con esto que nos ocupa (la construcción del sujeto científico), pone en acto el proceso que supera al sujeto individual (o psicológico) para sustituirlo por el sujeto universal, el Gran Otro. El sujeto de que nos habla Descartes no es él como sujeto histórico, sino el sujeto universal, el sujeto de la ciencia: *el ego que piensa*, *la cosa que piensa*, *algo que piensa* y cuyo pensamiento es el mismo de todo sujeto racional posible. De allí que *Discours de la méthode* se inicie con estas palabras, significativas por lo que ya se ha dicho: “El buen sentido es la cosa que mejor repartida está en el mundo”.¹⁸

Aún más, conviene señalar que tampoco son equivalentes del todo los verbos *cogito* (latino) y *penser* (francés), pese a que así lo crea el propio Descartes. Al examinar esos dos verbos con cuidado se captan dificultades de carácter semántico y conceptual. Dudo = pienso = soy, la relación de estos posibles equivalentes ¿es directa, prístina, sencilla? ¿Qué sentido

¹⁸ *Discours de la méthode*, AT, VI, pp. 2-3; en la edición de Alquié, tomo I, p. 568.

tiene el verbo latino *cogito*? ¿Qué, el verbo francés *penser*? ¿Cuál es su origen, de dónde vienen? ¿Son equivalentes el verbo latino *cogito* y el verbo francés *penser*? ¿Son conmutables *cogito* y *penser*? El problema de fondo acaso pueda establecerse sobre una base lingüística; pero de allí tendremos que pasar al nivel semántico. La filosofía helena parte de una estructura lingüística peculiar (la que poseen las lenguas indoeuropeas) donde el verbo *ser* (el verbo griego εἶμι y verbo el latino *sum*) determina una estructura que no tienen todas las lenguas conocidas (o sea, la función de cópula o de lazo de unión entre el sujeto y el predicado, como reconoce Émile Benveniste).¹⁹ ¿Qué sucede si le planteamos desde este ángulo ciertas preguntas a la filosofía cartesiana? ¿Cómo trabaja la duda metódica si, en lugar de ser expresada en latín o en francés, se expresara en griego? ¿Qué pasaría con el *ego*, el *cogito*, la *pensée*, la *res cogitans*? ¿De dónde viene el verbo latino *cogito* que le otorga toda su dramática dimensión al *ego* cartesiano? ¿Cuál es la raíz de ese verbo, *cogito*, que Descartes hace equivalente de *je pense*? *Cogito* viene de *ago*, *-is*, “empujar delante de sí” y se opone a *duco*, “marchar a la cabeza”, “guiar”. *Ago*, *-is* es un término de la lengua pastoral: expresa la actividad continua, a diferencia de *facio*, *-is*, que indica lo que se hace solo en cierto momento.²⁰ De *ago* se formó el verbo *agitar*, que tiene sentido físico y moral; también se derivó (*co*) *ago* (*cogito*), que posee el significado moral (“agitar los pensamientos”). De otro lado, los verbos *penser* (francés) y *pensar* (español) cobran origen en *pendo*, *-is*, “pesar”. Uno de los verbos indica, pues, la agitación mental (*cogito*); el otro, algo distinto: el equilibrio (*penser*): o sea, sopesar palabras, lograr que la palabra obtenga su peso exacto en la balanza del

¹⁹ Émile Benveniste dice: la variedad de empleos de la palabra *ser*, en griego, muestra “un hecho propio de las lenguas indoeuropeas”, que de ninguna manera es “una situación universal ni una condición necesaria”, de modo que fue “sin duda de una reflexión filosófica sobre el ‘ser’ de donde surgió el sustantivo abstracto derivado de εἶμι: lo vemos crearse en el curso de la historia: primero como εἶσα en el pitagorismo dorio y en Platón, después como οὐσία, que se ha impuesto [...] la estructura lingüística del griego predisponía la noción de ‘ser’ a una vocación filosófica” (“Categorías de pensamiento y de lengua”, en Émile Benveniste, *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI Editores, 1974, p. 73).

²⁰ Ernout y Meillet, *Dictionnaire étymologique*, bajo las entradas *ago*, *-is* y *pendo*, *is*.

espíritu: de igual modo se equilibran los pesos en la balanza romana (que semeja una espada). *Pensar* es, en francés y español, *sopesar en la mente las palabras*, obtener su equilibrio. *Cogito*, en cambio, agitar *pensamientos*. Los verbos tienen semejanza pero no son exactamente equivalentes.

Hay más. En latín y en las lenguas que se derivaron de él, se presenta una dicotomía entre lenguaje y pensamiento, entre lengua y razón (y lo propio sucede en las lenguas anglosajonas). En griego, la diferencia no existe. En griego, igual es *decir* que *pensar*: la raíz de λόγος es la misma que la de λεγω: el pensamiento es también *habla, lenguaje*. El solipsismo de René Descartes ¿acaso tiene su fatal origen en la estructura de la lengua latina (y en la estructura de las lenguas romances)? Porque, en griego, el λόγος es habla y, por lo tanto, en sí misma, algo común: comunicación con el otro. Así lo decía Heráclito, tal y como lo señalamos: el λόγος es lo común.

Ahora bien, es evidente que Descartes, al separar de manera tan tajante el universo en dos grandes segmentos (la *res cogitans*, por un lado; la *res extensa*, por el otro), ha sentado las bases para desarrollar la razón instrumental, fundamento del mundo moderno. En efecto, la *res extensa* carece de los atributos superiores que son propios de la *res cogitans*. Según Descartes, la totalidad de la *res extensa*, esto que llamamos los reinos vegetal y animal incluidos, se *reduce* a la mecánica: el gato maúlla por la sola disposición de sus órganos, como si fuera un instrumento musical. El concepto de *res extensa* responde a la pauta de una maquinaria; su movimiento es un mero desplazamiento de lugar. Hay dos *cosas* (dos *substancias*, si así se obstina alguien en llamarlas): la *cosa pensante* y la *cosa extensa*: ya no las *substancias* perro, caballo, mesa, cera. Así, la *res extensa* se subordina a la *res cogitans*, que puede hacer uso de ella como si de material moldeable se tratara, de manera que el hombre se pueda convertir, como ya se dijo, en *el amo y señor de la naturaleza*.

Aquí se marca, pues, el hito fundamental, el giro decisivo en la edificación del sujeto científico. A partir de Descartes se pone el acento en la posibilidad, situada en el sujeto cognoscente, de elevar juicios de carácter

apodíctico: a un tiempo necesarios y universales. Esta posibilidad no se sitúa en la estructura del enunciado, o sea, en la relación entre sujeto y objeto. Se sitúa en otro espacio, de orden mental: el sujeto posee esa estructura especial que le permite elevar el tipo de juicios que Kant llama *sintéticos a priori*.

Ahora bien, ¿dónde está el Otro? ¿Dónde, el Otro Absoluto, la Naturaleza? El hombre, al apropiarse de la Naturaleza, del Otro, ¿lo hace para doblegarla? ¿Se identifica con ella, o la somete? Si el animal es una máquina, ¿caso no se le coloca en un nivel inferior, al tomársele como mero instrumento? Incluso la parte corporal del hombre, esta en la que es solo *res extensa*, ¿no lo degrada? Se abre el abismo: el hombre es una *cosa* que puede ser llevada al campo (al campo de concentración). Hay un péndulo: Descartes se sitúa en el polo opuesto al del hombre mítico. Para este, el universo tenía vida. Para Descartes, en cambio, la extensión es inerte.

METÁFORAS DEL JUARISMO

Vicente QUIRARTE

Se sabe desde hace años y sexenios:
Si entre los muchos Méxicos de México
hubiera que inclinarse por un México,
el mejor de los Méxicos posibles
sería sin duda el México de Juárez.

Mentes capaces, rectos hombres públicos.
resistencia y desastre de invasores.
Respeto a todo culto. La Vía Laica.
Enmienda de progreso y Hombres Leyes;
lo vimos en los libros: estaban en el México de Juárez.
Pero yo no estoy pensando en ese México:
el México al que aquí yo me refiero
es en efecto al México de Juárez.

Las estrofas del poema anterior fueron escritas por Luis Miguel Aguilar, poeta de mi generación. Las utilizo como epígrafe para demostrar la posibilidad de escribir poesía épica para nuestro tiempo, huérfano de héroes y poblado por gesticuladores. En 1972, Vicente Magdaleno publicó el libro *Juárez en la poesía*, un recorrido por las transformaciones metafóricas que a lo largo del tiempo ha experimentado la figura del héroe. Al examinar el libro nos damos cuenta de que el oro y el mármol no hacen buena poesía, y escasos son los instantes donde la figura del gran presidente inspiró versos que son parte no solo de nuestra historia literaria sino también de nuestro patrimonio espiritual.

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 27 de abril de 2006.

Hasta donde tenemos noticia, el primer instante en que la figura de Juárez entra en la historia como una metáfora del héroe del tiempo nuevo —civil, laico, representante de la ley— es en el brindis que Francisco Zarco pronuncia con motivo del cumpleaños del presidente, el 21 de marzo de 1863: “Porque el nombre de Juárez, identificado ya con los principios democráticos y progresistas, es decir, con la extinción del fuero eclesiástico y militar, con la libertad de cultos, con la desamortización, con el registro civil, con la emancipación de las monjas, sea, en lo adelante, después del triunfo que las armas nacionales han de obtener sobre las de Napoleón, el símbolo de la independencia y de la gloria de México, de la unidad de América y del hasta aquí de la Europa” (Francisco Zarco, *Discursos parlamentarios y cívicos. Estudios biográficos*, vol. XVIII de las *Obras completas*, p. 216). Pocos como Zarco utilizaron tan pocas y precisas palabras. Pronuncia las anteriores en un instante doblemente dramático: cuando el término *República* es un significado carente de significados, porque ha sido mal utilizado, saqueado y agotado por una larga tradición de pronunciamientos, cuando casacas y sotanas venden la patria al mejor postor. En segundo lugar, porque faltan dos meses para que caiga Puebla y dé inicio la peregrinación y la resistencia republicana, con las cuales se forjará una segunda metáfora histórica y literaria. Sin embargo, la aceptación unánime de Juárez no ocurrió de manera simultánea a los acontecimientos. ¿Cuántos de quienes lloraron su salida de la capital de la República el 30 de mayo de 1863 más tarde aplaudían la entrada del ejército interventor? ¿Quiénes eran los auténticos y convencidos juaristas que en ese adjetivo tan sustantivo verdaderamente sentían que la causa de México era la defendida por el presidente constitucional?

Desde los primeros instantes de la aparición pública de Juárez, su personalidad pasa a formar parte de la imaginación de sus coetáneos. “Estudia, siente, cree como Benito.” La microhistoria de ese niño pronto alcanza dimensión nacional. Cuando muere, siendo el presidente de un país que ha visto consumada su Segunda Independencia, su imagen está —o quiere estar— no solo en la mente sino en la posesión material de

los mexicanos: los fotógrafos Cruces y Campa afirman haber vendido, a partir del 18 de julio de 1872, 20 000 reproducciones fotográficas de Juárez.¹

En su libro *La iconografía romántica del mar*, el poeta Wystan Hugo Auden establece tres categorías para el héroe, pues la autoridad que ejerce puede ser ética, estética o religiosa. Juárez pertenece a la categoría de los héroes éticos, aquellos cuya actuación es menos espectacular, pero que con el tiempo forman la parte más sólida de la moral de un pueblo. De tales características provienen sus representaciones iconográficas. Mientras Miguel Hidalgo y Costilla es el héroe ígneo, exaltado en el momento de arengar a sus fieles o de romper las cadenas de la esclavitud, Juárez encarna la prudencia valerosa, la espera paciente, la fe en la letra llevada a la práctica. Los primeros historiadores del liberalismo denominaron Segunda Guerra de Independencia al triunfo de Juárez sobre las fuerzas conservadoras y la Intervención. De tal modo, dos son los extremos del proceso libertario de México, y a cada uno de ellos corresponde un tipo distinto de héroe: el sacerdote ilustrado que llama al pueblo a las armas, en el primero; un indio zapoteca, profesionista laico, forjado con base en su esfuerzo personal, en el segundo. Hidalgo es de fuego; Juárez es de tierra. El arma que lleva en la mano es siempre la bandera nacional o un libro que representa a la Constitución. Con Hidalgo, México inicia su doloroso nacimiento; con Juárez, alcanza su madurez de Estado.

Juárez aprendió a hablar español del modo en que aprendió a caminar y evadir el obstáculo. Obstinado y prudente, encontró en Ocampo no tan solo a un maestro político sino a un temprano filólogo interesado en establecer un diccionario de mexicanismos. Por fortuna, tenemos el testimonio de un funcionario aduanal que al conocer personalmente a Juárez en Paso del Norte describe minuciosamente su forma de hablar: “Su conversación no tenía la fluidez y la vehemencia característica de los

¹ Rosa Casanova y Olivier Debroyse, “La fotografía en México en el siglo XIX”, en Luis Gutiérrez (ed.), *Documentos gráficos para la historia de México. 1848-1911*, México, Editora del Sureste, 1985.

españoles. Su voz era débil y agradable, frecuentemente se detenía como pensando la importancia de sus palabras”.

“Esto va a triunfar”, decía Juárez, claro, sencillo y profético, cuando sus colaboradores dudaban del éxito de sus afanes. Pocas veces utilizó metáforas del vocabulario religioso, que pasaron a formar parte de la imaginería laica a partir de la Revolución francesa. Enemigo de los excesos verbales, en la indefinición del pronombre *esto*, en sus silencios elocuentes cifraba su poder de convencimiento, la confirmación de su autoridad. Con acciones antes que con palabras, con palabras transformadas en acciones, supo inspirar en la imaginación de los mexicanos la idea de nación que unos soñaban y otros creían imposible. Su fe religiosa, puesta en crisis cuando su juventud oaxaqueña se vio obligada a elegir entre el Seminario y el Instituto de Ciencias y Artes, se transfiguró en una fe absoluta y heterodoxa en la victoria final. En los instantes más graves de su vida, que fueron los instantes más graves para México, mantuvo una serenidad que se antojaba sobrenatural. Enterado de la derrota de Salamanca, ante el empuje del impetuoso Luis G. Osollo, se limitó a decir: “Han quitado una pluma a nuestro gallo”. Elocuente y digna de encomio la frase de Prieto “Los valientes no asesinan”, ante los cañones de los fusiles en Guadalajara. También lo es la actitud estoica, serena y silenciosa de Juárez a punto de recibir la muerte.

Sin embargo, Juárez en la realidad y la leyenda no era el representante unánime de las aspiraciones nacionales. La llegada de la Triple Alianza a las aguas de Veracruz no unificó a los mexicanos en su afán por conservar la independencia. Para un país tres veces secular, como lo era el México que en la mitad del siglo XIX aún no abandonaba sus antiguos hábitos, resultaba atractiva la posibilidad de que el país fuera gobernado por el príncipe de una casa europea. Ser mexicano y liberal no eran términos precisamente populares. “Arde plebe roja”, rezaba el anagrama de *El pájaro verde* para calificar a los liberales como seres incivilizados, nuevos *sans culotte* que llevarían al país a la barbarie y a la servidumbre del Destino Manifiesto.

Los conservadores argumentaban que la cabeza del liberalismo había estudiado en un instituto que propiciaba la herejía y la promiscuidad. Por otra parte, desde el ensayo reformista de 1833, los liberales habían tenido solo triunfos parciales. Fracasaron en sus intentos de impedir una guerra contra Estados Unidos y en sus esfuerzos por ganarla. Un distinguido conservador, José María Gutiérrez de Estrada, había tenido la clarividencia para adivinar en 1840 las ambiciones territoriales de Estados Unidos y la inminencia de una conflagración armada con ese país.

¿Por qué no escucharlo a él, que en 1863 se hallaba en Miramar, como el más perfecto artífice de la monarquía con un príncipe extranjero? Para solidificar un proyecto largamente anhelado, Gutiérrez de Estrada publicó un libro ilustrado que llevaba por título *Maximiliano de Austria*. Juárez tenía que enfrentar, además de los cañones franceses y los levantamientos de sus propios generales, la discriminación atávica de la *gente de razón*, quienes para confirmar sus teorías de superioridad racial se amparaban en el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, de Joseph Arthur de Gobineau, obra en cuatro tomos aparecida en París entre 1853 y 1855, es decir, los años en que el indio Juárez experimenta sus ritos de paso decisivos: vuelve de su exilio en Nueva Orleans y se incorpora como secretario de Justicia a la Revolución de Ayutla. El pueblo, siempre sabio y alegre, externaría su desilusión tras el primer año de los archiducos en México, con la siguiente letrilla: “Juárez indito, / Juárez güerito: / Todo igualito”.

La comparación entre fotografías de Juárez y Maximiliano proporciona una lección histórica de gran utilidad, como el paralelo establecido por José C. Valadés en su libro *El pensamiento político de Benito Juárez*. Una de las primeras fotografías de Maximiliano que comenzó a circular en México, y que sirvió a Hesiquio Iriarte para hacer una litografía que tuvo gran demanda, fue hecha por Giuseppe Malovich en Miramar el año 1864.²

² Véase Esther Acevedo, “El legado artístico de un imperio efímero. Maximiliano en México, 1864-1867”, en *Testimonios artísticos de un episodio fugaz (1864-1867)*, México, Museo Nacional de Arte, 1995.

Los propagandistas del Imperio consideraron que, con su traje de marino, Maximiliano no parecía el emperador que México deseaba, por lo que encargaron al propio Malovich un retrato de Maximiliano vestido de civil. Tanto en este segundo, como en el realizado por François Aubert en 1865, el archiduque aparece soñador y con el gesto vago. Más dramática es aún la imagen que lo muestra, también de cuerpo entero, durante el sitio de Querétaro, enflaquecido, con sombrero mexicano y en la mano su telescopio de campaña. En cambio, en la mayor parte de sus retratos fotográficos, Juárez mira intensamente a la cámara, sin perder un solo detalle, desconfiado como cuando recorría de noche los caminos oaxaqueños o escrutaba en el interior de los generales que se sometían a su autoridad o le manifestaban su franca rebelión. Hombre maduro con ojos de niño, pero del niño resuelto que cubrió en un día la distancia entre Guelatao y Oaxaca, acto que probó, anota Justo Sierra, “que era un hombre, que era una voluntad, que era un rebelde”.³

¿Cómo hacer el retrato de un presidente —civil pero en pie de guerra— ante el atropello de naciones expansionistas? Juárez necesitaba reafirmar su condición de mandatario respetuoso de las leyes, que hacía depender su autoridad no del pronunciamiento armado sino de la obediencia a un código. De ahí que su rostro sea el de un indio impecable en traje de funcionario, rígido y pulcro. Solo la cadena del reloj interrumpe la austeridad de ese atuendo que convertiría en emblema. Al referirse a la costumbre prevaleciente para que los gobernadores vistieran trajes estrafalarios, a la usanza de las costumbres coloniales, escribió:

Desde que tuve el carácter de gobernador abolí esta costumbre, usando sombrero y traje del común de los ciudadanos y viviendo en mi casa sin guardia de soldados y sin aparato de ninguna especie, porque tengo la persuasión de que la respetabilidad del gobernante le viene de la ley y de un recto proceder y no de trajes ni de aparatos militares propios solo para los reyes de teatro.⁴

³ Juárez. *Discurso del señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en la velada de Arbeu*, México, Tipografía de la Viuda de Francisco Díaz de León, 1906, p. 4.

⁴ Benito Juárez, “Apuntes para mis hijos”, en Jorge L. Tamayo (comp.), *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1964, t. I, pp. 269-271.

Cuando Juárez hizo su entrada triunfal en la Ciudad de México, el 15 de julio de 1867, el Ayuntamiento se apresuró a erigir un arco triunfal para recibir a la legalidad itinerante; honores para el hijo pródigo que en triunfo recibía los dones del cielo. El arco en su honor no era como los erigidos tres años atrás, escenografía de un imperio nacido como representación de una comedia que desembocó en tragedia. Republicana, sobria y agradecida, la capital se reconocía en ese hombre oscuro y tenaz. Ese 16 de julio de 1867, el presidente indio pasaba bajo el arco triunfal con la satisfacción de haber defendido la legalidad y regresar con las banderas enaltecidas. Los dos versos bordados en el pañuelo que la niña Luisa Baz entregó al paso del vencedor, resumen tal hazaña mejor que todos los discursos:

Tu grande gloria y tu victoria han sido
vencer al que jamás fuera vencido.⁵

Con la satisfacción de haber respetado y hecho respetar la ley; con la de haber demostrado a México y el mundo la permanencia del poder civil sobre el capricho del cuartelazo, Juárez dirigió su mensaje a la ciudad anhelada por propios y extraños. Austero y preciso como todas sus acciones, cedió los honores de la victoria a la tercera persona encarnada en el pueblo y el gobierno de la República, esos que en el transcurso de la lucha contra la intervención y el Imperio habían recibido la adhesión de sus chinacos, sus juanes heroicos, su naciente clase media, sus hombres de leyes, sus poetas que habían cambiado la pluma por la espada. En su profusa y acuciosa obra *Juárez y su México*, Ralph Roeder se equivoca al afirmar que en ese momento Juárez acuñó uno de los grandes lugares comunes de nuestra historia. Inscrita en su contexto, la frase emblemática —dolorosa y poderosamente confirmada en el Cerro de las Cam-

⁵ Luisa Baz, “El beso de la pureza”, en Vicente Magdaleno, *Juárez en la poética*, México, Comisión Nacional para la Conmemoración del Centenario del Fallecimiento de don Benito Juárez, 1972, p. 25.

panas— corrobora el estilo puntual, exento de oropeles retóricos, que Juárez mostró en todos sus escritos.

El gobierno nacional vuelve hoy a establecer su residencia en la ciudad de México, de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar jamás el cumplimiento de sus deberes tanto más sagrados, cuanto mayor era el conflicto de la Nación. Fue con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar contra la inicua invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad. Salió el Gobierno para seguir sosteniendo la bandera de la Patria por todo el tiempo que fuera necesario, hasta obtener el triunfo de la causa santa de la Independencia y las instituciones de la República.

Lo han alcanzado los buenos hijos de México, combatiendo solos, sin auxilio de nadie, sin recursos, sin los elementos necesarios para la guerra. Han derramado su sangre con sublime patriotismo, arrostrando todos los sacrificios, antes que consentir en la pérdida de la República y de la libertad.

En nombre de la Patria agradecida, tributó el más alto reconocimiento a los buenos mexicanos que la han defendido y a sus dignos caudillos. El triunfo de la Patria, que ha sido el objeto de sus nobles aspiraciones, será siempre su mayor título de gloria y el mejor premio de sus heroicos esfuerzos.⁶

Evitar la retórica no significó en Juárez empobrecer su estilo, sino todo lo contrario. Aunque confesaba con franqueza que nunca había aprendido a escribir bien, sus cartas, comunicados, discursos y los más sencillos e improvisados brindis revelan la manera en que su pensamiento se trasladaba, leal e íntegro, a la página. La inflexibilidad autoexigida a su persona se traduce en su impecable lid con el lenguaje. El título del único escrito personal que dejó a la posteridad, además de sus cartas y su diario, refleja la sobriedad sustantiva de su carácter: *Apuntes para mis hijos*. Cuatro palabras donde la sintaxis queda reducida a los elementos esenciales. Ausente el adjetivo, fulgura la sustancia de los vocablos terrenales. No la defensa autobiográfica ni el panegírico, sino el testimonio escueto, la bitácora de un ciudadano a lo largo de una vida que es

⁶ Jorge L. Tamayo, *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, t. XII, pp. 248-249.

sinónimo de servicio y fidelidad a sus principios. *Apuntes para mis hijos* es la autobiografía de un hijo del pueblo que se negó a permanecer en la ignorancia y el oprobio consecuente. Pocos lo han visto mejor que un hombre de letras orgullosamente nuestro contemporáneo y nuestro compañero, oaxaqueño también, Andrés Henestrosa:

[...] en su mano la pluma no era un instrumento de recreo sino de creación. Como era frugal su mesa, lo era su expresión. La porción indispensable de pan para ir viviendo; las palabras más necesarias, para expresar sus pensamientos y sus sentimientos... Su concisión era latina, bíblica. Bastaban a su expresión el sustantivo y el verbo, a veces nada más el verbo: en el principio de la acción está el verbo.⁷

Resulta significativo que en su libro *La expresión nacional*, dedicado a examinar la evolución de la literatura mexicana del siglo XIX a través de sus obras y autores más representativos, José Luis Martínez incluya los textos “Permanencia de Juárez” y “Juárez privado”, donde examina las características del estilo juarista, como una demostración de la solidez ideológica que animó a los liberales. Y si cualquier figura histórica que ingresa en el terreno de la imaginación literaria debe ser juzgada con las leyes de la realidad histórica y de la verosimilitud literaria, el problema es aún mayor cuando se trata de una figura tan impenetrable como la de Juárez. Escribe nuestro director honorario:

En vida, hizo de sí mismo una estatua forjada de pasión domada, de voluntad inflexible, de rectitud moral, de serenidad frente al dolor o la alegría... No era solo que acatara y mantuviera las leyes y el Derecho; él mismo se había hecho la encarnación de la ley y el Derecho hasta extremos heroicos... Para él no contaban privaciones, inclemencias o peligros ni lo ablandaban tampoco la ternura, las opulencias o los prestigios de la belleza y la inteligencia. Todo quedaba subordinado en su mente a la función pública de que era depositario y de la que no abdicó un solo momento.

⁷ Andrés Henestrosa, “Juárez, escritor”, en *Los caminos de Juárez*, México, FCE, 1972, p. 97.

Debido a que el presente es breve y apresurado recorrido por algunas metáforas del juarismo, permítanme concluir con dos textos escritos por académicos de nuestra corporación. En la obertura de su libro sobre Juárez, Sierra demuestra cómo la personalidad de su biografiado se explica por su contacto con el accidentado terreno geográfico, que obliga a la alerta constante, a la respiración educada, al pie que estudia el terreno que pisa. Con esa idea, Carlos Pellicer encuentra la correspondencia entre esa sabiduría milenaria y el carácter del héroe:

Mirando las fachadas de Mitla —nunca nada
fue más bello en el mundo que esos muros sin fin—
pensé en la geometría de tu existencia y cada
greca me traducía tu gesto paladín.

De precisión y ajuste tu vida fue jornada
por la montaña siempre; jamás por el jardín.
Un silencio telúrico y una mano empuñada.
La columna secreta de esbelto polvorín.

Hace apenas cien años la pólvora de un día
mortal, Guadalajara mojó. La jerarquía
del hombre sobre el tigre al trueno degolló.

Pienso otra vez en Mitla y en sus fachadas leo
lo que hay en tu mirada cuando en tus ojos veo
los caminos de México que tu mano apuntó.

Tal precisión geométrica guió cada uno de los pasos de Juárez. Tal ciencia de la vida fue la que, habría de darle la razón y el triunfo. Rubén Bonifaz Nuño, en “Principio para un canto a Juárez”, toma las palabras del hombre de la calle para enumerar la cotidiana herencia del patricio:

La boca de los pobres ha tomado
para decir quién eres tú. La boca
de los oficinistas, los poetas,
los sembradores, los obreros, los astrónomos.

Por tu memoria, hallan las manos
de los hombres razón, lugar y tiempo;
son nuestros el fulgor de esta simiente,
de este trabajo comenzado,
de esta tierra sembrada.

Tu herencia no es reposo en la riqueza,
ni soledad, ni solo sueño;
tu herencia son los solidarios brazos
en libertad, las cosas que fundamos,
el camino que hacemos.
Tu herencia es el sentido y el orden de las
cosas,
la libertad de proseguir, el peso
de vivir como hombres.

Todo está bien, lo tuyo.
En su lugar el aire, en su cauce la fuerza de sus aguas,
en su lugar el fuego, la tierra, las raíces.
Como encima de piedra,
bien cimentado el mundo que dejaste.

En el libro *Juárez y su México*, Ralph Roeder comienza por compartir con los lectores el viaje que emprende hacia arriba de la actualmente llamada Sierra Juárez, con destino al pueblo de San Pablo Guelatao. El año debe ser anterior al 1947 en que apareció la obra, es decir, años del triunfo aliado y, con ello, de la democracia sobre fuerzas oscurantistas que hacen su reincidente aparición en la Historia. De entonces a la fecha, poco ha cambiado el aspecto y la condición de la que fue cuna del gran mexicano. En el viaje que Roeder hizo hace más de 60 años, advirtió: “La escuela conmemora al hombre mejor que la estatua, perpetuando con un retorno vivo el anhelo del muchacho que huyó de su pueblo en pos del saber”. Actualmente, el nombre de Benito Juárez da nombre a 7864 escuelas; es en el Sistema de Transporte Colectivo un emblema reconocible inclusive por quien aún no tiene acceso al silabario; es perso-

naje de “Si Juárez no hubiera muerto”, de Esteban Alfonso, que al ritmo del danzón expresa la permanencia del héroe; es el nombre de una variedad de rosa de rojo profundo, llamada *Luto de Juárez*.

San Pablo Guelatao es un pueblo que, de no haber nacido allí el fundador de nuestra sociedad civil, no existiría en la geografía emotiva de México. Solo cada 21 de marzo, la energía de la nación allí concentrada hace de Guelatao centro cívico de México y arena para las contiendas partidistas. En la celebración bicentenaria del día de ayer, con la presencia del Ejecutivo y las ininterrumpidas protestas del Sindicato de Trabajadores de la Educación, se inauguró una enorme escultura sedente que evoca, una vez más, el paralelo entre Juárez y Lincoln. No tiene Guelatao, como hito histórico, la fuerza que concentra la ciudad de Dolores como cuna del movimiento de Independencia. Y está bien que así sea. Benito Juárez es, como afirma José Luis Martínez, un héroe a la altura de la historia, y no necesita de leyendas para que la fuerza de sus hechos reales formule poderosas metáforas históricas. Guelatao es el primer escenario formativo de Juárez, y su salida constituye el cumplimiento de un destino. Sin embargo, la sierra como inicial maestra, y el rebaño como primer oficio, fueron decisivos en la formación de su personalidad. Pocos lo han explicado mejor que el historiador José C. Valadés, y con sus palabras termino: “aprenderá... con el ir y venir de sus ovejas, la gimnasia del trabajo. Conocerá, inequívocamente, los esfuerzos en el individuo para tener el pan cotidiano; y sentirá en su alma, el principio de la responsabilidad de quien dirige”.⁸

⁸ José C. Valadés, *El pensamiento político de Benito Juárez*, p. 15.

MIS LIBROS*

José Luis MARTÍNEZ

AL PRINCIPIO

Cuando tenía 18 años y estudiaba la secundaria en Guadalajara, hacia 1936, comencé a aficionarme a los libros. Con el poco dinero que me enviaba mi padre, compraba algunos: los clásicos verdes que había editado Vasconcelos, algunas novelas hispanoamericanas, de Güiraldes, Rivera, Gallegos, que entonces eran novedad, y libros de los nuevos poetas vanguardistas mexicanos: López Velarde, Villaurrutia, Novo, Pellicer; y españoles: García Lorca, Salinas y Alberti, y de los grandes prosistas: Ortega y Gasset, Unamuno. Por aquellos años estaba de moda el italiano Giovanni Papini, al que leí con entusiasmo. Y como los muchachos de mi grupo tenían tan pocos recursos como yo, nos prestábamos libros. Cuando llegó el primer ejemplar del *Romancero gitano* de García Lorca a manos de un Enrigue, se lo prestó a Alí Chumacero por una noche y Alí lo copió con tinta roja y luego me prestó la preciosa copia para fascinarme con aquellas novedades del “verde que te quiero verde” y de la muchacha que se llevó al río “creyendo que era mozuela...” En Guadalajara había entonces una buena librería, la Font, que incluso recibía libros franceses, y algunas librerías de viejo, como la de Fortino Jaime. Y por aquellos días, *Revista de Revistas*, de *Excelsior*, publicaba cada mes, entre 1933 y 1937, números dedicados a poetas en lengua española, con buenos estudios, fotos y grabados y una amplia antología, que coleccioné, hice encuadernar y guardo. Gracias a esta serie pudimos leer a Altamira-

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 11 de mayo de 2006.

no, Bécquer, Villaespesa, Urbina, González Martínez, Nervo, Gutiérrez Nájera, Darío, López Velarde, Othón, Tablada, García Lorca, Díaz Mirón y Acuña. El director de *Revista de Revistas* era Roque Armando Sosa Ferreyro y Xavier Sorondo el encargado de estos números.

Después de las trifulcas que hacia los años treinta provocó la educación socialista, todo mi grupo se trasladó a la ciudad de México para hacer los estudios profesionales. Como los calendarios escolares de la provincia y de la capital no se correspondían, al llegar aquí nos encontramos con un vacío de dos o tres meses, que Alí y yo pasamos en la Biblioteca Nacional, entonces en la esquina de Bolívar y Uruguay, leyendo cuanto se nos ocurría. Y descubrimos las grandes librerías, las de los Porrúa, separadas en la que sigue siendo Editorial Porrúa, en Argentina y Justo Sierra, y la Antigua Librería Robredo, de Pepe y Rafael Porrúa, en Argentina y Guatemala. De las dos parejas de dueños y libreros, Panchito y José Antonio, de la primera, y los ya mencionados de la segunda —que fue arrasada por las obras del Templo Mayor— me hice amigo y fueron siempre generosos conmigo. Y en estos años, desde los treinta hasta el fin de siglo, había además la excelente librería francesa, al lado de *Excelsior*, la americana, en Madero, y la inglesa, por el rumbo de la antigua Estación Colonia, y una italiana por el parque Río de Janeiro. ¡Y el esplendor de las librerías de viejo! Lamento ser desmemoriado y no recordar los nombres de sus dueños, sobre todo los de la avenida Hidalgo y algunos del antiguo barrio universitario, cerca de la Preparatoria de San Ildefonso. Entonces era posible, en la Robredo y en las de viejo, encontrar casi toda la literatura y la historia de México del siglo XIX, incluyendo las revistas, y a precios accesibles para estudiantes. Un recuerdo especial para la venta que organizó la Editorial Porrúa, en abril de 1940, de los despojos de la biblioteca de don Joaquín García Icazbalceta, se decía entonces, y de estos libros que se instalaron en un patio anexo a la librería, se publicó un *Catálogo de libros mexicanos* (Librería Porrúa Hnos. y Cía., México, 1949, 889 pp., y tiro de 440 ejemplares) con nota preliminar de Francisco Porrúa Estrada, y cuya preparación se

atribuye a Felipe Teixidor. Este gran *Catálogo* es como un paraíso perdido para los amantes de nuestra literatura y nuestra historia. Todos los libros existentes importantes estuvieron en esta venta, y a precios que hoy nos parecerían increíbles. Veintidós códices; el Kingsborough, *Antiquities of Mexico*, 9 vols.: \$15,000; los 18 volúmenes de la *Colección Cultura*: \$1,500; la primera edición del Bernal Díaz, *Historia verdadera...*, Madrid, 1632: \$2 100; los 10 tomos del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, 1853-1856: \$850; los cuatro volúmenes de la edición de Paso y Troncoso de papeles sahumados, Madrid, 1905-1907: \$800; y la primera edición del *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, 1571, de Alonso de Molina: \$2 000. Yo me limité a comprar veintitantos tomos de los estudios literarios de Sainte-Beuve y alguna minucia mexicana. Y si yo hubiera decidido conseguir 5 000 pesos prestados, hubiera comprado maravillas valiosas.

¿De dónde me nació la afición por los libros? No puedo precisar, pero puedo decir que de la curiosidad por saber, por conocer, por entender el mundo, su historia, sus creaciones; por entender al hombre y sus obras, por saber de las cosas materiales y espirituales, y por disfrutar, las creaciones humanas en las artes, en las ciencias, en el pensamiento. De ahí mi afición a la literatura, a la historia, a la filosofía, a las artes, a la antropología, a la psicología y, en general, a los diccionarios.

LAS SERIES HISTÓRICAS

Al mismo tiempo, así como en las escuelas se nos enseñaba que las literaturas comenzaban con los poemas épicos, al procurar sistemáticamente los libros, procuraba ir integrando las series históricas, porque quería tenerlo todo, y de los autores notables reunir la totalidad de sus obras. Y con especial empeño buscaba las obras de referencia para informarme de las vidas de los autores y de la estructura y las particularidades de sus obras. Así fui integrando las obras literarias de Hispanoamérica, a veces con pocos libros significativos, y en el caso de los países más importan-

tes, los libros representativos y los estudios congruentes. No esperaba ni era posible leer todos los libros, me bastaba con saber lo que cada uno contenía. Cuando en los setenta organicé los seis tomos de *El mundo antiguo*, que reúnen textos de unos 20 países de la antigüedad, solo tuve que comprar algunos libros complementarios, pues casi todos los tenía. Lo mismo ocurrió cuando hice la antología general de la luna, en 1969; o cuando he hecho estudios monográficos sobre Alfonso Reyes, Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, Ramón López Velarde o Manuel Gutiérrez Nájera, o en el campo de la historia, obras sobre Nezahualcóyotl, Hernán Cortés, Bernardino de Sahagún. Todos los libros accesibles sobre estos temas se encuentran en mi biblioteca.

REVISTAS Y SUPLEMENTOS

Otro campo que me interesó desde siempre fue el de las revistas y suplementos, ya sean literarios, históricos, artísticos, filológicos, eruditos o humorísticos. Desde 1937 en que vivo en la ciudad de México, hace más de 70 años, me preocupo por adquirir y guardar todas las revistas cultas existentes, lo cual acaba por ser abrumador y muy voluminoso. Tengo colecciones completas de cuarenta y tantos años de *Tiempo*, la revista de Martín Luis Guzmán; de *Ábside*, con los escritos de los Méndez Plancarte y del padre Garibay; y de *Cuadernos Americanos*, en los años de don Jesús Silva Herzog y los de Leopoldo Zea; y de la antigua y la actual *Artes de México*, y por supuesto de *Contemporáneos*, *Letras de México*, *El Hijo Pródigo*, las revistas de Octavio Paz y las de Novo y de Lira y de todas las demás de las cuales hice reproducciones facsimilares en mis años del Fondo. Y ahora guardo colecciones de unas 40 o 50 revistas, y además, de todos los suplementos importantes, de *Reforma*, *Excélsior*, *La Jornada*, *Milenio*, *Siempre*, y de revistas importantes como la *Revista de la Universidad de México* y *Proceso*, de que tengo colección.

Algo tengo de las revistas mexicanas del siglo XIX: las revistas cultas de Alzate, y las Gacetas del XVIII y XIX, y unas 20 o 30 revistas impor-

tantes, en sus originales y en facsímiles, como las de la Independencia, y *El Renacimiento*, la *Revista Científica y Literaria*, *El Domingo*, *El Iris*, la *Revista Azul* y la *Revista Moderna*, así como las *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua* completas, y las de Miguel N. Lira. Tengo algunas rarezas, como *San-Ev-Ank*, que hacia 1918 hacían Barreda, Pellicer y otros, y la estupenda *S. Nob* (1962), de Elizondo y amigos, y *Rotofoto* (1938), diversión de los fotógrafos Casasola y Carrillo. Pero lo mejor de mi hemeroteca son las colecciones de suplementos, que hacía encuadernar cuando era posible, sobre todo la de *La Cultura en México*, de *Novedades*, en los años de Fernando Benítez y de Miguel Prieto, en los sesenta, que es un gusto volver a verlos. Tengo, completa, *La Nouvelle Revue Française*, y casi completa, *Sur*; números sueltos de las revistas de Borges, las revistas nicaragüenses y las colombianas. De las revistas de historia, tengo completa *Historia Mexicana*, los *Estudios de Cultura Náhuatl*, el *Boletín del AGN*, las *Memorias de la Academia Nacional de Historia*, la *Memoria de El Colegio Nacional* y grandes secciones de los *Anales del INAH*, tomos sueltos, y en disco, los *Anales del Museo Nacional*. En otros campos, tengo las colecciones de revistas de El Colegio de México, *Revista de Estudios Sociológicos*, *Asia y África* y la *NRFH*, la de música, y todas las sueltas importantes, *Istor*, *Paréntesis*; las de Octavio Paz: *Barandal*, *Cuadernos del Valle de México*, *Taller*, y las extensas: *Plural* y *Vuelta*; *Nexos*, las de Arreola y Alatorre: *Eos*, *Pan* y *Mester*; la *Revista de Literatura Mexicana*, *Rueca* y *Tierra Nueva*, y tantas más de corta vida. Y guardo muchos años de la revista suiza de arte *Du* y de las preciosas revistas de Franco Maria Ricci; las revistas de arte lo mismo las de corta vida que las extensas: *Artes de México*, en sus dos etapas, y *Saber Ver*, y las *Revistas de Bellas Artes*; y, por supuesto los cuarenta y tantos tomos facsimilares de la serie de *Revistas Literarias Mexicanas Modernas* que edité en mis años del FCE.

Las revistas literarias y los suplementos dominicales de los grandes diarios son importantes porque recogen el pulso cotidiano de la vida literaria, que suele pasar luego a los libros y a menudo se quedan en este

limbo. Puede medirse la actividad de la vida literaria por el número y la calidad de sus revistas y suplementos.

LAS SECCIONES DE LA BIBLIOTECA

Tengo ordenados mis libros por países y por temas. Las secciones de países van de los más importantes: México, España, Francia, Lengua Inglesa, Hispanoamérica, etc., a los que tienen representaciones modestas o pobres. La sección más abundante, y de la que puedo afirmar que tengo todo lo importante, es la de México. Formada por Literatura, Historia, Arte, Antropología, Diccionarios y Revistas y Suplementos. Al formar uno de estos cuerpos importantes, ¿qué preocupación he tenido? La calidad de la edición, en primer lugar. Y si se trata de uno de los grandes autores: Shakespeare, Cervantes, Goethe, Dante, procurar que sea una gran edición, anotada e ilustrada, con las anotaciones y las ilustraciones más importantes acumuladas y una concordancia para resolver consultas. Y, de ser posible, tener los estudios críticos más importantes. Todo esto es una larga paciencia, una acumulación de oportunidades que se van dando a lo largo de muchos años, con atención constante, amor y algunos recursos.

De las ediciones de historia del siglo XIX me gustan los tomos de la primera edición de Lucas Alamán, por sus excelentes grabados; las que escribió, proyectó e hizo don Joaquín García Icazbalceta, modelos por su sabiduría y su decoro tipográfico. Como don Joaquín era muy religioso, escribió e imprimió su propio devocionario o libro de horas al que intituló *El alma en el templo*, cuya segunda edición dedicó a la memoria de su mujer, doña Filomena Pimentel de García Icazbalceta, que murió en 1862 y no logró ver el precioso librito. Gracias a las sustras de Morton, logré conocerlo. Es la quinta edición de 1874 que, aunque los expertos dicen que las dos primeras son las más hermosas esta es notable por su discreta belleza. Lleva tapas de mármol de un azul pálido y de color arena, la cuarta de forros, y está impreso con de-

coro y buen gusto y lleva algunos grabados, las guardas son de una tela jaspeada azul, y todo es discreto y piadoso: oraciones, meditaciones y versos. El autor incorpora textos de otros devotos, amigos suyos. Es emocionante tocar esta muestra de piedad y de gusto un poco femenino de un hombre tan sabio en cuestiones históricas y que fue elaborando esta obra con sus manos y que, para preservarse, mi ejemplar tiene un estuche de piel negra, como si fuera una cámara fotográfica o una rasuradora alemana. Recuerdo que allá por los años sesenta comenté y edité en el FCE uno de los periodiquitos que, aún niño, hizo don Joaquín y que circulaban entre su familia. Y también recuerdo que he conocido la correspondencia que tuvo don Joaquín con eruditos de su época como Harrisse, Prescott y Zarco del Valle, entre otros, para negociar copias de libros y documentos históricos que luego forjaron nuestra historia y nuestra literatura del siglo XVI, y que no me he dado tiempo de hacer el estudio...

Sección muy apreciada de mi biblioteca es la de teoría y estudios literarios. La tengo arreglada por temas: poesía, estudios, de ser posible los más importantes, sobre la narrativa, ensayos, crítica, teatro, historia, sociológicos, métodos críticos especiales de cada género, lexicografía, esto es diccionarios y estudios sobre lenguas determinadas; una sección especial —que considero bastante buena— es la dedicada a escrituras y al desciframiento de libros de jeroglifos. De los egipcios —entre ellos uno de Champollion, hijo— y documentos suficientes acerca del desciframiento de los glifos mayas, con los primeros escritos del ruso Knorov y el último, poco conocido, llamado *Xcaret*, como el hermoso paseo maya cercano a Cancún: tres tomos con estudio de las ideas de Knorov, el segundo con reproducción de los tres códices mayas, y el tercero con desciframiento total en español de los tres códices; y por supuesto todos los libros que los estadounidenses Coe, Linda Schele y otros, han dedicado al tema, y además, los libros de los mayistas de ese país que se opusieron al ruso y que habían hecho grandes adelantos en el desciframiento, como J. Eric S. Thompson. Además de este lote mayista tengo

libros sobre el Linear B griego y sobre las escrituras chino-japonesa y la sumeria, en tablillas de barro, destruidas en su momento por los ejércitos del presidente Bush.

En otros campos de curiosidades de mi biblioteca está mi colección de mapas e imágenes. Los más ilustres son dos ediciones del plano de París, proyectado por Turgot en 1839; dos imágenes más de ciudades europeas, los de Giovanni Battista Piranesi, de Roma en un hermoso libro *Views of Rome then and now* —en la colección de Dover enfrenta los estupendos dibujos de las antigüedades romanas de Piranesi en el siglo XVIII con fotos recientes, de los mismos lugares y monumentos de Roma, hechas por Herschel Leith—; la otra colección es la obra maestra de Piranesi: las espléndidas y terribles *Carcere d'Invenzioni*, de 1744, que repiten la grandiosidad de sus imágenes de Roma en una exploración de la crueldad humana, en una arquitectura imponente. De estas imágenes feroces pasamos a la dulzura de las imágenes de los mapas del México antiguo, el mundo acuático del famoso mapa de Upsala y de los otros mapas coloniales o las minuciosas descripciones de los mapas modernos en gran formato.

En cuestión de mapas, guardo una afición especial por los que, varios cada año y desde hace medio siglo, hace la revista *National Geographic*, y que guardo y ordeno clasificándolos por su materia: Universo, Mundo, América, Europa, México, Historia. Están hechos con gran cuidado y sin demasiados abusos mentales, y con imaginación. Entre los recientes, recuerdo dos: fotos nocturnas de los continentes y del Imperio Romano. Nunca los he contado pero son muchos.

Como inicié los estudios de medicina, conservo cierta afición por la ciencia, y ahora que estoy invadido de achaques, trato de saber cuál es la índole de mis males. Por eso me he hecho de un grupo de libros profesionales de medicina: anatomía, fisiología y tratados especiales, así como un ejemplar de esas enormes farmacopeas, en que están listados y explicados los medicamentos que nos prescriben los médicos. Asimismo guardo los primeros libros de medicina de nuestros

yerberos indios, en ediciones suntuosas como las del *Códice De la Cruz-Badiano*.¹

PLANTAS

También del siglo XVI son los libros del doctor Francisco Hernández, el protomédico de Felipe II, al que envió a México para que explorara las hierbas medicinales. El doctor las probaba todas y por poco muere, peleaba con los indios, a los que acaso veía con superioridad, pero reconoció que conocían 2500 nombres de yerbas, y nos dejó una *Historia natural de Nueva España* y otras obras: un prodigio que la UNAM reconstruyó en ocho tomos que son uno de mis orgullos científicos. Yo los estudié en unas páginas inéditas, y los admiro.

Coloniales son también otros dos hermosos libros, descubiertos recientemente. El dedicado a las plantas de Oaxaca es un manuscrito iluminado que compuso fray Juan Caballero —hombre curioso que estudió la grana cochinilla, las plantas medicinales, los fenómenos meteorológicos y los globos aerostáticos que se elevaron en Oaxaca en 1785—, su libro se llama *Dendrología naural y botanelogía americana o tratado de los árboles y hierbas de la América*, obra que guarda la Biblioteca Francisco de Burgoa, del ex convento de Santo Domingo, en Oaxaca, que en 1998 lo reeditó en una hermosa edición. Y el otro libro mexicano colonial es de fray Juan Navarro, se llama *Historia natural o Jardín americano*, ma-

¹ El *Códice De la Cruz-Badiano* o *Libellum de Medicinalibus Indorum Herbis* se elaboró por manos indias, y por encargo de los maestros del Colegio de Tlatelolco, en 1552, para ser entregado a Felipe II. Es una descripción de las plantas medicinales mexicanas, con finos dibujos con reminiscencias indígenas. Tiene un texto en latín, traducido por Juan Badiano del original náhuatl de Martín de la Cruz. En edición de 100 ejemplares fuera de comercio se preparó un facsímil de este códice con los mismos materiales y características del original. Los dibujos de las plantas son de una delicadeza y una gracia excepcionales. El original se guarda en la Biblioteca Vaticana. El Instituto Mexicano del Seguro Social, en sus años de esplendor, imprimió esta joya y, además, un hermoso volumen, que repite el facsímil del códice, con transcripción del texto, traducción y estudios y comentarios por especialistas, con Introducción de Ángel Ma. Garibay, impreso en Turín, Italia, por encargo del IMSS, en México, 1964.

nuscrito de 1801, coloreado y con dibujos delicados. El autor vivía en Querétaro, pero aunque dice que allí no se habla la lengua mexicana, pone los nombres en castellano o si es el caso, en lengua mexicana (náhuatl) o en tarasco. La edición de la UNAM y del Instituto Mexicano del Seguro Social, de 1992, lleva un estudio de Xavier Lozoya y otros textos que estudian las correspondencias de la nomenclatura del autor Navarro con las de Francisco Hernández y con las del Dioscórides-Laguna, que luego mencionamos. De los libros mexicanos de plantas, este es el más hermoso.

En cuanto a libros españoles sobre plantas, mis preferidos son los del doctor Andrés Laguna, segoviano, que tradujo del griego —probablemente con la ayuda de alguna de las versiones latinas que existían de ese libro—, en 1555, de la edición de Amberes, de Juan Lateo, *Acerca de la materia médica*, escrito por Pedacio Dioscórides Anazarbeo —esto último por su pueblo de nacimiento—. Como dice el título del libro, su contenido es “De la materia medicinal y de los venenos mortíferos” y tiene excelentes dibujos de las plantas, que al parecer son obra del mismo doctor Laguna. De las dos ediciones que tengo, la de Madrid, 1991, editada por la Secretaría General Técnica, tiene preciosas orlas a colores y con diferente diseño cada una, en las páginas iniciales, y la ilustraron coloreadas con esplendor en los verdes de los follajes y en el ocre y los rojos de las flores y los frutos, en un volumen bien encuadernado, que va acompañado de un fascículo con excelentes estudios: del recordado amigo Manuel Alvar, sobre el sentido lexicográfico de las anotaciones del doctor Laguna; sobre “Andrés Laguna y la medicina del Renacimiento”, por Pedro Laín Entralgo; sobre “Dioscórides y su obra como naturalista”, por Rafael Alvarado Ballester; y sobre “Andrés Laguna: Apunte biográfico”, por Alfredo Alvar Ezquerra. Y la otra edición, menos suntuosa pero impecable, es del Instituto de España, de Madrid, 1968, en dos volúmenes, impresa en blanco y negro. El primero lleva preliminares de don Juan de Contreras y López de Ayala, e introducción de don Teófilo Hernando y Ortega. Uno de los textos —que van al final de la obra—

nos informa las diferencias entre la primera edición del Dioscórides de 1555 “y la que ahora se reproduce de 1566”, que también lleva las anotaciones y reproduce las mismas imágenes del doctor Laguna. El primer volumen lleva los preliminares y los libros I, II y III; y el segundo tiene otro prólogo y los libros del IV al VI y las tablas de la obra.

La materia de ambas ediciones son las plantas medicinales y venenosas de Grecia, pero puede entenderse que de Europa, y los comentarios del doctor Laguna se refieren a particularidades de esas plantas en España.

Antes de pasar a los libros recientes acerca de las plantas, quiero mencionar la boga que, desde los tiempos de Felipe II, tuvieron las colecciones de estas imágenes, y no solo en Hispanoamérica, sino también en Brasil. Aunque no tengo ninguno de estos grandes libros, recuerdo con nostalgia haber visto algunos en una biblioteca durante un viaje. Recuerdo que eran deslumbrantes y quisiera no solo volver a verlos sino poseer algunos. Mientras lo consigo, paso a dar noticia de los que poseo, de Lima, Perú, y de Bogotá, Colombia.

Los peruanos poseen una obra admirable. A fines del siglo XVIII, en 1782-1785, el obispo don Baltasar Jaime Martínez de Compañón, hizo una visita pastoral a la diócesis de Trujillo, en el norte del Perú, y encargó a sus vecinos que hicieran gráficamente una descripción de aquellas tierras, comenzando con la geografía, y después de describir y pintar la tierra, siguieran con la geografía humana en el tomo II que, de acuerdo con Raúl Porras Barrenechea, el sabio autor del informe sobre esta obra, incluye funcionarios y personajes distinguidos, eclesiásticos y monjes, y todos los personajes de la época, hombres y mujeres, el español y la española, el mestizo, el cuarterón, la mulata, el zambo, el cholo, el alcalde indio, el indio del valle y el de la ciudad, y el caballo, la litera, la calesa; el interior de las casas, el corredor con la hamaca para la siesta, las mujeres llorando a su muerto, o rezando en la iglesia, la bebida de la chicha, y la india pariendo a la orilla del arroyo, las faenas rurales y el pastoreo, las ocupaciones femeninas, los juegos y las danzas, todo en imágenes coloreadas y expresivas, en libros de 150 páginas cada uno y en nueve tomos.

Antes de pasar adelante, quiero detenerme en la conmovedora ingenuidad del grabado E-83, que don Raúl llama “india pariendo a la orilla del arroyo”. La inminente madre es una muchachita muy joven que lleva una cachucha extravagante, un traje negro con los brazos desnudos y sandalias. En la mano izquierda llevaba, como todas las demás mujeres de Trujillo, una rueca y su huso, que ha dejado a un lado. Sus manos son elegantes y la carita de la niña muestra sorpresa, pero no mucha, pues bajo su cuerpo y su vestido ha salido, al parecer sin dolor ni drama, un cuerpecito sanguinolento que es su hijo. Recuerdo los alaridos que, en los partos más normales, suelen proferir las mujeres más valerosas. Pero esta niña ha parido al parecer sin dolor. Supongo que luego tomará el cuerpecito y lo enjugará en el arroyo, se ocupará del cordón umbilical, se lavará sus partes y, cargando a su hijo, se reunirá con los demás.

Aun otro comentario a estas estampas trujillenses del tomo II. Dice don Raúl Porras que “en muchos de estos apuntes hay no solo intención satírica, sino a veces una comprensión artística de determinados aspectos de la vida social, al punto que pudieran servir de bocetos para grandes cuadros o frescos como los de Diego Rivera en México o José Sabogal y Camilo Blas en el Perú” (*La obra del obispo Martínez Compañón sobre Trujillo del Perú en el siglo XVIII*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1978, p. 29).

Después de esta nutrida historia humana, en la obra *Trujillo del Perú* del siglo XVIII, los volúmenes III a VIII están dedicados a la historia natural, a la flora y la fauna regionales. “El volumen III está dedicado a los árboles, plantas y frutos; el IV a las maderas, palmas, yerbas, frutales y flores. El volumen V contiene 138 grabados iluminados de yerbas medicinales. El VI describe los animales cuadrúpedos, reptiles y sabandijas” con 104 láminas. El VII trae 158 láminas de aves y el VIII se ocupa de los peces, cetáceos, etc. El autor de esta exposición Porras Barrenechea, considera “discutible el valor científico de los tomos referentes a la historia natural, pese a su gran valor informativo e histórico”. Y yo añado que entre los primeros tomos que recogen imágenes de los trujillenses y estos, III a VIII, del mundo natural, hay notoria diferencia en estilos pictóricos.

Los primeros, que debieron encargarse a los aficionados de cada región o pueblo, son ingenuos y tienen defectos de composición o les faltan mañas pictóricas; los segundos, de plantas y animales, son elegantes y refinados. Las plantas o los bichos aparecen destacados en un fondo blanco, compuestos con gusto y en las plantas destacan una hoja característica. Esto ha hecho pensar que pudieron encargarse a dibujantes profesionales que, años antes, anduvieron por el Perú para trabajar en la *Flora peruana y chilense* de Ruiz y Pavón, en 1778. Y en cuanto a la falta de un texto explicativo, don Raúl piensa que debe existir en el expediente de la visita del obispo a la Diócesis de Trujillo. Y los impulsa a buscar el texto “de esta admirable información sobre la vida peruana en el siglo XVIII”.

Antes de abandonar estos hermosos libros de cromos mudos, comento que el tomo IX está dedicado a la arqueología peruana con la información más antigua sobre los lugares y objetos entonces conocidos. Por la fecha de elaboración de este álbum de cromos, 1789, lo asociamos con la obra del primer arqueólogo mexicano, Antonio de León y Gama, que en *Las dos piedras*, de 1792, dio noticia al mundo de dos de las piezas arqueológicas mexicanas más notables: la *Piedra del Sol* o *Calendario azteca* y la *Coatlicue*. El duende de la arqueología sopló casi simultáneamente en el Perú y en México.

Antes de pasar adelante, quiero hacer una ponderación de la obra realizada por el obispo de Trujillo del Perú al realizar, después de su visita pastoral, la obra que llamó con este nombre a fines del siglo XVIII. Primero, el repertorio humano de personajes, profesionistas y hombres y mujeres llanos de cada uno de los 15 pueblos y ciudades principales de Trujillo, y no solo de la capital. Primero, encontrar a los que conocieran a su gente, que la caracterizaran según su calidad y oficio, a hombres y mujeres, y luego que tuvieran alguna noción o aptitud pictórica, y, además, había que proporcionarles papeles adecuados para su trabajo, y supongo que acuarelas. Y a cada incipiente artista, instruirlo aconsejándolo: fíjate en el traje de cada uno, píntalo en su propio ambiente, y así por el estilo; y a los aprendices de botánicos o a los que se ocuparon de la fauna ani-

mal o marina, indicarles que atendieran los rasgos característicos de cada especie. Por la refinada calidad de las ilustraciones de plantas —como ya se dijo— se supone que pudieron auxiliarlos los dibujantes que habían viajado al Perú, para trabajar en otras empresas culturales. Pero, en cambio, estos colegas eran inútiles para el dibujo de los personajes populares, para los danzantes o los planos y descripciones de los lugares arqueológicos entonces conocidos que son el tema del libro IX, y que se concentran sobre todo en la cultura chimú. Los curas de las poblaciones trujillenses debieron encargarse de buscar a los dibujantes que debían realizar los dibujos que pedía el señor obispo, y que al fin se reunieron en nueve tomos, sin título, con la única indicación de *Trujillo del Perú*.

“Esta admirable información sobre la vida peruana en el siglo XVIII”, como la llamó don Raúl Porras Barrenechea, permanecería desconocida durante tres siglos hasta que, en 1978, comenzó a publicarla, en excelente edición, acompañada de un fascículo con prólogo del rey don Juan Carlos I y los estudios que hemos citado: Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación.

LA FLORA COLOMBIANA DE JOSÉ CELESTINO MUTIS

También en los años finales del siglo XVIII, en el país vecino al Perú, Nueva Granada, hoy Colombia, tiene lugar otra empresa científica semejante, en este nuevo caso solo dedicada a la belleza de las plantas. Su promotor se llamaba José Celestino Mutis—como el Álvaro Mutis también colombiano que se ha aquerenciado en México—, quien nació en Cádiz el 6 de abril de 1732, y moriría, sin volver nunca a España, en Santa Fe de Bogotá el 11 de septiembre de 1808. Estudió en su ciudad natal, en Sevilla y en Madrid, donde se hizo médico y allí fue maestro de anatomía, aunque desde el principio se interesó más por las ciencias naturales y sobre todo por la botánica. En 1760 —tenía 28 años—acompañó a su destino al nuevo virrey de Nueva Granada, don Pedro Messía de la Cerda, como médico de cámara. Desde su llegada a Santa Fe de

Bogotá, sin descuidar la medicina, comenzó a coleccionar las plantas del lugar. Designado protomédico, se ocupó de problemas de higiene, de los cementerios y del combate a la epidemia de viruela. Estudió las virtudes curativas de la quinina, planta nativa de Colombia, y de la ipecacuana, el bálsamo de Tolú y el guaco, con las que logró combatir a la terrible viruela. Gracias al apoyo del virrey logró que se creara la Expedición Botánica cuya organización se le confió con el título de Primer Botánico y Astrónomo del Rey. En este instituto llegó a tener hasta 18 discípulos. Comenzaron a trabajar en Mariquita y luego en Santa Fe donde iniciaron la gigantesca tarea de la *Flora*, que se planeó en 13 volúmenes *in folio*, que dejaría inéditos al morir. Sus múltiples tareas le impidieron atender su elaboración. A su muerte, se encontraron en orden y arreglados los primeros tomos, pero quedaban muchos pendientes. Mutis era médico, físico, profesor, botánico, astrónomo, matemático, mineralogista y se hizo sacerdote en sus últimos años: demasiado. Dejó manuscritos, apuntes, láminas y dibujos en abundancia, que solo podían aprovechar quienes hubieran conocido los secretos del autor. Sus tesoros fueron enviados a Madrid, al Jardín Botánico, en 105 cajas, con 6 840 láminas admirables, 4 000 folios de manuscritos y un enorme herbario, con más de 20 000 plantas pertenecientes a 130 familias botánicas. Entre las colecciones accesorias, hay pinturas de mamíferos, aves y peces. Y entre los manuscritos hay 122 que se refieren a la quiniología, la gran empresa de la vida de Mutis, pues sobre la quina o quinina escribió *El arcano de la quina* (1793), estudio médico más que botánico. Mutis conoció a fondo las virtudes medicinales de esta planta “sin cuyo auxilio —dice la *Enciclopedia Espasa* (tomo 37, 782)— habrían sido casi baldíos los esfuerzos hechos por colonizar las regiones del trópico infestadas por la malaria”.

A principios del siglo XIX llegaron a Nueva Granada Humboldt y Bonpland, deseosos de conocer a Mutis, quien los alojó en su casa. El barón tuvo “el más elevado concepto del naturalista español”, quien le obsequió más de 100 láminas de su *Flora*, que Humboldt envió al Instituto de Ciencias de París, y el sabio alemán le obsequió sus *Plantas*

equinocciales, y tiempo después le envió su *Geografía de las plantas*, en que llama al sabio granadino: “Ilustre patriarca de los botánicos”.

Además de los cumplidos y elogios mutuos, creo que el encuentro de los dos sabios naturalistas tuvo otras consecuencias positivas. Las imágenes del neogranadino Mutis tienen dos características notorias: primero, son el tema único del cuadro, en torno a la planta en cuestión; no hay follaje de selva ni de jardín y el fondo siempre es blanco; segundo, la composición es soberbia, una ramita con dos hojas bastan para un diseño perfecto, y estos diseños son cada vez un acierto de elegancia, gusto, sobriedad. El tratamiento de los materiales pictóricos es miniaturista y el resultado es apabullante de belleza, de gusto, de armonía, de perfección.

Pues bien, en los dibujos de la obra encargada por el obispo Martínez Compañón, en Trujillo, Perú, a fines del siglo XVIII, pueden advertirse, aunque algo disminuidas, las mismas características que en las imágenes botánicas del “colombiano” Mutis; y en las 42 imágenes de plantas que incluyó Humboldt al final de su *Ensayo sobre la geografía de las plantas*—que escribe después de su encuentro con Mutis y que ha reimpresso en excelente edición Siglo XXI Editores, México, 1997— el tratamiento de las imágenes sigue las normas establecidas en la *Flora* de Mutis. ¿Influencia o estilo de época?

Después de la muerte de don José Celestino, en 1808, sus escritos, imágenes, el enorme herbario y sus objetos personales dormían abandonados en el Jardín Botánico de Madrid. Deben haber sido colombianos quienes comenzaron a alborotar pidiendo atención para el tesoro de Mutis. Al fin se abrieron los cientos y cientos de cajones y pudieron verse las maravillosas imágenes de plantas. Se reunieron los representantes de las instituciones científicas y botánicas de España y Colombia para decidir qué hacer: encargar a los expertos que ordenaran aquel cúmulo de papeles y, aprovechando los apuntes útiles de Mutis, hicieran fichas de cada una de estas láminas, con la terminología técnica actual; y, por otro lado, los gobiernos de ambos países afrontarían conjuntamente los crecidos gastos de la investigación y la edición adecuada de la *Flora* de Mutis.

La obra que su autor había planeado en 13 volúmenes, al fin editada en 1954 —siglo y medio después— llenó 51 volúmenes que contienen un total de 2666 láminas. Su título es *Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada* (1783-1816), y el contenido de cada tomo. Tengo el XLV-I, que comprende “Cucurbitáceas y campanulales” (calabazas y campanitas en vulgar). Mi tomo mide 55.5 × 39.7 × 2.5 cm y pesa 3.80 kg, que, multiplicados por los 51 volúmenes, suman 127.5 cm de grosor y pesan en total 193.8 kg. Está encuadernado con el lomo y las esquineras en piel verde oscuro.²

DE VUELTA EN MÉXICO. UNA GRAN EDICIÓN BOTÁNICA

Después del esplendor con que el Instituto Mexicano del Seguro Social en México editó en 1964 el código indígena de plantas medicinales De la Cruz-Badiano que había enviado al rey de España en 1552 el Colegio de Tlatelolco, y que paró en la Biblioteca Vaticana, parecieron abrirse dos vertientes temáticas respecto a las plantas americanas: el arte para las colecciones del Perú y de Colombia, y las ciencias para las empresas editoriales mexicanas.

Además de las ciencias, los investigadores mexicanos siguieron también el tema de las plantas medicinales, tal como lo había hecho el *Código de la Cruz-Badiano* del siglo XVI.

Antes de la gran empresa que voy a mencionar me detengo un momento en una obra importante: de Maximino Martínez, el *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas*, que editó el Fondo de Cultura Económica, en un tomo de 1979.

² Don Manuel Alvar, entonces director de la Real Academia Española y funcionario del Instituto de Cooperación Iberoamericana, era mi amigo, y le dije en broma que esperaba que el director de ese instituto fuera tan mi amigo que me obsequiara una colección de la *Flora* de Mutis. “Necesitaría usted una carretilla para llevárselos”, me dijo. “Yo la conseguiría”, respondí. De todas maneras, don Manuel me consiguió un tomo suelto, que fue el XLV-I, que es mi orgullo y aprecio mucho.

El Instituto Indigenista, fundado por Alfonso Caso, cuando fue su director Arturo Warman, inició en 1989 una gran empresa científica y editorial, que llamó Biblioteca de la Medicina Tradicional Mexicana, que trabajó cinco años y en 1994 publicó 12 grandes tomos bien encuadernados, cuando era director del instituto Guillermo Espinosa Velasco. Todos los tomos llevan en las tapas ilustraciones a colores del pintor Francisco Toledo; las fotos y los dibujos de las plantas tienen defectos y omisiones, pero las fotos documentales son buenas y la reproducción de sellos prehispánicos en la Bibliografía es un acierto. Los títulos y contenidos de esta docena de tomos es la siguiente:

1. *Atlas de las plantas de la medicina tradicional mexicana*, coord. Arturo Argueta V., Leticia M. Cano Assaleih, María Elena Rodarte, México, INI, 1994, 3 volúmenes.

Inventario de monografías de las plantas de la MTM, con datos botánicos, ecológicos, etnohistóricos y antropológicos, etc., principio activo y toxicidad. Fotos de las plantas, dibujos o vacíos. Apéndices de hongos y líquenes, listado de 2103 especies, nombres populares y botánicos, herbolarios y referencias generales.

2. *La medicina tradicional de los pueblos indígenas de México*, dir. Carlos Zolla, coord. Virginia Mellado Campos, México, INI, 1994, 3 volúmenes.

Lista de 52 médicos tradicionales y encuestadores de otros tantos pueblos. Introducción sobre el tema y monografías de cada uno de estos pueblos, y fichas sobre enfermedades frecuentes en la zona. En lenguas indígenas y en español.

3. *Diccionario enciclopédico de la MTM*, 8 colaboradores bajo la dirección de Carlos Zolla, México, INI, 1994, 2 volúmenes.

Se inicia con índices: botánico, etnográfico, geográfico y temático, y continúa con el fichero del diccionario. Los títulos de este van en lengua indígena y en español y recogen información de los pueblos ilustrada por fotos alusivas.

4. *Nueva bibliografía de la MTM*, coord. Alfonso Argueta y Carlos Zolla, México, INI, 1994, 1 volumen.

Contiene 2049 fichas y una completa sección de útiles índices temáticos. Adornado con hermosos sellos prehispánicos.

5. *Flora medicinal indígena de México. Treinta y cinco monografías del Atlas de la MTM*, siguen nombres de los colaboradores, México, INI, 1994, 3 volúmenes. Las 35 monografías se reparten en los 3 volúmenes.

El primero se refiere a pueblos de Baja California, Sonora, Coahuila, Chihuahua, Sinaloa y Durango, cada una con fichas de sus pueblos indígenas, ilustrada con dibujos de la planta, y la nómina de los participantes, y títulos y textos “en lengua” y en español.

La preocupación por el rigor científico es notable, como también lo es el descuido de lo “artístico” —las imágenes de las plantas—. Los tomos son hermosos: de 36.5 × 28.5 cm.

Después de esta seria Biblioteca de la Medicina Tradicional Mexicana, y para no derivar a las plantas alimenticias y a la cocina —otra de las líneas bien surtidas de mi biblioteca—, me despidió de las plantas con tres libros útiles. Uno también serio; de Xavier Lozoya y Mariana Lozoya, *Flora medicinal de México*. Primera parte: *Plantas indígenas* (IMSS, México, 1982), y dos joviales y hermosos: *Jardinería mexicana* (por el equipo de la revista *México Desconocido*, editado por esta misma revista y Conaculta, México, 2001), y *Herbolaria mexicana*, por el doctor Rafael Vargas Aguilar, Abigail Aguilar Contreras, María Edith López Villafranco y Santiago Xolalpa Molina, *México Desconocido* y Conaculta, México, 2002, ambos muy bien ilustrados con espléndidas fotos. El primero nos ayuda a cuidar el pasto y saber cómo podar los árboles y *Herbolaria* nos explica la técnica de las “limpias”, por ejemplo.

ALGUNAS COLECCIONES

Disfrutaba tanto su lectura y admiraba tanto al autor Alfonso Reyes que buscaba sus libros y los iba ordenando. En el curso de años, cuando hacia 1939 recién vuelto a México, lo conocí y me fui haciendo su amigo,

él me ayudó a reunir sus obras, dedicándomelas con generosidad. Allá por los años cincuenta y sesenta, cuando Joaquín Díez Canedo y yo teníamos un encuadernador eficaz, le encargué encuadernarme en una piel roja que compré una centena de los libros de don Alfonso más adecuados. Al fin creo tenerlos todos, sus obras mayores, medianas y menores, que suman según mis cuentas 202 libros, más los 26 tomos de sus *Obras completas* y los 10 tomos de la serie especial A en papel de lujo, intonsos, que no se prolongó, y varias docenas de epistolarios y de libros sobre el escritor y su obra.

En adelante, me limitaré a mencionar las colecciones, sin más que una indicación de su contenido y su significación, para no hacer eterna esta enumeración.

—*Enciclopedia Espasa*, Madrid, 72 vols. La vieja enciclopedia sigue siendo indispensable.

—*Enciclopedia Británica*, 30 vols. (en inglés). Tengo la 15ª. edición, de 1974, última disponible. Útil para el mundo europeo, estadounidense y el oriente, y para el mundo científico.

La *Británica* tiene una excelente prolongación: los *Great Books*: 54 tomos con buenas ediciones de una selección de libros universales de Homero a Freud, con textos sin notas y solo precedidos de una breve nota biográfica del autor. Pero en cambio, en los gruesos tomos 2 y 3 aparece un gran índice de materias llamado *Syntopicon* cuyo contenido es este: Los editores escogieron 100 temas o ideas de *Angel* a *World* (mundo), con sus variantes y derivados, y preguntaron por ellos a los 54 grandes libros, y ordenaron las respuestas en estos tomos 2 y 3. Así pues, gracias a este ingenio, nos es posible saber qué pensaban los escritores de Naturaleza o Tiempo, por ejemplo.³

—Biblioteca de La Pléiade, de cultura francesa y universal. Tengo un poco más de 400 volúmenes.

³ Los editores de la *Britannica* son aficionados a los índices originales. En la *Enciclopedia*, la primera tercera parte, 11 tomos, se llaman *Micropaedia*, que contienen referencias abreviadas.

La fundó André Schiffrin en 1931 y la vendió en 1933 a Gallimard. Se inició con un tomo de *Baudelaire*. Además de los grandes libros franceses, se ha extendido al mundo clásico, a los grandes rusos, a la familia bíblica, a los de habla inglesa y española (Cervantes, García Lorca, Borges), etcétera.

Además de la serie literaria-histórica principal, la *Pléiade* tiene dos prolongaciones: los *Álbumes*: documentales realizados con gusto y conocimiento. Se publican como promoción anual de ventas a partir de 1962, con un *Balzac*, y no se reimprimirán: hasta ahora 43 volúmenes con un autor de lengua española: *Borges*. La otra prolongación es la *Enciclopedia de la Pléiade*, con dos series, *Metódica* e *Histórica*, que dirige Raymond Queneau y consta de 49 gruesos volúmenes.

La colección de estudios más amplia y valiosa de las publicadas en México es la de los Breviarios del Fondo de Cultura Económica, que ha mantenido su prestigio durante más de medio siglo. Se inició en 1948, con un Bowra, *Historia de la literatura griega*, traducido por Alfonso Reyes: tomitos encuadernados y con camisa, cuyo lomo cambiaba de color según las materias: historia, literatura, filosofía, política, arte, religiones, etc. Me parece que fue creación de Joaquín Díez-Canedo, quien la cuidaba especialmente, en los años de Arnaldo Orfila Reynal. Hoy, los Breviarios llegan a 541.

Otra colección muy valiosa es la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, de la UNAM, con textos griegos o latinos frente a las versiones españolas. Es de la época de Agustín Yáñez en la Coordinación de Humanidades y ha mantenido su prestigio. Tengo los tomos importantes, junto a las viejas traducciones mexicanas —de Vigil, Casasús, Pagaza, etc.— y las versiones españolas. Aprecio especialmente las traducciones de Antonio Gómez Robledo de Aristóteles y de Marco Aurelio.

En el campo de la literatura mexicana tengo prácticamente todas las colecciones: la primera de Victoriano Agüeros, la Biblioteca de Autores Mexicanos que es de finales del siglo XIX. Nunca he podido completarla,

pero de sus setenta y tantos tomos me faltarán 10 o 12, de autores raros y menores. Pero tengo, y a mucho orgullo, los 10 tomos de *Obras* de García Icazbalceta, indispensables para el historiador y que no se han reeditado (urge una buena edición de las obras de don J. G. I.), los tomos de Altamirano, Alamán, Ramírez, Payno, Roa Bárcenas, Peón y Contreras, Couto, De la Peña, etcétera.

La Colección de Escritores Mexicanos, de la editorial Porrúa, se inició hacia 1943, con una falsa salida, pero luego la tomó, dirigió y escribió —en buena parte— Antonio Castro Leal. Cuenta con 95 tomos bien hechos, por especialistas. Allí está lo esencial de nuestra literatura e historia, con contadas ausencias. Es nuestra mejor colección de clásicos mexicanos.

Paralela a esta colección es la Biblioteca del Estudiante Universitario, también de los años cuarenta y que de hecho dirigió Francisco Monterde, profesor de la materia. La BEU llega a los 315 tomos. ¿Sus estrellas? Acaso los tres tomos de antología de poesía novohispana que hizo Alfonso Méndez Plancarte, los de poesía indígena de Ángel María Garibay, y la *Visión de los vencidos*, de León-Portilla y Garibay.

“DOCUMENTOS INÉDITOS”. Son numerosas colecciones mexicanas de documentos desde los importantes del siglo XVI que reunió Joaquín García Icazbalceta en 1858 y 1866 hasta los de la Revolución Mexicana. Pero solo me detendré en otra de las colecciones coloniales, el *Epistolario de Nueva España 1505-1818*, recopilado por Francisco del Paso y Troncoso y editado en México en 1942 por Silvio Zavala para la Antigua Librería Robredo, en 16 tomos. Por el interés de los documentos que contiene y su limpia ordenación es quizá la colección colonial más amplia e importante. Se ha vuelto muy rara. Su tiro fue de 1 200 ejemplares y no se ha reimpresso. Uno de los méritos más apreciados en esta obra son sus índices: alfabético, analítico y auxiliar; sobre todo el segundo. Zavala dice que son obra de dos historiadores distinguidos y laboriosos: Vito Alessio Robles y Agustín Millares Carlo —y recuerdo que se decía que el trabajo

era obra de una secretaria inteligente...— Abro al azar una de sus páginas que dice: Salarios, Secuestros, Testamentos y Sucesiones. Títulos que pueden dar idea de su eficacia.

Otra de las colecciones coloniales que aprecio especialmente son los 11 tomos de *Actas de Cabildo* de la ciudad de México en el siglo XVI. Son, pues, la primera historia de México y transcriben los tomos que don Carlos de Sigüenza y Góngora salvó del fuego en el alboroto de 1692. La edición, más bien pobre, es de 1899, y la hizo el periódico *El Municipio Libre*, de Ignacio Bejarano. Edmundo O’Gorman preparó útil *Guía* de estas actas (FCE, 1970).⁴ Vienen de la biblioteca que fue de mi amigo José Rojas Garcidueñas.

Menciono sin comentarios otras series: la Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (BINEHRM), de 93 tomos completa (1955-1982). Tiene obras divertidas, como las dedicadas al teatro de “género chico” y a los cómicos de la época; los siete tomos de las *Iglesias de México*, del Dr. Atl; los 31 tomos de la *Enciclopedia de los municipios de México*, que hizo el entonces presidente Miguel de la Madrid en 1981; todas las bibliografías de nuestra literatura, historia y arte, comenzando por los siete tomos de la *Bibliotheca Americana Vetustissima*, en edición de Sanz, y por supuesto las de Toribio Medina y las tres coloniales, de García Icazbalceta, Andrade y Nicolás León y un esbozo del siglo XIX; la preciosa colección de 20 tomos de los libros de arte de Gallimard, *L’Universe des formes*; los 10 tomos del muy raro y apreciado *Diccionario universal de historia y de geografía* (México, 1853-1856) cuya dirección se atribuye a don Manuel Orozco y Berra. Termino con dos colecciones de bibliotecas populares. La Biblioteca Enciclopédica Popular, invento de Jaime Torres Bodet (un tomito por semana, en papel periódico, y que se vendía a 25 centavos); a mí me tocó iniciarla y llegó a 203 tomitos que cambiaron de nombre por Cuadernos de Literatura Popular y 269 libritos. En los años setenta, María del Carmen Millán prosiguió este

⁴ Pepe y Rafael Porrúa, de la Librería Robredo, tenían un montón de estos fascículos y alguna vez intenté apartar una serie de los siglos XVII y XVIII. El polvo y la prisa me lo impidieron.

afán y creó los Sepsetentas, en 1971, tomitos formales que se vendían a \$5.00 y aparecían sin fallas uno por semana, hasta llegar a 315. Sus temas eran todos los de México; los 139 tomitos de las útiles Jornadas de El Colegio de México; y termino con una serie iberoamericana: la voluminosa Biblioteca Ayacucho, venezolana y excelente de autores americanos para la cual hice el tomo 80, *El México antiguo* de Sahagún.

Y antes de devolverlo a su estante sin uso, menciono el Handbook of Middle American Indians, acaso la empresa cultural más importante de Texas (University of Texas Press, Austin), de 1973. Son 16 grandes tomos y cuatro suplementos, con monografías de los mejores especialistas. Yo he aprovechado, como la mejor guía para mis estudios del México antiguo, los tomos 13 y 14, *Guide to Ethnohistorical Sources*, de Howard F. Cline y John B. Glass. Y a su imagen quería hacer un estudio de la historiografía indiana, de la cual escribí más de mil páginas, sin lograr terminarlo.

HUMANISTAS Y UTOPISTAS EN *EL QUIJOTE**

Ernesto DE LA PEÑA

Τοῖς τῶν παλαιῶν ἀνδρῶν ὁμιλῆσαι γράμμασι
[Familiarizarse con los escritos de los antiguos.]

GALENO

(τὴν νῆσον) ὥστε ἄβατον ἀνθρώποις εἶναι
[para que (la isla) fuese inaccesible a los hombres.]

PLATÓN, *Critias*, 113e

Humanistas y utopistas representan, en principio, actitudes que coinciden: los primeros indagan en el pasado y descubren las culturas madres del Occidente, la griega y la latina, que dan las razones y crean las fórmulas para la vida civilizada. Los utopistas buscan algún lugar fuera de este mundo para que allí anide una cultura que suscite y permita la convivencia armoniosa de todos los seres humanos. Si los primeros ven hacia el pasado y los otros al futuro, el objetivo es realmente el mismo: edificar una casa digna del hombre, un sitio en que sus sueños y sus intereses se encuentren y puedan convivir en paz.

Entre la utopía y el humanismo hay, pues, esa relación íntima, ocasionalmente tan profunda que puede llegar a impedir la distinción entre quienes lucubran e inventan mundos inexistentes y aquellos que dedican sus fuerzas a la averiguación de las letras, las artes, la vida social y las instituciones del mundo antiguo, que llega a convertirse en norma y modelo de cualesquier tiempos.

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 8 de junio de 2006.

Los humanistas, llamados así por su trato directo con las fuentes en que se fundaba, para el Occidente, el concepto mismo de lo humano¹ proliferaron por toda Europa.

Pero, aparejada a todo ello, como señal de controversia de una sociedad en plena efervescencia, nace la Reforma, que instaura en Europa lo que se juzgó entonces como la gran herejía: Lutero, padre fundador, se levanta contra las corrupciones y abusos continuos del clero e instaura una época de crítica, introspección eclesiástica y decisiones de enorme importancia en la historia religiosa de Occidente. En el largo decurso histórico de la Iglesia se habían acumulado disensiones sobre puntos teológicos muy sutiles, como la incólume virginidad de María o las relaciones internas de la trinidad, con la todavía no resuelta querella acerca de la procesión del Espíritu Santo, que sigue separando de la catolicidad respecto de las fórmulas ortodoxas griega y eslava. La llegada de Lutero a la escena teológico-religiosa de Europa la marcó para siempre. Ante su postura tomaron partido todos los hombres que piensan, amén de que en torno a sus razones y sinrazones entraron en juego los más poderosos intereses terrenales. Su insurgencia inquietó al Imperio y el antiguo monje agustino tuvo que entrentarse directamente con el gran soberano, Carlos V, en una lucha desigual en que, a pesar de las probabilidades a favor del emperador, no hubo un vencedor indiscutible: las razones monacales tuvieron más fuerza que la coalición de los príncipes reformados que capitularon en Mühlberg. Se había iniciado un periodo de profundas transformaciones que, entre otros factores, permiten a los historiadores hablar de una nueva etapa en el desarrollo espiritual y religioso de Europa.

Para la discusión e intercambio de ideas y la circulación de las noticias era indispensable un vehículo que uniera a la rapidez la accesibilidad. No es difícil imaginar que tocó a los libros ocupar este lugar insustituible en la cultura. La extraordinaria importancia que llegó a tener entonces la

¹ *Litterae humaniores* o *humaniora* a secas se llaman estas disciplinas en nuestros días, en que tan postradas están.

impresión se manifiesta, por ejemplo, en que es ya una realidad bienvenida la circulación profusa de ejemplares de las más diversas obras gracias a la invención de Gutenberg. Así se explica en parte la veloz difusión de la primera parte del Quijote.

Pero no solo la geografía real sufría un incremento notabilísimo, como si se hubieran duplicado de pronto las tierras habitables, sino que la aventura misma, las mil peripecias y los triunfos y descabros de tales expediciones dieron pábulo a que algunos hombres, deseosos, como dijimos, de hallar una fórmula ideal para la convivencia y la tranquilidad, soñaran con un lugar en que tal ilusión se pudiera hacer real.

Nacen las utopías,² que no son sino propuestas elegantes para que el hombre reflexione en sus relaciones sociales y sus sistemas de gobierno. El Nuevo Mundo había perdido pronto el atractivo de encarnar esa hermosa posibilidad, pues no mucho después de las primeras guerras de conquista y colonización comenzó a circular por Europa la llamada “leyenda negra”, a la que contribuyeron en buena medida los grabados, espléndidos por lo demás, de Theodor de Bry, donde se ve con lujo de detalles el encono con que las dos partes en contienda, los conquistadores europeos y los aborígenes americanos, se hostigaban. Es claro que estas obras plásticas sumaron su impacto negativo a las polémicas habidas entre quienes atacaban a los indios y quienes, como fray Bartolomé de Las Casas, los defendían.

Al acendrado eurocentrismo resultaba una píldora difícil de tragar la sospecha siquiera de que en otras latitudes pudiera haber seres racionales, organizados en sociedades que, sin comprender, desdeñaron inicialmente, y que tuvieran religiones diferentes al cristianismo, único manantial infalible de certezas ultraterrenas.

Nuestro Cervantes (podrían llamarlo nuestro todos los pueblos del mundo y ese es un notabilísimo privilegio de su creación: imaginar seres humanos que, sin perder su identidad nacional, hablen a la humanidad entera) recibió el influjo de un sabio colosal del Renacimiento. Filtradas

² οὐ τόπος = no lugar.

a través de su maestro López de Hoyos, el manco de Lepanto hereda muchas doctrinas y actitudes de un humanista cabal, quizás el más importante de todos: Erasmo de Rotterdam (1467-1536). La tersura de las relaciones que caracteriza a don Quijote, pese a sus frecuentes arrebatos justicieros, pone de relieve, mejor aún que la ira y sus desastrosas consecuencias, el deseo de un mundo regido invariablemente por los sanos principios de la convivencia y la bondad, la justicia y la comprensión. Don Alonso Quijano se ciñe la espada, empuña la lanza y se protege con la adarga solo porque no encuentra otra manera de mejorar su eterno y hacer mejores, inmejorables a sus habitantes. Envuelto como estaba por la textura de las caballerías, don Quijote de la Mancha combate y se enfrenta a todas las injusticias y cree derrotar todos los abusos y acabar con todos los excesos porque su ideal, tan lejano e irrealizable como convertir a Aldonza Lorenzo en una hermosísima dama, es que el mundo tenga un rostro cristiano, incluso a pesar de las transgresiones de los propios representantes de un cristianismo que solo existe como ficción.

Podrá objetarse que don Quijote se pasó la vida peleando e inmiscuyéndose en todo lo que no le importaba, pero con una visión más profunda de su verdadera personalidad podremos advertir que sus querellas son muestras de que desea con intensidad el bien de todos y, llevado por ese propósito cuya nobleza nadie podría objetar, se ve obligado a batirse contra las poderosas y omnipresentes fuerzas del mal. No importa, desde luego, que el Caballero las invente, que crea encontrarlas dondequiera pese a que, objetivamente, sean apacibles ciudadanos, campesinos asombrados, mansos rebaños o empeñosos molinos. Para don Quijote son delincuentes aviesos y mentidos, enemigos y violadores de doncellas desamparadas o temibles gigantes. Su realidad se halla en otra dimensión, mejor que la nuestra porque es la dimensión del deseo moral recto, compasivo y generoso.

Y su bonhomía nata, su mansedumbre incluso, pueden observarse en aquellos momentos en que mengua su fantasía y crece su sentido de lo real, pues de ese modo justiprecia al hombre en general y le muestra su

comedimiento espontáneo. Cuando está en casa de los duques, no demasiado lejano de la recuperación de su sensatez, el Caballero da señales de cortesía, comprensión y tolerancia. Para complacer a las damas que lo agasajan (él no se percata de que se burlan de él) accede a bailar con ellas, dejándonos entrever en ese gesto alguna lejana y desistida cortesanía. Son ejemplares los consejos que imparte a Sancho para el buen gobierno de la ínsula y ejemplar es también su prescindencia de los favores que le ofrece la enamorada Altisidora. En el código caballeresco, que respeta hasta más allá de lo posible, la temperancia es indicio de cumplimiento de los mandamientos de la Iglesia pero también y sobre todo, indica el verdadero temple y la fuerza espiritual del caballero andante.

Esto no quiere decir, sin embargo, que solo se ponga de manifiesto su excelencia moral en momentos de lucidez, todo lo contrario: don Quijote, precisamente a causa de su bondad profunda, su iracundia contra la malhechura del mundo, su ánimo nunca extinto de enderezar las torcidas sendas de los hombres, emprende su cruzada que su creador disimula y mitiga bajo los afeites de la ironía y la distancia narrativa. Pero tal asepsia no logra cubrir por completo la excelencia del Caballero, que desborda todos los cánones con los que, socarrona y sabiamente, fingió cercarlo Cervantes.

En este y en otros muchos sentidos, el Caballero es representante idóneo de las ideas de los utopistas por lo que mira al desprendimiento, al ánimo de ayuda, al espíritu verdaderamente humano de convivencia armonioso con los demás.

En los personajes de Cervantes hay una fibra de verdadera, profunda *pietas* que, gracias al Caballero y su Escudero, atraviesa todo el Quijote haciendo guiños y señales de inteligencia a todos los hombres, uniéndolos íntimamente en nuestra común naturaleza, nuestras inextirpables grandezas y pequeñeces, nuestras virtudes y nuestros vicios. Poco importa que el Caballero sea un chiflado y Sancho un rústico: la estatura humana de ambos se convierte en símbolo de todos y para todos los hombres. Esta lección de humanismo general, de compasión en el sentido lato, es

herencia directa de las enseñanzas que pueden extraerse de los antiguos, pero que, en el caso de Cervantes, proviene de una asimilación sorprendente de su medio, de sus lecturas, españolas e italianas principalmente, y de los asomos de erasmismo que encontramos en la novela. Aunque al escribir asomos no pretendo indicar una presurosa conquista de ciertos textos o actitudes, sino la adopción íntegra, íntima, de las lecciones mejores de una tradición que, fundamentalmente a través de Séneca, sentó sus reales en España y que nuestro autor asumió porque correspondía a su ser más representativo, a su verdadera fisonomía moral.

Precedidos por san Agustín, quien, en *La ciudad de Dios* hace una deslumbrante y convincente confrontación entre el mundo de los hombres, empecatado y sombrío, y el de pocos virtuosos, luminiscente, deseable e impecable, pero fuera de la tierra. Moro, Campanella, Bacon de Verulano, Harrison y otros más idearon utopías refulgentes, envidiables. En estos utopistas se encuentra un prurito humano, es decir, una intención social que no busca correlato en otra dimensión, sino en que se afina en la tierra y busca un lugar, esto es, un método coherente, para la correlación armónica, humanística, de todos los hombres. Todas estas utopías hablan de un lugar donde puede ser factible que el hombre erija una sociedad equitativa, en que a pesar de que convivan varias religiones y que haya intereses contrapuestos, la avenencia sea factible siempre, sin llegar a la violencia porque el bien común priva por encima de los particulares y la intención de todos está dirigida hacia esta meta. En numerosos pasajes de estas obras, quizás en especial en la utopía fundadora, la de Moro, se siente muy a las claras el ideal cristiano, pero hay una clara distinción que hacer; mientras en la teología optimista de Agustín es indispensable asumir los dogmas y consideraciones de los teólogos y, sobre todo, de los apologistas cristianos, en las del Renacimiento se deja que el peso de la responsabilidad repose con todo su peso sobre los hombros del ser humano, por sí y en sí, aun sin atender a los privilegios de la gracia teológica.

Las grandes hazañas de fundar sociedades perfectas, sin egoísmos ni envidias, sin anhelos de medrar a costa de los demás, han fracasado, cuando menos en su integridad, como el ensueño de Vasco de Quiroga, convertido hoy en una especie de gremio de artesanos, la conspiración de los iguales del soñador Gracchus Babeur, el icarismo de Étienne Cabet o la bien andante utopía jesuítica en el Paraguay, proscrita y exterminada por la conveniencia de la curia vaticana, hasta culminar en la New Harmony de Owen,³ para no comentar el desplome del comunismo históricamente real en la ex Unión Soviética. Y no dejemos de recordar las “neoplasias” modernas y contemporáneas, como la ciencia-ficción y el cyberpunk.⁴

Don Quijote lleva dentro de sí, en todo momento, su utopía, *es* la utopía porque en su falta de discriminación entre la realidad y la fantasía, entre los rebaños y los guerreros o los galeotes y los honrados, al no saber, o no importarle, que los molinos muelen grano y que los gigantes, según las ideas medievales y renacentistas, suelen ser seres aviesos y peligrosos, enemigos del género humano, no hay línea alguna de demarcación: el suyo no es sino un universo interior, un ensueño íntimo, como cualquier utopía, que se desploma en el mismo momento en que intervienen, solapados, los intereses personales, egoístas, disfrazados de comités, organizaciones ciudadanas, consejos de administración y otras engañifas similares.

El arrojo que caracteriza al Caballero, su ausencia de temor, su temeridad incluso y su buena disposición para ayudar a todos, sin importarle cuán maltrecho pueda salir de sus empresas, no solo lo segregan del mundo habitual, sino que le dan una dimensión sobrehumana que, a

³ La nueva comunidad de Indiana es un trasunto de la oweniana, que fracasó, lo mismo que su modelo, Lanark.

⁴ Tanto los héroes como los antihéroes del espacio cibernético de nuestros días han provocado la creación de una gran variedad de distopías, ficciones de sociedades condenadas a la violencia, las drogas y los innumerables inconvenientes del siglo XXI. Para la mentalidad educada a la manera clásica resulta difícil asimilar estas propuestas, a pesar de que no son, a fin de cuentas, sino las novísimas formas de Apocalipsis, con la adición de los medios contemporáneos de la informática.

fuerza de comentarse y llegar a ser objeto de imitación y convertirse en expresión común del español,⁵ lo han transformado en superhéroe.

La agudeza y el genio de Cervantes, tal vez buen conocedor de la ilusión utópica y sus consecuencias a menudo desastrosas, cambian el rumbo del humanismo e incluso la tarea del escritor al hacerlo creador, no de un tipo humano que, por supuesto lo es, sino de un individuo que, sin renunciar ni renegar de su íntima, profunda y cabal humanidad, se trueca en símbolo y objetivo de todos los hombres de buena voluntad. Al resumir lo que el cristianismo de Cristo pretendió, el cauce que sigue don Quijote triunfa de modo muy humano, quizás fuera mejor decir sobrehumano: al sortear los riesgos inherentes a sus aventuras, al desconocer y menospreciar los ardides de los demás, el Caballero de la Triste Figura vence y pasa por encima de cualquier escollo hasta alcanzar, incólume, la paradoja final: obtener la victoria definitiva al dejar atrás, derrotado, al enemigo de mayor encono, el ridículo.

⁵ Se habla de quijotismos, de que Fulano es “muy Quijote”, cuando se hace hincapié en el desinterés, las buenas intenciones, el desprendimiento y hasta la pérdida del sentido de la realidad.

SEMEJANZAS DE GABRIELA EN VOCES DE MISTRAL*

Adolfo CASTAÑÓN

Cuando el 10 de diciembre de 1945 Gabriela Mistral recibió, en Estocolmo, en el Palacio de los Concierptos, el Premio Nobel de Literatura de las manos descarnadas del rey Gustavo V de Suecia (1858-1950), en los ojos de la poeta chilena brillaba la emoción contenida y pasaban por su mente a galope tendido y en desorden voces e imágenes de su vida. Como se lo había dicho al escritor argentino Manuel Mújica Laynez, quien la acompañó a esa ceremonia y dejó un testimonio escrito del episodio, sabía que “lo que Suecia deseaba es que la alta recompensa recayera en América del Sur. Otros hubo que pudieran recibirla con tantos o más méritos que yo: Alfonso Reyes, Larreta, Rómulo Gallegos, Juana de Ibarbourou...”¹ Esa presea le venía literalmente del cielo: a los 56 años, después de una vida plena pero solitaria y errante, afanosa y en lucha tenaz por mantener su errancia y altiva independencia. Ese 10 de diciembre traía los rasgos de la cara algo hundidos y la mirada verde de sus ojos clarísimos se había hecho un poco más vaga, como si se asomara lejos y adentro de sí misma. Era Gabriela Mistral el primer escritor sudamericano que recibía el Nobel de Literatura, la cuarta mujer después de Selma Lagerlöf, Grazia Deledda y Pearl S. Buck. Al igual que Selma, Gabriela había empezado su carrera como maestra de escuela primaria y, al igual que ella, había conocido y enseñado en su país desde la infancia. Por eso no rechazó la invitación para ir a Gottenburgo a saludar la casa natal de la narradora sueca. Gabriela Mistral había recibido el premio con cierto temor por las

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 22 de junio de 2006.

¹ Manuel Mújica Laynez: “El Premio Nobel de Gabriela Mistral”, en *Placeres y fatigas de los viajes*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1986, pp. 120-125.

consecuencias que este pudiera acarrear en su vida. Pero también había bajado la escalera con lentitud y dignidad, consciente de su metro ochenta, atenta a esa talla casi descomunal que en su adolescencia le había ayudado a imponerse cuando le tocó dar sus primeras clases. No había sido fácil. Ni siquiera le fue fácil nacer: su padre, Jerónimo Godoy, tuvo que llevar a su madre sentada a la inglesa en una mula hasta Vicuña, la ciudad más próxima, para que ahí la alumbrara.

Nació Lucila Godoy Alcayaga, la que luego se haría llamar Gabriela Mistral, el 7 de abril de 1889, el mismo año en que vendrían al mundo Henry Miller, Charlie Chaplin, Anna Akhmatova y Alfonso Reyes, el mismo año en que empezó a levantarse la Torre Eiffel y el mismo en que nació en Austria el siniestro precursor del genocidio generalizado cuyas iniciales son A. H.

Lucila llegó al mundo atravesada en el vientre de su madre, tan mal acomodada que la partera tuvo no pocos trabajos para extraerla viva de aquella nativa cavidad. Su padre, temeroso de que muriera apenas nacida, la bautizó de inmediato. Estaban esperando mellizos pero les nació aquella robusta criatura a la que él le compuso de inmediato una canción en que se lamentaba de su suerte y pedía para ella un destino venturoso. “Fue casi lo único que le dio”, dice “Alone”. Era la hija de una ex viuda de 44 años, llamada Petronila Alcayaga y de Jerónimo Godoy Villanueva, un maestro de escuela lleno de proyectos, alegre, “aficionado a los famosos vinos regionales tanto como a las fiestas con amigos” —según lo evoca el mismo crítico en sus *Recuerdos de infancia y juventud de Gabriela Mistral*—² hombre sabedor de músicas, canciones y latines, hombre inquieto como tantos otros de la región y de la época y que terminaría dejando la casa cuando la niña ni siquiera tendría cuatro años. Lucila pasó toda su infancia en la pequeña y casi de juguete ciudad de Montegrande, en el semibíblico y semitropical Valle de Elqui. En su reino solitario, la

² Alone [Hernán Díaz Arrieta], “Recuerdos de infancia y juventud de Gabriela Mistral”, en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Venezuela, núms. 121-122, marzo-junio de 1957, p. 79.

niña fue feliz persiguiendo aves, acechando reptiles, coleccionando semillas y guijarros, mirando piedras de colores a través del sol.

I

La tristeza vendría después, cuando su madre decide enviarla a proseguir sus estudios a Vicuña, atendiendo como lazarillo a una señora ciega, doña Adelaida Olivares, a quien la tímida Lucila debía guiar y ayudar en sus tareas de directora de una pequeña escuela. A la pequeña le tocaba distribuir entre las alumnas “esos cuadernillos con membretes de las escuelas fiscales”, pero las muchachas impacientes tomaban mayor cantidad de la debida. Un día la joven repartidora se encontró con que tenía un faltante; se le pidieron explicaciones pero con su enfermiza timidez no supo darlas y “entonces la directora reunió a todo el Colegio y solemnemente, delante de todos, la llamó ladrona y la expulsó”. Lucila se desmayó de la impresión. Cuando acertó a salir de ahí, ya estaba oscuro, y un grupo de niñas armadas con piedras la aguardaba para perseguirla y lapidarla. No olvidaría nunca esa noche en que llegó a su casa aterrada sangrando. De esos años puede ser la fotografía en que aparece de pie una niña espigada y ojerosa, tímida y con los ojos medio velados por la tristeza. Entonces a su madre se le ocurre mandarla con su media hermana —15 años mayor que ella—, Emelina Molina Alcayaga. Esta joven sería la encargada de enseñarle las primeras letras. Su media hermana fue su primera maestra, su hermana mayor y por así decir la madre de sus ideas y la nodriza de sus letras. Con ella aprendió a leer y a escribir, a cantar y a contar, aprendió a bailar y a hacer bailar, a jugar diversos juegos de mesa o al aire libre, a improvisar y repetir canciones de cuna, a llevar una casa. Emelina no solo le enseñaría; le enseñó a enseñar, ya que, gracias a ella, empezó a dar clases a los 14 años a niños de su edad y aun a muchachos mayores que no solo la respetaban por su tamaño de titán araucano —en carta a Alfonso Reyes habla de su cuerpo de “caupolicana” parecido al de Manuela Mota de Reyes: “el cuerpo de Manuela

Reyes es el alma mía”,³ dice— sino por su dulzura y su fuerza de carácter. Más tarde, el poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra se referiría así a la semejanza aborigen de Gabriela:

Hay que saltar desde Teresa de Jesús a nuestra época para encontrar otra poesía tan entrañablemente femenina —no suave, ni gravitada por el sexo sino infinitamente más honda, serena o desesperada pero siempre dueña (o doña) de su lengua—; una lengua tan nueva como añosa, y una dulzura terrible, esa dulzura materna de milenios que hermana el vientre y el mar. A Gabriela le decían “La india”. Y es la expresión más americana de la mujer: la mujer aborigen.

La abuela paterna, la “abuela loca”, una severa puritana de origen argentino y de raíz hebrea será otra presencia decisiva en su formación. La “locura” de esa anciana consistía en que ella era la única señora que en el pueblo de La Serena tenía una Biblia, y se dedicaba a leerla a todas horas, en silencio y en voz alta, a solas o acompañada. La abuela sentaba a la niña en una silla, le deshacía los rizos y los moños del vestido y se ponía a leerle los *Salmos*. De ahí que Lucila pudiese decir más tarde que su primer amor, su primer amante invisible fue el Rey David. Empieza entonces a escribir primero para sí misma y muy pronto en los periódicos. Los primeros textos que de ella se guardan se remontan a 1902, cuando despunta 12 o 13 años. Se trata de un par de poemas: “A Lola” y “Los suspiros”, versos de lectura algo floja pero no exentos de vehemencia y ánimo sublime. Pronto en 1905, cuando cuenta entre 15 y 16 años empezará a colaborar en las revistas y diarios de la región. Nunca dejaría de frecuentar las páginas de los diarios, y el periodismo sería una cantera que le permitiría conocerse y darse a conocer, compartir ideas y lecturas, escribir y ser leída. En diciembre de 1914, a los 24 años, la Sociedad Chilena de Escritores le concede a la flamante Gabriela Mistral (era la primera vez que usaba el seudónimo) el Premio de los Juegos Florales por

³ Luis Vargas Saavedra [comp. y ed.], *Tan de usted. Epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes*, Santiago, Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile/Hachette, Lecturas Escogidas, 1990, p. 55.

su obra los *Sonetos de la Muerte*.⁴ Se las arregla —y eso es ya característico— para no asistir oficialmente a la premiación pero presencia el acto escondida entre el público. A partir de entonces, el seudónimo recién acuñado recorrerá el mundo como santo y seña de un lirismo expresivo y adusto y de un pensamiento leal a su raíz de barro. Esa voz inventada evoca tanto el nombre del poeta italiano Gabrielle D'Annunzio como el de un viento mediterráneo y el apellido del poeta provenzal moderno y Premio Nobel, Frédéric Mistral. Aquellos primitivos “sonetos de la muerte” se remontan a 1912, pero la autora los tocará y retocará durante años antes de incluirlos en *Desolación* (1923).

SONETO DE LA MUERTE (t. I-1) (p. 191)

Mis manos campesinas arañaron la peña
para clavar una cruz donde mi sueño cabe,
hecho amor a un suicida por cuya mano suave
sentí rodar la sangre rota que se despeña.

Sangre de mis delirios y de mi voz que sueña
gritando por las noches como el vuelo de un ave
doliente a jaramago o a la remota nave
en donde van los seres que la muerte desdeña.

Mis manos de labriega domeñaron el frío
por Monte Grande arriba, bebiendo vino fuerte,
por Peralillo alegre, cogiendo luna amarga.

Pero mi voz de mujer lloró en el desafío
bestial e impenitente que le lanzó la muerte
sobre la carne herida como una eterna carga.

⁴ La edición más completa de este enigmático libro es la de Satoko Tamura, *Los Sonetos de la muerte de Gabriela Mistral*, versión española de Roberto H. E. Oest, Madrid, Gredos, 1998, 318 pp. Incluye la versión original de la trilogía premiada.

DE *DESOLACIÓN* (2ª), 1923, t. III-9 (p. 211)

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

De *Desolación* (2ª), 1923, t. XI-8

La condena (p. 279)

¡Oh fuente de turquesa pálida!
¡oh rosal de violenta flor!
¡cómo tronchar tu llama cálida
y hundir el labio en tu frescor!

Profunda fuente del amar,
rosal ardiente de los besos,
el muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos.

Llama la voz clara e implacable
en la honda noche y en el día
desde su caja miserable.

¡Oh fuente, el fresco labio cierra,
que si bebiera se alzaría
aquel que está caído en tierra!

Desde su nacimiento hasta su viaje a México en 1922 esos primeros años en Chile, la infancia en Montegrando, en Elqui, en La Serena, la adolescencia angustiada en Vicuña, la juventud curiosa en Concepción y en Punta Arenas y en otros sitios de su país fueron — y ella lo sabe — el espacio donde todo sucedió y sucedería: “Eso de haberse rozado en la infancia con las rocas —le dijo alguna vez a Octavio Paz— es algo muy trascendental”. El amor y el desamor, el amor-pasión, el descubrimiento de los buenos y no tan buenos sentimientos, la revelación de la amistad y de la responsabilidad hacia la tierra, la voz de la generosidad, las voces ambiguas de la letra, la vanidad de los escritores, los nombres de las plantas y los de las espinas, los de las estrellas y los de las piedras, el timbre de las emociones, la música de las entrañas, el tartamudeo y el mutismo de las pasiones, el silencio. Esos primeros años de infancia despreocupada y ávida, de adolescencia atormentada y de juventud curiosa fueron el baño lustral en que se templaría su áspera voz dulce. Nunca dejaría de beber en la copa de barro de esos años de formación. La experiencia mexicana será decisiva para la poeta: México le recuerda Chile y algo más; a su vez los mexicanos también la recordarán. Dice Gabriela:

Hermanito, le escribo cerca del Pacífico, en una sierra del estado de Michoacán. Ando inspeccionando a los misioneros maestros de indígenas. Esto es pleno trópico, tierra de piñas, caña de azúcar, café, etc. Descanso en las huertas y el calor me adormece... (5 de abril de 1923). Presidí el Congreso de maestros misioneros (maestros de indios) i me cojió el corazón la obra, todo el corazón. Me resucitó el espíritu apostólico; me mudó el alma vulgar en que me iba encenagando. Caso me ofreció en una fiesta que enseñara en la Universidad. Ni allí ni en enseñanza secundaria; con ninguna dirección de pedagogos. No creo en la gran farsa pedagógica de todas partes, el mercantilismo disfrazado de ciencia i de retórica embustera (31 de diciembre de 1923).

Palma Guillén en el prólogo a *Lecturas para mujeres* (México, Editorial Porrúa, 1967), escribe:

La gente en los pueblos o en las ciudades acudía a oírla y la oía con verdadera religiosidad. Ella era muy intuitiva y se daba cuenta inmediatamente de su auditorio, así es que sabía encontrar siempre el tono justo para que cualquier tema se volviera interesante y asequible. Visitaba mercados y talleres; hablaba con los maestros, con los obreros y sobre todo con las mujeres. Todo el mundo la quería. Cuando murió, de muchos de esos pueblos, recibí yo cartas de pésame de personas que, 35 años antes, la habían conocido y que me escribieron a mí porque no sabían si ella tenía aún familia (p. xi).⁵

De aquellos paisajes chilenos y mexicanos, le vienen las flechas que todavía muchos años después le atraviesan el cuerpo y le prestan a su continente ese aire a la vez digno y triste, tímido y altivo con que asoma su rostro en las fotografías tomadas aquel 10 de diciembre de 1945 cuando la sorprendieron dándole el Premio Nobel de Literatura, —“eso de Estocolmo”, diría años después a la presea— asombrando de paso a los poetas y escritores de Chile que solo le concederían el Premio Nacional de Literatura varios años después, en 1951.

Por su brevedad e interés documental, transcribo a continuación el discurso de Gabriel Mistral al Premio Nobel de Literatura.

VOZ DE LOS POETAS DE MI RAZA⁶

Gabriela Mistral

Hoy Suecia se vuelve hacia la lejana América íbera para honrarla en uno de los muchos trabajos de su cultura. El espíritu universalista de Alfredo Nobel estaría contento de incluir en el radio de su obra protectora de la vida cultural al hemisferio sur del continente americano tan poco y tan mal conocido.

Hija de la democracia chilena, me conmueve tener delante de mí a uno de los representantes de la tradición democrática de Suecia, cuya origina-

⁵ Vargas Saavedra, *Tan de usted*, p. 37.

⁶ *Discursos Premio Nobel*, tomo II, Bogotá, Colombia, dirección editorial Amparo Osorio, Gonzalo Márquez Cristo, José Chalarca, Común Presencia Editores, Col. Los Conjurados, 2004, pp. 71-72.

lidad consiste en rejuvenecerse constantemente por las creaciones sociales valerosas. La operación admirable de expurgar una tradición de materiales muertos conservándole íntegro el núcleo de las viejas virtudes, la aceptación del presente y la anticipación del futuro que se llama Suecia, son una honra europea y significan para el continente americano un ejemplo magistral.

Hija de un pueblo nuevo, saludo a Suecia en sus pioneros espirituales por quienes fue ayudada más de una vez. Hago memoria de sus hombres de ciencia, enriquecedores del cuerpo y del alma nacionales. Recuerdo la legión de profesores y maestros que muestran al extranjero sus escuelas sencillamente ejemplares y miro con leal amor hacia los otros miembros del pueblo sueco: campesinos, artesanos y obreros.

Por una venturanza que me sobrepasa, soy en este momento la voz directa de los poetas de mi raza y la indirecta de las muy nobles lenguas española y portuguesa. Ambas se alegran de haber sido invitadas al convivio de la vida nórdica, toda ella asistida por su folclore y su poesía milenarias.

Dios guarde intacta a la Nación ejemplar su herencia y sus creaciones, su hazaña de conservar los imponderables del pasado y de cruzar el presente con la confianza de las razas marítimas, vencedoras de todo.

Mi Patria, representada aquí por nuestro culto ministro Fajardo, respeta y ama a Suecia y yo he sido invitada aquí con el fin de agradecer la gracia especial que le ha sido dispensada. Chile guardará la generosidad vuestra entre sus memorias más puras.

Este breve discurso, pronunciado en 1945, podría completarse con otras palabras: “Me gustaría que nuestra juventud pensara y repitiera —dijo Gabriela Mistral— la inscripción grabada en el dintel de la puerta de la universidad sueca de Upsala: *Los pensamientos libres son buenos, pero los justos son mejores*”.

II

Desolación (1922, 1923, 1926) fue su primer libro y el que marcó el rumbo de su vocación. Siguió *Ternura* (1924, 1945), *Tala* (1938), *Lagar* (1954)

y su canto póstumo *Poema de Chile*.⁷ Cuando le dieron el Premio Nobel, en rigor solo había publicado dos libros —pues el segundo es un desprendimiento del primero, como ha señalado el estudioso chileno Jaime Quezada—. Alfonso Reyes consigna en su inédito *Diario* que “Gabriela Mistral ha dicho que ella practicó el budismo 20 años”.⁸ Ciertamente hay en la figura de Gabriela Mistral un aura mística, y ella aparece como una figura ambigua, secreta, pagana, inclemente, tierna y abrupta, perseguida en vida y aun póstumamente *por* su presunto lesbianismo.⁹ Pero también se le representa como una madre de la patria, cuya silueta ostentan los billetes de 5 000 pesos expedidos por el Banco Central de Chile. Gabriela Mistral se dio a conocer con la publicación de un libro incandescente: *Desolación* —publicado por primera vez en Nueva York, gracias a la iniciativa de un grupo de amigos y admiradores encabezados por el español Federico de Onís—. En sus páginas el modernismo se liquida en arrebatado tartamudeo que ya anuncia la vanguardia. Historia secreta de una viudez acaso imaginaria pero vivida con intensidad inigualable, *Desolación* es un libro, más que escrito, inscrito, esculpido en carne y hueso por la voz de una mujer fuerte, una varona hembruna que, como ave de presa, parecía alimentarse de carne cruda —la observación es de Rosario Castellanos—¹⁰ sin por ello renunciar a la delicadeza, al tacto, con que su oído interior escucha las batallas de su propio cuerpo. Gabriela Mistral, dice Alfonso Reyes en su *Diario* en 1927: “Parece una gran montaña por cuyas faldas ruedan ventisqueros y aludes, y sigue quieta, entre los truenos debajo”.

Hay en las planas de ese primer libro decisivo una espontánea fusión sensitiva, inteligente pero subrepticia de modos de hablar regionales y provincianos, ecos de la poesía simbolista de Francia y de Bélgica,

⁷ La edición más depurada de Gabriela Mistral es la de *Poetas completas*, estudio preliminar y referencias cronológicas Jaime Quezada, Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, 1991, 788 pp.

⁸ Alfonso Reyes, *Diario*, 25 de enero de 1952.

⁹ Licia Fioll-Matta, *A Queer Mother for the Nation the State and Gabriela Mistral*, University of Minnesota Press, 2003.

¹⁰ Rosario Castellanos, “Sobre Gabriela Mistral”, ensayo inédito, escrito hacia 1945, publicado en *Milenio*, 25 de mayo de 2005, p. 44.

huellas de los libros bíblicos del Antiguo Testamento, ecos evangélicos y relentes de Rabindranath Tagore. Y todo eso para dar aliento y alimento coloquial y casual a la clave amorosa de la ausencia y del suicidio del amado. El tema mitológico de *la amante invisible*¹¹ cuya ubicuidad han señalado la etnología y la antropología contemporáneas cobra en las hondonadas en verso de Gabriela Mistral una realidad inquietante y perturbadora cuando se piensa en la instintiva disponibilidad con que esta especie de monja o de novicia laica de la poesía se abre a la experiencia incisiva y contundente de lo sagrado que la devora. Pero al mismo tiempo y en paralelo, Gabriela Mistral es una recadera, una autora de artículos y cartas, de mensajes e impresiones que va publicando en los periódicos como quien va afilando en público su espada antes de entregarse a los combates más secretos y entrañados del poema. Esta segunda Gabriela Mistral sabe que la tierra tiene actitud de mujer y que, junto a la severa llamada del decir poético, estremece el aire otra convocatoria: la de la guía espiritual, la de la maestra, la de la mujer que sabe —como lo dijo en su brevísimo discurso al recibir el Premio Nobel el 10 de diciembre de 1945— que toda su dignidad le viene de la raza y de la palabra. Si la persona llamada Lucila Godoy tenía —como ella misma lo decía— dos ángeles de la guarda, uno era el del poema y otro el de la prosa y la lección, del discurso y de la doctrina crítica y humanitaria; y si Chile —según Eugenio D’Ors— vive bajo el patronazgo de un Ángel de la Guarda, a su vez Gabriela Mistral flota sobre la cultura de su país como una presencia “gnómica” que funde en sí los rasgos del poeta y del maestro, los del trovador y los del legislador. Pero de tal fusión —advierde D’Ors— puede resultar una suerte de riesgo y de confusión profética. Esa ebriedad profética que se le puede encontrar a la prosista y doctrinaria Gabriela Mistral está por fortuna templada por la aridez de la *desolación* inaugural que da a su fibra una condición mineral.¹² De

¹¹ Elémire Zolla, *La amante invisible. La erótica Shamánica en las religiones, en la literatura y en la legitimación política*, trad. Bárbara Piano, Caracas, Venezuela, Editorial Mandirla, 1988.

¹² Eugenio D’Ors, “Gabriela Mistral”, en *Nuevo Glosario, Paréntesis cerrado* (1924), Madrid, Aguilar, 1947, pp. 975-976.

este doble registro Gabriela Mistral era consciente desde muy joven, por lo menos desde que tenía 23 años, cuando en 1912 y firmando como Lucila Godoy le escribe a Rubén Darío una carta, entre conmovedora e imperativa, que el poeta debe de haber leído con una sonrisa agradecida. Darío tenía programado viajar a Chile ese año pero no llegó a hacerlo y Gabriela se dirige a él así:

Yo, devota de hoy...

Dirección:
Lucila Godoy,
Los Andes, Liceo de Niñas,
República de Chile

Nuestro grande y nobilísimo poeta:

Soi una que le aguardaba al pie de los Andes para presentarle su devoción i la de sus niñas —discípulas— que charlan de Ud. familiarmente después de decir su “Cuento a Margarita” i su “Niña-rosa”. Pero Ud. no vino i yo le mando en estas hojas extensas toda aquella cosa pura i fragante que es el querer de cien niñas a un poeta que les hace cuentos como nadie jamás lo hizo bajo el cielo!

Poeta: yo, que soi mujer i flaca por lo tanto, i que por ser maestra tengo algo de las abuelas —la chocez— he dado en la debilidad de querer hacer cuentos i estrofas para mis pequeñas. Y las hecho (sic); con rubores lo confieso a Ud. Yo sé que Ud. es tan grande como bueno.

Pretendo —¡pretenderes!— que Ud. me lea lo que le remito, a saber, un cuento, original, mui mio, i unos versos, propios en absoluto.

Pretendo —¡pretenderes!— que si Ud. sonrío con dulzura fraternal leyéndolos i halla por ahí núcleos de semillas que dicen algo, una promesilla para el futuro, en “Elegancias” o en “Mundial”, Ud. me las publique.

Yo, Rubén, soi una desconocida; yo no publico sino desde hace dos meses en nuestros “Sucesos”; yo, maestra, nunca pensé antes en hacer estas cosas que Ud., el mago de la Niña-Rosa, me ha tentado i empujado a que haga. ¡Es Ud. culpable de tantas cosas en el campo juvenil! ¡Si supiera, si supiera!

Rubén: si Ud. no encuentra en mi cuento i en mis estrofitas sino cosa hueca, hilachas volantes de cosa inútil i vulgar, escíbame solo esto en una hoja de papel: malo, malo. Y fírmela. ¡Yo, devota de hoy, seguiré siéndolo tanto o más!

Una explicación: Uds. —Ud. y el sr. Guido— dejaron en Chile como encargado de visar las colaboraciones al Sr. Malvenda. Perfectamente, pero yo no he podido vencer mi ingenuo (*sic*), i tanto santo deseo: escribir a Rubén i, directamente, recibir su rechazo.

Con emoción me despido de Ud. i le deseo primavera eterna en su campo de triunfos, en su corazón nobilísimo y en su vida, gloria de nuestra América latina.

Humildemente,

Lucila Godoy
Prof. de Castellano del Liceo
de Niñas. Los Andes, 1912.

Bórquez-Solar —¿Ud. lo conoce?— me ha ofrecido prólogo para mis “cuentecillos”.¹³

Sobra decir que aquellos textos efectivamente serían publicados en la revista de Darío. Ambos ángeles, el de la poesía y el de la política —hay que tenerlo claro—, se cuidaban entre sí y la protegían a ella. La protegían desde que llegó a México, en 1923, invitada por José Vasconcelos (“...Gabriela es mucho más inteligente de lo que cree el mismo José Vasconcelos”, dice Alfonso Reyes en su *Diario*, en 1927) y aun antes, en 1920, cuando la descubrió Enrique González Martínez, quien por entonces representaba a México en Chile. A su vez, la joven poeta se expresará con entusiasmo sobre el escritor jalisciense en carta a Genaro Estrada y fuera de todo protocolo:

¹³ “Carta de Gabriela Mistral a Rubén Darío” reproducida por Faustino Sáenz en “Dossier de Gabriela Mistral”, en *Lengua*, revista de la Academia Nicaragüense de la Lengua, Managua, septiembre de 2005, pp. 73-75. Previamente esta carta se había reproducido facsimilarmente y comentado por Luis Sáenz de Medrano en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 24, 1995, pp. 137-143.

Estamos muy contentos con el poeta que nos ha mandado su gobierno y que matará la leyenda única que circula en América austral sobre México: Pancho Villa y la revolución permanente.[...]

La influencia de Gabriela —dijo el crítico franco-argentino Max Dai-reaux en su *Panorama de la littérature hispanoaméricaine* (1930)— es profunda; no es hablando con propiedad una influencia literaria, no se ejerce sobre los escritores sino sobre los hombres; es una influencia moral que actúa misteriosamente sobre las inteligencias y corazones y parece, a primera vista, inexplicable. La juventud inquieta o sencillamente pensante va hacia ella como hacia la Meca espiritual de América Latina [...] ella es socialista y es cristiana [...]. Su socialismo es más una manera de sentir que una manera de pensar [...]. Es cristiana, pero no según la Iglesia sino según Cristo; su misticismo es, por así decirlo, una poesía del dolor [...]. Esta mujer es un Sócrates cristiano que todavía no ha encontrado su Platón [...], y ella representa la mayor fuerza espiritual de América Latina (pp. 169-174).

Lucila Godoy sabe que Gabriela Mistral es el nombre de dos personas por lo menos: la poeta y la maestra, la trovadora y la guía intelectual de una raza, entendida esta voz emblemática, en un sentido simbólico. La unión, la amistad de las dos Gabrielas dejarían en México una honda huella, pero a su vez México dejaría impresa su marca en ambas. ¿Cuántos amigos y admiradores y lectores y seguidores no tiene Gabriela Mistral en México? Los ya mencionados José Vasconcelos y González Martínez pero sobre todo Alfonso Reyes, con quien la unirá una profunda amistad que se transparenta en la hermosa y jugosa correspondencia que intercambian¹⁴ a lo largo de muchos años tanto como en los apuntes que él escribe sobre ella tanto en sus obras como en su *Diario* inédito. Hay que decir en favor de Gabriela que su mejor espada fue su veracidad. Gabriela Mistral es una de las pocas personas cercanas a José Vasconcelos que con amistad varonil le dice la verdad sobre su bipolaridad política y literaria:

¹⁴ Vargas Saaveda, *Tan de usted*, 240 pp.

Pensado y vuelto a pensar, Vasconcelos:

Yo no puedo callar más ni puedo tampoco morigerar en una pavesa menos, este descargo de sinceridad. Ud. me conoce y Ud. sabe que por ímpetu de decoro doy en palabras, como quien da en saetazos, la verdad que otros pretenden poner pintarrajeada en un ataúd.

Yo no podría ser fiel a México, fiel a Ud. y tampoco fiel a mí misma si sumiese este borbollón de franqueza. De absoluta franqueza.

Y voy al grano —que ya he puesto demasiada fronda—.

Convénzase, amigo mío, que no es usted pasta de general o almirante, ni siquiera de cabo ni grumete. Lo suyo es gobernar ideas. Dios le ha dado sesos para que conduzca con lucidez al mocerío, a los vejestorios, a toda criatura que sepa leer y *oír*.

Ya se lo he dicho y lo he escrito: Ud., como Maestro, queda a la par con Sarmiento; Ud. cuajó, en sus años de Ministerio, *siglos de cultura*. Siglos, amigo. Porque Europa se ha tomado medioevos y renacimientos para darle tuétano a su cultura.

Lo que Ud. propulsó para beneficio de la indiada no lo lograron ni las huestes ni las misiones del Imperio español; no pudieron tamañamente ni la espada ni el catecismo. En Ud. se restituye la pérdida de Las Casas y en Ud. no debiera cesar esa caridad de la cultura.

Desengáñese en cuanto a su capacidad de discernimiento. Es muy otra la faena de escoger entre informes que se codean sobre el escritorio y escoger entre ambiciosos que compiten por adularlo. Y Ud., como hombre, es indefenso al adulo. Se le rinde como la cobra al hábil flautista que... acaba por meterla en su canasta.

Acuérdese de las experiencias con T. G. y con P. S. (prefiero ni ensuciar la tinta con sus nombres completos).

Tengo la honra de no haberlo adulado jamás. Debiéndole, como le debo, los años de sosiego en México, mi gratitud no me venda los ojos para contemplarle en toda su reciedumbre de intelectual y en toda su fragilidad de seudolíder. En lo primero es un bronce insigne, en lo segundo, un embeleco. Y Ud. se menoscaba al consentirse el embeleco.

Más debo decirle.

Dese cuenta de que un pretendiente a héroe, un candidato a prócer, no puede ostentar el más leve desliz en su vida personal —si es que quiere merecer nuestro *respeto*—. Ud. ha hecho de su vida íntima un espectáculo banal.

Ud. viajó pavoneándose como un... Lord Byron mexicano, pero sin tener la genuina vocación para los derroches sentimentales. No en vano se hace noble...

He escuchado, tanto del lado de los suyos como del opuesto, una crítica unánime, toda adversa, caldeada de irritación; y la he escuchado con los labios pegados por la falta de razones con las cuales silenciar ese torrente nítido. ¿Cómo se las arregla Ud. para engruesar el tímpano y deambular sobre los bulevares como si pasara por la gruta de Cacahuamilpa?

Retírese a sus libros, como Quevedo —y no como él: que fuera obligado, a lanza—. Refúgiese en la paz fértil, gobierne sus letras, conduzca su pluma y así alcanzará a poner a salvo lo que aún queda de su prestigio. Se lo agradecerán su madre y sus amigos todos.

Gabriela Mistral¹⁵

Además alrededor de Gabriela están Carlos Pellicer (quien coleccionaba sus recados y cartas), el Abate González de Mendoza, los hermanos Alfonso y Gabriel Méndez Plancarte, Andrés Henestrosa, Emma Godoy, el doctor Ignacio Chávez, Daniel y Emma Cosío Villegas y su amiga de toda la vida Palma Guillén, para no hablar de los amigos de la letra y en la letra, como era Rosario Castellanos que le escribe un texto admirativo y admirable (aunque poco conocido). La amistad con Palma Guillén es por lo menos significativa de que Gabriela Mistral conocía por adentro el mapa mexicano hasta el punto de que a fines de 1948 y principios de 1949 le toca recibir una carta de Antonio Castro Leal solicitándole que apoye la candidatura de Enrique González Martínez al Premio Nobel cuando era sabido de muchos que ella ya se había manifestado a favor de que Alfonso Reyes fuera distinguido con esa presea. De hecho, en la obra en prosa de la poeta constan varios apuntes sobre Alfonso Reyes y en la correspondencia Reyes-Mistral se recoge, entre otros papeles sobre Reyes, un perspicaz ensayo sobre la poliédrica figura del regiomontano que transcribo al final de esta semblanza como anexo. La trascendencia de México en la obra de Gabriela Mistral no se podría medir por el número de poemas que ella le dedica a este país, a sus escritos y asuntos;

¹⁵ Vargas Saavedra, *Tan de usted*, pp. 51-52.

esa medida en realidad no daría justa cuenta de la íntima y profunda liga recíproca que hace de Gabriela Mistral una voluntaria de México, una hija adoptiva de este país, ciudadana de nuestra república literaria y cultural más allá del espacio y del tiempo. A su vez, las cuerdas de la lírica mexicana no pueden dejar de tomar en cuenta la calidad poética de Gabriela Mistral. No es casual que Alfonso Reyes y Octavio Paz, entre los escritores mexicanos que la admiraron, hayan dejado cada uno un testimonio de su magnetismo. Dice Reyes en su “Himno a Gabriela”.¹⁶

Montañosa y profunda como los barrancos y las arrugas graníticas de los Andes; severa y solitaria en sus alturas de nieve, mansa y juguetona en los deshielos que bañan con su caricia las risueñas laderas; y por encima de las miserias naturales, depositaria y emisaria de la salud y el alimento —Ceres transmutada al orden del espíritu—, yo le ofrecería el sacrificio de la *pankarpia*, amasada con todas las pulpas frutales, que el griego silvestre brindaba, en las primeras cosechas y vendimias, a sus divinidades agrarias y benéficas.

Ya he dicho en todos los tonos y en varias ocasiones lo mucho que admiro las letras de Gabriela Mistral: su verso que, sin dejar nunca las excelencias técnicas y aun las agilidades ingeniosas, descubre una nueva dimensión en las honduras de la conciencia; su prosa, brotada de fuentes nativas, que parece continuar a la naturaleza, y que por ese y otros motivos, a un tiempo artística y sencilla, hace pensar en santa Teresa. Hasta el coloquio sale aquí consagrado; y como surge de una íntima necesidad, el modismo americano entra por su propio derecho en el torrente de la lengua, y la enriquece al modo que la enriquecieron los clásicos. La serenidad de Gabriela Mistral está hecha de terremotos interiores, y de aquí que sea más madura. Su bondad rebasa los límites de la filantropía personal —presa que se desborda—, y se vuelve cosa telúrica. Ya no es Gabriela quien nos aquieta, nos consuela o bendice: es un vasto soplo tonificante que anda entre los suelos y los cielos de América, cargado de esencias boscosas, rumores de pájaros y abejas, de talleres y campanarios.

Un día me explicó este misterio. Y en verdad lo es para remontarse hasta las cumbres del alma sin soltar el lastre de las realidades más inmediatas;

¹⁶ En *Obras Completas de Alfonso Reyes*, tomo XXII, México, FCE, Letras Mexicanas, 1989, pp. 142-143.

para, como los robustos eucaliptos, sorber entre la savia del tronco las piedras y los terrones del campo. ¿Qué sufrimiento, qué alegría la encontraron nunca indiferente? ¿Qué latido de nuestra América no ha pasado por su corazón? Su inmensa poesía está tejida con todos los estambres que hilan el trabajo y la virtud de los hombres. Así creían los antiguos que Hércules había construido el ara de Dídima con la sangre, los huesos, la sustancia misma de las víctimas ofrecidas.

Y años después Octavio Paz, con mayor concentración pero en el mismo sentido (Premio Nobel 1990), expresaría:

En Gabriela Mistral hay ecos inconfundibles de la Biblia, una voz que echo de menos en casi toda nuestra poesía moderna. Dije: *voz viril*, agrego ahora voz de varona, voz de Judith o de Esther, profunda y poderosa voz de montaña mujeril. La montaña es terrible porque es tiempo petrificado, inmensa forma quieta en cuyas entrañas duerme y sueña en un mundo primordial...: agua y metales, piedra y fuego. Lejana e imponente, la montaña de pronto se vuelve maternal y se convertirá en cocina pacífica. La vemos por la ventana y cada anochecer le contamos nuestras penas y alegrías.... Poesía hecha con las palabras de todos los días pero ungidas por el aceite de lo sobrenatural. Realismo transfigurado, vida diaria transformada en rito y oficio divino.¹⁷

Obsérvese, de paso, la coincidencia que existe entre las percepciones de los dos poetas mexicanos sobre la condición telúrica y de montañesco macizo que suscita en ambos la silueta de la poeta chilena.

A la lección de sobriedad y elegancia desnuda que se desprende de la obra poética de Gabriela Mistral hay que añadir la hondura y fidelidad de su imaginación poética tanto en el orden introspectivo como en el geográfico, el folclórico y popular. Se impone el parentesco con la figura y obra de Pablo Neruda, ese joven chileno que le enseña en 1920 sus primeros poemas cuando él tiene apenas 16 años y ella 31. De hecho, Mistral y Neruda serán como las dos caras que ostenta la medalla literaria chilena, siempre juntos, siempre contrapuestos. Además de esa afinidad

¹⁷ Octavio Paz, "El pan, la sal y la piedra en Gabriela Mistral", *Fundación y disidencia*, tomo III, pp. 173-174.

poderosa con la obra de Neftalí Reyes Basualto, a quien ella le sugiere leer a los novelistas rusos, la escritura de Gabriela tiene muchas otras inagotables cualidades propias. Subrayo al paso la compacta fluidez de su expresión en prosa y sobre todo la lentitud milenaria de su andadura en verso, la serenidad majestuosa de su dicción humilde y comprensiva.

Escritura ensimismada y transparente, sencilla y abismal la de esta poeta explícitamente telúrica y terrenal abarca en el arco de sus cuatro libros esenciales no solo un atlas íntimo y otro exterior, con sus abismos y anfractuosidades, sino que concentra en la pulida e impecable factura de sus poemas un mestizaje, una hibridización sintáctica y léxica que presupone un arte poética, a la par arcaica y novísima donde diversas edades y tiempos de la lengua se funden en una suerte de diario cósmico más allá o más acá de las reducciones de la novela sentimental, donde lo cotidiano y lo sagrado se compaginan. Los poemas de Gabriela Mistral hay que leerlos precisamente como poemas, es decir como objetos inexplicables y preciosos, siguiendo los consejos de Palma Guillén, su amiga mexicana de toda la vida: “Hay que intentar tomar la poesía en sí misma como se toma un pedazo de cuarzo para ver en él las líneas, las sombras y los colores. En ellos pueden estar el amor, el dolor causado por la muerte o por la pérdida de las cosas que eran nuestra dicha[...].”¹⁸

Con Walt Whitman, César Vallejo, Pablo Neruda y Gonzalo Rojas, Gabriela Mistral pertenece a ese gran despertar o desperezamiento telúrico que en la narrativa se afilará en las obras de Miguel Ángel Asturias, Rómulo Gallegos, José María Arguedas, Augusto Roa Bastos o Juan Rulfo, y que da constancia viva de la fusión que se cumple en las letras de arcilla, barro y vidrio de las Américas escritas.

¹⁸ Palma Guillén, “Introducción” a Gabriela Mistral, *Desolación, Ternura, Tala, Lagar*, México, Porrúa, Sepan Cuantos, 250, p. LX.

ANEXO

ALFONSO REYES, MAESTRO¹⁹

CORREO CARIOCA

Ahora desde Río, y no desde Buenos Aires, nos vienen las hojitas o los folletos o los libros de Alfonso Reyes; nos vienen como siempre, con la dirección escrita a mano, por la cortesía exquisita que es la suya; y teniendo adentro, infaltablemente, el recado suyo, comparable al de Martí en el clima de la efusión. El bulto es, siempre, breve, en el orden de las resinas, a que aludíamos otra vez, escribiendo sobre él; pero tapas adentro, eso que nos llega es tan nutritivo, que del cuadernillo de 20 páginas se va a vivir la semana, a veces el mes, con frecuencia el año.

El correo se hace, de más en más, americano; la escritura se vuelve de día en día más humana. Ya casi no hay en esas páginas de *La Caída* hierba en rama de retórica ni pastel de divagación.

Es el tiempo del fruto, y del fruto en sazón, ciento por ciento; no se hacen a estas alturas de años corolas grasas sino hueso asemillado, y un trigo desnudo, sin guedeja.

Venían correos más tardos de Buenos Aires; la vida social del diplomático se lo devoraba, y tenía que ser así, porque él es un cumplidor acérrimo de sus misiones y los moteles sobre la ociosidad diplomática valen para muchos, pero no han valido nunca para Alfonso Reyes. En Río debe haber menos recepciones y quedar pausas más largas para escribir. Es una de las causas de su fertilidad de estos tres años.

Otra razón hay que decir, y a mí me interesa aclararla, para mí.

¹⁹ Vargas Saavedra, *Tan de usted*, pp. 92-94.

CASTICISMO DEL TRÓPICO

El trópico es más castizo que nuestras tierras templadas; más americano Río que Buenos Aires; más Bogotá que Santiago; más México que Montevideo. Dicen que la causa del casticismo ralo y débil de la extremidad sur está en la inmigración rebosada que ha recibido la punta del continente, y que la americanidad del trópico deriva de las dos zonas casi absolutas de español e indio con que la tierra caliente se ha quedado. La explicación no lo dice todo. “La naturaleza fuerte” de que habla Chocano puede mucho sobre el hombre en el trópico, lo gobierna y lo maneja y no le consiente aventar la costumbre dictada de ella y no le permitiría ni “agringarse” ni italianizarse demasiado.

La tierra templada aparece más liberal o más débil, y esa lo tolera todo, en mal nuestro a veces. Por algo, por una especie de... instinto geológico, el continente se hinchó hacia Ecuador, como para darnos más perímetro de sol y de las cosas que el sol se trae, y se angostó con parvedad o restricción hacia abajo... El continente sabía en cuál de sus aposentos climáticos le nacería la gente más fiel...

Alfonso Reyes llega a Río de Janeiro y padece y goza la magia de lo regional, el tirón de lo castizo que no probaba desde los años de México. Meses más tarde, él, o sea el gongorino y el supereuropeo, se pone a escribir corridos y cuartetas populares, con una rapidez feliz que parece de dictado y con un sabor folclórico que llega a engañar a ratos de puro genuino.

EL FOLCLÓRICO

Los *Alfonsos* son todos ellos “primer agua”: el Alfonso sabio que escarmentó a Góngora y le saca hasta la última pimienta novedosa y que trasvasa el *Poema del Cid* con manos dignas de la operación; el Alfonso clásico grecorromano que en meses de París hace una *Ifigenia* estupenda (de la cual todo está por decir) y que en una semana bonaerense escribe

un discurso sobre Virgilio que es la pieza prócer que de aquellas fiestas podemos mandar a Roma en contribución nuestra; y los demás Alfonsos que harían “cola” de numerosos...

Pero siendo este un platero que da buena plata siempre, haga cálices sacros o cofres mundanos, no queremos, ah, eso no, que se nos destiña el Alfonso mexicano, barro nuestro de Guadalajara o jícara michoacana, que contiene la decoración entera de la naturaleza y el hábito nuestros.

Aquí está el que podía dejarse tentar; está en *Río de Enero*, tan trópico, tan bajío y tan meseta, como si nos mandase esa escritura poética de México o de Cuba adentro o... de donde la mande.

El trópico americano tiene, a pesar de las alteraciones barométricas y étnicas de aquí y de allá, una grande unidad. Me tengo que aprender a las gentes —y de terrible aprendizaje— cuando paso de Antofagasta a Mollendo, pero ya de Panamá a San Juan, mucho menos.

Este libro de unas pocas composiciones largas es un complejo producto verbal. El “corrido” o romance de México que es cosa mestiza, anda por ahí; la copla española, lo mismo; y la canción mulata de Río o de Cuba, otro tanto. *Río de Enero* es la difícil y fácil pieza que somos los individuos de nuestra raza; ardua por tanta cosa vieja y nueva que hierve en nosotros, y fácil por nuestra soberana sencillez criolla. Habría aun que espolvorear sobre esos componentes un poquitín de futurismo europeo y del más bueno. La donosura es grande —Reyes la tiene y la luce en prosa como en verso—; la malicia cuesta ubicarla en Andalucías o en Jaliscos; el ingenio es el mexicano, que tiene para dar y prestar, y la poesía, la corriente de arrastre de aquellos dones, es la suya, la linda poesía de Reyes con su chorro doble de inteligencia y de una emotividad que los años en vez de secarle le aumentan.

México no quiso largar nunca la cuerda folclórica; a lo largo de dos siglos de academicismo y de romanticismo, dos atolladeros nuestros de pedantería, México siguió haciendo corridos y canciones, manteniendo entera la veta de agua vital y vitalizadota. Muchas cosas suyas de hoy se han salvado gracias a esas fuentes guardadas intactas: el casticismo mexi-

cano, en la costumbre, la pedagogía nacional, lista; las artes manuales, la legión de Diego Rivera, y hasta la reforma agraria, arrancan de allí, de la corriente subterránea u ostensible de la poesía popular.

Alfonso Reyes se mueve como pocos en su reino manejando el folclor, aunque le incorpore una cantidad de sulfatos de otros suelos.

Había por allí, en los poemas viejos, algunas pintas aisladas del género; pero no eran todavía esta ración en pleno.

Me acuerdo de un pintor dengoso, y no poco cursi, con el que yo desembarqué una vez en San Pablo del Brasil. Volvió al barco vociferando de ese paisaje de colores “para cargador”; insufriblemente espectacular. Europa le había dado la arterioesclerosis ocular y ya no se sufría lo cenital del trópico. Mentira grande y además tonta es aquello de que el paisaje tórrido es primario e infantil y que por ello no provoca ni a pintar ni a escribir. La desesperación que da viene de que lleno hasta rebalsar de cosas perfectas, desde su aire tónico hasta su listadura de palma, pasando por los alimentos que él solo da, desmoraliza a las gentes con el *tanto* como la tierra templada las excita con el *poco*.

Al pintor chirle el Trópico le hace el efecto que Homero al poetillo...

TORRIDISMO

El tórrido de Reyes no aparece abundante sino constreñido; reside más en la vainilla que en el plátano, y mejor en la mariposa que siendo de jeme, carga con una tonelada de azul, que en el árbol del pan.

El tórrido suyo se halla sobre todo en la peca de fuego con que le mira (al muy amoroso) la mulata brasilera y tal vez en cierta pulpa capítosa que es el habla y, no digamos la marcha, de ella. Un tórrido de geografía y carnes adentro. A veces yo me dudo de si la torridez de gesto y voz sea cosa del barómetro, porque en la meseta de la templanza, la de Anáhuac, la untadura cálida se ve y se toca y está puesta sobre unas sobriedades y unos equilibrios o romanos o franceses. La inteligencia se hace ella mis-

ma, cuando quiere, sus 100 grados emocionales y no siempre es la sangre subidota la que los produce y los despeña...

UBICACIÓN

Es lindo ver en libro nuevo el lugar donde el amigo vive, aprenderle las criaturas que ahora lo tocan, y saberle de veras el mar, el suelo, la casa, la mesa. Nunca había gozado yo más de este deleite del poder ubicar bien, al compañero ausente y reacomodarme en la pupila interior su nuevo modo de ser y de existir, como en este *Río de Enero*.

Reyes poseía allá en Buenos Aires río grande, tanto que ya no es río y no da sino pocas emociones fluviales; estaba en cuanto a la convivencia, en ese extraordinario puente de razas que es nuestra Argentina y que suele desconcertar la visión. Él vive hoy con sol desatentado o nubarrón tropical encima; pasea avenidas de palmas que de cabales han de parecerle a veces una teoría intelectual, que se mira hacia adentro; y ha recuperado a la gente morena, casi olvidada en París, y que nutre la vista al que nació entre ellas, una casta que nos produce el placer que da el pan resollamado, muy otro del que solo se dora.

En sus cartas y en sus recados cortitos, se ve que vive bien, que lo hacen dichoso, que trabaja y pasea y que lo vitaliza el haber vuelto a la matriz de la raza.

LA FILOSOFÍA Y EL ARTE: LA ESTÉTICA*

Mauricio BEUCHOT

INTRODUCCIÓN

En estas páginas deseo hablar de la estética, lugar en que se encuentran y se tocan la filosofía y el arte. La misma historia de la estética es una muestra de la relación que el arte ha mantenido con la filosofía. Muchos de los problemas del arte son filosóficos, sobre todo metafísicos u ontológicos, como el de qué es la belleza, de qué manera se da en los seres, tanto naturales como artificiales o culturales, de modo que podamos decir que son bellos. Son cuestiones difíciles, pero imprescindibles para aquel que desee acercarse a la comprensión del arte en sus distintas manifestaciones.

Veremos, pues, cuáles son las relaciones de la estética con esa parte fundamental de la filosofía que es la metafísica u ontología, de modo que esto nos sirva para profundizar en estas cuestiones sobre la esencia de la belleza. Ya que la ontología es lo más propio de la filosofía, estos problemas son, por lo mismo, lo más filosófico dentro de la propia teoría estética.

ESTÉTICA Y ONTOLOGÍA

Y es que se ha visto que lo nuclear del arte, lo propiamente constitutivo de este, que es la belleza, es algo ontológico. Algunos la han llamado la “simbolicidad” de la obra de arte, el carácter de símbolo que esta tiene, y por el cual posee esa capacidad tan extraña de llegar a ser algo aprecia-

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 10 de agosto de 2006.

do por el gusto de todos. Esto es algo que ya asombraba a Kant: la obra bella es algo singular que ha alcanzado la universalidad.¹ Es lo que en verdad une lo particular con lo universal, lo contingente con lo necesario. Porque el símbolo tiene como propio el vincular, y así congrega las subjetividades dispersas en la unidad de algo objetivo que resulta bello por sí solo, como tal. Hasta parece que une la exterioridad del fenómeno, dada en la percepción sensorial, con la interioridad del noúmeno, de la cosa en sí, que, a través de la belleza lograda por el artista, resplandece en lo empírico, a modo de luz trascendental, que parece tocarnos a todos, como si tocara algo que tuviéramos más allá de lo sintético de nuestro juicio, una especie de *a priori* estético que se encontrara en todos nosotros.

Por eso la actual forma de hacer metafísica es a partir del arte. Por ejemplo, Heidegger propone oír el ser en la poesía.² Y Theodor W. Adorno propone partir del arte para hacer filosofía, especialmente metafísica.³ Y yo creo que conviene hacer una metafísica que tome muy en cuenta la poesía. Una metafísica poética, como la que de alguna manera habían señalado Juan David García Bacca⁴ y María Zambrano.⁵ De hecho, encuentro una dualidad platónico-aristotélica en esa relación: Platón exilaba y desterraba a los poetas; Aristóteles los amparaba y asilaba. Por eso decía que la poesía era más filosófica que la historia,⁶ porque era más metafísica. La metafísica como asentada en la poesía, no en el discurso directo, histórico. Incluso aceptaba que no se puede hacer metafísica sin el dominio de las metáforas, que el buen metafísico tenía que ser buen metaforizador.⁷ Con todo, no se trata de suplantarse la metafísica por la poesía, sino de aprovechar la poesía para hacer buena metafísica, en el espíritu de Aristóteles y, más recientemente, de Paul Ricoeur.

¹ I. Kant, *Crítica del juicio*, I, § 6.

² Cf. G. Vattimo, *Introducción a Heidegger*, México, Gedisa, 1990 (2a. reimpr.), pp. 105 ss.

³ Cf. T. W. Adorno, *Teoría estética*, Madrid, Taurus, 1971, pp. 417-419.

⁴ Cf. J. D. García Bacca, "Comentarios" a M. Heidegger, *Hölderlin y la esencia de la poesía*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 52.

⁵ Cf. M. Zambrano, *Filosofía y poesía*, México, FCE, 1996 (4a. ed.), pp. 73 ss.

⁶ Cf. Aristóteles, *Poética*, 9, 1451b 1 ss.

⁷ Cf. P. Ricoeur, *La metáfora viva*, Madrid, Eds. Europa, 1980, pp. 391 y 415.

Creo que hay que usar la estética en favor de la filosofía, no en contra de ella. Hay que usar la estética para alimentar la metafísica, así como se usa la poesía para alimentarla. De hecho es lo que hacía Heidegger, y lo que pedía Adorno. Este último señalaba una ruptura trágica entre filosofía y estética,⁸ pero porque en filosofía se perdían los referentes y se disolvía el sentido, y el hombre se quedaba a la deriva. Sin embargo, la misma experiencia estética puede ayudar a la metafísica, porque esta última tiene que partir de una experiencia profunda del ser, y a ello le ayuda la experiencia artística, sobre todo la experiencia poética, ya sea de creación o de disfrute de ella.

Es decir, entre estética y metafísica (dentro de la filosofía, lo mismo que pasa con otras disciplinas suyas, como la ética) se ha dado a veces una relación unívoca, empobrecedora, en la que una se impone a la otra; o equívoca, también empobrecedora, en la que ninguna atiende ni entiende a la otra. Hay que lograr una relación analógica, un equilibrio proporcional, pues ‘analogía’ significa proporción, está intermedia entre la univocidad y la equivocidad, pero predomina esta última, la diferencia sobre la identidad.⁹ Con esta relación analógica, proporcional, se respetarán sus autonomías y sus dependencias (a cada una su porción en la proporción), y así podrán colaborar, sin devorarse ni desencontrarse o desviarse. Respetando la autonomía, esto es, lo propio de cada una, ambas se aportarán su beneficio. La poesía dará una experiencia del ser del lado de la belleza y del bien, y la metafísica una experiencia de la belleza desde el lado del ser y de la verdad; con ello se llegará a la metafísica del ser como bien-belleza, que decía Platón. La poesía entregará a la metafísica una experiencia viva del ser, en proceso y génesis de abstracción y universalización, para llegar a lo más ontológico. Una y otra, ontología y poesía, colaborarán, en lugar de combatirse; y cada una disfrutará de su autonomía dentro de los límites

⁸ Cf. T. W. Adorno, *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1971, pp. 343-345.

⁹ Cf. M. Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de la interpretación*, México, UNAM-Itaca, 2005 (3a. ed.), pp. 37 ss.

que les son propios. Solo así podrá darse una metafísica significativa para el hombre, que le entregue una captación plena del ser.

MANIFESTACIÓN DE LO ONTOLÓGICO-METAFÍSICO EN EL ENTE BELLO. SOBRE LA SIMBOLICIDAD EN EL ARTE

Para hablar de la simbolicidad del arte, es muy socorrido acudir a la etimología de “símbolo”, pero también es muy esclarecedor. “símbolo” viene de *syn*, que es ‘con’, y *ballo*, que es ‘arrojar’; resultaría que significa ‘arrojar conjuntamente’. En efecto, en la historia, un símbolo es una parte de un objeto que, al unirse con otro, daba la totalidad de ese objeto. Ambas partes se lanzaban juntas, y se pegaban. Con eso se reconocía a otra persona. Lo usaban los individuos para reconocerse, como una identificación. Era, pues, un factor de unidad, de identidad; pero también de diferencia, pues lo que identifica distingue. En ciertas sectas, como la órfica, los símbolos servían para reconocer a los que pertenecían a ellas. Por eso también es visto el símbolo como aquello que vincula, esto es, que da pertenencia a un grupo, que une afectivamente. Así, un símbolo es también algún objeto que hace recordar a la persona amada, que la hace presente. Y, dado que pega o une fragmentos, lo que conecta lo que está separado, y continúa lo que está interrumpido, es igualmente lo que hace pasar, lo que hace acceder a otro ámbito, como en las religiones místicas, donde unía con el misterio, hacía pasar a esa dimensión oculta.

Como se ve, el símbolo es un signo que significa más de lo que aparenta. No solo tiene el significado manifiesto o que aparece, sino además un significado oculto, al que remite en segunda instancia. De manera parecida a como el símbolo vincula con lo ontológico, así ha sido visto como algo que conecta con la belleza; se habla de una simbolicidad en la obra de arte, de su condición simbólica, de la labor de símbolo que realiza. La obra de arte no solo significa lo que se muestra en ella de manera inmediata; eso que se muestra y, sobre todo, la forma en que se muestra,

nos conecta con lo bello, con la belleza. La verdadera obra de arte, como insistió tanto Heidegger, tiene un carácter de símbolo.

Hablar de la simbolicidad de la obra de arte es una manera de expresar el grato asombro que nos produce el que un objeto o conjunto de objetos transformen nuestra percepción ordinaria y la vuelvan percepción estética. Es un modo de designar ese “no sé qué” que hace bella a una cosa, que la diferencia de las demás que no nos parecen tan bellas, que no efectúan en nosotros esa percepción placentera; es su distintivo, algo que en verdad, como hemos dicho, realiza el símbolo. Muchos han tratado de definir la belleza, de explicar las condiciones de su producción, de desentrañar sus conexiones internas; y lo único que han podido hacer es darnos algunos balbuceos, torpes aproximaciones, y por ello nos quedamos en esa consideración de lo bello como oculto. A eso nos lleva la obra de arte. Como un símbolo.

La simbolicidad del arte es parecida a la emoción o placer que provoca la metáfora. Una metáfora afortunada es una sorpresa y un deleite. Trasciende lo directo y usual, y nos coloca en lo distinto y lo rico en significado. Es lo que llena al hombre. El sentido, el significado; por eso lo que le da sentido o significado lo colma, lo plenifica, lo expande y lo distiende, en el gozo. Así como una metáfora en un poema nos rompe el sistema, nos cambia lo cotidiano, y nos produce una emoción placentera, así es lo que hemos tratado de caracterizar como la simbolicidad del arte, como su carácter simbólico, su condición de símbolo. Ya Wittgenstein decía que la estética es de esas cosas que no se pueden decir, que solo se pueden mostrar; consta de juegos de lenguaje que pertenecen a ciertas formas de vida.¹⁰ Y estas no se pueden decir, solo cabe mostrarlas. El arte es algo que no se puede decir, solo se puede mostrar. Aquí tratamos de decirlo, pero sabiendo que solo será de manera muy limitada, meramente aproximativa, solo balbuciente. De hecho, la analogía ha sido siempre un intento de decir lo que solo se puede mostrar, de decir algo, muy poco,

¹⁰ Cf. L. Wittgenstein, “Clases sobre estética”, en él mismo, *Estética, psicoanálisis y religión*, Buenos Aires, Sudamericana, 1976, pp. 38, 47 y 52.

para evitar quedarse únicamente mostrándolo. Pero es consciente de su limitación e inadecuación. Por eso utilizo una hermenéutica analógica.

CONCLUSIÓN

Hemos visto cómo la relación entre la estética y la metafísica u ontología es muy estrecha, y entre ambas se han producido acercamientos y roces muy fuertes. Ellos son indicadores de la importancia de mantenerlas en buena relación. Puede decirse incluso que de la buena compañía con la metafísica depende el poder lograr una buena teoría estética. Y también que la estética misma, la atención a los productos del arte, llenos de simbolidad, podrán ser benéficos y enriquecedores para la metafísica misma.

José Ferrater Mora dice que algunas páginas metafísicas de Hegel son tan bellas como la poesía más exigente.¹¹ Por eso quiero terminar considerando un párrafo del filósofo alemán que describe de manera genial las obras de arte. Dice:

[Las obras de la musa] no son más que lo que son para nosotros: bellos frutos caídos del árbol. Un destino amable nos los ha ofrecido como ofrece una muchacha esos frutos. No hay ya la verdadera vida de su existencia, no hay el árbol que los produjo, no hay la tierra ni los elementos que eran su sustancia, ni el clima que constituía su determinación, ni el cambio de las estaciones que dominaba el proceso de su llegar a ser. Con las obras de aquel arte el destino no nos trae su mundo, ni la primavera ni el verano de la vida moral en la que florecieron y maduraron, sino solo el recuerdo velado de aquella realidad.¹²

Tiene razón el gran Hegel. Frutos caídos: eso es lo que son las obras de arte. Con ello alude a su fragilidad, a su condición efímera, es decir, a su paso por la historia. Todas son caducas. Pero no. También perviven en nuestra apreciación, en nuestro éxtasis frente a ellas; son vida, porque dan vida. Eso les tiene asegurada una vida que sigue y perdura.

¹¹ J. Ferrater Mora, "De la unidad última de la filosofía y la poesía", en él mismo, *Variaciones sobre el espíritu*, Buenos Aires, Sudamericana, 1945, p. 129.

¹² G. W. F. Hegel, *Phänomenologie des Geistes*, Hoffmeister, p. 524.

UN HUMANISTA MEXICANO SE ASOMA A MEDIA EUROPA*

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

CURIOSIDADES CULTURALES

Invitado por la doctora Nancy Llewellyn, que ha dirigido la Asociación Internacional para los Estudios Neolatinos, acudí con mi esposa al decimotercer congreso internacional de dicha asociación.

Deseábamos saber por qué este congreso se programaba en el Extremo Oriente europeo, nada menos que en Budapest. ¿Y qué mejor ocasión para conocer las tierras magiares de Franz Liszt y de su reciente continuador en el piano, el George Feyer de los “Ecos de Budapest”, “Ecos de París”, “Ecos de Italia”, y de tantos otros “Ecos”?

Nos complacía saber que la sede de este congreso era la Academia Hungárica de Ciencias, a causa de la convicción de sus académicos que nos ha expresado su presidente, E. Silvester Vizi, de que deben ser inseparables las humanidades de las ciencias. Y —dato fundamental— desde el siglo XVII hasta 1845, la única manera que existía para vivir una coexistencia pacífica entre las diversas etnias de Hungría, que hablaban más de una docena de idiomas diversos, era tener como idioma oficial el latín, lengua universal de la cultura occidental.

Así, desde el discurso inaugural supimos con gran satisfacción, que el latín ha sido, desde el apogeo de la Edad Media, la insustituible lengua de enlace en la Europa entera: desde la Europa italo-céltica hasta la Europa germánica y, más allá, hasta la Europa eslava.

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 24 de agosto de 2006.

El lema del decimotercer Congreso de Estudios Neolatinos encabeza en letras capitulares la portada del volumen que presenta el programa del congreso, y reza así: *Varietas Gentium - Communis Latinitas*. Esto es: Variedad de naciones - Latinidad común. Dicho lema nos recuerda el dístico que Rutilio Namaciano compuso en el siglo V, cantándole así a Roma:

Fecisti patriam diversis gentibus unam...
Urbem fecisti quod prius orbis erat.¹

O sea:

Volviste una patria única a distantes naciones...
Convertiste en una urbe lo que antes era el orbe.

El edificio de dicha Academia Hungárica de Ciencias nutre su fachada con elegantes ventanas neorrenacentistas. A su vez, tiene un imponente auditorio decorado con reproducciones en estuco de una docena de cariátides que nos evocan el *Erecteion* de la Acrópolis ateniense. Alternan con ellas unas cortas columnas de rojo pórfido.

En ese solemne ambiente estábamos reunidos unos 250 congresistas. Las nacionalidades más abundantes allí eran los norteamericanos, los alemanes, los franceses, los italianos y los españoles.

La primera conferencia magistral la pronunció el humanista italiano vecindado en Hungría, Amedeo di Francesco, y la tituló: “La poesía neolatina húngara, entre tradición e innovación”. Fue una excelente muestra de que Hungría ha contado siempre con abundantes y capaces poetas en lengua latina.

A LO LARGO DEL DANUBIO

Apuntemos que, entre otras razones, nos complacía saber que dicha Academia de Ciencias estaba situada a pocas manzanas del colosal Parla-

¹ Rutilio Namaciano, *De reditu suo*, vv. 63 y 66.

mento de Hungría, el edificio parlamentario más vasto de Europa, solo comparable con el Parlamento de Londres.

Siempre me había intrigado, en diversas fotos de Budapest, que el edificio más célebre y emblemático de la capital de Hungría fuera un vasto edificio neogótico de fines del siglo XIX. Su cúpula, inspirada en aquella que creó Brunelleschi para la Catedral de Florencia, infunde a este edificio mayor de Budapest un aire un tanto ritual.

Resulta así que uno encuentra más levítico el aspecto del Parlamento de Budapest que el de su catedral basílica de San Esteban, sobriamente neorrenacentista, de la cual hablaré más abajo.

Luego, con el enfoque del latín como lengua oficial de Hungría hasta mediados del siglo XIX, se lee en el basamento basáltico del monumento erigido en los jardines circundantes, a un héroe nacional húngarico: *Re-crvdescvnt divtina / inclytae gentis hungarae / vulnera*.

Vierito este epitafio heroico en un hexámetro acentual, a lo Rubén Darío:

Rehácense añejas
heridas a la ínclita húngarica
estirpe

Al salir de la citada Academia Húngarica de Ciencias, nos dirigimos hacia el centro de Budapest, donde se presentaba a nuestra vista un templo de una fachada tan claramente neorrenacentista como la que acabábamos de ver en la citada Academia.

La vimos situada con tal esplendor como lo está en París la célebre iglesia de la Magdalena (aquella que es una evocación del Partenón de Atenas). Se la ve al fondo de una avenida señorial, y con un elevado frontón nutrido de altorrelieves. Discúlpense mis recuerdos de los años de estudiante de artes plásticas.

Nos preguntábamos entonces: ¿Será una sinagoga judía? ¿O será un templo luterano?

¡Ah! Pero al acercarnos al templo, leemos en su frontón un lema en letras doradas: *Ego sum via et veritas et vita* [Yo soy el camino, la verdad y la vida].

Problema resuelto. Si un templo lleva un tema bíblico en latín, es católico. El latín ha sido siempre una lengua de culto en los ambientes del catolicismo, al grado de que se ha llegado a decir que los católicos tienen acaparado el latín, dicho que resulta exagerado.

Este dicho es tan inexacto como decir que los rusos tienen acaparado el ballet clásico, o que los italianos tienen acaparado el *bel canto*.

Cultivar un arte o una lengua no es acapararlos. Así, por ejemplo, durante el reciente Campeonato Mundial de Fútbol de Berlín en 2006, ya no dieron un recital “Los Tres Tenores”, como lo habían hecho en los cuatro campeonatos anteriores.

Ahora el recital belcantista lo realizó el hispano Plácido Domingo, junto con el mexicano Rolando Villazón y la rusa Ana Netrebko. Ningún italiano en el horizonte. El *bel canto* no es exclusivo de ningún país.

Pero, desde luego, el latín sí ha sido siempre un ámbito predilecto de los católicos. Así, cuando llegamos al dintel de la iglesia, supimos su nombre, al leer su lema: *D. O. M. in honorem Sancti Stephani* [Al Sumo y Benigno Dios en honor de San Esteban]:

Y luego, coronando el friso del ábside, se lee en grandes letras: *Sanc-te Rex Stephane: Intercede pro nobis apud Regem saeculorum* [San Esteban Rey: intercede por nosotros ante el Rey de los siglos].

Como dato curioso, el suscrito era uno de los pocos que habían asistido al congreso de Budapest para pronunciar una ponencia en latín. Mi tema formaba parte de la sesión especial titulada: “Un poeta neolatino contemporáneo mexicano: Francisco José Cabrera”. Me refiero al vate a quien ya hemos invitado como miembro correspondiente en Cuernavaca, de esta Academia de la Lengua. En dicha mesa se programaba también a Craig Kallendorf y a Andrew Laird (aunque este no pudo asistir). Era una sesión propuesta por Albert R. Baca, y fue presidida con dinámica cordialidad por Nancy Llewellyn.

Mi ponencia se tituló: “Soror Ioanna Agnes a Cruce et Amatus Nervus, optimi Mexicei poetae”. Y, como acostumbro poner en música de mi cosecha muchos villancicos neolatinos de sor Juana, en dicha ocasión, al reseñar el poema de Cabrera *Ioannae Virginis laudes*, entoné a media voz el villancico bilingüe *Divina Maria, rubicunda Aurora*.

Y al reseñar el poema de Cabrera *Amato Nervo poëtae encomium*, entoné su *Hymnus* en tres estrofas latinas. La música respectiva fueron dos melopeas de mi cosecha.

A todos los presentes les complació que yo cantara. Nadie se extrañó de mi inserción de dos breves melopeas dentro de una ponencia. Al contrario, la coordinadora me felicitó por cantar, y un maestro de Lovaina ya me estaba solicitando la versión grabada de los citados cantos.

UNA EDAD MEDIA ROMÁNTICA

Pude visitar en este viaje varias catedrales de la Europa itálica, tales como las de París, Florencia y Venecia, así como las cuatro basílicas mayores de Roma. Es muy conocido, en especial, el epígrafe labrado en mármol sobre la fachada de San Juan en Laterano: *Sacrosanta Lateranensis Ecclesia, omnium urbis et orbis Ecclesiarum mater et caput*. Esto es: “Sacrosanta Iglesia Lateranense, madre y cabeza de todas las iglesias de la ciudad y del mundo”.

Luego, al pasar a la Europa germánica admiramos, así fuera desde el exterior, la soberbia torre en gótico flamígero de San Esteban de Viena. En un costado, dicha catedral lleva una extensa referencia histórica de su fundación, labrada totalmente en latín. Quien no domina esta lengua, tiende a desesperarse ante la extensa inscripción latina.

Después, ya en la Europa eslava, nos quedamos pasmados al descubrir en Praga la catedral de San Vito, protector de los epilépticos. No podíamos creer que una ciudad de mediana extensión como Praga poseyera una catedral de magnitud aun mayor que la de Nôtre Dame de París, y tan vasta como la catedral primada de Toledo.

Pudimos recapitular en este viaje que las catedrales góticas, si bien pertenecen de por sí al apogeo medieval de los siglos XIII y XIV, por su propia magnitud muchas de ellas habían permanecido inconclusas por siglos, y no alcanzaron su máximo esplendor sino hasta el emprendedor siglo XIX, y a veces hasta a principios del siglo XX.

El siglo XIX, en su veneración romántica hacia las épocas culminantes del pasado, emprendió unas veces la reconstrucción y otras la culminación de catedrales como la de Colonia en Alemania, como la legendaria de San Vito en Praga, y como la gótico renacentista fachada de la catedral de Florencia.

Recordemos, sobre todo, a Nôtre Dame de París. Es bien sabido que Victor Hugo, cuando merodeaba por la catedral parisina hacia 1830, siguiendo el ejemplo del poeta Lamartine y del apologista Chateaubriand, lamentaba el estado tan ruinoso de aquellas naves, que hasta se hablaba de demolerlas para erigir una nueva catedral.

Mas entonces Victor Hugo trazó en su novela *Nôtre Dame*, más conocida como “El jorobado de Nuestra Señora de París”, unas páginas tan estremecedoras para la gloria de la menoscabada catedral, para los músculos de sus ruinosos pilastrones y para las arterias de sus ágiles nervaduras, que indujo al rey de Francia Luis Felipe a solicitar a las Cortes en 1845, el capital necesario para restaurar ese maravilloso prototipo de la inspiración gótica, por medio de los arquitectos Lassus y Viollet Le-Duc.

De esa manera, la novela de Quasimodo y de Esmeralda me ha invitado a denominarla “la novela que salvó a una catedral”.

Luego, ya en Italia, en el Museo dell’Opera del Duomo di Firenze (el Museo de la Construcción de la Catedral de Florencia), hemos admirado salas enteras cubiertas de detallados planos y diseños que fueron siendo propuestos durante todo el siglo XIX para la realización de la fachada de dicha catedral.

Esa refinada fachada de pérfido, basalto y mármol no se pudo admirar concluida sino hasta 1905, gracias al genio de Emilio de Fabris.

Y hasta el Campanile de la Basílica de San Marcos de Venecia estaba ya tan ruinoso a fines del siglo XIX, que se derrumbó, y se encargó de hacerlo reconstruir el que luego llegó a ser el papa Pío X.

OBRAS MÍTICAS EN LA PLÁSTICA

Hemos notado que existen obras plásticas que sobrepasan el promedio y se vuelven obras célebres, como sería el caso de las pinturas de Tiziano y Tintoretto, las de Rafael y las de Caravaggio.

Pero resulta que unas cuantas pinturas y esculturas, más que célebres, se vuelven ya míticas. El gran público casi olvida las pinturas de medio prestigio, y se concentra en las obras más renombradas.

Casi todo el que va al Museo del Louvre, en París, piensa sobre todo en ver a *Monna Lisa* pintada por Leonardo, agazapada tras un doble cristal.

Mas pocos saben que durante todo el año en que estuvo extraviado dicho retrato, hubo un marchante de arte que mandó pintar más de una copia de esa dama de sonrisa enigmática, y que acaso la tabla que tanto se admira no sea el original. Nada de eso le importa al gran público. Ellos se sacian con ver, aunque sea de lejos, la pintura ya vuelta mítica.

Solo los buenos conocedores tienen sus pintores favoritos, como serían el refinado Ingres y el fogoso Delacroix, el solemne Jacques Louis David y los preciosistas Fragonard y Watteau.

Por lo demás, nosotros buscamos siempre las esculturas emblemáticas del Louvre: la Venus de Milo y la Victoria de Samotracia, que tantas veces hemos trazado como portadas para nuestros libros de texto.

El David: frente a un rey, un fraile

Pasemos a Italia. Nadie habría imaginado fácilmente que el *David* de Miguel Ángel se iba a volver el mito mayor de la plástica en Florencia, acaso por razones un tanto freudianas. En cambio el que puede conside-

rarse su hermano gemelo, titulado “La Victoria” en la cercana sacristía de San Lorenzo, es un desconocido para miles de visitantes.

Las filas que se forman frente a la Galería de la Academia duran horas para llegar —si es que llegan— ante el nervudo y musculoso *David*. Y los espectadores no tienen tiempo para fijarse en esa corte de “Esclavos” que parecen fantasmas que ansían escapar de las tinieblas de las que acaso no los alcanzó a librar Miguel Ángel antes de recibir el encargo de Julio II de convertirlos en pinturas.

Ellos iban a ser luego los efebos desnudos que enmarcan las escenas del Génesis en la bóveda de la Capilla Sixtina de Roma.

Nosotros nos cansamos de formar filas fuera de la Academia para volver a ver, tras nuestra visita de hace un decenio, al *David*. ¿Para qué perder tiempo? A una cuadra de él, casi olvidado de las caravanas turísticas de coreanos —los nuevos yanquis del Oriente—, reposa uno de los ciclos pictóricos más etéreos que existen.

Nos referimos al Convento de San Marcos, donde el muralista Fray Angélico, que parecía usar alas de ángeles como pinceles, realizó un memorable ciclo de murales de formato modesto, y los fue desplazando a lo largo de más de 30 celditas de los hermanos dominicos que convivían con él.

¡Qué de hazañas realizó Fray Angélico, aquel Fra Giovanni di Fiesole antes de morir en su convento allá por 1455, tras medio siglo de vida!

Ante todo, una vez pasado el modesto jardín, admiramos una “Anunciación de Gabriel a María”, en la que lo que más se admira es que el pintor angélico ha representado a la Virgen María bajo las leves arcadas blancas del convento mismo de San Marcos. ¡El pintor no mítico sino místico (no legendario sino visionario) imaginó que la anunciación a María se había realizado en su propio claustro!

Y comienza el visitante meditativo a recorrer cada celda, y descubre que en cada una fue pintando Fray Angélico un muralito del tamaño de una imaginaria ventana. Así que el Angélico le fue obsequiando a cada hermano de hábito un mural evangélico para su contemplación personal.

Ahora bien. Resulta que una media docena de celdas tienen pintado un crucifijo ante el cual se arrodilla Santo Domingo (que podría ser el mismo habitante de la celda). Mas hemos observado que de los pies clavados de un crucificado mana un hilo de sangre, y de otro manan dos cauces, y de otro manan hasta tres corrientes. Y todos estos hilos de sangre primero resbalan por el muro, y luego bañan el piso de la celda.

Además, en la sala capitular del convento, Fray Angélico pintó una crucifixión bastante mayor que las demás. Allí se incluyen los dos ladrones, María y san Juan y los soldados ejecutores. Pues bien. En este mural mayor fluye de los pies clavados del crucificado una serie de hilos de sangre que llegan a entretejerse como una red sangrienta al propio nivel del piso.

Así resulta que una media docena de los murales bíblicos que ejecutó el Angélico en diversas celdas de su convento de San Marcos, y hasta en la propia sala capitular, se convierte en un vibrante reguero de sangre del crucificado. Es como una sinfonía de la sangre redentora. Y es impactante el contraste entre el estado de ánimo *moderato cantabile* de cada apacible crucifijo, y el *allegro fógoso* de los regueros de sangre que de ellos mana.

El ciclo de bellas de Botticelli

En la Galería de los Oficios, de la misma Florencia, están retratadas dos exaltaciones paralelas de la belleza femenina, debidas al pincel que Sandro Botticelli maneja con el virtuosismo con que un violinista desliza su arco sobre las cuerdas de su Guarnerius.

La primera es *El nacimiento de Venus*.

Allí se observa una cimbreante Venus a la cual una ninfa está a punto de cubrir con un manto rojizo tapizado de flores. La diosa solo está cubierta por su larga y ondulante cabellera rubia, que le brinda sus extremos para recatar sus partes íntimas.

Es bien sabido que la bella que posó para esta tabla fue Simonetta Vespucci, la belleza preferida por Botticelli, aquella cuyo hermano Américo Vespucci dibujó un mapa imaginario del continente que acabó llevando su nombre: América.

El cuadro paralelo de Botticelli es *El triunfo de la Primavera*.

Yo he descubierto una similitud entre los personajes del cuadro, y los que el vate latino Horacio describe en la segunda estrofa de su sáfica *Oda I, 30: O Venus, regina Cnidi Paphique*. Resumámosla.

Fervidus tecum puer es el “niño ardiente” Cupido, que en la parte más elevada del cuadro va disparando flechas de amor. *Et solutis Gratiae zonis* son “las tres Gracias, con los cintos desceñidos”. *Properentque nymphae* describe a las “ninfas que se apresuran” a acompañar a las tres graciosas hermanas. *Et parum comis sine te Iuventas* es “la Juventud, sin ti poco amigable”. Y el verso adonio final *Mercuriusque* coincide exactamente con el dios Mercurio, de roja túnica, que cierra el cuadro al extremo izquierdo del observador.

La delicia máxima de este *Triunfo de la Primavera* es para mí el eurítmico grupo de las tres Gracias, que danzan enlazando sus manos y levemente vestidas de gasas transparentes.

Ellas se nos muestran como tres variantes rítmicas de la citada Simonetta Vespucci, favorita de Botticelli. Llevan largos y leves mantos de blanca transparencia, que son el primer óleo italiano que conozco en que haya triunfado plenamente el arte de la *veladura*. ¿En qué consiste? Simplemente en que el pintor diluye con aceite de linaza el color de la tela transparente con que va a vestir una figura, y, una vez que dicha figura ya ha secado bien, lo aplica con suavidad sobre ella.

Así tenemos una oda latina de Horacio vuelta pintura, así como un recurso de técnica pictórica convertida en mensaje lírico.

He aquí una síntesis de experiencias literarias, musicales y plásticas que, en el verano de 2006, he obtenido en mi viaje como participante en un congreso de humanistas en el extremo oriental de Europa.

ESCILA Y CARIBDIS DE LA LITERATURA NOVOHISPANA*

José PASCUAL BUXÓ

En la sesión del 1 de octubre de 1878 de la recién fundada Academia Mexicana, de la cual sería su tercer director, don Joaquín García Icazbalceta pronunció un discurso en el que señalaba el compromiso que tenían los miembros de esa corporación de “emprender estudios parciales que algún día sirvan para escribir la Historia de la Literatura Mexicana”, y añadía que esa tarea sería imposible sin “hacer antes el profundo estudio de las obras que la forman”, esto es, sin contar previamente con un catálogo o *biblioteca* en el cual se hiciera referencia a sus autores y a los “tiempos y circunstancias” en que escribieron (García Icazbalceta, 1975: 351-352). Ya tenía entonces entre manos la redacción de la admirable *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600*, que apareció ocho años más tarde, en 1886 (García Icazbalceta, 1954), de manera que juzgó conveniente hacer memoria de quienes lo habían antecedido en esa tarea: los españoles León Pinelo, Nicolás Antonio, Andrés González de Barcia¹ y, particularmente, de sus paisanos Juan José de Eguiara y Eguren, con su inacabada *Bibliotheca Mexicana* (1775), y José Mariano Beristáin de Souza, autor de la *Biblioteca Hispano Americana Septentrional* (1816-1821). A vuelta de los elogios que merecían esos trabajos pioneros, no dejó de señalar algunos de sus defectos: de Eguiara, colocar a los autores por el orden alfabético de sus nombres de pila y traducir al latín los títulos de las obras escritas en

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 14 de septiembre de 2006.

¹ Antonio de León Pinelo, *Epítome de la bibliotheca oriental i occidental, náutica y geográfica*. Madrid, 1629; Nicolás Antonio, *Biblioteca Hispana Nova, sive, hispanorum scriptorum qui ab anno MD ad MDCLXXXIV*, Madrid, 1783; Andrés González de Barcia, *Adiciones al Epítome de la biblioteca oriental y occidental, náutica y geográfica de León Pinelo*, Madrid, Francisco Martínez Abad, 1737-1738.

español; de Beristáin, “alterar, compendiar y reconstruir los títulos de obras, hasta haber quedado algunos irreconocibles”; en cambio, tuvo la ventaja de haber añadido más de 3 000 títulos a los registrados por su predecesor.²

Ya entrado al siglo xx, el chileno José Toribio Medina dio cima a una serie de rigurosos estudios bibliográficos, en especial *La imprenta en México* (1912), que registra cerca de 13 000 títulos dados a luz entre 1539 y 1821. Y con todo esto, y con las aportaciones de no poco mérito que fueron añadiéndose a las anteriores indagaciones (Vicente de P. Andrade, José Fernando Ramírez, el propio García Icazbalceta, Nicolás León, González de Cossío, Teixidor, etc.),³ ¿contamos finalmente con los materiales necesarios y con los estudios monográficos requeridos para redactar la historia de la literatura mexicana de los siglos coloniales?⁴ La respuesta, por desdicha, no puede ser afirmativa por una razón esencial: una cosa es disponer del registro bibliográfico y, en ocasiones, biográfico de los autores de un determinado periodo de nuestra historia, y otra muy distinta es tener sus obras a nuestro alcance. O dicho más directamente: los manuscritos o impresos de que dieron noticia Eguiara, Beristáin, Icazbalceta, Medina, León y Andrade solo pueden consultarse en corto número en nuestros archivos o bibliotecas. Por otra parte, es preciso

² Puso Eguiara al frente de su *Biblioteca* unos *Anteloquia* en los cuales dio razón de la obra y —dice García Icazbalceta— bosquejó “el cuadro de la cultura mexicana, tomándola desde los tiempos antiguos...; contienen datos importantes... pero cansa e infunden desconfianza el tono exagerado de panegírico que reina en ellos” (cf. Juan José de Eguiara y Eguren, *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*, versión española anotada, con un estudio biográfico y la bibliografía del autor por Agustín Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1944).

³ Vicente de Paula Andrade, *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo xvii*, México, Museo Nacional, 1899; José Fernando Ramírez, *Adiciones a la Biblioteca de Beristáin: opúsculos históricos*, México, Victoriano Agüeros, 1898; Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo xvi*, México: Libr. de Andrade y Morales, 1886; Nicolás León, *Bibliografía mexicana del siglo xviii*, México, Impr. de Francisco Díaz de León, 1902-1908; Francisco González de Cossío, *Ensayo bibliográfico de los catálogos de sujetos de la Compañía de Jesús en Nueva España*, S. I., Rev. Iberoamericana, 1946; Felipe Teixidor, *Ex libris y bibliotecas de México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1931.

⁴ Es preciso hacer mención de una obra meritísima en la que se registra un número importante de impresos coloniales que atañen tanto a la literatura como a las bellas artes: *Bibliografía novohispana de arte*, de Guillermo Tovar de Teresa (1988).

aceptar que no conocemos en su totalidad las obras impresas durante los siglos XVI, XVII y XVIII, y mucho menos la multitud de las que quedaron manuscritas; la dispersión de las librerías conventuales y universitarias en las que estaban depositadas, no menos que el saqueo y destrucción a que fueron sometidas en los tiempos de guerras intestinas, así como su posterior comercio subrepticio, ha mermado no sabemos en qué medida la posesión de ese tesoro nacional.⁵

Como es bien sabido, la crónica carestía del papel y la tenaz censura eclesiástica fueron dos de las dificultades principales a las que tuvieron que enfrentarse los autores novohispanos para imprimir sus obras, a no ser que se tratara de textos de interés oficial (teológicos, panegíricos, doctrinales...) o que contaran con el eventual auspicio de algún pródigo mecenas. De los poetas y dramaturgos del siglo XVI (sin contar a los poetas peninsulares que residieron un tiempo en la Nueva España: Cetina, De la Cueva, Salazar, Rosas de Oquendo...), han trascendido más sus nombres que el estudio del influjo de sus obras en la pacificada Nueva España. Poco, muy poco, es lo que tenemos de Francisco de Terrazas; no es mucho lo que nos queda de Arias de Villalobos, y nada, en lo que hace a la producción dramática de aquel magnífico pintor manierista que fue Luis Lagarto; mucho más, por fortuna, es lo que se conserva de González de Eslava, Saavedra Guzmán y Bernardo de Balbuena. ¿Y cuáles son los escritores del siglo XVII cuyas obras han llegado hasta nosotros? Las de sor Juana Inés de la Cruz, impresas mayormente en España; las de Carlos de Sigüenza y Góngora, muchas de ellas escritas por encargo oficial y publicadas a costa de autoridades civiles o eclesiásticas. Abundan, desde luego, las relaciones de ceremonias de toda índole: sermones, dedicaciones de templos, así como los menologios y otros subgéneros de

⁵ Al finalizar su discurso, alentaba García Icazbalceta a sus colegas de la Academia Mexicana a que emprendieran lo antes posible la tarea propuesta, toda vez que las “fuentes principales en que hemos de beber nuestras noticias”, esto es, “los libros que necesitamos consultar han ido y van pasando al extranjero. Día vendrá en que la Biblioteca de Escritores Mexicanos no pueda ya escribirse en México, y suframos la humillación de recibirla de fuera”. Véase Juan B. Iguínez, “El éxodo de los documentos y libros mexicanos al extranjero”, en *Disquisiciones bibliográficas*. Segunda serie, México, UNAM, 1987, pp. 115-123.

la literatura devota (octavarios y novenarios). En cambio, ni Luis de Sandoval Zapata pudo ver impreso más de un pequeño opúsculo (*Panegírico de la paciencia*), dejando manuscritas muchas poesías, piezas dramáticas y otros escritos de asunto filosófico de los que él mismo dio noticia pero que no se han podido encontrar;⁶ ni Alonso Ramírez de Vargas —tan allegado como estuvo a los círculos de poder— pudo ver impresas sus obras, por más que, al decir de Sigüenza y Góngora en su *Triunfo Parténico*, en 1693 ya las tenía listas para la imprenta.⁷

No mucho, en fin, es lo que sabemos de la producción poética de los ingenios novohispanos; lo que queda de ella forma principalmente parte de las relaciones de palestras literarias o descripciones de las “fábricas” arquitectónicas de arcos triunfales erigidos para dar recibimiento oficial a los gobernantes civiles y eclesiásticos en que entraban en la capital y en las principales ciudades de la Nueva España, o de las piras funerarias ideadas y construidas para celebrar las exequias de obispos, príncipes y monarcas; en ellas —siguiendo el modelo emblemático— se hermanaron la poesía y la pintura y son, por eso mismo, impagables testimonios del tono cultural predominante en el México colonial.⁸ De esa mina bibliográfica extrajo Alfonso Méndez Plancarte la casi totalidad de la producción poética de los siglos XVI al XVIII, que incorporó en su antología de *Poetas novohispanos*. Gracias a ese paciente escrutinio, surgieron a la

⁶ Julio Jiménez Rueda (1944) dio a conocer en el *Boletín del Archivo General de la Nación* algunos documentos inquisitoriales en que consta que Sandoval Zapata escribió varias comedias y autos sacramentales: *Lo que es ser predestinado*, *El gentil hombre de Dios*, *Los triunfos de Jesús Sacramentado* y *Andrómeda y Perseo*. En uno de los memoriales dirigidos por Sandoval Zapata al Tribunal de la Inquisición en demanda de que se le permitiera representar públicamente la primera de las comedias citadas, asegura que *El gentil hombre de Dios* fue “impresa y representada”. No quedan rastros de ninguna de esas obras (cf. Luis de Sandoval Zapata, *Obras*, ed. y estudio José Pascual Buxó, México, FCE, 1986; edición conmemorativa, 2005).

⁷ Dice Sigüenza y Góngora (1955: 135) no haber incluido en su libro el “auto virginal” *El mayor triunfo de Diana* porque “esperamos gustosísimos la edición de todas las obras de don Alonso, y esta es la razón de no haberse aquí impreso su elegantísimo Auto”.

⁸ Si bien no se ocupa del aspecto literario de aquellos constructos simbólicos, es digno de memoria el estudio pionero de Francisco de la Maza, *Las piras funerarias en la historia y en el arte de México. Grabados, litografías y documentos del siglo XVI al XIX*, México, UNAM, Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, Imprenta Universitaria, 1946.

luz pública una serie de obras —y aun de nombres— que nuestros bibliógrafos habían pasado por alto. Demos algún ejemplo. Los sermones morales y funerales del jesuita Miguel Castilla o de Castilla, sevillano avecindado en México, teólogo y orador reputado, fueron registrados por Beristáin; olvidó, sin embargo, relacionar su nombre con el arco triunfal dedicado por la ciudad de Puebla a los Marqueses de la Laguna: *Géminis alegórico [...] festivo diseño de Cástor y Pólux* (México, 1681) que nos lo descubre como un formidable poeta gongorino. Medina transcribió *in extenso* la portada de ese libro, como correspondía a su minuciosa técnica bibliográfica, pero se limitó a señalar vagamente que en él figuraban “poesías en varios metros”.

Como dijimos, es típico de Beristáin echar mano de noticias bibliográficas obtenidas de terceros sin preocuparse mucho de averiguar si se trata de obras impresas o manuscritas ni dónde vieron la luz o en qué biblioteca se hallaban depositadas.⁹ Así, entre muchos otros, podría citarse el caso de Francisco de Soria, natural de Tlaxcala, que fue —según Beristáin— “poeta ingenioso, fácil y modesto, y feliz imitador de don Pedro Calderón de la Barca”. Cita los títulos de tres comedias: *El Guillermo, Duque de Aquitania; La mágica megicana. Primera y segunda parte*, y

⁹ He aquí un ejemplo revelador: de Lorenzo González de la Sancha da Beristáin por impreso un libro intitulado: “*Exequias Mitológicas, Llanto de las Musas, Coronación Apolínea de la Insigne Poetisa megicana Sor Juana Inés de la Cruz*. Imp. en Méjico 1697. 4.” La noticia procede sin duda de una última anotación de Castorena y Ursúa a la *Fama y obras póstumas del Fénix de México* (Madrid, 1700) donde dice: “traxe de Mexico a Madrid un Libro muy erudito, en rumboso estilo, intitulado *Exequias Mitológicas, Llantos Pierides, Coronación Apolínea en la Fama Póstuma de la singular Poetisa*, escrito por el bachiller don Lorenzo Gonçalez de la Sancha... digno de los moldes, como entenderás de los postreros versos” que, en efecto, colocó Castorena al final de su desordenado tomo misceláneo. El volumen al que alude Castorena es un conjunto de elogios fúnebres a sor Juana escritos por sus admiradores novohispanos, compilados por González de la Sancha, y que Castorena pensaba dar a la imprenta en España. Beristáin no reparó en el circunloquio “digno de los moldes”, esto es, merecedor de las prensas, y lo marcó por un tomo impreso en México en 1697 y en cuarto, pero sin indicar el nombre del impresor. Si en 1697 se hubiese estampado tal libro en la capital novohispana, ¿cómo es que lo ignoraba Castorena y siguiera empeñado en publicarlo varios años después? La explicación plausible no es que Beristáin haya tenido en las manos el mentado impreso, sino que leyó de prisa la noticia de Castorena. Y aunque nadie después ha podido ver tal impreso aludido, no han faltado los bibliógrafos que lo incorporaran sin reticencia a sus catálogos.

La Genoveva, de las que asegura que “se han representado por los teatros de la Nueva España”. Nadie las ha podido ver. Sabemos que Soria floreció en la segunda mitad del siglo XVIII porque el propio Beristáin alude a un canto en 111 octavas dedicado a la *Asunción triunfante a los Cielos de la Soberana Reina de la Gloria, María Nuestra Señora*, impreso en Puebla en 1767. Más puntualmente, José Toribio Medina registró *La Genoveva* en *La imprenta en la Puebla de los Ángeles* (1908) como obra reimpressa en 1784; añade la peregrina noticia de que en su *Catálogo del teatro antiguo español*, Barrera y Leirado la atribuyó a un poeta valenciano de nombre Alejandro Arboleda. Pero ni esta ni las otras comedias de Soria han sido conocidas por los modernos historiadores de nuestras letras.

Dos ejemplos más para lamentar la desaparición de manuscritos impagables. Ya en el último tercio del XVIII, los laboriosos jesuitas expulsos tampoco pudieron publicar todo el caudal de sus obras ni en México ni en Europa. Según Beristáin, el padre Agustín Castro (n. en Puebla, 1728) dejó, entre otros numerosos manuscritos, *Las Odas de sor Juana Inés de la Cruz, ilustradas con notas*, así como una *Historia de la Literatura Mexicana después de la Conquista* y una *Colección de poesías* que incluirían traducciones de Horacio, Virgilio, Safo, Osián, Pope y Young. ¿Quién las ha podido ver? Ni el mismo Beristáin, que las citó de oídas. ¿Qué no daríamos por tenerlas a las manos? Hemos perdido —quizá sin remedio— tres preciosos testimonios de la crítica literaria en nuestro siglo neoclásico: la reseña de los inicios de nuestra literatura en lengua castellana, los comentarios o ilustraciones a las “odas” de sor Juana (que, por su asunto y extensión, bien podrían ser el *Primero sueño* y el *Epinicio gratulatorio al Conde Galvé*) y las traducciones, ya no solo de tres modelos clásicos, sino de aquellos poetas ingleses bajo cuyo influjo estaba por nacer la nueva escuela romántica.

Y sin embargo, no ha sido únicamente nuestra incuria bibliográfica la que dificulta o impide que tengamos aquel catálogo que, al decir de García Icazbalceta, es condición indispensable para llevar a cabo “el profundo estudio de las obras que lo forman”. Existen, además, las que bien

podríamos llamar fatalidades de la crítica o, dicho de otro modo, los prejuicios estéticos e ideológicos que, según los tiempos, subyacen inevitablemente en todo trabajo de valoración o exégesis literaria. No es el momento de señalar con pormenor los prejuicios que han ido determinando las sucesivas visiones críticas de nuestra historia literaria; bastará con recordar —a manera de hito— en qué medida el rechazo de la estética barroca por parte de los ilustrados neoclásicos (Luzán quiso creer que las *Soledades* eran el resultado de una “fantasía que delira sin miramiento”) continuó propiciando el desdén de románticos y positivistas hacia la literatura conceptista y culterana. El “odio antiguo” a Góngora, como lo calificó a mediados del XIX don Adolfo de Castro —a quien sus contemporáneos motejaron de “crítico extravagante” solo por afirmar que en las obras del Apolo Cordobés había “pasajes que honrarían a los poetas más famosos de cualquiera de los siglos”—, y la condena de toda esa escuela hecha a finales de ese mismo siglo por el más sabio historiador de la cultura española, Marcelino Menéndez y Pelayo, no dejaron margen a los historiadores de nuestra literatura para tener ideas propias al respecto; Pimentel y Vigil, González Peña y Jiménez Rueda se vieron en la necesidad, más que literaria, moral, de disculpar a la misma sor Juana Inés de la Cruz por haberse dejado inficionar por la “aberrante” moda del gongorismo. También en este campo debemos a Alfonso Méndez Plancarte y Alfonso Reyes el haber promovido una revaloración de nuestro barroco en consonancia con las nuevas tendencias de la crítica europea y española a partir de 1927, año en que se conmemoró el tercer centenario de la muerte de Góngora (Pascual Buxó, 1960; 1994: 13 ss.).

Habrà que insistir más tarde en este asunto crucial para la crítica literaria (la objetiva y cabal comprensión de los valores estéticos e ideológicos que cada autor procura realizar en su obra dentro de un preciso contexto histórico y cultural), porque conviene atender primeramente otros asuntos también estrechamente relacionados con las tareas que competen a los estudiosos de las letras novohispanas, a saber, la localización y estudio de unas obras, muchas de las cuales apenas si tienen

una existencia virtual, por cuanto que su registro bibliográfico no siempre conduce a un texto real o, al menos, localizable. Dentro del insondable mar de la bibliografía novohispana, ¿cuáles son los escritos a los que la historia y crítica literarias deben dirigir su atención? ¿Hemos de limitarnos a aquellas obras que poseen, o suponemos que poseen, una calidad artística relevante o, al menos, aceptable, con perjuicio de otras menos logradas o quizá marginales al devenir de la cultura oficial? Si así fuera, sería preciso reconocer que no abundan las de esa clase y, por ello, nos condenaríamos a seguir trabajando nuestra historia literaria sobre las dos docenas de escritores de mérito y, aun dentro de estos, privilegiar a los que ya sabemos: Cervantes de Salazar, Terrazas, González de Eslava, Pedro de Trejo, Arias de Villalobos, Ruiz de Alarcón (pese a que sus obras no se produjeron en el ámbito novohispano), Saavedra y Guzmán, Balbuena, Sandoval Zapata, Palafox y Mendoza, Matías de Bocanegra, sor Juana, Sigüenza y Góngora, Ramírez de Vargas, Francisco de Acevedo, Diego de Rivera, fray Juan de la Anunciación, Cabrera y Quintero, Francisco Javier Alegre, Martínez de Navarrete... pero cuidado, porque pronto llegaremos a ciertos autores de nombre conocido y obra parcialmente perdida o inhallable. Nos encontramos, así, como Hércules mínimos, ante una temible encrucijada: o desechamos todo lo que no nos parezca tener cierto valor estético para nuestros gustos de hoy o incluimos en el campo de lo literario todos aquellos escritos en que se cumplan, bien sea solo de manera programática, ciertos modelos artísticos, aunque no posean ninguna virtud estética o, incluso, que pertenezcan a ciertos géneros discursivos que hoy no incluiríamos fácilmente en el campo de la producción artístico-literaria, *v. gr.* relaciones de fiestas, sermones, vidas piadosas, tratados de meditación... ¿O acaso también, con el fin de ampliar la nómina de autores y obras y ensanchar los horizontes culturales, deberíamos flexibilizar el concepto de lo literario para incluir bajo ese rubro ciertos textos de carácter doctrinal, historiográfico o científico avalados por su interés fundacional o porque en ellos se verifique la maestría estilística de sus autores?

El más reciente esfuerzo por elaborar una historia colectiva de la literatura mexicana (Garza-Baudot, 1996) no solo incluye la producción literaria escrita en lenguas amerindias, lo que no solo supone una legítima elección multilingüística que desborda, sin embargo, la esfera de la lengua nacional y su correspondiente corpus discursivo, sino que incorpora un conjunto de estudios puramente lingüísticos que tratan, unos, del desarrollo histórico de esas lenguas indígenas y, otros, de algunas peculiaridades léxicas y sintácticas del español hablado en la Nueva España. Allí el concepto de lo literario se expande al extremo de dar cabida a diversas obras de carácter etnográfico o filológico escritas en el México del siglo XVI, pero llama la atención que el prólogo de la que se propone ser una *Historia de la literatura mexicana desde sus orígenes a nuestros días* se apresure a explicar lo que hemos de entender por *México* y lo que quiere decirse con *orígenes* y no se preste atención a lo que significa y abarca el concepto de *literatura*, pues se asume como innecesaria toda reflexión teórica acerca de su naturaleza, función o extensión. Con el propósito de discernir las diferencias esenciales entre la literatura y la historia (o cualquier otra disciplina científica) convendría no olvidar las nítidas definiciones de Alfonso Reyes: “La historia va al suceder real por imperioso deber. La literatura, por voluntaria elección, y en busca de valores estéticos” (Reyes, 1983).

II

Así las cosas, se hace evidente la necesidad de formular un concepto de literatura apto para el estudio de la producción novohispana y, en términos generales, de la hispanoamericana colonial, que sea acorde con la realidad bibliográfica e histórica de nuestro pasado cultural. Habida cuenta de lo que antecede, nos hallamos obligados a no limitarnos a la sola consideración de las obras eminentes y de atender, además, aquellas otras de menor rango artístico que, en su conjunto, faciliten la reconstrucción de los marcos estético-ideológicos vigentes en un determinado

tiempo y lugar, porque es precisamente dentro del ámbito de la cultura general donde surgen y se explican todos los productos simbólicos de una comunidad determinada. De suerte, pues, que no es solo el menguado número de obras de calidad eminente lo que nos obliga a considerar otras de menor rendimiento artístico, sino el hecho de que esas obras menos singulares pueden, en ocasiones, revelarnos más directamente que las de mayor jerarquía estética los gustos y preferencias del tiempo, cosa que estas últimas suelen subsumir en su más elaborada, rica y personal elaboración. O dicho diversamente: son las obras de menor originalidad artística y de mayor apego a las prácticas discursivas convencionales las que ponen más directamente de manifiesto las constantes retóricas e ideológicas de una cultura literaria, no menos que la problemática social, política y moral de la comunidad en la que surgieron. La perfección artística de ciertas obras transforma sustancialmente los materiales mostrencos utilizados en su composición, de manera que su diversidad se resuelve en una concepción autónoma y armoniosa; en cambio, las de menor vuelo dejan sin desbistar esos materiales procedentes de la realidad factual o de sus ordinarias configuraciones ideológicas y, por lo tanto, permiten descubrir más a las claras las intenciones semánticas del autor en correspondencia con las expectativas, exigencias o gustos de su público contemporáneo. Por todo ello, parece recomendable, primero, proceder al rescate de aquellas obras salvadas del desastre, y juzgar después lo que resulte pertinente a nuestro propósito de ir avanzando en la redacción de una historia de la cultura literaria de los siglos coloniales capaz de hacerse cargo tanto de su singularidad artística como de la multiplicidad de los factores históricos y culturales que subyacen en todo proceso de producción simbólica.

Frente a la restrictiva consideración de lo literario como resultado de un acto de creación individual y únicamente sustentado en la *perspicuitas* y la *voluntas* de cada autor, el concepto de *cultura literaria* se funda en el postulado de la estrecha vinculación de las vivencias sociales y psicológicas con los modelos artísticos prestigiosos, y se extiende hasta los de-

chados vigentes en los diversos estamentos culturales de que se compone una determinada comunidad histórica. Nos parece que en cada obra concreta es posible distinguir al menos dos niveles de relación interdiscursiva, o dicho diversamente, que cada nueva obra nace bajo el influjo de dos tipos complementarios de intertextualidad: el primero, constituido por los discursos ideológicos (*oficiales* y *canónicos*) en que se expone el conjunto de valores políticos, religiosos y sociales sancionados por las instancias de los poderes establecidos (civil y eclesiástico), y que se manifiestan por medio de esa inextricable mezcla de creencias colectivas y comportamientos individuales que constituye el núcleo en torno del cual se identifican todos los miembros en una comunidad. La segunda relación es la que cada obra contrae con el conjunto de paradigmas *estético-literarios* en que su autor decide inscribirla, sus modalidades temáticas, genéricas y estilísticas, esto es, la dependencia que contraen las nuevas obras respecto de los dechados artísticos constituidos como su modelo o paradigma. Así pues, aquellas obras en que prevalece la función estética por encima de sus referentes ideológicos o prácticas sociales constituyen propiamente la materia de los estudios literarios; los escritos de carácter pragmático (*político, jurídico o doctrinario*) son los puntos de referencia que permitan poner en claro el pensamiento mostrenco de una comunidad histórica, pero que en modo alguno podrían ocupar el lugar de las obras de intención predominantemente estética.

Pero hay más, cada obra literaria es —en la medida en que corresponda a los asuntos tratados— un sutil y a veces irisado receptáculo de noticias provenientes de determinados conjuntos de discursos culturales de carácter técnico-científico, vale decir, *históricos, geográficos, astronómicos, filosóficos, médicos*, etc., algunos de cuyos contenidos llegan a integrarse parcial y selectivamente en la obra literaria en su condición de materia prima transformable, en cada caso, por exigencias estéticas particulares. Podríamos ejemplificar *grosso modo* este tipo de intertextualidad con aquellos pasajes en que el Góngora de las *Soledades* o la sor Juana del *Primero sueño* desarrollan, respectivamente, la historia de la navegación

trasatlántica o los procesos fisiológicos y psicológicos del ser humano como materia argumental propia de la *inventio*, si bien se manifieste, ya no por medio de un discurso técnico, sino de conformidad con las exigencias de una elocución lírico-metafórica. Siendo esto así, será deber de la crítica analizar cuidadosamente tales procesos y, por ende, poner en evidencia las relaciones que cada obra literaria contrae, de manera tácita o explícita, plena o sesgada, con los demás discursos de la sociedad; esto es, con otras realidades culturales distintas de la literaria.

Intentemos precisar la peculiar naturaleza “intertextual” de los paradigmas señalados: la propia de los discursos que hemos propuesto llamar *canónicos* u *oficiales* (con la adición eventual de los discursos *técnicos*) es la que determina una visión del mundo esencialmente compartida por todos los miembros de la comunidad o del grupo, la que se verifica en los actos de la vida pública o privada y la que, por ende, condiciona los comportamientos individuales (*v. gr.* los dogmas de la doctrina católica y su cumplimiento ritual generalizado). Por su parte, lo peculiar de los discursos *artísticos* o *literarios* es que a través de ellos se modela semióticamente la experiencia individual, primero, sobre la aceptación o modificación (seria o burlesca, popular o culta) de los valores ideológicos sustentados por los discursos canónicos y sus diversas remodelaciones discursivas (lo que ahora se denomina con reverencia galicana “el imaginario social”) y, después, sobre los textos artísticos seleccionados como modelo. La primera o elemental de las relaciones interdiscursivas de la obra literaria se contrae principalmente con ese conjunto de convicciones o creencias, expresadas en textos sancionados por la autoridad respectiva y que muy pronto son asumidos como estados comunitarios de conciencia, por cuanto que tales valores ideológicos se hallan semantizados en todo tipo de comportamientos simbólico-rituales (ya sean cortesanos, eclesiásticos, académicos o folclóricos), es decir, significativos y obligantes para todos —o casi todos— los miembros de una comunidad histórica.

La segunda relación se contrae con respecto de los modelos estético-literarios, *id est*, con aquellas obras o conjunto de obras que la tradición

ha hecho imitables en su género. Así por ejemplo, el *Sueño* de sor Juana se ajusta a los mismos recursos estilísticos y retóricos que tienen su máspreciado paradigma en las *Soledades*, pero se distingue principalmente de ellas por su asunto, que en Góngora es la pintura de las cosas y las costumbres campesinas, contempladas desde la perspectiva de un joven cortesano que, ya desengañado de las falacias del mundo, retorna idealmente a una nueva edad de oro, y en sor Juana es la visión cósmica, mitológica, científica y filosófica de los frustrados intentos del entendimiento humano por llegar a la comprensión de las leyes que rigen al hombre y el universo. Hemos de reconocer, claro está, que no todos los “imitadores” de Góngora —entendiendo aquí por imitación no la copia servil, sino la adopción competente y creativa de un modelo artístico— tuvieron la independencia intelectual y la originalidad estética de sor Juana respecto de su dechado, porque con frecuencia —en América y en España— la *imitatio* gongorina se redujo al empleo vicario de sus recursos retóricos para los fines más ordinarios. Pero en eso, en la adopción de modelos prestigiosos, consiste en gran medida lo que llamamos cultura: ese conjunto de formas simbólicas y comportamientos rituales dotados de prestigio social de las que todos, chicos y grandes, procuran asirse y beneficiarse.

Una conclusión se impone, y es que dentro del universo literario pueden distinguirse dos clases extremas de objetos semióticos: los que realizan plenamente un modelo estético vigente, propio o adaptado, con su rica carga de originalidad artística y conceptual, y los que se valen de los hallazgos recibidos por la comunidad para dar prestancia a asuntos ordinarios o triviales. En los primeros se manifiesta la originalidad y la fuerza artística de un individuo creador en sintonía con los altos valores de su comunidad cultural; en los otros, son esos valores comunitarios los que buscan manifestarse a través del trabajo de un individuo que los refunde y difunde apenas con variantes personales. Por supuesto, ese tipo de obras son las más abundantes y, con frecuencia, las que descubren más a las claras el estado de la cultura literaria prevaleciente en su lugar

y su tiempo; de ahí que, pongamos por caso, el estudio de los sermonarios y, en general, de toda la literatura pía y edificante (tan abundosa en el ámbito hispano por su finalidad esencialmente doctrinal y pragmática) ha dado materia a un sinnúmero de indagaciones académicas que, poniendo a punto un estado de conciencia colectivo, pueden eventualmente ser útiles para la mejor comprensión de otras obras en las que prevalezca la ficción artística sobre los símbolos ya cristalizados por una ideología coercitiva.

III

Bien sabemos que no puede llegarse a la síntesis de unos conocimientos sin que la preceda una minuciosa y, en ocasiones, fatigosa tarea de análisis. Lo sabía y lo recordó a su tiempo García Icazbalceta al decir que a los estudios bibliográficos había de suceder por fuerza la formación de una *Biblioteca* en que se diera cabida a aquellas obras cuyo conjunto representase la literatura en las etapas del desarrollo cultural de una nación. Él mismo emprendió esa tarea, que fue continuada con diversa fortuna por distintos proyectos, algunos de ellos muy meritorios y todavía vigentes. Pero surge aquí la misma pregunta: ¿qué tipo de obras deben formar parte de una biblioteca de esa índole: las que calificamos de puramente artísticas o también aquellas que, siendo indudable su competencia verbal, no se inscriben sin embargo en los géneros de la ficción simbólica: lírica, dramática, narrativa o mixta? En suma, la *Biblioteca* que dé sustento a la elaboración de una *Historia crítica* de la literatura novohispana ¿debe favorecer un criterio estético, más o menos riguroso, o debe incluir también otros escritos de carácter específicamente histórico, político, religioso y aun científico que, en su conjunto, contribuyan al esclarecimiento de las líneas maestras de la cultura virreinal? La respuesta a tal cuestión no debe sujetarse al imperio de una mirada maniquea: no están de un solo lado los discursos objetivos (esto es, estrictamente apegados a una presunta objetividad referencial) y, de otro, los discursos

en que la ficción totalitaria trasmuta las realidades de la mente y los sentidos en puras fantasías insustanciales. La sustancia del mundo puede ser igualmente manifestada por medio de los lenguajes de la razón objetiva como de la imaginación fantástica; los primeros hacen alarde de referirse únicamente a objetos verdaderos o a verdades comprobables; los segundos optan por las verdades sustantivas; los primeros aluden a un mundo de “hechos” interpretados por medio de instrumentos de precisión lógica y comprobación intelectual; los segundos, a través de los estímulos de la imaginación y de aquella capacidad “telescópica” de la palabra para llegar más lejos o más adentro de cuanto pueden percibir las miradas retinianas.

Pero el hecho es que ambos tipos discursivos invaden sin recato los territorios ajenos, intercambian sus métodos o se apoderan de sus asuntos: finalmente la analogía universal se impone y genera un ancho campo de discursos, ambiguos en cuanto a lo genérico, y eclécticos en cuanto a lo estilístico: la esencia del hombre y del mundo deja de ser materia exclusiva de la teología y la filosofía natural para ensanchar su significación moral en los *sueños* de la poesía. Y así también la sorpresiva aparición de una cultura remota reclama el concurso de la analogía para que el entendimiento descubra lo que se hallaba oculto a sus habituales modos de intelección: los usos culturales y las creencias religiosas de los pueblos prehispánicos reclamaron la contribución de los recursos de la poesía y la ficción mitológica para poner de manifiesto su peculiar sustancia humanística. Con todo, esta móvil frontera ha sido causa no solo de indecisiones a la hora de integrar los repertorios de aquellas obras literarias que habrán de formar parte de una *Biblioteca* ideal, sino incluso de confusiones que bien podríamos llamar epistemológicas, por cuanto que en ellas se mezclan sin distinción los ámbitos propios de la lógica, la religión y la estética.

El exiguo caudal de obras puramente artísticas, publicadas o localizadas en sus manuscritos, nos obliga a ampliar la mira y proponer la inclusión en el marco de nuestros estudios de todos aquellos textos que

echen alguna luz sobre el proceso de gestación y consolidación de lo que podemos llamar sin reticencia la cultura literaria novohispana. Pero ello requiere de un claro discernimiento entre lo sustancial y lo accesorio, esto es, entre aquellas obras de evidente rendimiento artístico y aquellas otras que, aun fundadas en un modelo literario (*v. gr.* hagiografías, sermones, menologios), solo aportan al estudioso de la cultura los datos complementarios de una práctica ideológica o una costumbre social. Estas últimas no pertenecen propiamente al corpus de la que hemos llamado *cultura literaria*, aunque puedan servir de soporte para la exégesis y comprensión de ciertas obras en las cuales —pese a su índole predominantemente religiosa o doctrinaria— comparta la realización estética con la función pragmática que le haya sido asignada.

He aquí por qué la construcción de una historia literaria, sin importar ahora el principio ordenador a que se ciña (épocas, géneros, generaciones, escuelas) ni su elaboración individual o colectiva, ha de ser esencialmente crítica, esto es, fundada en el análisis y la comprensión de todos y cada uno de los elementos dispares que concurren en su creación y que gracias a ella se hacen compatibles, solidarios y armónicos. Como la historia, también la crítica puede ser entendida y practicada de diversos modos; a veces se ajusta a la explicación filológica del texto, otras se extiende a consideraciones psicológicas, sociales, políticas o filosóficas, y otras más se aventura en la exégesis, emprendida con exigente pulcritud científica o librada a la mudable inspiración individual. Y es natural que así ocurra, pues el texto literario es un entramado de todas las experiencias vitales e intelectuales de su autor, un receptáculo organizado de sus imaginaciones y obsesiones más constantes. Por ello la multitud de formas expresivas y contenidos sustanciales de que se compone una obra literaria o, por decirlo de manera escolar, sus temas y estilo, a través de los cuales se concede un orden y sentido peculiares a las incitaciones del mundo, no deberían permanecer como objetos aislados por el análisis, sino justamente como miembros funcionales de una totalidad orgánica que el crítico debe reconstruir e interpretar. Porque si bien es verdad que

el lector común —aquel que se entrega sin mediaciones a los varios deleites que le procura una obra literaria— o el escritor original, obsesionado por sus propias fantasías, quizá solo adviertan en el poema ajeno lo que su cultura o buen natural les permita percibir; el crítico de profesión, en cambio, estará obligado a esforzarse en dilucidar la madeja de noticias e intenciones que cuajan en la ficción poemática; esto es, en mostrar al lector por lo menos una parte del funcionamiento de ese ambiguo e insustituible artefacto verbal que contiene las misteriosas cifras de la vida y del mundo.

IV

A pesar de los diversos y ya centenarios intentos por historiar la producción literaria del pasado novohispano, el hecho es que poco se ha avanzado sustancialmente en esa empresa, ya sea por el corto número de obras que han llegado hasta nosotros, ya sea porque suele constreñirse la tarea del historiador de la literatura al mero registro bibliográfico y biográfico, ya sea porque priven en ella los cartabones y prejuicios estéticos o ideológicos propios de cada época o autor, ya sea, en fin, porque se la emprende desde la perspectiva de un ajuste de cuentas con un pasado que tiene —como tiene también nuestro presente— mucho de ingrato y reprobable. El historiador, el crítico que sustituye la sana curiosidad científica por la polémica ácida y personalizada con el pasado, poco avanzará en el propósito de adivinar el espíritu que animó a esos vetustos testimonios literarios.

Sin embargo, no cabe duda de que mucho se ha avanzado en el terreno de aquellos “estudios parciales” que, según lo sentía García Icazbalceta, han de ser útiles algún día para escribir la verdadera historia de la literatura mexicana. Cada generación, se dice, ha de hacer la antología de los autores que, sobreviviendo a los desmanes del tiempo, mantienen vivo su mensaje para la posteridad; nuestra generación se ha esforzado en destacar de aquella multitudinaria y exultante asamblea de *Poetas*

novohispanos, los nombres y las obras de quienes nos transmiten con mayor viveza, sorpresa u originalidad su remota palabra. Hace más de medio siglo, Alfonso Reyes pudo hacer su propio balance de las *Letras de la Nueva España*, que él leyó desde su atalaya complaciente y erudita; pero es preciso reconocer que si bien es verdad que entre la fecha de Reyes y la nuestra se han ensanchado nuestros conocimientos sobre los múltiples avatares de la historia colonial, también es cierto que se han transformado y, en ocasiones, confundido las expectativas de los nuevos lectores. La ciencia literaria postulada por Reyes en *El deslinde* ha conservado su valor cognoscitivo, aunque para algunos pueda haber perdido actualidad. El éxito popular de la llamada crítica impresionista (respuesta limitada y con frecuencia abusiva a la obra literaria) o el exclusivismo técnico que se impone a sí misma la indispensable crítica filológica no deben ocultarnos el propósito más extenso y comprensivo de la que Reyes denominó, a la vera de Kant, *crítica del juicio*, esto es, aquella que, según sus palabras,

sitúa la obra en el cuadro de todos los valores humanos, culturales, literarios y, hasta cierto punto, religiosos, filosóficos, morales, políticos, educativos, según corresponda en cada caso; pero ha de enfocar de preferencia el valor literario —si es que ha de ser juicio literario— y considerar los valores extraliterarios como subordinados a la estética (1983).

Y si en el título de estas notas hemos evocado la alusión mitológica empleada por Dámaso Alonso en aquel memorable ensayo¹⁰ en el cual, a nombre de su generación, que es la española del 27, comenzaba a revisar la estrechez de los conceptos con que la crítica decimonónica había juzgado la totalidad de la literatura española, reputándola sin remedio de realista y pintoresca, ha sido porque aquellos dos monstruos del estrecho de Mesina que tantos trabajos le ocasionaron al maltrecho Ulises, también pueden representar los peligros a que han tenido que enfrentarse la historiografía y la crítica de nuestra literatura colonial: la incuria

¹⁰ Dámaso Alonso, “Escila y Caribdis de la literatura española” (1955). El texto aludido fue redactado precisamente en 1927.

bibliográfica —que, en este caso, no es signo de flojera intelectual, sino de adversa fortuna— y las fatalidades de la crítica, esto es, su inerte obediencia a criterios adocenados, pero sobre todo su renuencia a revisar, modificar o reforzar sus propios postulados, tomando solo lo que sea plausible de aquellas caprichosas novedades con que la posmodernidad dirigida por la prepotencia de las naciones más poderosas inunda nuestro atemorizado mundo cultural.

El Seminario de Cultura Literaria Novohispana de la Universidad Nacional Autónoma de México comparte con otros muchos centros adscritos a instituciones de enseñanza superior la tarea de construir las bases documentales y metodológicas que contribuyan a la formación de un archivo más completo de nuestra herencia literaria así como al meditado conocimiento de su significación histórica y artística. No es otro el propósito de este sexto simposio internacional al que hemos dado el título de *Permanencia y destino de la literatura novohispana* pensando precisamente en que las obras de ese pasado constituyen una fuente irrenunciable de nuestro ser. Pero no nos limitaremos al territorio de la nación mexicana; México, Lima, Quito, Bogotá... fueron todas ellas centros en que fue forjándose desde el primer siglo de la Colonia una conciencia de identidad psicológica distinta de la española peninsular y, por ese mismo hecho, de la común pertenencia a una comunidad cultural hispanoamericana que sin duda tuvo en la irradiación continental de las obras de sor Juana Inés de la Cruz su principal motivo de orgullo y solidaridad. Así, hoy también contribuyen a la reflexión sobre el destino y la permanencia de las obras que documentan la vitalidad de ese pasado muchos amigos y colegas procedentes de diferentes ámbitos universitarios de las dos Américas y de la España ancestral. Bienvenidos todos a estas jornadas académicas en que compartiremos los resultados de nuestras indagaciones sobre un pasado a cuya herencia cultural mal podríamos renunciar.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Dámaso, “Escila y Caribdis de la literatura española”, en *Estudios y ensayos gongorinos*, Madrid, Gredos, 1955.
- GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, ed. Agustín Millares Carlo, México, FCE, 1954.
- , “Las ‘Bibliotecas’ de Eguiara y Beristáin”, en *Memorias de la Academia Mexicana*, ed. facsímil, t. I (1876-1878), México, Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana, 6, 1975.
- GARZA CUARÓN, Beatriz, y George BAUDOT (coords.), *Historia de la literatura mexicana desde sus orígenes hasta nuestros días*, t. 1: *Las literaturas amerindias de México y la literatura en español del siglo XVI*, México, Siglo XXI Editores, 1996.
- JIMÉNEZ RUEDA, Julio, “Documentos para la historia del teatro de la Nueva España”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, 15, 1, 1944, pp. 103-144.
- MEDINA, José Toribio, *La imprenta en México (1539-1821)*, México, UNAM, 1989.
- PASCUAL BUXÓ, José, *Góngora en la poesía novohispana*, México, UNAM, 1960.
- , “La historiografía literaria novohispana”, en *La literatura novohispana. Revisión crítica y propuestas metodológicas*, México, UNAM, 1994.
- REYES, Alfonso, *El deslinde. Prolegómenos a una teoría de la literatura*, México, FCE, 1983.
- SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de, *Triunfo Parténico*, pról. José Rojas Garcidueñas, México, Ediciones Xóchitl, 1955.
- TOVAR DE TERESA, Guillermo, *Bibliografía novohispana de arte*, t. 1: *Impresos mexicanos relativos al arte de los siglos XVI y XVII*, México, FCE, 1988.

LOS ETRUSCOS (RESUMEN)*

Guido GÓMEZ DE SILVA

Etruria: antiguo país del centro de Italia (principalmente del río Arno al Tíber), que ahora forma Toscana y ciertas otras zonas [incluyendo las actuales Módena, Parma, Mantua], es decir, llegó a abarcar de Milán a Nápoles.

La civilización etrusca fue la mayor de Italia antes de que surgiera la romana. Su cultura (y su escritura) aparece hacia el siglo VIII a.C., llega a su máximo en el VI y disminuye durante el V y IV; luego Etruria decayó.

En el siglo VI a.C., los etruscos difundieron su civilización por gran parte de Italia. Luego los hicieron limitarse a Etruria y por último se dispersaron.

Nombre: los romanos (o latinos) llamaron a los habitantes Etrusci o Tu(r)sci [de allí viene el nombre *Toscana*] (en etrusco: *Ratsna* significaba tanto ‘Etruria’ como ‘etruscos’); los griegos llamaron a los etruscos Tyrrhenoi (de donde viene el nombre del mar Tirreno) o Týrsenoi.

¿De dónde venían los etruscos? Su lengua y cultura diferían marcadamente de las de otros pueblos antiguos de la península italiana: eran de origen extranjero. Según Herodoto, emigraron de Lidia en Asia Menor (siglo XII a.C.) [hoy Lidia estaría en Turquía y Siria]. Los etruscos influyeron en la cultura romana (los gobernantes legendarios Tarquinii de Roma eran etruscos).

Entre los recursos que tenían los etruscos: hierro, cobre (elemento metálico), bronce (aleación de cobre y estaño), oro, plomo. Su cultura incluía música, juegos, carreras; la rueda, pintura en tumbas.

* El 28 de septiembre de 2006 Guido Gómez de Silva habló del *Misterio de los Etruscos* ante sus colegas. Como no tenía texto, he aquí un resumen de lo que dijo.

Algunos centros etruscos importantes, siglos VII a VI a.C.:

<i>nombre etrusco</i>	<i>nombre latino</i>	<i>nombre actual italiano</i>
Jaire	Caere	Cerveteri (Lacio)
Klevsina	Clusium	Chiusi (Toscana)
Tarjunna	Tarquinii	Tarquinia (Lacio)
Velathri	Volaterrae	Volterra (Toscana)
Velzna	Volsinii	Bolsena (Lacio)

La escritura etrusca se puede **leer** (en el sentido de pronunciar) fácilmente, porque se conoce la equivalencia fonética de los signos [a lo menos puede asignárseles con algún grado de precisión]. El alfabeto etrusco es de poco antes de 700 a. C.; es de origen griego [variante de uno de los alfabetos griegos primitivos (originalmente aprendido de los fenicios)], con algunos signos nativos. Pero, excepto pocas palabras, el vocabulario no se puede **leer** (en el sentido de entender el *significado* de palabras y oraciones).

Los etruscos escribían de derecha a izquierda (algunas veces usaban la manera bustrófedon). Del alfabeto etrusco se originó el alfabeto latino.

Alfabeto etrusco: se parece al alfabeto griego que se usaba en Beocia (en el Este de Grecia); no tenían oclusivas sonoras, solo sordas, con tendencia a la aspiración (como en Florencia pronuncian /hasa/ por /casa/). En la época tardía, usaron las consonantes siguientes: p t k m n l r z ph [phi griega] th [theta griega] kh (o j, = x) [khi griega] s ts f v h q; y las cuatro vocales (i e a u/o). Desaparecían las vocales breves internas (Menle por Menélaos, Herkle por Herakles, Ajle por Ajilleús).

Con el tiempo, el número de letras fue disminuyendo: en 700 a.C., había 26; durante el siglo V a.C., se redujo a 23; y en 400 a.C. llegó a tener 20 letras, incluidas las cuatro vocales.

El idioma no se puede clasificar en ningún grupo; no se le conoce parentesco; no es indoeuropeo pero fue influido (en su desarrollo formativo tardío) por lenguas de la familia indoeuropea; parece contener muchos elementos no indoeuropeos así como algunos indoeuropeos.

Las inscripciones que se han hallado son pocas y concisas (y de un tipo que se repite) y se refieren a prácticas funerarias (son epitafios, inscripciones sepulcrales breves). Se resisten a la traducción. El 90% de las inscripciones son nombres propios.

Algunas palabras cuyos significados se han descifrado son: ati = madre; fieres = estatua; klan = hijo; lautn = familia; -m, -k = y; nefts = nieto (que viene del latín *nepos*); puia = esposa; ril, avil = edad o año; spur = ciudad; thura = hermano; tiv = luna; tsek, sej = hija; usil = sol; zik = escribir.

Los números, encontrados en dados: [se ha sugerido que se identifiquen como sigue] maj 1, zal 2, thu 3, huth 4, ki 5, tsa 6 [pero también se ha sugerido] thu 1, zal 2, ki 3, tsa 4, maj 5, huth 6.

JUAN RUIZ DE ALARCÓN.
UNA PEQUEÑA ALEGORÍA BARROCA*

Gonzalo CELORIO

En un hombre de diamantes,
delicadas de oro flechas,
que mostrasen a mi dueño
su crueldad y mi firmeza,

al sauce, al junco y al mimbre
quitaron su preeminencia;
que han de ser oro las pajas
cuando los dientes son perlas.

Tales cuartetas, acaso incomprensibles para un espectador que desde la banca de un corral de comedias o desde la butaca de un teatro universitario ve la representación de *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón, forman parte del fementido discurso con el que don García, recién llegado a Madrid, se atribuye el patrocinio y la autoría de la gran fiesta que la noche anterior se le ofreció a una dama cabe el río Manzanares. Con mentirosas e hiperbólicas palabras, el personaje habla de las tiendas que guarnecieron a los asistentes al convite; describe pormenorizadamente los escaparates y la mesa, “a lo italiano curiosa, a lo español opulenta”, en la que se dispusieron las apetitosas y aromáticas viandas, que con principios y postres sumaron hasta 32 platillos, servidos en vajillas de plata, y las frutas y las bebidas preservadas por el hielo —“el cristal que da el invierno y el artificio conserva”—; enumera los diversos coros de arpas, chirimías, flautas, guitarras y vihuelas de arco que deleitaron el oído de los comensales; da cuenta de las 24 antorchas y los fuegos de artificio

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 12 de octubre de 2006.

—cohetes, ruedas y bombas— que iluminaron el soto hasta “obscurer las estrellas”, todo ello como preámbulo para alabar la belleza de su señora, quien apenas bajó del coche y puso pie en tierra, “hizo esmeraldas la yerba, / hizo cristal la corriente, / las arenas hizo perlas”. Y casi para terminar su fantasiosa relación, pronuncia las cuartetos citadas arriba.

Se trata de una pequeña alegoría, en el sentido más elemental del término, tal y como la define el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia: “Figura que consiste en hacer patentes en el discurso, por medio de varias metáforas consecutivas, un sentido recto y otro figurado, ambos completos, a fin de dar a entender una cosa expresando otra diferente”. En el caso que nos ocupa, y contrariamente a lo que suele suceder en las alegorías, el sentido recto resulta más oscuro que el sentido figurado. Empecemos entonces por este último. Un hombre de diamantes, con el que se identifica el emisor del discurso, es víctima de las flechas con que lo ha saeteado su amada, quien recibe el apelativo de “mi dueño” no obstante su condición femenina, de acuerdo con los cánones de la poesía cortesana, que hizo suya la tradición trovadoresca según la cual el varón asume ante el objeto de su amor la actitud del vasallo: “mi señora”, “mi dueño” e incluso “mi dulce enemigo”. Pocas mujeres en nuestros tiempos reconocerían este antecedente de sumisión varonil cuando sus maridos las presentan como “mi señora”, alocución que hoy día podría denotar —delito de lesa etimología— más posesión que vasallaje. El hombre al que aluden los versos de Alarcón, aun herido cual un san Sebastián inerme, responde con fidelidad y persistencia a las seductoras agresiones de la dama en tanto que está hecho de diamantes. De la preciosa piedra con la que se compara, comparte la firmeza para resistir la crueldad de la amada, quien le traspasa el corazón con sus flechas, extraídas, al parecer, del carcaj del mismísimo Cupido.

Hasta aquí no hay mayor complejidad. El sentido de la alegoría resplandece con claridad meridiana. Pero sucede que esas “delicadas de oro flechas” han reemplazado en el texto al sauce, el junco y el mimbre, a los cuales les han quitado su preeminencia. ¿A qué se refiere nuestro

dramaturgo cuando por boca de don García dice que las flechas de oro han sustituido a semejantes maderas, caracterizadas por su suavidad y su finura? La alusión subsiguiente a las pajas y a los dientes aclara el sentido de tal sustitución. En los últimos versos de la segunda cuarteta se establece, a modo de conclusión, un vínculo entre el oro de las pajas y el símil, harto frecuente en los retratos literarios de la mujer hermosa, de los dientes y las perlas, que ha llegado a enunciaciones líricas casi obsenas, como aquel bolero cubano de Eliseo Grenet, maravillosamente interpretado por María Teresa Vera, que no puedo dejar de citar y que a la letra dice:

Esas perlas que tú guardas con cuidado en tan lindo estuche de peluche rojo
me provocan, nena linda, el loco antojo de contarlas beso a beso, enamorado;
quiero verlas cómo chocan con tu risa, quiero verlas alegrar con ansia
loca para luego arrodillarme ante tu boca y pedirte de limosna una sonrisa:

Que han de ser oro las pajas
cuando los dientes son perlas

concluye don García. ¿Qué debemos entender por *pajas* en este contexto de exultantes platillos, argénteas vajillas, cazuelas y pomos, manteles y servilletas? Se me ocurren dos posibilidades: la palabra se refiere a los palillos o mondadientes, hechos por lo general de maderas suaves como las mencionadas en el texto, o bien, a lo que en España se llama *pajilla*, “caña delgada de avena, centeno u otras plantas gramíneas, o tubo artificial de forma semejante, que sirve para sorber líquidos, especialmente refrescos”, y que en México llamamos con el simpático nahuatlismo de *popote*, “paja semejante al bálago, aunque su caña es más corta y el color tira a dorado, usada en México para hacer escobas” o “pajilla para sorber líquidos”. Ambas interpretaciones, que tienen en común su relación con la dentadura o con la boca, permiten descifrar el sentido recto, paradójicamente más oscuro que el figurado, de la pequeña alegoría: se refiere, en mi opinión, a un palillero o “popotero”, si así se le puede decir, de

figura antropomórfica, cubierto de diamantes en consonancia con el lujo de todos los aditamentos de la mesa, sobre el cual se han dispuesto, cual flechas clavadas en el cuerpo, unos mondadientes o popotes cuya condición áurea concuerda con la valía de los dientes de perla de la amada.

Pero no solo se trata de una pequeña alegoría, inserta en un discurso más extenso, sino de una pequeña alegoría barroca. Barroca porque, a diferencia de lo que podría ocurrir en una alegoría clásica, el sentido figurado —la relación amorosa, caracterizada, en este caso, por la crueldad de ella (las flechas) y la firmeza de él (el diamante)— es más claro y evidente, como ya lo dije, que el sentido recto: un palillero o “popotero” cuya identidad se escamotea, se esconde y constituye el verdadero reto del desciframiento; barroca porque hay una distancia asaz artificial entre la representación y lo representado, similar a aquella metáfora ejemplar del neobarroco lezamiano que llama al miembro viril “aguijón leftosomático macrogenitoma” en alusión a cierto hombre prehistórico caracterizado por su larga corpulencia y abundante capilaridad; barroca por el lujo, el exceso, la abundancia, adjudicados a un objeto en principio tan insignificante como un artilugio para acomodar popotes o mondadientes; barroca, en fin, por su hermetismo dentro de un discurso destacado por su deslumbrante claridad.

Barroco también sería intentar hacer consideraciones generales a propósito del barroquismo de la obra de nuestro dramaturgo a partir de una alegoría mínima, que se pierde entre los parlamentos de sus personajes, y más aún inferir de ella algunas peculiaridades de la incipiente y tan llevada y traída mexicanidad del autor. La tentación, sin embargo, para mí es irresistible.

Juan Ruiz de Alarcón vivió en España durante los ocho primeros años del siglo XVII y recibió directamente el influjo de los dramaturgos de los Siglos de Oro. Aunque seguramente le pesara por la animadversión que tantas veces le hizo patente el poeta cordobés, no estuvo exento de la poderosa influencia de Góngora, que permeó toda la poesía de la centuria. La cuarteta que acabamos de analizar no es más que un ejemplo,

que podría multiplicarse, del gusto rebuscado del culteranismo. Por otra parte da cuenta, aunque la escena se ubique en Madrid, de un esplendor y una riqueza que más se corresponden con la Nueva España que con la Vieja España, para ese entonces proclive ya a la decadencia política y económica.

Saber cuándo la literatura novohispana deja de ser española para ser mexicana, dice Alfonso Reyes, es un enigma digno de Zenón de Elea. Lo cierto es que las letras de la Nueva España, en principio subordinadas a las corrientes literarias procedentes de la Península, fueron cobrando rasgos propios a lo largo de los siglos virreinales hasta alcanzar, en la misma lengua, cierta identidad.

Una de las diferencias entre los criollos y los peninsulares de aquellos tiempos reside en la localización de sus aspiraciones. Mientras los escritores peninsulares, como san Juan de la Cruz o el propio Cervantes, por lo general ponen sus esperanzas literarias en América, adonde se empeñan en trasladarse aunque sea solo por un tiempo, los criollos, paradójicamente, anhelan vivir en el Viejo Mundo, patria de sus mayores para ellos desconocida y magnificada, temerosos, acaso, de perder su identidad en tierras de indios.

No deja de ser significativo que en la misma flota que en los albores del siglo XVII trajo a México al flamante arzobispo fray García Guerra, que acabaría por ser también virrey de la Nueva España, vinieran, con opuestos sentimientos, dos grandes escritores, peninsular el uno, criollo el otro: Mateo Alemán y Juan Ruiz de Alarcón. Alemán, que ya había escrito su *Guzmán de Alfarache* y gozaba de alta fama literaria, estaba ansioso de triunfar en América, donde su pluma y sus aspiraciones habrían de adquirir la energía y la savia del nuevo continente; Ruiz de Alarcón, en cambio, regresaba a su patria compungido por no haber alcanzado en los corrales madrileños el éxito que, según él entonces y nosotros ahora, merecían sus comedias.

El siglo XVII novohispano va desde las corridas de toros, las comilonas y la música profana de fray García Guerra, en cuya corte el barroco

es recibido por señor, según la imagen de Lezama Lima, y no se restringe a los modos artísticos sino que se impone en los modos de vida y campea por las fiestas, las costumbres, las ceremonias, la gastronomía, la indumentaria, los espectáculos... hasta la severidad y la misoginia del arzobispo Aguiar y Seijas. La literatura criolla de esa centuria —no podía ser de otra manera— se identifica con la que se escribe en la Península, pero no necesariamente por la subordinación servil a los modelos dictados allende el Mar Océano, sino por su jerarquía y su esplendor. Reconocida o no, ha cobrado una estatura equivalente a la que ostentan las letras metropolitanas, como producto de la incorporación de América al repertorio de ideas y de valores en que se sustenta la cultura europea, para decirlo con palabras de Edmundo O’Gorman. En efecto, la figura más destacada no solo del siglo sino de la colonia entera, sor Juana Inés de la Cruz, imita declaradamente a Góngora en el único poema que hizo de propia voluntad, según ella misma confiesa: “no me acuerdo haber escrito por mi gusto si no es un papelillo que llaman *El sueño*”. Su portentoso amigo, Carlos de Sigüenza y Góngora, un verdadero pícaro de la intelectualidad que se vio precisado a cumplir más oficios que el propio Lazarillo de Tormes para persistir en la vida académica, aún a su sabiduría en materia de lenguas y culturas prehispánicas una luminosa mente lógica que se opone a todo dogmatismo escolástico y goza de la modernidad aun en ciernes del positivismo europeo, que llegó tarde y mal a la misma España. Y antes que ellos, nuestro Juan Ruiz de Alarcón, a pesar de algunos fracasos ciertamente amargos en la escena española, en alta medida provocados por el desprecio que los peninsulares sentían por los criollos y que no es otro que el que suele ejercer cualquier metrópoli con respecto a sus provincias, es, sin lugar a dudas, un dramaturgo de la talla de los grandes de los Siglos de Oro. Sus personajes, acaso por la fuerza moral que los anima, resisten el paso del tiempo con más solidez que los engendrados por sus contemporáneos españoles, como lo hizo notar Pedro Henríquez Ureña.

¿En dónde estriba la originalidad de estos escritores cuyo talento rebasa los límites —y las limitaciones— de la Nueva España y los aproxima al Viejo Mundo? ¿En qué consiste su mexicanidad, si de tal cosa puede hablarse en el siglo XVII? Cuidado. Ya Alfonso Reyes reconvino a quienes trataban de fijar el embrión de la nacionalidad en el color local, en lo pintoresco o lo vernacular, como si una identidad pudiera sostenerse en semejantes atractivos turísticos. Si la literatura novohispana presenta diferencias pertinentes con respecto a la española, pese a su condición colonial, estas no han de buscarse en la superficie de la temática —que, además, en muchos casos comparten—, sino en la voz. No es mexicana sor Juana porque introduzca su *Divino Narciso* con una loa en que salen el Occidente de indio galán y la América de india bizarra con “mantas y cupiles”. Ni es mexicano Sigüenza y Góngora porque incluya clandestinamente sus conocimientos sobre la cultura náhuatl en textos oficiales escritos por encargo, que entonces, como ahora, nadie leía, ni porque encarama en su *Theatro de virtudes políticas* a 12 próceres aztecas en el arco alegórico que diseñó para dar la bienvenida al Marqués de la Laguna como virrey de la Nueva España y que se montó en la plaza de Santo Domingo. Ni es mexicano Juan Ruiz de Alarcón porque haga una excepcional alusión a la ciudad de México en *El semejante a sí mismo*. Su mexicanidad acaso resida más en esa voz cortés y comedida identificada por Henríquez Ureña, que si no es privativa de la literatura novohispana, se corresponde estrechamente con las peculiaridades que Xavier Villaurrutia, para legitimar como mexicana su propia poesía, consideró propias de nuestra tradición lírica: la intimidad, el tono menor, la introspección. Sin embargo, la mexicanidad de nuestros escritores novohispanos, en mi opinión, reside, paradójicamente, en su hispanidad. Ermilo Abreu Gómez dijo de nuestro dramático dramaturgo que fue mexicano solo en la medida en que no pudo ser español. Con la salvedad, digo yo, de que sí pudo ser español, como españoles pudieron ser sor Juana y Sigüenza. Su talento, su calidad, su estatura literaria son comparables, si no superiores, a las de los grandes exponentes metropolitanos de los Siglos de Oro.

Y esta altura es precisamente requisito y punto de partida de la autonomía. Fue peculiarmente español. Su literatura puede estar supeditada a los modelos españoles pero, con todas sus cortesías y todas sus exquisiteces, su voz puede dialogar de tú a tú con la voz de la Península. Es una voz firme, como el diamante, y, como él, pulida, donde se clavan, delicadas de oro flechas, las voces de la Península.

JUEVES DE LLUVIA*

Julieta FIERRO

Pertenecer a la Academia Mexicana de la Lengua ha perturbado mi vida, considero que para bien. Entre otras cosas que a continuación describiré, desde que convivo con ustedes he visto con otros ojos a la lectura. Fui de las personas que tuvieron dificultades en la escuela y ahora tengo la audacia de proponer técnicas que apliqué a mí misma para lograr la proeza de dar el salto cuántico de ceros a excelentes. Escribí dos artículos para profesores de educación básica al respecto.

El primero “Leer y bailar” hace una analogía entre una buena clase de baile de salón y un curso de lectura para niños. Para poder bailar se deben enseñar posiciones, pasos y sus combinaciones; para leer comprender palabras, oraciones y párrafos. En estas cuestiones he tenido la suerte de contar con textos regalo de nuestro experto: Felipe, quien se ha transformado en mi mentor en el arte de enseñar a leer. Fue él quien me hizo ver que los niños leen si imitan a padres y maestros lectores y que abandonan un texto si no lo entienden. En mi opinión, una de las dificultades de la lectura es aprender a realizar un diálogo interior. Al leer uno tiene que aprender a conversar consigo mismo, es decir, a pensar. Como ha señalado Margit, durante siglos la lectura fue en voz alta, lo cual favorecía los comentarios al texto. Ahora hay tanto que leer que es difícil que varios amigos lean de manera simultánea el mismo libro y lo discutan.

El segundo texto que escribí hace una analogía entre la poesía y en ballet clásico, en el sentido de que ambos buscan la perfección y producen un enorme placer.

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 23 de noviembre de 2006.

A principios de año, presenté el primer artículo (“Leer y bailar”) en la Feria del Libro de Minería; incluí una pequeña intervención de mambo con mis compañeras de danza. Invité al público a la algarabía, y aceptó. Espero que este esfuerzo dancístico haya contribuido a evitar algo que evoluciona como hacia una especie en extinción: la lectura. En marzo llevaré mi grupo del taller coreográfico de la UNAM a la charla sobre poesía y ballet; en esta ocasión me abstendré de participar en la sección coreográfica, y los poemas transmitirán la voz de algunos de ustedes, pues serán grabaciones. Mi intención es que más personas busquen con desesperación el placer de largo plazo que ofrece un poema.

Algún día intentaré abordar tanto en clase de baile, como en un texto dirigido a docentes, los tres movimientos del danzón. Como bien lo sabe Gonzalo, durante el primer movimiento se debe tomar a la pareja con firmeza sin siquiera mirarla, a lo largo del segundo se le debe dar lucimiento y observarla de reojo, en el último intervalo la conducción se vuelve más suave, los pasos son más movidos y el secreto está en terminar al mismo tiempo.

Desde hace 10 años, varios centros de investigación han estudiado el cerebro mediante técnicas no intrusivas. De esto se habla poco pues los descubrimientos se han visto opacados por los de la genómica. Se ha encontrado que en el cerebro humano existen dos zonas separadas ligadas a la representación simbólica de las palabras; la primera es la responsable de generar sílabas, y la otra, tonos. Ambas son apropiadas para la comunicación, y desde el punto de vista de la evolución aparecieron juntas. En la mayor parte de las lenguas se ha favorecido el lenguaje silábico, aunque incluye modulaciones tonales. Sin embargo, nuestra mente originaria de cazadores recolectores es capaz de apreciar a Mozart porque está equipada para eso y más. Cuando escuchamos a Tarsicio canturrear, se vuelve transparente el poder de la música para el arte de comunicar.

La Academia también ha propiciado mi producción de libros para fomentar la lectura. El primero “Palabras para conocer el mundo” está dirigido a madres que trabajan fuera de casa, con la intención de que lean

a sus hijos pequeños al menos una voz nueva cada día. El segundo, el de las Cochinadas, fue escrito pensando en los maestros desesperados de tercero de secundaria que no logran que algunos de sus estudiantes lean al menos un libro completo antes de abandonar de por vida las aulas. Pienso que jamás hubiese tenido la audacia de escribir, ni los editores de publicar semejante texto, si no fuera porque estoy aquí. Como mencioné en alguna de nuestras sesiones, la Secretaría de Educación Pública aplicó el mismo examen de lectoescritura a niños de sexto de primaria y tercero de secundaria, y para desgracia del sistema educativo obtuvieron mejor calificación los alumnos del primer ciclo. Considero que desde la Academia Mexicana de la Lengua podemos hacer mucho para que en México se lea más, mejor y con gusto.

Una de las cosas que más agradezco a los compañeros aquí presentes es que han sido el catalizador ideal para que me aventure más en la literatura. Por ejemplo, he leído pendientes de toda la vida como el *Ulises* de Joyce, que llevaba años esperando turno en el librero. Me gustó tanto que leí críticas sobre la obra y un texto en torno a las celebraciones mundiales en Bloomsday. Tengo una hermana que vive en Manhattan y prometió prestarme una cama, para que un año de estos escuche acostada por la radio el monólogo de la Molly Bloom, como se estila en Nueva York.

Venir a las sesiones de la Academia Mexicana de la Lengua se ha convertido en uno de los grandes regalos que me ha dado la vida. Como hacemos las mujeres, desde el día anterior pienso qué me pondré: debe ser serio, pero no demasiado, resistir el viaje en Metro y adecuarse al clima, que por alguna razón que no llego a comprender suele ser lluvioso. Fantaseo cada 15 días en la ocasión donde se permita a las académicas asistir a las sesiones solemnes con trajes de telas coloreadas, como ahora se estila en las orquestas de cámara, los hombres van de oscuro y las mujeres portan trajes suntuosos y brillantes. Me imagino a Margo diseñando los modelos de todo el vestuario y a Concepción poniéndole el toque de picardía. Cuando me refiero a todas las prendas es textual; así no solo nos veríamos sino nos sentiríamos espléndidas, de pies a cabeza.

Adolfo no solo posee el atributo de la generosidad y de amar las costumbres galas, sino que fue él quien me comentó acerca de la ventaja de usar el Metro para venir a la Academia, ya que es puntual y cómodo; tiene razón. Los jueves de lluvia el viaje en el Metro es mi sesión quincenal de sociología. Me sorprende ver las edificaciones que logran modelar los jóvenes en su cabellera gracias a los fijadores modernos. Veo cómo mis faldas contrastan con el uso generalizado de pantalones, lo que sin duda señala mi edad; solo de vez en cuando alguna mujer de trenza y canas lleva falda recta y un riguroso delantal a cuadros con bolsas bordeadas de encaje. Lo que no cambian son los bultos; las mujeres siempre terminamos cargando varias bolsas.

Por medio de experimentos sencillos, compruebo en cada viaje, que si se le regala un texto interesante a los pasajeros, lo leen. Cuando de casualidad comento con el vecino: “ya terminé este libro, ¿lo quiere leer?” o si un joven universitario me da el asiento y le regalo uno de mis textos, no solo lo toman sino lo hacen suyo. Con decirles que hasta *La Jornada* suele ser bien recibida, a pesar de que se murmura ser peor que la realidad. En el Metro pienso sobre México y qué debemos hacer para que ya no haya tanta miseria. Me pregunto qué habrá detrás de esas miradas de gente cansada y tal vez desesperada.

Quisiera comentarles que gracias al Metro he recibido el mejor piropo de mi vida, o casi. Como a cualquier mujer, al llegar a las inmediaciones de mi oficina los vigilantes me reciben con un “reinita, mi amor, mi cielo, doctora bonita” o el clásico: “noviecita”. Pero habrán de admitir que el requiebro de Carlos fue muy superior. Una noche me dio aventón y no me quiso dejar en la estación, con su voz profunda me dijo “No puedo dejarte aquí. ¿No te das cuenta de que eres un bien no renovable?”. Lo de *casi* viene al caso ya que este piropo compite con el de cierto enamorado que mirándome a los ojos dijo haber descubierto antes que la Academia que tengo la lengua más preciosa del mundo.

Al llegar a la estación Insurgentes me ha ocurrido escuchar mi nombre pronunciado por la voz sonriente de Mauricio; juntos caminamos las

cuatro cuadras que nos permiten transitar la brecha del mundo de los discos pirata, al multiverso de la educación pulida puesta al servicio de los demás.

Me siento privilegiada al ingresar en la casa de la Academia Mexicana de la Lengua; me gusta cada detalle: beber agua en un vaso con el escudo grabado, recibir la mirada vivaracha de cada uno de los don según van llegando y comentar los sucesos chilangos. No comprendo por qué hay tantas películas sobre Nueva York siendo que nuestra ciudad se prestaría para un número al menos equivalente de narraciones extraordinarias.

Me agrada sentarme en una silla tan cómoda, o más bien en mi silla con el número XXV frente a la mesa cubierta de tesoros encuadernados. Como es costumbre en mi sitio está el fólder titulado “Asuntos de hoy”, con el orden del día, el acta, correspondencia, recortes de periódicos y por si eso no fuera suficiente un cheque. Me siento como en un sueño rodeada de personas a las que admiro desde hace años.

Manifiesto que en tiempos recientes me duele un poco, a pesar de ser astrónoma, el eclipse interminable que ahora existe entre Gustavo y yo; antes compartíamos pluma, micrófono y algo más importante: palabras. No es que tenga nada en contra de Fernando, me sorprende su orden y capacidad estética. Sin embargo, Gustavo me ha enseñado que se puede tener amigos de cualquier disciplina; hasta que lo conocí solía forcejear con los integrantes del clero.

Tengo la ventaja de que a mi diestra se sienta el mismísimo Sherkan, lo conocí a distancia, por televisión, recitando en el Palacio de las Bellas Artes; les garantizo que no es una amenaza sino un encanto.

Una de las ventajas de ser miembro de la Academia Mexicana de la Lengua es poder regalar libros en la navidad y otras festividades. Como es bien sabido, en fechas cercanas al fin de año los precios de los productos se elevan y hay tal cantidad de mercancías a disposición, que es improbable atinarle al gusto de alguien. De hecho, los expertos en satisfacción señalan que aportaría más felicidad al destinatario si se le depositara el dinero correspondiente en su cuenta de banco y así él mismo

podría adquirir lo que le es importante en ese momento de la vida. Ahora que soy académica, en lugar de sentirme desolada cargando bultos y caminando por los pasillos interminables de los centros comerciales, voy con mayor frecuencia a las librerías; de por sí me encanta visitarlas, adquiero libros poco a poco y cuando se acerca alguna fecha especial, obsequio un texto acompañado por un separador adecuado y ¡listo!, como por arte de magia quien recibe la obra confía en mi gusto literario. Mis familiares y amigos cercanos son los felices poseedores del Quijote y del *Diccionario panhispánico de dudas*; debo comentarles que se han sentido obligados de reportarme su uso.

Como imaginarán, en épocas previas a la Academia participé en coloquios donde no se estila leer; el modo de presentar resultados es mediante gráficas y fórmulas. Ahora con ustedes he aprendido a gozar de un texto bien estructurado y leído. Las sesiones académicas son un deleite en variedad de ideas y modulaciones vocales. De manera excepcional, hoy asisten a la “hora del aficionado”.

He agrupado a mis compañeros de mesa en categorías, todos pertenecen a varias. Una es la de los seductores; cuando leen, uno comprende perfectamente la historia de Cyrano de Bergerac. Un día vencí mi timidez y le pregunté a Vicente si sus servicios de poeta nocturno le habían sido solicitados; me aclaró que sí: fueron escritos mas no leídos. Este grupo me remite a las novelas de antaño, cuando las mujeres se desmayaban en la ópera de tanta emoción. Como no sé cuál es el mejor, los nombro en el orden de la tradición imperante de la Academia; el del número descendiente de años de pertenencia: Arturo, Gonzalo y Vicente. Por cierto, Allí es un mundo aparte, cuando lo miro pienso en la costa de Nayarit, un atardecer en la playa, en el olor provocador de camarones y pescado zarandeado, pero sobre todo me remito a su voz hilando palabras de Luna.

Otro grupo es el dúo dinámico: Clementina y Miguel, llegan juntos riendo y charlando repartiendo vida por donde pasan. Clementina me señaló algo invaluable, que se debe viajar acompañado. Miguel me ha

enseñado no solo “La visión de los vencidos” sino la gran herramienta del buen humor.

En el conjunto de características físicas notables están: José Luis con sus ojos de almendras dulces, y Enrique, que tiene la sonrisa más hermosa del universo conocido por una astrónoma.

He ideado la categoría de los súper sabios, que los incluye a todos y está coronada por Zeus alias Ernesto, que no solo derrocha sus virtudes aquí sino que nos baña con ellas por la radio.

Me gusta cómo nuestro presidente José lleva las sesiones pausadas y cordiales. No comprendo cómo se puede autodenominar pesimista si sonríe a la menor provocación. Considero que ha tenido el gran talento de rodearse de colaboradores estupendos y de conducir tanto nuestra labor académica como las finanzas por buen camino.

Su tocayo José —no G. sino P.— forma parte del conjunto de padres, orgullosos. Hemos transitado con la imaginación por la jungla que envuelve al Tajín, sitio que dirigió su hijo.

El subconjunto de los que vemos en la mente y por lo tanto no dejan de asistir son: Salvador y Elsa Cecilia. ¡Cómo la extraño! Nos caímos bien desde que nos conocimos. Salvador escribió con su pluma impecable nuestras cartas de aceptación. Noté en la vitrina que preparó el equipo de la Academia con artículos de Elsa Cecilia un borrador a Salvador; me quedó claro que ella también quedó fascinada por su escrito.

Hay quienes son únicos en sus subconjuntos:

El más destacado es el mismísimo Cervantes. Me pregunto qué pensaría de nuestras sesiones. ¿Qué sentiría sobre la paciencia que ha tenido José G. en contarnos el número de mexicanismos que contiene el Quijote, del millón de ejemplares editados en México o del Museo en Guanajuato que impulsa Eulalio en honor a su personaje?

Estarán de acuerdo conmigo en que el sol de la academia es Concepción.

Tenemos un académico que suscita envidia. ¿A quién no le gustaría vivir en su calle como sucede con Andrés? Calle Andrés Henestrosa 42,

colonia Las Águilas. Si existen un satélite de Saturno y una estrella que se llaman Julieta no veo por qué el Eje 10 Sur no porta un nombre astral. Si cada uno de nosotros viviera en su calle sería trivial recordar la dirección. Imaginen la calle Elías Trabulse; como por arte de magia pensaríamos en la historia de la ciencia con referentes visuales.

A Ramón lo conocí a través de las narraciones de mi hijo Agustín, el filósofo. El día en que Ramón me pidió un libro me puse a bailar de felicidad por todo mi departamento, espectáculo que se repite si alguno de ustedes me solicita un texto o aparece en el periódico.

Ruy es inagotable. Como si hubiera sido poco su apoyo para mi ingreso a esta institución, me invitó a inaugurar la cátedra Pérez Tamayo en Xalapa. Pasamos juntos tres días de encanto entre plantas ululantes de aromas tropicales. No solo asistió a todas mis charlas y me compró todas las cervezas que le pedí, me regaló de una de sus creaciones, sino que me llevó a conocer a sus amigos frente a deliciosos platillos. En esa ciudad adquirí un cuadro del Pico de Orizaba; al mirarlo recuerdo con calor interior el regalo de su compañía. Hace poco me invitó a presentar uno de sus libros; fue un deleite mirar a Ruy rodeado de niños que no dejaban de hacerle preguntas sobre sus profesiones, incluida la de artista plástico.

Pero sin duda el conjunto más grande incluye a todos: el de los inteligentes, cordiales y enamorados de las voces.

Considero que la hora del receso es donde se ponen de manifiesto nuestras debilidades; por ejemplo, cuando nos lanzamos sobre los quesos impulsados por la gula.

Durante los intermedios ocurren incidentes que jamás se incluirían en acta: como saben, los baños tienen la peculiaridad de tener una ventanilla a la altura del lavabo que comunica al recinto femenino con el masculino. Un día vi la silueta de un colega, tuve la audacia de atravesar la barrera con el brazo; de inmediato Jaime exclamó: “En vez de darme la mano, mejor pásame el jabón”.

El gusto de las sesiones no termina a las 20 horas, sino se prolonga con los trayectos nocturnos en compañía de algún colega. Con Guido aprendo del universo de su inteligencia mientras me ilumina con la Vía Láctea de su conversación.

Me agrada que me dé aventón Diego, aunque siempre quedo con dudas; ahora mismo tengo ganas de saber por qué no se legaliza cierto tipo de drogas al menos para investigarlas o se permite la eutanasia como acto de caridad humana.

No se imaginan qué importante ha sido para mí sentirme aceptada. Toda la vida me autoexcluí con la sensación de que nunca estaría a la altura de la situación. Desde que pongo un pie en este recinto me siento bienvenida.

Ahora que las redes están de moda se ha descubierto que las personas que tienen contactos reducidos llevan vidas pobres comparadas con las que multiplican sus nexos. La felicidad requiere renovación, o al menos eso indican los estudios evolutivos como me explicó mi hijo Luis el economista. Ejemplos son la comida y el sexo, por más delicioso que sea un manjar o fascinante un encuentro amoroso, por más satisfechos que hayamos quedado, por más sublime que haya sido la experiencia, después de cierto tiempo queremos más. No es de extrañar, tanto la alimentación como el coito son esenciales para la sobrevivencia de la especie. Otra fuente de felicidad proviene de las redes sociales, de los amigos. En la Academia Mexicana de la Lengua la fuente de dicha se renueva cada dos semanas, es una institución de sorpresas, resguardo, análisis, diseminación de la cultura y de felicidad.

LA OBSESIÓN NEGATIVA DE LA LENGUA ESPAÑOLA. UNA PAUTA DE LEXICALIZACIÓN*

Concepción COMPANY

1. PAUTA DE LEXICALIZACIÓN / PAUTA DE GRAMATICALIZACIÓN

Las lenguas codifican, formalizan, mejor aquello que es cultural y cognitivamente importante en una determinada comunidad lingüística. Lo que es importante para un pueblo encuentra siempre manifestación gramatical, ya sea mediante léxico, ya sea mediante mecanismos morfológicos, ya sea mediante recursos sintácticos.

Es decir, las “obsesiones” de una comunidad encuentran forma, encuentran gramática.

Gramática: simbolización formal de contenidos; repetición, rutinización.

Ejemplo 1: Dos pautas distintas de lexicalización con verbos posturales

Inglés	Español
<i>Lay down</i>	<i>Acostarse</i>
<i>Wake up</i>	<i>Despertarse</i>
<i>Sit down</i>	<i>Sentarse</i>
<i>Stand up</i>	<i>Levantarse</i>
<i>Kneel down</i>	<i>Arrodillarse</i>

Inglés: marca el cambio postural mediante preposiciones locativas. Focaliza, por tanto, el cambio del cuerpo en el espacio. Pauta de lexicalización: espacialidad.

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 8 de marzo de 2007.

Español: marca el cambio postural mediante la partícula reflexiva *se*, es decir, focaliza nuestra lengua la transformación que sufre el individuo con el cambio de postura y pasa por alto la consecuencia espacial del movimiento. Pauta de lexicalización: reflexividad.

Ejemplo 2: Despersonalización o impersonalidad

El sujeto no asume su responsabilidad como agente de la acción. Desinterés en el sujeto agente por parte del emisor. Desconocimiento del sujeto agente.

En lenguas de sujeto obligatorio, como inglés o francés, está poco desarrollada esta pauta de gramaticalización.

1. ***Se solicita*** planchadoras, buen pago / ***Se solicitan*** planchadoras / Señora, ***se rompió*** el tabor
2. ***Llaman*** a la puerta
3. Después de horas, ***llegas*** a la ventanilla y te dicen no, y ***te quieres*** morir
4. En el verano, aquí ***llueve*** a cántaros, y hasta ***graniza***
5. Ya ***es de noche*** / ***hace frío*** / ***está nublado***
6. Siempre ***hay*** problemas en la política
7. Hoy ***fue aprobada*** la Ley de Medios
8. Así, ***cualquiera*** lo hace, todo descuidado y a medias
9. ¿Qué pro ha ***omne*** en ser delibre con las aventuras encubiertas que non son vistas? [*Calila*, 248] (cognado con *on* del francés)
10. No parece ser de las personas que se meten en problemas, pero bueno, ***uno*** nunca sabe.

2. PAUTA DE LEXICALIZACIÓN NEGATIVA.

“OBSESIÓN NEGATIVA” DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Podría pensarse que los aspectos positivos y negativos de la vida y de la sociedad están representados de manera equilibrada en el léxico.

Resultados de búsqueda: en el español se lexicaliza muchísimo más lo negativo que lo positivo

	POSITIVO	NEGATIVO
Compuestos:	bienquisto bendito bendecir bienhechor buenaventura bienparado bienvenido * biennacido * bienfadado * bienquerida * biencriado * bienencarado * bienpensado * bienherido * bientratado * bienbaratar * bienvender * biengastar * biensonantes * biensano * bienviviente * bienhechote	malquisto maldito maldecir malhechor malaventura * malparado * malvenido malnacido malfadado malquerida malcriado malencarado malpensado malherido maltratado malbaratar malvender malgastar malsonantes/altisonantes malsano malviviente malhechote
Locuciones:	buen mozo bien mirado, ... darse por bien pagado darse por bien servido buenasombra ? ganancias y pérdidas ? bien que mal * buena leche	* mal mozo * mal mirado, ... ? darse por mal pagado darse por mal servido mala sombra / un malasombra pérdidas y ganancias (<i>profits and loss</i>) mal que bien malaleche

POSITIVO	NEGATIVO
* bien de ojo	mal de ojo
* beneficio y costo	costo y beneficio
* tener buena pata	tener mala pata
* piensa bien y acertarás	piensa mal y acertarás
* bien de amores	mal de amores

3. LAS RAÍCES *MAL-* Y *BIEN-* EN EL DRAE

Mal-: Raíz muy productiva en uso: 194 entradas

Raíz muy productiva gramaticalmente; forma compuestos en casi todas las categorías gramaticales:

verbo:	<i>malbaratar, malgastar</i>
adjetivo:	<i>maloso, maldoso, malgeniudo, malmodiento</i>
sustantivo:	<i>malandanza, maldad</i>
adverbio:	<i>malamente</i>

Muchos de los compuestos con *mal-* llevan la marca: Andalucía y/o América.

Bien-: Raíz muy poco productiva en uso: 32 entradas

Otras raíces cognadas:

<i>Ben-</i> : 29 entradas	<i>(benevolencia, beneficio, beneplácito)</i>
<i>Bon-</i> : 11 entradas	<i>(bonachón, bonificar, bondadoso)</i>
<i>Buen-</i> : 8 entradas	<i>(buenmozo, buenazo, un buen)</i>

Productividad gramatical del léxico positivo: menos variedad categorial que *mal-*; se concentra sobre todo en adjetivos y algunos sustantivos.

4. PRODUCTIVIDAD DE LÉXICO POSITIVO Y NEGATIVO

Total de entradas positivas, suma de las cuatro raíces: 80

Total de entradas negativas, una raíz: 194

Total de entradas negativas + positivas en el DRAE: 274: 29% de productividad léxico positivo; 71% de productividad del léxico negativo.

5. ELABORACIONES METAFÓRICAS

Es mucho más productivo el léxico negativo.

Lo negativo rebasa fácilmente su significado originario y adquiere valoraciones positivas:

Morirse de la risa

Los postres *me matan* ‘me gustan mucho’

Está flaca *mal* (Argentina) ‘está muy bien’

Un niño *cagadísimo* ‘agraciado’

Está que *te cagas de bueno* (España).

6. HIPÓTESIS

Lo que se está lexicalizando con formas negativas son las *contraexpectativas* sociales y culturales.

Lo esperado, la expectativa, es que las cosas salgan bien y que las conductas sean correctas y positivas socialmente. Por tanto, lo positivo sería lo no marcado; de ahí que encuentre menos forma o menos código. La transgresión a la expectativa es lo que encuentra código. Es marcado socialmente, y por ello encuentra más forma.

Resumen: *mal-* gramaticaliza y lexicaliza la contraexpectativa.

7. UNA PRIMERA CONCLUSIÓN

Elevada frecuencia de lexicalizaciones negativas en el español, gran productividad categorial, mucha capacidad metafórica = Transgresión constante en la sociedad usuaria de esa lengua.

POESÍA Y ONTOLOGÍA EN MIGUEL DE UNAMUNO*

Mauricio BEUCHOT

INTRODUCCIÓN

Suele considerarse a Miguel de Unamuno como un gran literato español, novelista y poeta. Pero también se lo ha visto como filósofo, con base en sus ensayos e incluso entresacando ideas de sus novelas y sus poesías. Paulino Garagorri lo ha llamado “filósofo a su pesar”.¹ Lo cierto es que se han dedicado libros enteros a su filosofía, y por filósofos destacados; solo por mencionar a dos de ellos, cabe aludir a Julián Marías y José Ferrater Mora.²

Se puede hablar de Unamuno como un filósofo crítico de la modernidad.³ Pero no de una manera simple y total, sino también como queriendo recuperar y mantener ciertos rasgos de la modernidad. Puede decirse que se trata de su lucha contra la razón y a favor del sentimiento, pero habría que añadir que es un anticipo de eso que Ortega y Gasset llamó la razón vital, el raciovitalismo, y es una de las características que identifican a sus seguidores, tales como Zubiri, el cual hablaba de una inteligencia sentiente.⁴

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 22 de marzo de 2007.

¹ P. Garagorri, *Unamuno y Ortega*, Madrid, Salvat, 1972, pp. 19 ss.

² J. Marías, *Miguel de Unamuno* (1942), Madrid, Espasa-Calpe, 1971 (5a. ed.); J. Ferrater Mora, *Unamuno. Bosquejo de una filosofía*, Buenos Aires, Losada, 1944.

³ M. A. Salmerón, *Unamuno y la modernidad cuestionada*, Xalapa, Editora del Gobierno del Estado de Veracruz, 2005, pp. 18 ss.

⁴ J. Marías, *Filosofía española actual. Unamuno, Ortega, Morente, Zubiri*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973 (5a. ed.), pp. 9-19; G. Marquín Argote, *Unamuno, Ortega y Zubiri en el panorama de la filosofía europea del siglo XX*, Bogotá, UNAD, 1999, pp. 1-4.

Es decir, se trata de rescatar el sentimiento, que era negado por la razón; pero sin negar la razón, sino, por así decir, poniéndola en sus justos límites. Más bien se trata de límites; tal es su teoría del conocimiento. Examinar y, sobre todo, reconocer los límites de la razón, algo que no quiso hacer la modernidad. Pero también examinar y reconocer los límites del sentimiento, algo que no parece que se quiera hacer en la posmodernidad. De esto resulta una razón sentimental o una inteligencia poética que, según puede verse, es de suma actualidad.

RAZÓN POÉTICA Y CRÍTICA DE LA MODERNIDAD

La crítica de Unamuno a la modernidad se da en el contexto español. Para él, la razón es Europa, el sentimiento es España; la modernidad es Europa, y España es el atraso, la falta de modernidad. Pero, en lugar de encerrarse ostracicamente en España y lo español, Unamuno era consciente de que había que europeizar a España. Esto, sin embargo, no significaba destruir lo propiamente español, sino ponerlo a la altura de lo europeo.

La preocupación de Unamuno por la filosofía española se conecta con la que ahora tenemos por la filosofía americana, concretamente la mexicana. Unamuno vivió los restos de esa polémica entre Menéndez Pelayo y otros, como Gumersindo Laverde, acerca de si era posible una ciencia española y, por lo tanto, una filosofía española. Ahora no haría falta demostrar eso, sino solamente mostrarlo, a saber, señalando toda la buena filosofía que se ha hecho en España. Y lo mismo habría que hacer ahora en cuanto a la filosofía mexicana y latinoamericana. Pues bien, Unamuno fue uno de los que batalló para que, en lugar de estar interminablemente discutiendo si era posible una filosofía española, se hiciera, y con eso bastara.

Pero hay que insistir en que Unamuno hizo otras cosas más allá de la sola filosofía española, ya que, habiendo sido mundialmente famoso, fue tomado muy en cuenta por algunos filósofos existencialistas; no en balde fue uno de los que en su época recuperaron a Kierkegaard, autor muy

presente después en existencialistas o cercanos al existencialismo, como Heidegger y Sartre.⁵

La crítica del proyecto de la modernidad, hecha por Unamuno, se muestra como un caminar hacia una nueva concepción de la filosofía. Aquí es donde encontramos esa idea, tan propia de los últimos grandes filósofos españoles, como María Zambrano y Xavier Zubiri, de superar el racionalismo moderno e integrar el sentimiento en el seno del filosofar. La razón es, según Unamuno, la esfinge que cuestiona al hombre, pero sus preguntas son rompecabezas que lo pierden.⁶ Lo principal que se cuestiona son los paradigmas de la modernidad: la razón, la ciencia y el progreso. Y se señala el encuentro con el absurdo. En oposición a Hegel, quien decía que todo lo racional es real y que todo lo real es racional, Unamuno dice todo lo contrario: “lo real, lo realmente real es irracional; que la razón construye sobre las irracionalidades”.⁷ Sin embargo,

no se trata de renunciar a la metafísica ni a la razón, pues no está eso en el ánimo de nuestro autor; se trata, antes bien, de preguntarse si no cabe un intento diferente que marque derroteros inéditos a la metafísica y construya la racionalidad en un nuevo marco. Puede hacerse —dice— solo en la medida en que seamos capaces de asumir lo absurdo, esto es, de aceptar el ámbito de irracionalidad.⁸

Se da, entonces, una crítica de la modernidad, en la que ya habían participado Kierkegaard, Nietzsche y Bergson, con su epistemología de la intuición y de lo concreto.

Es precisamente esto lo que Unamuno llama lo trágico, lo agónico; la tragedia, de modo muy cercano al de Nietzsche, es la agonía, en su

⁵ Acerca del interés de Unamuno por Kierkegaard, cf. M. Padilla Novoa, *Unamuno, filósofo de encrucijada*, Madrid, Cincel-Kapelusz, 1985, p. 39; acerca del interés de los existencialistas por Kierkegaard, cf. Sartre, Heidegger, Jaspers y otros, *Kierkegaard vivo*, Madrid, Alianza, 1970 (2a. ed.); y acerca del interés de los existencialistas por Unamuno, cf. P. Prini, *Historia del existencialismo. De Kierkegaard a hoy*, Barcelona, Herder, 1992, pp. 83-90.

⁶ M. A. Salmerón, *Unamuno y la modernidad cuestionada*, p. 31.

⁷ M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, México, Espasa-Calpe, 1976 (13a. ed.), p. 12.

⁸ M. A. Salmerón, *Unamuno y la modernidad cuestionada*, p. 55.

sentido griego de lucha, y creo que, ciertamente, más trágico que caerse en la desesperación, es mantenerse en una esperanza de la que nos cuesta mucho trabajo no caernos. Uno de los comentaristas de Unamuno, Paulino Garagorri, llama a su pensamiento la razón de la sinrazón⁹ y otro, Manuel Padilla Novoa, la lógica de la paradoja.¹⁰ Con esto nos damos cuenta del lugar que ocupó la reflexión sobre la paradoja en su pensamiento filosófico. Pero no se trataba simplemente de rechazar la razón, sino de aplicarla precisamente a lo que se muestra como irracional, para encontrar su sentido y su comprensión.

En cuanto a la reflexión de Unamuno sobre la filosofía española, pueden señalarse algunos hitos: la personalidad de un pueblo, es decir, el sentimiento trágico de la vida como esencia de la hispanidad. En este sentido, hay una tradición eterna que recorre lo hispánico, y está atestiguado por la constancia de algunos temas, de los que se señalan tres: el mundo como teatro, la vida como sueño y la meditación sobre la muerte (*meditatio mortis*). Pero, también, una de las empresas de Unamuno para la filosofía española fue el rescate del idioma. No da lo mismo filosofar en castellano que en cualquier otro idioma. Llama la atención que Unamuno, siendo de origen vasco, apreciara tanto el castellano, como lengua española, hasta el punto de llegar a ser uno de sus clásicos.

Y, dado que se trata de un pensamiento trágico, para Unamuno la tragedia que tuvo que pensar, a la que tuvo que encontrarle sus razones, es la propia filosofía hispánica, precisamente porque tenía que ayudar a pensar la tragedia del mundo hispánico. A los de la generación del 98, la de Unamuno, el dolor de los fracasos españoles, la decadencia a la que había llegado España, les hizo ver con dolor la realidad y buscar una salida, aunque fuera utópica. Se hizo célebre la frase de Unamuno: “Me duele España”. Pero, como filósofo, atraviesa las circunstancias, supera las perspectivas, o llega a la perspectiva mayor, que es la vida, la realidad. Por eso piensa que la vida es la tragedia sobre la que hay que ejercer la reflexión. Y encuentra un paradigma trágico, Don Quijote, que encarna

⁹ P. Garagorri, *Unamuno y Ortega*, p. 19.

¹⁰ M. Padilla Novoa, *Unamuno, filósofo de encrucijada*, p. 44.

el valor de la locura. Es un personaje que ha sido visto como grande porque incorpora el genio y la locura, que suelen andar juntos. Así lo ve Michel Foucault en el tercer capítulo de *Las palabras y las cosas*; así lo ve Octavio Paz en *El arco y la lira*. Pero, sobre todo, Unamuno lo escoge porque es el paradigma de la conexión entre razón y sentimiento, lo que sería una utopía realizable. Por eso podemos conectar la filosofía española con el símbolo de la utopía.

Después de señalar la innegable influencia de Unamuno sobre Ortega y Zambrano, podemos decir que:

[l]a lección unamuniana, independientemente del juicio que nos merezca al respecto su mismo intento, sigue siendo válida e induce el valor para atrevernos a hacer filosofía en nuestro idioma, esto es, pensada original y originariamente desde nuestro idioma. Hacer filosofía en nuestro idioma no es traducir las concepciones de otros pueblos a nuestro lenguaje; antes bien, es construir la filosofía desde las particularísimas bases de nuestras raíces culturales e ideológicas, que son las únicas que han de reflejar, por lo mismo, la concepción de la vida y del mundo de los pueblos hispanos.¹¹

Esto es lo que Unamuno quiso hacer con su filosofía y, más concretamente, con su teoría del conocimiento.

LA EPISTEMOLOGÍA DE UNAMUNO

La epistemología en él es una teoría del conocimiento artístico, poético. Lo que le interesa es aprehender lo que está más allá de lo efímero, más allá del tiempo, en el instante poético. En algunos pasajes del poema “Hermosura”¹² habla de esta sensación de algo intemporal, o transtemporal, o supratemporal en dicha intuición poética o artística. En uno de ellos dice:

Del agua surge la verdura densa,
de la verdura

¹¹ M. A. Salmerón, *Unamuno y la modernidad cuestionada*, p. 228.

¹² M. de Unamuno, *Poesías*, Madrid, 1907, pp. 52 ss.

como espigas gigantes las torres
que en el cielo burilan
en plata su oro.
Son cuatro fajas:
la del río, sobre ella la alameda,
la ciudadana torre
y el cielo en que reposa.
Y todo descansando sobre el agua,
fluido cimiento,
agua de siglos,
espejo de hermosura.

Aquí ocurre algo muy peculiar. El agua parece haber aprisionado los siglos, parece tener la presión de todos los tiempos, y por ello sirve como fluido cimiento y espejo de hermosura.¹³ El agua del río, que ha sido para muchos imagen del tiempo que corre, aquí es la condensación del tiempo, el tiempo detenido, que sirve de cimiento a los acontecimientos y a las cosas, como el ser para los entes. En otro pasaje de ese mismo poema sigue diciendo Unamuno:

El tiempo se recoge;
desarrolla lo eterno sus entrañas;
se lavan los cuidados y congojas
en las aguas inmóviles,
en los inmóviles álamos,
en las torres pintadas en el cielo,
mar de altos mundos.

Hay en ello una clara alusión a la inmutabilidad, es decir, a la continuidad no interrumpida, a la eternidad. Algo parecido vemos en este otro poema:

Los ayeres derretidos – en un solo y mismo ayer
hacen el lago sin fondo – del hoy, nuestro único haber.

¹³ C. Blanco Aguinaga, *El Unamuno contemplativo*, México, El Colegio de México, 1959, pp. 241-242.

Días vacíos que pasan; – el paso les hinche el ser;
la vaciedad les da campo – en que se puedan mover.
En un quieto instante eterno – los siglos han de coger;
son los días más vacíos – los de más rico poder.¹⁴

Aquí se mezclan la angustia y la plenitud, que es lo más rico y donde más se capta la ambivalencia del vivir, del existir, del ser. Los días más vacíos de historia son los que se llenan más de ser; dejan de ser solo tiempo y muestran su carácter de existencia, y los días más horros de ser son los que hacen que se sienta más el paso del tiempo.

CONCLUSIÓN

Concluyendo, pues, Unamuno fue un acerbo crítico de la modernidad. Lo fue en el sentido de cuestionar los alcances de la razón, para defender los del sentimiento; mas no para negar la razón en aras del sentimiento. Al fin consumado poeta, Unamuno busca una razón distinta, una razón poética, como, en seguimiento de él, la llamó María Zambrano, o una inteligencia sentiente, como la llamó Xavier Zubiri. El mediador de muchas de estas ideas fue Ortega, que habló de una razón vital, de un racio-vitalismo; pero estos filósofos posteriores también pueden considerarse seguidores de Unamuno, ciertamente a través de la mediación de Ortega y también de Machado.

Hay en Unamuno una filosofía que muchos consideraron vivencial, antecedente del existencialismo. Supo conjuntar la poesía y el conocimiento, la estética y la ética, mejor de lo que después se trataría de hacer en la posmodernidad. Es un ejemplo y paradigma de lo que se puede hacer al tratar de conectar esos dos polos (poesía y filosofía) que parecen tan separados, pero que no lo están tanto. Al menos, como supo verlo Unamuno, tienen puntos de conexión, sabiéndolos encontrar.

¹⁴ M. de Unamuno, *Canciones*, Buenos Aires, Losada, 1953, p. 67.

LA PLUMA Y LA BALANZA LO JURÍDICO EN LA OBRA DE ALFONSO REYES

Fernando SERRANO MIGALLÓN

1. ALFONSO REYES, EL ABOGADO DESCONOCIDO

Desde hace ya varias décadas, lo escrito sobre la obra de Alfonso Reyes supera con mucho lo escrito por el propio don Alfonso. No es de extrañar, una vez que el autor libera su obra, esta toma vida propia, se adueña de las voluntades ajenas y a, veces, torna sobre su propio creador para mostrarle que el texto, por sí mismo, es un universo más complejo de lo que el escritor apenas logra entrever.

Si reunimos el canon de las obras reyesianas en los XXVI volúmenes de su obra completa editados por el Fondo de Cultura Económica; sus epistolarios que van ya en los 33 volúmenes publicados,¹ sin contar

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 24 de mayo de 2007.

¹ Entre los epistolarios de Alfonso Reyes que se han publicado se pueden mencionar: *Cartas a la Habana*, con Max Henríquez Ureña, José Antonio Ramos y Jorge Mañach; *Medias palabras*, con Martín Luis Guzmán; *Cartas echadas*, con Victoria Ocampo; *Páginas sobre una poesía*, con Luis Cernuda; *Charla en sonetos*, con Juan Rejano; *Días de exilio*, con María Zambrano; *Con leal franqueza*, con Genaro Estrada; *Las letras y la amistad*, con Guillermo de Torre; *Inteligencia española en México*, con Gustavo Baz; *España en el recuerdo y la esperanza*, con Antonio Rodríguez Luna; *Grito de auxilio*, con Juana de Ibarbournou; *Una amistad porteña*, con Roberto F. Giusti; *Cortestía nortea*, con Artemio de Valle Arizpe; *Odisea sin reposo*, con Mariano Picón-Salas; *Humanismo y literatura*, con Alfonso Méndez Plancarte; *Alfonso Reyes gongorista*, con Raymond Foulché-Delbosc; *Una amistad mexicano brasileña*, con Manuel Bandeira; *Los años de amistad entre Carlos Pellicer y Alfonso Reyes. Testimonios de una amistad*, con Daniel Cosío Villegas; *Correspondencias del Plata. El tiempo de los patriarcas*, con Enrique González Martínez; *Itinerarios filosóficos*, con José Gaos; *Fronteras conquistadas*, con Silvio Zavala; *El mar en una nuez*, con Luis Cardoza y Aragón; *Recados, de casa a casa*, con Antonio Castro Leal; *Alfonsadas*, Manuel Toussaint; *Correspondencia 1907-1914*, con Pedro Henríquez Ureña; *Epistolarios*, con Julio Torri; *La amistad en el dolor*, con José Vasconcelos; *Casi oficios*, con Jaime Torres Bodet; *Tan de usted*, con Gabriela Mistral; *Algo de la experiencia americana*, con Germán Arciniegas; *Correspondencia 1939-1959*, con Octavio Paz.

las ediciones en proceso o los dados a conocer parcialmente en revistas y diarios; la vieja edición de la primera parte de su Diario, publicada por la Universidad de Guanajuato² y los dos volúmenes de la misión diplomática,³ así como sus traducciones desperdigadas por tres continentes, podríamos pensar en un universo de alrededor de 90 tomos; obra ingente y monumental para un solo ser humano.

Sin embargo, comparados con las casi 600 páginas en apretada tipografía del Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes,⁴ a casi treinta años de su publicación y pendiente todavía de actualizar, tenemos ya una multiplicación impresionante de textos; aún así habría que considerar los 142 volúmenes de estudios sobre don Alfonso que constan en la página electrónica del Instituto Cervantes,⁵ o las 593 obras resguardadas en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos,⁶ para poder afirmar sin temor, que por cada palabra escrita por Reyes, hemos escrito al menos 20 en torno suyo.

En ese bosque inmenso de voces e ideas, es fácil encontrar los temas más disímolos; Reyes escribe sobre los estornudos de Zaratustra, como de las lacas chinas y su influencia en las artesanías mexicanas; aborda la industria editorial en la antigua Grecia y dedica finos poemas a un juego de manos debajo de la mesa. A todo ello, los comentaristas reyesianos no han sido menos generosos; encontramos textos que van desde la influencia de Alfonso Reyes en los estudios latinoamericanos, hasta un estudio sobre la imagen del escritor caricaturizado por muchas plumas de varios países. Pero, a todas luces, hay un hueco que no parece haber sido suficientemente satisfecho: su presencia como jurista.

Al respecto, véase el artículo sobre “Hacia las cartas completas de Alfonso Reyes”, de Javier Gardiagno, publicado en el *Boletín Editorial de El Colegio de México*, núm. 101, correspondiente a los meses de enero y febrero de 2003, pp. 10 ss.

² Alfonso Reyes, *Diario 1911-1930*, . México, Universidad de Guanajuato, 1969.

³ Alfonso Reyes, *Misión diplomática*, 2 vols., México, FCE, 2001.

⁴ James Willis Robb, *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*, México, UNAM, 1978.

⁵ <http://catalog.loc.gov/webvoy.htm>

⁶ <http://www.cvc.cervantes.es/buscador/buscador.asp>

A vuela pluma, se nos pueden ocurrir varias teorías respecto de este silencio; la primera, y tal vez la más influyente, que consiste en el desvanecimiento que el propio Reyes imprimió a su condición de abogado, ello por varios motivos: por la presencia de su hermano Rodolfo, político y abogado sin mayor pretensión literaria; por el desprecio que experimentó por la política, generado después del sacrificio de su padre, en un tiempo y un país donde ser abogado era el presupuesto y casi la obligación de ser político.

Una segunda teoría podría construirse sobre la idea que de sí mismo, tenía don Alfonso; así, él, que se definía ante todo y sobre todo como escritor, dejando de lado su tarea diplomática para considerarla, en una primera etapa, como parte de su exilio y, luego, como un honroso oficio que le permite mantener el puente abierto con su patria y, como abogado, no parece haber tenido aparición alguna, aunque se considerara a sí mismo como un orgulloso estudiante de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y fue siempre hábil en el manejo de las leyes y de las disposiciones reglamentarias de la ocupación diplomática, del derecho internacional y aún de los aspectos teóricos del Derecho.

La tercera y última explicación que puedo acuñar por el momento no radica en la actitud de Reyes, sino en la forma en que hemos aprendido a leerlo. Desde antes que Borges dijera que el estudio de la literatura hispanoamericana debía comenzar por Alfonso Reyes, la construcción del mito reyesiano ya había iniciado; un mito del que él mismo se queja cuando se le acusa desde México de su falta de nacionalismo, de su cosmopolitismo y de su universalidad; un mito por el cual Reyes, jocundo y lúdico, aparece siempre rodeado de artificios grecolatinos, de teorías literarias arduas y hasta áridas y, sobre todo, siempre lejanas de cualquier aplicación práctica. De ahí que son pocos los investigadores que podrían abordar el océano literario reyesiano desde la óptica jurídica, y son los más los que prefieren cualesquiera de las demás opciones propiamente literarias.

Habríamos de añadir un corolario a esta serie de elucubraciones: este vacío existe también porque los abogados lo hemos permitido.

Con todo, son varios los textos que ya se han aproximado al Reyes abogado; sobre todo cuando se relaciona esta profesión con la diplomacia; de ellos, los ya mencionados dos volúmenes de la Misión diplomática; el ensayo “Alfonso Reyes y las relaciones México-Argentina: proyectos y realidades, 1926-1936”, de María Cecilia Zueta Miranda, publicada por El Colegio de México; de Javier Garciadiego, *AR, cosmopolitismo diplomático, universalismo literario*, en la importante serie Escritores en la Diplomacia Mexicana, publicados por la Secretaría de Relaciones Exteriores; también de Garciadiego, algo se dice en su *Política y literatura. Las vidas paralelas de los jóvenes Rodolfo y Alfonso Reyes* y algún esbozo dibujado en el *Genio y figura* de Alfonso Reyes; pero, como se ve, es poco cuanto hemos de encontrar.

Se puede fijar cierta recuperación de Reyes para su gremio, no sabremos nunca si a su gusto o a su pesar, con la imposición de su nombre a un aula de la Antigua Escuela Nacional de Jurisprudencia. Y así, haciendo camino mientras cada uno se mantiene en la eterna relectura de Alfonso Reyes, es posible encontrar dentro de su vasto horizonte el tema jurídico tratado con fortuna y precisión.

2. TEORÍA DE LA SANCIÓN, SU ÚNICO LIBRO JURÍDICO

Desde luego, habríamos de comenzar por su único libro propiamente jurídico: *Teoría de la sanción*, su tesis para optar por el título de Licenciado en Derecho por la Escuela Nacional de Jurisprudencia ya en el entorno de la renacida Universidad de México. Y he aquí que comienza, apenas en su alborear —como diría María Zambrano— la difícil relación entre Reyes y su profesión nativa.

Teoría de la sanción nace bajo las peores estrellas que su autor podía concebir para un libro: la precipitación, la obligación y la angustia. Para Reyes, escritor prolífico como pocos, le parece mortal escribir con prisas; le cuesta mucho hacerlo sobre temas impuestos y, ante todo, le parece antinatural escribir fuera del dominio del hombre sobre su arte. Nuestro

presidente perpetuo, don José Luis Martínez, recuerda el difícil tiempo del nacimiento de este libro:

En días siniestros para México —por el crimen y la tiranía de Victoriano Huerta— y de aflicción para Alfonso Reyes —por la muerte de su padre—, este, casado y con hijo desde 1912, presenta su examen profesional para obtener el título de abogado, el 16 de julio de 1913. Su tesis se llama *Teoría de la sanción* y debió ser redactada apresuradamente. En la nota que puso Reyes al frente del primer tomo de sus *Obras completas* la menciona y promete incluirla en ellas. Como era difícil encontrarle textos afines, no se había publicado.⁷

En efecto, cuando, en 1955, comenzó la edición de sus obras completas, Reyes en su proemio establece el carácter que le reconocía a ese libro jurídico 42 años después de escrito:

Este primer tomo se limita a mi primera etapa mexicana, antes de mi salida a Europa, agosto de 1913. Recoge exclusivamente la prosa... Se prescinde aquí, asimismo, de los balbuceos o de ciertas páginas ocasionales, o bien recogidas en obras posteriores, cuya simple mención bibliográfica queda relegada al Apéndice. La tesis jurídica sobre la *Teoría de la sanción* hallará su sitio cuando, más adelante, se reúnan las páginas de carácter no literario...

Resulta entonces que pese al nacimiento infortunado de este libro, Reyes no lo excluye de su propio canon, y aunque lo separa del resto de su trabajo literario, lo hace en razón de su propia naturaleza y no deja que pase a ser un texto —como en otros casos— “cuya simple mención bibliográfica queda relegada al Apéndice”. Y si el texto no ha tenido la difusión de otras obras del autor, se debe en mucho a la inexistencia de ediciones individuales y su muy tardía inclusión en las obras completas; es decir, se trata de una de las primeras obras de Reyes y la última en ser dada a conocer al gran público. Habría que pensar, por el contrario, en casos de desconocimiento de la paternidad de algún libro por su autor; uno de los más curiosos es el de Jorge Luis Borges respecto de “El ta-

⁷ Alfonso Reyes, *Obras completas*, vol. XXVI, México, FCE, 1993, intr. José Luis Martínez, p. 12.

maño de mi esperanza”, el segundo de sus libros de ensayos, publicado en Buenos Aires, por Proa, en 1926, y del cual María Kodama recordó la siguiente escena:

Una tarde de 1971, después de recibir su doctorado *honoris causa* en Oxford, mientras charlábamos con un grupo de admiradores, alguien habló de *El tamaño de mi esperanza*. Borges reaccionó en seguida, asegurándole que ese libro no existía, y le aconsejó que no lo buscara más... Todo pareció quedar ahí, pero al día siguiente un estudiante lo llamó por teléfono y le dijo que el libro estaba en la Bodleiana, que se quedara tranquilo porque existía. Borges, terminada la conversación, con una sonrisa me dijo: *¡Qué vamos a hacer, María, estoy perdido!*⁸

Es posible concluir que Reyes sentía por *Teoría de la sanción* tal vez el recuerdo emocionado de los días épicos de la muerte de su padre, del arranque de la etapa más violenta de la Revolución, del inicio de su exilio y de la fundación de su propia familia, pero al mismo tiempo le otorgaba la dignidad de una obra que podía ser leída y relacionada con su autoría. En realidad, vista de cerca, *Teoría de la sanción* es un pretexto jurídico para hablar de temas que le preocupaban en esa época y que vuelven recurrentemente en sus ensayos y en sus ficciones.

Teoría de la sanción busca situar el mundo de lo jurídico en el universo de lo humano; el libro se divide en cuatro capítulos: “El dilema de la conducta”; “La sanción y la confianza”; “Figuras de la sanción”, y “Ficciones de la confianza”. La ruta argumentativa que Reyes se fija para este texto inicia con el establecimiento de la conducta humana libre —y por lo tanto responsable— como fundamento de la posibilidad del fenómeno jurídico en tanto conducta susceptible de generar consecuencias en el ámbito social; para ello, debe separar el entorno de la cultura, el estrictamente humano, donde las relaciones son libres, y el entorno de la naturaleza, que escapa al dominio del hombre y cuya existencia está

⁸ Jorge Luis Borges, *El tamaño de mi esperanza. Inscripción de María Kodama*, México, Seix Barral, 1993, pp. 7-8. Las cursivas son de María Kodama.

dominada por la necesidad, la periodicidad indeclinable de los ciclos de la naturaleza. Así, solo existe dilema ético y, por lo tanto, atribución jurídica, en el mundo en el que el hombre tiene el control de sus actos y de sus consecuencias: “Las que caen bajo el humano poder debe reducirlas a la orientación de sus propósitos morales. Ante las primeras no hay problema ético; el problema ético solo con las segundas aparece...”⁹

Ahora bien, si existe posibilidad de transformar la realidad y, en efecto, el hombre lo hace constantemente con su actividad, el problema ético debe situarse entonces en el ámbito del mundo práctico, del ejercicio de la voluntad; en palabras de don Alfonso,

hay que convenir en que, cualquiera que sea la doctrina filosófica adoptada, nuestro sistema de responsabilidades se funda, como toda acción humana, en la hipótesis libre arbitrista. Pero nos da lo mismo considerar al criminal como un lamentable efecto necesario subordinado a causas ajenas a su albedrío, o como un dañino y consciente creador del mal que causa.¹⁰

Para este tipo de ser en el mundo, el de la libertad humana que actúa, existen normas que tienen vigencia solo en el ámbito de las relaciones entre los hombres; a ellas las denomina Reyes normas éticas, por oposición a las normas técnicas, que rigen sobre las actividades consideradas fuera de cualquier relación con otros seres humanos. Por otra parte, las normas éticas reciben una doble clasificación según la sanción que corresponde a su incumplimiento: morales y jurídicas.

Porque, en tanto que unas de estas normas no tienen más amparo que la opinión, y abandonan al infractor al castigo de la aversión pública y de la consecuente desgracia personal, las otras, amparadas por el poder del Estado, se resguardan con el aparato de las sanciones jurídicas y, en vez de abandonar al infractor a la pasividad de su suerte, desarrollan contra él un acto positivo de agresión. Las primeras son las normas morales; las segundas, las jurídicas.¹¹

⁹ Alfonso Reyes, “Teoría de la sanción”, en *Obras completas*, vol. XXVI, México, FCE, 1993, p. 449.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 453.

¹¹ Alfonso Reyes, “Teoría de la sanción”, p. 455.

Aunque Reyes se habrá de extender sobre la diferencia entre moral y derecho, limitémonos a señalar que la idea de la sanción subyace como punto principal de la diferencia entre ambos conceptos. Se anuncian ya en la obra reyesiana muchos de los autores que serán paradigmáticos en su literatura: Gracián, por ejemplo; sin embargo, se resiste a pensar que el Derecho pueda fundarse sobre el temor a la sanción. En el fondo, para Reyes, existe un nexo entre la moral y el Derecho, en el cual el universo de lo moral resulta más amplio y forma una base mínima de convivencia que, cuando se ve violentada, entra en el margen de la sanción jurídica, que actúa, más bien, como un resguardo:

Ante las normas éticas estamos como desconfiados, porque las tenemos por absolutamente libres. Luego la necesidad de confianza aquí también se experimenta, ¡como que aquí también se ofrece el dilema de la conducta, la necesidad de escoger, la necesidad, pues, de prever las reacciones o consecuencias! Y si en cuanto la norma ética es mera moral no nos alarma su probable infracción, en cuanto se vuelve *moral mínima necesaria para la convivencia social*, es decir, en cuanto se vuelve norma jurídica, necesitamos saber que no se infringirá. Pero la naturaleza nos dice que puede ser infringida, que en el mundo ético, para el hombre al menos, las reacciones no pueden preverse con la seguridad de la ley natural; que un hombre puede, por ejemplo, vengarse y otro no; que uno puede optar por el sí y otro por el no. Entonces, como una surgente natural, como un apremio de la necesidad de confianza, damos reacciones artificiales a las acciones que infringen la moral mínima necesaria, creamos la ley jurídica, e inventamos, para resguardarla, la sanción. Entonces habremos llegado al apetecido término de confianza. Entonces tendremos, por una parte, el mundo técnico resguardado por la ley natural y, por otra, el mundo ético resguardado por la ley jurídica.¹²

Como se ve, el humanista priva sobre el abogado y la concepción moral del Derecho sobre la fría concepción que los abogados llamamos positivista, y si no niega la evidencia de que el Derecho, para serlo, debe necesariamente actuar a través del poder coercitivo y hasta violento del

¹² Ibidem, p. 468.

Estado, acepta esa evidencia para conformar un valladar para la protección de la confianza sobre la que se basa toda vida en comunidad.

Este sería el único texto jurídico de Reyes, entendido como un libro unitario; sin embargo, no sería esa la única ocasión en la que se referiría a lo jurídico como tema principal. En adelante, se acercará al tema en dos circunstancias específicas: cuando se constituya como tema de algún texto literario —crítico de ficción— y en donde generalmente el derecho es tratado a través de los valores de justicia o libertad y cuando deba presentar a la Secretaría de Relaciones Exteriores algún dato sobre su actuación como parte del personal diplomático, caso en el que no podrá dejar de lado su vena literaria, en el que tenemos rarísimos casos de oficios u opiniones de excelente calidad literaria.

3. LO JURÍDICO EN LA OBRA LITERARIA

En más de una ocasión, Reyes se referirá a lo jurídico; no lo hará directamente en ningún texto literario. En cuanto a la crítica, don Alfonso no desdeña el habla de los abogados, aunque la deja en el marco de una función auxiliar de la literatura, de una de aquellas “funciones ancilares” que operan como lenguajes de apoyo al texto literario; así, Alfonso Reyes, en *El deslinde*, considera a la literatura como el más hondo testimonio de la memoria humana, en la cual se almacenan datos históricos, sociales, culturales, económicos y, desde luego, jurídicos. En el examen de dicho testimonio, el Derecho ocupa un lugar a la par de otras manifestaciones sociales del ser humano:

El más ligero examen de las literaturas nos muestra la riqueza de semejante aportación... En las leyendas medievales, los fermentos de un nuevo ideario en gestación. En Dante, la cosmografía de su tiempo. La idea nacional, en el *Cid*, además de noticias sobre las antiguas instituciones. Programas pedagógicos, en Rabelais. En Ruiz de Alarcón, conceptos jurídicos. La teoría del honor, en Lope y en Calderón de la Barca. Tal atisbo desconcertante sobre costumbres de la vida colonial —objeto de un cambio de cartas entre Enrique

José Varona y Pedro Henríquez Ureña—, en sor Juana. En la literatura del siglo XVIII, la invasión de las preocupaciones científicas y sociales Tal estado de la geografía, la economía o la matemática, en los cuentos de Voltaire. En la novela de Valera, la moral de cierta sociedad española, mejor destacada aún por el suave contraste irónico. La criminología, en Zola o en Dostoievski...¹³

En otro sentido, recomienda el uso del lenguaje y del sentido de los abogados en funciones críticas dirigidas al análisis de los testimonios; así, con el fin de desentrañar la verdad histórica en un texto, recomienda: “Tales testimonios, si son de tercero, quedan sujetos a todas las cautelas del testimonio histórico y jurídico, que no son pocas, como lo saben los historiadores, los jueces y los abogados...”¹⁴

Es notable que, en todo caso, Reyes relacione el uso del lenguaje jurídico con el esclarecimiento de verdades más o menos ocultas o sujetas a ciertas imposturas; de nuevo, como aconteció con *Teoría de la sanción*, la coraza de moralidad está presente en la función jurídica. Dicho de otro modo, para el regiomontano, lo jurídico excede siempre al mero conocimiento de la Ley o a su simple enunciación, para situarse en el espacio de lo valorativo y de lo humano.

En el sentido de la valoración, son dos los textos en que, además de hablar de su pequeña experiencia como abogado en ciernes, Reyes da una muestra de su propio sentimiento en torno al fenómeno del ejercicio del Derecho en la sociedad porfiriana. Ambos documentos transitan entre la ficción literaria, la autobiografía y la memoria: *El testimonio de Juan Peña* y *La silueta del indio Jesús*.

La silueta del indio Jesús es un alegato por la integridad de la justicia; es decir, por el derecho a la educación y el desarrollo más allá de la mera retórica legalista. En el momento en que la Revolución comenzaba a hacer sus primeras exclamaciones por la destrucción del viejo régimen y

¹³ Alfonso Reyes, “El deslinde, prolegómenos a la teoría literaria”, en *Obras completas*, vol. XV, México, FCE, p. 75.

¹⁴ Alfonso Reyes, “Tres puntos de exegética literaria”, en *Obras completas*, vol. XIV, México, FCE, p. 303.

la construcción del mundo nuevo, al joven Reyes le preocupan asuntos más fundamentales: ¿cómo incorporar al ámbito democrático a todos los mexicanos a los que la miseria y el hambre apenas dejaba espacio para la supervivencia?

El indio Jesús corresponde a la imagen de ese mexicano que aspira a las promesas de la Revolución pero que, todavía no lo sabe, no están dirigidas a él, sino a las generaciones venideras. Empleado como jardinero en la casa de su hermano Rodolfo, Jesús inicia la trama inquirendo al estudiante de Derecho en sus últimos años de estudio:

Jesús se puso de pronto un tanto solemne y me pidió un obsequio:

—Quiero —me dijo— que, si no le hace malobra, me regale el niño una Carta Magna.

—¿Una Carta Magna, Jesús? ¿Un ejemplar de la Constitución? ¿Y tú para qué lo quieres?

—Pa conocer los Derechos del Hombre. Yo creo en la libertad, no agraviando lo presente, niño.

Entretanto, comenzaba a descuidar el jardín y algunos rosales se habían secado.¹⁵

El hecho es que Jesús, después de recibida la Constitución, se lanza al campo, donde permanece poco menos de un mes; luego, retorna a la casa de la familia Reyes; de su experiencia —a la que no se hace referencia y que permanece en la incógnita eterna— regresa convertido en un individuo inane, casi inanimado, decepcionado por una vivencia que acaso no alcanzó a procesar. Así, al volver ha olvidado todas sus artes de jardinería, y después de obsequiar con dos menudos ejemplares al joven pasante, le informa su intención de vender pollos; al final, más que una moraleja, Reyes propone un enigma: “Nunca entenderé cómo fue que Jesús, a punto ya de convertirse en animal consciente y político, se

¹⁵ Alfonso Reyes, “La silueta del indio Jesús”, en *Obras completas*, vol. XXIII, México, FCE, 1994, p. 25.

derrumbó otra vez por la escala antropológica, y prefirió sentarse en la calle de la vida, a verla pasar sin entenderla”.¹⁶

Por otra parte, *El testimonio de Juan Peña* es una narración apenas aderezada por el instinto literario de Reyes; es un alegato contra la injusticia de su tiempo, una visión del estudiante de Derecho que se enfrenta, por primera vez, a la demanda de justicia en un mundo ferozmente desigual como lo fue la época del porfiriato. Se trata, pues, de un memorial escrito desde los años amargos y felices del Madrid anterior a la República, en el que retrata las costumbres jurídicas de los abogados mexicanos de principios del siglo XX; así, dice Reyes: “por una costumbre que data, al menos, del siglo de Ruiz de Alarcón, ya me dejaba yo llamar por la gente: ‘señor licenciado’”.¹⁷

Se trata de un caso de despojo, lo que en lengua no jurídica significa el robo de un bien inmueble, la ocupación ilícita de una casa o de un terreno de propiedad ajena; la víctima es una mujer que apenas articula un leve “yo ya dije”, mientras deja todo a cargo de Juan Peña, que resulta ser, más que un testigo de los hechos, un testigo del mundo que se derrumba. Porque el viaje a Topilejo, donde suceden los hechos, es doble; el de los jóvenes porfirianos al mundo indígena que no entienden, y el de los estudiantes educados en el positivismo al ámbito de las necesidades de un pueblo al que no entienden y que no alcanzan a redimir. En todo caso, para Reyes se trata de un doble fracaso y una doble confesión: primero, la de la ignorancia del estudiante del segundo año de la carrera de Derecho que no alcanza a descifrar todos los alcances de su profesión, y la del hombre del antiguo régimen que se da cuenta de que el advenimiento del nuevo mundo es inminente:

Con la noche que se avecina, el campo va echando del seno tentaciones inefables de combate y de asalto. Caemos sobre la estación como en asona-

¹⁶ Alfonso Reyes, “La silueta del indio Jesús”, p. 26.

¹⁷ Alfonso Reyes, “El testimonio de Juan Peña”, en *Obras completas*, vol. XXIII, México, FCE, 1994, p. 149.

da. ¿Quién que ha cabalgado la tierra mexicana no sintió la sed de pelear? Oscuros dioses combativos fraguan emboscadas de sombra, y tras de los bultos del monte, parece que acechan todavía al hombre blanco las huestes errantes del joven Jicoténcati. ¡Hondo rumoreo del campo, latiente de pesuñas de potro, que se acompaña y puntúa tan bien con el reventar de los balazos!¹⁸

4. LA OBRA JURÍDICA AUXILIARMENTE LITERARIA

En 2001, Víctor Díaz Arciniega editó con la Secretaría de Relaciones Exteriores y con el Fondo de Cultura Económica dos gruesos volúmenes que denominó *Misión diplomática*, y en el que constan los informes, análisis y estudios que a lo largo de sus distintos cargos diplomáticos remitió Reyes desde las legaciones y embajadas mexicanas en Madrid, París, Buenos Aires y Río de Janeiro. Tal vez por lo reciente de su publicación, la crítica no ha entrado de lleno al estudio literario de estas páginas; el hecho es que, descontando su participación —casi de autoría— en el tratado bilateral de propiedad intelectual celebrado entre México y España en los años veinte del pasado siglo, Reyes es autor al menos de unas 50 opiniones en las que se mezclan lo jurídico y lo político y en las que es visible su mano literaria.

Ente los textos que merecen particular atención destacan *Convenio franco-británico sobre la deuda de Francia*;¹⁹ *La cuestión de Tánger*;²⁰ *Entrevista de París y Consejo de la Sociedad de las Naciones sobre el desarme en Alemania*;²¹ *Coordinación y perfeccionamiento de los instrumentos internacionales para la consolidación de la Paz*;²² *La conferencia colombo peruana*

¹⁸ *Ibíd.*, p. 158.

¹⁹ Víctor Díaz Arciniega (comp.), *Misión diplomática de Alfonso Reyes*, tomo I, México, FCE, p. 384.

²⁰ *Ibíd.*, p. 399.

²¹ *Ibíd.*, p. 432.

²² *Ibíd.*, p. 541.

para el arreglo del incidente Leticia,²³ y *El conflicto del Petróleo*²⁴ —sobre la expropiación petrolera en México—.

Es notable que para un hombre al que la guerra hizo pasar los peores momentos de su vida, tanto en su patria como en el extranjero, la preocupación principal sea el uso del Derecho para garantizar la paz y el intercambio cultural entre los pueblos; como en un ejercicio de lo que llama “la conjura de las buenas intenciones”.

CONCLUSIÓN. UN ABOGADO DESCONOCIDO

A fin de cuentas, Alfonso Reyes, quien trató de alejarse de la vida política toda su vida, por diversas circunstancias estuvo ligada a ella todo el tiempo; él parece querer ocultar su profesión detrás de la imponente máscara de su vida literaria; sin embargo, ello es solo una apariencia; en realidad, Reyes destaca como conocedor del Derecho internacional y como un hábil conocedor de su propio derecho constitucional.

Sin embargo, en la justa medida, don Alfonso toma su profesión como un medio de servir a una Revolución en la que por muchas causas, entre ellas la de su propia herencia paterna, no puede participar personalmente; también como una forma de permanecer siempre ligado a su patria, de no perder contacto y ese amargo cosmopolitismo, que le trajo a la par la crítica de sus connacionales, fue causa de sus más profundas alegrías.

²³ Víctor Díaz Arciniega (comp.), *Misión diplomática de Alfonso Reyes*, tomo II, México, FCE, p. 151.

²⁴ *Ibidem*, p. 605.

POESÍA Y FILOSOFÍA: EL VERSO Y EL JUICIO

Jaime LABASTIDA

La propuesta que desarrollaré el día de hoy tiene un carácter provisional. Es solo un acercamiento a un problema mayúsculo, para cuya solución carezco de armas suficientes.

Empezaré por esbozar asuntos de método. Es sabido que Hegel, en la exposición de su sistema, avanza de lo *abstracto* a lo *concreto*; que, por lo tanto, lo *concreto* asume, en el sistema, el aspecto decisivo de un *resultado*. A diferencia del empirismo (y la filosofía vulgar), para el que la sensación ofrece, desde el inicio, algo “concreto” (esto, lo que toco, veo, huelo, oigo o saboreo), Hegel postula que lo *concreto* (en tanto que es lo expuesto en el discurso) solo surge al final de un proceso. En este sentido, el concepto de *concreto*, en Hegel, posee el mismo carácter que el concepto de *absoluto*: lo que está al final de un desarrollo teórico determinado, como las figuras de la *Idea absoluta* (que surge hacia el fin de la *Ciencia de la Lógica*) o del *Saber absoluto* (en el que culmina la *Fenomenología del Espíritu*).¹

El problema que aquí presento consiste en encontrar un concepto (o una figura, si se prefiere decir así) que permita desplegar la totalidad de las categorías que contiene. En la *Ciencia de la Lógica* ese concepto abstracto y vacío es el de *Ser* (*Sein*, opuesto al No Ser y que se resuelve en la figura del *devenir*); en la *Fenomenología*, el concepto inicial, también abstracto y vacío, es el de *Objeto* (*Gegenstand*), que se desdobra, en la conciencia, en el primer libro de la *Fenomenología* (la Conciencia, *Bebußstein*),

* Leído en la sesión ordinaria del 13 de septiembre de 2007.

¹ G. W. F. Hegel, *Wissenschaft der Logik*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp Verlag, 1969 (*Ciencia de la Lógica*, trad. Augusta y Rodolfo Mondolfo, Buenos Aires, Hachette, 1956) y *Phänomenologie des Geistes*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp Verlag, 1970 (*Fenomenología del Espíritu*, trad. Wenceslao Roces y Ricardo Guerra, México, FCE, 1966). En mi libro *El edificio de la razón* (México, Siglo XXI Editores, 2007) expongo la estructura interna, lógica y necesaria, del sistema hegeliano.

en sus dos opuestos: *este* (*diese*, el sujeto) y *esto* (el objeto, *dieses*). *Este* es todo sujeto posible (un universal abstracto, cualquier conciencia) y *esto* es todo objeto de la experiencia, otro universal abstracto. *Concreto* es un *resultado* al que se llega al final del proceso de la exposición: en la *Ciencia de la Lógica*, el *resultado concreto* es la Idea absoluta; en la *Fenomenología*, el *resultado concreto* recibe el nombre de Saber absoluto. Añado que la Idea Absoluta en que culmina la *Ciencia de la Lógica* es vacía y abstracta frente a otras figuras, plenas, que surgen en la Filosofía de la Naturaleza y que, a su vez, el Saber absoluto de la *Fenomenología* también es vacío y abstracto (pues se sitúa en la esfera del Espíritu Subjetivo) ante otras figuras lógicas que se hallan en el Espíritu Objetivo (Arte, Religión, Historia, Estado, Filosofía), posteriores en el sentido de *prelación* (lógica, ontológica e histórica).

¿De qué figura debe partir una estética de la poesía que pretenda ser fundamento científico real? ¿Qué, en la filosofía, constituye el momento inicial? El método analítico-sintético descompone, para reconstruirlo más tarde, el todo complejo hasta hallar en él sus partes simples. Descartes, creador moderno de este método, considera que las *partes simples* de un concepto complejo, como el de *res extensa*, son sus notas básicas de *altura*, *anchura* y *profundidad*.² No se trata de objetos materiales simples, que no puedan ser divididos en nada más simple aún, los átomos por ejemplo, sino de los conceptos simples. Al hacer el análisis lingüístico, algunos conducen el proceso hacia el hallazgo de la parte más simple de la lengua; en el caso del sonido, el *fonema*.³ Los analistas lógicos llevan el proceso hasta una esfera última: el *hecho atómico* o la *proposición atómica*,

² René Descartes expone, en el *Discours de la méthode*, los aspectos básicos de su método, el analítico-sintético: el primer paso consiste “en dividir cada una de las dificultades [...] en tantas partes como fuese posible y en cuantas requiriese su mejor solución”; luego, el inverso, en ascender “poco a poco, como por grados, hasta el conocimiento de los más compuestos” (*Ceuvres philosophiques*, tomo I, edición de Ferdinand Alquié, París, Garnier, 1963, pp. 586-587).

³ El *fonema* es el elemento más simple de la lengua; es la mínima unidad fonológica; según Helena Beristáin, “está constituido por un haz de rasgos acústicos distintivos o pertinentes (*semema* o conjunto de *semas*)” (*Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, bajo la entrada *fonema*).

digo, la parte mínima del juicio filosófico.⁴ Pero el método de Hegel no procede así: no busca lo simple, sino la categoría desde la que se despliegan otras, determinantes.

¿De qué debemos partir al examinar la poesía? ¿Cuál puede ser el inicio de una exposición rigurosa en filosofía? El *giro lingüístico*, propio de la filosofía contemporánea, ofrece una pista, sin duda. Hemos de partir del lenguaje, sí, pero ¿de qué rasgo de la lengua? ¿Habremos de arrancar de toda la masa de la lengua, la lengua cotidiana, la lengua de la calle? Dentro de esta masa de la lengua ¿privilegiaremos solo un fragmento, acaso el más significativo? En poesía y en filosofía ¿privilegiaremos la *palabra*? Toda palabra se inscribe en un contexto, carece de valor por sí sola y adquiere su pleno sentido en un universo lingüístico, el propio de una lengua natural.⁵

Por lo que toca a la filosofía ¿debemos arrancar del *concepto*, pongo por caso? El *concepto* ¿es tal vez el núcleo básico, el punto de partida de la exposición filosófica estricta? A partir del concepto ¿se podría levantar una exposición sistemática y rigurosa de la filosofía? A su vez, en el caso de la poesía ¿es la palabra, ya que no hay ninguna palabra prohibida en poesía, el punto de partida de una exposición sistemática de sus categorías? Si fuera así ¿qué clase de palabra? ¿La palabra de la calle, el habla cotidiana? Tanto el concepto cuanto la palabra carecen de valor lingüístico por sí solos, al menos en el sentido que aquí les exigimos: se inscriben en un contexto. Se debe establecer un punto de arranque realmente riguroso, a partir del que se puedan desplegar las posibles categorías que contiene.

⁴ Bertrand Russell llama a su teoría “atomismo lógico”; estima que existen “hechos atómicos” y “proposiciones atómicas” (véase “La filosofía del atomismo lógico”, en B. Russell, *Lógica y conocimiento*, trad. Javier Muguerza, Madrid, Taurus, 1966, pp. 249 ss). Por su parte, Ludwig Wittgenstein postula la existencia del “hecho atómico”, que es “una combinación de objetos” (*Tractatus Logico-Philosophicus*, 2.01: *Der Sachverhalt ist eine Verbindung von Gegenständen*). No omito decir que ni Russell ni Wittgenstein llegan hasta un “límite último” y que, en ambos, su concepto de “átomo lógico” es el resultado de una combinación de “elementos”.

⁵ Dice Hans-Georg Gadamer, con razón: “El conocimiento que el hombre tiene del mundo está mediado por el lenguaje. Una primera orientación en el mundo se realiza ya en el aprendizaje del habla” (“Hermenéutica clásica y hermenéutica filosófica”, en *Antología*, ed. Jean Grondin, trad. Constantino Ruiz-Garrido y Manuel Olasagasti, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2001, p. 79).

El fonema carece de significado; el concepto se inscribe en un contexto lingüístico más amplio y forma parte del universo de una lengua natural, aun cuando esa lengua sea especializada y sus conceptos estén ya codificados (los conceptos de *ser*, *esencia*, *devenir* y otros más, en la filosofía). Aquí, y antes de avanzar más, es necesario mostrar las diferencias que hay entre lenguas occidentales que pertenecen al tronco indoeuropeo y lenguas de pueblos sin escritura. En tal sentido, Bronislaw Malinowsky indicó, sobre la base de sus observaciones de algunas sociedades melanesias, la diferencia que existe entre las lenguas habladas en las islas de los Mares del Sur y las lenguas occidentales: “en las lenguas indoeuropeas altamente desarrolladas, puede trazarse una neta distinción entre las funciones gramaticales y léxicas de las palabras”; así, “el significado de la raíz de una palabra puede aislarse de la modificación de significado debida a los accidentes o a algún otro medio gramatical de determinación”. En cambio, añade Malinowsky, en las lenguas habladas en Melanesia “la distinción no es de ninguna manera tan clara”: “las funciones gramaticales y el significado radical respectivamente se confunden...”⁶ En esas lenguas “la estructura gramatical carece de la precisión” que tienen las lenguas indoeuropeas.⁷ En aquellas lenguas, el significado de una palabra “depende en gran medida de su contexto”. Malinowsky sostiene que la idea de *contexto* ha de ser ampliada para abarcar no solo el contorno *lingüístico*, sino todas “las condiciones generales bajo las cuales se habla una lengua”. Según él, “una enunciación proferida en la vida real, nunca está separada de la situación en la que ha sido emitida”.⁸ Para aquel gran etnólogo, la función de las lenguas habladas en Melanesia consiste en ser un *modo de acción* y no un instrumento de reflexión. Para un melanesio, el silencio de otro hombre no es de ninguna manera un “factor de tranquilidad sino, por el contrario, algo alarmante y peligroso”: la ruptura del silencio, la voz por

⁶ B. Malinowsky, “El problema del significado en las lenguas primitivas”, en C. K. Ogden e I. A. Richards, *El significado del significado*, trad. Eduardo Prieto, Buenos Aires, Paidós, 1954, p. 317.

⁷ *Ibidem*, p. 314.

⁸ *Ibidem*, pp. 320-321.

lo tanto, aunque no se comprenda el significado de las palabras emitidas, es el primer acto para establecer un lazo de unión.⁹

Una vez realizado este breve recorrido ¿es posible adelantar alguna conclusión, así sea sólo provisional? En primer lugar, hemos de decir que el concepto, en el caso de la filosofía; o la palabra, en el de la poesía, no son el punto de arranque de una exposición rigurosa. Debemos establecer el *contexto*. Pero ¿qué clase de contexto? ¿El lingüístico y solo el lingüístico? O, como exige Malinowsky ¿una idea de *contexto* que abarque la cultura entera de una sociedad? Creo que hay necesidad de establecer un límite.

En poesía, acaso la unidad mínima de sentido; por lo tanto, el punto de partida de una estética rigurosa lo constituye el verso. Es correcto lo que dice Octavio Paz: “Ritmo, imagen y sentido se dan simultáneamente en una unidad indivisible y compacta: la frase poética, el verso”.¹⁰ Y luego: la frase poética “es el núcleo del poema”; por esto, el verso, “unidad rítmica, es también una frase dueña de sentido”.¹¹ En filosofía, el núcleo inicial tal vez lo constituya el juicio, es decir, el enunciado filosófico. Hemos de mostrar aquí algunas diferencias entre la frase poética y la sentencia filosófica.

Empecemos por esta, el juicio filosófico. Desde Aristóteles, el enunciado asume la estructura *S* es *P*: por esa forma, se vinculan dos términos, sujeto y predicado: la estructura del juicio filosófico es también, desde luego, una forma gramatical. El asunto que aquí subyace nos obliga a determinar la relación que existe entre *palabra* y *cosa*, entre *sujeto* y *predicado*, entre el *lenguaje* y la *realidad*. Es evidente que el juicio filosófico busca la mayor precisión posible, que evita la ambigüedad; en tanto que la frase poética es polisémica y posee exceso de sentido. El lenguaje filosófico intenta llevar al límite extremo de la precisión su carácter unívoco; es nítido, preciso, en tanto que el verso es, digámoslo, libre: eleva metáforas y ritmos novedosos, asociaciones fónicas inéditas; construye una arquitectura verbal insólita; en suma, crea la frase poética que no se sujeta a un lenguaje codificado.

⁹ *Ibidem*, p. 329.

¹⁰ Octavio Paz, *El arco y la lira*, México, FCE, 1956, p. 70.

¹¹ *Ibidem*, p. 88.

La sentencia filosófica une, por el verbo *ser* conjugado en la tercera persona del singular, dos instancias: a la izquierda del signo de igualdad, el *sujeto*; a la derecha, el *predicado*. El juicio filosófico pretende que en esta relación no haya equívocos: por esta razón, la lógica moderna establece la notación simbólica, tomada de la matemática: lenguaje preciso, codificado, formal, que une, por la cópula, al sujeto y al predicado: el juicio filosófico indica algo que es, existe o que es real. Pero ¿qué se entiende por *realidad*? Este problema cobra su fatal origen en la estructura propia de la lengua griega. Lo establece, acaso por primera vez en la historia, Parménides de Elea cuando sostiene la existencia de un vínculo indisoluble entre el *ser* y el *pensar*; entre *ser* y *decir*: “lo que puede decirse y pensarse debe ser, pues es ser, pero la nada no es”.¹² Se advierte, sin duda, la necesidad férrea por la cual Parménides encadena *ser* y *pensar*: puede decirse y pensarse solo *esto, que es*. De aquí se deriva un problema decisivo: ¿todo lo que se piensa y se dice *es*? *Todo* lo que se piensa y se dice, planteemos lo que subyace en la tesis del eléata ¿es y es verdadero? ¿Posee el estatuto de la *realidad*?

A este problema se enfrenta el sofista Gorgias. Para el gran pensador, lo que sostiene Parménides conduce a varias aporías, a problemas que no tienen solución. Pues *si todo lo que se piensa es, todo lo pensado es y todo lo pensado existe tal y como se haya pensado*.¹³ Gorgias añade: se piensa (y se dice) “hombre que vuela”, “carro que rueda sobre el mar”; la “Escila”, la “Quimera”, pero nada de esto existe: eso pensado no es real, no son entes.¹⁴ Hoy diríamos que carecen de referente o denotación.¹⁵

¹² Parménides, *Poema* (sigo la lectura de G. S. Kirk, J. E. Raven y M. Schofield, *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos* —en griego—, trad. Jesús García Fernández, Madrid, Gredos, 1987, p. 356; Simplicio, *Phys.*, 86, 27). Parménides dice así: *χρὴ τό λέγει τε νοεῖν τ' ἐὼν ἔμμεναι· ἔστι γὰρ εἶναι, μὴ δὲν δ' οὐκ ἔστιν.*

¹³ Gorgias sostiene, según Sexto, que nada existe; que, si existiese, no se le podría decir a otro (lo audible se entiende por el oído y lo visible por la vista); lo que se expresa a través de la palabra es inefable. He aquí el texto, para nosotros relevante, de Gorgias: *εἰ γὰρ τὰ φρομούμενά ἐστιν ὄντα, πάντα τὰ φρομούμενα ἔστιν, καὶ ὅτι ἂν τις αὐτὰ φρονήσει* (Sexto Empírico, *Adv. math.*, VII, 79).

¹⁴ *εἰ τὰ φρονούμενα ἔστιν ὄντα*, reitera Gorgias (Sexto Empírico, *ibidem*).

¹⁵ B. Russell, “Sobre la denotación”, en *Lógica y conocimiento*, pp. 51 ss.

A partir de allí, Gorgias acuña un concepto fundamental, el concepto de τό ὑποκείμενον (al menos, es lo que dice Sexto Empírico, que recoge, seis siglos después, en Alejandría, la tesis de Gorgias, transmitida hasta allí de manera oral. Acaso el concepto de τό ὑποκείμενον, que Sexto atribuye a Gorgias, está impregnado del sentido que es propio de Aristóteles). Diré que τό ὑποκείμενον se diferencia y a la vez se da en vínculo estrecho, con otro concepto aristotélico, el de ὑπόστασις: ambos tienen el mismo prefijo: ὑπό, que equivale al latín *sub*, lo que está debajo. La otra raíz del concepto τό ὑποκείμενον es el verbo κείμαι, “estar acostado”, “yacer en cama”, en tanto que la raíz de ὑπόστασις es el verbo στήμι, “estar de pie”.¹⁶ Sin embargo y con total independencia de esta diferencia en sus raíces, los dos conceptos adquirieron, en la lengua filosófica, sentidos diferentes si no es que opuestos: ὑπόστασις es lo que *subyace* en lo que hoy se llama *objeto*, *realidad* (la *substancia*, palabra ilustre y de carácter metafísico, que vale en la filosofía materialista y en la idealista). Τό ὑποκείμενον es propiamente, en cambio, *el sujeto lógico*, *el sujeto del enunciado*, y se tradujo al latín por la voz *subjectum*. Esta palabra significa tanto el *sujeto*, el *ego*, aquello que denota la *subjetividad*, la conciencia opuesta al *objeto*, cuanto el hecho de ser el *súbdito*, el *vasallo*, el que está *sometido*. En griego no existe ninguna voz que se asemeje a esta y tenga este carácter polisémico. Así pues, τό ὑποκείμενον carece de voz propia en las filosofías occidentales: no es el sujeto (el yo, el *ego*, el ἐγώ), el sujeto pronominal de la primera persona del singular, que enuncia la proposición, sino lo que se halla envuelto en la proposición misma, el sujeto del enunciado, el sujeto lógico. Ὑπόστασις se tradujo al latín como *substancia*, lo dije, y el uso se conserva hasta hoy. En cambio, τό ὑποκείμενον se perdió y solo en fechas recientes ha vuelto a ser examinado con alguna atención.¹⁷

¹⁶ Véase Pierre Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, París, Éditions Klincksieck, 1990.

¹⁷ Véase, en el *Vocabulaire européen des philosophies. Dictionnaire des intraduisibles*, bajo la dirección de Barbara Cassin (París, Éditions Du Seuil-Dictionnaires Le Robert, 2004), el término *sujet*, que los autores (la propia Cassin, así como Étienne Balibar y Alain de Libera) hacen equivaler las palabras griegas ὑποκείμενον e ὑπόστασις, a las voces latinas *subjectum*, *suppositum*, *subjectus*, *subditus*; a los términos alemanes *Subjekt* y *Untertan*; al inglés *subject* y a los conceptos españoles *sujeto* y *súbdito*.

Por lo tanto, se puede *pensar* (y *decir*) “Quimera”, “Escila”, “hombre que vuela”, “carro que rueda sobre el mar”; se puede construir un predicado gramatical, un sujeto lógico, el sujeto del enunciado, τὸ ὑποκείμενον, y el predicado gramatical (sujeto lógico, sujeto del enunciado) puede carecer de *veracidad* y de *realidad entitativa*: puede no ser real ni tener un referente en la realidad: puede ser τὸ ὑποκείμενον pero no ὑπόστασις. Digamos que el *sujeto del enunciado*, el *sujeto lógico*, puede ser un objeto natural (“perro”, “agua” “Sol”, “Tierra”, “Luna”) un objeto de la cultura (“mesa”, “libro”, “calendario”, “letra”) o un concepto abstracto (“lexema”, “idea”, “palabra”, “esencia”...). Aquí entra la dura oposición entre Parménides y Gorgias: “Escila”, “Quimera”, “hombre que vuela”, “carro que rueda sobre el mar” constituyen, no cabe duda, *sujetos lógicos*, *sujetos en el sentido del enunciado*, τὸ ὑποκείμενον. El problema es si poseen referente o tienen realidad. Pero ¿por acaso no he introducido una forma equívoca de hablar? ¿Por qué digo que son algo *natural* “perro”, “Luna”, “Sol”? ¿Por qué los designo así? ¿No son objetos, a la vez, culturales y abstractos? Funes diría que no existe nada semejante a esa palabra vacía, *perro*; que diferente es el perro echado en el suelo al perro que camina; uno es el perro que ladra al amanecer y otro el que muerde el muslo de Pirrón, el escéptico. Así, *perro* es un concepto, un constructo cultural, vástago del lenguaje: esto mismo se podría decir de todos los objetos naturales enunciados, como “Tierra”. Se me dirá, astros, planetas, Sol, Luna, la bóveda celeste en su conjunto ¿qué “cosas” más *naturales*, en verdad, que ellos? Lo cierto es que si helenos y latinos vierten vino en la Tierra recuerdan un antiguo gesto mítico, el ritual que ofrece alimento a quien nos alimenta, Nuestra Madre (Demeter, entre helenos; Ceres, la que hace crecer, entre latinos, que llamaban a la Tierra, no sin razón, Alma Mater, Madre Nutricia). ¿Acaso debo recordar que tal es el sentido del sacrificio humano por el que los amerindios dan de comer al Sol y a la Tierra? Todo *nombre* se inscribe en un determinado contexto cultural y tiene una carga semántica específica.

Hecho este breve recorrido, preguntemos qué carácter tiene el juicio filosófico, qué designa (y cómo). Lo que el juicio filosófico designa, lo que *indica* (igual que el *índice* señala un objeto o una cosa, sin necesidad de que se diga una sola palabra), precisa de un referente en la realidad: lo *real*, la *cosa* que se designa por el índice (la palabra que lo *indica*, el nombre de la cosa, el concepto que lo de-fine). Lo de-signado *está allí*, aparece como esa *cosa*. Sin embargo, toda *cosa* es un dato que se inscribe en un *contexto* cultural y social, además de lingüístico, determinado: lo que se comprende precisa ser mediado por la palabra. Hasta un enunciado sencillo implica un contexto histórico. Por ejemplo, decir: “es el 13 de septiembre de 2007” ya implica una concepción lineal del tiempo, que se mide según el año trópico, que cuenta el movimiento de traslación de la Tierra alrededor del Sol (los pueblos nómadas miden por lunaciones). Decimos palabras, pensamos con palabras que poseen connotaciones abstractas y el conocimiento que estos enunciados expresan está determinado por un contexto lingüístico, cultural e histórico. En estos versos de José Gorostiza, por ejemplo, está presente la visión astronómica moderna, el silencio tenebroso de los cielos que hizo temblar a Pascal: “como una estrella sin luz, / como una luz sin estrella / que llega al mundo escondiendo / su catástrofe infinita”.

De aquí parece desprenderse la idea de que, en el juicio filosófico, la verdad resulta de una función: la de adecuar el *concepto* y la *cosa*, como si el protocolo para establecer una proposición verdadera se limitara a esta operación algorítmica, casi mecánica. Dice Russell: “una expresión puede ser denotativa y, sin embargo, no denotar cosa alguna” (Russell da como ejemplo “el actual rey de Francia”): se trata, en efecto, de una proposición vacía, de orden semejante a las que enuncia Gorgias; otra expresión, añade Russell, “puede denotar un objeto determinado”, que posee referente y del que se puede tener incluso un “conocimiento directo”; por último, señala, “una expresión puede denotar algo con un cierto margen de vaguedad”.¹⁸ La notación simbólica pone en contacto dos entidades que considera fijas,

¹⁸ B. Russell, “Sobre la denotación”, en *Lógica y conocimiento*, p. 54.

situadas a los dos lados del signo de igualdad. Pero es necesario decir que esta igualdad es transitoria; que la identidad entre ambos es parcial y que no poseen la misma extensión esos términos si se sitúan a uno y a otro lado del signo de igualdad. El término “Scott” es más extenso que su predicado “el autor de *Waverley*”, ejemplo aducido por Russell, pues si preguntamos quién es el autor de *Waverley* (o de *Pedro Páramo*) la respuesta se inscribe bajo la forma, diría Kant, de un juicio sintético: “Scott” (o Juan Rulfo). Es obvio, empero, que Scott y Rulfo son términos más extensos que “autor de *Waverley*” (o “autor de *Pedro Páramo*”). $A = B$ es distinto de $B = A$.

Me parece imprescindible añadir que tanto el “predicado” (el sujeto lógico o el sujeto del enunciado) cuanto el ego, la conciencia o el sujeto de la enunciación, se encuentran en movimiento; que son, a su vez, el fruto de un determinado desarrollo histórico. Lo mismo un objeto natural (“perro”, “agua”, “nube”) que un objeto cultural complejo (“velocidad”, “átomo”, “masa”, “fonema”) son productos lingüísticos y que están en movimiento, en desarrollo. Estimo cierto que en todo juicio, lo mismo filosófico que del habla cotidiana, hasta en la más sencilla expresión, hay un acto poiético, una creación. Lo dijo Descartes: la diferencia esencial entre un animal, una máquina que pudiera hablar y un hombre, consiste en que este es capaz de responder con sentido a los interrogantes que se le hacen.¹⁹ La sentencia filosófica se inscribe en un contexto. Gadamer dice: el contexto se produce como respuesta a una pregunta. El enunciado es respuesta a una pregunta.

Preguntemos, pues, ¿qué cosa es una cosa? En la sentencia filosófica, el verbo *ser* adquiere su fuerza, por entero: es el lazo que une, por medio de la cópula, el sujeto y el predicado (de allí la vigencia histórica de las

¹⁹ Descartes anota que disponernos de “dos medios seguros” para distinguir entre las máquinas y los animales que pudieran hablar y un hombre: ninguna máquina, en primer término, “podría usar palabras ni de otros signos compuestos de ellas, como hacernos nosotros para declarar a los demás nuestros pensamientos”; ni la máquina ni el animal pueden “arreglar las palabras de varias maneras para responder según el sentido de cuanto se diga en su presencia”. En segundo término, la máquina repetiría el mismo error, pues no dispone de un instrumento de orden universal, la razón: ni la máquina ni el animal pueden “dar a entender que piensan lo que dicen” (*Discours de la méthode*, V Parte, en *Œuvres philosophiques*, edición de F. Alquié, Garnier, pp. 628-629).

tesis de Parménides). Es necesario que volvamos a la pregunta de Gorgias. ¿Qué sucede con “Escila” y “Quimera”? Si se piensa “hombre que vuela”, “carro que rueda sobre el mar” y nada de eso existe, ¿la nada es? Si lo que puede decirse y pensarse *es*, como sostiene Parménides, nada de la Nada se puede decir ni pensar; todo *es*, hasta lo que carece de sentido y de referente. Así, ¿el no-ser es? ¿Qué realidad, qué entidad tienen figuras *del pensamiento* que a la vez son figuras del lenguaje, si carecen de referente en la realidad? ¿Denotan pero son vacías? ¿Son o no reales, poseen o no realidad entidades abstractas como *perro, mesa, hombre*? Son construcciones del lenguaje, es cierto; entidades lingüísticas que no designan *cosas* ni entes individuales; son producto de un lenguaje que posee capacidad de abstracción. ¿Quiere decir que todas estas palabras solo son fruto del lenguaje, son constructos, repito, meras palabras? *Words, words, words*, dijo Shakespeare por boca de Hamlet. Son solo palabras, cierto, pero he aquí que las palabras son *fuertes y poderosas*: la palabra es un *déspota enorme*, dijo el propio Gorgias.²⁰

Ahora bien, poetas y filósofos han señalado, en no pocas ocasiones, que el poema nace de una cierta circunstancia, aquella que se padece bajo el impacto de la angustia, el amor, la muerte. Entonces el poeta siente la penuria del lenguaje y *se queda sin palabras*. Al “quedarse sin palabras”, el poeta exige de sí nuevas formas de expresión: necesita hallar palabras para expresar lo inexpressable. Pero esto ocurre también en la filosofía, envuelta, dice Gadamer, “en una penuria lingüística constitutiva”: esa penuria se deja sentir con fuerza mayor “cuando el filósofo decide pensar con audacia”.²¹ Tanto en el habla cotidiana cuanto en el juicio filosófico, pues, no menos que en el verso, nace una respuesta a una pregunta; todo acto de habla es un acto de creación; siempre inventamos respuestas. Todo acto de habla es, en este sentido, poético: crea respuestas, responde a la pregunta que se levanta entre quien habla y quien escucha: quien escucha, a su vez, habrá de hablar.

²⁰ λόγος δυνάστες μέγας ἐστίν (Gorgias, Ἑλληνες ἐγκωμιοὶ, 8).

²¹ Hans-Georg Gadamer, “Hermenéutica clásica y hermenéutica filosófica”, p. 52.

Por esa razón, dice Gadamer: “indagamos la enigmática relación que existe entre el pensar y el hablar” ya que “lo mentado en un lenguaje rebasa siempre aquello que se expresa”.²² Si lo mentado en el lenguaje rebasa lo que se expresa, querrá decir que cuanto se expresa en el habla cotidiana, lo mismo que en la ciencia, la filosofía o la poesía, rebasa lo que expresa. Así, el texto literario (el poético en especial) constituye un universo cerrado en sí mismo, un espacio verbal construido solo en el proceso de la escritura de un texto: lo que el poeta dice no posee existencia previa a su ser escrito. El verso no establece, pues, la *adecuación* entre *concepto* y *cosa* ni se limita a transmitir un conocimiento existente; crea una nueva realidad verbal. Pero así proceden también la verdadera ciencia y la filosofía auténtica: inventan respuestas. Aquí surge un asunto mayor de la hermenéutica: el exceso de significado; mejor, de sentido. El poema dice más de lo que el poeta quiso decir; más de lo que está *literalmente escrito*. Hay en el poema un exceso de sentido, acaso de significado.²³ Dice Eliot: “¿qué experiencia es esa que el poeta arde en deseos de comunicar? Al tiempo de convertirse en poema acaso se haya hecho tan diferente de la experiencia originaria que apenas si será reconocible”. Y añade: “La ‘experiencia’ puede ser resultado de una fusión de sentimientos tan numerosos y tan oscuros en sus orígenes que, aun en el caso de que se produjese la comunicación, el poeta se dará escasa cuenta de lo que comunica” y lo decisivo, culmina Eliot: “lo que ha de comunicarse no existía antes de que el poema estuviese terminado”.²⁴

²² Ibídem, pp. 198 y 194.

²³ Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, trad. Graciela Monges Nicolau, México, Siglo XXI Editores, 1995, *passim*.

²⁴ T. S. Eliot, *Función de la poesía y función de la crítica*, trad. Jaime Gil de Biedma, Barcelona, Seix Barral, 1955, p. 148.

ALFONSO REYES.
LA NUEVA ESPAÑA*

Gonzalo CELORIO

INTRODUCCIÓN

Por su condición colonial, que les confiere o impone una lengua y una tradición literarias, las letras novohispanas son un ramal de la literatura española, si bien, a lo largo de los siglos coloniales, van cobrando reconocidas excelencias y ciertas características que las distinguen de la literatura metropolitana.

En efecto, las corrientes literarias por las que navega el espíritu europeo durante los siglos XVI, XVII y XVIII, con las modalidades que adoptan en España según sus peculiares circunstancias históricas, afluyen a la expresión literaria de la Nueva España. Las voces populares del romancero —fragmentos líricos de cantares épicos medievales— se conservan en la memoria y en la lengua de los conquistadores, renovados Montesinos y Roldanes, y las fantasiosas novelas de caballerías desembocan en las realistas crónicas de la conquista; la utopía clásica, rediviva en el Renacimiento, encuentra verificación tangible en el hombre y en la naturaleza americanos, cuyas perfecciones son exaltadas con bucólicos acentos; los ingenios criollos del XVIII reciben el barroco por amo y señor, según la feliz imagen de José Lezama Lima, y escriben, hasta el hartazgo de los *centones* y demás malabarismos poéticos, rebuscados versos gongorinos, y los humanistas del XVIII, que en brillantes hexámetros latinos hacen deambular a las diosas de la Antigüedad grecolatina entre nopales y ma-

* Leído en la sesión ordinaria del 27 de septiembre de 2007.

guyes, reproducen especularmente las luces europeas para proyectarlas sobre el Nuevo Mundo.

“Averiguar dónde el español se vuelve mexicano es enigma digno de Zenón”,¹ dice Alfonso Reyes. Se refiere en particular a los numerosos poetas peninsulares que, atraídos por la fama, la novedad y la promisión de la “Atenas del Nuevo Mundo” —como se le llamó a la capital del Virreinato—, vinieron a probar fortuna literaria en estas tierras, pero cuyas obras, subordinadas a los modelos metropolitanos y observantes de los cánones dictados allende el Mar Océano, no necesariamente pertenecen a la literatura de nuestro país, aunque aquí hayan sido escritas y muchas de ellas aludan al entorno mexicano. Tal consideración no solo es aplicable a esta pléyade de escritores que, de Eugenio de Salazar a Bernardo de Balbuena, cantaron las glorias de la Nueva España, sino al largo y azaroso proceso mediante el cual la literatura española, trasplantada a nuestro país, va adquiriendo, durante la dominación colonial, una personalidad propia; es decir, una identidad mexicana.

En su vastísima obra, Alfonso Reyes trató en repetidas ocasiones el tema de la literatura novohispana. Su libro *Letras de la Nueva España*² —el texto más amplio que escribió sobre el asunto— ofrece una visión panorámica y al mismo tiempo erudita de la literatura española producida en México durante los siglos coloniales. Además de ese compendio de las expresiones literarias y culturales de la época, Reyes escribió numerosos artículos monográficos dedicados a diversos escritores novohispanos, entre los que destacan los dos *Juanes* de la Nueva España, como denominó cariñosamente a Juan Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz.

En todos estos textos, Alfonso Reyes atisba el surgimiento de una nacionalidad. Con frecuencia se detiene a reflexionar sobre las peculiaridades que distinguen a las obras novohispanas de las peninsulares y se

¹ Alfonso Reyes, “Letras de la Nueva España”, en *Obras completas*, México, FCE, 1960, tomo XII, p. 336.

² *Ibíd.*, pp. 279-395.

esfuerzo en detectar el embrionario espíritu mexicano que las anima. En su opinión, tal *espíritu nacional* no se cifra en el colorido local ni en la temática, que en muchos casos comparten la literatura novohispana y la peninsular. No es mexicana sor Juana Inés de la Cruz porque introduzca su *Divino Narciso* con una loa en la que salen el Occidente de indio galán y la América de india bizarra con “mantas y cupiles”. Ni es mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora porque incluya sus conocimientos de saber náhuatl en textos escritos por encargo. Ni fue mexicano Juan Ruíz de Alarcón porque hiciera una excepcional alusión a la ciudad de México en *El semejante a sí mismo*. Su incipiente mexicanidad reside, como le hizo ver a Reyes Pedro Henríquez Ureña, su maestro, en la voz, en el tono, en la escala de valores, en la particular manera de asimilar la tradición heredada y devolverla, acrecida, al patrimonio literario común de la literatura de lengua española.

En las páginas subsecuentes hemos tratado de dar cuenta del pensamiento de Alfonso Reyes acerca del complejo proceso que siguieron las letras de la Nueva España para articular, en la lengua de la dominación colonial, una expresión propia.

UNO

Como todas las instituciones políticas y culturales, la literatura española, al ingresar en el Nuevo Mundo, se impone sobre las tradiciones literarias —fundamentalmente de carácter oral— de las culturas autóctonas. En términos generales, los indígenas, tras la conquista, no pudieron establecer o continuar de manera autónoma una tradición literaria preservada por la escritura. Dice Reyes:

Hay una poesía indígena perdida en mucha parte, como enlazada con una civilización que el conquistador reprimía de caso pensado, confundida con un material religioso que el misionero tenía el encargo de expurgar, entendiéndolo como gentil y diabólico, y mal preservado en la tradición oral,

puesto que el jeroglifo no podía preservarla como la partitura es capaz de preservar la música, y la escritura fonética apenas se ensayaba.³

De sus antiguas manifestaciones, empero, se conservan diversos testimonios, como los que recogieron algunos misioneros en sus dilatadas descripciones de las culturas de los indios. No obstante las alteraciones, las mixturas, los contagios y la censura de que fue objeto la poesía indígena después de lo que Ángel María Garibay llamó “el trauma de la conquista”, Alfonso Reyes reconoce su singularidad y su valor estético:

Así, restaurada *a posteriori* y cuando ha dejado ya de existir, como quien revela las letras borrosas de un palimpsesto; retocada a veces; otras, estropeada al ser reducida al alfabeto; mezclada de textos auténticos, anteriores a la conquista, y de textos tardíos; ora reconstruida hipotéticamente por cuanto a sus asuntos; ora consciente o inconscientemente contaminada por el bagaje humanístico o bíblico del fraile que la recogía en los labios de sus azorados catecúmenos, ella ha dejado, sin embargo, reliquias de inconfundible aroma añejo, que acusan una estética y una ideación no europeas y que permiten apreciar su sabor.⁴

Y menciona, también, la expresión indígena que asoma a la literatura dominante cuando cuenta por sí misma la historia de las culturas antiguas y de la conquista española. Son las voces de Hernando Alvarado Tezozómoc y de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, quienes, como el Inca Gracilaso de la Vega en el Perú, evocan con orgullo principesco un pasado irremisiblemente perdido.

Si las voces de la poesía antigua, que sentimos parte esencial de nuestra heredad, como dice Alfonso Méndez Plancarte, no se acallaron del todo ante el estruendo conquistador, se supeditaron finalmente a la cultura de los vencedores y se vertieron en obras cristianas escritas en lengua indígena. Es el caso, entre muchos otros, de los *Cánticos* guadalupanos del señor de Azcapotzalco, Francisco Plácido; la producción

³ *Ibidem*, p. 283.

⁴ *Ibidem*, pp. 283-284.

poético-misional de fray Andrés de Olmos y fray Luis de Fuensalida, los poemas en lengua náhuatl que alternaron con los griegos y latinos en algún certamen del siglo XVI y, en el XVII, las versiones aztecas de Lope, Calderón y Mira de Amescua, o los villancicos nahuas rimados por sor Juana Inés de la Cruz. Después de la evangelización franciscana —sentencia Méndez Plancarte— no hay prácticamente escritores indígenas. Considerados paganos, los textos antiguos fueron proscritos o abandonados y sus lenguas no tuvieron cabida en los círculos literarios.⁵ La conquista espiritual, acaso con mayor denuedo que la conquista política, resquebraja las culturas de los aborígenes. En su afán de incorporar a América al sistema de valores en que a la sazón se sustenta el Viejo Mundo —que no otra cosa es la conquista espiritual, como lo señaló Edmundo O’Gorman—, los españoles aprovechan las estructuras de la sociedad y de la ideología precortesianas para imponer las suyas propias. En el caso de la evangelización, empero, las semejanzas formales entre el cristianismo y la religión autóctona son consideradas peligrosas toda vez que las diferencias son esenciales. No hay entonces otra alternativa que la destrucción. Bien dice Alejandra Moreno Toscano, en referencia a la imposición del cristianismo, que los misioneros, “al desarticular el equilibrio de un sistema de vida coherente, estructurado, contribuyeron más profunda y radicalmente que los conquistadores a destruir el mundo que quisieron preservar”.⁶

Hablar de literatura novohispana, así las cosas, es hablar fundamentalmente de literatura española, si bien esta se altera, se renueva, se transforma frente a la presencia del Nuevo Mundo, sobre todo durante las primeras décadas del siglo XVI, cuando el interés prioritario de numerosos escritores —o navegantes, soldados, misioneros metidos a escritores— es dar cuenta, precisamente, de semejante confrontación. Diarios de navegación, crónicas, historias de Indias, cartas de relación, poemas

⁵ Cf. Alfonso Méndez Plancarte, Introducción a *Poetas novohispanos. Primer siglo (1521-1621)*, México, UNAM, 1942 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 33), p. VIII.

⁶ Alejandra Moreno Toscano, “El siglo de la conquista”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1976, tomo II, p. 51.

épicos van articulando la sintaxis del asombro frente a una realidad que desde entonces es calificada de maravillosa. El asombro de las plumas no es menor que el de sus lectores. Las primeras crónicas del descubrimiento y de la conquista se publican y traducen con rapidez admirable, sobre todo si se toman en cuenta las limitaciones editoriales de aquellos tiempos tan cercanos todavía a la invención de la imprenta. Algunos ejemplos: La *Carta del descubrimiento* que Cristóbal Colón dirige a los Reyes Católicos se publica en 1493, es traducida al latín por el catalán Leandro de Cosco y tuvo por lo menos ocho ediciones además de una paráfrasis en verso italiano debida al teólogo florentino Giuliano Dati. La *Cosmographie Introductio*, que incluye la *Lettera* en que Americo Vespucio da cuenta de sus cuatro viajes, es publicada por la Academia de Saint-Die en versión latina junto con el célebre mapamundi de Waldseemüller en el temprano año de 1507, y si ahí se llama al continente por el nombre de pila de Vespucio no solo se debe a las aportaciones que hizo el navegante florentino a la consideración de que las tierras encontradas constituían una entidad geográfica separada y diferente del continente euroasiático-africano, sino, sobre todo, al interés que suscitó la relación de sus cuatro viajes. “Los hombres de letras —dice Alfonso Reyes— tienen motivo para enorgullecerse de ese éxito, que en mucho se debe a la fuerza artística, al poder de difusión de unas narraciones bien contadas”.⁷ Apenas a dos años de haber sido dirigida al emperador Carlos V, la segunda de las *Cartas de relación* de Hernán Cortés se publica en Sevilla, y de ahí a dos años más ya está reeditada en Zaragoza y traducida al francés, al latín, al italiano y al flamenco.

La transformación que sufren las letras españolas al contacto con el Nuevo Mundo es parte de la historia literaria española, pero también es el embrión de una nueva historia literaria que habrá de debatirse secularmente entre los ecos peninsulares para conformar su propia expresión. América es un tema exótico que asombra a las letras *viejohispanas*, pero también una voz inédita y plural que de la conquista a la independencia

⁷ Alfonso Reyes, “Última Tule”, en *Obras completas*, México, FCE, 1960, tomo XI, p. 57.

se irá articulando en las letras *novohispanas* con la complejidad propia de la sociedad de la que proviene.

Dos

Una vez terminada la etapa aventurera de la conquista, se establecen en la Nueva España diversas instituciones políticas, religiosas, académicas, que tienen el doble cometido de implantar la cultura española en el Virreinato y de vigilar la observancia de sus principios y sus normas, y que van del Tribunal del Santo Oficio a la Real y Pontificia Universidad de México.

Con el propósito de que sus alumnos aprendieran la lengua de Virgilio, Francisco Cervantes de Salazar, profesor de retórica de la flamante Universidad, escribió sus *Diálogos latinos*, que constituyen, más allá de su intención didáctica, la mejor descripción de la ciudad de México-Tenochtitlan y de su vida política, académica y espiritual a mediados del siglo XVI. No en vano, fue traducida al español bajo el significativo título de *México en 1554*, que privilegia, por sobre el pedagógico, su valor documental. Los poetas españoles que visitan la ciudad virreinal descrita por Cervantes, como Juan de la Cueva, Diego Mexía o Luis de Belmonte Bermúdez; o que emigran definitivamente a estas tierras, como Eugenio de Salazar, Pedro Trejo o, más adelante, Bernardo de Balbuena, inician el proceso de asimilación de un mundo nuevo que a los conquistadores y a los primeros misioneros les causó asombro y estupor.

Conforme América se va incorporando al repertorio de ideas de la cultura europea y se va estableciendo una sociedad regida por las estructuras hispánicas, disminuyen las diferencias entre el Viejo y el Nuevo Mundos y declina, consecuentemente, el exotismo de los primeros tiempos. La información precipitada y sorprendida de la crónica es desplazada paulatinamente por la reposada glorificación de la poesía, que canta el esplendor de la Colonia. En su obra dedicada a la ciudad de México, publicada en los albores del siglo XVII, Bernardo de Balbuena, por ejem-

plo, se distingue de los poetas del siglo precedente, pongamos por caso el Alonso de Ercilla de *La Araucana*, por algo que va más allá de las meras diferencias de tema, de estilo o de género literario, y que tiene que ver con la mirada y con la voz: Balbuena ve el Nuevo Mundo desde adentro y lo canta como a cosa propia. Aunque peninsular de origen, es ya un poeta novohispano. En los tercetos de arte mayor de su *Grandeza mexicana*, encomia como suya la admirable urbe donde vivió. La ciudad ya no es, ciertamente, la misma que vieron los conquistadores. Destruída por Cortés la Gran Tenochtitlan, por Cortés mismo fue reconstruida. Ha cambiado la ciudad, pero también ha cambiado la mirada. Deja de parecerse “a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís”, como dijo Bernal Díaz del Castillo en un feliz traslado de la ficción caballeresca al realismo testimonial de la crónica, para ser “De la famosa México el asiento”.

Si las voces españolas adquieren nuevas resonancias por la novedad del contexto en el que se articulan, las que aquí nacieron, paradójicamente, participan de un espíritu europeo más acendrado. Francisco de Terrazas, acaso el primer poeta criollo de la Nueva España, goza de un delicioso petrarquismo, imita y aun mejora a Camoens en su ya clásico poema *Dejad las hebras de oro ensortijadas...* y es tocado por el lirismo de Herrera *el Divino*. A diferencia de los escritores peninsulares, como san Juan de la Cruz o Miguel de Cervantes, que pusieron sus esperanzas literarias en el Nuevo Mundo aunque nunca pudieron realizarlas, los criollos, paradójicamente, anhelan vivir en el Viejo Mundo, patria de sus mayores para ellos desconocida y magnificada, temerosos, acaso, de perder su identidad en tierra de indios. ¿No es significativo que en la misma flota que trajera al arzobispo fray García Guerra a la Nueva España en 1608 viajaran el español Mateo Alemán, ansioso de triunfar en América, y el criollo Juan Ruiz de Alarcón, de regreso de su primera estadía en España, donde, al parecer, no pudo estrenar sus primeras comedias pero a la que volvería pocos años después con el ánimo, compartido por todos los dramaturgos novohispanos, de triunfar en la escena madrileña?

Durante el siglo xvii, que va en barroco contraste de las corridas de toros, las comilonas y la música profana del arzobispo y virrey fray García Guerra a la severidad iracunda, misógina y justiciera de Francisco Aguiar y Seijas —que inició el proceso por el cual sor Juana Inés de la Cruz acabó abjurando de su vocación literaria—, las letras novohispanas, encabezadas por Juan Ruiz de Alarcón y la monja jerónima, alcanzan su mayor esplendor. Curiosamente, en la medida en que estos escritores más se asemejan, en talento y calidad, a los grandes exponentes peninsulares de la literatura española, con quienes compiten a veces favorablemente, más se diferencian de ellos en el tono, en los conceptos, en los valores, donde Pedro Henríquez Ureña cree distinguir los incipientes rasgos de mexicanidad de la literatura novohispana, particularmente de la obra de Alarcón.

A pesar de la animadversión que su deformidad física y sus pretensiones nobiliarias suscitaron en los protagonistas del teatro español de su tiempo, Juan Ruiz de Alarcón figura con toda legitimidad entre los grandes escritores de los Siglos de Oro. Alfonso Reyes advierte que la obra alarconiana, aunque relativamente escasa, no solo trasciende su primigenia condición colonial para enriquecer la literatura española peninsular, sino que goza de una universalidad que no siempre alcanzan las de Lope, Calderón o Tirso de Molina. Dice Reyes:

Con la obra de Alarcón, México por primera vez toma la palabra ante el mundo y deja de recibir solamente para comenzar ya a devolver. Es el primer mexicano universal, el primero que se sale de las fronteras, el primero que rompe las aduanas de la colonia para derramar sus acarreos en la gran corriente de la poesía europea. Vence la *capitis diminutio* de ser un colonial, un contrahecho, un pobre pretendiente. Compite sin mengua con los príncipes de la escena española, cuando esta era una de las mejores.⁸

Ahora bien: que la obra alarconiana se equipare a la de los grandes dramaturgos de los Siglos de Oro; que enriquezca la historia general de

⁸ Alfonso Reyes, “Letras de la Nueva España”, p. 347.

la literatura española; que tenga resonancia incluso más allá de las fronteras españolas (*La verdad sospechosa* fue parafraseada por Corneille en *Le Menteur* e influyó, indirectamente, en Molière) no implica, como podría pensarse y como acaso lo deseaba su propio autor, que carezca de ciertas características mexicanas que revelan el origen de Alarcón. Es más: quizá por primera vez se articula una voz, si no totalmente propia, al menos sensiblemente distinta a la de la Península. Y decimos voz porque esa mexicanidad no habría de buscarse en el retrato de las costumbres provincianas o en las alusiones al país natal (que, por otra parte, en Alarcón son absolutamente excepcionales), sino en esa tesitura cortés y comedida, identificada por Pedro Henríquez Ureña, que se corresponde estrechamente con las peculiaridades que Xavier Villaurrutia, para legitimar como mexicana su propia obra poética, consideró definitorias de nuestra tradición lírica: la intimidad, el tono menor, la introspección. En la voz, sí, sobria y discreta; pero también en los valores morales: la verdad, la justicia, la virtud que Alarcón postula y defiende en sus comedias.

En una de sus célebres conferencias del Ateneo Mexicano de la Juventud dictada en 1913, Henríquez Ureña señaló con lucidez algunos de los rasgos de la obra de Alarcón que pudieran considerarse mexicanos. Si bien el maestro dominicano le da preeminencia a la genialidad individual por encima de los determinismos nacionales, no puede dejar de reconocer que “existe un carácter, un sello regional, un *espíritu nacional* en México” y que este “no es otra cosa que espíritu español modificado”.⁹ En el caso específico del teatro, Henríquez Ureña señala, como uno de los elementos modificadores de la exuberancia española, la contención alarconiana: “Sobre el ímpetu y la prodigalidad del español europeo que creó y divulgó el mecanismo de la *comedia*, se ha impuesto, como fuerza moderadora, la prudente sobriedad del mexicano”.¹⁰

⁹ Pedro Henríquez Ureña, “Juan Ruiz de Alarcón” en *Estudios mexicanos*, ed. José Luis Martínez, México, FCE, 1984 (Lecturas Mexicanas, 65), p. 24.

¹⁰ *Ibidem*, p. 36.

Siguiendo a su maestro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes sintetiza de la siguiente manera la personalidad mexicana propia de Alarcón en el contexto de la comedia española:

En el mundo ruinoso de la comedia española, Alarcón da una nota en sordina, en tono menor. Donde todos [...] descuellan por la invención abundante y la fuerza lírica [...], Alarcón aparece más preocupado por los verdaderos conflictos de la conducta, menos inventivo, mucho menos lírico; y crea la comedia de carácter. Donde todos eran improvisadores, él era lento, paciente, de mucha conciencia artística. Donde todos salían del paso a fuerza de ardides y aun dejando todo a medio hacer, Alarcón procuraba ceñirse a las exigencias de su asunto, y no daba paz a la mano hasta lograr esa tersura maravillosa que comunica a sus diálogos una articulación no igualada y hace de sus versos, aun sin ser musicales o bailarines, un deleite del entendimiento y, con harta frecuencia, un dechado de perfección. Donde todos escribían comedias por cientos y a millares, Alarcón apenas escribió dos docenas.¹¹

TRES

Xavier Villaurrutia ubica el origen del tono menor de la lírica mexicana en el ancestral componente indígena de nuestra cultura mestiza.¹² Es posible que así sea. Sin embargo, habida cuenta de que las lenguas indígenas fueron desterradas del ámbito de la literatura escrita en la Nueva España, acaso habría que rastrear esa delicadeza de nuestra poesía, tan afecta al eufemismo y al recato, en la configuración de la idiosincrasia criolla.

En efecto, algunas de las modalidades que adopta la poesía novohispana en contraste con la que se escribe en la España peninsular son la contención, el rigor, la sutileza: la medida de Juan Ruiz de Alarcón frente a los arrebatos de Lope de Vega o, más significativamente, la finura y la conceptuosidad de sor Juana frente a la contundencia y brillantez de las metáforas de Góngora. Tales diferencias entre la poesía de uno y otro lado del Mar Océano se corresponden con la vieja rivalidad que desde

¹¹ Alfonso Reyes, "Letras de la Nueva España", p. 344.

¹² Xavier Villaurrutia, "Introducción a la poesía mexicana", en *Obras*, México, FCE, 1966, pp. 764-772.

los primeros tiempos del Virreinato se suscitó entre criollos y peninsulares, pues los españoles aquí nacidos en muy alta medida sostenían económicamente el poder político y militar que los nacidos allá detentaban. Se trata de un resentimiento estamental que tiene efectos culturales y que se traduce en la paradoja ya señalada que, con un cariz distinto en nuestro tiempo, todavía no ha sido superada del todo: los poetas criollos, aunque despreciaran a los españoles, admiraban su mundo y hubiesen querido que sus obras fueran reconocidas en el Viejo Continente, mientras que los peninsulares, fastidiados de su vetusto entorno, anhelaban renovar su energía en América, aunque minusvaloraran a sus habitantes. Baste señalar el ejemplo de la relación que sostuvieron el conspicuo cosmógrafo, matemático, historiador y cronista novohispano, Carlos de Sigüenza y Góngora, y el padre Eusebio José Kino, astrónomo proveniente del Tirol austriaco, a su paso por esta capital. *El Cisne Mexicano*, como sor Juana bautizó a don Carlos en un encomiástico soneto, sintió que el distinguido visitante, amparado en el prestigio de su procedencia, había desdeñado su punto de vista y sus conocimientos y, con tono resentido y quejumbroso, escribió la siguiente denuncia enderezada contra su “rival” europeo: “En algunas partes de Europa [...] piensan que no solamente los habitantes indios del Nuevo Mundo, sino también nosotros, quienes por casualidad aquí nacimos de padres españoles, caminamos sobre dos piernas por dispensa divina, o, que aun empleando microscopios ingleses, apenas podrían encontrar algo racional en nosotros”.¹³ Con mejor suerte, mayor apoyo y desde luego superior talento que sus contemporáneos novohispanos, sor Juana logró cumplir la aspiración de todo escritor criollo: vio publicadas sus obras en España.

Durante la segunda mitad del siglo XVII, que es la época que le toca vivir a sor Juana, la Nueva España crece, se desarrolla y se vuelve próspera en la misma medida en que la Vieja España se sume en la profunda decadencia que caracteriza el reinado de los últimos Austrias y que

¹³ Carlos de Sigüenza y Góngora citado por Irving Leonard en *La época barroca en el México colonial*, México, FCE, 1976 (Colección Popular, núm. 129), p. 179.

contrasta con su prodigiosa expansión en la centuria inmediatamente anterior. A pesar de que semejante discrepancia debería de beneficiar a los criollos, estos todavía mantienen una condición sumisa con respecto a la metrópoli, si bien llegan a manifestar sutilmente sus anhelos de emancipación: se saben provincianos dentro del vasto Imperio español y se asumen como tales. Esta condición subordinada es la que explica las modalidades que adopta nuestra lengua en el habla criolla: es un lenguaje en extremo cortés, más sutil y delicado que el de los peninsulares, cuyas peculiaridades fueron destacadas desde los comienzos del siglo XVII por Bernardo de Balbuena, quien dice que es en la sociedad mexicana

[...] donde se habla el español lenguaje
más puro y con mayor cortesanía,
vestido de un bellissimo ropaje
que le da propiedad, gracia, agudeza,
en casto, limpio, liso y grave traje.

Si el *espíritu nacional* en el México del Virreinato no es, como dice Henríquez Ureña, más que el “espíritu español modificado”, cabe preguntarse en qué consiste esa modificación, porque lo cierto es que durante el siglo XVII, la literatura novohispana todavía forma parte de la literatura peninsular, si bien alterna de tú a tú con ella, la enriquece y en veces la supera, como lo hemos visto en el caso de Juan Ruiz de Alarcón. ¿En dónde se cifra, entonces, la originalidad de la voz de estos escritores cuyo talento rebasa los límites y las limitaciones de la Nueva España? ¿Puede hablarse, en su caso, de mexicanidad, aquella que hace que Villaurrutia evoque a sor Juana para definir el canon de nuestra poesía? Por paradójico que se antoje, esa presunta mexicanidad reside, primeramente, en su hispanidad. El talento, la calidad, la estatura literaria de estos escritores nuestros, como decíamos, son comparables, cuando no superiores, a los que ostentan los grandes exponentes metropolitanos de los Siglos de Oro. Pero reside, también y primordialmente, en la peculiar manera de hacer suya la cultura de la metrópoli.

Sor Juana, la figura más destacada no solo del siglo sino de la colonia entera, recibe, como la mayor parte de los poetas peninsulares de su tiempo, la poderosa influencia de Góngora, a quien imita declaradamente en el único poema que hizo de propia voluntad, según ella misma confiesa con un dejo de fingida modestia: “no me acuerdo haber escrito por mi gusto si no es un papelillo que llaman *El Sueño*”; pero, como dice Reyes, sor Juana “supo vaciar en el molde ajeno su propia sangre, su índole inclinada a la introspección y a las realidades más recónditas del ser”.¹⁴ Por otra parte, el culteranismo, con el que muchas veces se le identifica, no es aplicable a toda su literatura. Sobre su poesía religiosa, por ejemplo, tienen mayor ascendencia los místicos carmelitas san Juan y santa Teresa que los poetas barrocos, y sus poemas manifiestamente gongorinos poseen un estilo propio, acaso revelador de la condición criolla de su autora y, por lo tanto, de una incipiente mexicanidad. Algunos ven en tales rasgos poéticos la feminidad de sor Juana. Nosotros, la cortesía criolla, que se corresponde con las características de mesura, discreción, reflexión que Villaurrutia le atribuye a la poesía mexicana y que Octavio Paz destaca al establecer una relación de oposición entre la monja jerónima y el poeta cordobés: “Por genio natural, sor Juana tiende más al concepto agudo que a la metáfora brillante; Góngora, poeta sensual, sobresale en la descripción —casi siempre verdaderas recreaciones— de cosas, figuras, seres y paisajes, mientras que las metáforas de sor Juana son más para ser pensadas que vistas”.¹⁵ El barroco de sor Juana, pues, no implica el servilismo a los modelos españoles, sino la capacidad de trascender, después de haberla asimilado, la tradición heredada.

CUATRO

Con el advenimiento de los Borbones a España al comenzar el siglo XVIII, la cultura sufre una transformación sustancial en todo el orbe his-

¹⁴ Alfonso Reyes, “Letras de la Nueva España”, p. 370.

¹⁵ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, México, FCE, 1982, p. 470.

pánico. “La era de la creación artística —dice Alfonso Reyes— entrega sus saldos a la clasificación, la crítica y la historia”.¹⁶

España, que había conformado su expresión nacional en la centuria inmediatamente anterior de acuerdo con su propia tradición y había hecho suyo el arte del barroco —arte de la Contrarreforma—, se supedita, en el siglo XVIII, al embate del neoclasicismo, con el que Francia expresó su vocación normativa y universal. El espíritu académico y preceptivo acabó por imponerse en las manifestaciones culturales y desplazó el gusto barroco, que a partir de entonces fue considerado grotesco, excesivo, decadente: *mal gusto*, en suma. La literatura española relega a un segundo plano la portentosa creatividad que había movido las plumas de los escritores de los Siglos de Oro y pone el acento en la historia, la política, la jurisprudencia, de las cuales fue palmario expositor Gaspar Melchor de Jovellanos; y en la crítica, que con agudeza y rigor ejerció Benito Jerónimo Feijoo. Esta transformación se refleja, aunque con algunas modalidades, en las colonias de ultramar, que, al recibir el influjo del pensamiento crítico e ilustrado, inician su proceso de independencia. Dice Alfonso Reyes:

Si en el siglo XVII dominaron los intereses poéticos de la cultura, en el XVIII domina el interés social. Los trabajadores del espíritu, varones de laboriosidad increíble, asumen un aire de escritores profesionales y se consagran, por una parte, a poner en orden la tradición; por otra, a edificar una nueva conciencia pública, recogiendo las novedades del pensamiento europeo y dando expresión, a la vez, al sentimiento de un pueblo que se sabe ya distinto de la antigua metrópoli, que ha comenzado a llamarse patria.¹⁷

En la Nueva España, los “trabajadores del espíritu” se asumen como ciudadanos del mundo, condenan la esclavitud; les confieren valor de clasicismo a las culturas prehispánicas, tal como lo habían hecho los humanistas del Renacimiento con respecto a la cultura grecolatina de la Anti-

¹⁶ Alfonso Reyes, “Letras de la Nueva España”, p. 375.

¹⁷ *Ibídem*.

güedad, y en ellas sientan las bases de una nacionalidad independiente; y estudian tanto las lenguas indígenas como la lengua latina —para ellos, como dice Reyes, no lengua muerta sino *dormida*—, en la que vierten sus conocimientos sobre la cultura mexicana con el propósito de otorgarle validez universal. Rafael Landívar, de origen guatemalteco pero residente en México, continúa en su *Rusticatio Mexicana* la glorificación de Balbuena y describe en hexámetros latinos la vida, las costumbres y el paisaje mexicanos, y lo mismo da cuenta de la campiña oaxaqueña que del guajolote; de las chinampas de Xochimilco que de las corridas de toros. De la misma manera, Diego José Abad, traductor de Virgilio, alude en su poema latino *De Deo, Deoque Homine* al Pico de Orizaba o a la flor de la Pasionaria. Francisco Xavier Clavijero, teólogo, humanista, políglota, organiza por primera vez con rigor metodológico, en su *Historia antigua de México*, el conocimiento sobre las culturas precortesianas. Juan José de Eguiara y Eguren inicia con su *Bibliotheca Mexicana* la primera bibliografía de nuestro país. Todos ellos contribuyen, con su saber enciclopedista, a legitimar, en el ámbito de la cultura y de las ideas políticas, el proceso de emancipación de la Nueva España, que se da, de forma concomitante, en el ámbito general de la América española.

Los criollos, que se oponen a la política de centralización administrativa y fiscal de la monarquía borbónica y que aspiran a negociar libremente con todas las naciones, tienen los oídos muy atentos a las voces cosmopolitas de la Enciclopedia y de la Ilustración, las voces de los libros prohibidos que introducen los viajeros en nuestro continente, las voces de los sacerdotes extranjeros que desde los colegios y las misiones de la Compañía de Jesús debaten los asuntos políticos americanos; las voces inglesas que desacreditan al Imperio español... en fin, las voces que abren las fronteras del tradicionalismo hispánico e incitan a la independencia.

El bogotano Antonio de Nariño traduce e imprime la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* en 1794 y el exaltado exjesuita caraqueño Juan Bautista Vizcardo y Guzmán aprovecha la celebración

del tercer centenario del descubrimiento de América para escribir la explosiva *Carta de los españoles americanos*, que Mariano Picón-Salas, en su libro *De la Conquista a la Independencia* —dedicado, por cierto, a Alfonso Reyes—, considera la primera proclama de la revolución de independencia.¹⁸

Fundamentalmente de carácter crítico y científico, buena parte de la literatura de la centuria se concentra en la Compañía de Jesús, a la sazón el organismo cultural de mayor poder económico y político del orbe colonial. Sus intereses se identifican con la burguesía, que, en Europa, en Francia particularmente, está a punto de derrocar a la monarquía y sustituir a la nobleza en el poder. En América, la obra intelectual de los jesuitas, que habrán de ser expulsados de todos los territorios del Imperio español en 1767, influye decisivamente en el espíritu emancipatorio de las colonias. Sin abjurar de su condición religiosa, los jesuitas novohispanos del siglo XVIII concuerdan sustancialmente con el ideario de la Ilustración. Francisco Xavier Clavijero se esfuerza por desvanecer los errores europeos a propósito de los indios americanos y por darles a sus culturas estatura universal, y Francisco Xavier Alegre sostiene enérgicamente que la autoridad no procede de la fuerza intelectual ni física, ni es una delegación divina, ni la confiere el sumo pontífice sino que el origen y títulos del Poder Público —dice— no son otros que el consentimiento de la comunidad expresado en el pacto social.

Si en el siglo XVII, como dijimos, la autonomía de la literatura novohispana residía, paradójicamente, en su hispanidad, si bien con las modalidades propias que hemos mencionado en estas páginas, en el siglo XVIII se sustenta en su vocación universal.

Habrà de venir la independencia política y la más prolongada y compleja emancipación cultural, tan bien estudiada por José Luis Martínez,¹⁹ para que podamos hablar, en rigor, de una literatura mexicana. La his-

¹⁸ Cf. Mariano Picón-Salas, *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, México, FCE, 1969 (Colección Popular), pp. 226 ss.

¹⁹ Cf. José Luis Martínez, "La emancipación literaria de Hispanoamérica", en *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1972, pp. 75-112.

panidad, que le impone su lengua y su tradición, es, al mismo tiempo, su impulso y su lastre. En comunidad de intereses con el resto de lo que José Martí llamó *Nuestra América*, habrán, según la frase ya proverbial de Manuel Díaz Rodríguez invocada por José Enrique Rodó, de retornar las carabelas para que las particularidades locales de la literatura mexicana tengan resonancia en el contexto de la cultura universal y para que la cultura universal le pertenezca por derecho.

FELICIDAD*

Julieta FIERRO

Esta lectura es un texto que he preparado para docentes; de allí su tono sencillo y práctico. En general los profesores tienen poco tiempo para actualizarse y buscan soluciones fáciles a sus problemas en el aula. Por lo tanto les pido una disculpa por lo elemental del artículo, ya que no está dirigido a investigadores. Decidí leerlo aquí para compartir con ustedes lo que hago.

Como tal vez algunos de ustedes saben, tengo un hijo economista, Luis Rayo, que modela felicidad. El tema es parte de la microeconomía moderna. Los modelos que trabaja tienen algunas vertientes prácticas. Es muy difícil que los profesores tengan acceso a los artículos de investigación, no solo los de docencia sino los de otras ramas del conocimiento, sobre todo si están escritos en inglés. El siguiente texto está destinado a maestros de primaria del sistema educativo mexicano.

INTRODUCCIÓN

La búsqueda de la felicidad es una de las mayores motivaciones en la vida. La pérdida de la felicidad o su ausencia pueden ser causa de un bajo desempeño escolar, además de acarrear otros problemas personales.

En este texto se explican algunas de las características de la felicidad, incluyendo el hecho de que es relativa. Asimismo se explica que es necesario trabajar para conseguirla.

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 13 de diciembre de 2007.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA FELICIDAD

Todos los seres humanos sabemos lo que es estar felices, es una de nuestras características heredadas a partir de que evolucionamos hace millones de años con los demás mamíferos superiores. Compartimos características de felicidad con otras especies; es sencillo saber cuando un perro está contento, agita la cola, se mueve de un lugar a otro, se vuelve juguetero.



Se distingue cuando un perro está contento: mueve la cola y se vuelve juguetero.

Después de cierto tiempo, cualquier tipo de felicidad intensa se acaba. Pensemos en un banquete o un acto de pasión. Por más extraordinarios que hayan sido, no nos colman por siempre, añoramos más.

A pesar de que nuestra experiencia indica lo contrario, creemos que se puede estar en un estado perpetuo de dicha, que solo es cosa de tener salud, amor, mucho dinero y libertad. Sin embargo, personas que tienen todo lo anterior se habitúan a su condición y siguen buscando más. Si acaso lo logran, nuevamente se acostumbran y terminan añorando aun más.

Esta búsqueda incesante de felicidad mueve el consumo. Los anunciantes saben que venderán más si prometen felicidad con sus productos, independientemente si son cereales, cremas, detergentes o autos.

Es interesante constatar cómo nos habituamos inexorablemente a nuestras circunstancias. Incluso personas con discapacidades serias se acostumbran a su condición y buscan superarse. Si trabajan con acierto encuentran fuentes inesperadas de dicha. Un caso conocido en México es el de un joven paralítico que tuvo un problema en su Club de natación: no lo dejaron usar la alberca “para no molestar a los otros socios”. Este joven demandó al Club y ganó, gracias a los cual ocho jóvenes de escasos recursos y discapacidad ahora pueden usar las instalaciones. Además, gracias a sus labores de gestión y altruismo, ha logrado mandar colocar 2000 rampas en sitios de difícil acceso en la ciudad de México. Dice que ha sido la mejor época de su vida.

Otra característica de la felicidad es que es relativa. Hay niños que se sienten infelices por no tener un iPod de última generación, siendo que nuestros antepasados encontraban momentos de dicha cuando ni siquiera existía el concepto de electricidad.

DINERO, FELICIDAD Y COMPARACIONES SOCIALES

El motor más poderoso para el desarrollo humano es la búsqueda de felicidad. Los adultos dedican la mayor parte de la vigilia en obtener dinero como paso intermedio hacia la felicidad.

Los países más desarrollados del mundo tienen habitantes con enorme poder adquisitivo. Sin embargo, sus índices de felicidad no han crecido. El motivo detrás de esta paradoja es doble. Como mencionamos en la sección anterior, uno se acostumbra a su estado de bienestar en poco tiempo, es decir, a tener más dinero. El segundo motivo es que la riqueza es relativa. Aunque tengamos más dinero, si todos ganan más y nos comparamos con ellos, no sentimos un incremento en nuestra felicidad. Así, sentirse rico o pobre depende de con quién nos midamos. Si

las personas a las frecuentamos ganan más que nosotros nos sentiremos pobres, y lo contrario nos hará sentirnos ricos.

Cualquier medición requiere un sistema de referencia. Por ejemplo, cuando nuestro ojo decide de qué color es algo, lo compara con el fondo. Como prueba basta con mirar la siguiente figura. Aunque sea difícil de creer, las dos cruces son exactamente del mismo color. Las vemos distintas debido a la diferencia de fondo.



Esta es una ilusión óptica, basada en las ilustraciones de J. Albers; se pone de manifiesto el concepto de relatividad de la apreciación del color. La cruz de la parte superior se ve de distinto color que la de la inferior, dependiendo del fondo. Si se observa la parte media izquierda de la figura, donde las x coinciden, se comprobará que son del mismo color.

En las siguientes secciones señalaremos algunas fuentes de felicidad, las más importantes son los amigos, la familia, el altruismo, los actos de creación, el trabajo, el ejercicio y las sorpresas agradables.

Haremos énfasis en que se tiene que trabajar para acceder a la felicidad. Además señalaremos las circunstancias que debemos evitar para no sentirnos tristes.



LOS AMIGOS

Una fuente importante de felicidad son los amigos. Estos ofrecen diversión, solidaridad, compañía y redes de oportunidades. Un niño que se siente solo es infeliz.

En el caso en que el docente descubra que un niño carece de amigos deberá fomentar el trabajo en equipo. El niño solitario deberá circular por varios equipos hasta que el profesor descubra en cuál es aceptado y se le facilite formar los lazos de amistad. El maestro también debe fomentar juegos de grupo durante el recreo para que el alumno solitario aprenda a socializar.

Los amigos son importantes porque son una fuente de apoyo, nos ayudan a transitar por momentos difíciles. Además, con ellos compartimos lo bueno de la vida.

LAS REDES

Las redes son las conexiones con las que contamos. Por ejemplo un campesino dedicado a un monocultivo con una parcela sujeta a riego de temporal que habita en un sitio aislado tiene un sistema de redes débil. Pues está sujeto a las inclemencias del tiempo y le es difícil colocar sus productos y hacerse de los bienes que requiere, como podría ser el acceso a una buena clínica de salud. En cambio, un industrial poderoso tiene un sistema sólido de redes: si por ejemplo falla uno de sus negocios, el resto de sus empresas le facilitan solventar sus quebrantos.

Así, un niño con un sistema poderoso de redes: buena alimentación, acceso a bibliotecas, padres con educación superior que colaboran con la escuela, tiene mayor posibilidad de éxito que el niño que no cuenta con esas facilidades. Sin embargo, si el primer niño se hace amigo del segundo, este aumentará de manera inmediata su sistema de redes, lo que impactará de manera favorable en su desempeño escolar. Este es el motivo por el cual son tan importantes las escuelas públicas, como la Universidad Nacional Autónoma de México, donde personas de todos los estratos sociales estudian juntas.

EL JUEGO

El juego es fundamental para el bienestar humano. Basta con mirar cómo juegan un par de recién enamorados.

Cuando los niños juegan aprenden un gran número de habilidades: a manipular, reflexionar, coordinar movimientos finos, socializar, compartir, disfrutar de la vida, etc., los juegos se deben fomentar en las escuelas. En caso de que no sea posible, los maestros deben insistir en que los padres de familia faciliten los espacios para que sus hijos jueguen. También deben hacer gestiones para que las colonias donde están las escuelas haya ludotecas y otros espacios de esparcimiento.

EL EJERCICIO

Nuestro cuerpo está diseñado para usarse. Es muy importante hacer ejercicio y que nuestros alumnos lo hagan. Debemos procurar no interferir en las horas de deporte escolar. El docente debe fomentar que los alumnos desarrollen actividades extracurriculares que involucren ejercitarse: gimnasia, bailar, jugar fútbol, etc. Hacer ejercicio con otros, por ejemplo, jugar voleibol, no solo hace que estemos más sanos, sino que establecemos redes de amistad y confianza.

Caminar ayuda a pensar: imaginemos a un docente impartiendo una clase que requiere particular esfuerzo. Se puede usar el patio a la escuela para que los alumnos caminen y piensen o realicen ejercicios de memorización mientras caminan: las tablas de multiplicar, el alfabeto, la poesía de fin de año, los parlamentos para una obra de teatro.

En algunas escuelas los padres de familia pueden gestionar que se abran los espacios de recreo durante la época de vacaciones para que los niños tengan sitios para ejercitarse. Lo mismo se puede hacer en su delegación (en el caso del Distrito Federal). Esto es importante porque la época de vacaciones en México coincide con la de lluvia, en particular por la tarde. Así que los padres de familia tienden a exponer a sus hijos a muchas horas de televisión a expensas de las horas de ejercicio.

El profesor debe procurar convencer a los padres de familia de la utilidad del ejercicio. Se han hecho experimentos que muestran que el desempeño académico en matemáticas mejora si los niños hacen deporte.

LA FAMILIA

Uno de los pilares de la felicidad es la familia. Nos referimos a ella en un sentido amplio: una madre con un hijo, dos hombres con tres niñas, niños con ocho pares de abuelos, etcétera.



La familia tradicional no es la única que existe.

La familia crea lazos de apoyo mutuo, confianza y amor incondicionales. Por eso somos tan afectos a las reuniones familiares, como los cumpleaños, donde los miembros de la familia refrendan su cariño.



La familia forma una red firme de apoyo mutuo.

Algunos niños piensan que no pueden ser felices si sus familias no son como las de algunos libros: papá, mamá, hermanos. Una familia con una abuela líder de cinco nietos puede ser excelente. Lo importante de una familia no es el número ni el sexo de las personas que la forman sino la calidad de las relaciones que establezcan. El docente debe hacer énfasis en que existen muchos tipos de familias y que no necesariamente unas son superiores a otras; es decir, que en todas hay problemas y fuentes de alegría. Una familia debe fomentar vías de comunicación entre sus miembros, ser nutrente, ofrecer cuidados, esparcimiento, responsabilidades, y reglas claras.

Los niños que viven en familias disfuncionales suelen ser infelices. Cuando el docente detecte un niño con problemas familiares debe facilitarle otras habilidades para obtener felicidad, como las de tener amigos o participar en proyectos creativos.

Por supuesto si un niño tiene problemas persistentes de tristeza se debe enviar con un especialista, lo cual es válido para cualquier persona. Son comunes casos de depresión que solo un terapeuta puede ayudar a superar.

Solidaridad entre primates y estrés

Para facilitar la comprensión de las estructuras sociales entre los seres humanos es útil observar a los primates superiores. Los chimpancés poseen un sistema social donde el macho alfa domina al resto. Si el macho alfa abusa de un macho joven o lo excluye de las fuentes de alimento, este corre peligro de morir, a menos de que tenga parientes o amigos. Estos le brindan protección y comida, lo que le ayuda a aliviar el estrés. En este caso la familia y los amigos son fundamentales para la sobrevivencia. Estudios en guarderías muestran cómo los amigos y hermanos, a partir a un año de edad, se ayudan y protegen entre sí.

Una de las amenazas principales de la salud es el estrés. Sus fuentes son diversas, una importante es la clasificación social; no ocupar el sitio que uno siente que merece. En caso de estar en un medio de gran competencia, es importante tener un grupo de amigos donde el ambiente sea relajado.

Cuando los niños compiten por tener buenas calificaciones se benefician porque se esfuerzan y aprenden. Estos niños funcionan mejor si tienen familias que los apoyan y amigos con los que se sienten cómodos.

ESTUDIAR

Comprender produce placer

Una fuente de felicidad es el trabajo creativo; estudiar es justo eso, esforzarse para aprender. El docente debe diseñar actividades que estén un poco por encima de las habilidades de sus alumnos de tal manera que sientan que logran vencer un reto y no solo aprendan sino que lo disfruten. (Se pueden consultar los siguientes artículos aparecidos en el *Correo del Maestro* números 117 y 129 del 2006 y 2007, donde se señalan retos en una clase de lectura y de danza.)

La creación produce felicidad. Pensemos en el maestro ocurrente, la directora innovadora, la maestra de preescolar estimulante.

No hay recetas para ser creador. Sin embargo el profesor puede facilitar los espacios de libertad necesarios para que sus alumnos se expresen de acuerdo con sus habilidades, y que a partir de estas construyan el conocimiento curricular.

EL DESCANSO

El cansancio es mal compañero del desempeño escolar. Es importante cuidar las horas de descanso. Si un alumno está cansado no aprenderá

bien. Si nosotros estamos cansados estaremos más irritables en perjuicio de nuestra práctica docente. Debemos planear nuestra semana de tal manera que tengamos suficientes horas de descanso; cada persona necesita una cantidad distinta.

Si vemos a niños que llegan cansados deberemos alertar a sus padres para garantizar que sus hijos duerman lo suficiente. Si los síntomas del cansancio persisten debemos reiterar el diálogo con los padres o tutores para diseñar una estrategia que incluya suficiente reposo y visita a un médico.

EL ALTRUISMO

Uno se siente bien cuando ayuda al desfavorecido. En parte es porque uno le da las gracias a la vida por no estar en tan malas condiciones como las que tiene el otro.

El buen maestro es altruista por excelencia: regala conocimiento. No solo adquiere felicidad por el estatus, por saberse buen docente, sino porque regala habilidades siempre que está frente al grupo.

Es interesante comparar el ambiente en los congresos de docentes y los de otras disciplinas como las científicas. Durante los encuentros donde el propósito es compartir prácticas pedagógicas se detecta menos competencia que en los de círculos como los de investigación. En estos los actores temen que se roben sus ideas, siendo que para los primeros de lo que se trata es de regalar ideas.

Si en el aula existe algún niño discapacitado es importante que todos los alumnos se acostumbren a ayudarlo, esto no solo reeditarán bienestar sino les enseñará a aceptar las diferencias entre las distintas personas.

EL ESTATUS

El estatus es la medida de los bienes en comparación con la de los pares.

Los niños miden su felicidad al comparar su posición con la de los compañeros; esto puede depender de las calificaciones, la pelota, el lunch, la belleza o la simpatía.

Nos sentimos bien si nuestro estatus como maestros es bueno; por ejemplo, cuando nuestros alumnos obtienen mejores calificaciones que las de los compañeros en las pruebas estandarizadas.

Por otro lado, nos sentimos mal si disminuye nuestro estatus. Reflexionemos en la sensación que produce enterarnos de que le dieron un ascenso a un colega cuando consideramos que nosotros lo merecemos.

Si enseñamos a los niños que el estatus académico es un bien les habremos transmitido una gran habilidad. Este puede provenir de cualquiera de sus habilidades: arte, danza, deportes, español, matemáticas, oratoria, etcétera.

Las actividades de competencia otorgan estatus a los triunfadores y emoción a sus compañeros. El profesor debe favorecer actividades en equipo donde el éxito dependa de las distintas habilidades de los alumnos. De esta manera los estudiantes aprenderán a sentirse bien cuando logran un objetivo y lo comparan con el de los demás.

Dentro de una escuela en la que existan grandes diferencias de estatus económico es importante que los alumnos usen el uniforme ya que este es un factor igualador.

LAS SORPRESAS AGRADABLES

Si vamos por la calle y nos entramos una moneda nos sentimos felices; lo asociamos con la idea de que la vida nos va a tratar bien, aun cuando la denominación de la moneda sea baja y llevemos más dinero en la bolsa.

Otras fuentes de felicidad son actividades nuevas, variadas. Al cerebro le produce placer la variedad de estímulos.

Es decir, los alumnos apreciarán más el conocimiento si el docente trae sorpresas. Dependiendo del grado escolar, puede ser: ir a buscar insectos, leer una historia de terror, salir al patio a efectuar un experimen-

to, ver un video sobre habilidades deportivas; es decir, usar lo que les agrada a los niños como pilares para construir el conocimiento.

Si logramos apasionar a nuestros alumnos en una asignatura la abordarán con tal entusiasmo que fluirán con ella, sin cansancio aparente.

OBTENER FELICIDAD CUESTA TRABAJO

Uno de los descubrimientos que se han llevado a cabo sobre la felicidad indica que para alcanzarla se debe trabajar y que el trabajo mismo para alcanzarla produce felicidad. Imaginemos que estamos preparando una celebración en el aula. Disfrutamos desde que nos ponemos a decorarla, contamos con la ayuda de nuestros compañeros docentes, miramos las caras de satisfacción de los padres de familia que colaboran con nosotros.



Trabajar para ser feliz, como preparar una fiesta, es una fuente de felicidad.

Otro ejemplo es el de la pareja. Un matrimonio estable requiere de cuidado y trabajo. Una pareja feliz se modifica y consolida con el esfuerzo mutuo.

El trabajo para obtener felicidad no tiene que ser monótono ni obligatorio, pero es necesario.

Es importante que los docentes preparen días especiales con sus alumnos, por ejemplo una clase abierta donde acudan los padres. De esta manera, los niños sabrán que tienen una fecha límite para aprender determinados temas y se comprometerán más con el trabajo en el aula. La clase abierta debe ser motivo de fiesta pues muestra a los demás el trabajo que hemos desempeñado y nuestro avance. También se deberá hacer énfasis en que no es necesario que acudan todos los padres de familia para garantizar la calidad académica de la actividad.

Un ejemplo que combina la importancia del altruismo, la familia, el trabajo, el estatus y la felicidad es la labor titánica de los trabajadores ilegales latinoamericanos en los Estados Unidos. Están dispuestos a laborar dos turnos para poder enviar suficiente dinero a sus familiares. Se sienten felices cuando regresan a sus comunidades, con regalos para la familia y capital para mejorar las condiciones físicas de su lugar de origen.



Los trabajadores ilegales laboran arduamente para mantener sus redes familiares, ser altruistas y elevar su estatus.

Ahora viene la sección de manual de superación personal o al menos he escuchado que presentan listas del siguiente estilo:

LO QUE SE DEBE EVITAR

Aunque no nos quede claro cómo podemos obtener felicidad, podemos dar una lista de lo que debemos evitar, al menos para no estar tristes.

1. Evitar pelearnos con amigos y familiares cercanos. Una vez que uno se riñe, es decir, ofende a otro, no se puede borrar; es algo que sí sucedió. Suavizar un malentendido lleva tiempo y trabajo. Se debe evitar la confrontación con familiares y amigos para no distanciarse y romper las redes de cooperación.

La posición clásica de un marido golpeador inicia con el distanciamiento entre la víctima y su familia; de esta manera, la persona golpeada no tiene a quién acudir.

2. Evitar compararse con los demás. Siempre habrá personas más poderosas, hermosas, simpáticas, listas que nosotros. Si uno se pasa la vida comparándose con ellas y piensa que ser como los demás significa ser feliz, se habrá perdido la batalla. Para dejar de ser infeliz se debe evitar compararse de manera incesante con lo inalcanzable. La envidia es una de las pasiones más destructivas.

Por supuesto que si uno se compara con los demás para fortalecer las habilidades propias, es una virtud.

3. Se debe evitar padecer al mismo tiempo más de tres de las siguientes condiciones: hambre, soledad, cansancio, desamor, enfermedad. Si uno se siente solo debe al menos descansar y comer lo suficiente. Si está enfermo debe alertar a las personas para no incurrir en irritabilidad y permitir que otros nos ayuden.

4. Se debe evitar sentir culpa por estar triste cuando uno tiene motivo para estarlo.

5. Se debe acudir a un especialista si uno está deprimido; es decir, estar triste durante varias semanas, aun cuando se tenga motivo.

RECORDAR LO BUENO DE CADA SEMANA

Una estrategia útil para trabajar sobre la felicidad personal es reflexionar un día a la semana sobre lo bueno que nos sucedió durante los siete días anteriores. El docente puede pensar sobre cómo han avanzado sus estudiantes, la música que escuchó y que tanto le agrada, la lectura que hizo sobre un tema interesante en el *Correo del Maestro*, la comida favorita que se preparó en casa, la ayuda que le brindó al profesor del aula de junto, etcétera.

Esta estrategia funciona bien pues hace que uno tienda a poner énfasis en lo bueno en lugar de en lo malo de la vida. Desde el punto de vista de la evolución somos más hábiles descubriendo lo malo que lo bueno. Es lógico, al decidir morar en determinada cueva, los cazadores recolectores debían descubrir sus fallas, como tener una entrada imposible de cuidar para evitar la entrada de un depredador. Somos tan buenos recordando lo malo que nos sale natural criticar. El pensar una vez por semana en lo bueno que nos aconteció no significa que no hagamos un análisis de autocritica, para aprender de nuestros errores. Sin embargo, para mantener la felicidad sirve recordar también lo bueno de la vida.

El docente debe concluir la semana haciendo énfasis en los logros de sus alumnos, sobre todo en aquellos que les brindaron felicidad. También debe incluir los retos a vencer, lo que puede llegar a ser una actividad interesante.

CONCLUSIÓN

No existen recetas infalibles para ser feliz ya que cada persona es distinta, así como sus circunstancias. Lo que sí se puede hacer es descubrir qué es lo que nos hace dichosos y trabajar para lograr nuestras metas. El trabajo para obtener la felicidad se puede convertir en dicha.

Si generamos un ambiente cordial en el aula, donde aprender sea un placer y el conocimiento un tesoro, donde se favorezca el trabajo en equi-

po, habremos contribuido a que nuestros estudiantes aprendan cómo obtener felicidad.

La familia, los amigos, el altruismo son fuentes de dicha. Para ser felices debemos evitar tener envidia de personas inalcanzables, combinar ejercicio con descanso y tener satisfacciones físicas y emocionales acordes con nuestras necesidades.

El docente de Español tiene una gran responsabilidad, pues la lengua sirve para comunicar; hacerlo bien es una gran herramienta, entre otras cosas para ser claros y evitar problemas con los demás.

Cada grupo escolar y cada niño son distintos. Con la práctica sabremos descubrir a un estudiante deprimido. Lo ideal es que lo ayude un especialista o su familia. En caso de que esto no sea posible el docente le puede enseñar a tener amigos y a estudiar, lo cual le traerá felicidad pues la satisfacción intelectual es enorme.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abad, Diego José: 514
 Abad, Per: 301n
 Abreu Gómez, Ermilo: 450
 Acevedo, Esther: 341n
 Acevedo, Francisco de: 428
 Acosta, José de: 127
 Acuña, Manuel: 232, 236, 350
 Adorno, Theodor W.: 406, 406n, 407, 407n
 Agüeros, Victoriano: 103, 369, 422n
 Aguiar y Seijas, Francisco de: 449, 507
 Aguilar, Luis Miguel: 337
 Aguilar Contreras, Abigail: 367
 Agustín, san: 378
 Akhmatova, Anna: 382
 Alamán, Lucas: 354, 370
 Alarcón y Mendoza, Juan Ruiz de (*véase* Ruiz de Alarcón y Mendoza, Juan)
 Alarcos, Emilio: 99n
 Alas, Leopoldo: 76, 114, 117
 Alatorre, Antonio: 126
 Alberro, Solange: 282n
 Alberti, Rafael: 349
 Alcalá, Manuel: 200
 Alcayaga, Petronila: 382
 Alcoriza, Luis: 110
 Alegre, Francisco Javier: 120, 428, 515
 Aleixandre, Vicente: 41, 41n
 Alemán, Mateo: 448, 506
 Alemán, Miguel: 230, 264, 265
 Alemany, Lorenzo de: 96
 Alessio Robles, Vito: 168, 370
 Alfonso, Esteban: 348
 Alighieri, Dante: 64, 184, 273, 354, 481
 Alone (*véase* Díaz Arrieta, Hernán)
 Alonso, Amado: 80, 97, 97n
 Alonso, Dámaso: 438, 438n, 440
 Alquié, Ferdinand: 321n, 325n, 326n, 327, 332n, 333n, 488n, 496n
 Altamira, Rafael: 169
 Altamirano, Ignacio Manuel: 54n, 70, 106, 210, 216, 232, 236, 237, 349, 352, 370
 Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de: 502
 Alvar, Manuel: 358, 365n
 Alvar Esquerria, Alfredo: 358
 Alvarado, José: 163, 218
 Alvarado, Pedro de: 135
 Alvarado, Salvador: 248, 258
 Alvarado Ballester, Rafael: 358
 Alvarado Tezozómoc, Hernando: 502
 Álvarez, José Rogelio: 8, 10, 15, 16, 26, 141n, 229
 Alzate y Ramírez, José Antonio: 352
 Anazarbeo, Pedacio Dioscórides: 359
 Andrade, Vicente de Paula: 422, 422n
 Angélico, fray (*véase* Fiesole, Fra Giovanni di)
 Anson, George: 288, 288n
 Antonio, Nicolás: 421, 421n
 Anunciación, fray Juan de la: 428
 Aquino, santo Tomás de: 280
 Arboleda, Alejandro: 426

- Arciniegas, Germán: 473n
 Arenas, Reinaldo: 116
 Arguedas, José María: 399
 Argueta, Alfonso: 366
 Argueta V., Arturo: 366
 Arias de Villalobos: 423, 428
 Aristóteles: 198, 311, 323, 329, 369, 406, 406n, 491, 493
 Arnáiz y Freg, Arturo: 163
 Arreola, Juan José: 46, 46n, 218, 227, 245, 353
 Arriaga, Ponciano: 164
 Arruza, Carlos: 130
 Asís, san Francisco de: 126
 Astey, Luis: 184, 229
 Asturias, Miguel Ángel: 399
 Aub, Max: 110, 218, 218n
 Aubert, François: 342
 Auden, Wystan Hugo: 339
 Ávila, Teresa de: 31n, 270
 Azaña, Manuel: 50
 Azar, Héctor: 33, 229
 Azuela, Arturo: 16, 25, 33, 107, 162, 229, 457
 Azuela, Mariano: 7, 9, 118
 Azuela, Salvador: 63, 112, 200

 Babeur, Gracchus: 379
 Badiano, Juan: 357n
 Baca, Albert R.: 414
 Báez-Camargo, Gonzalo: 229
 Balbuena, Bernardo de: 423, 428, 500, 505, 506, 514
 Balibar, Étienne: 493
 Ballot y Torres, José Pablo: 96
 Balmes, Jaime: 100
 Bandeira, Manuel: 473n
 Baracs, Lydia: 221

 Baranda, Joaquín: 33
 Barreda, Octavio G.: 218, 243, 353
 Barrera Vásquez, Alfredo: 260
 Barrera y Leirado, Cayetano Alberto de la: 426
 Basacio, fray Arnaldo: 36, 36n, 137
 Basave y Fernández del Valle, Agustín: 15
 Bataillon, Marcel: 169
 Batis, Huberto: 216
 Battista Piranesi, Giovanni: 356
 Baudot, Georges: 429
 Baz, Gustavo: 473n
 Baz, Luisa: 343, 343n
 Bécquer, Gustavo Adolfo: 350
 Bejarano, Ignacio: 371
 Bello, Andrés: 95, 97, 97n, 98n, 99, 99n, 210, 390n
 Belmonte Bermúdez, Luis de: 505
 Benítez, Fernando: 227, 353
 Benveniste, Émile: 334, 334n
 Bergson, Henri: 468
 Beristáin, Helena: 488n
 Beristáin de Souza, José Mariano: 264, 421, 422, 425, 426
 Bermúdez de Brauns, María Teresa: 54n
 Bernal, Ignacio: 38
 Bernal Jiménez, Manuel: 163
 Beuchot, Mauricio: 8, 10, 16, 18, 19, 26, 193, 202, 229, 404, 407n, 455, 466
 Beyer, Herbert: 146
 Bioy Casares, Adolfo: 245
 Blanchot, Maurice: 131
 Blanco Aguinaga, Carlos: 471n
 Blas, Camilo: 360
 Blondus, Flavius: 157

- Bocanegra, Matías de: 428
 Bonaparte, Paulina: 117
 Bonifaz Nuño, Rubén: 105, 126, 346
 Bonpland, Aimé: 363
 Bopp, Franz: 98
 Borges, Jorge Luis: 40, 81, 195, 245, 353, 369, 475, 477, 478n
 Bórquez-Solar, Antonio: 393
 Bosch García, Carlos: 164
 Bosque, Ignacio: 324n
 Botticelli, Sandro: 220, 419, 420
 Boturini, Lorenzo: 147
 Bouret, Charles: 269
 Bowra, Maurice: 369
 Braudel, Fernand: 169
 Brinton, Crane: 257
 Brotherson, Gordon: 259, 260n
 Brunelleschi, Filippo: 413
 Bruno, Giordano: 154
 Bry, Theodor de: 375
 Buck, Pearl S.: 381
 Buñuel, Luis: 110
 Burgoa, Francisco de: 357
 Burgos, Jerónima de: 104
 Burillo Azcárraga, Alejandro: 161, 265
 Bush, George: 356
 Bustillo Oro, Juan: 110, 111, 112
 Buxó, José Pascual: 7, 9, 19, 25
 Byron, lord: 396

 Cabada, Juan de la: 107, 111
 Caballero, fray Juan: 357
 Cabet, Étienne: 379
 Cabrera, Francisco José: 17, 414, 415
 Cabrera y Quintero, Cayetano de: 428
 Cadereyta, marqués de: 277
 Calderón de la Barca, Pedro: 70, 72, 73, 192, 425, 481, 503, 507

 Calero Vaquera, María Luisa: 95, 100, 101
 Calleja, Juan Manuel: 96
 Calpurnio, Tito Julio: 36, 36n
 Calvino, Juan: 279
 Campa (fotógrafo): 339
 Campanella, Tommaso: 378
 Campoamor, Ramón de: 76
 Campos, Marco Antonio: 85, 86
 Canale, Francisco C.: 199
 Cano Assaleih, Leticia M.: 366
 Cano Silva, Octavio: 23
 Caravaggio: 417
 Carballo, Emmanuel: 211
 Cárdenas, Lázaro: 49
 Cárdenas de la Peña, Enrique: 8, 10, 16, 17, 18, 141n, 189, 190, 192, 193, 199, 283, 291n, 458
 Cardoso, Joaquín: 33
 Cardoza y Aragón, Luis: 473n
 Carlos V: 127, 222, 374, 504
 Carpentier, Alejo: 115, 116
 Carreño, Alberto María: 38, 264
 Carrillo, Julián: 111
 Carrillo, Nabor: 111
 Carrillo Puerto, Felipe: 258
 Carrillo y Ancona, Crescencio: 257
 Casanova, Rosa: 339n
 Casasola, Gustavo: 353
 Casasús, Joaquín D.: 33, 63, 369
 Casilda, santa: 132
 Caso, Alfonso: 147, 366
 Caso, Antonio: 33, 63, 122, 260
 Cassin, Barbara: 493
 Castañón, Adolfo: 8, 10, 16, 17, 18, 21, 23, 119, 166, 208, 215, 219, 227, 238, 242, 247

- Castañón Rodríguez, Jesús: 170, 381, 455
 Castellanos, Rosario: 390, 390n, 396
 Castellanos Quinto, Erasmo: 207
 Castilla, Miguel: 425
 Castillo Nájera, Francisco: 160
 Castorena y Ursúa, Juan Ignacio de: 425n
 Castro, Adolfo de: 427
 Castro, Agustín: 426
 Castro Leal, Antonio: 33, 63, 192, 370, 396, 473n
 Castro Pallares, Alfonso: 180, 181, 183, 184
 Cavallo, F.: 157n
 Celorio, Gonzalo: 7, 9, 16, 17, 19, 21, 22, 23, 26, 27, 113, 208, 229, 238, 444, 453, 457, 499
 Ceniceros, José Ángel: 265
 Cercas, Javier: 117
 Cernuda, Luis: 473n
 Cervantes, Miguel de: 68, 185, 354, 369, 375, 376, 377, 378, 380, 428, 448, 458, 505, 506
 Cervantes de Salazar y de Mendieta, Francisco: 127, 505
 Cetina, Gutierre de: 423
 Chalarca, José: 388n
 Champollion, Jean-François: 355
 Chantraine, Pierre: 322n, 493
 Chaplin, Charlie: 382
 Chassaignac, Charles Marie Edouard: 132
 Chateaubriand, François René: 416
 Chavero, Alfredo: 16, 33, 63, 95, 102, 103, 104, 105, 106, 147
 Chávez, Ezequiel: 33, 63
 Chávez, Ignacio: 396
 Chumacero, Ali: 7, 9, 16, 25, 121, 141n, 173, 174, 176, 177, 179, 192, 217, 223, 226, 229, 241, 243, 349
 Clarín (*véase* Alas, Leopoldo)
 Clark, Belem: 223
 Claudel, Paul: 221, 270
 Clavijero, Francisco Xavier: 147, 171, 514, 515
 Clézio, Jean-Marie Gustave Le: 260
 Cline, Howard F.: 372
 Coe, Michael D.: 355
 Colina, José de la: 222
 Colón, Cristóbal: 67, 111, 115, 127, 156, 504
 Company, Concepción: 8, 10, 18, 19, 20, 22, 24, 292, 454, 458, 461
 Contreras, Juan de: 358
 Cook, James: 288
 Copleston, Frederick.: 119
 Cordero, Salvador: 262
 Cordobés, Apolo: 427
 Corneille, Pierre: 508
 Corominas, Joan: 322n
 Cortés, Hernán: 127, 222, 227, 235, 241, 244, 352, 504, 506
 Cosco, Leandro de: 504
 Cosío, José María de: 73
 Cosío Villegas, Daniel: 217, 396, 473n
 Cosío Villegas, Emma: 396
 Coubertin, Pierre de: 105
 Couttolenc, Gustavo: 8, 10, 16, 18, 27, 141n, 179-189, 229, 269, 456
 Cravioto, Alfonso: 33, 263
 Cruces (fotógrafo): 339
 Cruz, Martín de la: 357n
 Cruz, san Juan de la: 72, 270, 275, 448, 506

- Cruz, sor Juana Inés de la: 34, 34n, 35, 35n, 36, 37n, 38, 68-74, 114, 121, 122, 138, 184, 415, 423, 425n, 426-428, 431, 433, 439, 449, 450, 482, 500, 501, 503, 507-512
 Cruz García, Salvador de la: 192
 Cuadra, Pablo Antonio: 384
 Cuauhtémoc: 104, 210
 Cuervo, Rufino José: 97, 98, 98n, 99n
 Cuesta, Jorge: 79, 80
 Cueva, Juan de la: 423, 505
 Curiel, Fernando: 223
- Da Vinci, Leonardo: 203, 417
 Dailliez, Ana Cecilia Luisa: 45n
 Daireaux, Max: 394
 Daleda, Grazia: 381
 D'Annunzio, Gabrielle: 385
 Darío, Rubén: 75, 76, 81, 221, 264, 350, 392, 393, 393n, 413
 Dati, Giuliano: 504
 David, Jacques Louis: 417
 Dávila Garibi, José Ignacio: 33, 63
 Debroise, Olivier: 339n
 De Gaulle, Charles: 162
 De la Madrid, Miguel: 371
 Delacroix, Eugene: 50, 50n, 417
 Demonte, Violeta: 324n
 Descartes, René: 320, 320n, 321n, 324n, 326n, 332n, 336, 488n, 496n
 Díaz, Cesáreo D.: 247
 Díaz, Félix: 253, 254
 Díaz, Porfirio: 104, 105
 Díaz Arciniega, Víctor: 223, 485, 486n
 Díaz Arrieta, Hernán (Alone): 382n
- Díaz Cíntora, Salvador: 16, 34, 34n, 35n, 36, 36n, 37-39, 119, 126, 135-139, 229
 Díaz de León, Francisco: 106, 342n, 422n
 Díaz de San Julián, Agustín: 96
 Díaz del Castillo, Bernal: 210, 222, 233, 351, 506
 Díaz Mirón, Salvador: 350
 Díaz Rodríguez, Manuel: 516
 Díaz y de Ovando, Clementina: 7, 9, 16, 32, 141n, 142, 217, 229, 457
 Dickens, Charles: 114
 Díez, Friedrich: 98
 Díez-Canedo, Enrique: 76, 231
 Díez-Canedo, Joaquín: 218, 368, 369
 Dijk, Teun A. van: 194
 Dioscórides, Anazarbeo Pedacio: 358, 359
 Domiciano Ulpiano: 57
 Domingo, Plácido: 414
 Domínguez, Belisario: 145
 Domínguez, Christopher: 215, 215n
 Donato, Magda: 110
 D'Ors, Eugenio: 391, 391n
 Dostoievsky, Fedor: 134, 482
 Dr. Atl: 371
 Duhamel, Georges: 75
 Durán, Diego: 155
 Durán, Eduardo: 252
 Durán, fray Diego: 68
 Durero: 203
- Eco, Umberto: 127
 Eguiara y Eguren, Juan José de: 35n, 138, 139, 147, 421, 422n, 514
 Einstein, Albert: 130
 Elea, Zenón de: 448

- Eliot, Thomas Stearns: 86, 498, 498n
 Elizondo, Salvador: 7, 15, 16, 119, 126, 128-133, 226, 229, 353, 458
 Enríquez Perea, Alberto: 223
 Ercilla, Alonso de: 506
 Ernout, Alfred: 321n, 322n, 334n
 Escobedo, Federico: 186, 187
 Esopo: 36, 36n, 136, 137
 Esquilo: 37, 69
 Esteban, san: 352, 367, 415
 Estrada, Francisco de: 280
 Estrada, Genaro: 165, 393, 473n
 Estrada, Jesús: 164
- Fabela, Isidro: 33, 63, 64, 263
 Fábregas, Virginia: 248
 Fabris, Emilio de: 416
 Farabeuf, Louis Hubert: 129, 131-133
 Favre, Henri: 119
 Febvre, Lucien: 169
 Feijoo, Benito Jerónimo: 70, 513
 Felipe II: 357, 357n, 359
 Fernández, Emilio: 110
 Fernández, Justino: 111
 Fernández de Oviedo, Gonzalo: 127
 Fernández Duro, Cesáreo: 285n
 Fernández MacGregor, Genaro: 33, 260, 265
 Fernández Valenzuela, Benjamín: 35n
 Ferrater Mora, José: 410, 410n, 466, 466n
 Ferrer, Eulalio: 8, 9, 16, 26, 141n, 160, 161, 162, 229, 458
 Feyer, George: 411
 Fierro, Julieta: 8, 10, 19, 23, 27, 452, 459, 517
 Fiesole, Fra Giovanni di: 418, 419
 Figueiredo, Fidelino de: 76
- Figueroa, Gabriel: 110
 Fioll-Mata, Licia: 390n
 Fiore, Joaquín de: 119, 126
 Flaubert, Gustav: 114, 134
 Florescano, Enrique: 216
 Focault, Michel: 470
 Foulché-Delbosc, Raymond: 473n
 Fragonard, Jean-Honoré: 417
 Francesco, Amedeo di: 412
 Franco, Ernesto: 235
 Franco, Francisco: 77
 Franco Sodi, Carlos: 168
 Freiherr von Aretin, Johann Cristoph: 309
 Frenk, Margit: 8, 10, 17, 26, 126, 141n, 229, 452
 Freud, Sigmund: 368
 Frondizi, Risieri: 320n
 Frost, Elsa Cecilia: 16, 18, 27, 67, 68, 69, 119, 120, 121, 122, 122n, 123, 123n, 124, 124n, 125, 125n, 126-128, 458
 Fuensalida, fray Luis de: 503
 Fuentes, Carlos: 22, 23, 46, 46n, 83, 116, 118, 215, 216n
 Fuentes, Sergio: 186
 Fuentes Mares, José: 217
- Gadamer, Hans-Georg: 195, 195n, 489n, 496, 497, 497n, 498
 Gallegos, Rómulo: 349, 381, 399
 Galván, Roberto A.: 14
 Gamboa, Federico: 33, 108, 261, 262, 264
 Gamio, Manuel: 147
 Gante, fray Pedro de: 171
 Gaos, José: 119, 120, 121, 122, 123, 124, 158, 158n, 473n

- Garagorri, Paulino: 466, 466n, 469, 469n
- García Bacca, Juan David: 194, 196, 406, 406n
- García Fernández, Jesús: 492n
- García Icazbalceta, Joaquín: 102, 233, 237, 350, 354, 355, 370, 371, 421, 422, 422n, 423n, 426, 434
- García Lorca, Federico: 80, 81, 349, 350, 369
- García Márquez, Gabriel: 22
- García Máñez, Eduardo: 168
- García Monge, Joaquín: 257
- García Naranjo, Nemesio: 33
- García Rojas, Gabriel: 168
- García Terrés, Jaime: 217, 218
- Garcíadiego, Javier: 223, 476, 474n
- Garfías, Pedro: 110, 260
- Garibay, Ángel María: 137, 147, 169, 170, 263, 352, 357n, 370, 502
- Garrido, Felipe: 8, 10, 16, 17, 21, 23, 27, 217, 452
- Garrido, Luis: 33, 63, 160, 263
- Garza, Mercedes de la: 260
- Garza Cuarón, Beatriz: 429
- Gautier, Théophile: 132, 133
- Georgias: 492, 492n, 493, 495, 497
- Géricault, Théodore: 50n
- Gide, André: 243
- Gil de Biedma, Jaime: 498n
- Giménez Siles, Rafael: 171
- Giraudoux, Jean: 243
- Giusti, Roberto F.: 473n
- Glantz, Margo: 8, 10, 17, 25, 126, 229, 454
- Glass, John B.: 372
- Gobineau, Joseph Arthur: 341
- Godoy, Emma: 396
- Godoy, Jerónimo: 382
- Godoy Alcayaga, Lucila (*véase* Mistral, Gabriela)
- Godoy Villanueva, Jerónimo: 382
- Goethe, Johann Wolfgang von: 354
- Gojman de Backal, Alicia: 281n
- Gómez Arias, Alejandro: 111
- Gómez de la Serna, Ramón: 109
- Gómez de Silva, Guido: 8, 9, 17, 19, 20, 141n, 200, 229, 231, 441, 441n, 460
- Gómez Hermosilla, José: 96, 97n
- Gómez Robledo, Antonio: 33, 63, 119, 120, 124, 263, 369
- Góngora, Luis de: 72, 427, 431, 433, 447, 509, 512
- González, Luis: 117
- González, Pedro María: 283, 284n, 285, 285n, 286, 287, 288n, 289n, 290
- González Casanova, Enrique: 168
- González Casanova, Pablo: 168, 169
- González de Barcia, Andrés: 421, 421n
- González de Cossío, Francisco: 85, 422, 422n
- González de Eslava, Fernán: 423, 428
- González de Mendoza, Pedro: 396
- González de la Sancha de Beristáin, Lorenzo: 425n
- González Durán, Jorge: 217, 223, 243
- González Martínez, Enrique: 75, 77, 130, 231, 350, 393, 394, 396, 473n
- González Navarro, Moisés: 168, 217
- González Obregón, Luis: 269
- González Peña, Carlos: 102, 427
- González Rojo, Enrique: 77, 78, 79
- González Rojo, Enrique (junior): 85

- González y González, Luis: 168, 217
 Gordon, G. B.: 257
 Gorostiza, José: 77, 79, 86, 168, 192, 218, 232, 263, 495
 Goya, Francisco: 318
 Graun, Carl Heinrich: 158
 Grenet, Eliseo: 446
 Griffel, Prudencia: 249
 Grondin, Jean: 489n
 Guardia, José Miguel: 98
 Guerra, fray García: 448, 506, 507
 Guerra, Ricardo: 487n
 Guerrero Galván, Jesús: 134
 Guevara, Antonio de: 285
 Guillén, Palma: 388, 396, 399
 Güiraldes, Ricardo: 349
 Guízar Villanueva, Jesús: 180
 Gustavo V: 381
 Gutiérrez, Luis: 339n
 Gutiérrez de Estrada, José María: 341
 Gutiérrez Nájera, Manuel: 75, 76, 350, 352
 Guzmán, Eulalia: 210
 Guzmán, Martín Luis: 33, 63, 108, 109, 116, 118, 263, 352, 473n
 Habsburgo, Maximiliano de: 341, 41n, 342
 Hale, John: 158, 158n
 Harris, Henry: 355
 Hebbel, Christian Friedrich: 75
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich: 410, 410n, 468, 487, 487n, 489
 Heidegger, Martin: 183, 197, 199, 406n, 407, 409, 468, 468n
 Heller, K. B.: 120
 Henestrosa, Andrés: 7, 9, 16, 17, 25, 106-108, 141n, 142, 214, 217, 229, 251, 260, 345, 345n, 396, 458
 Henríquez Ureña, Pedro: 76, 97, 99n, 211-213, 220, 236, 237, 244, 449, 450, 473n, 482, 501, 507, 508, 508n, 509
 Héracles: 398
 Heráclito: 335
 Hernández, Francisco: 357, 358
 Hernández, Miguel: 183
 Hernández Triviño, Ascensión: 10, 14, 141
 Hernando y Ortega, Teófilo: 358
 Herrera Zapién, Tarsicio: 7, 9, 16, 17, 18, 20, 25, 121, 179, 200, 229, 411, 453
 Hidalgo, Miguel: 107, 339
 Higuera y Amarilla, Bernabé de: 280
 Hiriart, Hugo: 112
 Hitler, Adolfo: 311, 382
 Homero: 173, 368, 403
 Hopkins, Manley: 134
 Horacio: 420, 426
 Horning, Benjamín: 207
 Huerta, Victoriano: 477
 Huidobro, Vicente: 86
 Humboldt, Alexander von: 126, 363, 364
 Ibarbourou, Juana de: 381, 473n
 Ibargüengoitia, Jorge: 118
 Icaza, Francisco A. de: 74, 75
 Iduarte, Andrés: 16, 109
 Iglesias, Ramón: 168, 169
 Igúñez, Juan B.: 423n
 Iriarte, Hesiquio: 341
 Islip, Adam: 157n

- Jaeger, W. W.: 119
 Jerónimo, san: 124, 125
 Jaspers, Karl: 468n
 Jesús, Teresa de: 384
 Jiménez, José Olivio: 79
 Jiménez, Juan Ramón: 80, 81
 Jiménez Rueda, Julio: 263, 265, 424n, 427
 Jovellanos, Gaspar Melchor de: 513
 Joyce, James: 114, 134, 454
 Juan Carlos I: 362
 Juan, san: 40, 512
 Juárez, Benito: 52, 103, 106, 107, 252, 337-342, 342n, 343, 343n, 344, 344n, 345, 345n, 346, 347, 348, 348n
 Julio II: 418
 Junco, Alfonso: 263
- Kahlo, Frida: 111
 Kallendorf, Craig: 414
 Kant, Immanuel: 87, 336, 406, 406n, 438, 496
 Katz, Friedrich: 116
 Kelly, Fitzmaurice: 72
 Kien de Canetti, Edmund: 240
 Kierkegaard, Søren: 467, 468, 468n
 Kino, Eusebio José: 510
 Kipling, Rudyard: 251
 Kirk, G. S.: 492n
 Klemperer, Paul: 207
 Knolles, Richard: 157n
 Kodama, María: 478, 478n
 Kraus, Arnoldo: 206
 Krauze, Enrique: 102, 245
 Kretschmer, Roberto: 207
- Labastida, Jaime: 7, 9, 16, 18, 19, 26, 27, 173, 229, 459, 487
 Labrousse, Ernest: 169
 Lactancio: 37
 Lafaye, Jaques: 69, 119
 Lagarto, Luis: 423
 Lagerlöf, Selma: 381
 Laguna, Andrés: 358, 359
 Laín Entralgo, Pedro: 358
 Laird, Andrew: 414
 Lamartine, Alphonse de: 416
 Lampart (o Lamport), Guillén de: 269, 269n, 270, 273-278, 280, 281, 281n, 282, 282n
 Landívar, Rafael: 186, 187, 514
 Lapesa, Rafael: 308
 Lara, Juan Jacobo de: 220
 Larralde, Carlos: 207
 Las Casas, fray Bartolomé de: 115, 127, 163, 210, 284, 284n, 375, 395,
 Lassus, Jean-Baptiste-Antoine: 416
 Lateo, Juan: 358
 Laverde, Gumersindo: 467
 Lavista, Paulina: 134
 Leclerc, Charles: 115, 117
 Leduc, Renato: 110, 111
 Lehmann, Walter: 146
 Leith, Herschel: 356
 Lenz, Rodolfo: 95
 León, Nicolás: 371, 422, 422n
 León Pinelo, Antonio de: 421n
 León-Portilla, Miguel: 7, 9, 16, 23, 25, 27, 32, 68, 126, 141, 141n, 142-144, 144n, 145-148, 150-160, 170, 205, 229, 245, 246n 370, 457
 León y Gama, Antonio de: 361
 Leonard, Irving: 510n

- Lerdo de Tejada, Sebastián: 103, 111
 Lezama Lima, José: 81, 195, 499
 Libera, Alain de: 493
 Liebman, S. B.: 120
 Liguori, Francisco: 112
 Liliencron, Detlev von: 75
 Lincoln, Abraham: 258, 348
 Lind, James: 288
 Lira, Miguel N.: 352, 353
 Lisker, Rubén: 206
 Liszt, Franz: 411
 Lizalde, Eduardo: 8, 10, 13, 14, 16,
 17, 67, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91,
 128, 211
 Llewellyn, Nancy: 411, 414
 Lombardo, Catalina: 277
 Lombardo, Patricio: 277
 Lombardo, Ricardo: 277
 López Cabrera, Diego: 277
 López de Arenchún, Tomás: 280
 López de Ayala, Pero: 358
 López de Gómara, Francisco: 210
 López de Hoyos, Juan: 376
 López de Priego, Antonio: 120
 López Portillo y Rojas, José: 33, 63,
 262
 López Ríos Fernández, Fernando:
 284n, 285, 285n, 287n, 288n
 López Velarde, Ramón: 77, 78, 108,
 210, 217, 221, 232, 236, 237,
 244, 349, 350, 352
 López Villafranco, María Edith: 367
 Lorenzano, Sandra: 34n
 Lorenzo, Juan Manuel: 46n
 Lozoya, Mariana: 367
 Lozoya, Xavier: 358, 367
 Ludwig, Emil: 75
 Luis Felipe (rey de Francia): 416
 Luquín Romo, Eduardo: 38
 Lutero, Martín: 279, 374
 Luynes, Charles d'Albert, duque de:
 327
 Machado, Antonio: 81, 195, 195n,
 199, 472
 Madariaga, Salvador de: 210
 Madero, Francisco I.: 248, 252
 Magdaleno, Mauricio: 16, 95, 107-113
 Magdaleno, Vicente (hermano): 108
 Magdaleno, Vicente (padre): 109, 337,
 343n
 Maggi, Irma: 255
 Mairena, Juan de: 78
 Malinowsky, Bronislaw: 490, 490n,
 491
 Malovich, Giuseppe: 341, 342
 Manrique, Jorge Alberto: 192
 Manrique, Miguel: 291
 Mañach, Jorge: 473n
 Maquiavelo, Nicolás: 314
 Marai, Sandor: 40, 40n
 Marcelino, D.: 76
 Marco Aurelio: 369
 Marías, Julián: 466, 466n
 Marion, Jean-Luc: 326n
 Márquez Cristo, Gonzalo: 388n
 Marquínez Argote, Germán: 466n
 Martí, José: 516
 Martínez, José Luis: 7, 9, 15, 16, 17, 18,
 25, 77, 112, 141n, 184, 208, 210-
 215, 215n, 216, 216n, 217-224,
 224n, 225-231, 238-245, 345,
 348, 349, 458, 477, 477n, 508n,
 515
 Martínez, Luis María: 185, 186, 263
 Martínez, Maximino: 365

- Martínez, Tomás Eloy: 117, 118
 Martínez Abad, Francisco: 421n
 Martínez Baracs, Andrea Guadalupe: 221
 Martínez Baracs, Rodrigo: 221
 Martínez Compañón, Baltasar Jaime: 364
 Martínez de Compañón, Baltasar Jaime: 359
 Martínez de Navarrete, Manuel: 428
 Martínez Hidalgo y Terán, José María: 290n
 Martínez Peñaloza, Porfirio: 188
 Martínez Reynaga, Juan: 228
 Martínez Sotomayor, Carlos: 80
 Matos, Eduardo: 214
 Mattuk, I.: 119
 Maza, Francisco de la: 70, 111, 167, 424n
 Medina, José Toribio: 422, 426
 Medina, Toribio: 371
 Mediz Bolio, Antonio: 16, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 255, 256, 256n, 257, 258, 259, 260, 261, 261n, 263
 Megin, Ernst: 146
 Meillet, Antoine: 321n, 322n, 334n
 Mejía Sánchez, Ernesto: 211, 223
 Méndez Plancarte, Alfonso: 184, 263, 270, 370, 396, 424, 427, 473n, 502, 503
 Méndez Plancarte, Gabriel: 269, 269n, 282, 282n, 352, 396
 Mendieta, fray Jerónimo de: 128
 Menéndez Pelayo, Marcelino: 71, 72, 74, 76, 98, 98n, 222, 315, 427, 467
 Menéndez Pidal, Ramón: 136, 293
 Messía de la Cerda, Pedro: 362
 Mexía, Diego: 505
 Miguel Ángel: 125, 203, 417, 418
 Milán, Eduardo: 79
 Millán, María del Carmen: 230, 371
 Millares Carlo, Agustín: 168, 370
 Miller, Henry: 382
 Minguet, Philippe: 194
 Mira de Amezcue, Antonio: 503
 Mistral, Frédéric: 385
 Mistral, Gabriela: 381, 381n, 382n, 383, 384, 385n, 387-390, 390n, 391n, 392, 393n, 394, 396-398, 398n, 399, 473n
 Moctezuma: 158, 210
 Mohl, Robert von: 309
 Molière: 508
 Molina, Alonso de: 351
 Molina, Enrique: 81
 Molina, Tirso de: 507
 Molina Alcayaga, Emelina: 383
 Moliner, María: 315
 Mondolfo, Augusta: 487n
 Mondolfo, Rodolfo: 487n
 Mondragón, Gil: 111
 Monges Nicolau, Graciela: 498n
 Monsiváis, Carlos: 216
 Monteforte Toledo, Mario: 169
 Montemayor, Carlos: 7, 9, 27, 202, 229, 455
 Monterde, Francisco: 263, 370
 Montes de Oca, Marco Antonio: 85, 186
 Mora, José María Luis: 126, 165
 Moreno, Roberto: 229
 Moreno de Alba, José G.: 7, 9, 13, 16, 17, 18, 22, 23, 25, 27, 31, 32, 62, 95, 96n, 135, 225, 238, 261, 458

- Moreno Sánchez, Manuel: 108
 Moreno Toscano, Alejandro: 503
 Moro, Tomás: 162, 163, 378
 Mota de Reyes, Manuela: 383, 384
 Motolinía, Toribio: 127, 128
 Mozart, Wolfgang Amadeus: 453
 Muedra, Isabel Concepción: 169
 Muguerza, Javier: 489n
 Mújica Laynez, Manuel: 381, 381n
 Müller, Max: 98
 Muñoz, Rogelia: 199
 Murillo, Gerardo (*véase* Dr. Atl)
 Murguía, Clemente de Jesús: 186
 Mussolini, Benito: 312
 Mutis, Álvaro: 362
 Mutis, José Celestino: 362, 363, 364, 365n

 Namaciano, Rutilio: 412, 412n
 Nandino, Elías: 191, 192
 Napoleón: 338
 Navarro, fray Juan: 357
 Neruda, Pablo: 58, 59n, 80, 81, 398, 399
 Nervo, Amado: 45, 45n, 65, 75, 350
 Netrebko, Ana: 414
 Nezahualcóyotl: 70, 210, 221, 232, 245, 352
 Nietzsche, Friedrich: 468
 Nobel, Alfredo: 388
 Noriega, Alfonso: 33, 63, 160
 Novalis (seudónimo de Georg Philipp Friedrich von Hardenberg): 168
 Novo, Salvador: 79, 126, 232, 248n, 263, 349, 352
 Núñez de Arce, Gaspar: 76
 Núñez de Arenas, Manuel: 100n

 Ocampo, Melchor: 252

 Ocampo, Victoria: 49n, 473n
 Odelberg, Wilhelm: 41n, 59n
 Oest, Roberto H. E.: 385n
 Ogden, C. K.: 490n
 O’Gorman, Cecile: 114
 O’Gorman, Edmundo: 16, 33, 63, 95, 111, 113-118, 124, 127, 164, 191, 192, 371, 449, 503
 Olasagasti, Manuel: 489n
 Olavarría y Ferrari, Enrique de: 248, 248n
 Olivaires, Adelaida: 383
 Olmos, fray Andrés de: 503
 Onís, Federico de: 390
 Orfila Reynal, Arnaldo: 369
 Ormaechea, Juan Bautista: 186
 Orozco, José Clemente: 111
 Orozco y Berra, Manuel: 105, 147, 216, 371
 Ortega, Aniceto: 102
 Ortega, Julio: 83
 Ortega y Gasset, José: 43, 124, 243, 349, 466, 470, 472
 Ortega y Medina, Juan: 164
 Ortiz Monasterio, José: 105
 Osián: 426
 Osollo, Luis G.: 340
 Osorio, Amparo: 388n
 Othón, Manuel José: 17, 25, 33, 63, 75, 350
 Ovalle, Alfonso de: 157
 Owen, Gilberto: 80

 Pacheco, José Emilio: 14, 17, 23, 216
 Padilla Novoa, Manuel: 468n, 469, 469n
 Padura, Leonardo: 117
 Paganini, Nicolo: 163

- Pagaza, Joaquín Arcadio: 186, 369
 Palacio, Manuel del: 76
 Palafox y Mendoza, Juan: 277, 428
 Palomar, Juan: 230
 Palomera, Esteban: 121, 229
 Papini, Giovanni: 349
 Parménides: 492, 492n, 497
 Parra, Nicanor: 81, 83
 Parra, Porfirio: 147
 Pascal, Blas: 495
 Pascoe, Juan: 136, 236
 Pascual Buxó, José: 32, 194, 229, 421, 424n, 458
 Paso y Troncoso, Francisco de Paula del: 34, 169, 351
 Paso, Fernando del: 14, 27, 118
 Passy, Paul: 98
 Pavón, Joseph: 361
 Paula Andrade, Vicente de (*véase* Andrade, Vicente de Paula)
 Payno, Manuel: 216, 370
 Paz, Octavio: 47, 47n, 69, 72, 74, 79, 81, 82, 122, 123, 131, 132, 184, 192, 194, 195, 197, 211, 215, 216n, 217, 218, 221, 232, 233, 243, 245, 352, 353, 387, 397, 398, 398n, 470, 473n, 491, 491n, 512, 512n
 Pellicer, Carlos: 77, 80, 82, 192, 263, 346, 349, 353, 396
 Peña, Ernesto de la: 8, 10, 13, 17, 18, 20, 85, 99, 99n, 100, 100n, 101, 141n, 199, 200, 229, 370, 373, 458
 Peña, Juan de la: 199
 Peña, Lourdes de la: 199
 Peña, Rafael Ángel de la: 16, 95, 96, 102
 Peón Contreras, José: 16, 38, 370
 Pérez de Montoro, José: 70
 Pérez Galdós, Benito: 117
 Pérez Mallaína, Pablo Emilio: 290, 290n
 Pérez Tamayo, Ruy: 7, 9, 16, 17, 21, 23, 26, 141n, 160, 189, 200-208, 229, 459
 Peza, Juan de Dios: 38
 Piano, Bárbara: 391n
 Piccolomini, Eneas Silvio: 158
 Picón-Salas, Mariano: 473n, 515
 Pike, E. R.: 119, 124
 Pimentel, Filomena: 354, 427
 Pimentel, Francisco: 38, 210
 Píndaro: 173
 Pinelo, León: 421
 Pino Suárez, José María: 248, 254
 Piñón, Nélida: 14
 Pío X: 417
 Pío XII: 158
 Pitágoras: 202
 Pitol, Sergio: 23, 126
 Placido, Francisco: 502
 Platón: 88, 107, 197, 334n, 373, 394, 406, 407
 Polibio: 116
 Polo de Medina, Salvador Jacinto: 73, 74
 Ponce, Manuel: 67
 Pope, Alexander: 426
 Porras Berrenechea, Raúl: 359, 360, 361, 362
 Porrúa Estrada, Francisco: 350
 Porrúa, José: 215, 350, 371n
 Porrúa, Rafael: 215, 350, 371n
 Portal, Magda: 77
 Pound, Ezra: 84, 192

- Prescott, William H.: 355
 Preuss, Konrad: 146
 Prieto, Guillermo: 103, 106, 237, 340, 352
 Prieto, Eduardo: 490n
 Prieto, Miguel: 353
 Prini, P.: 468n
 Procuna, Luis: 130
 Proust, Marcel: 114
 Publio Cornelio Escipión: 116

 Queneau, Raymond: 219, 369
 Quevedo, Francisco de: 104, 114, 133, 396
 Quezada, Jaime: 390, 390n
 Quezada, Noemí: 281n
 Quijano, Alejandro: 16, 247, 261, 262, 263, 264, 265
 Quincey, Thomas: 134
 Quintana Roo, Andrés: 233
 Quirarte, Vicente: 7, 9, 16, 17, 18, 20, 23, 27, 102, 337, 457
 Quiroga, Vasco de: 163, 379

 Rabelais, François: 481
 Rafael: 203, 417
 Ramírez, Ignacio: 54, 54n, 70, 216, 370
 Ramírez, José Fernando: 105, 422, 422n
 Ramírez, Sergio: 117
 Ramírez de Vargas, Alonso: 424, 428
 Ramos, José Antonio: 473n
 Ramos, Samuel: 121, 147
 Rangel Guerra, Alfonso: 223
 Rascón Banda, Víctor Hugo: 10, 14
 Ratz, K.: 119
 Raven, J. E.: 492n

 Rayo, Luis: 460, 517
 Recaséns Siches, Luis: 168
 Reed, Alma M.: 258
 Rejano, Juan: 110, 260, 473n
 Rendón, Silvia: 260
 Renoir, Pierre: 169
 Revilla, Manuel G.: 38
 Revueltas, José: 107, 111
 Revueltas, Silvestre: 111
 Reyes, Alfonso: 19, 33, 47n, 48, 48n, 55, 63, 75, 79-82, 108, 126-128, 169, 170, 211-214, 217, 219, 220, 222-224, 227, 228, 231, 232, 235-237, 243-245, 247-252, 255, 256, 257, 263, 368, 369, 381, 382, 383, 384n, 390, 393, 397, 400, 401, 402, 403, 404, 427, 429, 438, 448, 450, 473, 474n, 475-477, 477n, 478-479, 479n, 480-482, 482n, 483, 483n, 484, 484n, 485-486, 499-500, 500n, 501-502, 504, 504n, 507, 507n, 509, 509n, 512, 512n, 513-515
 Reyes, Alicia: 223
 Reyes Basualto, Nefthalí (*véase* Neruda, Pablo)
 Reyes, Bernardo: 253, 254
 Reyes, Rodolfo: 254, 475, 483
 Ricard, Robert: 169
 Richards, A.: 490n
 Ricci, Franco María: 353
 Ricoeur, Paul: 406, 406n, 498n
 Rilke, Rainer María: 86, 192
 Riva Palacio, Vicente: 33, 63, 105, 269
 Rivadeneyra, Manuel: 73
 Rivas Mercado, Antonieta: 108, 111
 River, Paul: 169
 Rivera, Andrés: 349

- Rivera, Diego: 78, 112, 360, 403
 Rivera, Diego de: 428
 Rivero Figueroa, José Dolores: 257
 Roa Bárcenas, José María: 370
 Roa Bastos, Augusto: 399
 Rocés, Wenceslao: 169
 Rodarte, María Elena: 366
 Ródenas de Moya, Domingo: 78, 79
 Rodó, José Enrique: 516
 Rodríguez, Abelardo L.: 259
 Rodríguez, Artemio: 136
 Rodríguez, Julia: 228
 Rodríguez Abad, Ángel: 78, 79
 Robb, James Willis: 474n
 Rocés, Wenceslao: 487n
 Rodó, José Enrique: 49n
 Rodríguez Luna, Antonio: 473n
 Rodríguez Monegal, Emir: 40n
 Roeder, Ralph: 343, 347
 Rojas, Fernando de: 67
 Rojas, Gonzalo: 399
 Rojas Garcidueñas, José: 237, 371
 Rojas González, Francisco: 107
 Romain, Jules: 75
 Romero, Francisco: 76
 Romero, José Rubén: 235, 264, 265
 Romero de Terreros, Manuel: 265
 Rosa, Luis de la: 216
 Rosas de Oquendo, Mateo: 423
 Rotterdam, Erasmo de: 376
 Roys, Ralph: 259, 260
 Rubial, Antonio: 120
 Ruiz Cortines, Adolfo: 265
 Ruiz de Alarcón y Mendoza, Juan:
 104, 428, 444, 445, 447, 448,
 450, 481, 484, 500, 501, 506,
 507, 508, 509
 Ruiz López, Hipólito: 361
 Ruiz-Garrido, Constantino: 489n
 Rulfo, Juan: 45, 46n, 118, 218, 399,
 496
 Russell, Bertrand: 489n, 492n, 495,
 495n, 496
 Saavedra Guzmán, Antonio: 423, 428
 Sabines, Jaime: 86
 Sabogal, José: 360
 Sade, Donatien Alphonse François
 marqués de: 131
 Sáenz de Mañozca, Juan: 280
 Sáenz de Medrano, Luis: 393n
 Safo: 426
 Sahagún, fray Bernardino de: 126,
 127, 143, 158, 158n, 159, 210,
 221, 237, 352, 372
 Sainte-Beuve, Charles Augustin: 351
 Salado Álvarez, Victoriano: 33, 63
 Salazar, Eugenio de: 500, 505
 Salazar, Juan Manuel: 238
 Salinas, Pedro: 349
 Salmerón, Fernando: 229
 Salmerón, María Angélica: 466n,
 468n, 470n
 Salvá, Vicente: 96, 97, 100, 101, 102
 Sánchez Albornoz, Claudio: 169
 Sánchez Robayna, Andrés: 79
 Sandoval, Adriana: 258n
 Sandoval Zapata, Luis de: 424, 424n,
 428
 Santamaría, Francisco Javier: 263
 Santos Chocano, José: 251, 253, 255,
 401
 Sarmiento, Domingo Faustino: 210
 Sartre, Jean Paul: 468, 468n
 Schele, Linda: 355
 Schiffrin, André: 369

- Schiller, Friedrich: 220
 Schofield, M.: 492n
 Scott, Walter: 496
 Seco, Manuel: 315
 Segovia, Tomás: 39, 126
 Seler, Eduard: 146
 Séneca: 378
 Serrano Migallón, Fernando: 8, 10,
 13, 14, 19, 22, 23, 27, 31, 62-66,
 456, 473
 Shakespeare, William: 354, 497
 Shaw, Bernard: 114
 Shorris, Earl: 141
 Shorris, Sylvia: 141
 Sierra, Justo: 33, 56, 56n, 63, 105, 232,
 236, 342, 346
 Sigüenza y Góngora, Carlos de: 72,
 164, 371, 423, 424, 424n, 427,
 428, 449, 450, 501, 510, 510n
 Silva Herzog, Jesús: 263, 352
 Simon, Vicente: 169
 Sócrates: 394
 Sófocles: 37
 Soler, Martí: 120, 122, 123
 Solís, Leopoldo: 8, 9, 229
 Somolinos Palencia, Juan: 285n
 Soria, Francisco de: 425
 Sorondo, Xavier: 350
 Sosa Ferreyro, Roque Armando: 350
 Soto y Gama, Antonio: 168
 Soustelle, Jacques: 146
 Spengler, Oswald: 125
 Steger, Hans-Albert: 122
 Stendhal, Marie-Henri Beyle: 117
 Strauss, Richard: 102
 Stubbs Brushwood, John: 15
 Suárez, Marcos Fidel: 102
 Suárez Molina, Víctor: 98
 Sutton, Aldonza: 277
 Sutton, Eduardo: 277
 Tablada, José Juan: 258, 258n, 259,
 350
 Tagore, Rabindranath: 391
 Tamayo, Jorge L.: 342n, 344n
 Tamura, Satoko: 385n
 Tannery, Adam: 325n
 Tapia, Ricardo: 206
 Tarso, Pablo de: 44
 Tavernier, María Luisa: 90
 Teixidor, Felipe: 351, 422, 422n
 Terencio: 37
 Teresa de Mier, fray Servando: 115,
 116
 Teresa, santa: 512
 Terrazas, Francisco de: 423, 428
 Thompson, J. Eric S.: 355
 Tintoretto: 417
 Tiziano: 132, 417
 Toledo, Francisco: 366
 Tolstoi, León: 117
 Torquemada, fray Juan de: 127, 289,
 289n, 290n
 Torre, Guillermo de: 473n
 Torre Villar, Ernesto de la: 7, 10, 15,
 16, 25, 35n, 141n, 164, 166-173,
 229
 Torres Bodet, Jaime: 79, 80, 192, 218,
 264, 371, 473n
 Torri, Julio: 33, 63, 105, 108, 168, 263,
 473n
 Tortolero Cervantes, Yolia: 252n
 Toussaint, Manuel: 168, 263, 473n
 Tovar y de Teresa, Rafael: 23, 422n
 Trábulse, Elías: 8, 10, 23, 70, 229, 459
 Trejo, Pedro de: 428, 505

- Tucídides: 155
 Turner, Kenneth: 258
 Tzab, Miguel: 247
- Unamuno, Miguel de: 43, 192, 219,
 349, 466, 467, 468, 468n, 469,
 470, 470n, 471, 472, 472n
 Ungaretti, Giuseppe: 76
 Urbina, Luis G.: 75, 350
 Urías, Patricia: 114
- Valadés, Diego: 8, 10, 16, 17, 18, 23,
 27, 63, 141, 200, 309, 460
 Valadés, Diego: 121
 Valadés, José C.: 341, 348, 348n
 Valdés, Octaviano: 184, 263
 Valente, José Ángel: 79
 Valera, Juan: 482
 Valéry, Paul: 86, 134
 Valle, Ramón: 96n
 Valle, Rafael Heliodoro: 168
 Valle Arizpe, Artemio del: 33, 63, 108,
 473n
 Valle Inclán, Ramón María del: 109
 Vallejo Villa, Augusto: 34, 34n, 81
 Vallejo, César: 399
 Valverde Téllez, Emeterio: 147
 Varela, Blanca: 79
 Vargas Aguilar, Rafael: 367
 Vargas Saavedra, Luis: 384n, 388n,
 394n, 396n
 Vargas Llosa, Mario: 118
 Varona, Enrique José: 481, 482
 Vasconcelos, José: 33, 47n, 63, 108,
 187, 199, 212, 219, 259, 263, 349,
 393, 394, 395, 473n
 Vattimo, Gianni: 197, 406n
 Vázquez, Josefina: 217
- Vázquez del Mercado, Alberto: 264
 Vázquez Gómez, Elena: 108
 Vega, Inca Garcilaso de la: 502
 Vega, Garcilaso de la: 68, 72
 Vega, Lope de: 73, 481, 503, 507, 509
 Vega, Mercedes de la: 257
 Vela, Sergio: 239
 Vélez de Assas y Argos, Domingo: 280
 Vélez de Guevara, Luis: 104
 Vera, María Teresa: 446
 Veracruz, Alonso de la: 127, 163, 164
 Verduzco, Jerónimo: 182
 Verrochio, Andrea del: 203
 Verulano, Bacon de: 378
 Vespucci, Américo: 420, 504
 Vespucci, Simonetta: 420
 Victor Hugo: 50, 50n, 51, 51n, 416
 Vigil, José María: 126, 369, 427
 Villa, Pancho: 77, 116, 394
 Villaespesa, Francisco: 350
 Villamagua, marqués de: 247
 Villamediana, conde de: 104
 Villaurrutia, Xavier: 77, 79, 82, 192,
 200, 217, 232, 243, 349, 450,
 508, 509, 509n, 512
 Villazón, Rolando: 414
 Villena, marqués de: 277
 Villoro, Luis: 14, 324, 324n, 329,
 329n
 Viñaza (filólogo): 98
 Viollet Le-Duc, Eugène: 416
 Virgilio: 192, 273, 402, 426, 505, 514
 Vivaldi, Antonio: 158
 Vizcaíno, Sebastián: 289, 289n
 Vizcardo y Guzmán, Juan Bautista:
 514
 Vizi E., Silvester: 411

Voltaire (François Marie Arouet): 252,
482

Waldseemüller, Martin: 504

Warman, Arturo: 366

Warren, Robert: 216

Watteau, Antoine: 417

Weber, Max: 318

Wellek, René: 216

Welter, Carl Thomas: 309

White, Santiago: 106

Whitman, Walt: 399

Wierseiski (filólogo): 98

Wilde, Oscar: 114

Wittgenstein, Ludwig: 119, 409, 489n

Woolf, Virginia: 114

Xirau, Ramón: 8, 10, 16, 26, 141n,
192, 193, 194, 195, 196, 197,
198, 199, 229, 459

Xolalpa Molina, Santiago: 367

Yáñez, Agustín: 33, 63, 107, 118, 163,
165, 226, 229, 234, 263, 369

Yáñez, Ángeles: 165

Young, Edward: 426

Z., Julia: 253, 254, 255

Zaid, Gabriel: 75, 229, 230, 243

Zambrano, María: 31, 31n, 193, 194,
406, 406n, 468, 470, 472, 473n,
476

Zapata, Emiliano: 151, 253

Zarco, Francisco: 216, 338

Zarco del Valle, Antonio: 355

Zavala, Silvio: 7, 9, 16, 141n, 162, 163,
164, 165, 168, 169, 229, 370,
473n

Zea, Leopoldo: 217, 223, 243, 352

Zelis, Rafael de: 120

Zenón: 500

Zolla, Elémire: 391n

Zolla, Carlos: 366

Zubiri, Xavier: 466, 466n, 468, 472

Zueta Miranda, María Cecilia: 476

Zweig, Stefan: 75

ÍNDICE

ACADÉMICA

Vida académica: año 2004	13
Discursos de ingreso, 11; Académicos electos, 12; Académicos correspondientes, 12; Fallecimiento, 12; Homenajes, 13; Trabajos diversos leídos en sesiones ordinarias, 13; Otros hechos relevantes, 14; Participaciones en otros foros, 15; Premios y distinciones, 16	

DISCURSOS DE INGRESO

Fernando SERRANO MIGALLÓN	
<i>Señas de identidad</i>	31
José G. MORENO DE ALBA	
<i>Respuesta al discurso anterior</i>	62
Eduardo LIZALDE	
<i>La poesía mexicana, esplendor e infortunios</i>	67
Ernesto DE LA PEÑA	
<i>Respuesta al discurso anterior</i>	85

HOMENAJES

*Homenajes por diversos centenarios:
fallecimientos de Rafael Ángel de la Peña y Alfredo Chavero,
y nacimientos de Mauricio Magdaleno y Edmundo O’Gorman*

José G. MORENO DE ALBA	
<i>Rafael Ángel de la Peña, un buen gramático mexicano casi olvidado</i>	95
Vicente QUIRARTE	
<i>Alfredo Chavero</i>	102

Arturo AZUELA

Resplandores y palabras perdidas, centenario de Mauricio Magdaleno 107

Gonzalo CELORIO

Edmundo O'Gorman, historia y literatura 113

*Homenaje a tres académicos recientemente fallecidos:
Elsa Cecilia Frost, Salvador Elizondo y Salvador Díaz Cíntora*

Adolfo CASTAÑÓN

En Memoria de Elsa Cecilia Frost (1928-2005) 119

Eduardo LIZALDE

Salvador Elizondo 128

José G. MORENO DE ALBA

Recordación de don Salvador Díaz Cíntora 135

Homenajes a académicos que cumplen 80 años o más

Diego VALADÉS

Encomio por las ocho décadas de Miguel León-Portilla 141

Ruy PÉREZ TAMAYO

Elogio de don Eulalio Ferrer Rodríguez 160

Arturo AZUELA

Homenaje a Silvio Zavala 162

Adolfo CASTAÑÓN

La huella perdurable de Ernesto de la Torre Villar 166

Jaime LABASTIDA

La raíz amorosa de la poesía de Alí Chumacero 173

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Don Gustavo Couttolenc Cortés y la sonrisa de un sabio 179

Ruy PÉREZ TAMAYO

Elogio de Enrique Cárdenas de la Peña 189

Mauricio BEUCHOT

Poesía y ontología en Ramón Xirau 193

Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA

Ernesto de la Peña 199

Diego VALADÉS

Ruy Pérez Tamayo, un renacentista de nuevo cuño 200

Homenaje a José Luis Martínez

director honorario perpetuo

Gonzalo CELORIO

José Luis Martínez, curador de la literatura mexicana 209

Adolfo CASTAÑÓN

Imperio y persona de José Luis Martínez (recuerdos de un aprendizaje) 215

José G. MORENO DE ALBA

Homenaje a José Luis Martínez 225

José Luis MARTÍNEZ

Para agradecer el homenaje 231

Homenaje de cuerpo presente a José Luis Martínez (1918-2007)

Palabras de Sergio Vela, presidente de Conaculta 239

Alí CHUMACERO

José Luis Martínez 241

Adolfo CASTAÑÓN

Oración fúnebre a don José Luis Martínez 242

Homenaje por los cincuentenarios de los fallecimientos

de Antonio Mediz Bolio y Alejandro Quijano

Adolfo CASTAÑÓN

Pluma de faisán, sombra de venado. Antonio Mediz Bolio (1884-1957) 247

José G. MORENO DE ALBA

Alejandro Quijano 261

**TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS
EN SESIONES ORDINARIAS**

Gustavo COUTTOLENC

Un gran poeta desconocido 269

Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA

Enfermedades de la gente de mar 283

Concepción COMPANY

Gramática y estilística en el Cantar de mio Cid. La doble determinación . . . 292

Diego VALADÉS

El concepto de Estado de derecho 309

Jaime LABASTIDA

La revolución cartesiana 320

Vicente QUIRARTE

Metáforas del juarismo 337

José Luis MARTÍNEZ

Mis libros 349

Ernesto DE LA PEÑA

Humanistas y utopistas en el Quijote 373

Adolfo CASTAÑÓN

Semejanzas de Gabriela en voces de Mistral 381

Mauricio BEUCHOT

La filosofía y el arte: la estética 405

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Un humanista mexicano se asoma a media Europa 411

José PASCUAL BUXÓ

Escila y Caribdis de la literatura novohispana 421

Guido GÓMEZ DE SILVA

Los etruscos (resumen) 441

Gonzalo CELORIO

Juan Ruiz de Alarcón. Una pequeña alegoría barroca 444

Julieta FIERRO

Jueves de lluvia 452

Concepción COMPANY

La obsesión negativa de la lengua española. Una pauta de lexicalización 461

Mauricio BEUCHOT

Poesía y ontología en Miguel de Unamuno 466

Fernando SERRANO MIGALLÓN

La pluma y la balanza. Lo jurídico en la obra de Alfonso Reyes 473

Jaime LABASTIDA

Poesía y filosofía: el verso y el juicio 487

Gonzalo CELORIO

Alfonso Reyes. La Nueva España 499

Julieta FIERRO

Felicidad 517

ÍNDICE ONOMÁSTICO 535

Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua
tomo XXXIII [2006-2007]

se terminó de imprimir en Ediciones del Lirio, S.A. de C.V.
en el mes de diciembre de 2010. En su composición, levantada por
Gustavo Peñalosa Castro, se utilizaron tipos de la familia
Garamond en 9:13, 11:14, 12:15, 14:18 y 18:20 puntos.

La edición, en papel Cromos ahuesado
de 90 g, consta de 200 ejemplares, y estuvo al
cuidado de Maribel Madero, con la colaboración
de Gustavo Peñalosa Castro, Elizabeth
Ocampo Salgado y Fernando Pouliot.

